53

Cuestiones de antagonismo

Director

Carlos Prieto del Campo

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA
ALFONSO PATIÑO ROSSELLI
TUNJA

Diseño de interior y cubierta: RAG

Traducción de
José María Amoroto Salido

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Paris, capital of modernity*

© David Harvey, 2006

Publicado originalmente en 2006 por Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York.
Traducción autorizada de la edición en lengua inglesa publicada por Routledge,
parte de Taylor & Francis Group LLC

© Ediciones Akal, S. A., 2008
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2455-2
Depósito legal: M-43.129-2008

A 1204991

Impreso en Lavel, S. A.
Humanes (Madrid)

París, capital de la modernidad

David Harvey

A 1204991

Introducción. La modernidad como ruptura

Uno de los mitos de la modernidad es que constituye una ruptura radical con el pasado. Una ruptura de tal magnitud, que hace posible considerar el mundo como una tabla rasa sobre la que se puede inscribir lo nuevo sin hacer referencia al pasado o, si éste se cruza en el camino, mediante su obliteración. La modernidad trata por ello de una «destrucción creativa», ya sea moderada y democrática, o revolucionaria, traumática y autoritaria. A menudo es difícil decidir si la ruptura radical se encuentra en el estilo de hacer o de representar las cosas en diferentes escenarios, como la literatura y el arte, la planificación urbana y la organización industrial, la política y los modos de vida, o cualesquiera otros ámbitos, o si los cambios en todos esos escenarios se agrupan en lugares y momentos cruciales desde donde las fuerzas agregadas de la modernidad se expanden para tragarse al resto del mundo. El mito de la modernidad tiende hacia la segunda interpretación (especialmente a través de sus términos cognados modernización y desarrollo), aunque cuando se les presiona, la mayoría de los defensores de esta interpretación suelen estar dispuestos a conceder desarrollos irregulares, que generan bastante confusión en aspectos concretos.

Esta idea de modernidad la considero un mito porque la noción de ruptura radical tiene un indudable poder dominante y convincente, que choca con la abrumadora evidencia de que las rupturas radicales ni se producen ni se pueden posiblemente producir. La teoría alternativa de la modernización (más que de la modernidad), que se debe inicialmente a Saint-Simon y que Marx desarrolló más profundamente, es que ningún orden social puede alcanzar cambios que no estén latiendo en su condición existente. ¿No resulta extraño que dos pensadores que ocupan un lugar preeminente en el panteón del pensamiento moderno negaran de manera tan explícita la posibilidad de cualquier ruptura radical, al mismo tiempo que insistían en la im-

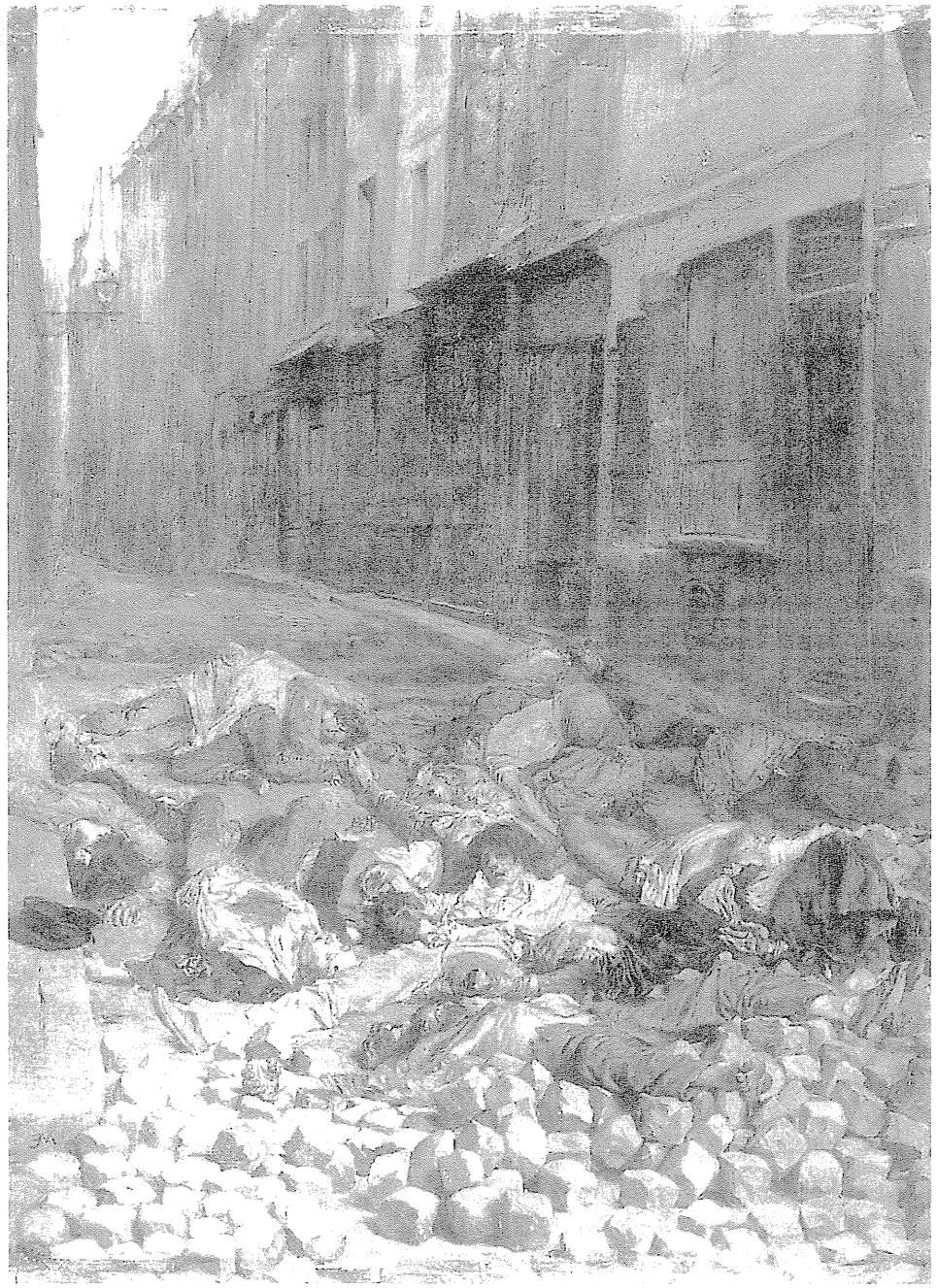


Ilustración 1. El cuadro de Ernest Meissonier de la barricada de la rue de la Mortellerie, en junio de 1848, refleja la muerte y destrucción que frustró un movimiento revolucionario que pretendía reconstruir el cuerpo político de París de acuerdo con unas bases socialistas utópicas.

portancia del cambio revolucionario? Sin embargo, las opiniones convergen alrededor de la importancia de la «destrucción creativa». Como dice el refrán, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, y es imposible crear una nueva configuración social sin, de alguna manera, reemplazar o incluso obliterar la vieja. Por lo tanto, si la modernidad existe como término significativo, señala algunos momentos decisivos de destrucción creativa.

En 1848, en Europa en general y en París en particular, sucedieron hechos muy dramáticos. Los argumentos a favor de alguna ruptura radical en la política económica, la vida y la cultura de la ciudad parecen, a primera vista por lo menos, enteramente plausibles. Anteriormente, imperaba una visión de la ciudad que, como mucho, podía apenas enmendar los problemas de una infraestructura urbana medieval; después llegó Haussmann que a porrazos trajo la modernidad a la ciudad. Antes encontrabamos a clasicistas como Ingres y David y a coloristas como Delacroix, y después al realismo de Courbet y al impresionismo de Manet. Antes nos topábamos con los poetas y novelistas románticos (Lamartine, Victor Hugo, Alfred de Musset y George Sand), después vino la prosa y la poesía tensa, variada y exquisita de Flaubert y Baudelaire. Antes reinaban las industrias manufactureras dispersas, organizadas sobre bases artesanales, muchas de las cuales dieron paso a la maquinaria y a la industria moderna. Antes había tiendas pequeñas en los soportales y a lo largo de

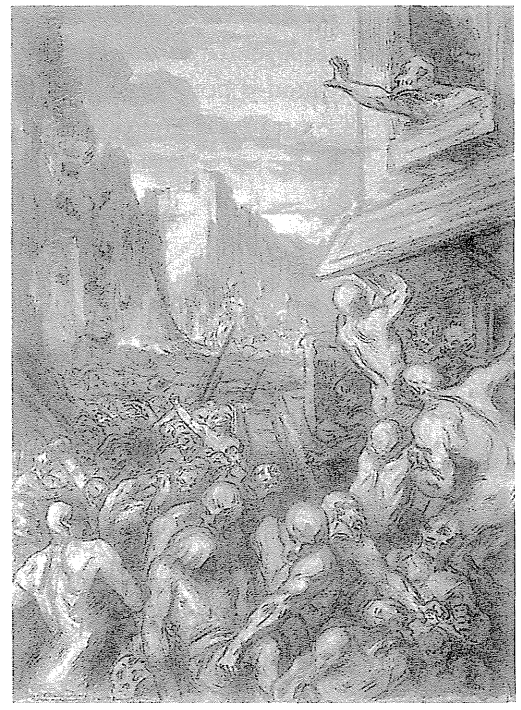


Ilustración 2. El motín, *de Honoré Daumier, recoge algunos de los aspectos macabros y carnavalescos del levantamiento de febrero de 1848. Parece presagiar con sombría premonición sus trágicos resultados.*

calles estrechas y torcidas, después llegó la expansión de los grandes almacenes que se derramaron por los bulevares. Antes campaban la utopía y el romanticismo, y después el gerencialismo obstinado y el socialismo científico. Antes, el de aguador era un oficio extendido; en 1870, la llegada del agua corriente a las viviendas lo hacía desaparecer. En todos estos aspectos, y muchos más, 1848 parecía ser un momento decisivo en el que mucho de lo que era nuevo cristalizaba de lo viejo.

Entonces, ¿qué sucedió exactamente en París en 1848? Todo el país sufría hambre, desempleo, miseria y descontento, y gran parte de todo ello fue confluyendo en la capital francesa, a medida que la gente inundaba la ciudad en busca de subsistencia. Había republicanos y socialistas dispuestos a enfrentarse a la monarquía y, por lo menos, reformarla para que cumpliera sus iniciales promesas democráticas. Si eso no sucedía, siempre podíamos toparnos con los que pensaban que los tiempos estaban maduros para la revolución. Sin embargo, esa situación existía desde hacía muchos años. Las huelgas, las manifestaciones y las conspiraciones que se habían producido durante la década de 1840 habían sido controladas, y pocos, a la vista de su falta de preparación, podían pensar que esta vez fuera a ser diferente.

Sin embargo, el 23 de febrero de 1848, en el Boulevard des Capucines, una manifestación relativamente pequeña frente al Ministerio de Asuntos Exteriores acabó descontrolándose; las tropas abrieron fuego sobre los manifestantes produciendo medio centenar de muertos. Lo que a continuación sucedió fue insólito: una carreta con algunos de los cuerpos de los caídos fue paseada por toda la ciudad a la luz de las antorchas. La narración legendaria de los hechos (hablo de leyenda porque el carretero testificó que no había ninguna mujer en el carro), relatados por Daniel Stern y recogidos por Flaubert en *La educación sentimental*, se centra en el cuerpo de una mujer[1]. Según el relato de Stern, frente a las silenciosas multitudes que se congregaron en las calles, un muchacho iluminaba con su antorcha el cuerpo de la joven; en otros momentos, un hombre levantaba el cadáver para mostrarlo a la multitud. Este acto tenía un carácter simbólico muy importante: la Libertad siempre se había imaginado como una mujer y ahora había sido abatida por los disparos. La noche fue, según muchas versiones, inquietantemente silenciosa, incluso los lugares de mercado permanecían callados. Al amanecer, la alarma de las campanas sonó por toda la ciudad: fue la llamada a la revolución. Trabajadores, estudiantes, burgueses desafectos,

[1] Jill Harsin, *Policing Prostitution in Nineteenth Century Paris,* Princeton (NJ), 2002, p. 262. Harsin presenta datos que cuestionan las cifras habituales. Simone Delattre, *Les douze heures noires. La nuit à Paris au XIXème siècle,* París, 2000, pp. 108-111. Delattre atribuye las cifras a las memorias de Daniel Stern (alias Marie d'Agoult), *Histoire de la Revolution de 1848.* Maurice Agulhon, *The Republican Experiment, 1848-1852,* Londres, 1983. Agulhon proporciona un marco histórico de la revolución y de sus consecuencias.

pequeños propietarios, todos salieron a la calle. Muchos miembros de la Guardia Nacional se les unieron, y la mayor parte del ejército perdió la voluntad de pelear.

Apresuradamente, Luis Felipe nombró primero a Louis Molé y más tarde a Adolphe Thiers como primer ministro. Thiers, autor de una voluminosa historia de la Revolución francesa, había ejercido el cargo durante la Monarquía de Julio, pero había fracasado en su intento de estabilizar el régimen como una monarquía constitucional al estilo británico. Thiers se supone que aconsejó al rey que se retirara a Versalles para reunir las fuerzas que le eran leales y, si se hacía necesario, aplastar al movimiento revolucionario (la táctica que se siguió después contra la Comuna en 1871). El envejecido y desmoralizado rey no le escuchó, suponiendo que pudiera hacerlo: abdicó a favor de su nieto de ocho años, se subió a un carruaje y huyó a Inglaterra con la reina, convertidos en el señor y la señora Smith. Para entonces, la ciudad estaba en manos de los revolucionarios. Los diputados conservadores huyeron y fue ignorado por completo un breve intento de establecer en la Asamblea Nacional una regencia para el nuevo rey. Al otro lado de la ciudad, en el Hotel de Ville, se declaraba un gobierno provisional y se aclamaba a un grupo de once personas para que lo encabezaran, entre las que se encontraban el poeta romántico Lamartine, que tenía simpatías republicanas y socialistas, y Louis Blanc (un socialista de toda la vida). La población invadió la antigua residencia real de las Tullerías, saqueándola, destrozando el mobiliario y rajando los cuadros. La gente común, incluso los golfos callejeros, se turnaron para sentarse en el trono real antes de arrastrarlo por las calles para quemarlo en la Bastilla.

Ilustración 3. Daumier reconstruye jocosamente el momento en que los golfos de la calle pueden ocupar momentáneamente el trono de Francia, en su alegre recorrido por el abandonado Palacio de las Tullerías. A continuación, el trono fue arrastrado a la Bastilla, donde se quemó.

Mucha gente fue testigo de estos acontecimientos. Balzac, aunque estaba ansioso por reunirse en Rusia con su amada Madame Hanska, no pudo evitar hacer un viaje para ver las Tullerías con sus propios ojos. Flaubert no tardó en presentarse en París para observar los acontecimientos en primera línea, desde «una perspectiva artística», y veinte años después reflejó en *La educación sentimental*, una extensa y documentada versión de los hechos que algunos historiadores consideran bastante fiel. Baudelaire fue arrastrado por la acción. Por el contrario, Georges-Eugène Haussmann, en aquel momento subprefecto de Blaye, cerca de Burdeos y futura cabeza pensante de la transformación de París (al igual que muchas otras autoridades de provincias), se vio sorprendido y consternado cuando dos días más tarde llegaban las noticias. Presentó su dimisión y se negó a volver al cargo como representante de un gobierno que consideraba ilegítimo.

El gobierno provisional convocó elecciones a finales de abril y en mayo se reunió la Asamblea Constituyente para proclamar oficialmente la República. La mayoría de la Francia de provincias votó a la derecha, y la mayoría de París lo hizo a la izquierda, eligiendo a algunos socialistas notorios. Pero más importante todavía fue la creación de espacios donde pudieron florecer las organizaciones radicales. Se formaron clubes políticos, surgieron asociaciones obreras, y aquellos que habían estado más preocupados por las cuestiones laborales consiguieron la creación de una comisión oficial, para abordar una reforma política y social. La comisión se reunía regularmente en el Palacio de Luxemburgo, al que se empezó a conocer como el «parlamento de los trabajadores». Se crearon los talleres nacionales para proporcionar trabajo y salario a los desempleados. Era un momento de una intensa libertad de discusión. Flaubert lo representa de manera brillante en *La educación sentimental:*

> Los negocios habían quedado en suspenso, la ansiedad y el deseo de pasear sacó a todo el mundo de las casas. La informalidad del vestido enmascaraba las diferencias de los rangos sociales, los odios se escondieron, las esperanzas tomaron alas, la multitud estaba llena de buena voluntad. Las caras resplandecían con el orgullo de los derechos conquistados. Había una alegría de carnaval, un sentimiento festivo; pocas cosas podían tener tanta alegría como el aspecto de París en aquellos primeros días [...]
>
> [Frédéric y los Marshall] visitaron todos o casi todos [los clubes]; los rojos y los azules, los frenéticos y los estrictos, los puritanos y los bohemios, los místicos y los alcohólicos, los que insistían en la muerte de todos los reyes y los que criticaban las ásperas prácticas de los tenderos; y en todas partes, los inquilinos maldecían a los caseros, los que llevaban ropa de faena atacaban a los que vestían ropas finas, y los ricos conspiraban contra los pobres. Algunos, como las últimas víctimas de la policía, querían compensaciones, otros pedían dinero para desarrollar inventos o planes basados en los falansterios de Fourier, proyectos para mercados locales, sistemas para promover el bienestar público; y entonces, en medio de esa nube de insensatez encontrabas un destello de inteligencia, repentinas chispas de exhortación, de derechos declarados entre juramentos; flores de elocuencia en labios de aprendices, con el cinto de la espada pegado a la piel del pecho descamisado [...] Para parecer razonable era necesario hablar mordazmente de los abogados y hacer uso lo más frecuentemente posible de expresiones y temas como «todos los hombres deben contribuir con su ladrillo al edificio», «problemas sociales» y «talleres»[2].

Pero la economía iba de mal en peor. Las deudas permanecían impagadas y los miedos burgueses sobre sus derechos como propietarios, rentistas o patronos, alimentaban sentimientos de reacción. Flaubert señala que «la Propiedad se elevó a nivel de Religión y se volvió indistinguible de Dios». Los pequeños disturbios de abril y mayo acrecentaron estos temores, y los últimos acabaron con la detención de diversos líderes radicales; las represalias contra la izquierda empezaban a fraguarse. Los talleres nacionales estaban fracasando en la organización de las actividades productivas, al mismo tiempo que mantenían a los trabajadores alejados de sus antiguos empleos. El gobierno republicano, con su ala derecha en clara mayoría, los cerró en junio, provocando que elementos significativos de la población se levantaran en protesta. Según la clásica descripción de Philip Guedella, «los hombres estaban hambrientos y pelearon sin esperanzas, sin líderes, sin ánimo; disparando con resentimiento detrás de grandes barricadas de piedras. Durante cuatro días, París estuvo iluminado por un pálido resplandor; los cañones se dirigieron contra las barricadas, una gran tormenta cayó sobre la humeante ciudad, las mujeres fueron tiroteadas sin piedad y, un domingo espantoso, un general que parlamentaba con las barricadas fue vergonzosamente asesinado; el arzobispo de París, en un gesto supremo de reconciliación, salió al atardecer buscando la paz para encontrar los disparos que acababan con su vida. Fue un momento de horror y, durante cuatro días de verano, París estuvo torturado por la lucha. Después, la rebelión se desmoronó, pero la República sobrevivió»[3]. La Asamblea Nacional había destituido a los miembros del gobierno, Lamartine entre ellos, y puesto su confianza en Louis Cavaignac, un general burgués republicano que tenía mucha experiencia colonial en Argelia. Éste, al mando del ejército, acabó con la revuelta de manera brutal y despiadada. Las barricadas fueron arrasadas.

---

[2] Gustave Flaubert, *Sentimental Education*, Harmondsworth, 1964, pp. 39-40. Citado por M. Agulhon, *The Republican Experiment, 1848-1852,* cit.

[3] Philip Guedalla, *The Second Empire,* Nueva York, 1922, pp. 163-164.

Ilustración 4. Este excepcional y extraordinario daguerrotipo de las barricadas en Faubourg du Temple en la mañana del 25 de junio de 1848 muestra a qué se tenían que enfrentar las fuerzas del orden en su intento de recuperar París.

La represión de junio no acabó con los problemas. Los republicanos centristas estaban desacreditados y la Asamblea Nacional estaba cada vez más dividida entre una derecha monárquica y una izquierda socialista democrática. En medio surgía el espectro del bonapartismo en la figura de su sobrino, Luis Napoleón, que, aunque oficialmente exiliado en Inglaterra, en junio había obtenido un escaño en la Asamblea. Si bien se había abstenido de ocuparlo, amenazaba en una carta con que «si Francia le llamara al deber, él sabría cómo responder». Empezó a generalizarse la idea de que él y solamente él podía restablecer el orden. En las elecciones de septiembre resultó reelegido y esta vez tomo posesión de su cargo. La nueva Constitución había creado la figura del presidente, elegido por sufragio universal según el modelo de Estados Unidos, y Louis empezó su campaña para obtener el puesto. En las elecciones del 10 de diciembre, obtuvo 5,4 millones de votos frente a los 1,4 de Cavaignac y los 8.000 irrisorios votos de Lamartine. Pero la presidencia se limitaba a cuatro años, y Louis no tenía muchos apoyos en una Asamblea donde pocos bonapartistas habían resultado elegidos en 1849 y donde la mayoría seguía estando en

manos de los conservadores monárquicos. Louis se entregó a la tarea de mantener la ley y el orden y suprimir a los «rojos», mientras mostraba escaso respeto por la Constitución.

En el verano de 1849, la mayor parte de los líderes socialistas (Louis Blanc, Alexandre Ledru-Rollin, Victor Considérant, etc.) se encontraban en el exilio. Cultivando el apoyo popular especialmente en las provincias (con la ayuda encubierta de prefectos como Haussmann), todavía más el de los católicos (ayudando a que el papa regresara al Vaticano en contra de los revolucionarios italianos) y del ejército, Luis Napoleón planeó su camino hacia el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Para ello contó con el apoyo involuntario de la Asamblea Nacional, que había abolido el sufragio universal y restablecido la censura de prensa, al mismo tiempo que se negaba a prorrogar el mandato presidencial. La Asamblea fue disuelta, las principales figuras parlamentarias como Cavaignac, Thiers, etc., fueron arrestadas y la resistencia en París fue fácilmente aplastada, aunque la muerte del diputado socialista Jean-Baptiste Baudin, en una de las pocas barricadas, se convertiría más tarde en un símbolo del carácter ilegítimo del Imperio. A pesar de algunos sorprendentes focos de resistencia rural, la nueva constitución, basada en la del año VIII de la Revolución, fue aprobada en el referéndum del 20 de diciembre por una amplia mayoría de 7,5 millones contra 640.000. Luis Napoleón, en medio de los gritos de «Vive l'empereur», desfiló triunfalmente por toda la ciudad durante varias horas para acabar entrando y tomando posesión del Palacio de las Tullerías como su nueva residencia. Le llevó un año cultivar el apoyo popular hasta que el Imperio fue proclamado y nuevamente confirmado masivamente en un nuevo plebiscito. El republicanismo y la administración democrática lo habían intentado y habían fracasado. Aunque todavía estaba por ver el carácter benevolente o no del autoritarismo y del despotismo, éstos se habían convertido en la respuesta[4].

Haussmann, con unas claras simpatías bonapartistas, retomó su cargo de prefecto en enero de 1849, primero en Var y más tarde en Auxerre. Llamado a París para recibir un nuevo destino, la tarde del 1 de diciembre de 1851 estando en una velada en el Elíseo, Luis Napoleón le estrechaba la mano, le informaba de su nuevo nombramiento y le decía que se presentara a la mañana siguiente al ministro del Interior para recibir sus instrucciones. Esa misma tarde, Haussmann des-

[4] La manera exacta en que Luis Napoleón llegó al poder ha sido objeto de muchos relatos fascinantes, entre ellos por supuesto *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* de Marx. M. Agulhon, *The Republican Experiment, 1848-1852,* cit., es más discreto pero contrasta con gran cuidado la opinión histórica con los documentos históricos.

cubría que el ministro del Interior en funciones no sabía nada de nada. A las cinco de la madrugada, Haussmann se encontró al duque de Morny, medio hermano de Napoleón, en el puesto de ministro del Interior. El golpe de Estado estaba en marcha y Morny supuso correctamente que Haussmann estaba de su parte. En primer lugar, se le envió a los límites con Italia donde había problemas fronterizos, pero a continuación a Burdeos, su región preferida. Mientras, el príncipe-presidente iba de gira por el país preparando su proclamación del Imperio. Acabó en Burdeos, donde, en octubre de 1852, proclamó que «el Imperio es la paz». Las simpatías bonapartistas de Haussmann, junto a su habilidad para movilizar durante la visita un espectáculo de apoyo a los propósitos imperiales, no pasaron desapercibidas. En junio de 1853 fue destinado a París. Según la leyenda que crea el propio Haussmann en sus *Mémoires*, el día en que prestaba juramento de su cargo, el emperador le presentó un mapa en donde estaban señalados con líneas de diferentes colores, según la urgencia de cada proyecto, los planes para reconstruir la ciudad. Según Haussmann, éste fue el plan que, con algunas ampliaciones, llevó fielmente a la práctica en las dos décadas siguientes.

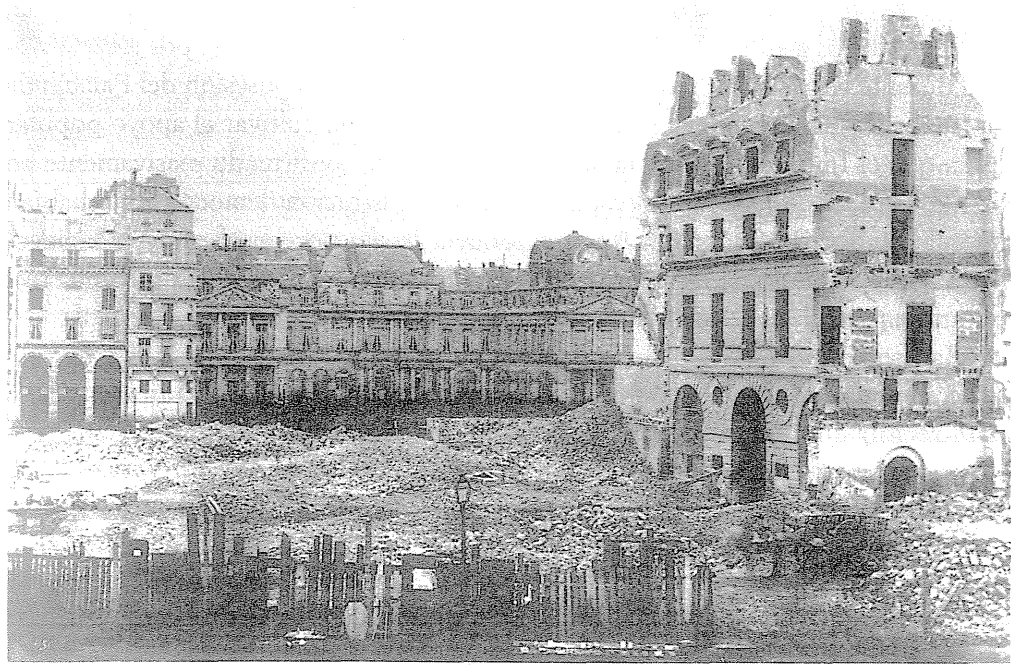


Ilustración 5. Esta fotografía de Marville, realizada entre 1850 y 1851, muestra las demoliciones que se estaban realizando a lo largo de la rue de Rivoli y el Palais Royale.

No obstante, sabemos que esto es un auténtico mito[5]. La realidad es que había habido una amplia discusión sobre este tema y, durante la Monarquía de Julio, se habían realizado esfuerzos concretos (dirigidos por Claude Rambuteau, prefecto de París desde 1833 hasta 1848) encaminados a modernizar la ciudad. Durante toda la década de 1840 se habían discutido innumerables planes y propuestas. El emperador, después de su elección como presidente en 1848, ya había mostrado su disposición hacia las iniciativas de renovación urbana y Berger, el antecesor de Haussmann, había empezado la tarea con decisión. Se estaban ampliando la Rue de Rivoli y la de Saint Martin, y ahí están para demostrarlo las fotografías de LeSecq y Marville, así como los mordaces comentarios de Daumier sobre los efectos de las demoliciones realizadas entre 1851 y 1852, un año antes de que Haussmann tomara posesión del cargo[6]. Incluso el emperador había formado en 1853 una comisión bajo la presidencia del conde Simeon para asesorar sobre proyectos de renovación urbana. Haussmann sostiene que se reunía muy pocas veces y que sólo proporcionaba unos informes internos con unas recomendaciones banales e impracticables. La realidad es que esta comisión se reunía con regularidad y que elaboró un plan complejo y muy detallado que fue presentado al emperador en diciembre de 1853. Haussmann lo ignoraba de manera deliberada, aunque no se sabe lo que pudo influir en el emperador, el cual, por otra parte, le mandaba llamar con mayor frecuencia de lo que éste reconoce. El emperador también le había dado instrucciones, como respetar las estructuras de calidad que ya existieran o evitar las líneas rectas. Haussmann ignoró ambas observaciones. El emperador no mostraba mucho interés en las redes de suministro de agua o en la anexión de los suburbios, pero Haussmann tenía obsesión con esos dos temas y se salió con la suya. Sus *Mémoires,* que hasta la fecha han servido de base a la mayoría de los relatos, están llenas de engaños.

De cualquier forma, estas contradicciones de Haussmann resultan bastante reveladoras. Por encima del evidente egoísmo y vanidad, que no le faltaban, muestran,

---

[5] Las evidencias más devastadoras han sido recopiladas por Pierre Casselle, «Commission des Embellissements de Paris. Rapport à l'Empereur Napoléon III Rédigé par le Comte Henri Simeon», *Cahiers de la Rotonde* 23 (2000). Pero las publicaciones de Karen Bowie, *La modernité avant Haussmann. Formes de l'éspace urbain à Paris, 1801-1853,* París, 2001, y Jean des Cars y Pierre Pinon (eds.), *Paris-Haussmann. Le pari d'Haussmann*, París, 1991, refuerzan aún más todo esto. La reciente biografía de Haussmann que realiza Michel Carmona (*Haussmann*, París, 2000), reconoce que sus *Mémoires* son bastante poco fiables.

[6] Eugenia Janis, «Demolition Picturesque. Photographs of Paris in 1852 and 1853 by Henri Le Secq», en P. Walch y T. Barrows (eds.), *Perspectives on Photography. Essays in Honor of Beaumont Newhall,* Albuquerque (NM), 1986. Janis recoge todas las fotos de Le Secq sobre las demoliciones de 1851-1852, y la mayor parte del archivo fotográfico de Marville se reproduce en Marie de Thèzy, *Marville,* París, 1994.

Ilustración 6. En 1852, Daumier ya recoge el tema del desplazamiento de población provocado por las demoliciones. Curiosamente no volvió a ocuparse del tema.

en parte, a qué se tuvo que enfrentar. Necesitaba crear alrededor de sí mismo y del emperador el mito de una ruptura radical, un mito que ha sobrevivido hasta nuestros días; demostrar que lo anterior era irrelevante, que ni él ni Luis Napoleón estaban de ninguna manera sujetos al pensamiento ni a la práctica del pasado inmediato. Esta negación realizaba una doble función: por una parte, cimentaba la idea del mito que era esencial para el nuevo régimen; por otra, afianzaba la idea de que no había alternativa al benevolente autoritarismo del Imperio. Los planes de las décadas de 1830 y 1840 que habían realizado republicanos, demócratas y socialistas eran impracticables y no merecían consideración. Haussmann ideó la única solución factible, aunque fuera factible simplemente porque estaba imbuida por la autoridad del Imperio. En este sentido, sí que hubo una ruptura radical, tanto en el pensamiento como en la práctica, después de que los trastornos provocados por 1848 hubieran producido su efecto. A pesar de todo, Haussmann también reconoce en su intercambio de cartas con el emperador, que prologaba el primer volumen de la

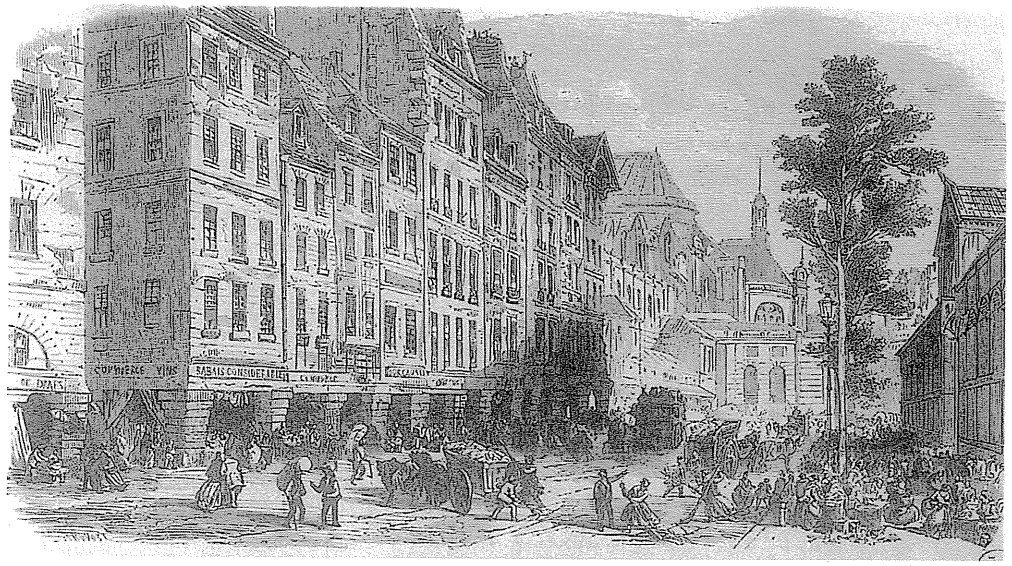


Ilustración 7. Esta litografía de Provost refleja el estado de Les Halles a principios de la década de 1850 y adopta el mismo ángulo que una fotografía de Marville recogida por De Thèzy. El nuevo Les Halles queda a la derecha y el antiguo sistema en el que los mercaderes tenían sus productos en los soportales de los edificios se muestra a la izquierda.

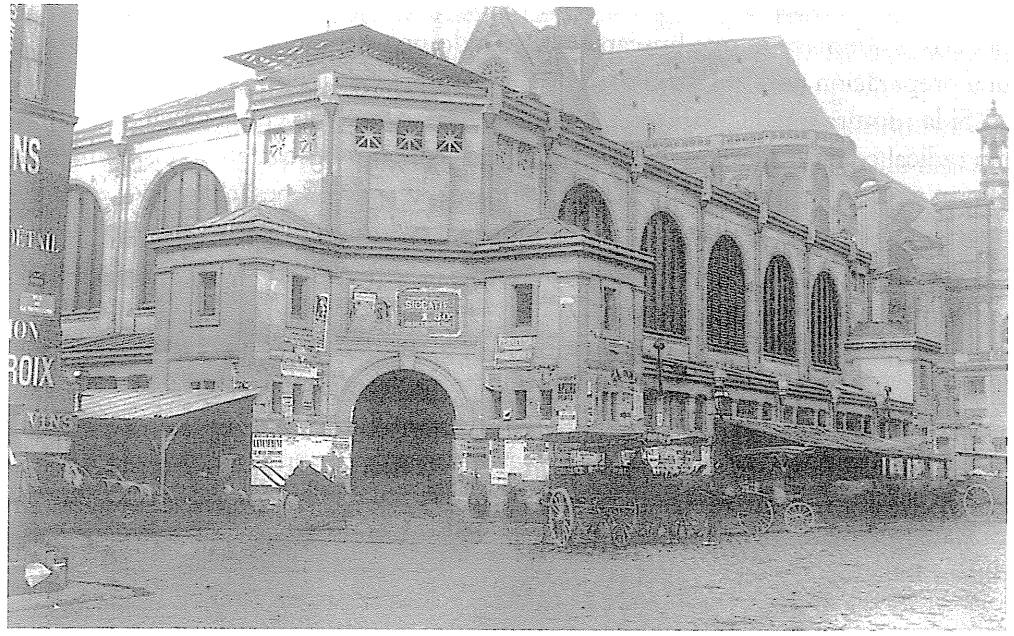


Ilustración 8. Esta fotografía de Marville muestra el primer diseño de Baltard, de 1852, para el nuevo Les Halles (conocido popularmente como La Fortaleza), que fue totalmente rechazado por el emperador y por Haussmann y rápidamente desmantelado.

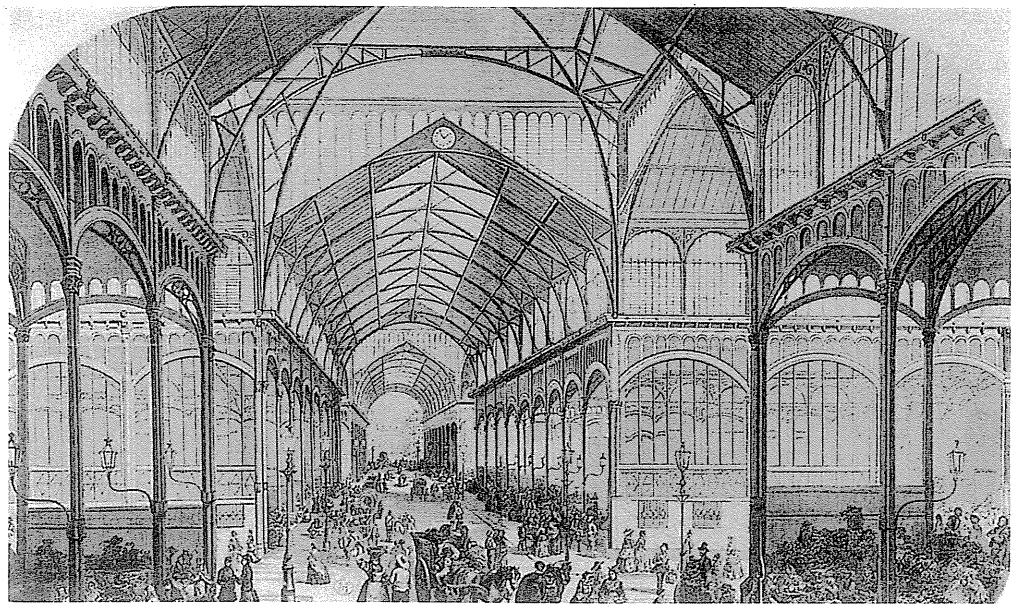


Ilustración 9. Haussmann quería «paraguas de hierro» y es lo que lo que finalmente Baltard le dio, construyendo en 1855 el clásico edificio Les Halles.

Histoire générale de Paris (publicado en 1866), que «lo más sorprendente de las tendencias modernas» es que buscan en el pasado una explicación para el presente y una preparación para el futuro[7].

Si la ruptura que Haussmann supuestamente provocó no era de ninguna manera tan radical como él mismo pretendía, entonces debemos buscar, como insisten Saint-Simon y Marx, lo nuevo en los lineamientos de lo viejo. A pesar de todo, el surgimiento de lo nuevo, como vuelven a insistir los anteriores, puede tener una trascendencia revolucionaria que no se puede negar. Haussmann y sus colegas estaban deseando lanzarse a una destrucción creativa a una escala que, hasta entonces, nunca se había visto. La formación del Imperio sobre las ruinas de una democracia republicana les permitía hacerlo así. Veamos algunos ejemplos de este cambio de escala.

Jacques Hittorf había sido uno de los principales arquitectos que habían trabajado en la transformación de París bajo la Monarquía de Julio. Ya entonces se había estado discutiendo sobre una nueva avenida que uniera el Arco del Triunfo con el Bois de Boulogne, y Hittorf había hecho planes sobre ella en los que se le daba unas dimensiones de 37 metros de ancho, lo que era un tamaño muy superior al habitual.

[7] Citado en Maria Hambourg, «Charles Marville's Old Paris», French Institute/Alliance Française, *Charles Marville, Photographs of Paris at the Time of the Second Empire on Loan from the Musée Carnavalet,* París y Nueva York, 1981, p. 9.

En 1853, Hittorf se reunió con Haussmann, que insistió en que hubiera 134 metros entre las fachadas de los edificios y que la avenida tuviera 109 metros de ancho[8]. Haussmann triplicó la escala del proyecto. Cambió la escala espacial tanto del pensamiento como de la acción. Se puede considerar otro ejemplo instructivo. Desde hacía tiempo, el aprovisionamiento de la ciudad a través de Les Halles estaba considerado inadecuado y falto de eficacia. Había sido un tema habitual de discusión durante la Monarquía de Julio y Berger, que era el prefecto en aquel momento, siguiendo ordenes de Luis Napoleón, había considerado prioritaria su reforma. La ilustración 7 muestra el sistema antiguo, que ponto desaparecería, en el que los comerciantes almacenaban su mercancía de la mejor manera posible en los soportales de los edificios. Las obras del nuevo edificio dirigidas por el arquitecto Victor Baltard, y que popularmente se conocía como «la fortaleza de Les Halles», fueron paralizadas en 1852 por Napoleón, quien las consideró una solución inaceptable (ilustración 8). En 1853, Haussmann le decía a un escarmentado Baltard: «queremos paraguas», «paraguas de hierro»; y, después de rechazar algunos proyectos híbridos (lo que le valió el resentimiento eterno de Baltard), eso fue lo que obtuvieron. El resultado fue un edificio que desde hace mucho tiempo está considerado como un clásico del movimiento moderno (ilustración 9). En sus *Mémoires*, Haussmann sugiere que salvó la reputación de Baltard cuando Luis Napoleón le preguntó que cómo había podido un arquitecto que había hecho algo tan horrible en 1852, producir semejante genialidad dos años más tarde. Sin ninguna modestia, Haussmann replicó: «¡Diferente prefecto!».

Si nos trasladamos al Palais de l'Industrie, edificado para la Exposición Universal de 1855 (ilustración 10), podemos ver un espacio enorme que va mucho más allá de Baltard. Si comparamos estos nuevos espacios con los pasajes que habían sido tan importantes a principios del siglo XIX (ilustración 11), vemos que la forma y los materiales son los mismos, pero ha habido un cambio extraordinario en las proporciones; algo que, por cierto, Walter Benjamin se olvida de señalar en su *Libro de los pasajes,* a pesar de su enorme interés por las formas espaciales de la ciudad. El historiador François Loyer, en su detallada reconstrucción de las prácticas de la arquitectura y la edificación en París durante el siglo XIX, señala el principio básico que estaba actuando: «uno de los efectos más importantes del capitalismo sobre la construcción fue transformar la escala de los proyectos»[9]. Mientras el mito de la ruptura

[8] W. Weeks, *The Man Who Made Paris. The Illustrated Biography of Georges-Eugene Haussmann,* Londres, 1999, p. 28; M. Carmona, *Haussmann*, cit., confirman los datos que están basados en las *Mémoires* de Haussmann.

[9] François Loyer, «Paris, 19th Century», *The Journal of the Society of Architectural Historians* (1988), p. 67.

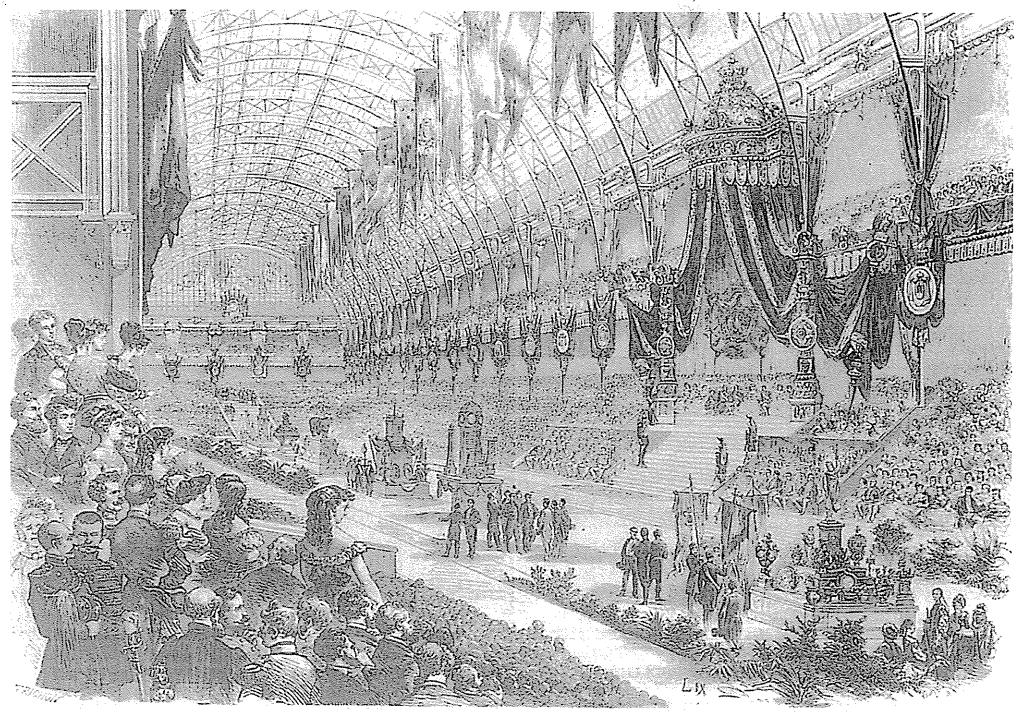


Ilustración 10. El Palais de l'Industrie, según Trichon y Lix, tenía un espacio interior mayor que el de Les Halles, mostrando así la transformación radical de la escala que habían hecho posible los nuevos materiales, formas arquitectónicas y modos de organización de la construcción.

Ilustración 11. Esta foto de Marville de las arcadas que forman el Passage de l'Opéra muestra el dramático cambio en la proporción (no en la forma) que se produjo en la construcción desde la década de 1820, cuando la mayoría de estos pasajes se construyeron, hasta la década de 1850, cuando se realizaron Les Halles y el Palais de l'Industrie.

total merece ser cuestionado, hay que reconocer el cambio radical en la escala que Haussmann ayudó a realizar, inspirado por las nuevas tecnologías y facilitado por las nuevas formas de organización. Este cambio le sirvió para poder pensar en la ciudad (incluyendo su periferia) como una totalidad en vez de como un caos de proyectos individuales.

A otro nivel en apariencia completamente diferente, se puede reflexionar sobre la ruptura radical que supuestamente llevó a cabo Flaubert en su escritura. Antes de 1848, Flaubert era un fracaso miserable: en esa década agonizaba hasta llegar al colapso nervioso sobre cómo y sobre qué escribir. Sus exploraciones de los temas góticos y románticos habían producido una pésima literatura sin importar el trabajo que realizara para pulir su estilo. Incluso sus mejores amigos, Maxime du Camp y Louis Bouilhet, consideraban el proyecto preliminar de *La tentación de san Antonio* un fracaso total, y en 1849 se lo decían claramente. Bouilhet aconsejó a un escandalizado Flaubert que estudiara a Balzac y sugería, de acuerdo con Francis Steegmuller, que «si Flaubert escribiera una novela sobre la burguesía, una clase que siempre le ha interesado y sobre la que se equivoca al considerar que no merece un tratamiento literario, fijándose más en los aspectos emocionales que en los materiales y utilizando su propio estilo, el resultado sería algo nuevo en la historia de la literatura». Dos años más tarde, después del viaje de Flaubert por Oriente, Bouilhet le sugirió que tomara el trágico suicidio de la mujer de un médico de provincias, una escena de la vida de provincias, por así decirlo, y lo tratara a la manera de Balzac.

Flaubert había decidido hacía mucho tiempo que Balzac no tenía la más mínima noción de cómo se escribía, pero, a pesar de eso, se tragó su orgullo y obedientemente se puso a trabajar desde 1851 hasta 1856. Cuando se publicó, *Madame Bovary* fue aclamada, y sigue siéndolo, como el acontecimiento literario más importante y la obra maestra de la cultura del Segundo Imperio[10]. Incluso con frecuencia, se la considera la novela moderna de la literatura francesa por excelencia. Por las razones que fueran, Flaubert encontró su camino solamente después de que el romanticismo y la utopía fueran pasados por las armas en 1848. Emma Bovary se suicida, víctima de banales ilusiones románticas, exactamente de la misma manera que los revolucionarios románticos en 1848, según consideraba Flaubert, se habían suicidado en las barricadas, con la falta de sentido con que lo describía en *La educación sentimental*. Hablando de Lamartine, Flaubert dice: «la gente ya ha tenido suficientes poetas» y «los poetas no pueden vencer». Flaubert minimizaba su deuda con Balzac (tanto como Haussmann negaba la influencia de sus predecesores), pero se daba cuenta del problema. «Para realizar algo duradero, uno tiene que tener una

[10] Francis Steegmuller, *Flaubert and Madame Bovary: A Double Portrait,* Nueva York, 1950, p. 168.

base sólida. El pensamiento del futuro nos atormenta y el pasado nos retiene. Por eso el presente escapa a nuestra comprensión»[11].

Un apóstol de la modernidad como Baudelaire vivió este dilema diariamente, escorando de una a otra banda con la misma incoherencia con la que en 1848 cambiaba de un lado al otro de las barricadas[12]. En su *Salón de 1846,* había señalado su rechazo de la tradición e invitaba a los artistas a explorar las «cualidades épicas de la vida moderna», porque la época es «rica en temas poéticos y maravillosos», como «las escenas de la alta sociedad junto con las de las miles de vidas desarraigadas que rondan el submundo de una gran ciudad, los criminales y las prostitutas». Lo maravilloso nos envuelve y nos llena igual que la atmósfera; pero no podemos verlo. A pesar de todo eso, dedicaba su trabajo a la burguesía, invocando su heroísmo: «habéis entrado en asociación, formado compañías, concedido créditos, para realizar la idea del futuro en todas sus diversas formas». Aunque pueda haber un toque de ironía en todo esto, también está apelando al utopismo de Saint-Simon, que buscaba enganchar al carro de la emancipación humana las cualidades visionarias de los poetas y la astucia de los negociantes. Baudelaire, atrapado en su propia lucha contra la tradición y «los aristócratas del pensamiento», y casualmente inspirado por el ejemplo de Balzac, propuso una alianza con todos aquellos burgueses que buscaban derribar el tradicional poder de clase. Ambos podrían alimentarse el uno al otro hasta que «la armonía suprema llegue a nosotros»[13].

Pero esa alianza no iba a producirse. Después de todo, ¿cómo podían los artistas describir el heroísmo de esas «vidas sin raíces» de manera que no resultara ofensivo para la burguesía? Baudelaire estaría el resto de su vida dividido entre el *flâneur* y el *dandy,* el observador cínico y descomprometido, por un lado, y el hombre del pueblo que entraba con pasión en la vida de sus personajes, por el otro. En 1846 esa tensión se mostraba sólo de manera implícita, pero 1848 cambió todo esto. Combatió junto a los insurgentes en febrero y junio y quizá también en mayo. Quedó horrorizado por la traición de los burgueses del Partido del Orden, pero igualmente angustiado por la retórica vacía del romanticismo que representaba Lamartine. Desilusionado, Baudelaire giró hacia el socialista Pierre Proudhon como el nuevo héroe (que entonces se relacionaba con Gustave Courbet, atraído por el realismo de ambos). Más tarde escribiría: «solamente el exceso de absurdo hizo encantador a 1848». Pero la referencia al «exceso» resulta significativa. Dejó constancia de su

[11] G. Flaubert, *Letters, 1857-1880*, Chicago, 1982, p. 134.

[12] Los hechos se recogen en Richard Klein, «Some Notes on Baudelaire and Revolution», *Yale French Studies* 39 (1967), pp. 85-97, y Timothy J. Clark, *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France, 1848-1851*, Londres, 1973.

[13] Charles Baudelaire, *Selected Writings on Art and Artists*, Londres, 1981, pp. 104-107.

«salvaje excitación» y de su «placer natural y legítimo por la destrucción». Aunque detestaba los resultados e incluso le parecía preferible la vuelta a la seguridad del poder de la tradición. Entre medias de los puntos álgidos de su compromiso revolucionario, ayudó a editar periódicos reaccionarios, escribiendo más tarde: «no hay otra forma de gobierno racional y con garantías que no sea el de una aristocracia», lo que se correspondía exactamente con las ideas de Balzac. Después de su furia inicial contra el golpe de Estado de Luis Napoleón, se apartó de la política dejándose llevar por el pesimismo y el cinismo sin confesar su adicción hasta que el pulso de la revolución empezó a latir. «La revolución y el culto a la razón confirman la doctrina del sacrificio»[14]. Llegó a manifestar esporádicos afectos hacia Luis Napoleón como poeta-guerrero en el papel de rey.

La agridulce experiencia que supuso la destrucción creativa en las barricadas y el saqueo del Palacio de las Tullerías en 1848 deja una contradicción en el sentido que tiene la modernidad para Baudelaire. Para poder enfrentarse al presente y crear el futuro, la tradición debe ser derrocada, violentamente si es necesario. Pero la pérdida de la tradición arranca el ancla de la esperanza de nuestro entendimiento y nos deja sin rumbo y sin fuerzas. El objetivo de los artistas, escribía en 1860, debe ser por ello entender lo moderno como lo «pasajero, fugaz y contingente» en relación con la otra mitad del arte que se ocupa «de lo eterno e inamovible». En un pasaje que hace eco de este dilema, dice que el peligro está en «no ir suficientemente deprisa, en dejar que el espectro escape antes de haber extraído la síntesis y haber tomado posesión de ella»[15]. Pero toda esa prisa deja a su paso muchas ruinas humanas. Los «miles de vidas desarraigadas» no se pueden ignorar.

En la narración «El viejo payaso», incluida en *Spleen de París*, encontramos una elocuente evocación de todo esto. Se describe París como un gran teatro. «En todas partes alegría, lucro, disipación; en todas partes la garantía del pan de mañana; en todas partes frenéticos arrebatos de vitalidad». La *fête imperiale* del Segundo Imperio va a toda marcha. Pero entre «el polvo, los gritos, la alegría y el tumulto», Baudelaire encuentra «al penoso viejo payaso, encorvado, decrépito, una ruina humana». Lo absoluto de su miseria «resulta más horrible por estar adornada con cómicos harapos». El payaso está «silencioso e inmóvil. Se había rendido, abdicado. Su suerte estaba echada» (ilustración 12). El autor siente «la terrible mano de la parálisis atenazando su garganta», al mismo tiempo que unas «lágrimas de rebeldía que no llegarán a caer» nublan su vista. Quiere darle dinero, pero el movimiento de la multitud le arrastra hacia adelante. Mirando hacia atrás, se dice a sí mismo: «acabo de ver al prototipo del viejo escritor que ha sido un brillante animador de la ge-

[14] Ch. Baudelaire, *Intimate Journals,* San Francisco, 1983, pp. 56-57.

[15] Ch. Baudelaire, *Selected Writings on Art and Artists,* cit., pp. 402-408.

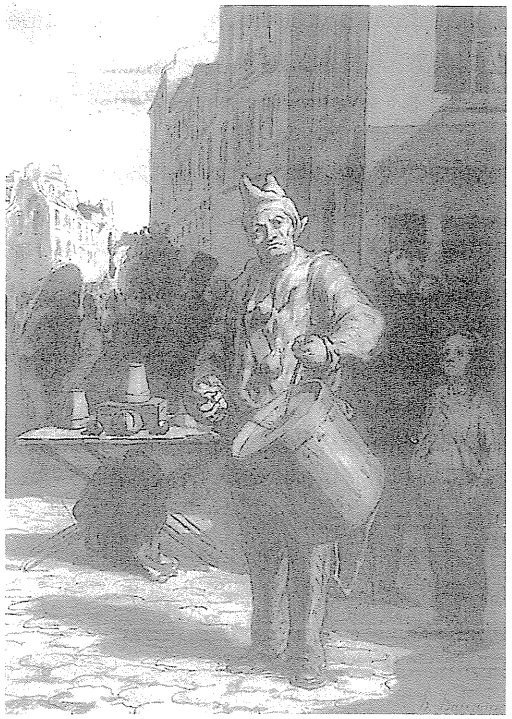


Ilustración 12. El payaso *de Daumier muestra parte del sentimiento expresado por el poema en prosa de Baudelaire. Con la multitud alejándose de él, sólo queda un niño mirándole con curiosidad. Mira hacia la lejanía como una figura noble que ha quedado abandonada.*

neración que le ha tocado vivir, el viejo poeta sin amigos, sin hijos, degradado por la miseria y la ingratitud del público, y a cuya barraca el caprichoso mundo ya no se molesta en acudir»[16].

Para Marx, 1848 supuso una similar línea divisoria intelectual y política. Aunque visitara París en marzo, había vivido los sucesos de 1848-1851 desde la distancia de su exilio en Londres. Estos acontecimientos se convirtieron en una epifanía sin la cual su evolución hacia el socialismo científico resultaría impensable. La ruptura radical que frecuentemente se pone en evidencia entre el «joven» Marx de los *Manuscritos económico-filosóficos* y el «maduro» de *El capital*, no fue más radical que la que experimentaron Haussmann o Flaubert, pero no obstante resulta significativa. En sus primeros años, había estado profundamente influenciado por el romanticismo y el socialismo utópico, pero en 1848 era mordaz en su rechazo de ambos. Aunque hubiera habido un momento histórico en que el socialismo utópico había contribuido a abrir nuevos horizontes en la conciencia de la clase obrera, en la actualidad, en el mejor de los casos, su influencia era irrelevante y, en el peor, era una barrera para la revolución. Habida cuenta del caótico fermento de ideas que se produjo en Francia durante la década de 1840 (el tema del capítulo 2), resulta com-

[16] Ch. Baudelaire, *Paris Spleen,* Nueva York, 1947, pp. 25-27.

prensible que Marx tuviera intereses estratégicos en reducir el pensamiento opositor a una ciencia del socialismo mucho más rigurosa y de síntesis. Pero para el movimiento marxista posterior, el asumir las rupturas radicales como si lo que hubiera sucedido antes fuera irrelevante, ha sido un grave error. Marx tomó toda clase de ideas de figuras como Saint-Simon, Louis Blanqui, Robert Owen y Étienne Cabet; e incluso cuando rechazaba otras, afinaba sus concepciones tanto mediante la crítica y la confrontación como eliminando lo superficial. Su presentación del proceso del trabajo en *El capital* toma forma en respuesta a la idea de Fourier de que el trabajo no alienado se define exclusivamente por la atracción pasional y por el placer del juego. A esto Marx replica que se requiere compromiso y coraje para realizar grandes proyectos y que el proceso del trabajo, por muy noble que sea, no puede escapar por completo al rigor del esfuerzo y de la disciplina colectiva. Pero, en cualquier caso, Marx sostenía algo que había tomado de Saint-Simon: que ningún orden social puede cambiar sin que los rasgos de lo nuevo se encuentren en el estado existente de las cosas.

Si aplicamos rigurosamente ese principio a lo que sucedió en 1848 y en los años posteriores, veríamos no sólo a Flaubert, Baudelaire y Haussmann, sino también al propio Marx bajo una luz muy especial. El hecho de que todos ellos alcanzaran su esplendor de manera tan espectacular solamente después de 1848 apoya el mito de la modernidad como una ruptura radical y sugiere que la experiencia de esos años fue vital para las subsiguientes transformaciones del pensamiento y de la práctica en una gran variedad de escenarios. Esto es, a mi modo de ver, la cuestión central que hay que abordar: ¿hasta qué punto y de qué maneras se encontraban prefiguradas las transformaciones alcanzadas a partir de 1848 en el pensamiento y en las prácticas de los años anteriores?

Marx, al igual que Flaubert y Baudelaire, estaba enormemente influenciado por Balzac. Paul Lafargue, yerno de Marx, señala que su admiración por Balzac «era tan profunda que tenía pensado escribir un ensayo sobre *La comedia humana*, en cuanto acabara sus trabajos de economía»[17]. A juicio de Marx, la totalidad de la obra de Balzac era clarividente en cuanto a la evolución del orden social. Balzac «anticipaba» de forma asombrosa relaciones sociales que en las décadas de 1830 y 1840 sólo se podían encontrar de forma embrionaria. Al levantar los velos para mostrar cómo los mitos de la modernidad se iban formando a partir de la Restauración, Balzac nos ayuda a identificar la profunda continuidad que subyace en la aparente ruptura radical que se produce a partir de 1848. La dependencia encubierta de Flaubert y

[17] Thomas Kemple, *Reading Marx Writing. Melodrama, the Market and the «Grundrisse»,* Stanford (CA), 1995. Kemple hace una reflexión muy interesante sobre la deuda y admiración que Marx tiene por Balzac. Véase también S. Prawer, *Karl Marx and World Literature,* Oxford, 1978.

Baudelaire de las perspectivas que desarrolló Balzac muestra esta continuidad incluso en el terreno de la producción literaria. La deuda explícita de Marx revela esa continuidad en la economía política y en los escritos históricos. Si los movimientos revolucionarios derivan de las tensiones latentes en el orden presente, entonces los escritos de Balzac sobre París en las décadas de 1830 y 1840 muestran la naturaleza de estas tensiones. Y dentro de estas posibilidades tomaron forma las transformaciones del Segundo Imperio. Desde esta perspectiva analizo en el capítulo 1 la representación de París que realiza Balzac.

El material gráfico de Daumier, del que hago un considerable uso ilustrativo, tiene similares cualidades visionarias. Frecuentemente comparado con Balzac, Daumier produjo ingentes cantidades de ilustraciones sobre la vida diaria y la política de París que representan una fuente de extraordinario valor. Baudelaire se quejó en alguna ocasión de que los lectores de Daumier se fijaran solamente en el chiste sin prestar ninguna atención al arte. Sin embargo, los historiadores del arte han rescatado a Daumier de la condición de simple caricaturista y se han fijado en su obra más elevada, aunque, debido a su prolífica producción, se considera de calidad irregular. No obstante, aquí estoy más interesado en los temas que escogía y la naturaleza de los chistes que él y otros, como Gavarni y Cham, compartían con sus lectores. Daumier se anticipa con frecuencia a procesos de cambio que se encuentran en estado embrionario, volviéndolos muy visibles. Ya en 1844 satirizaba la manera en que se organizaban los comercios textiles y auguraba los futuros grandes almacenes que surgirían en las décadas de 1850 y 1860. Muchos de sus comentarios sobre desalojos y demoliciones (considerados por Roger Passeron como arte inferior) son de 1852, antes de que llegaran las demoliciones masivas. Tenía la asombrosa habilidad, no solamente de ver lo que era la ciudad, sino también de prever con mucha antelación en qué iba a convertirse[18].

La tarea de ver y representar la ciudad durante fases de intenso cambio es una tarea ardua. Para hacerlo, novelistas como Balzac y artistas como Daumier fueron abriendo vías interesantes pero indirectas. Resulta llamativo comprobar que, aunque existen innumerables estudios y monografías sobre ciudades concretas, pocas de ellas parecen especialmente sobresalientes consideradas a la luz de la condición humana. Por supuesto, hay excepciones. Siempre he considerado el trabajo de Carl Schorske, *Fin-de-siècle Vienna,* como el modelo al que hay que aspirar aunque sea imposible de alcanzar[19]. Una de las características más importantes de ese trabajo es, precisamente, cómo se las arregla para transmitir una percepción de la totalidad

[18] Daumier se estudia en T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France, 1848-1851,* cit. Una aproximación más convencional la realiza Roger Passeron, *Daumier*, París, 1979.

[19] Carl Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna,* Nueva York, Vintage Books, 1981.

de la ciudad a través de una variedad de perspectivas de la vida material, de las actividades culturales y de los modelos de pensamiento. Los estudios urbanos más interesantes a menudo son fragmentarios y están realizados desde perspectivas concretas: la dificultad está en ver tanto el conjunto como las partes, y precisamente por ello la obra de Schorske resulta especialmente mágica. Esta dificultad está siempre presente en todos los estudios urbanos y en la teoría urbana en general. Tenemos muchas teorías de lo que sucede *en* la ciudad, pero falta una teoría *de* la ciudad. A menudo, las teorías que tenemos resultan tan unidimensionales y rígidas que quedan lejos de llegar a desentrañar la riqueza y complejidad que se encuentra en la experiencia urbana. Abordar una aproximación a la ciudad y a la experiencia urbana desde una perspectiva unidimensional no es un buen camino.

Esta fragmentada aproximación a la totalidad está brillantemente articulada en el estudio que Walter Benjamin realizó sobre París en *El libro de los pasajes*[20], una obra que en los últimos años ha sido el centro de un considerable interés, especialmente a partir de la aparición en 1999 de una traducción inglesa definitiva. Desde luego, mi propósito es diferente al de Benjamin. Consiste en reconstruir de la mejor manera posible el funcionamiento del Segundo Imperio en París; cómo el capital y la modernidad se unieron en un espacio y tiempo concretos, y cómo las relaciones sociales y la imaginación política se vieron estimuladas por este encuentro. Espero que los estudiosos de Benjamin encuentren algo útil en este ejercicio. Evidentemente, hago uso de muchas de sus perspectivas y tengo algunas ideas generales sobre cómo realizar su lectura, e incluso algunas críticas, como ya he mencionado al hablar de la escala espacial. La fascinación que me produce su proyecto viene de la manera en que articula una gran cantidad de información, procedente de toda clase de fuentes secundarias, y empieza a ordenar pedazos y trozos, los «detritus» de la historia, como los llamaba, como si fueran parte de un gigantesco caleidoscopio sobre cómo funcionaba París y cómo se convirtió en el lugar central que acogió el nacimiento de lo moderno, tanto de su técnica como de su sensibilidad. Es evidente que Benjamin tenía una grandiosa concepción en su cabeza, pero el estudio está sin terminar (quizá era inacabable) y su forma global (si es que tuvo intenciones de darle alguna) permanece difusa. Pero igual que Schorske, Benjamin vuelve una y otra vez a algunos temas, hilos persistentes que reúnen el conjunto y presentan una vi-

[20] Walter Benjamin, *The Arcades Project,* Cambridge (MA), 1999 [ed. cast.: *Libro de los pasajes,* Madrid, Ediciones Akal, 2005]. Entre los muchos comentarios convincentes que se recogen sobre este trabajo, han sido especialmente útiles para mis propósitos los siguientes: David Frisby, *Fragments of Modernity. Theories of Modernity in the Work of Simmel, Kracauer and Benjamin,* Cambridge, 1985; G. Gilloch, *Myth and Metropolis. Walter Benjamin and the City,* Cambridge, 1986, y Susan Buck-Morss, *The Dialectics of Seeing. Walter Benjamin and the Arcades Project,* Cambridge, 1991.

sión posible de la totalidad. Los *pasajes,* una forma espacial, funcionan como un motivo recurrente. Igual que otros escritores marxistas como Henri Lefebvre, Benjamin insiste en que no vivimos solamente en un mundo material, sino que nuestra imaginación, nuestros sueños, nuestras concepciones y nuestras representaciones mediatizan el mundo material de maneras muy poderosas; de aquí su fascinación por el espectáculo, la representación y la fantasmagoría.

El problema para el lector de Benjamin está en cómo entender los fragmentos en relación con la totalidad de París. Sin duda, algunos querrían decir que no encajan juntos y que es mejor dejarlos así. Superponer las temáticas (ya sea en *El libro de los pasajes* o en mi propia preocupación sobre la circulación y acumulación del capital y el dominio de las relaciones de clase) es violentar de tal manera la experiencia, que se tiene que evitar de cualquier forma. Por mi parte, confío mucho más en las relaciones inherentes entre los procesos y las cosas como para darme por satisfecho dejando así el asunto. También estoy profundamente convencido de nuestra capacidad para representar y comunicar lo que esas conexiones y relaciones significan. Pero también reconozco, como debe hacerlo cualquier teórico, la necesaria violencia que acompaña a la abstracción, y que siempre es peligroso el interpretar relaciones complejas como eslabones causales o, todavía peor, determinadas por algún proceso mecanicista. Recurrir a un modelo dialéctico y de relaciones para desarrollar una investigación histórico-geográfica nos debería ayudar a evitar esas trampas.

Realizar un trabajo de esta clase (tanto para Schorske y Benjamin como para mí mismo) depende, en gran parte, de investigaciones en archivos realizadas por otros. El archivo de París ha sido explotado de manera tan enriquecedora y las fuentes secundarias son tan abundantes (como atestigua la extensa bibliografía), que realizar una síntesis dinámica de los innumerables estudios hechos desde diferentes perspectivas requiere un esfuerzo considerable. La dependencia de fuentes secundarias, muchas de las cuales forman parte de un marco de conceptos y de teorías diferentes a los míos, es algo que de alguna manera limita; y siempre queda la cuestión de la fiabilidad y veracidad, por no hablar de su compatibilidad. Con frecuencia he realizado una lectura de estas fuentes contra el hilo de su propio armazón teórico, pero el trabajo de investigación en los archivos de París ha sido cuidadosamente realizado desde todas las perspectivas (un buen ejemplo es el sobresaliente estudio de Jean Gaillard[21], en el que me apoyo de manera importante), y me he esforzado en mantener la integridad de los hallazgos más significativos de esta investigación.

[21] Cito en particular el trabajo de Jean Gaillard (*Paris, la ville, 1852-1870,* París, 1977), porque me parece admirable y he utilizado ampliamente sus hallazgos.

Enfocar las cuestiones de esta manera también es ir contra la corriente de muchas prácticas académicas actuales, centradas en construcciones razonadas que penetran hechos supuestamente objetivos, para poder entenderlos como construcciones culturales abiertas a la crítica y a la deconstrucción. Semejante cuestionamiento ha sido inestimable. Desde este punto de vista, hablar de la «integridad» de los hallazgos resulta muy dudoso, habida cuenta de que la integridad y la verdad son efectos de un discurso. Resulta útil saber, por ejemplo, que la investigación estadística sobre la industria de París en 1847-1848 estaba lastrada por condicionamientos políticos y económicos, que entre otras cosas clasificaban como «pequeños negocios» a los trabajadores subcontratados en sus propias casas, y que buscaban situar en primer plano la importancia de la familia como guardiana del orden social[22]. El cuestionamiento que hace Rancière del «mito» de los artesanos afligidos por la desaparición de los oficios, la degradación y la pérdida de nobleza del trabajo como un actor principal de la lucha de clases tiene que tomarse seriamente en consideración[23].

Pero un trabajo de síntesis como el que intento hacer aquí debe ineludiblemente construir sus propias reglas de articulación. No puede limitarse a una deconstrucción sin fin de las elaboraciones de otros, sino que tiene que profundizar sobre la materialidad de los procesos sociales, al mismo tiempo que reconocer el poder y el significado de discursos y percepciones, para dar forma a la vida social y a la investigación histórico-geográfica. Por ello, la metodología del materialismo histórico-geográfico que llevo años desarrollando, y que debe mucho al estudio sobre París que publiqué en 1985, proporciona a mi entender un poderoso instrumento para comprender las dinámicas del cambio urbano en un lugar y un tiempo determinados[24]. De cualquier forma, quiero resaltar mi deuda con una larga tradición de rigurosa investigación que, desde hace mucho tiempo, ha buceado a fondo en los archivos de París y ha reflexionado sobre sus significados desde muchas perspectivas. Las extraordinarias instalaciones de la Bibliothèque Historique de la Ville (una institución creada por Haussmann) y la colección de material visual que incluye las fotografías de Marville (encargadas por Haussmann para que registrasen la destrucción creativa), reunido actualmente en la Photothèque des Musées de la Ville, hicieron la preparación de este trabajo mucho más fácil y placentera.

[22] Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History,* Nueva York, 1988.

[23] Jacques Rancière, «Good Times or Pleasure at the Barrieres», A. Rifkin y R. Thomas (eds.), *Voices of the People,* Londres, 1988.

[24] La exposición teórica completa se encuentra en David Harvey, *Justice, Nature and the Geography of Difference,* Oxford, 1996. El marco teórico que documentaba pero, me apresuro a decir, no dictaba la forma del estudio original sobre París, que se mantiene en esta versión, se publicó en D. Harvey, *The Limits to Capital,* Oxford, 1982.

El estudio de París, que forma la segunda parte de la obra, es una versión más extensa del ensayo *Consciousness and the Urban Experience* (publicado en 1985 conjuntamente por Johns Hopkins University Press y Basil Blackwell). El anexo «La construcción de la Basílica del Sacré-Coeur» procede, ligeramente revisado, de la misma obra que apareció inicialmente en *Annals of the Association of American Geographers* en 1979. El estudio sobre Balzac es una versión revisada y ampliada de estudios anteriores, publicados por separado en *Cosmopolitan Geographies,* editado por Vinay Dharwadker (publicado por Routledge en 2001), y en *Afterimages of the City,* editado por Joan Ramon Resina (publicado por Cornell University Press en 2002). El capítulo 2 y esta introducción son totalmente nuevos.

PARTE PRIMERA
Representaciones: París, 1830-1848

I

Los mitos de la modernidad: el París de Balzac

> Balzac ha asegurado la constitución mítica del mundo a través de contornos topográficos precisos. París es la tierra que alimenta su mitología. París con sus dos o tres grandes banqueros (Nucingen, du Tillet); París con su gran médico, Horace Bianchon; con su empresario César Birotteau; con sus cuatro o cinco grandes cortesanas; su usurero Gobsek; con su variedad de abogados y militares. Pero por encima de todo, y es algo que vemos continuamente, es desde las mismas calles y esquinas, desde las pequeñas habitaciones y recovecos, de donde salen a la luz las figuras de este mundo. ¿Qué otra cosa puede significar esto sino que la topografía es el plano de este espacio mítico de tradición, como lo es de cualquier otro semejante, y que realmente se puede convertir en su llave?
>
> Walter Benjamin

En *La solterona*, Balzac señala que los mitos modernos son más incomprensibles, pero mucho más poderosos que los anclados en tiempos remotos. Su poder procede de la manera en que habitan la imaginación, como realidades indiscutibles e incuestionables que surgen de la experiencia diaria, en vez de historias maravillosas sobre los orígenes y los legendarios conflictos del deseo y la pasión humana. Esta idea de que la modernidad debe crear necesariamente sus propios mitos fue posteriormente tomada por Baudelaire en su ensayo *El Salón de 1846*. En él buscaba identificar «las nuevas formas de pasión» y las «clases específicas de belleza» que constituían lo moderno, y criticaba a los artistas visuales de su época por su fracaso «en abrir los ojos para ver y conocer el heroísmo» que les rodea. «La vida de nuestra ciudad es rica en temas poéticos y maravillosos. Aunque no nos demos cuenta, estamos envueltos y empapados por una atmósfera de lo maravilloso». Invocando un nuevo elemento, «la belleza moderna», Baudelaire concluye su ensayo de esta manera: «Los héroes de la Ilíada son pigmeos com-

Ilustración 13. La representación que hace Daumier de la nueva rue *de Rivoli en 1852, recoge algunas de las clarividentes descripciones de París que hace Balzac. Acosada por la «manía de construir» (se puede ver la piqueta al fondo), aparece como una «impetuosa corriente», como un «milagro monstruoso, un pasmoso engranaje de movimientos, maquinas e ideas» en los que «los acontecimientos y la gente caen unos contra otros», de manera que «incluso cruzar la calle puede resultar amedrentador».*

parados con vosotros, Vautrin, Rastignac y Birotteau» (personajes de Balzac), «y tú, Honoré de Balzac, tú eres el más heroico, el más extraordinario, el más romántico y el más poético de todos los personajes que has producido desde tus entrañas»[1].

Balzac pintaba en prosa, pero difícilmente se le puede acusar de fracasar en ver la riqueza y la poesía de la vida diaria que le rodeaba. «¿Podríais evitar dedicar unos minutos a observar los dramas, desastres, representaciones, los sucesos pintorescos que atrapan vuestra atención en el corazón de esta agitada reina de las ciudades?».

[1] C. Baudelaire, *Selected Writings on Art and Artists,* cit., pp. 119-120.

«Mira a tu alrededor», mientras «recorres tu camino a través de esa gran jaula de estuco, esa colmena humana con arroyos negros marcando sus divisiones y sigue las ramificaciones de la idea que se mueve, se agita y fermenta en su interior»[2]. Antes de que Baudelaire hiciera público su manifiesto de las artes visuales; un siglo antes de que Benjamin tratara de desentrañar los mitos de la modernidad en su inacabado *Libro de los pasajes*, Balzac había colocado bajo el microscopio los mitos de la modernidad y utilizado la figura del *flâneur* para hacerlo. Y París, una capital a la que la burguesía estaba transformando en una ciudad del capital, estaba en el centro de su mundo.

El rápido y aparentemente caótico crecimiento de la ciudad a principios del siglo XIX hizo que resultara difícil descifrar, descodificar y representar la vida de la ciudad. Distintos novelistas de la época lucharon para poner palabras a lo que la ciudad era, y cómo lo hicieron exactamente ha sido tema de estudios detallados[3]. Registraron muchos datos sobre su mundo material y los procesos sociales que fluían a su alrededor. Exploraron diferentes maneras de representar ese mundo y contribuyeron a modelar la imaginación popular, en cuanto a lo que la ciudad era o podía llegar a ser. Consideraron alternativas y posibilidades, algunas veces de manera didáctica, como hizo Eugène Sue en su famosa novela *Los misterios de París,* pero más a menudo de manera indirecta, a través de sus evocaciones del papel de los deseos humanos en relación a las formas, instituciones y convenciones sociales. Descodificaron la ciudad y la volvieron legible, proporcionando maneras de comprender, representar y dar forma a procesos de cambio urbano que, aparentemente, eran incipientes y a menudo resultaban perturbadores.

La manera en que lo hace Balzac tiene mucho interés. París es el centro de muchas de sus obras, incluso podríamos decir que el personaje central de ellas. *La comedia humana* es una vasta, incompleta y aparentemente disparatada colección de escritos formada por unas noventa novelas y relatos, escritos en veinte años desde 1828 hasta su muerte (atribuida a tomar demasiado café) en 1850, a la edad de cincuenta y un años. Exhumar los mitos de la modernidad y de la ciudad en esta obra increíblemente rica, y a menudo confusa, no es una tarea fácil. En 1833 Balzac tenía la idea de reunir sus novelas bajo el título de *La comedia humana*, y en 1842 empezó un proyecto que dividía los trabajos en escenas de la vida privada, provincial, parisina, política, militar y rural, complementadas por una serie de estudios fi-

[2] Honoré de Balzac, *History of the Thirteen,* Harmondsworth, 1971, pp. 311, 330.

[3] Christopher Prendergast, *Paris and the Nineteenth Century,* Oxford, 1992; Sharon Marcus, *Apartment Stories. City and Home in Nineteenth Century Paris and London,* Berkeley (CA), 1999; Karlheinz Stierle, *La capitale des signes. Paris et son discours,* París, 2001. Estas tres obras son estudios excepcionales de críticos literarios que prestan especial atención a la interpretación que hace Balzac de la vida urbana.

losóficos y de análisis[4]. Pero París aparece en casi todas partes, algunas veces sólo como una sombra proyectada sobre el paisaje rural, así que no hay más que seguir la pista de la ciudad allí donde se la encuentre.

La lectura de gran parte de *La comedia humana* como urbanista en vez de crítico literario es una experiencia totalmente extraordinaria. Revela toda clase de cosas sobre una ciudad y su geografía histórica que, de otra manera, quedarían ocultas. No cabe duda de que sus clarividentes visiones y representaciones tuvieron que dejar una huella mucho más profunda en la sensibilidad de sus lectores, que el resto de la literatura de su tiempo. Ciertamente contribuyó a crear un clima en la opinión pública que así podía entender mejor (incluso aceptar inconscientemente o con pesar) la economía política que subyace a la vida urbana moderna, dando así forma a las precondiciones imaginativas para las transformaciones sistemáticas que sufrió París durante el Segundo Imperio. El mayor logro de Balzac fue el diseccionar y representar las fuerzas sociales omnipresentes en las entrañas de la sociedad burguesa. Al desmitificar la ciudad y los mitos de la modernidad que la envolvían, abrió nuevas perspectivas, no solamente a lo que la ciudad era, sino a lo que podía llegar a ser. Igualmente resulta fundamental cómo revela muchos de los apuntalamientos psicológicos de sus propias representaciones, proporcionando una comprensión de los turbios juegos del deseo (especialmente dentro de la burguesía), que se pierden en la documentación sin vida de los archivos de la ciudad. La dialéctica de la ciudad y cómo se pudo formar el yo moderno, se encuentra por ello presentada, pues, sin tapujos.

El utopismo de Balzac

Para Balzac, el «único fundamento sólido de una sociedad bien regulada» depende del adecuado ejercicio del poder por parte de una aristocracia respaldada por la propiedad privada, «ya sea de bienes raíces o de capital»[5]. La distinción entre bienes raíces y capital es importante, ya que certifica la existencia de un conflicto, a veces fatal, entre la riqueza basada en la tierra y el poder del dinero. El utopismo de Balzac apela típicamente al primero. Lo que el teórico y crítico literario Fredric Jameson llama «el lugar común» del agitado mundo de Balzac se encuentra en la «suave y acogedora fantasía de la propiedad de la tierra como figura tangible del de-

[4] El primer volumen de las *Obras completas* de La Pléiade sostiene que la organización de los mismos la decidió Balzac en 1845. El ensayo introductorio es de Pierre-Georges Castex, y la cronología de publicación y las revisiones de los trabajos de Balzac están presentadas por Roger Pierrot.

[5] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., p. 132.

seo de realización de una utopía». Allí se encuentra «una paz liberada del competitivo dinamismo de París y de las luchas económicas de la metrópoli, que todavía se puede imaginar en algún lugar apartado de la historia social inmediata»[6].

Balzac evoca a menudo idílicas escenas campestres de sus primeras novelas, como *El último chuan,* en sus obras posteriores. *Los campesinos,* una de sus últimas novelas, comienza con una extensa carta escrita por un periodista monárquico, describiendo una idílica escena «arcádica» de un pueblo rural y sus alrededores contrastada con «el espectáculo de París, su incesante y emocionante drama y su horrenda lucha por la existencia». Esta idealización enmarca la acción de la novela y proporciona una perspectiva particular desde la que se pueden observar e interpretar las estructuras sociales. En *La piel de zapa,* el motivo utópico se traslada al centro del escenario: Raphael de Valentin, buscando el reposo que prolongue su amenazada vida, «sintió una necesidad instintiva de acercarse a la naturaleza, a la sencillez de la vivienda y a la vida vegetativa a la que tan rápidamente nos rendimos en el campo». Necesita los poderes reconstituyentes y rejuvenecedores que solamente puede proporcionar la proximidad con la naturaleza. Encuentra «un lugar donde la naturaleza, tan alegre como un niño jugando, parecía haber disfrutado en esconder su tesoro», y cerca de allí se topa con

> una modesta casa de granito y madera. En armonía con el lugar, el tejado de paja de esta cabaña era alegre, con musgos y una hiedra florecida que engañaba sobre su antigüedad. Una delgada columna de humo, demasiado fina para molestar a los pájaros, se levantaba desde la ruinosa chimenea. Enfrente de la puerta había un gran banco colocado entre dos grandes matorrales de madreselva, cubiertos de flores rojas de dulce aroma. Las paredes de la casa apenas quedaban visibles bajo las ramas de las parras y las guirnaldas de rosas y jazmines que crecían según sus propios caprichos. Despreocupados de esta rústica belleza, sus habitantes no hacían nada por cultivarla y dejaban a la naturaleza a su élfica y virginal armonía.

Los habitantes no son menos bucólicos:

> El ladrido de los perros hizo salir a un robusto niño que se quedó con la boca abierta; después vino un anciano de pelo blanco y complexión mediana. Los dos encajaban con su entorno, con la atmósfera, las flores y la cabaña. La buena salud se desbordaba en medio de la exuberancia de la naturaleza, dando a la infancia y a la vejez su propio estilo de belleza. De hecho, todas las formas de vida mostraban el despreocupado hábito de la satisfacción que reinó en los primeros tiempos; burlándose del discurso di-

[6] Fredric Jameson, *The Political Unconscious,* Londres, 1982, p. 157.

Ilustración 14. Daumier se reía con frecuencia del utopismo bucólico de los burgueses. Aquí el hombre orgullosamente señala lo bonita que se ve desde aquí su casa de campo, añadiendo que el año que viene la piensa pintar de verde manzana.

dáctico de la filosofía moderna, también servía para curar el corazón de sus turbulentas pasiones[7].

Las visiones utópicas de este tipo funcionan como un modelo sobre el cual se juzgan todas las demás cosas. Por ejemplo, en los momentos finales de la orgía de *La piel de zapa,* Balzac cuenta cómo las jóvenes presentes, a pesar de estar endurecidas por el vicio, recordaban desde que se levantaban los lejanos días de pureza e inocencia que habían pasado felizmente con la familia en algún lugar rústico y bucólico. Este utopismo pastoral tiene incluso su contrapartida urbana: viviendo sin un céntimo en París, Raphael había sido testigo de la empobrecida pero noble vida de una madre y su hija, cuyo «constante esfuerzo, soportado con alegría, daba testimonio de una piadosa resignación inspirada en elevados sentimientos. Existía una armonía indefinible entre las dos mujeres y los objetos que las rodeaban»[8]. Sin embargo, Balzac solamente aborda en *El médico rural* la construcción activa de semejante alternativa utópica. El médico, un burgués servicial, compasivo y de ideas reformistas, realiza un acto supremo de renuncia personal para acometer los cambios necesarios en una zona rural de ignorancia y pobreza crónicas. La intención es organizar una producción capitalista armónica de la tierra por medio de un esfuerzo comunitario que, aun así, enfatiza la alegría de la propiedad privada. No obstante, Balzac insinúa oscuramente la fragilidad de semejante proyecto a la vista de la venalidad e individualismo del campesinado. Pero en *La comedia humana* encontramos una y otra vez ecos de este tema utópico, como un punto de vista desde el que se pueden entender las relaciones sociales.

[7] H. Balzac, *The Peasantry,* Londres y Nueva York, s. f., *The works of Honore de Balzac,* vol. 14, s. f.; *The Wild Ass's Skin,* Harmondsworth, 1977.

[8] H. Balzac, *The Wild Ass's Skin,* cit., pp. 137-138.

Balzac se dirigía esencialmente a la aristocracia como fuente de liderazgo. Sus deberes y obligaciones estaban claras. «Aquellos que deseen mantenerse a la cabeza de un país deben ser siempre merecedores de dirigirlo; deben formar su cuerpo y su alma para poder controlar la actividad de sus manos». No obstante, se trata de una «aristocracia moderna», que debe surgir ahora y entender que «el arte, la ciencia y la riqueza, forman el triangulo social dentro del cual se inscribe el escudo del poder». Los dirigentes deben «tener suficientes conocimientos para juzgar sabiamente y deben conocer las necesidades de los sujetos y el estado de la nación, sus mercados y su comercio, su territorio y sus propiedades». Los súbditos deben ser «educados, obedientes» y «actuar con responsabilidad» para participar «del arte del gobierno». «Los recursos para ello», escribe, «se encuentran en la fuerza positiva y no en los recuerdos históricos». Balzac coincide con Saint-Simon (como veremos más adelante), en su admiración por la aristocracia inglesa porque ella sabía reconocer la necesidad del cambio. Los dirigentes deben entender que «las instituciones tienen sus años climatéricos, cuando los términos cambian de significado, las ideas se ponen nuevos atuendos y las condiciones de la vida política asumen una forma totalmente nueva, sin que la sustancia primordial se vea afectada»[9]. Esta última frase «sin que la sustancia primordial se vea afectada», nos devuelve de nuevo al lugar común del utopismo bucólico de Balzac.

Una aristocracia moderna necesita del poder del dinero para gobernar. Si esto es cierto, ¿puede ser otro poder distinto al capitalista, aunque sea de tipo terrateniente? ¿Qué configuración de clase puede apoyar esta visión utópica? Balzac reconoce claramente que las diferencias y los conflictos de clase no se pueden abolir: «De alguna manera, una aristocracia representa el pensamiento de una sociedad, igual que las clases medias y trabajadoras son los aspectos orgánicos y activos de la misma». La armonía debe construirse al margen del «evidente antagonismo» entre

[9] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., pp. 179-184.

estas fuerzas de clase, de tal manera que la «aparente aversión producida por una diversificación del movimiento [...] no impida que trabajen con un propósito común». De nuevo, hay algo más que una simple alusión a la doctrina utópica de Saint-Simon, a pesar de que éste buscaba el liderazgo en los empresarios y no en la aristocracia. El problema no está en la existencia de diferencias sociales y distinciones de clase: es totalmente posible «que los diferentes tipos que contribuyen a la fisonomía» de la ciudad «se armonicen maravillosamente con el carácter del conjunto». Porque «la armonía es la poesía del orden y todas las gentes sienten una imperiosa necesidad de orden. ¿Acaso no es la cooperación de todas las cosas entre sí, la unidad en una palabra, la expresión más simple del orden?». Incluso las clases trabajadoras, asegura, «se sienten atraídas hacia una manera de vivir ordenada y laboriosa»[10].

Este ideal de armonía de clases, modelado a partir de la diferencia, se ve tristemente perturbado por múltiples procesos que operan en su contra. Los trabajadores están «arrojados al fango por la sociedad». Los parisinos han caído víctimas de las falsas ilusiones de la época, en especial la de la igualdad. Los ricos se han vuelto «más exclusivos en sus gustos y muestran más apego a sus pertenencias personales que hace treinta años». Los aristócratas necesitan dinero para sobrevivir y garantizar el nuevo orden social; pero la persecución de ese poder del dinero corrompe sus potencialidades. Los ricos, en consecuencia, sucumben a «una fanática ansia de autoexpresión»[11]. La persecución del dinero, del sexo y del poder se convierte en un juego elaborado, grotesco y destructivo. La especulación y la persecución sin sentido del dinero y del placer siembran confusión en el orden social. Una aristocracia corrupta fracasa en su misión histórica, mientras que los burgueses, el tema central de la reflexión de Balzac, no tienen ninguna alternativa civilizada que ofrecer.

Sin embargo, estos fracasos están todos juzgados en relación a la alternativa utópica de Balzac. El utopismo bucólico proporciona el contenido emotivo y una aristocracia progresista asegura su base de clase. Marx, aunque desde una perspectiva de clase totalmente diferente, profesaba una intensa admiración por los proféticos, clarividentes e incisivos análisis de la sociedad burguesa que realiza Balzac en *La comedia humana*, y su estudio le sirvió de fuente de inspiración[12]. También resulta admirable, no sólo la claridad con que Balzac desmitifica los mitos de la modernidad y de la ciudad, sino también su radical exposición de las cualidades fetiche de la conciencia burguesa.

[10] *Ibid.*, pp. 180.
[11] *Ibid.*, p. 82.
[12] T. Kemple, *Reading Marx Writing: Melodrama, the Market and the «Grundrisse»,* cit.

París y sus provincias: el campo en la ciudad

El sabor campestre, provincial e incluso rústico del utopismo de Balzac contrasta dramáticamente con la realidad de las relaciones sociales en el campo y en las provincias. Innumerables personajes de su obra asumen, como el propio Balzac, la difícil transición del modo de vida de las provincias al metropolitano. Algunos, como Rastignac en *Papá Goriot* superan la transición con éxito, mientras que en *César Birotteau*, aparece un clérigo que se horroriza tanto del bullicio de la ciudad, que permanece encerrado en su cuarto hasta que puede regresar a Tours, jurando que no volverá a poner de nuevo un pie en ella. Lucien, en *Las ilusiones perdidas* y *Esplendor y miseria de las cortesanas,* no acaba de triunfar y termina suicidándose. Otros, sin embargo, como la prima Bette, se llevan con ellos sus argucias de campesinos y las utilizan para destruir el segmento de la sociedad metropolitana al que tienen acceso íntimo. Aunque la frontera es porosa, hay un profundo antagonismo entre los modos de ser de provincias y los de la metrópolis. París proyecta su sombra sobre el país, con menor intensidad cuanto más nos alejemos. En *El último chuan*, Bretaña se describe como si fuera un lejano puesto colonial y Burgundy y Angoulême están suficientemente lejos como para desarrollar modos autónomos de vida. En ellos, la ley se interpreta y se administra a escala local y todo depende más de las relaciones de poder locales que de las nacionales.

El modelo específico de relaciones de clase en las provincias queda brillantemente presentado en *Los campesinos*. En esta novela, Balzac pone «de relieve los principales caracteres de una clase ignorada por una multitud de escritores» y señala «el fenómeno de una conspiración permanente de aquellos a los que llamamos "los débiles" contra aquellos que se imaginan a sí mismos como "los fuertes"; de los campesinos contra los ricos». El que los débiles tienen muchas armas (como ha señalado James Scott en tiempos más recientes), se desvela con claridad. Balzac retrata a «este infatigable zapador en su trabajo, mordisqueando y royendo la tierra en pequeños trozos, cortando un acre en cien pedacitos, para fraccionarlo de nuevo otra vez, convocado al banquete por el burgués que encuentra en él a una víctima y a un aliado». Por debajo de «la idílica rusticidad» se encuentra «un significado desagradable». El código de los campesinos no es el de los burgueses y Balzac escribe: «el salvaje y su representación más cercana, el campesino, nunca hacen demasiado uso del discurso articulado, excepto para poner trampas a sus enemigos». Aquí se puede encontrar más de una coincidencia con la descripción que James Fenimore Cooper realiza de los indios de América del Norte[13].

[13] H. Balzac, *The Peasantry,* cit., pp. 38, 108; J. C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance,* New Haven (CT), 1985.

El conflicto entre los campesinos y la aristocracia está ferozmente descrito, pero el verdadero protagonista de la acción es un variopinto grupo de abogados, mercaderes, doctores y otros personajes locales, empeñados en las tareas de acumular capital mediante practicas usureras, controles monopolistas y argucias legales, al mismo tiempo que van tejiendo una intrincada red de interdependencias y alianzas estratégicas (establecidas sobre matrimonios de conveniencia). Este grupo es suficientemente fuerte a escala local como para desafiar o subvertir la autoridad central de París, para embridar el poder de la aristocracia y orquestar los acontecimientos en su propio beneficio. Los campesinos se encuentran inevitablemente abocados a una alianza con los intereses de la burguesía local en contra de la aristocracia, incluso aunque no esperen sacar ningún beneficio de ella. El abogado burgués Rigou, al que en ocasiones se describe como «el vampiro del valle» y «un maestro de la avaricia», hace préstamos abusivos y los utiliza para obtener trabajo forzado de un campesinado al que controla con «hilos secretos». Cortecuisse, un campesino, le pide un crédito para comprar una pequeña propiedad, pero, por mucho que trabajen él y su mujer, nunca consigue pagar más que los intereses del préstamo. Constantemente amenazado con la ejecución de la hipoteca, Cortecuisse no puede hacer nada en contra de los deseos de Rigou. Y los deseos de Rigou consisten en utilizar la fuerza del campesinado, aprovechándose de su espantosa pobreza crónica, sus resentimientos y sus derechos tradicionales para cultivar la tierra y extraer madera, para socavar la viabilidad comercial de la propiedad aristocrática. Como dice un campesino perspicaz:

> Hacer frente a la aristocracia rural de Aigues para mantener vuestros derechos está muy bien; pero llegar a quitarlos de en medio y encontrar Aigues sacado a subasta, que es lo que quiere hacer la burguesía con el valle, no conviene a nuestros intereses. Si ayudáis a dividir las grandes posesiones, ¿de dónde saldrán las tierras nacionales que nos traerá la revolución que se avecina? Entonces obtendréis la tierra a cambio de nada, igual que hizo el viejo Rigou; pero una vez que la burguesía haya mordisqueado la tierra, la escupirá en trozos mucho más pequeños y caros. Trabajaréis para ellos, igual que todos los que trabajan para Rigou. ¡Fijaos en Cortecuisse![14]

Aunque para el campesinado resultaba más fácil ir contra la aristocracia y culparla de su degradada condición, que resistir el poder de una burguesía local de la que dependía, el resentimiento contra el poder burgués local no estaba muy lejos de la superficie. ¿Por cuánto tiempo podría ser controlado? ¿No tenía la burguesía, tanto de París como de provincias, razones para temerlo? En la medida en que el

[14] H. Balzac, *The Peasantry,* cit., p. 215.

Ilustración 15. En las representaciones de Daumier, las realidades del mundo rural estaban lejos de ser idílicas. Los burgueses, o se encuentran con horribles accidentes (normalmente provocados por penosos encuentros con la vida rural), o de lo contrario se aburren.

campo es un lugar de inestabilidad y lucha de clases, su amenaza al mundo de París se hace patente. Aunque París pueda reinar, es el campo el que gobierna[15].

Parisinos de todas las clases vivían en un estado de negación y recelo de sus orígenes rurales; solamente en esos términos se pueden explicar los complejos rituales de integración de los emigrantes en la ciudad. Después de criticar enconadamente el provincianismo de pequeña ciudad de Angoulême, al principio de *Las ilusiones perdidas*, Balzac describe penosas escenas cuando Lucien y Madame de Bargeton se van a París para consumar su pasión. Madame d'Espard, una mujer socialmente bien relacionada, los lleva a la ópera, y Lucien, que acaba de gastarse en ropa la mayor parte del poco dinero que tiene, se encuentra con que le consideran como el «maniquí de un sastre» o «un tendero en ropa de domingo». Cuando trasciende, que en realidad, es hijo de un boticario y que realmente no tiene ningún derecho a reclamar el linaje aristocrático de su madre, es rechazado por todos, incluida Madame de Bargeton. A esta última, al principio las cosas no le van mucho mejor. En París se le aparece a Lucien como una «una mujer alta, seca, de piel pecosa, complexión apagada y un llamativo pelo rojo; angulosa, afectada, pretenciosa, de habla provinciana y por encima de todo, mal vestida». En la ópera es el blanco de muchos comentarios mordaces, pero se salva porque la mayoría ve en la acompañante de Madame d'Espard a «una pariente pobre de provincias, algo que le puede pasar a muchas familias de París»[16]. Bajo el tutelaje de Madame d'Espard, Madame de Bargeton se inicia rápidamente en las costumbres de la ciudad, aunque ahora como enemiga de Lucien en vez de su amante.

Balzac narra frecuentemente escenas del ritual de incorporación desde unos orígenes rurales a la vida parisina, ya se trate de un comerciante como César Birotteau, un joven y ambicioso aristócrata como Rastignac o una mujer bien relacionada como Madame de Bargeton. Una vez que se incorporan, nunca miran hacia atrás, incluso aunque finalmente acaben destruidos por sus fracasos parisinos, como les sucede a Birotteau y Lucien. La ávida negación de los orígenes provincianos y del poder de las provincias se convierte en uno de los mitos sobre los que se basa la vida parisina. París es una entidad en sí misma que no se apoya de ninguna manera en el mundo de las provincias al que desdeña. En *La prima Bette* podemos ver lo costosa que puede ser esa negación: una mujer de orígenes campesinos utiliza sus artimañas

[15] T. J. Clark, *Image of the People. Gustave Courbet and the 1848 Revolution,* Londres, 1973, pp. 120-124. Hay un paralelismo interesante en su relato de la creciente hostilidad que provocó el cuadro de Courbet, *Entierro en Ornans* (que representaba las relaciones de clase en el campo), cuando se expuso en París. Clark señala que la burguesía parisina, cuando se encontró con una imagen que no encajaba en su idea, se quedó dolida y perpleja de manera que ellos mismos no acababan de entender.

[16] H. Balzac, *Lost Illusions,* Harmondsworth, 1971, pp. 170-182.

para destruir a la familia aristocrática cuyo *status* tanto envidia. París dependía vitalmente de las provincias, pero ávidamente buscaba negar ese hecho.

La impetuosa corriente

El contraste entre la reposada vida provinciana y rural y la agitación diaria de París es asombroso. Podemos ver el amplio abanico de metáforas que despliega Balzac para trasmitir esa sensación de lo que es París. La ciudad, «está constantemente en marcha y nunca descansa», es «un milagro monstruoso, una asombrosa articulación de movimientos, máquinas e ideas, la ciudad de los mil diferentes romances [...] una agitada reina de las ciudades». En «la impetuosa corriente de París» la gente y los acontecimientos caen desordenadamente unos sobre otros. Incluso cruzar la calle puede ser amedrentador. Todo el mundo, «de acuerdo con sus inclinaciones particulares, explora los cielos, da saltos de aquí allá ya sea para evitar el barro, porque tiene prisa o porque ve a otros ciudadanos corriendo atropelladamente». Este ritmo frenético, con su compresión tanto del espacio como del tiempo, proviene en parte de la manera en que París se ha convertido en «un enorme taller metropolitano para la elaboración de placer». Es una ciudad «que carece de moral, de principios y de sentimientos genuinos», pero dentro de ella la moral, los principios y sentimientos, tienen su comienzo y su final. Lo que más tarde Georg Simmel definiría como la «actitud displicente», tan característica de la ciudad de la modernidad, está espectacularmente evocado:

> Ningún sentimiento puede oponerse a la impetuosa corriente de los acontecimientos; sus acometidas y el esfuerzo para nadar en contra diminuyen la intensidad de la pasión. El amor se reduce al deseo, el odio al capricho [...] en la tertulia como en la calle nadie está de más, no hay nadie absolutamente indispensable ni totalmente pernicioso [...] En París hay tolerancia para todo, para el gobierno, la guillotina, la Iglesia, el cólera. Siempre serás bienvenido a la sociedad parisina, pero si no estás allí, nadie te echará en falta[17].

El caos de los mercados aumenta la confusión:

> La calle Perrin-Gasselin es un sendero en el laberinto [...] que forma lo que podrían ser las entrañas de la ciudad. Irrumpe en medio de una variedad infinita de productos diferentes y mezclados; malolientes y elegantes; arenques y muselina, sedas y miel, mante-

[17] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., pp. 33, 56, 151, 309-315; Georg Simmel, «The Metropolis and Mental Life», en *On Individuality and Social Forms,* Chicago, 1971.

quilla y tules. Y sobre ellos, una multitud de pequeñas tiendas de cuya existencia París tiene la misma idea que la mayoría de los hombres de lo que sucede en su páncreas[18].

Para descubrir cómo funciona esta ciudad de París, para deslizarse por debajo de la apariencia superficial, de la loca confusión y de sus calidoscópicas conversiones; para penetrar en el laberinto, tienes que «abrir con fuerza el cuerpo para encontrar allí el alma». Pero es ahí, en el centro, donde el vacío de la vida burguesa se hace del todo evidente. Mientras las fuerzas dominantes se interpretan de diversas maneras, por detrás de ellas asoman figuras como Giggonet el especulador, Gobseck el banquero y Rigou, el prestamista. El oro y el placer se encuentran en el corazón de todos ellos. «Toma estas dos palabras como una guía luminosa» y todo será revelado, porque «ni un piñón deja de encajar en su muesca y todo estimula la marcha ascendente del dinero». En París «gente de todas las estaturas sociales, altos, medianos y bajos, corren, saltan y brincan bajo el látigo de una diosa sin misericordia: la Necesidad, necesidad de dinero, gloria o diversión»[19]. La circulación del capital es quien lleva la batuta.

En particular, empieza a actuar ese «monstruo que llamamos Especulación». *Eugénia Grandet* recoge un momento histórico clave, el avaro que acumula oro se convierte en el rentista que especula con las letras de cambio, equiparando el interés personal y el monetario. Marx pudo haber tenido en la cabeza a Grandet cuando escribía: «la codicia sin límite por las riquezas, esa apasionada persecución del valor de cambio, es común para los capitalistas y los avaros, pero mientras que el avaro es solamente un capitalista que se ha vuelto loco, el capitalista es un avaro racional»[20]. Así sucede con Grandet. Pero es la especulación de todo tipo la que gobierna. Las clases trabajadoras especulan «agotándose para obtener el oro que les deja cautivados» e incluso llegará hasta la revolución, «¡que siempre se interpreta como una promesa de oro y placer!». Los «animados, intrigantes y especuladores» miembros de las clases medias evalúan la demanda de la ciudad y hacen sus cálculos para atenderla. Revuelven el mundo buscando productos, descontando letras de cambio, haciendo circular y liquidando toda clase de valores, mientras «hacen ofertas para las fantasías de los niños», espiando «los caprichos y vicios de los mayores». Incluso extraen «beneficios de la enfermedad», ofreciendo remedios engañosos para enfermedades reales e imaginarias[21]. César Birotteau un vendedor de perfumes, resulta

[18] H. Balzac, *César Birotteau,* Harmondsworth, 1994, p. 75.

[19] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., pp. 311, 325; Georges Poulet, *The Interior Distance,* Baltimore, 1959, p. 137.

[20] K. Marx, *Capital,* 3 vols., Nueva York, 1967, p. 151; H. Balzac, *Eugenie Grandet,* Harmondsworth, 1955.

[21] H. Balzac *History of the Thirteen,* cit., pp. 312-318.

un pionero en la utilización de la publicidad para persuadir a todo el mundo de la superioridad de su producto y eliminar a la competencia. A un nivel superior, la especulación de la vivienda y del suelo da nueva forma a la ciudad:

> París puede que sea un monstruo, pero es el más monomaníaco de los monstruos. Se entrega a mil fantasías. En un momento se dedica a la albañilería como un lord enamorado de la paleta [...] Después cae en el abismo de la desesperación, va a la bancarrota, vende y olvida sus pretensiones. Pero unos días más tarde, arregla sus asuntos y sale resueltamente de fiesta con ganas de baile [...] Tiene sus manías del día a día, pero también sus manías del mes, de la estación, del año. Por ejemplo, en aquél momento, la población al completo estaba demoliendo o reconstruyendo de un modo u otro, una u otra cosa[22].

Sin embargo, las ganancias procedentes de la especulación inmobiliaria pueden ser lentas y desiguales. En *La prima Bette*, el astuto Crevel tarda ocho años hasta que las mejoras realizadas en el vecindario le permiten subir las rentas y aquellos como César Birotteau, que no cuentan con crédito suficiente para poder esperar, pueden perder todo a manos de financieros sin escrúpulos. Incluso somos testigos de algo que ahora llamamos «aburguesamiento»: «en los edificios de categoría y en las casas elegantes con portería, con aceras y tiendas, los especuladores tienden a desalojar a los elementos indeseables, familias sin rentas y a cualquier clase de inquilino desagradable, mediante los elevados alquileres que exigen. De esta manera, los barrios se deshacen de la población con mala fama»[23]. Los grandes financieros están preparados no sólo para arruinar a honestos inversores burgueses como Birotteau, sino como sucede con el barón Nucingen, para estafar el dinero a la gente pobre. «¿Sabes lo que él llama dar un buen golpe en los negocios?», pregunta Madame Nucingen a un atónito Goriot:

> Compra a su nombre terrenos sin urbanizar y construye casas por medio de hombres de paja. Esta gente redacta los contratos de construcción y pagan a los contratistas con letras a largo plazo. Por una pequeña suma pasan la posesión de las casas a mi marido y se escabullen de su deuda con los inocentes contratistas declarándose en quiebra[24].

En esta nueva sociedad, los hilos conductores del poder se encuentran dentro del sistema crediticio. Unos cuantos financieros astutos (Nucingen y Gobseck en París, Rigou en Borgoña) ocupan puestos claves en las redes del poder que dominan

[22] *Ibid.*, p. 64.

[23] H. Balzac, *Cousin Bette,* Harmondsworth, 1965, p. 428.

[24] H. Balzac, *Old Goriot,* Harmondsworth, 1951, p. 249.

Ilustración 16. Daumier representa la figura de los «animados, intrigantes y especuladores» miembros de las clases bajas en una extensa serie basada en Robert Macaire, un charlatán, oportunista y fanfarrón siempre dispuesto al éxito rápido. Aquí se ofrece para vender participaciones «a aquellos que estén preparados para perder dinero» y recomienda a un vendedor que obtendría mayores beneficios si moliese su producto en polvo, o lo convirtiera en una loción y lo vendiera como remedio para alguna enfermedad. Cuando le dicen que el saco contiene grano, simplemente replica: «mucho mejor».

sobre todo lo demás. Balzac deja al descubierto las ficciones del poder, de los valores burgueses y de su mundo, donde, por encima de todo, está el capital ficticio, dominado por fragmentos de créditos documentarios revalorizados por una contabilidad creativa. Un mundo donde todo baila al son de expectativas y anticipaciones, con una relación accidental con el trabajo honesto (como Keynes iba a exponer mucho después en su *Teoría general del empleo, del interés y del dinero* y como muestra nuestro reciente aluvión de escándalos financieros). Este mundo ficticio se traslada a los comportamientos personales; un preludio necesario para alcanzar la riqueza es adoptar todos sus atavíos, especialmente asumir sus signos externos (el vestido, los carruajes, los sirvientes, los pisos bien amueblados) y endeudarse para conseguirlo. La ficción y la fantasía, especialmente las ficciones del crédito y del interés, se hacen realidades. Éste es uno de los mitos fundacionales clave de la modernidad, que ocultan todas las fachadas sociales sofisticadas y todas las caóticas turbulencias de la «impetuosa corriente». Balzac deshace el fetichismo, la idea de que las argucias financieras son accidentales en vez de estructurales, y descubre las ficciones que revelan el vacío absoluto que se encuentra en los valores burgueses. Bailar de esta manera al son de «su alteza la economía política», incluso puede tener implicaciones revolucionarias:

> Las necesidades de todas las clases, consumidas por la vanidad, están sobreexcitadas. La política, tanto por temor como por moralidad, debe preguntarse de dónde vendrán los ingresos para satisfacer estas necesidades. Cuando se ve la deuda a corto plazo del Tesoro y cuando se llega a conocer la deuda que pesa sobre cada núcleo familiar, que sigue el ejemplo del Estado, uno se queda atónito al ver que la mitad de Francia está endeudada con la otra mitad. Cuando las cuentas se cierren, los deudores estarán muy por delante de los acreedores [...] Esto probablemente certifique el fin de la así llamada era industrial [...] La burguesía rica tiene muchas más cabezas que cortar que las de la nobleza; e incluso si tiene las armas, encontrará sus adversarios entre aquellos que las fabrican[25].

En 1848, la verdad de estas palabras se puso totalmente en evidencia.

El infierno y su orden moral

Aunque la apariencia superficial es de una competencia atomizada y caótica entre individuos, en incesante lucha por el oro, el poder y el placer, Balzac penetra por detrás de este caótico mundo de apariencias para construir una interpretación de París como producto de constelaciones y choques de las fuerzas de clase. En *La muchacha de los ojos de oro*, despliega una asombrosa mezcla de metáforas para describir esta estructura de clase. La visión de Dante de las esferas en su descenso al infierno (que parece haber inspirado la elección de «La comedia humana» como título general de su obra) está invocada en primer lugar. «Decir que París es un infierno, no es solamente una broma, el epíteto está bien merecido. Hay humo, fuego, resplandor, ebullición; todo echa llamas, se tambalea, agoniza, vuelve a prender, brilla, chisporrotea y se consume [...] Su insaciable cráter siempre está vomitando fuego y llamaradas»[26]. Balzac cambia rápidamente de metáforas, y nos encontramos subiendo por las escaleras de un típico edificio parisino de viviendas, anotando la estratificación social que vemos en el ascenso. Después pasamos a ver París como la nave del Estado con su variopinta tripulación, y finalmente nos encontramos investigando en los lóbulos y tejidos del cuerpo de la ciudad, considerada tanto una cortesana como una reina.

Pero su estructura de clase está clara de principio a fin. En la base del pilar está el proletariado, «la clase que no tiene posesiones». El trabajador es el hombre que «pone a prueba sus fuerzas, engancha a su mujer a una u otra máquina y explota a

[25] Tim Farrant, «Du livre illustré à la ville-spectacle», en Karen Bowie (ed.), *La modernité avant Haussmann. Formes de l'éspace urbain à Paris, 1801-1853,* París, 2001.

[26] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., p. 309-310.

su hijo preparándole para formar parte de algún engranaje». Utilizando un lenguaje del que se hace eco Marx cuando habla de los hilos invisibles con los que el capital dirige las industrias locales hacia un sistema unificado de producción, el industrial es el intermediario que tira de las cuerdas para poner a «estas marionetas» en movimiento, a cambio de prometer a esta población «sudorosa, servicial, paciente y trabajadora» un generoso salario «para atender a los caprichos de una ciudad en beneficio de ese monstruo que llamamos Especulación». Por lo tanto, los obreros, «mientras la noche les observa, se dirigen a trabajar; sufriendo, sudando, maldiciendo, ayunando y continuando su camino: todos ellos agotándose para ganar el oro que les tiene cautivados». Este proletariado, que Balzac estimaba en trescientas mil personas, habitualmente arroja la riqueza que tanto le ha costado conseguir en las tabernas que rodean la ciudad; se agota en el libertinaje, explota ocasionalmente con fervor revolucionario y vuelve a caer en el sudor del trabajo. Prendido de la rueda como Vulcano (una imagen que también evoca Marx en *El capital*), hay, sin embago, algunos trabajadores de virtudes ejemplares que ilustran «la elevación de sus capacidades a la máxima expresión y concretan su potencial social en un tipo de vida que combina la actividad física y la mental». Otros incluso, resguardan cuidadosamente sus ingresos para convertirse en pequeños comerciantes (englobados en el personaje de Balzac del «vendedor de ropa para caballeros»), que alcaza un estilo de vida bien diferente, con una respetable vida de familia, ratos de lectura del periódico y visitas a la ópera y a los nuevos almacenes donde le esperan con impaciencia coquetas dependientas. Habitualmente tiene ambiciones para su familia y valora la educación como medio de ascenso social[27].

La segunda esfera está constituida por «comerciantes al por mayor y su personal, empleados del gobierno, pequeños banqueros de gran integridad, estafadores y sus cómplices, encargados y subalternos, alguaciles, empleados de bufetes y notarías; en resumen, el bullicio de intrigantes y especuladores de esa clase media que calcula la demanda de París y hace cuentas para abastecerla». Consumidos por el ansia de oro y placer, y guiados por su propio interés, ellos también «dejan que su frenético ritmo de vida arruine su salud» y acaban sus días arrastrándose aturdidos por el bulevar con caras «gastadas, grises y marchitas», «ojos apagados y piernas vacilantes».

El tercer círculo actúa «como si fuera el estómago de París, donde los intereses de la ciudad se digieren y comprimen en una forma que recibe el nombre de *affaires*». Aquí, «mediante algunos procesos intestinales ásperos y llenos de rencor», encontramos a una clase alta formada por «abogados, doctores, procuradores, hombres de negocios, banqueros y comerciantes a gran escala». Desesperados por atraer y acumular dinero, aquellos que tienen corazón lo dejan atrás cada mañana, cuando

[27] *Ibid.*, pp. 312-313.

bajan las escaleras «hacia el abismo de aflicción que atormenta a las familias». En esta esfera encontramos el reparto de personajes (inmortalizados en las series satíricas de Daumier sobre Robert Macaire), que dominan toda la obra de Balzac y sobre los que se muestra tan crítico. Ésta es la clase que domina actualmente, aunque lo haga de las maneras autodestructivas que encierran sus propias y ruinosas prácticas, actividades y actitudes[28].

Por encima de estas vidas está el mundo del artista, luchando (como el propio Balzac) para alcanzar la originalidad pero «desolado, no innoblemente, pero sí desolado, fatigado y torturado», (de nuevo como el propio Balzac), «incesantemente abrumado por los acreedores», de manera que en compensación por sus largas noches de trabajo, sucumbe tanto al vicio como al placer, mientras «busca en vano conciliar el devaneo mundano con la conquista de la gloria y el dinero con el arte». «La competencia, la rivalidad y la calumnia son enemigos mortales del talento», señala Balzac, y no tenemos más que mirar la corrupción del talento periodístico que se describe en *Las ilusiones perdidas*, para encontrar ejemplos de lo que esto significa[29]. De cualquier forma, esta clase media ahora hegemónica, vive y trabaja en pésimas condiciones:

> Antes de que abandonemos los cuatro escalones sociales sobre los que se eleva la riqueza patricia en París y después de habernos ocupado de las causas morales, ¿no deberíamos hacer alguna reflexión sobre las causas físicas? [...] ¿No deberíamos señalar una influencia funesta cuya acción corruptora se puede comparar solamente con la de las autoridades municipales que tan complacientemente permiten que subsista? Si el aire de las casas, en las que la mayoría de los ciudadanos de la clase media vive, está viciado y si la atmósfera de las calles arroja vapores nocivos sobre locales que prácticamente carecen de ventilación, al margen de la pestilencia, esto supone que las cuatro mil casas de esta gran ciudad tienen sus cimientos sumergidos en la inmundicia [...] La mitad de París duerme por la noche con las fétidas exhalaciones de calles, patios traseros y retretes[30].

Estas eran las condiciones de vida que Haussmann fue emplazado a abordar más de veinte años después. Pero, como muestran las descripciones de los miserables despachos de las editoriales en los alrededores de Palais Royal que aparecen en *Las ilusiones perdidas,* las condiciones de vida de las clases medias no eran mucho mejores. «Viven en oficinas insalubres, salas pestilentes y pequeños despachos de ventanas con barrotes, pasándose el día abrumados por el peso de sus asuntos».

[28] *Ibid.*, pp. 318-320.
[29] *Ibid.*, p. 321.
[30] *Ibid.*, p. 322. Sobre las condiciones de trabajo véase la p. 318.

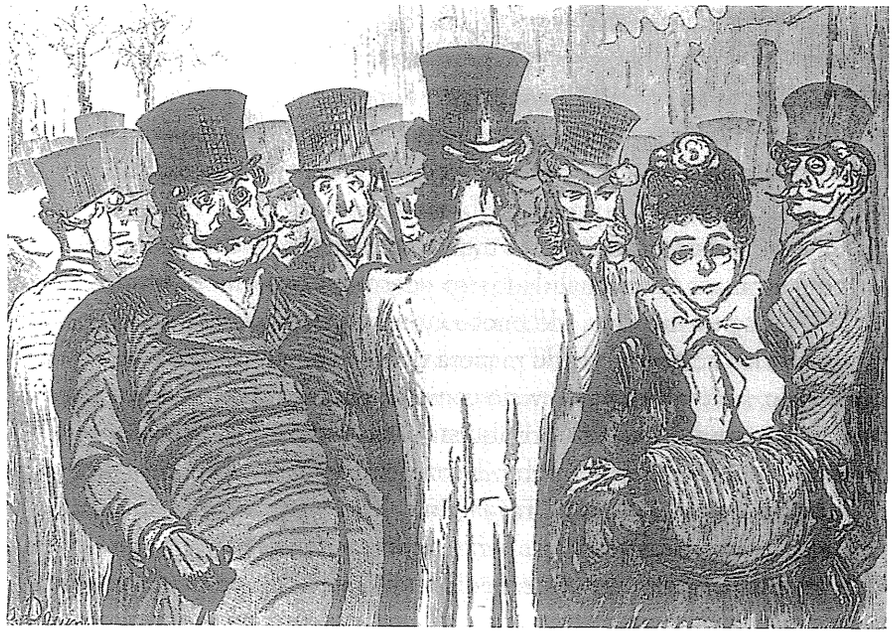


Ilustración 17. Daumier recoge personajes característicos de Balzac en su representación de las clases acomodadas en el Boulevard des Italiens (arriba) y de las «ansiosas» clases medias en el Boulevard du Temple (abajo).

Todo esto produce un enorme contraste con «los grandes y espaciosos salones dorados, las mansiones encerradas en jardines, el mundo de la gente rica, ociosa, feliz y adinerada» representado por la exclusiva sociedad del Faubourg St. Germain. Sin embargo, en el dispéptico relato de Balzac, los residentes de esta esfera superior están cualquier cosa menos contentos. Corruptos por su búsqueda del placer (reducido al opio y a la fornicación), aburridos, retorcidos, marchitos y consumidos por una auténtica «hoguera de las vanidades» (como Tom Wolfe la llamaría más tarde al escribir sobre Nueva York); curiosamente acosados por las clases inferiores que «estudian sus gustos para convertirlos en vicios y fuentes de beneficios», viven una «existencia hueca» como anticipación de «un placer que nunca llega». Ésta era la clase en la que Balzac invertía todas sus utópicas esperanzas, pero, quizá por esa misma razón, asume el más desagradable de sus personajes: «caras de cartón prematuramente arrugadas, esa es la fisonomía de los ricos, caras donde la impotencia ha dejado su huella, donde solamente se refleja el oro y de donde ha huido la inteligencia»[31].

Balzac lo resume así: «De aquí viene la espectacular actividad del proletariado, el deterioro que producen los múltiples intereses que hunden a las dos clases medias descritas anteriormente, los tormentos espirituales a los que se ve sometida la clase de los artistas y el exceso de placer que normalmente buscan los nobles. Todo esto explica la habitual fealdad de la población de París»[32]. De esta manera, se entiende la figura del «calidoscopio» y la «cadavérica fisonomía» de la ciudad.

La aparente rigidez de estas distinciones de clase (además de las decisivas distinciones sobre el origen provinciano y la historia social) se compensa con los rápidos cambios que se producen cuando los individuos toman parte en la arriesgada persecución del dinero, del sexo y del poder. Lucien, por ejemplo, al final de *Las ilusiones perdidas*, regresa a sus orígenes provincianos sin un céntimo, deshonrado y sin poder. Pero reaparece en París en *Esplendor y miseria de las cortesanas*, vuelto a encumbrar gracias a su asociación con el archicriminal Vautrin, que orquesta su relación con la rica amante del banquero Nucingen. En *Papá Goriot*, Rastignac vive entre los empobrecidos pero amables huéspedes y estudiantes, pero se mueve entre la nobleza, pidiendo préstamos a su familia para obtener el vestuario necesario. «Cada esfera social proyecta sus semillas sobre la esfera que tiene por encima», de manera que «el hijo del tendero rico llega a notario, el hijo del comerciante de madera a magistrado»[33]. Y, como hemos visto, adoptando todos los atavíos externos de la riqueza, algunas veces se la puede hacer realidad, mediante la especulación y la utiliza-

[31] *Ibid.*, p. 324.
[32] *Ibid.*, p. 325.
[33] *Ibid.*, p. 318.

ción fraudulenta de las relaciones sociales. De todas formas hay innumerables trampas y limites a este proceso, a medida que las identificaciones y las identidades se funden en los complejos espacios del orden social parisino.

Sobre el modelo espacial y el orden moral

En cada zona de París «hay un modo de ser que revela lo que eres, lo que haces, de dónde vienes y qué es lo que buscas». Las distancias físicas que separan a las clases se entienden como «una consagración material de la distancia moral que debería separarlas». La separación entre las clases sociales existe tanto en entornos espaciales como en segregaciones verticales. París tiene «su cabeza en la buhardilla, ocupada por genios y hombres de ciencia; en la primera planta tenemos los estómagos bien alimentados, en la planta baja están las tiendas, las piernas y los pies, donde el agitado trote del comercio está entrando y saliendo». Balzac juega con nuestra curiosidad sobre los espacios ocultos de la ciudad, los convierte en un misterio que despierta nuestro interés. «Uno se siente reacio a contar una historia para un público para el cual el matiz local es un libro cerrado», declara con reserva[34]. Pero a continuación abre el libro para revelar un espacio que alberga un mundo entero y sus representaciones. El modelo espacial lleva anclado un orden moral.

El sociólogo Robert Park escribió un sugerente ensayo sobre la ciudad como modelo espacial y orden moral; las relaciones sociales se inscribían en los espacios de la ciudad de tal manera que convertían el modelo espacial, tanto en un reflejo como en un momento concreto de la reproducción del orden moral. La idea se manifiesta directamente en las historias de Balzac: «En todas las fases de la historia, el París de las clases altas y de la nobleza tiene su propio centro, de la misma forma que el París de los plebeyos tiene el suyo»[35]. Las variaciones intermedias se construyen dentro de la forma socioespacial de la ciudad:

> En París, los diferentes tipos que contribuyen a la fisonomía de cualquier parte de esta monstruosa ciudad, se armonizan admirablemente con el carácter del conjunto. Por ello el conserje, el portero, el sereno, cualquiera que sea el nombre que se le dé a ese sistema nervioso esencial dentro del monstruo parisino, siempre se ajusta al barrio en el que funciona y al que frecuentemente representa. El conserje de Faubourg St. Germain, con galones en cada costura, un hombre que se da una buena vida y especula con acciones del gobierno; el portero de Chaussée d'Antin disfruta de las ofertas del barrio; el de la Bolsa lee sus periódicos; los porteros de Faubourg Montmartre se dedican al comercio; en el barrio en el que se reúne la prostitución, la propia portera es una prostituta retirada; en el barrio de Marais será una mujer respetada, intratable y malhumorada[36].

[34] *Ibid.*, pp. 31, 34, 181.
[35] *Ibid.*, p. 178.

Este modelo espacial impone un orden moral (incluso más allá del asegurado por porteros y conserjes). En «Ferragus», la primera de las tres narraciones que forman la *Historia de los trece,* prácticamente todos los que trasgreden el modelo espacial, los que se mueven al espacio equivocado en el momento equivocado, mueren. Los personajes fuera de lugar perturban la armonía del entorno, contaminan el orden moral y deben pagar el precio. Esto hace que la ciudad sea un lugar peligroso en el que resulta demasiado fácil perderse, ser arrollado por la impetuosa corriente y acabar en el lugar equivocado. «Estoy convencida», dice Madame Jules en *Ferragus*, «que si doy un paso en este laberinto, caeré en un abismo en el que pereceré»[37]. Madame Jules, una criatura pura y perfecta, se aventura por devoción filial hacia Ferragus, su padre, en una parte de París inadecuada para su *status* social. «Esta mujer está perdida», declara Balzac, porque se ha extraviado en el lugar equivocado. Contaminada, finalmente muere a causa «de alguna complicación moral que ha ido demasiado lejos y que convierte la condición física en algo más complejo». Igualmente Auguste, el admirador de Madame Jules, se ve predestinado a morir porque «para su futura desgracia, examinó cada planta del edificio» que es el destino secreto de Madame Jules. Ida Gudget, que busca a Ferragus y que se atreve a visitar a Jules en su residencia burguesa también muere.

Sin embargo Ferragus, el padre de Madame Jules, es miembro de una sociedad secreta conocida como Los Trece, juramentada para apoyarse los unos a los otros en todas y cada una de sus empresas. Balzac dice que están equipados con alas. Ellos «planean sobre las alturas y profundidades de la sociedad y desdeñan ocupar algún lugar porque tienen un poder ilimitado sobre ella». Están fuera y por encima del orden moral porque no pueden ser situados ni localizados. Buscado tanto por Auguste y Jules, como por la policía, Ferragus permanece siempre oculto; aparece solamente cuando y donde quiere. Dirige el espacio, mientras los demás están atrapados en él. Esta es la llave de su poder secreto[38].

[36] *Ibid.*, p. 112.
[37] *Ibid.*, pp. 34, 87, 128.
[38] Esta diferencia entre moverse en el espacio y estar atrapado en él es, en este periodo, un tema importante tanto económico como político. Más tarde veremos como la Comuna (una revolución en un lugar) fue completamente destruida por la superioridad de las fuerzas de la reacción para dirigir el espacio, y movilizar al resto de Francia para aplastar el movimiento revolucionario en París. Esto también fue (como se decía en la introducción) una táctica que Thiers pudo haber sugerido a Luis Philippe en febrero de 1848.

En cualquier caso, hay una evolución de la perspectiva en la obra de Balzac. La rigidez espacial que cumple un papel determinante en *Historia de los trece* se vuelve más maleable en obras posteriores. Como señala Sharon Marcus, en *El primo Pons* (una de sus últimas obras) su protagonista es aniquilado por la portera porque, además de controlar el lugar donde vive (le proporciona las comidas), también puede construir una red de intriga (utilizando «el sistema nervioso» de los porteros) para forjar una coalición de conspiradores extendida por la ciudad, que consigue el acceso a su apartamento y a su colección de arte[39]. La capacidad para manejar y dirigir el espacio de esta manera es un poder con el cual, incluso la gente de los niveles inferiores de la sociedad, puede subvertir el modelo espacial y el orden moral. Así, Vautrin, el archicriminal convertido en jefe de policía, utiliza sus conocimientos del entorno espacial de la ciudad y su capacidad para dirigirlo y controlarlo para sus propios fines. La cualidad espacial de la ciudad se valora cada vez más como dialéctica, construida y consecuente, en vez de pasiva o meramente reflexiva.

Calles, bulevares y espacios públicos del espectáculo

> En París hay algunas calles que están tan desacreditadas como puede estarlo cualquier hombre marcado por la infamia. También hay calles nobles, calles que son simplemente decentes y, por decirlo así, calles adolescentes de cuya moralidad el público todavía no se ha formado una opinión. Hay calles criminales, calles más envejecidas que las envejecidas viudas; calles respetables, calles que están siempre limpias, calles que están siempre sucias; de trabajadores, comerciales e industriales. En resumen, las calles de París tienen cualidades humanas y tal cantidad de fisonomías como para dejarnos impresionados sin que podamos ofrecer ninguna resistencia[40].

Esto no resulta una descripción muy objetiva de calles concretas. Las esperanzas, deseos y miedos de los personajes de Balzac dan su carácter y significado a las calles y a los barrios que atraviesan. Pueden recrearse en ellas o sentir la tensión de la incompatibilidad, pero en ningún caso pueden ignorar el lugar donde se encuentran. Balzac nos proporciona lo que los situacionistas más tarde llamarían una «psicogeografía» de las calles y los barrios de la ciudad. Pero lo hace más desde la perspectiva de sus múltiples personajes que de la suya pro-

[39] S. Marcus, *Apartment Stories. City and Home in Nineteenth Century Paris and London,* Berkeley (CA), p. 74.

[40] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., p. 31.

pia[41]. Sus personajes incluso cambian de imagen cuando se mueven de un lugar a otro. Entrar en el Faubourg de St. Germain (con todos sus privilegios aristocráticos) o confundirse en el caos de Palais Royale (con su ambiente de prostitución de mujeres y de talentos literarios vendidos al sórdido periodismo mercantilista), supone exigencias ineludibles para los que quieran hacerlo. La única forma de resistencia es abandonar el lugar. Lucien, en *Las ilusiones perdidas*, fracasa en causar buena impresión en el elegante mundo de la Rue St. Honoré, especialmente después de su desastrosa entrada en la teatro de la ópera; fracasa en llegar a dominar el sórdido mundo de las editoriales de Palais Royale y acaba huyendo al ascético mundo de la Margen Izquierda, cerca de la Sorbona, donde adopta el personaje de un estudiante sin dinero pero inequívocamente honesto. Allí, un cerrado círculo de amigos le apoyará en sus peores momentos. Pero cuando se va con Coralie, la actriz que esta encaprichada de sus buenas apariencias, Lucien acepta sin protestar sus juicio sobre el horrendo lugar de pobreza y lo simples que son los habitantes de su antiguo barrio. Desde su nueva perspectiva incluso cambia de posiciones políticas y ataca los escritos de sus antiguos amigos.

Aprendemos a entender la ciudad desde múltiples perspectivas. Por una parte es un laberinto incomprensible de características calidoscópicas; giramos el calidoscopio y vemos innumerables composiciones y coloridos del paisaje urbano. Sin embargo hay nodos persistentes alrededor de los cuales la imagen de la ciudad se funde en algo más sólido y permanente: el Faubourg St Germain, el mundo comercial de los bulevares de la Ribera Derecha, la Bolsa «todo ruido, bullicio y prostitución», el Palais Royal, la *rue* St. Honoré, el barrio estudiantil alrededor de la Sorbona. También está la constante presencia imprecisa del París de la clase obrera al que contadas veces se invoca de manera explícita. Solamente en *La prima Bette* aparecen descritos en términos generales, el infame Petite Pologne y el Faubourg de Saint-Antoine (se puede buscar en vano por toda la obra de Balzac un personaje que sufra de las indignidades e inseguridades del empleo industrial). La legibilidad de la ciudad se ilumina aún más con los espectáculos; la ópera, los teatros, los bulevares, los cafés, los monumentos, los parques y jardines, aparecen una y otra vez como puntos y líneas luminosas sobre el tejido de la ciudad, que proyectan sobre la vida urbana una red de significados que de otra manera quedarían completamente opacos. Los bulevares, en especial, son la poesía mediante la cual se representa principalmente a la ciudad.

Armados con semejantes indicadores a nivel de la calle, podemos imaginarnos la totalidad desde la altura y aprender a situar los hechos y las gentes dentro del labe-

[41] Joan Dargan, *Balzac and the Drama of Perspective,* Lexington (KY), 1985; Tim Farrant, «Du livre illustré à la ville-spectacle», cit.; K. Stierle, *La capitale des signes. Paris et son discours,* cit.

Ilustración 18. Balzac estaba fascinado por la personalidad y atmósfera de las calles de París. Esta fotografía de Marville, de la década de 1850, recoge parte de esa atmósfera. Muestra la Rue des Vertus, que en aquél momento era un centro de prostitución. Desemboca en la Rue des Gravilliers, donde la Asociación Internacional de Trabajadores estableció su sede en la década de 1860.

rántico y caleidoscópico mundo de la vida diaria parisina. Eso es lo que hace Balzac, por ejemplo, en los extraordinarios pasajes que abren *Papá Goriot*. «Solamente entre los altos de Montmartre y Montrouge se encuentra gente que pueda apreciar» las escenas que siguen. Primero miramos hacia abajo hacia «un valle de estuco que se desmorona y se llena de negros surcos de lodo, un valle lleno de sufrimiento real y de alegrías a menudo engañosas». La pensión de Madame Vauquer se encuentra en una calle entre Val-de-Grace y el Pantheon, donde

> la ausencia de carruajes profundiza la quietud que reina en estas calles encajonadas entre las cúpulas de Val-de-Grace y el Pantheon; dos edificios que ensombrecen y oscurecen su atmósfera con el grisáceo abrigo de sus apagadas cúpulas [...] Los transeúntes más despreocupados se sienten descorazonados, aquí donde incluso el sonido de las ruedas es poco frecuente, las casas son lúgubres, las paredes como una prisión. Un parisino que se extravíe aquí, no vería otra cosa que pensiones o asilos, miseria o desfallecimiento, al viejo hundiéndose en la tumba o al joven alegre condenado a hacer girar la rueda del molino. Es el barrio más deprimente de París y también se puede decir que el menos conocido.

Comparando todo este ejercicio con un descenso a las catacumbas, Balzac entra primero en el vecindario, después en la casa y el jardín, en las habitaciones y en la gente, con la precisión del láser. Una portezuela por el día y una sólida puerta por la noche separan y cierran el jardín interior de la calle. Las paredes cubiertas de hiedra están también bordeadas por enrejados de frutales y parras «cuyos picados y ajados frutos Madame Vauquer observa ansiosamente cada año». A lo largo de cada pared «corre un estrecho sendero que conduce a un grupo de limeros» bajo los cuales hay «una mesa redonda pintada de verde con algunos asientos, donde los inquilinos que pueden permitirse el café, vienen a disfrutar de él en la canícula, aunque haga un calor que podría empollar los huevos allí mismo». La casa de tres pisos «está construida de piedra labrada y pintada de ese tono amarillo que da un aire tan mezquino a casi todas las casas de París». Dentro de ella, nos encontramos un cuarto de estar deprimente con su «olor a casa de huéspedes» y un comedor más pequeño; el horror de los muebles está minuciosamente descrito, «todo está manchado y sucio; no hay andrajos o harapos, pero todo se está hundiéndo en la decadencia». Y al final de esta descripción, nos encontramos la figura de la propia Madame Vauquer:

> Hace su aparición adornada con su gorro de tul, arrastrándose con unas pantuflas arrugadas. Su cara envejecida e hinchada está dominada por una nariz como el pico de un loro; las pequeñas manos con hoyuelos, el cuerpo metido en carnes como el de una rata de iglesia, su vestido sin forma; todo ello encaja adecuadamente en la habitación, donde la miseria rezuma por las paredes y la esperanza, pisoteada y ahogada, se ha rendido a la desesperación. Madame Vauquer está en casa, en ese aire viciado que ella puede respirar sin ponerse enferma. Su cara, fría como la primera helada de otoño, sus ojos arrugados, su expresión oscilando entre la sonrisa convencional de la bailarina de ballet y el agrio entrecejo de la prestamista, toda su persona, en resumen, proporciona la clave de la casa de huéspedes, así como la casa implica la existencia de una persona como ella[42].

La consistencia entre el personaje y el medio es llamativa. Vistos desde las alturas, podemos ver a Madame Vauquer y al resto de los habitantes de la casa, no solamente en relación con el conjunto de París, sino en términos de sus específicos nichos ecológicos dentro del tejido urbano. La ecología de la ciudad y la personalidad de sus habitantes, son imágenes que se reflejan la una a la otra en el espejo.

---

[42] H. Balzac, *Old Goriot,* cit., pp. 27-33.

La interioridad y el miedo por la intimidad

Los interiores juegan un papel significativo en la obra de Balzac. La porosidad de las fronteras y el tráfico que necesariamente fluye entre ellas para mantener la vida de la ciudad, refuerza la feroz lucha para limitar el acceso y proteger los interiores de la penetración (las connotaciones sexuales de la palabra son válidas), de otros indeseados. En este sentido, la vulnerabilidad de la vivienda, como muestra Sharon Marcus, proporciona un terreno material sobre el cual semejantes relaciones pueden ser fácilmente descritas[43]. Gran parte de la acción en las novelas de Balzac está propulsada por los intentos de protegerse uno mismo, física y emocionalmente, de las amenazas a la intimidad, en un mundo donde otros están permanentemente tratando de penetrar, colonizar y arrollar tu propia vida interior. Una penetración con éxito invariablemente acarrea la muerte de la víctima, un descanso final en el cementerio, donde cualquier amenaza a la intimidad desaparece. Aquellos, principalmente mujeres, que, de buen grado, se abandonan al amor verdadero y entregan su intimidad, sufren consecuencias mortales (algunas veces sacrificadamente o incluso beatíficamente, como le sucede a la cortesana reformada y amante de Lucien en *Esplendor y miseria de las cortesanas*). El deseo de intimidad y la búsqueda de lo sublime acarrean constantemente el miedo humano a sus mortales consecuencias.

Sin embargo la crítica central de Balzac a la burguesía es que es incapaz de tener intimidad o sentimientos interiores porque ha reducido todo al frío cálculo y egoísmo de la evaluación monetaria, del capital ficticio y de la búsqueda del beneficio. Crevel, el más grosero de sus personajes burgueses, busca ganarse los afectos de la suegra de su hijo, al comienzo de *La prima Bette*. Pero cuando Adelina finalmente se entrega, porque el licencioso despilfarro de su marido la reduce al endeudamiento crónico, Crevel, después de pensarlo detenidamente, rechaza cruelmente, delante de la propia Adelina, compensar esa deuda con su propio capital, algo que semejante gesto exigía. El tema de la intimidad y sus peligros es constante. En *La muchacha de los ojos de oro*, Henri de Marsay se ve conmocionado por la belleza de una mujer que ve en las Tullerías. Ardientemente la persigue a través de muros protectores y supera todo tipo de barreras humanas y sociales para acceder a ella. Conducido con los ojos vendados a través de misteriosos corredores, obtiene el amor de Paquita en su oculto salón, que como la casa de huéspedes de Madame Vauquer, nos cuenta todo lo que necesitamos saber sobre ella:

> El salón estaba tapizado de tela roja recubierta con muselina de India, los entrantes y salientes de sus pliegues se ondulaban como columnas corintias, rematadas arriba y abajo con bandas de rojo amapola sobre las que se dibujaban arabescos en negro. Por debajo de esta muselina, el rojo amapola aparecía rosa, el color del amor, repetido en las cortinas de la ventana, también de muselina de la India, cubiertas con tafetán rosa y rematadas por flecos rojo amapola y negros. Seis apliques bañados en plata, cada uno de ellos portando dos velas destacaban de la pared tapizada, regularmente distribuidos para iluminar el diván. El techo, de cuyo centro colgaba una araña con un apagado baño de plata, era deslumbrantemente blanco con la moldura dorada. La alfombra recordaba a un mantón de Oriente, reproduciendo y evocando los dibujos y la poesía de Persia, donde las manos de los esclavos habían estado trabajando para realizarla. El mobiliario estaba cubierto de cachemira blanca realzada por ribetes rojo amapola. El reloj y el candelabro eran de oro y mármol blanco. Había elegantes floreros llenos de todo tipo de rosas y flores blancas o rojas[44].

[43] S. Marcus, *Apartment Stories. City and Home in Nineteenth Century Paris and London,* cit.

En este espacio íntimo, De Marsay experimenta «indescriptibles arrebatos de placer», e incluso se vuelve «sensible, amable y comunicativo» a medida «que se pierde en esos limbos de placer que la gente ordinaria llama estúpidamente "espacio imaginario"». Pero Paquita sabe que está condenada. «El terror de la muerte estaba en el frenesí con que le apretaba contra su pecho». Ella le dice, «ahora estoy segura que serás la causa de mi muerte». Cuando Henri, encolerizado ante el descubrimiento de su relación con otro, regresa con la idea de sacarla de ese espacio interior para tomarse su venganza, la encuentra mortalmente apuñalada tras una violenta pelea con su amante femenina, que resulta ser la medio hermana tanto tiempo perdida de Henri. Paquita «con todo el cuerpo acribillado por las puñaladas de su ejecutora, mostraba cuanto había luchado para salvar la vida que Henri le había hecho amar tanto». El espacio físico de la habitación queda destruido y «las manos ensangrentadas de Paquita impresas sobre los almohadones».

En *La duquesa de Langeais*, la trama se mueve en dirección contraria pero con resultados similares. Las mujeres protegen su intimidad recurriendo a las evasiones, devaneos, relaciones calculadas, bodas estratégicas y métodos por el estilo. El general Montriveau está indignado por la manera en que la duquesa, que está casada, juega con su pasión. La rapta de un espacio público (un baile que se está celebrando), y la transporta a su santuario interior, que tiene toda el aura gótica de la celda de un monje. Ahí, en su propio espacio íntimo, amenaza con marcar a la Duquesa, poner la señal del convicto en su frente (al fondo el fuego parpadea y los gritos se oyen de una celda contigua). La raptada duquesa sucumbe y declara su amor como un alma esclavizada. «Una mujer que ama siempre queda marcada» dice. Devuelta al baile y después de algunos desafortunados desencuentros, la emocionalmente

[44] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., p. 366.

marcada duquesa acaba huyendo a una remota capilla en una isla del Mediterráneo, donde se convierte en la hermana Thérèse y se entrega a Dios. Muchos años después, Montriveau finalmente encuentra a su amor perdido. Su plan para secuestrar a la monja resulta un éxito, pero solamente recupera un cuerpo muerto, dejándole contemplando un cuerpo «resplandeciente con la belleza sublime que la tranquilidad de la muerte otorga algunas veces a los restos humanos»[45].

Balzac amplia este tema más allá de las relaciones entre hombres y mujeres. En *La obra maestra desconocida* (que Marx y Picasso admiraban tanto aunque fuera por diferentes razones), un joven aprendiz con talento es presentado a un famoso pintor pero no obtiene acceso al interior del estudio donde se está realizando la obra maestra. El pintor desea comparar su obra de arte, un retrato, con una bella mujer para poder comprobar que su pintura está más cerca de la realidad que la propia realidad. El aprendiz sacrifica a su joven amante (y su amor), insistiendo en que pose desnuda (contra su voluntad) para que el artista pueda realizar la comparación. A cambio, se le permite entrar en el estudio, lleno de maravillosas pinturas para ver la obra maestra. Pero encuentra el lienzo casi en blanco. Cuando tiene la temeridad de señalarlo, el viejo artista monta en cólera. Esa noche, el viejo artista se suicida, después de quemar todos sus cuadros[46].

En *La prima Bette*, una pariente intrigante de orígenes rurales y provincianos se convierte en la íntima y angelical compañía de las mujeres de un hogar aristocrático solamente para destruirlas. En *El primo Pons*, el tema se repite a la inversa. Pons es un hombre cuya identidad vital únicamente se halla definida por ser coleccionista de objetos de arte. Su colección es todo lo que le importa, pero no tiene ni idea de lo valiosa que es. La protege en el interior de su apartamento. La penetración en este santuario interior de una coalición de fuerzas (dirigida por la portera que se supone que se ocupa de él) le ocasiona la muerte. Obtener la entrada ilegal en el apartamento de Pons «era equivalente a introducir al enemigo en el corazón de la ciudadela y hundir una daga en el corazón de Pons»[47]. Las consecuencias que acarrea esta incursión le ocasionan la muerte. Pero ¿exactamente de qué muere? En este caso por la penetración del valor de la mercancía en su espacio privado; un espacio donde se mantenía la pureza de los valores que alentaban a Pons como coleccionista. Benjamin seguramente tuvo, o debería haber tenido, a Pons en su cabeza cuando escribió:

> El interior es el asilo donde se refugia el arte. El coleccionista demuestra ser el auténtico residente de este interior. La idealización de los objetos se convierte en su preocupación. Sobre él recae la condena de Sísifo de despojar a las cosas de su carácter de mercancía tomando posesión de ellas. Pero él solamente puede concederles el valor del conocimiento, no el valor de uso. El coleccionista disfruta evocando un mundo que, no sólo está lejos y pasado, sino que también es mejor; un mundo en el que, sin duda, lo seres humanos no están mejor abastecidos de lo que lo están en el mundo real, pero en el que las cosas están liberadas del penoso trabajo de ser útiles[48].

[45] *Ibid.*, p. 305.
[46] H. Balzac, *The Unknown Masterpiece,* Nueva York, 2001.
[47] H. Balzac, *Cousin Pons,* Harmondsworth, 1968, p. 148.

Así que, ¿por qué valorar o desear la intimidad a la vista de semejantes peligros? ¿Por qué reprender a las mujeres por su preferencia por lo superficial y lo social cuando arriesgarse a la intimidad significa ser marcada con el amor o abrazar la muerte? ¿Por qué burlarse sin misericordia de la burguesía por evitar la intimidad a cualquier precio? La intimidad es una cualidad humana de la que no podemos prescindir, pero está perpetuamente amenazada por la incesante persecución del valor de cambio. El utopismo de Balzac postula un lugar seguro y bucólico con una vida asentada sobre la intimidad y las posesiones apreciadas, aislado del descuidado mundo y protegido de la mercantilización. Pero el sueño de Balzac parece estar siempre destinado, como el amor de Montriveau y la Duquesa, a quedarse frustrado o como en el caso de Paquita y De Marsay, a ser completamente destructivo.

Esta proposición se expresa directamente en *El Primo Pons*. Madame Cibot, la portera que abre el camino al piso de Pons con resultados tan nefastos, sueña con utilizar su mal adquirida riqueza para retirarse al campo. Pero no se atreve a hacerlo porque la adivina a la que acude la advierte que allí sufrirá una muerte violenta. Pasa sus días en París, privada de la bucólica existencia que tanto desea. De la misma manera, los burgueses están condenados, no porque eviten la intimidad, sino porque dadas sus preocupaciones por los valores monetarios, son incapaces de disfrutarla. Pero aquí interviene algún elemento más:

> Paquita respondía al ansia que todos los hombres realmente grandes sienten por el infinito; esa misteriosa pasión tan dramáticamente expresada en Fausto, tan poéticamente traducida por Manfred; la misma que obligaba a Don Juan a explorar las profundidades del corazón de las mujeres, esperando encontrar en ellas ese ideal infinito que tantos perseguidores de fantasmas han buscado. Los científicos creen que lo pueden encontrar en la ciencia, los místicos lo encuentran sólo en Dios[49].

¿Dónde lo encuentra Balzac? ¿Huyendo de la intimidad de los espacios interiores hacia un mundo exterior más amplio? o ¿experimentando a través de la intimi-

[48] W. Benjamin, *The Arcades Project,* cit., p. 19.
[49] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., p. 382.

dad alguna clase de momento sublime de éxtasis, de esos que la gente común llama estúpidamente «espacio imaginario»? Balzac se mueve entre las dos posibilidades.

La aniquilación del espacio y el tiempo

Como advierte Poulet, «en toda la obra de Balzac nada se repite tan frecuentemente como la proclamación de la aniquilación del espacio-tiempo por un acto de la mente»[50]. Balzac escribe: «Tenía en mi poder la inmensa confianza de la que hablaba Cristo, esa ilimitada voluntad con la cual uno mueve montañas; la gran fuerza con la que podemos abolir las leyes del espacio y del tiempo». Balzac creía que podía interiorizar todas las cosas en sí mismo y expresarlas a través de un acto supremo de la mente. Vivía «sólo por la fuerza de aquellos sentidos interiores que constituyen una dualidad en el hombre». Aun cuando «extenuada por esta profunda intuición de las cosas», el alma, no obstante, podía aspirar a ser, «en la magnífica frase de Leibniz, un espejo concéntrico del universo»[51]. Y así es precisamente cómo construye Balzac sus interiores. El interior de Pons es doblemente valioso porque no es solamente suyo, sino también un espejo concéntrico de un universo europeo de producción artística. El salón de Paquita ejerce su fascinación porque tiene el aroma del exotismo asociado con Oriente, las Indias, la joven esclava y la mujer colonizada. La habitación de Montriveau, en la que queda secuestrada la Duquesa de Langeais, interioriza el sentido ascético de la pureza gótica asociada a la celda de un monje medieval. Todos los espacios interiores reflejan algún aspecto del mundo exterior.

La aniquilación del espacio y del tiempo era un tema bastante familiar en tiempos de Balzac. La frase puede haber derivado de un verso de Alexander Pope: «¡Vosotros Dioses! Aniquilad tan sólo el espacio y el tiempo / y haced felices a dos amantes»[52]. Goethe desarrolló al máximo la metáfora en *Fausto*, y durante la décadas de 1830 y 1840 la idea estaba ampliamente asociada con la llegada del ferrocarril. La frase tenía una amplia difusión, tanto en Estados Unidos como en Europa, entre un amplio surtido de pensadores que reflexionaban sobre las consecuencias y posibilidades de un mundo reconstruido por las nuevas tecnologías del transporte y las comunicaciones (que incluían desde canales y ferrocarriles hasta la prensa diaria que Hegel calificaba del sustituto de la oración de la mañana). Curiosamente el mismo concepto puede encontrarse en Marx, de manera latente en el *Manifiesto comunista* y explícitamente en los *Grundisse*. Marx lo utiliza para expresar las cualidades

[50] G. Poulet, *The Interior Distance*, cit., p. 106.
[51] H. Balzac, *History of the Thirteen*, cit.
[52] Citado en Leo Marx, *The Machine in the Garden*, Londres, 1964, p. 164.

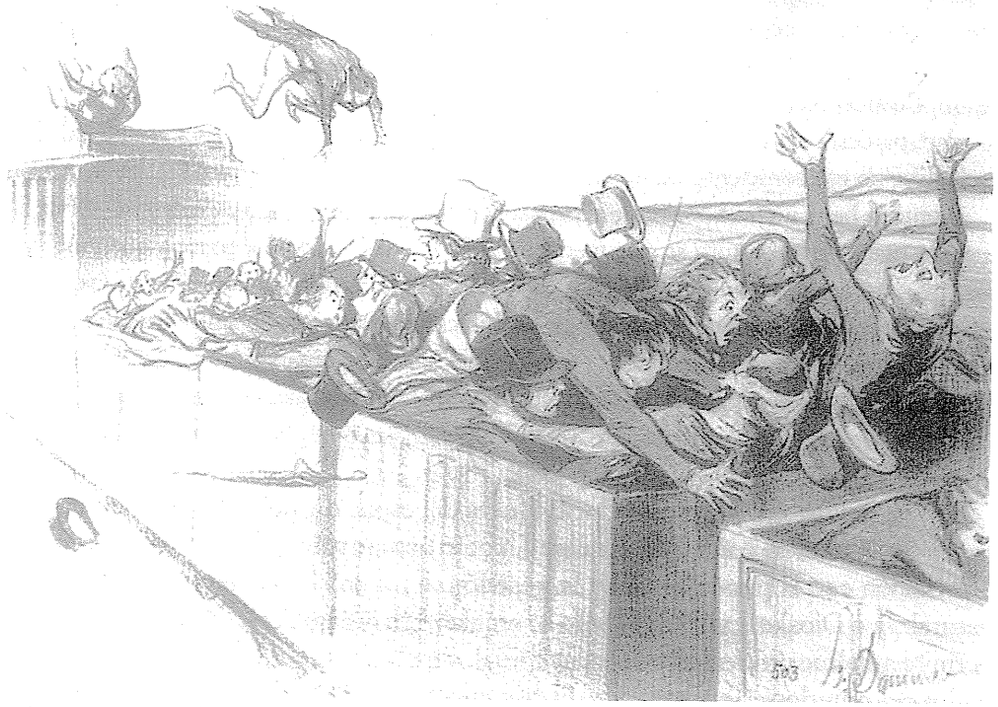


Ilustración 19. En las décadas de 1830 y 1840, el énfasis de Balzac sobre la aniquilación del espacio y del tiempo estaba muy asociado a la llegada del ferrocarril. La gracia de este dibujo de Daumier, de 1843-1844, sobre «impresiones y compresiones», es que resulta obvio que cuando el tren se mueve hacia delante, los pasajeros se van hacia atrás.

revolucionarias de la tendencia del capitalismo hacia la expansión geográfica y al aumento de la circulación del capital. Directamente habla de la tendencia del capitalismo a explosiones periódicas de «compresión del tiempo-espacio»[53].

Sin embargo, en Balzac la idea representa normalmente un momento sublime fuera del tiempo y del espacio, en el que todas las fuerzas del mundo se interiorizan dentro de la mente y del ser de un individuo indivisible. Su «destello» representa un momento de intensa revelación, con unos matices religiosos difíciles de negar (con frecuencia es evidente el devaneo de Balzac con la religión, el misticismo y los poderes de lo oculto). Es el momento de lo sublime (una de sus palabras favoritas). Pero no es un momento pasivo. La deslumbrante lucidez que acompaña a la aniquilación del espacio y del tiempo permite una cierta clase de actuación sobre el mun-

[53] K. Marx, *Grundrisse*, Harmondsworth, 1973, p. 539 [ed. cast.: *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Barcelona, Crítica, 2 vols., 1978]; D. Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, 1989.

do. En *La búsqueda de lo absoluto,* Marguerite, después de una furiosa discusión con su padre, reacciona como sigue:

> Cuando él se fue, Marguerite se quedó un momento sumida en una sorda perplejidad, parecía como si el mundo entero la hubiera abandonado. Ya no estaba en la sala familiar; no era consciente de su existencia física; su alma había desplegado las alas y remontado hasta un mundo donde el pensamiento aniquila el tiempo y el espacio, donde el velo que cubre el futuro se alza mediante algún poder divino. Le parecía que pasaban días enteros entre cada uno de los sonidos de las pisadas de su padre en la escalera, y cuando le oyó moviéndose arriba en su habitación, un estremecimiento frío la recorrió. Una repentina visión de peligro resplandeció como un relámpago en su cerebro, silenciosamente y a la velocidad de una flecha subió la oscura escalera y vio a su padre apuntando una pistola a su cabeza[54].

Un momento sublime de revelación fuera del espacio y del tiempo, permite tanto captar el mundo como una totalidad, como actuar sobre él de manera decisiva. Su relación con la pasión sexual y la posesión del «otro» (un amante, la ciudad, la naturaleza o Dios) es evidente (como se señalaba en el verso original de Pope). Pero permite a Balzac un cierto poder conceptual, sin el cual su sinóptica visión de la ciudad y del mundo sería imposible. El tratante que cede la piel del asno a Raphael pregunta «¿cómo puede uno preferir todos los desastres de los deseos frustrados, a la magnífica facultad de convocar al universo entero al compás de la propia mente, a la sensación de ser capaz de moverse sin ser estrangulado por las correas del tiempo o los grilletes del espacio, al placer de abrazar y ver todas las cosas, de apoyarse en el borde del mundo para poder interrogar a las otras esferas y escuchar la voz de Dios?»[55]. Raphael había crecido en una casa donde «las reglas del tiempo y del espacio se aplicaban rigurosamente» hasta llegar a ser opresivas. Por ello se encuentra profundamente atraído por ese «privilegio concedido a las pasiones que las da el poder de aniquilar el espacio y el tiempo». El problema es que cada expresión de deseo encoge la piel y acerca a Raphael a la muerte. Su única respuesta posible es adoptar una disciplina del espacio-tiempo que es mucho más rigurosa que la que le imponía su padre. Habida cuenta de que el movimiento es una función del deseo, Raphael tiene que encerrarse a sí mismo en el espacio e imponer un estricto orden temporal sobre sí mismo y sobre los que le rodean para evitar cualquier expresión de deseo[56].

[54] H. Balzac, *The Quest of the Absolute,* Harmondsworth, 1967 pp. 173-174.
[55] H. Balzac, *The Wild Ass's Skin*, cit., pp. 53-54.
[56] *Ibid.,* pp. 158-159.

El constante deseo burgués de reducir y eliminar todas las barreras espaciales y temporales aparece como una versión secular de este deseo revolucionario. Balzac habla sobre los aspectos comunes de las prácticas comerciales de los burgueses. «La multitud de abogados, doctores, procuradores, hombres de negocios, banqueros, comerciantes a gran escala», deben «devorar el tiempo, exprimirlo», porque «el tiempo es su tirano; necesitan más, se les escurre, no pueden ni encogerlo ni estirarlo». El impulso para aniquilar el espacio y el tiempo es evidente en todas partes:

> El hombre posee la desorbitada facultad de aniquilar, en relación a sí mismo, el espacio que existe solamente en relación a él mismo; de aislarse por completo del entorno en el que reside, y de cruzar, en virtud del poder casi infinito de la locomotora, las enormes distancias de la naturaleza física. Yo estoy aquí y tengo el poder de estar en cualquier otra parte. No dependo ni del tiempo, ni del espacio, ni de la distancia. El mundo está a mi servicio[57].

El ideal de aniquilación del espacio y del tiempo sugiere cómo se va constituyendo una específica versión capitalista y burguesa de lo sublime. La conquista del espacio y del tiempo y el dominio del mundo (de la Madre Tierra) aparecen, entonces, como la expresión desplazada pero sublime del deseo sexual en innumerables fantasías capitalistas. Con ello se revela algo fundamental sobre el mito burgués de la modernidad. Para Balzac, sin embargo, el colapso del futuro y del pasado dentro del presente es precisamente el momento en el que la esperanza, la memoria y el deseo convergen. «Uno triplica la felicidad presente con las aspiraciones del futuro y los recuerdos del pasado». Este es el momento supremo de la revelación personal y de la revolución social, un momento sublime que Balzac ama y teme.

La visión sinóptica de Balzac

La fantasía de una momentánea aniquilación del espacio y del tiempo permite a Balzac alcanzar el punto de Arquímedes desde donde examinar y entender el mundo, por no decir cambiarlo. Se imagina a sí mismo «recorriendo el mundo, colocándolo todo a mi gusto [...] Poseo el mundo sin esfuerzo, y el mundo no me retiene en absoluto». La mirada imperial es ostensible: «estaba calculando cuanto tiempo necesita un pensamiento para poder desarrollarse, y con la brújula en la mano, encima de un peñasco elevado a cien brazas sobre el océano cuyas olas se mostraban entre los rompientes, examinaba mi futuro, amueblándolo con obras de arte, como un in-

[57] Citado en G. Poulet, *The Interior Distance,* cit., pp. 103-105.

geniero sobre un terreno vacío despliega fortalezas y palacios»[58]. Los ecos científicos de Descartes y del *Fausto* de Goethe, son evidentes. Las relaciones dialécticas entre acción y estancamiento, entre flujos y movimientos, entre interiores y exteriores, entre espacio y lugar, entre ciudad y campo, pueden ser investigadas y representadas.

Balzac sale a poseer la ciudad. Pero la respeta y ama demasiado como «entidad moral» y «ser vivo», como para querer dominarla simplemente. Su deseo de posesión no es un deseo de destruir o devaluar. La necesita para alimentar sus imágenes, pensamientos y sentimientos; no la considera un objeto inanimado (como más tarde harían Haussmann o Flaubert cada uno a su manera). París tiene una personalidad y un cuerpo. París, «el más delicioso de los monstruos», es descrito a menudo como una mujer, representando las fantasías masculinas de Balzac: «Aquí una preciosa mujer, más lejos una arpía aquejada por la pobreza; aquí aparece acuñada con la frescura de la moneda de un nuevo reino, y en otra esquina de la ciudad, tan elegante como una mujer a la moda». La ciudad de París es «triste o divertida, fea o preciosa, vida o muerte; para sus devotos es un ser vivo; cada individuo, cada trocito de una casa, es un lóbulo del tejido celular de esa gran cortesana cuya cabeza, corazón y comportamiento impredecible son perfectamente familiares para ellos». Pero en sus funciones cerebrales, París adquiere una personalidad masculina como centro intelectual del planeta, «un cerebro repleto de genios que marcha a la vanguardia de la civilización; un gran hombre, un artista incesantemente creativo, un pensador político con visión de futuro»[59].

El producto final es una visión sinóptica, encapsulada en extraordinarias descripciones de la fisonomía y personalidad de la ciudad (como los pasajes que abren *La muchacha de los ojos de oro*). Una y otra vez nos vemos obligados a ver la ciudad como una totalidad comprensible como tal. Veamos este pasaje de «Ferragus»:

> Otra vez París con sus calles, comercios, industrias y mansiones vistas a través de diminutos espectáculos; un París microscópico reducido a las diminutas dimensiones de sombras, espíritus, fantasmas de los muertos [...] Jules percibía a sus pies, en el alargado valle del Sena entre las laderas de Vaugirard y Meudon, de Belleville y Montmartre, al París real, envuelto en el sucio velo azul producido por el humo, en aquel momento transparente bajo la luz del sol. Lanzó una furtiva mirada sobre sus cuarenta mil moradas y recorriendo con su brazo la distancia que había entre la columna de la Place Vendôme y la dorada cúpula de los Inválidos, dijo: «así fue como me fue robada, gracias

[58] *Ibid.*, pp. 99-100.
[59] H. Balzac, *History of the Thirteen*, cit., pp. 32-33, 324.

> a la funesta curiosidad de esta multitud de gente que da vueltas y se entromete por el mero placer de hacerlo»[60].

Rastignac, al final de *Papá Goriot*, estando en ese mismo cementerio:

> Veía París extendiéndose abajo sobre las curvas riberas del Sena, las luces empezaban a centellear aquí y allá. Su mirada ávidamente detenida sobre el espacio que existe entre la columna de Place Vendôme y la cúpula de los Inválidos; ahí se encontraba el espléndido mundo que deseaba conquistar. Observó esa bulliciosa colmena con una mirada que predecía el saqueo, como si en aquel momento sintiera en sus labios la dulzura de la miel, y dijo con esplendida arrogancia: «es la guerra entre nosotros dos»[61].

Esta sinóptica visión se repite durante todo el siglo. Haussmann, armado de globos y torres de triangulación, también se apropió imaginariamente de París cuando se puso a darle nueva forma sobre el terreno. Pero hay una diferencia importante: mientras que Balzac busca obsesivamente dirigir, penetrar, diseccionar para luego interiorizar en sí mismo toda la ciudad como ser vivo, Haussmann convierte el impulso fantástico en un inconfundible proyecto de clase, en el que el Estado y los financieros toman la dirección de las técnicas de acción y representación. De manera curiosa e interesante, Zola en *La jauría* reproduce la perspectiva de Jules y Rastignac, pero ahora es Saccard, el especulador, el que planea beneficiarse de las cuchilladas en las venas de la ciudad en una orgía de especulación.

«La esperanza es una memoria que desea»

«La esperanza» escribió Balzac «es una memoria que desea»[62]. Este hermanamiento de memoria y deseo clarifica por qué los mitos de la modernidad circulan con una fuerza tan poderosa. La mayor parte de sus novelas están situadas históricamente y, a menudo, se centran en procesos de cambio social posteriores a la restauración de la monarquía en 1814. Balzac lamenta frecuentemente el fracaso de la aristocracia progresista, de los católicos y de la monarquía para llevar a cabo una restauración «real» del poder, tras el catastrófico final del Imperio. El legado de ese pasado es una carga pesada. Por otra parte, muchos de sus personajes no pertenecen a un momento histórico concreto; se encuentran «divididos entre recuerdos del

[60] *Ibid.*, p. 147.
[61] H. Balzac, *Old Goriot*, cit., p. 304.
[62] Citado en G. Poulet, *The Interior Distance*, cit., p. 126.

Imperio y recuerdos de la Emigración». La memoria resulta teñida por el historicismo y, en algunas ocasiones, enfrentada a él.

Este es el argumento de *El coronel Chabert*[63]. Un famoso militar que goza del favor del emperador es dado por muerto en Alemania en la batalla de Eylau. Arrojado desnudo a una fosa común, consigue salir milagrosamente de entre los cuerpos y es rescatado y atendido en un pueblo cercano. Tarda muchos meses en recuperar la memoria y en recordar quién es, pero como está horriblemente desfigurado, nadie le cree. Se dirige hacia París, pero en el camino se le toma por loco y acaba pasando dos años en la cárcel; solamente cuando deja de llamarse a sí mismo coronel Chabert, le dejan en libertad. Nos lo volvemos a encontrar en París, después de la Restauración, totalmente empobrecido, buscando ayuda legal para recuperar su identidad y sus derechos. El emperador, su protector, se ha ido. Le han dado por muerto así que sus bienes han sido repartidos; su mujer se ha vuelto a casar con un conde y tiene dos niños. Un abogado que casualmente también representa a la condesa, es convencido para ocuparse de su caso pero le insta a llegar a un compromiso, en vez de intentar recuperar sus antiguos derechos en una larga y costosa batalla legal. Su mujer se niega a reconocerle y en un momento de feroz confrontación entre ambos, él le recuerda que la había sacado del Palais Royale (el lugar habitual de las prostitutas). Ella inmediatamente le aleja a su casa del campo y utiliza sus artimañas como mujer y madre para tratar de convencerle de que abandone el caso, por el bien de los niños, al mismo tiempo que conspira para ingresarle como a un loco en el manicomio. Dándose cuenta del complot, Chabert huye y desaparece. Muchos años después, el abogado le reconoce en un vagabundo al que encuentra en un tribunal y, finalmente, en 1840, como alguien llamado Hyacinthe, en el asilo de Bicêtre, renegando del nombre de Chabert. Para alcanzar otra identidad ha borrado todos los recuerdos de su esposa, pero todavía se muestra orgulloso de sus logros como militar. Ha perdido todos sus deseos porque las fuerzas históricas y las instituciones sociales le han fallado. Incluso el abogado se muestra desilusionado; los curas, doctores y abogados, señala, todos llevan togas negras «porque están de luto por la virtud y la esperanza». Declarándose «enfermo de París», el abogado decide retirarse al campo con su mujer.

Esta reafirmación del utopismo rural al final de la novela sugiere que es en este terreno donde Balzac se encuentra siempre en peligro de perder su batalla con la nostalgia. Escaparse de lo que Christine Boyer llama «el hedor de la nostalgia» se vuelve el problema más intrincado a la hora de conceptualizar y representar a la ciudad[64].

[63] H. Balzac, *Colonel Chabert*, Nueva York, 1997.

[64] Christine Boyer, *The City of Collective Memory. Its Historical Imagery and Architectural Entertainments*, Cambridge (MA), 1994, pp. 187-197, 372-379. El trabajo de Boyer arroja mucha luz sobre muchos aspectos del problema de la memoria urbana.

Los fracasos de Balzac en ello son genéricos más que aislados. Marx vio el problema con más claridad; arremetía contra el utopismo porque demasiado a menudo miraba más al pasado que al futuro, con consecuencias nefastas para las coyunturas revolucionarias:

> La tradición de todas las generaciones muertas planea como una pesadilla en la mente de los vivos. Y justo cuando estos parecen inmersos en revolucionarse a sí mismos y a las cosas, en crear algo que no ha existido nunca, precisamente en esos periodos de crisis revolucionarias angustiosamente conjuran a los espíritus del pasado para ponerlos a su servicio. Toman prestados de ellos nombres, gritos de guerra y costumbres, para presentar la nueva página de la historia disfrazada con los honores y el lenguaje de aquellos tiempos [...] La revolución social del siglo XIX no puede obtener su poesía del pasado, sino solamente del futuro, no puede empezar a surgir hasta que no se haya despojado de toda superstición en relación al pasado[65].

De todas formas, esto es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo podía Marx conciliar la idea de que los revolucionarios deben crear libremente la poesía del futuro, dejar que su imaginación se pierda en la construcción del mundo, cuando también mantenía que las bases reales de la consciencia se encuentran en las condiciones materiales realmente existentes en la vida diaria?

Balzac tiene su propia respuesta a esta cuestión. Él distingue entre historia (que está ordenada y desplegada), y memoria (que permanece latente y sin estructurar, pero que puede irrumpir de maneras inesperadas)[66]. Chabert se supone que se inclina ante la historia oficial de su muerte y borra toda memoria, pero al hacerlo se vuelve loco. Montriveau, en *La duquesa de Langeais*, tiene que afrontar la misma enseñanza: que la reducción de la vida a la muerte, únicamente puede «combatirse recordando plenamente quienes somos». Benjamin proporciona en este aspecto un punto de vista crítico. Ataca el historicismo que culmina en una historia universal que avanza «a través de un tiempo vacío homogéneo». En su glosa a Benjamin, Christine Boyer escribe que la historia «necesita redimirse de un conformismo que está a punto de imponerse sobre ella, para borrar sus diferencias y convertirla en una narración aceptada». Benjamin escribe: «articular el pasado históricamente no significa

[65] K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Luis Bonaparte*, Nueva York, 1963, p. 18 [ed. cast.: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, 2 vols., Madrid, Akal, 1975].

[66] Esta distinción está resaltada en Maurice Halbwachs (*Les expropiations et le prix de terrain, 1860-1900*, París, 1909), C. Boyer (*The City of Collective Memory. Its Historical Imagery and Architectural Entertainments*, cit.) y W. Benjamin (*Illuminations*, Nueva York, 1968), especialmente en sus «Tesis sobre la filosofía de la historia».

reconocerlo "como realmente fue" (Ranke). Significa apoderarse del control de un momento de la historia». Como consecuencia «la memoria, en oposición a la historia, más que registrar, lo que hace es responder, aparecer en escena de manera inesperada», como en el momento decisivo en el que el coronel Chabert recuerda a su mujer sus orígenes en el Palais Royale. En el mundo de Benjamín, escribe Boyer, «la memoria que surge de las cadenas naturales de la tradición debería ser como una epifanía, resplandeciendo en efímeros momentos de crisis, buscando exponer en esos momento concretos la dirección del mundo, para poder dirigir el camino propio hacia el futuro». La memoria es a juicio de Balzac, «la única facultad que nos mantiene vivos»[67]. Es activa y energética, voluntaria e imaginativa en vez de pasiva y contemplativa. Nos permite una unidad del tiempo pasado y futuro a través de la acción, en el aquí y ahora, y por ello puede irrumpir, de la manera exacta que Benjamín sugiere, en momentos de peligro. Trae al presente gran cantidad de poderes latentes en el pasado, que de otra manera quedarían durmiendo en nuestro interior.

Pero la memoria también trabaja de manera colectiva. Aldo Rossi escribió una vez:

> Uno puede decir que la ciudad en sí misma es la memoria colectiva de su gente, y como la memoria, está asociada a objetos y lugares. La ciudad es el centro de la memoria colectiva. Esta relación entre el centro y la ciudadanía se convierte entonces en la imagen predominante de la ciudad, de su arquitectura y de su paisaje, y mientras algunos artefactos pasan a ser parte de su memoria, otros nuevos van surgiendo. En este sentido completamente positivo, a lo largo de su historia fluyen grandes ideas que van dándole forma[68].

Balzac trabaja sistemáticamente esta relación a lo largo de toda *La comedia humana*. Añade y amplifica el flujo de grandes ideas a través de la historia de la ciudad. La convierte en memorable y construye por ello un centro distintivo en la imaginación para la memoria colectiva. Esto sirve de soporte a una cierta sensibilidad política que puede «destellar» en momentos revolucionarios. Este es el mito de la modernidad como transformación revolucionaria, cimentado sobre la ciudad en funcionamiento. La memoria «destelló» en 1830 como lo hizo en 1848 y 1871, para desempeñar un papel clave en la articulación de los sentimientos revolucionarios[69]. Aunque indudablemente estos momentos revolucionarios estaban repletos de llamadas a la tradición, también tenían un aspecto que era intensamente moderno, que buscaba esa ruptura radical mediante la cual se podría abrir un nuevo sendero

[67] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit.

[68] Aldo Rossi, *The Architecture of the City,* Cambridge (MA), 1982, p. 130.

[69] Priscilla Ferguson, *Paris as Revolution. Writing the 19th Century City,* Berkeley (CA), 1994.

hacia el futuro. Por ello no es la esperanza la que guía a la memoria, sino la memoria la que genera esperanza cuando se conecta con el deseo. Quizá fue por esta razón por la que tanto Victor Hugo como Baudelaire consideraban a Balzac un pensador revolucionario, a pesar de sus ideas políticas reaccionarias.

El fetiche y el *flâneur*

Representar la ciudad como ser vivo supone el riesgo, no solamente de caer en el antropomorfismo (un tropo que Balzac practica sin ninguna vergüenza), sino también de convertir la ciudad en objeto fetiche. Por *fetiche* entiendo en primer lugar la disposición humana para atribuir a simples objetos (en este caso la ciudad), poderes mágicos, misteriosos y normalmente ocultos que dan forma y transforman el mundo que nos rodea, y que por ello intervienen directamente o incluso determinan nuestras vidas. En muchas de sus novelas, las características del medio urbano parecen funcionar exactamente de esa manera (como muestra el ejemplo de Madame Vauquer en *Papá Goriot*). Sin embargo, Marx en su análisis de las mercancías desvela un significado más profundo del término; el fetiche tiene una base real, no es meramente imaginaria. Establecemos relaciones sociales por medio de objetos y cosas que producimos y hacemos circular; las relaciones sociales entre la gente están mediatizadas por cosas materiales. Del mismo modo, los objetos y las cosas se cargan de significados sociales y de una actuación humana intencionada. Para Marx, bajo el capitalismo es imposible escapar al fetichismo de las mercancías porque es parte del funcionamiento del mercado. El dinero (una cosa) confiere un poder social a su dueño y todo el mundo se encuentra por ello en cierto grado cautivo de sus poderes fetichistas; la persecución del dinero y el reconocimiento de la clase de valor que impone, se convierte en algo básico para comprender nuestro comportamiento en relación con los demás. Marx sostiene que la tarea del teórico era ir más allá del fetiche, penetrar por debajo de las apariencias para alcanzar un mayor entendimiento de las fuerzas ocultas que gobiernan la evolución de nuestras relaciones sociales y de nuestros proyectos materiales. «Si todas las cosas fueran lo que aparentan, la ciencia no sería necesaria». El fetiche no puede borrarse, excepto mediante la revolución, pero se le puede hacer frente y entenderlo. De cualquier forma, siempre existe el peligro de que interpretemos el mundo exclusivamente a través de las apariencias superficiales y así reproduzcamos el fetiche en el pensamiento[70].

[70] K. Marx, *Capital,* cit., vol. 1, capítulo 1, hace un célebre trabajo de disección del fetichismo de las mercancías.

La ciudad capitalista es necesariamente un objeto fetiche exactamente en este último sentido. No solamente porque está levantada sobre la circulación de mercancías o, como Balzac frecuentemente afirma, porque en ella todo el mundo corre, salta y brinca «bajo el látigo de una diosa sin piedad [...] la necesidad de dinero», o es devorado por «ese monstruo que llamamos especulación». Las calles, vecindarios, viviendas, escaleras y descansillos están cargados de significado social. Balzac otorga un carácter humano a sus calles para realzar ese significado; los interiores guardan y reflejan fuerzas sociales más amplias. Los seres humanos experimentan el caos, la impetuosa corriente de los demás, las múltiples interacciones y encuentros casuales como algo exterior a ellos; algo a lo que tienen que adaptar sus acciones y mentalidades (cultivando, por ejemplo, una actitud displicente). Las relaciones materiales entre la gente se hacen evidentes en todas partes, como se hacen evidentes las innumerables maneras por las que la relaciones sociales se personifican en las cosas. Por ello, cualquier reconstrucción de las cosas supone una reconfiguración de las relaciones sociales: al hacer y rehacer la ciudad nos hacemos y rehacemos a nosotros mismos, tanto de manera individual como colectiva. Construir la ciudad como ser vivo es reconocer su potencial como cuerpo político.

De cualquier modo, vivir en la ciudad significa verse sometido a sus poderes fetiche. Lucien (en *Las ilusiones perdidas* y *Esplendor y miseria de las cortesanas*), Madame Vauquer y Goriot (en *Papá Goriot*), Adèle (en *La prima Bette*), Pons (en *El primo Pons*) y César Birotteau, así como muchos más, caen víctimas de estos poderes. Pero Balzac, junto con muchos otros de sus otros personajes, como Rastignac, De Marsay y los demás miembros de la *Historia de los trece,* buscan remontarse sobre ellos para entender, afrontar e incluso dominar el fetiche. La obsesión de Balzac con la aniquilación del espacio y el tiempo refleja su empuje para encontrar el punto de Arquímedes desde donde escapar al fetiche, para así ordenar y transformar el mundo urbano. Para él, estar fuera del espacio y del tiempo es un paso previo a la dramática y clarividente intervención en el mundo, no la preparación de una retirada contemplativa. La claridad que se alcanza en momentos de comprensión sublime debe necesariamente conectar (a no ser que se quede en pura mística) con alguna otra manera de penetrar el fetichismo de la ciudad.

Esa otra manera viene dada a través de las prácticas del *flâneur*. A Balzac algunas veces se le asocia con la creación de esa figura literaria, aunque hay evidencia de que se remonta por lo menos al Imperio o incluso antes[71]. En uno de sus primeros libros, *La fisiología del matrimonio*, considerado por muchos como el inicio de *La comedia humana*, Balzac presenta el personaje de la siguiente manera:

> En el año 1822, en una magnífica mañana de enero, estaba caminando por los bulevares de París, desde la paz de Marais a la elegancia de Chaussée d'Antin, observando por primera vez, no sin cierta alegría filosófica, esas extrañas alteraciones de caras y variedades de vestimentas que, desde la Rue du Pas-de-la-Mule hasta Madeleine, convierten cada porción del bulevar en un pequeño mundo diferente, y ofrecen un ejemplo instructivo de las costumbres de esa zona de París. Sin tener en ese momento ninguna idea sobre las cosas que la vida me tenía preparadas, y dudando seriamente de que algún día tuviera la audacia de ingresar en el estado matrimonial, estaba de camino para almorzar con uno de mis colegas que cargaba, quizá demasiado pronto, con mujer y dos niños. Mi viejo profesor de matemáticas vivía a poca distancia de la casa de mi amigo, y me había prometido a mí mismo hacer una visita al respetable matemático antes de festejar el bocado más delicado de la amistad. Fácilmente encontré mi camino hasta un gran santuario donde todo estaba cubierto de polvo y evidenciaba la actividad del erudito. Me aguardaba una sorpresa[72].

El *flâneur* de Balzac es algo más que un esteta o un observador reflexivo, también está tratando de penetrar el fetiche, buscando deliberadamente desvelar los misterios de la ciudad y de las relaciones sociales. Balzac se describe a sí mismo como uno de esos «pocos devotos, gente que nunca camina con la cabeza ausente», que «bebe y saborea su ciudad y está tan familiarizado con su fisonomía, que conoce cada verruga, cada peca o mancha de su cara». Hay algo muy democrático y antielitista en esta descripción. Todos nos encontramos en posición de representar al *flâneur* y, por lo tanto, en posición de elevarnos y escapar al fetiche. Aquí es donde la perpetua insistencia de Balzac por verificar la ciudad y entender las cosas por uno mismo se vuelve tan importante; merece la pena repetir sus palabras. «¿Podríais molestaros en emplear unos cuantos minutos en observar los dramas, desastres, representaciones, incidentes pintorescos que atraen vuestra atención en el corazón de esta inquieta reina de las ciudades?». «Mira a tu alrededor», mientras «recorres tu camino a través de esa gran jaula de estuco, esa colmena humana con arroyos negros marcando sus secciones, y sigue las ramificaciones de esa idea que se mueve, se agita y fermenta en su interior». Y no son solamente los hombres los que están en posición de actuar así; Madame Cibot explora deliberadamente los espacios de la ciudad y sus relaciones sociales (trajinando entre coleccionistas de arte, hogares aristocráticos, abogados, porteros), para levantar la red de intrigas que derriba a

[71] La figura del *flâneur* en el París del siglo XVIII ha ejercido una peculiar fascinación desde que Baudelaire la puso de relieve. Benjamin le concede mucha atención en *El libro de los pasajes*. Elizabeth Wilson («The Invisible Flâneur», *New Left Review* I/191 [enero-febrero de 1992]) proporciona una perspectiva práctica y crítica, junto a un esbozo de su historia.

[72] H. Balzac, *The Physiology of Marriage,* Baltimore, 1997.

Pons y deja su colección de arte desnuda a la vista de todo el mundo. El *flâneur* para Balzac es resuelto y activo en vez de desmotivado y sin rumbo.

El *flâneur* (o *flâneuse*) de Balzac cartografía el terreno de la ciudad y evoca sus cualidades vivas, haciendo que, de manera inconfundible, la ciudad se vuelva legible para nosotros. Evoca «las mil vidas desarraigadas» y en *La prima Bette*, la más panorámica de sus novelas, las funde en una convincente evocación de la ciudad como ser vivo. *La comedia humana* se aproxima a esta totalidad a través de los fragmentos de innumerables vidas que se cruzan, Rastignac, Bette, De Marsay, Nucingen, Madame Cibot, Vautrin. Como escribe Jameson, «el sistema en conjunto plantea las interrelaciones de la sociedad como una certeza que sin embargo nunca podemos ver cara a cara [...] Hay gran cantidad de interrelaciones entre los diferentes caracteres, coincidencias, encuentros, pasiones; entre unos caracteres que existen pero que nunca se presentan y nunca lo harán ante nuestra conciencia». La técnica es caleidoscópica. En esto, continua Jameson, «Balzac es de alguna manera más fiel a la experiencia individual, en la que no vemos otra cosa que nuestro propio mundo, pero en la que estamos absolutamente convencidos de que existe otro plano, una coexistencia con un gran número de otros mundos privados». Así es cómo Balzac confronta y representa simultáneamente la ciudad como objeto fetiche[73].

Como insistía Baudelaire, Balzac era un escritor tan visionario como realista. El que su visión social de la ciudad se volviera (o ya estuviera) cada vez más restringida por los poderes excluyentes de la burguesía, de la clase capitalista de financieros aliados con el Estado, fue un condicionamiento contra el que Balzac luchó con resolución aunque sin esperanza. Tristemente, como él mismo, con clarividencia, observó, «cuando la literatura no tiene un sistema general que la soporte, echa en falta la solidez y se desvanece en la edad a la que pertenece»[74]. Si el capital no quería que la ciudad tuviera una imagen, entonces el poder cartográfico, democratizador y fantástico de Balzac también tenía que ser suprimido y borrado (como sucedió frecuentemente en los años siguientes). Pero siempre podremos exhumar su visión, y puede que haya algo más que un interés pasajero en hacerlo, porque hay algo subversivo en su técnica que va en contra de la corriente de formas de representación ordinarias y más pasivas. Balzac expone muchos de los mitos de la modernidad capitalista penetrando en los santuarios interiores de los valores burgueses. Examina a fondo las maneras en que se expresan las relaciones sociales, incluso a través de los pequeños detalles del paisaje urbano y cómo las características físicas viscerales de la ciudad intervienen en las relaciones sociales. Expone los rechazos de los orígenes

[73] F. Jameson, «Fredric Jameson on *La cousine Bette*», en M. Tilby (ed.), *Balzac,* Londres, 1995, p. 226.

[74] H. Balzac, *History of the Thirteen,* cit., p. 190.

rurales y de los recuerdos. Demuestra la horrible vacuidad de valores basados en los cálculos monetarios, las ficciones de las formas ficticias del capital como el crédito y el interés, que manejan las realidades de las relaciones sociales y de los procesos urbanos y la constante especulación con los deseos de otros que acarrean consecuencias tan destructivas. Pero también tiene mucho que decir sobre los pensamientos y miedos dominantes. De manera no deliberada ha podido escribir un epitafio adecuado para ese día en que la era burguesa, de aparente acumulación sin fin de capital y de la magia ficticia del crédito y del interés, llegue a un estrepitoso final: «De esta manera envuelvo el mundo con mi pensamiento, lo moldeo, lo creo, lo penetro, lo comprendo o pienso que lo comprendo; pero de repente me levanto solo y me encuentro en medio de las profundidades de una luz oscura»[75].

Rehaciendo adecuadamente estas frases, y utilizando la capacidad de Balzac para proyectar su pensamiento indivisible como reflejo concéntrico del universo burgués, quizá un día podamos decir de la historia completa de la burguesía: *Envolvió el mundo con su pensamiento, lo moldeó, lo creó, lo penetró, lo comprendió o pensó que lo comprendía, pero de repente se levantó sola y se encontró en medio de las profundidades de una luz oscura.*

[75] G. Poulet, *The Interior Distance,* cit., p. 110; véase también H. Balzac, *Louis Lambert,* Harmondsworth, 1977, p. 246.

II

Soñando el cuerpo político: políticas revolucionarias y planes utópicos, 1830-1848

En *The Painting of Modern Life,* el historiador del arte T. J. Clark sugiere que la reforma que lleva a cabo Haussmann durante el Segundo Imperio, dependía de manera imprescindible de una reinvención capitalista, tanto de lo que la ciudad era, como de lo que podía llegar a ser. El capital, señala, «no necesitaba tener una representación de sí mismo levantada sobre el terreno con ladrillos y mortero, o inscrita como un mapa en la cabeza de sus habitantes. Incluso uno podría decir que para el capital resultaba preferible que la ciudad no fuera una imagen, que no tuviera forma, que no fuera accesible a la imaginación, a las interpretaciones y las interpretaciones erróneas, ni a un conflicto de reivindicaciones dentro de su espacio, de manera que pudiera producir en masa una imagen propia para ponerla en el lugar de las que destruía»[1]. El argumento es fascinante, pero, aunque Clark construye gran parte de los mecanismos de mercantilización y representación que reemplazaron a los que había hasta entonces, nos habla poco de la imagen o imágenes de la ciudad que fueron desplazadas.

Las utopías románticas y socialistas que florecieron tan frenéticamente en Francia durante las décadas de 1830 y 1840 fueron firmemente reprimidas con la contrarrevolución de 1848-1851. Muchos de los que habían tomado parte activa en el remolino de movimientos sociales que se produjeron con la revolución de 1848, se perdieron para la causa por muerte, exilio o desánimo. Sin embargo, no se puede negar que después de esa fecha hubo un cierto cambio de sensibilidad en Francia que redefinió el tema de la lucha política, tanto para la derecha

[1] T. J. Clark, *The Painting of Modern Life. Paris in the Art of Manet and His Followers,* Londres, 1984, p. 36.

Ilustración 20. El sorprendente Burgués y proletario *de Daumier (1848) recoge cómo se percibía en aquel momento la diferencia fundamental entre ambos. El burgués estático y gordo mira con ojos avariciosos los productos del escaparate, mientras que el trabajador, delgado y en movimiento, busca con determinación inspiración en el periódico (¿prensa obrera?).*

como para la izquierda. El socialismo, por ejemplo, se volvió mucho más «científico», como insistía Marx, aunque iba a hacer falta esperar una generación para que la idea pudiera dar frutos; el pensamiento burgués, por su parte, se volvió más positivista, gerencial e inflexible. Para muchos estudiosos, es precisamente en esto en lo que consistió la transición a lo moderno y a la moderni-

dad. No obstante hay que hacer algunas anotaciones, porque el relato de los hechos que se produjeron en París durante el Segundo Imperio es también el relato más complejo de lo que fue reprimido, destruido o apropiado por la contrarrevolución de 1848-1851. ¿Cómo se imaginaba la gente en general y los progresistas en particular la ciudad y la sociedad antes de 1848? ¿Qué posibilidades de futuro consideraban? Y de todas estas cosas, ¿contra cuáles tuvo que actuar el Imperio?

La república y la ciudad como cuerpo político

El 22 de octubre de 1848, unos ochocientos trabajadores se reunieron en un cementerio de Burdeos para inaugurar un monumento, levantado por suscripción pública, a Flora Tristan, que había fallecido en la ciudad en 1844. Poco tiempo antes, había publicado su trabajo más famoso: *L'union ouvrière*, una vigorosa petición de solidaridad obrera asociada a la emancipación de la mujer. Puede resultar sorprendente que una figura pionera del socialismo y del feminismo fuera objeto de ese homenaje en 1848, pero hay otra manera de explicar su relevancia. Desde 1789, la República, la Revolución y, más especialmente, la Libertad se habían representado como una mujer. Esto contradecía la teoría política del gobierno monárquico, que desde la Edad Media venía apelando a la idea del Estado y la nación constituidos por lo que Ernst Kantorowicz llama «las dos entidades del rey»: el rey como persona y el rey como personificación del Estado y la nación[2]. Durante la Revolución francesa, esta representación del rey y la idea del «l'etat, c'est moi» recibió un tratamiento satírico. Colocar el gorro de la libertad, el gorro frigio, sobre la cabeza del rey era una manera de señalar su impotencia, una gorra caída representaba un pene flácido. Daumier, que era un republicano declarado, estuvo en prisión en 1834 por su despiadada representación de Luis Felipe como *Gargantúa,* una hinchada figura alimentada por empobrecidas masas de obreros y campesinos, mientras da refugio bajo su trono a unos cuantos burgueses ricos.

Maurice Agulhon nos proporciona un fascinante relato de esta lucha de iconos que se produce a lo largo del siglo XIX[3]. El motivo de la mujer como representación de la Libertad y la Revolución reapareció con fuerza en la revolución de 1830, y quedó convincentemente simbolizado por la pintura de Delacroix, *La Libertad*

[2] Ernst Kantorowicz, *The King's Two Bodies,* Princeton (NJ), 1957.

[3] M. Agulhon, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880* [1979], Londres, 1981.

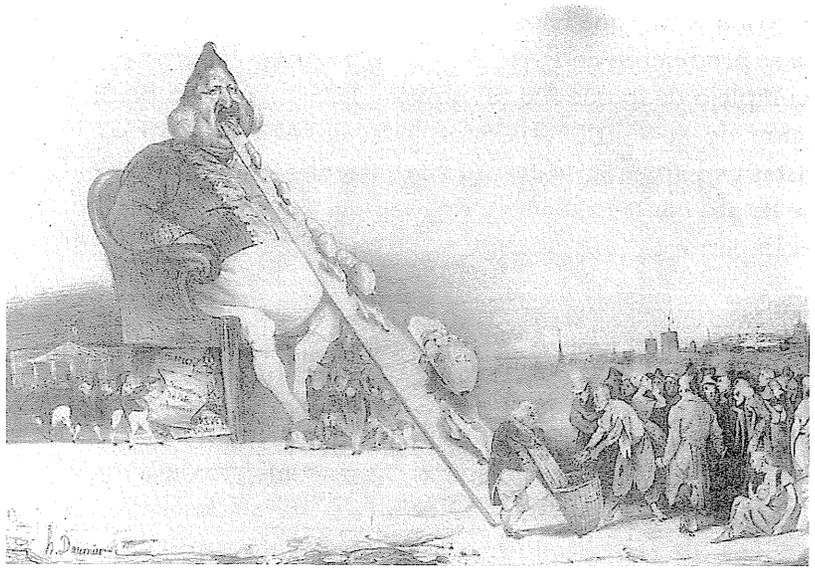


Ilustración 21. El Gargantúa *de Daumier (1834) toma la idea del cuerpo político de manera literal, con un inflado Luis Felipe alimentado por un ejército de criados, mientras protege debajo de su silla a unos cuantos parásitos burgueses. Este dibujo le costó a Daumier seis meses de prisión.*

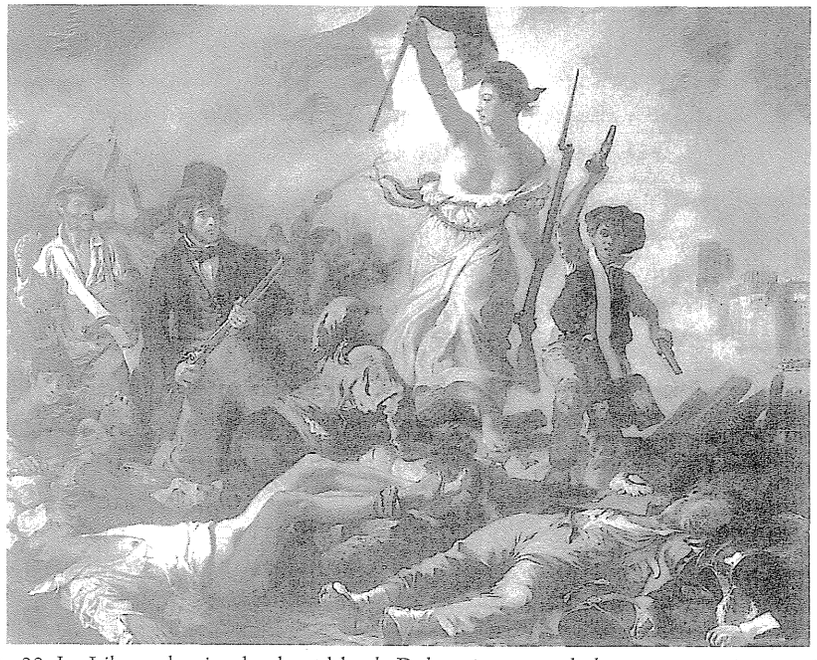


Ilustración 22. La Libertad guiando al pueblo *de Delacroix es una de las representaciones más famosas de la Libertad como una mujer en las barricadas. Aunque se consideraba una celebración de los «días de julio» que llevaron a Luis Felipe al poder, se consideraba demasiado explosiva para su exhibición pública, así que el rey compró el cuadro y lo dejó bien guardado.*

guiando al pueblo. Por toda Francia se produjo un auténtico aluvión de imágenes paralelas en el período siguiente a 1848. No obstante, el modo en que se representaba a la mujer es importante. Los adversarios del republicanismo frecuentemente retrataban a esa mujer como una simple (una «Marianne» proveniente del campo, de acuerdo con la denominación popular francesa), como una campesina cualquiera o como una mujer sin control, lasciva, no mejor que una vulgar prostituta. Los burgueses respetables de ideas republicanas preferían figuras estáticas con ropas y comportamientos clásicos, acompañadas de los símbolos requeridos de la justicia, la igualdad y la libertad, una iconografía que desemboca en la donación francesa que preside el puerto de Nueva York (ilustración 117). Los revolucionarios querían un poco más de ardor en la figura. Balzac recogía esto en *Los campesinos*, en la figura de Catherine, que

> recordaba los modelos seleccionados por pintores y escultores para representar a la Libertad y el ideal de la República. Su belleza, que se reflejaba en los ojos de los jóvenes del valle, florecía de la misma manera, tenía la misma figura fuerte y flexible, las mismas extremidades musculosas, los brazos rellenos, los ojos que brillaban con la chispa del fuego, la expresión orgullosa, el pelo trenzado y retorcido en manojos gruesos, la frente masculina, los labios rojos donde se dibujaba una sonrisa en la que había algo feroz, esa sonrisa que plasmaron Delacroix y David (de Angers) y que produjo tanta admiración. Una morena resplandeciente, la imagen del pueblo; las llamas de la insurrección parecían saltar de sus claros y leonados ojos[4].

Flaubert recoge la imagen contraria. En *La educación sentimental*, describe una escena de la que es testigo durante la invasión de las Tullerías en 1848. «En el *hall* de la entrada, de pie sobre una pila de ropas, estaba posando una prostituta como una estatua de la Libertad, inmóvil y aterradora, con los ojos como platos»[5].

En este controvertido terreno resulta doblemente interesante la versión que hace Daumier en 1848, en respuesta a la invitación del gobierno republicano para participar en un concurso, sobre la representación de la República. No sólo el cuerpo político de la República se representa como una mujer (otra cosa en aquellas circunstancias hubiera sido sorprendente), sino que también se le da una poderosa interpretación maternal. Daumier presenta una república social protectora, opuesta tanto a la simbología política de los derechos de la burguesía como al simbolismo revolucionario de la mujer en las barricadas. Daumier se hace eco de la revolucio-

[4] H. Balzac, *The Peasantry*, cit., p. 183.
[5] G. Flaubert, *Sentimental Education*, cit., p. 290.

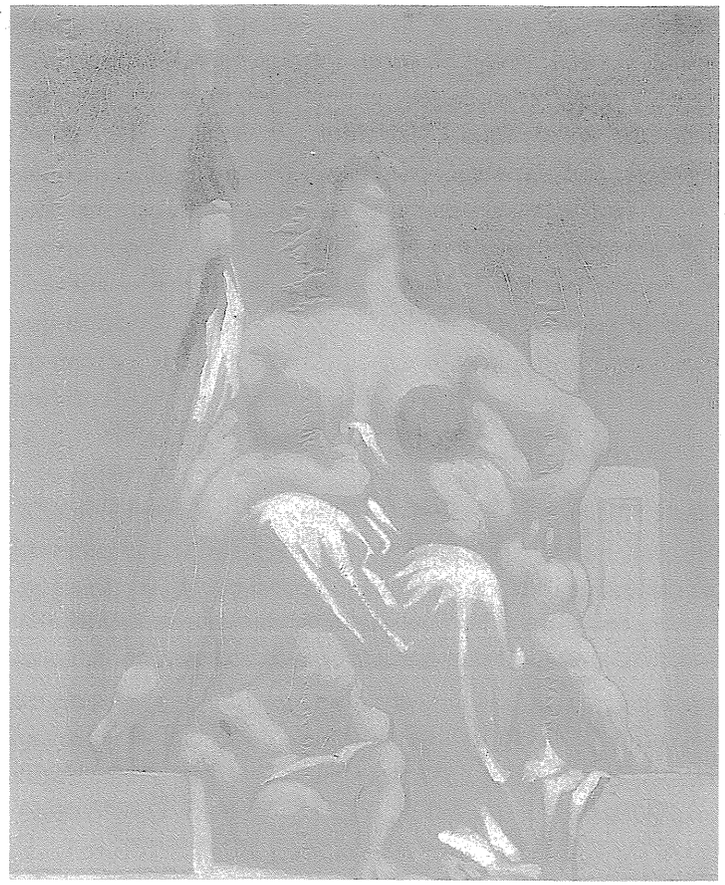


Ilustración 23. La República *de Daumier fue una respuesta a la demanda del gobierno revolucionario de obras que ensalzaran las virtudes de la República. Con dos lozanos niños en sus pechos y otro más a sus pies con un libro, Daumier sugiere un cuerpo político que alimenta y que se toma en serio la frase de Danton de que «después del pan, la educación es la primera necesidad del pueblo».*

naria declaración de Danton: «Después del pan, la educación es la primera necesidad del pueblo». Esta versión protectora del cuerpo político estaba profundamente enraizada en los programas utópicos y socialistas de la década de 1840.

Esta imaginería de la república ideal estaba indisolublemente unida a la de la ciudad ideal. Citando a Foucault, «encontramos una serie completa de utopías o proyectos que se desarrollan sobre la premisa de que el Estado es como una gran ciudad». De hecho, «el gobierno de un Estado grande como Francia debería, en última instancia, pensar en su territorio sobre el modelo de la ciudad»[6]. Históricamente, esta conexión siempre había sido muy fuerte y, para muchos socialistas y radicales de la época, la identidad estaba clara. Los seguidores de Saint-Simon, por ejemplo, con su evidente interés por la ingeniería material y social, estaban totalmente dedicados a la producción de nuevas formas sociales y espaciales, como vías

[6] M. Foucault, *The Foucault Reader,* ed. de P. Rainbow, Harmondsworth, 1984, p. 241.

de tren, canales y todo tipo de obras públicas, al mismo tiempo que no descuidaban las dimensiones simbólicas del desarrollo urbano. La descripción que hacía en 1833 Charles Duveyrier en *La nueva ciudad o el París de los saintsimonianos* incluía como edificio central un colosal templo con forma de mujer, (el Mesías Femenino, la Madre); este edificio tenía que ser un monumento gigantesco donde las guirnaldas de la túnica actuaran como galerías de paseo, los pliegues del vestido formaran las paredes de un anfiteatro para juegos y tiovivos y el globo en donde descansaba su mano derecha, un teatro»[7]. Aunque Fourier estaba principalmente interesado por las comunidades agrarias preindustriales, tenía mucho que decir sobre diseño y planificación urbana, y constantemente se quejaba del espantoso estado de las ciudades y de las degradadas formas de la vida urbana. Con pocas excepciones, socialistas, comunistas, feministas y reformistas de la década de 1840 prestaron una atención a la ciudad como forma de organización política, social y material (como cuerpo político) que resultaba fundamental dentro de la concepción de la sociedad ideal del futuro. No sorprende, por lo tanto, que este amplio impulso se manifestara en la arquitectura y la administración urbana, donde la sobresaliente figura de César Daly comenzó a traducir las ideas en formas arquitectónicas y proyectos prácticos (algunos de los cuales fueron realizados en la década de 1840)[8].

Aunque la conexión general entre la reflexión sobre la república y la ciudad podía estar clara, los aspectos concretos, entre ellos cómo tenía que constituirse y gobernarse exactamente el cuerpo político, se perdían en un mar de confusiones. A partir de la década de 1820, se formaron, afianzaron, implosionaron o fracturaron grupos de pensadores que dejaron a su paso fragmentos que fueron recogidos y recombinados en modos de pensamiento totalmente diferentes. Los fragmentos y las facciones, los cismas y las reconfiguraciones florecían por todas partes. Los principios racionalistas de la Ilustración se combinaban con el romanticismo y el misticismo cristiano; se aplaudía a la ciencia pero a continuación se le otorgaba un *status* visionario, casi místico. Un materialismo y un empirismo inflexibles se mezclaban con el utopismo visionario. Los pensadores que aspiraban a una unidad global del pensamiento, como Saint-Simon y Fourier, dejaron detrás tal caos de escritos que de ellos se podía deducir prácticamente cualquier cosa. Los dirigentes y pensadores políticos se empujaban en su lucha por el poder y la influencia, y tanto las rivalidades personales como la propia vanidad pasaron su factura. Y a medida que las condiciones políticas y económicas iban cambiando, se produjeron tantas adaptaciones del

[7] M. Agulhon, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880,* cit., p. 57.

[8] Las contribuciones de César Daly las ha examinado extensamente Richard Becherer, *Science plus Sentiment: Cesar Daly's Formula for Modern Architecture,* Ann Arbor (MI), 1984.

pensamiento, que las ideas de 1848 eran radicalmente diferentes de las de 1830. Entonces, ¿cómo tenemos que entender estas turbulentas corrientes del pensamiento?

Poniendo el mundo al derecho

En algún momento entre 1819 y 1820, Claude-Henri de Saint-Simon escribía: «la sociedad, tal y como existe actualmente, es realmente un mundo puesto al revés»[9]. Lógicamente, el único camino para mejorar las cosas era ponerlo del derecho, lo que suponía hacer algún tipo de revolución. Saint-Simon, sin embargo, aborrecía la violencia de la Revolución (estuvo a punto de acabar en la guillotina) y prefería buscar cambios pacíficos, progresivos y racionales. El cuerpo político estaba enfermo, decía, y necesita renacer. Pero el resultado final debía ser el mismo: había que poner el mundo al derecho.

Esta sensación de un mundo al revés, que ilustra de manera tan brillante Christopher Hill, se había producido al otro lado del Canal, en los turbulentos años de 1640-1688 que siguieron a la toma del poder por Cromwell y la ejecución del rey Carlos[10]. Los mismos fenómenos se observan en Francia entre 1830 y 1848, cuando la especulación y la experimentación se generalizaban por todas partes. Pero ¿cómo se puede explicar esta efervescencia de ideas utópicas, revolucionarias y reformistas de ese periodo? La Revolución francesa dejó un legado doble. Por una parte, había una abrumadora sensación de que algo racional, justo y luminoso había acabado muy mal, así como una desesperada necesidad de encontrar *a qué* o *a quién* culpar por ello. En ello, los historiadores de la década de 1840 desempeñaron un papel fundamental al realizar un potente análisis histórico y mantener una memoria de gran parte de lo que se había perdido. Pero la Revolución también dejó detrás la sensación de que, para «el pueblo», cualquiera que fuese la acepción del término, resultaba posible alcanzar las cosas mediante la movilización de su voluntad colectiva, especialmente dentro del cuerpo político de París. La revolución de 1830 demostró esa capacidad, y durante un breve periodo de tiempo parecía como si la monarquía constitucional y el derecho burgués pudieran marchar de la mano (como lo habían hecho en Gran Bretaña después del acuerdo de 1688) y lograran así hacer irrelevantes las convicciones republicanas. Pero la desilusión que se produjo a medida que la

[9] Los textos reunidos por Ghita Ionescu (*The Political Thought of Saint-Simon*, ed. de G. Ionescu, Oxford, 1976), son muy útiles y he hecho un considerable uso de ellos.

[10] Christopher Hill, *The World Turned Upside Down,* Harmondsworth, 1975. Sobre el papel de los historiadores franceses de la década de 1840, véase M. Agulhon, *The Republican Experiment, 1848-1852* [1973], Londres, 1983.

aristocracia del dinero sustituía a la aristocracia de la sangre (unido a la represión de muchas libertades constitucionales, como el derecho de expresión y la libertad de prensa), fue la chispa de la erupción del pensamiento opositor (simbolizado por la feroz representación que realiza Daumier de Luis Felipe como *Gargantua*). El resultado fue reavivar el interés por las alternativas republicanas. Pero, por detrás de este interés, surgía otra serie de acuciantes problemas provocados por la agotadora pobreza, la inseguridad y el cáncer de la desigualdad social: cómo organizar de la mejor manera el empleo y el trabajo para aliviar la carga de unos campesinos oprimidos y de una naciente clase obrera que cada vez se concentraba más en grandes centros urbanos, como París y Lyon. Todo ello provocó la reflexión sobre una alternativa socialista, tanto en los trabajadores como en las elites intelectuales progresistas.

El legado de los pensadores del periodo revolucionario fue importante. La «conspiración de los iguales» de Gracchus Babeuf, por ejemplo, había proclamado el socialismo económico y político como el próximo paso inevitable de una Revolución francesa considerada «solamente como el prolegómeno de otra revolución, mucho más grande, mucho más solemne, que será la definitiva». Babeuf buscaba superar el orden social y político existente por la fuerza, aunque en 1797 acabó en la guillotina por órdenes del Directorio que le convirtió en un mártir de la causa. Buonarotti, un compañero suyo de conspiración escapó de la guillotina gracias a su nacionalidad italiana y vivió para publicar un completo (y posiblemente embellecido) relato de la conspiración en 1828 (que condujo a Marx y a Lenin a considerar a Babeuf como una figura pionera del comunismo revolucionario, de manera equivocada para Robert B. Rose)[11]. Estas fueron las prácticas políticas que August Blanqui resucitó en diversas conspiraciones, como la Société des Saisons que trataron infructuosamente de derrocar a la Monarquía de Julio en 1839. El juramento de esta sociedad secreta proclamaba que la aristocracia es «al cuerpo social lo que el cáncer es al cuerpo humano», y que «la primera condición para que el cuerpo social regrese a la justicia es la aniquilación de la aristocracia». La acción revolucionaria, el exterminio de todas las monarquías y aristocracias y el establecimiento de un gobierno republicano basado en la igualdad era el único camino para rescatar al cuerpo social de su «gangrenoso estado»[12].

[11] R. Rose, *Gracchus Babeuf. The First Revolutionary Communist,* Stanford (CA), 1978.

[12] Los textos sobre el pensamiento utópico reunidos por Paul Corcoran (*Before Marx: Socialism and Communism in France, 1830-1848,* Londres, 1983) son muy valiosos y los utilizo ampliamente. La colección de reflexiones y análisis reunidos por la Société d'Histoire de la Révolution de 1848 también es excelente. La vida y obra de Blanqui están ampliamente tratadas en Maurice Dommanget (*Les idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui,* París, 1957; *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire,* París, 1969; *Blanqui,* París, 1970). Flora Tristan (*L'union ouvrière,* París, 1843; *The London Journal of Flora Tristan,* Londres, 1982) proporciona perspectivas tanto históricas como políticas.

Blanqui le dio dos nuevas vueltas a este argumento. Cuando fue arrestado y acusado de conspiración en 1832, ante un incrédulo presidente del tribunal declaró que su profesión era la de «proletario», la profesión de «treinta millones de franceses que viven de su trabajo y que están privados de sus derechos políticos». En su defensa evocó la «guerra entre ricos y pobres» y denunció la «despiadada máquina que pulveriza de uno en uno a veinticinco millones de campesinos y cinco millones de obreros para extraerles la sangre y transferirla a las venas de los privilegiados. Los engranajes de esta máquina, dispuestos con un arte asombroso, alcanzaban a los pobres en cada momento del día, acosándoles en la más humilde necesidad de su humilde vida y en el más miserable de sus placeres, llevándose la mitad de sus mínimas ganancias». Pero Blanqui, detestaba los proyectos utópicos, y señalaba que «nadie tiene acceso a los secretos del futuro». «Solamente la Revolución, cuando aclare el terreno, revelará el horizonte; gradualmente levantará los velos y abrirá los caminos o los múltiples senderos que conducen a un nuevo orden. Aquellos que pretenden tener en el bolsillo un mapa completo de esa tierra desconocida están realmente locos»[13]. Blanqui tenía un programa de transición. Los dirigentes de la revolución (la mayor parte radicales desclasados) tendrían que asumir el poder del Estado y crear una dictadura en nombre del proletariado para poder educar a las masas e inculcar la capacidad del autogobierno. Blanqui, cuando no estaba encarcelado, montaba una conspiración tras otra, inculcando el miedo en la burguesía, especialmente entre los republicanos. Solamente después del fracaso de la Comuna en 1871 acabó por rendirse, como refleja Benjamin, «a la resignación sin esperanza». De manera tácita reconoció que la revolución social no había mantenido, y quizá no podía mantener, el paso con los cambios materiales, científicos y técnicos que estaba experimentando el siglo XIX[14].

Saint-Simon y Fourier, fallecidos en 1825 y 1837 respectivamente, proporcionaron una diferente molienda al molino socialista/reformista del pensamiento utópico y opositor. Fueron figuras claves que reflexionaron sobre los errores de la Revolución al mismo tiempo que buscaban alternativas. Ambos dejaron unos legados que aspiraban a la universalidad (ambos se comparaban a sí mismos con Newton), pero que quedaron incompletos, frecuentemente resultan confusos y, por lo tanto, quedan abiertos a múltiples interpretaciones.

A Saint-Simon se le reconoce generalmente como el fundador de la ciencia social positivista[15]. La tarea del analista, decía, era estudiar la condición real de la sociedad

[13] W. Benjamin, *The Arcades Project,* cit., p. 736.

[14] *Ibid.,* pp. 25-26.

[15] Emile Durkheim (*Socialism and Saint-Simon,* Yellow Springs [OH], 1958), llega bastante lejos para rehabilitar la reputación de Saint-Simon frente a las pretensiones de August Comte (que compartió estudios con Saint-Simon pero que más tarde rompió con él), de haber sido la fuente de las ideas originales de la teoría social contemporánea.

y, sobre esa base, reconocer qué se necesita hacer para llevar el cuerpo político a un estado más armónico y productivo. Por ello, muchos de sus trabajos están escritos como cartas abiertas, artículos breves o panfletos que pudieran influir en la gente (el rey, los diplomáticos, etc.). De semejantes fuentes es difícil extraer principios generales. Su pensamiento también evolucionó de muchas maneras desde 1802 hasta su último e inacabado trabajo sobre el nuevo cristianismo, publicado póstumamente entre 1826-1827.

Saint-Simon mantenía que el cuerpo político había asumido formas armoniosas en el pasado (tales como el feudalismo en los siglos XII y XIII), solamente para disolverse en contradicciones de las cuales debía emerger un nuevo cuerpo político. Las semillas de lo nuevo estaban contenidas en las entrañas de lo viejo. Esta visión historicista de la evolución humana influyo sobre pensadores posteriores, incluyendo a Marx. La crisis del cuerpo político en los tiempos de Saint-Simon derivaba de una transición incompleta de «un sistema feudal eclesiástico a otro industrial y científico»[16]. La Revolución francesa había afrontado los problemas de los privilegios heredados, pero los jacobinos habían fracasado porque quisieron imponer los derechos constitucionales y jurídicos mediante un poder estatal centralizado. Habían recurrido al terror y a la violencia para imponer su voluntad. «El siglo XVIII ha sido crítico y revolucionario» decía, pero el XIX tiene que ser «inventivo y constructivo». El problema central era que los industriales (que para Saint-Simon eran todos los que se dedicaban a las actividades productivas útiles, entre los que incluía a obreros y campesinos, así como a propietarios de empresas, banqueros, científicos, pensadores y educadores) estaban gobernados por una clase de aristócratas y curas holgazana y parasitaria cuya mentalidad derivaba de los poderes militares y teocráticos del feudalismo.

Por ello, el poder espiritual debe pasar de las manos de los curas a las de los eruditos –los científicos y los artistas– y el poder temporal a las de las figuras más sobresalientes entre los propios industriales. El interés de estos últimos sería minimizar la intervención del gobierno y crear una forma de administración eficiente y de bajo coste que facilitase las actividades de los productores directos. La función del gobierno sería asegurar que «no se obstaculiza el trabajo útil», y su poder de mando debía dar paso a una administración eficaz. Además, el sistema tenía que tener un alcance europeo más que nacional. Parte del actual prestigio de Saint-Simon se debe a su profética visión de la necesidad de una Unión Europea para lograr una organización pacífica y progresista del desarrollo económico. Ya en 1803, Saint-Simon declara que «todos los hombres trabajarán» y, si queremos curar las enfermedades del cuerpo social, debemos recurrir a la adecuada organización de la producción y del trabajo útil. Enfati-

[16] Citado en G. Ionescu, *The Political Thought of Saint-Simon,* cit., p. 153.

za la libertad y la iniciativa individual y en algunas ocasiones parece hacerse eco de los ideales del *laissez-faire* de muchos economistas políticos como Adam Smith.

Pero Saint-Simon está interesado en la naturaleza exacta de las instituciones políticas que podrían maximizar la libertad individual y promocionar el trabajo útil a través de proyectos colectivos. El principio de asociación que refleja las divisiones del trabajo desempeña un papel vital, aunque frecuentemente se invoca el ideal de una gran asociación entre industriales (que incluyen desde obreros y campesinos a patronos, financieros y científicos). En un momento dado, propone la creación de tres Cámaras de gobierno, elegidas por los industriales: una Cámara de Inventos, formada por científicos, artistas e ingenieros, que planificarían sistemas de obras públicas como canales, ferrocarriles y regadíos, «para el enriquecimiento de Francia y la mejora de la suerte de sus habitantes, para cubrir todos los aspectos de utilidad y comodidad»; una Cámara Ejecutiva, formada por científicos que examinaría la viabilidad de los proyectos y organizaría la educación; y una Cámara de Examen, formada por los industriales, que decidiría sobre los presupuestos y llevaría proyectos a largo plazo de desarrollo económico y social[17].

Saint-Simon no considera a los industriales un grupo homogéneo. Sin embargo, no aceptaba que sus divisiones les impidieran ver sus intereses comunes o les llevaran a objetar las jerarquías de poder. Unas jerarquías mediante las que unas elites cultivadas de productores, banqueros, comerciantes, científicos y artistas tomarían las decisiones en nombre de unas masas ignorantes, cuya educación resultaba un objetivo primordial. «Los líderes naturales» se definían teniendo en cuenta la capacidad técnica y al mérito. «Cada hombre ocupará el lugar acorde con su capacidad y será recompensado de acuerdo con su trabajo». La soberanía popular no resultaba un principio práctico de gobierno porque «el pueblo sabe muy bien que, excepto en algunos breves momentos de delirio, no tiene tiempo para ser soberano». No obstante, estaba muy preocupado por la cuestión de los incentivos morales. El egoísmo desnudo y el propio interés eran importantes, pero tenían que ser perfeccionados con otras motivaciones si se quería que la economía alcanzara objetivos colectivos. Éste era el poder que el cristianismo siempre había prometido pero que nunca había entregado. Era necesaria una nueva forma de cristianismo, fundado sobre principios morales, para asegurar que el objetivo de los proyectos político-económicos fuera el bienestar universal. «Cada hombre debería tratar a los demás como a su hermano» señalaba, y «toda la sociedad debería trabajar para mejorar la existencia física y moral de las clases más pobres»[18]. Con esto, Saint-Simon abrió las compuertas al pensamiento milenario y al misticismo religioso como base para un cambio radical.

[17] Citado en G. Ionescu, *The Political Thought of Saint-Simon,* cit.; K. Taylor (ed.), «Introduction», en Saint-Simon, *Selected Writings on Science,* Londres, 1975.

[18] Citado en G. Ionescu, *The Political Thought of Saint-Simon,* cit., p. 210.

La historia de cómo se extendieron sus ideas es complicada. Sus continuadores inmediatos publicaron después de su muerte una selección (algunos dirían un expurgo) de sus ideas y el interés creció después de la Revolución de Julio, en la que los saint-simonianos no desempeñaron ningún papel activo. A principios de la década de 1830, hubo muchos actos con gran asistencia de público, que recogieron el apoyo de burgueses reformistas y trabajadores, y se creó un movimiento para educar a estos últimos, a pesar de que, como señala Jacques Rancière, a muchos trabajadores les costara apreciar las motivaciones y el paternalismo que suponía[19]. A principios de la década de 1830, cualquiera que teorizara sobre el derecho al trabajo y la manera adecuada de organizarlo para aliviar la pobreza y la inseguridad entre campesinos y obreros, era probable que tuviera algún contacto con las ideas de Saint-Simon. Gran parte de la reflexión sobre nuevas formas urbanas estaba profundamente influenciada por este modo de pensamiento. El papel de la mujer y de la religión se convirtió en motivo de controversia, y el movimiento pronto estalló en un conflicto entre facciones dirigidas por un carismático (algunos dicen hipnótico) Barthélemy Enfantin con pretensiones divinas, y un Saint-Amand Bazard, que resultaba menos fanático. A partir de entonces, la influencia del legado se dispersó en todas direcciones y gran parte de la energía del movimiento se disipó en actividades de culto religioso. De cualquier forma, las seguidoras feministas de Saint-Simon evolucionaron, algunas veces en contacto con las ideas de Fourier, en asuntos como el divorcio y la organización del trabajo de la mujer. Se popularizaron y crecieron lo suficiente como para que fueran objeto de los satíricos comentarios de Daumier, al mismo tiempo que desempeñaron un papel importante en 1848.

Algunos de los seguidores de Saint-Simon tomaron el sendero cristiano y Pierre Leroux se encaminó hacia un asociacionismo que resultaba una especie de socialismo cristiano. Leroux señalaba el individualismo como la primera enfermedad moral del cuerpo político; el socialismo (término que se considera que él fue el primero en utilizar en 1833) restauraría la unidad de las relaciones entre las partes y resucitaría el cuerpo político. Pero su papel no era imprimir la conformidad sobre todos, por el contrario, se trataba de servir a «individuos con un desarrollo autónomo que estaban realizando las necesidades que sentían»[20]. Otros derivaron su leal-

[19] J. Rancière, (*The Nights of Labor. The Workers' Dream in Nineteenth Century France* [1981], Philadelphia, 1989), en un texto brillante y polémico, reconstruye los pensamientos y motivaciones de un selecto grupo de escritores y poetas que colaboraban con la prensa obrera que empezó a surgir en las décadas de 1830 y 1840.

[20] Jack Bakunin, *Pierre Leroux and the Birth of Demoratic Socialism, 1797-1848,* Nueva York, 1976.

tad hacia Fourier. Marx absorbió de Saint-Simon ideas de investigación social científica, productividad, historicismo, contradicción y sobre lo inevitable del cambio social, pero señalaba la lucha de clases como el motor del cambio histórico. Sin embargo, otros como los hermanos Pereire, Barthélemy Enfantin y Michel Chevalier buscaban la asociación del capital y del liderazgo mediante unas elites financieras y científicas. En el Segundo Imperio se convirtieron en figuras importantes dentro de las estructuras de gobierno, de la Administración y de la acumulación de capital a través de obras públicas a largo plazo (como el Canal de Suez o la red de ferrocarriles).

El que este último grupo pudiera evolucionar como lo hizo reflejaba en parte el vínculo de Luis Napoleón con las ideas de Saint-Simon[21]. El futuro emperador estaba fascinado por las obras públicas a gran escala. Ya en 1840, mientras estaba encarcelado en Ham (después de su fallido intento de invadir y lanzar una revolución en Boulogne), estuvo estudiando una propuesta del gobierno de Nicaragua, país que acababa de alcanzar su independencia, para construir un canal entre el Atlántico y el Pacífico (que llevará el nombre de Napoleón). También publicó un panfleto titulado *La extinción del pauperismo*. En él, enarbolaba el derecho al trabajo como un principio básico, y proponía una legislación que creara asociaciones de trabajadores facultadas para comprar tierras baldías con créditos del Estado. Puestas en cultivo, argumentaba, proporcionarían empleo así como una actividad beneficiosa y saludable con la venta de los productos agrícolas. El proyecto se financiaría mediante un fondo rotativo que devolviera los créditos y pagara las indemnizaciones a los propietarios de los terrenos. Hubo dirigentes socialistas y reformistas que apoyaron su causa, y algunos como Louis Blanc y George Sand incluso le visitaron en su prisión de Ham. Los empresarios y economistas se reían de su propuesta y le calificaban de holgazán e incompetente soñador utópico (por su fracasada revolución); una imagen que por otra parte condujo a que muchos subestimaran sus posibilidades cuando, en 1848, fue elegido presidente de la República. Aunque sus propuestas debían algo a Saint-Simon, también tenían un aroma a Fourier. En 1848, se decía que Luis Napoleón todavía mantenía contactos con grupos afines a Fourier, y en los comienzos del Imperio mostró un considerable interés por levantar *cités ouvrières*, sobre el modelo de los falansterios de Fourier, como solución a los problemas de vivienda de la clase trabajadora.

¿Y qué podemos decir del propio Fourier? Fue una figura autodidacta que en 1808 publicó su obra fundacional, *La teoría de los cuatro movimientos*. En ella, bus-

[21] D. Baguley (*Napoléon III and His Regime,* Baton Rouge, 2000) presta considerable atención a los vínculos de Luis Napoleón con el pensamiento utópico en la década de 1840 y rastrea algunas de sus manifestaciones en las políticas del Segundo Imperio.

Ilustración 24. En las décadas de 1830 y 1840, el movimiento feminista se volvió suficientemente fuerte como para que Daumier desarrollara una serie dedicada a las mujeres con pretensiones literarias, divorciadas y socialistas. En esta ilustración, al hombre se le acusa de tratar de impedir que su mujer vaya a un acto público. En vez de castigarle, le dejan que se enfrente a su conciencia culpable.

caba una transición «del caos social a la armonía universal», apelando a dos principios básicos: la asociación agrícola y la atracción pasional. Incluso sus admiradores admiten que la obra es «difusa y enigmática» y «una auténtica enloquecida mezcolanza de "visiones" en medio de los aspectos más arcanos de la teoría; "retablos" de los placeres gastronómicos y sexuales de la Armonía; y una "demostración" crítica de la "falta de reflexión metodológica" de la filosofía y la economía política contemporánea». Algunos de sus razonamientos, como, por ejemplo, los que se refieren a la copulación de los planetas, son estrambóticos, y otros resultan tan extravagantes que resulta fácil tacharle de loco. Fue una figura solitaria, frecuentemente acosada y produjo tal volumen de escritos que ayudan poco a resolver las confusiones, incluso aunque elaboraran y profundizaran su comprensión crítica de los defectos del orden existente. Buscó ocultar algunas de sus ideas más escandalosas sobre la atracción pasional y la sexualidad, como por ejemplo su defensa de lo que, tanto entonces como ahora, algunos considerarían perversiones sexuales. Después de su muerte, sus propios seguidores ocultaron, con mayor interés todavía, esos aspectos de sus ideas y, bajo el autoritario liderazgo de Victor Considérant, controlaron cuidadosamente versiones expurgadas de sus escritos, para dar forma a lo que fue una tendencia importante del movimiento pacifista socialdemócrata (con un influyente periódico llamado el *Phalanstère*). El periódico «se convirtió en una fuerza intelectual e incluso política significativa durante los últimos años de la Monarquía de Julio y las primeras fases de la Revolución de 1848». Pero con el aplastamiento

de la revolución, muchos de sus dirigentes como el propio Considérant, tuvieron que exiliarse y el movimiento perdió influencia directa[22].

Fourier organizó un ataque genérico sobre la «civilización» como sistema organizado de represión de instintos pasionales saludables (en esto anticipaba algunos de los argumentos de Freud en *El malestar de la cultura*). El dañino problema de la pobreza se derivaba de la organización ineficaz de la producción, distribución y consumo. El enemigo principal era el comercio que era un parásito destructivo del bienestar humano. Aunque podamos estar destinados a trabajar, necesitamos organizarlo para garantizar las satisfacciones de la libido, la felicidad, el confort y la plenitud pasional. No había nada noble ni satisfactorio en machacarse, hora tras hora, en tareas monótonas y horrorosas. La civilización no solamente mataba de hambre a millones de personas cada año, sino que también «sometía a todos los hombres a una vida de privaciones emocionales que les reducía a un estado inferior al de los animales, que por lo menos eran libres de seguir sus impulsos instintivos»[23]. Así que ¿cuál era la alternativa? La producción y el consumo tenían que organizarse de manera colectiva en comunidades llamadas «falansterios». Estos ofrecerían una variedad de trabajo y una variedad de compromisos sociales y sexuales para garantizar la felicidad y la satisfacción de las carencias, necesidades y deseos. Fourier se tomo una enorme molestia en explicar cómo y alrededor de qué principios se debían organizar los falansterios. Llegó a realizar una complicada descripción matemáticamente ordenada de las atracciones pasionales, que se necesitaban compensar entre los individuos para garantizar la armonía y la felicidad.

1840 y todo eso

Si Saint-Simon, Blanqui y Fourier proporcionaron las chispas iniciales, una multitud de escritores esparcieron las llamas del pensamiento alternativo en todas direcciones. El año 1840 por ejemplo, vio la publicación de la obra de Proudhon, *¿Qué es la propiedad?,* y del influyente relato utópico de Etienne Cabet, *Viaje a Icaria* (escrito poco después de que publicara su extenso estudio sobre la Revolución francesa en el que presentaba a Robespierre como un héroe comunista); Flora Tristan exponía la miseria y degradación de las clases trabajadoras en *Promenades dans Londres;* se publicaba el compendio socialdemócrata de Louis Blanc, *L'organisation du travail;* los dos volúmenes del estudio de Pierre Leroux, *De l'humanité*, que exploraba las raíces cristianas del socialismo; Agricol Perdiguier publicaba *Livre du compagnonnage* que buscaba reformar el sistema de trabajo emigrante; además de una multitud de libros y panfletos que realizaban comentarios críticos de las condiciones sociales al mismo tiempo que buscaban alternativas[24]. El estudio sobre las condiciones de trabajo en la industria textil francesa de Louis René Villermé alcanzó gran difusión, y la disección del problema del lumpen parisino que hacía Honore Frègier, hizo temblar a muchos lectores burgueses. Los escritores románticos como Victor Hugo, Lamartine, Alfred de Musset y George Sand mostraban su apoyo a las reformas radicales y confraternizaban con poetas-trabajadores; la primera fiesta comunista se celebraba en Belleville; en París se producía una huelga general y un obrero comunista trataba de asesinar al rey. Las compuertas estaban abiertas y, a pesar de los esfuerzos represivos y del control policial, parecía que no había otro camino que pudiera contener las turbulencias que la revolución o la contrarrevolución.

Resulta difícil recoger la intensidad, la creatividad y las similitudes que se encuentran en la diversidad de debates radicales que se produjeron en esos años. Pero había un amplio acuerdo sobre la naturaleza del problema. Una frustrada Flora Tristan evocaba en su influyente *L'union ouvrière*, publicado en 1843, los innumerables textos que la habían precedido.

> En sus escritos, discursos, informes, memorias, investigaciones y estadísticas, han señalado, afirmado y demostrado al gobierno y a los ricos, que en el estado actual de la cosas, la clase trabajadora está material y moralmente situada en una intolerable posición de pobreza y sufrimiento. Han mostrado que este estado de abandono y desatención provoca necesariamente que la gran mayoría de trabajadores, amargados por el infortunio, embrutecidos por la ignorancia y el trabajo agotador, acaben volviéndose peligrosos para la sociedad. Han demostrado al gobierno y a los ricos que no son solamente la justicia y el humanismo los que exigen el ir en ayuda de las clases trabajadoras, mediante una ley que permita la organización del trabajo, sino que es el interés y la seguridad general el que recomienda esta medida. Pero a pesar de todo, durante cerca de veinticinco años los discursos elocuentes no han sido capaces de despertar la preocupación del gobierno sobre los peligros a que se expone la sociedad, a la vista de siete u ocho millones

[22] Hay dos prácticas ediciones inglesas de las obras de Fourier, publicadas en 1971 y 1996: *The Utopian Vision of Charles Fourier. Selected Texts*, ed. de J. Beecher y R. Bienvenu, Boston, 1971; y *The Theory of the Four Movements,* ed. de G. S. Jones e I. Patterson, Cambridge, 1996. La introducción a la primera de Jonathan Beecher y R. Bienvenue proporciona un adecuado contexto de su vida y su época. Sobre la biografía de Considérant, véase Jonathan Beecher, *Victor Considérant and the Rise and Fall of French Romantic Socialism,* Berkeley (CA), 2002.

[23] Ch. Fourier, *The Utopian Vision of Charles Fourier. Selected Texts,* cit., «Introduction», p. 36.

[24] Christopher Johnson (*Utopian Communism in France: Cabet and the Icarians, 1839-1851,* Ithaca [NY], 1974, p. 66) proporciona mucha información sobre los diversos movimientos y publicaciones, aunque se concentra especialmente en Cabet y sus seguidores.

de trabajadores exasperados por el abandono y la desesperación, ¡que conduce a muchos de ellos hacia el suicidio... o al robo![25].

Aunque Tristan daba forma a su relato en apoyo de su causa, creo que ninguno de sus contemporáneos discutiría la situación general que retrataba, incluyendo el problema del suicidio entre los trabajadores que de ninguna manera era algo inusual.

Sin embargo, los diagnósticos variaban enormemente: la civilización y el comercio (Fourier), el anacrónico poder de aristócratas y curas (Saint-Simon, Blanqui), el individualismo (Leroux), la indiferencia frente a las desigualdades, especialmente de la mujer (Tristan), el patriarcado (las seguidoras feministas de Saint-Simon), la propiedad y el crédito (Proudhon), el capitalismo y el industrialismo sin regulaciones (Considérant, Blanc), la corrupción del aparato del Estado (románticos, republicanos e incluso jacobinos), el fracaso de los trabajadores para organizarse y asociarse basándose en sus intereses comunes (Cabet y los comunistas). La lista sigue y sigue y la confusión aumenta cuando se trata de afrontar esta situación: cuáles deberían ser los objetivos y hacia dónde se deberían dirigir los movimientos de transformación social. El problema del diagnóstico y remedio de las enfermedades del cuerpo político se volvía más difícil por los rápidos y traicioneros cambios de significado que sufría el lenguaje ordinario. Como señala William Sewell, entre los trabajadores, los cambios lingüísticos desempeñaron un papel crucial para cambiar las interpretaciones y las actuaciones políticas entre 1793 y 1848[26]. Pero había algunos temas comunes; las diferencias reflejaban a menudo las maneras concretas en que las ideas sobre la igualdad, la libertad, la republica, el comunismo y la asociación se plasmaban en los programas. Los principios presentados por Leroux en 1833 para la Sociedad de los Derechos del Hombre, poco después de su ruptura con Saint-Simon, eran bastante representativos:

> Este partido de manera unánime concibe la igualdad como su objetivo, la asistencia al proletariado como su primer deber, las instituciones republicanas como su instrumento, la soberanía del pueblo como su principio fundamental. Por último, considera el derecho de asociación como la consecuencia final de ese principio y el medio para llevarlo a cabo[27].

Pero de manera individual, ¿qué significan estos términos?

[25] Citado en P. Corcoran, *Before Marx. Socialism and Communism in France, 1830-48,* cit., p. 113; la colección recogida por la Société d'Histoire de la Révolution de 1848 es una fuente muy rica.

[26] William H. Sewell, *Work and Revolution in France,* Nueva York, 1980.

[27] Citado en J. Bakunin, *Pierre Leroux and the Birth of Democratic Socialism, 1797-1848,* cit., p. 99.

Igualdad

Todo el mundo estaba de acuerdo en que la desigualdad era un problema. Pero si el propósito era solucionarla, ¿por qué clase de igualdad se debía luchar?, ¿por qué medios y para quiénes? Esto había sido un tema polémico desde que la Revolución inscribió la palabra *égalité* en su estandarte. Pero en 1840 el consenso se había hundido en una confusión de diferentes interpretaciones. Blanqui insistía en la idea jacobina del igualitarismo secular, al que, de cualquier forma, se llegaría por medio de la dictadura del proletariado. Una y otra vez, los oradores de la fiesta comunista de 1840 (con más de mil asistentes), afirmaban que la igualdad política carecía de significado en ausencia de igualdad social. Para los seguidores de Saint-Simon, la distribución del bienestar era importante, pero el ascenso de las clases trabajadoras venía de la mano de la educación, de un gobierno adecuado y de los recursos proporcionados por las iniciativas de una meritoria y técnicamente superior elite de industriales. La salud y el bienestar del cuerpo político en su conjunto era más importante que el bienestar de los individuos (un punto sobre el que Leroux rompió con los seguidores de Saint-Simon y que en algunas ocasiones les ha llevado a ser retratados como unos protofascistas). Los comunistas y jacobinos querían igualdad en la distribución del poder y en las oportunidades de vida, pero los propios trabajadores prestaban poco apoyo a una acción revolucionaria que derrumbara el sistema entero y lo sustituyera por un comunismo igualitario; se trataba más de un deseo de ser tratados como seres humanos, de estar en la misma posición que los burgueses, y de obtener un mínimo de seguridad y de remuneración a cambio de su trabajo[28]. Los trabajadores se oponían, por ejemplo, a la actitud de liderazgo de la pequeña burguesía radical, especialmente de los seguidores de Saint-Simon, que buscaban educarles (en vez de proporcionarles empleos seguros) y encontraban esa arrogancia tan dura de sobrellevar como la indiferencia de sus patronos. Agricol Perdiguier, un trabajador, insistía en esta clase de igualdad: «Deberíais entender que no estamos hechos de ninguna sustancia menos delicada o menos pura que los ricos, que nuestra sangre y nuestra constitución no es de ninguna manera diferente de la que vemos en ellos. Somos hijos del mismo padre y debemos vivir juntos como hermanos. La libertad y la igualdad deben venir juntas y reinar en armonía sobre la gran familia que es la humanidad»[29].

La desigualdad también se manifestaba en la subordinación de la mujer. En 1808, Fourier sostenía que «los cambios y progresos sociales que se producían de

[28] J. Rancière, *The Nights of Labor. The Workers' Dream in Nineteenth Century France,* cit.

[29] Citado en Jacques Valette, «Utopie Sociale et Utopistes Sociaux en France vers 1848», *Société d'Histoire de la Révolution de 1848,* 1981, pp. 13-110.

una era a otra, eran proporcionales al progreso de las mujeres hacia la libertad, e igualmente el declive social era proporcional al declive de la libertad de la mujer»[30]. La emancipación de la mujer era una condición necesaria para la emancipación de la humanidad y la liberación de la atracción pasional. Barthélemy Enfantin también apoyaba la emancipación de la mujer (aunque desde una diferente perspectiva masculina), y varias mujeres desde dentro del movimiento saint-simoniano luchaban por llevar estas ideas a la práctica real, lanzando su propia revista, *La Tribune des Femmes*, donde se debatían temas de liberación sexual e igualdad de la mujer. Aunque los fourieristas minimizaban las cuestiones de sexualidad y género, la mayor parte de las feministas llegaron rápidamente a las ideas de Fourier. Flora Tristan, por ejemplo, consideraba el derecho de la mujer a trabajar por el mismo salario que los hombres y el derecho al divorcio, las reformas más importantes necesarias para liberar a la mujer de una esclavitud marital que no era otra cosa que una prostitución obligada. Sin embargo, las cuestiones sobre liberación sexual fueron dando paso gradualmente a las discusiones sobre la autonomía de la mujer y su derecho al trabajo, como condición necesaria para liberarse de la dominación masculina. Una colaboradora de *La Tribune des Femmes*, escribía: «Lo que queremos decir cuando hablamos de libertad, de igualdad, es que podamos tener posesiones, porque mientras no podamos siempre seremos las esclavas de los hombres. Aquel que cubre nuestras necesidades materiales, siempre puede requerir que, a cambio, nos sometamos a sus deseos».

Pero en este punto se levantaba otra barrera que nos sigue siendo bastante familiar. «En la industria se nos ofrecen muy pocas oportunidades. El trabajo satisfactorio está reservado a los hombres, se nos deja solamente empleos que apenas dan para sobrevivir, y tan pronto como se observa que podemos hacer un trabajo, los salarios descienden porque no podemos ganar tanto como los hombres»[31]. A diferencia de George Sand, Flora Tristan de ninguna manera idealizaba a las trabajadoras y campesinas. Con una educación pobre, legalmente expoliada, obligada a un matrimonio y a una dependencia desde una edad temprana, privada de sus derechos, aprendió a convertirse en una bruja de lengua afilada, más predispuesta a conducir a su marido al cabaret y a sus hijos hacia el robo y la violencia, que a establecer un hogar familiar capaz de ofrecer cobijo a todos, incluida a ella misma. Tristan apelaba al propio interés masculino: la educación y emancipación de la mujer era una condición necesaria para la emancipación de la clase obrera. Proudhon, en cambio, no hacia ninguna concesión en este tema: la familia era sacrosanta, el lugar de la mujer era la casa bajo el control del varón y eso era todo.

[30] Citado en Claire Moses, *French Feminism in the Nineteenth Century,* Albany (NY), 1984, p. 92.
[31] Citado en *ibid.,* pp. 83, 111.

El diálogo entre la igualdad material y la igualdad moral, entre el derecho a percibir un salario digno en condiciones de seguridad y el derecho a recibir un trato justo y respetuoso, al margen de la posición que se pudiera tener en términos de clase o género, era un dialogo complejo. Pero no resulta difícil observar cómo las concepciones de dignidad individual y autoestima, profundamente asumidas en las enseñanzas cristianas, aunque no en la práctica de los curas, también podían ser evocadas por autores tan diversos como Proudhon en sus primeros años, Tristan, Saint-Simon, Cabet y muchos otros reformadores. Una cosa era ser anticlerical y otra que, a los ojos de muchos, un cristianismo radicalizado de la clase que proponían Saint-Simon y Leroux era parte de la solución. Las teologías de la liberación abundaban, así como el pensamiento milenarista e incluso las divagaciones místicas. No pocos de estos dirigentes adoptaron (como Enfantin o incluso Fourier, que gustaba llamarse a sí mismo «el mesías de la razón»), o se vieron obligados a adoptar (como Cabet), el *status* de «nuevo mesías», dispuesto a anunciar «la buena nueva» y ofrecer un camino para redimir las enfermedades de la sociedad. No estaba claro si la igualdad debía considerarse como un regalo divino o un triunfo de la razón secular. El poeta romántico Lamartine buscaba un «Cristo industrial» que garantizara el derecho al trabajo.

Asociación

Uno no puede adentrarse demasiado en la literatura de la época sin toparse con el principio de asociación, concebido como un medio y como un fin de las instituciones y de la acción política. Pero de nuevo, la idea de asociación englobaba una variedad de significados, y algunas veces se definía de manera tan estrecha que algunos la reducían a otros principios, como la unión (Tristan) o la comunidad (Leroux). Lo que estaba en juego era cómo se podía organizar mejor la colectividad para hacerse cargo de las necesidades materiales, mientras se creaba un entorno adecuado para la educación y el desarrollo personal. Éste era el planteamiento de Fourier en su obra *Traité de l'association domestique-agricole*, publicado en 1822, y para sus propuestas resultaba fundamental construir falansterios. Pero Fourier limitaba su visión a la producción agrícola (e incluso dentro de ella a la horticultura), y nunca adaptó sus teorías sobre la asociación al terreno industrial. Además, el establecimiento de asociaciones dependía o de la financiación filantrópica o de una inversión privada en materiales. La autoorganización de los trabajadores no desempeñaba ningún papel.

Para los seguidores de Saint-Simon, la idea de asociación dentro del sector industrial era fundamental, pero se concretaba en dos niveles. Los diferentes intereses

dentro del cuerpo político (especialmente aquellos que provenían de la división del trabajo o de las funciones) se tenían que organizar en asociaciones que expresaran esos intereses. Los científicos y los artistas por ejemplo, deberían tener sus propias organizaciones deliberantes. Pero todas estas asociaciones deberían estar englobadas en una «asociación universal» que dependía de una alianza de clase de todos los trabajadores industriales en busca del bien común, de reunir recursos, y de contribuir y recibir de acuerdo con la productividad y el talento. No resulta difícil ver cómo estas ideas reaparecieron durante el Segundo Imperio, en tanto que los principios sobre los que desarrollar la organización, la administración, el crédito y las finanzas; incluso aunque las asociaciones de trabajadores tuvieran un papel limitado bajo el paraguas del poder imperial. Este ideal de alguna gran asociación de intereses y de una alianza de clase que uniera los intereses de la burguesía y de los trabajadores retuvo una considerable importancia porque muchos radicales (fieles a sus propios orígenes y perspectivas de clase) percibían que obreros y campesinos por sí mismos no eran suficientemente fuertes o suficientemente cultos para emprender la tarea. A principios de la década de 1840, Cabet buscaba el apoyo de la burguesía, y solamente después de verse repetidamente rechazado tomó un camino separado y definió un comunismo igualitarista como su objetivo. De la misma manera, basándose en los valores cristianos, Leroux buscó y obtuvo el apoyo de la burguesía (especialmente de George Sand) para poder financiar la comuna agraria y el taller de impresión de Lussac, proyecto que finalmente acabó fracasando.

La idea de asociaciones independientes formadas por los propios trabajadores tenía una larga historia detrás. Reprimidas después de la Revolución, reaparecieron con fuerza en las fechas revolucionarias de 1830 y encontraron el apoyo inmediato en la obra de Philippe Buchez, un disidente de Saint-Simon. Buchez rehusaba la perspectiva vertical que tenían los principios de las asociaciones universales, y reivindicaba asociaciones de productores estructuradas desde abajo con el propósito de liberar a los trabajadores del sistema salarial y protegerles de los resultados injustos de la competitividad. Desde su perspectiva, los propietarios de las empresas y los empresarios eran tan parasitarios como la aristocracia y los terratenientes. Más tarde, esta idea la retomaron con fuerza tanto Louis Blanc, en su influyente obra *L'organisation du travail,* como Proudhon. El primero consideraba un deber del poder del Estado y de la legislación política establecer y financiar las asociaciones y supervisar su gestión (igual que más tarde insistiría en la financiación estatal de los talleres nacionales en 1848). Proudhon, por su parte, quería que el Estado se mantuviera por completo fuera de las asociaciones y buscaba un modelo de autogobierno que convirtiera los talleres en el espacio social para la reforma. Pero su pensamiento fue cambiando, en parte porque no confiaba en que las asociaciones resolvieran el problema, ni que los trabajadores actuaran necesariamente de manera adecuada. En algunos momentos invoca un papel enérgicamente disciplinado para la competencia entre los talleres, y en otros mantiene que no todos los talleres necesitaban estar organizados sobre esquemas de asociaciones. Vincent reconstruye sus puntos de vista de la siguiente manera:

> Básicamente, lo que Proudhon deseaba era organizar un grupo interconectado de asociaciones mutualistas que superaran las contradicciones de la sociedad actual y así la transformaran. Este proyecto de cambio social comenzaría con la organización de pequeñas compañías de unos cien trabajadores que crearían lazos fraternales entre ellas. Su carácter sería primordialmente económico [...] pero también funcionarían como centros de educación e interacción social. Debido a su superioridad moral y cualidades económicas, serían un ejemplo para el establecimiento de asociaciones similares [...] resolverían, «la antinomia de libertad y regulación» y proporcionarían la síntesis de «libertad y orden». La función decisiva de la asociación era introducir una sociedad igualitaria de hombres produciendo y consumiendo en armonía; por ello arrancaría de raíz la oposición entre capitalista y trabajador, entre holgazán y jornalero[32].

Ésta era una visión muy diferente de la de Fourier o Louis Blanc, aunque tenía algunas coincidencias con Cabet. Pero a Proudhon le preocupaba el que las asociaciones pudieran ahogar la libertad y la iniciativa individual, y nunca pensó en abolir la distinción entre capital y trabajo, simplemente lo que quería era hacer la relación más armoniosa y justa. Proudhon también reconocía que las asociaciones mutualistas necesitaban dinero y crédito para funcionar. Ansioso por llevar sus ideas a la práctica, creó un Banco del Pueblo en los momentos revolucionarios de 1848, solamente para ver cómo fracasaba casi inmediatamente.

De cualquier forma, la idea de que los trabajadores podían formar sus propias asociaciones era algo fundamental. Se extendió cada vez más entre los diferentes sectores y se convirtió en un tema habitual de discusión en las publicaciones republicanas y obreras. La principal diferencia estaba entre aquellos que deseaban mantener la competencia entre las asociaciones para asegurar la disciplina del trabajo y la innovación tecnológica, y aquellos que buscaban un eventual control monopolista de un oficio en conjunto. El movimiento iba a culminar en 1849 en unos estatutos para la Unión de Asociaciones (en gran medida aprobados mediante los esfuerzos de la feminista socialista Jeanne Deroin), que estaba a punto de crearse cuando los dirigentes fueron arrestados y el movimiento suprimido. En aquel momento, ha-

[32] K. Vincent, *Pierre-Joseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism,* Oxford, 1984, pp. 144-146; Edward Hyams, *Pierre-Joseph Proudhon. His Revolutionary Life, Mind and Works,* Londres, 1979.

bía en París alrededor de trescientas asociaciones socialistas en ciento veinte oficios que alcanzaban los cincuenta mil miembros. Más de la mitad de ellas sobrevivieron hasta que el golpe de Estado de 1851 las condujo a la desaparición[33].

Comunidad/comunismo

Proudhon se oponía con energía a la comunidad. Para él, si «la propiedad es robo», entonces «la comunidad es la muerte»[34]. Muchos de los oradores de la Primera Fiesta Comunista de 1840 consideraban comunismo y comunidad como términos intercambiables, y Proudhon aborrecía la centralización del poder político y de la toma de decisiones. Théodore Dézamy, uno de los principales organizadores de la Fiesta, escribió en 1842 un elaborado *Code de la communauté* completado con un plano del palacio comunal. Los parques industriales y las instalaciones nocivas se dispersaban por el campo mientras los jardines y los huertos se traían más cerca. El código constituía un sistema legal completo que gobernaba las relaciones dentro y entre las comunidades. Se recogían leyes distributivas y económicas, industriales y rurales, leyes higiénicas, sobre educación, orden público y sobre la unión de los sexos en ausencia de la familia, «desde una perspectiva que previniera toda discordancia y libertinaje». Estas leyes quedaban resumidas dentro de un concepto de comunidad entendido como «nada que no sea la realización de la unidad y fraternidad», como «la más real y completa unión, una unidad en todo: educación, lenguaje, trabajo, propiedad, vivienda, en la vida, legislación, actividad política etc.»[35]. Para muchos, entre los que se encontraba Proudhon, esto sonaba terriblemente opresivo.

Dézamy había sido un estrecho colaborador de Cabet, pero rompió con él, en parte, por sus divergencias sobre el nivel de militancia y, en parte, por detalles sobre la organización de la comunidad ideal. Sin embargo, a finales de la década de 1840, Cabet era, con distancia, el comunista que más influencia había alcanzado, propugnando medios pacíficos y formas más aceptables de organización en su obra *Viaje a Icaria*: «La comunidad suprime el egoísmo, el individualismo, los privilegios, la dominación, la opulencia, la holgazanería y la sumisión, transformando la propiedad personal dividida, en propiedad social o comunal indivisible. Modifica el comercio y la industria. Por ello, el establecimiento de la comunidad es la mayor de las reformas o revoluciones que la humanidad ha intentado nunca»[36]. Tanto Proudhon como Cabet, en oposición a Fourier, Enfantin y Dézamy, evocaban la vida familiar tradicional argumentando que los aspectos negativos que se producían en la vida de las mujeres (que Cabet en especial reconocía), desaparecerían por completo con la reorganización de la producción y del consumo sobre bases comunales.

Cabet y Proudhon eran unos organizadores y polemistas infatigables y, a finales de la década de 1840, el primer movimiento comunista levantado en torno a *Icaria* se había consolidado, obteniendo sus apoyos principalmente de las clases trabajadoras, tal como se definían entonces, más que de los profesionales con estudios que tendían a identificarse con Fourier o Saint-Simon, o de los radicales desclasados que apoyaban a Blanqui o a formas más radicales de comunismo. Ya en 1842, unos mil trabajadores parisinos firmaron la siguiente declaración en el periódico de Cabet *Le Populaire* (cuya circulación en 1848 superaba los cinco mil ejemplares):

> Se dice que queremos vivir holgazaneando [...] ¡Eso no es verdad! Queremos trabajar para poder vivir, y somos más trabajadores que aquellos que nos calumnian. Pero unas veces falta trabajo, otras veces es demasiado largo y nos mata o arruina nuestra salud. Los salarios son insuficientes para las necesidades más indispensables. Estos salarios deficientes, el desempleo, la enfermedad, los impuestos, la vejez que nos llega tan pronto, nos lanzan a la miseria. Es horrible para muchos de nosotros. No hay futuro ni para nosotros ni para nuestros hijos. ¡Esto no es vivir! Y, sin embargo, somos nosotros los que producimos todo. Sin nosotros, los ricos no tendrían nada o se verían obligados a trabajar para poder tener pan, vestidos, muebles y alojamiento. ¡Es injusto! Queremos una organización del trabajo diferente. Por eso somos comunistas[37].

Los esfuerzos de Cabet en pro de una colaboración de clase con los reformistas republicanos fueron desairados y, a finales de la década de 1840, se veía obligado a reconocer que su movimiento era exclusivamente de trabajadores. En 1847, sus ideas giraron hacia el cristianismo, y repentinamente decidió que la respuesta estaba en emigrar a Estados Unidos para fundar allí Icaria. Christopher Johnson supone que, por el temperamento, Cabet no podía aceptar la posibilidad, como harían a continuación Marx y Engels, de que la lucha de clases (quizá incluso sus formas más violentas) fuera el único camino para un progreso radical. En esto, Cabet podía estar

[33] Bernard Moss, *The Origins of the French Labor Movement, 1830-1914*, Berkeley (CA), 1976. Moss proporciona mucha información sobre las asociaciones, y M. Agulhon (*The Republican Experiment, 1848-1852*, cit.) también las menciona de pasada. La fuente fundamental es Remi Gossez, *Les ouvriers de Paris. L'organisation, 1848-51*, París, 1967.

[34] Véase K. Vincent, *Pierre-Joseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism*, cit., p. 141. Algunos de los discursos de la Fiesta Comunista están recogidos en P. Corcoran, *Before Marx. Socialism and Communism in France, 1830-48*, cit., pp. 72-79.

[35] P. Corcoran, *Before Marx: Socialism and Communism in France, 1830-1848*, cit., pp. 188-196.

[36] *Ibid.*, pp. 81-82.

[37] C. Johnson, *Utopian Communism in France: Cabet and the Icarians, 1839-1851*, cit., p. 107.

en sintonía con muchos sentimientos de los trabajadores. Como muestra repetidamente Rancière, en sus propios periódicos los trabajadores «demandaban dignidad, autonomía y un tratamiento de igualdad con los patronos sin tener que recurrir a manifestaciones callejeras indignas»[38]. Cabet se llevó a muchos de sus seguidores con él, y por ello, como se quejaba Marx, apartó a muchos buenos comunistas de sus tareas revolucionarias en Europa. Pero lo que también separaba claramente a Marx de Cabet era la escala geográfica en la que imaginaban las soluciones. Para Cabet, el marco donde las alternativas comunistas se debían fraguar nunca fue más allá de la comunidad integrada a pequeña escala, caracterizada por el contacto y la intimidad directa.

La organización del trabajo y la actividad laboral

Mientras los escritores de la época criticaban muchos aspectos del orden social existente, todo el mundo reconocía que la cuestión del trabajo y de la actividad laboral era fundamental tanto para la crítica de los acuerdos sociales existentes como de las soluciones propuestas. Una y otra vez, la progresiva degradación de las condiciones de vida se contrastaba con el mundo que podría ser, mientras se extendía la creencia de que el trabajador producía el valor del que se apropiaba la burguesía para su propio consumo. Pero las alternativas variaban ampliamente.

Para Fourier, la solución estaba en emparejar la diversidad de las tareas con sus elaboradas nociones sobre la atracción pasional; con ello la división social del trabajo desaparecería por completo y el trabajo sería equivalente a un juego. Éste era probablemente el aspecto menos práctico de su sistema, ya que sólo podría darse en un mundo que careciera de una industria significativa y dentro de él, a una escala muy pequeña. Cuando surgió algo similar a sus *falansterios*, se trató de formas pioneras de cooperativas de consumo y de viviendas en vez de empresas de producción. Aun así, la insistencia de Fourier en que la actividad laboral define nuestra relación con la naturaleza y las cualidades inherentes de la naturaleza humana ha sido un lugar común para la crítica del proceso productivo, tanto bajo el capitalismo como bajo el socialismo/comunismo y sus ecos continúan oyéndose hoy día. Por otro lado, los seguidores de Saint-Simon, estaban preparados para reorganizar la división del trabajo a una escala mucho mayor, buscando al mismo tiempo el aumento de la eficiencia. Pero ello dependía de la habilidad técnica y

[38] J. Rancière, «Good Times or Pleasure at the Barriers», cit. La introducción de la traducción inglesa resume la respuesta de C. Johnson y W. Sewell a la argumentación de Rancière.

administrativa de una elite industrial que señalaría y distribuiría las tareas entre unos trabajadores que se suponía aceptarían de buen grado sus dictámenes. El beneficio que pudieran obtener los trabajadores se basaba en la presunción moral de que todo se organizaría para buscar el mayor beneficio para las clases más pobres. El paralelo con la teoría contemporánea de la justicia de John Rawls es interesante.

En la doctrina de Saint-Simon, se encuentran pocos elementos que sugieran que la calidad de la experiencia laboral fuera importante. Prácticamente cualquier clase de sistema laboral, tales como los que más tarde se denominarían taylorismo y fordismo, sería totalmente compatible (como así lo consideraba Lenin) con el socialismo/comunismo o con el capitalismo. Los saint-simonianos que adquirieron influencia durante el Segundo Imperio adoptaron una posición ecléctica en la cuestión del trabajo, olvidando convenientemente el imperativo moral de hacer justicia. La excelente defensa que realiza Proudhon en 1858 de los principios de la justicia tenía el propósito de resaltar esa omisión. Pero «la visión saint-simoniana y el posterior sueño marxista de una humanidad socialista mecanizada, arrancando una vida generosa de un entorno tacaño y hostil hubiera sido una auténtica pesadilla para Fourier, para el que el destino natural del planeta era convertirse en un paraíso agrícola, un jardín inglés en perpetuo cambio»[39].

En la década de 1840 abundaban los modelos de lo que más tarde se llamaría la gestión de los trabajadores o la autogestión. Aparecieron alternativas contrapuestas como el mutualismo de Proudhon, el comunismo de Cabet e incluso el cristianismo comunitario de Leroux. Proudhon se metió en toda clase de líos buscando desarrollar un sistema de vales de trabajo (notas de pago) que reflejaran el hecho de que eran los trabajadores los que producían la riqueza y debían ser remunerados de acuerdo con ello. Proudhon enfocaba su pensamiento principalmente hacia talleres o empresas a pequeña escala, y no se encontraba muy cómodo cuando se trataba de organizar conscientemente proyectos a gran escala que pudieran suponer lo que para él eran condiciones degradantes, producto de una detallada división del trabajo. Esto le llevó de vuelta a aceptar el mal necesario de la competencia como un mecanismo de coordinación, y trató de dar un barniz positivo a la anarquía del mercado elogiando lo que en su momento llamó «mutualismo anarquista», como la forma social más adecuada de asignar las tareas del trabajo de una manera socialmente beneficiosa. Todo esto iba a recibir unas mordaces respuestas por parte de Marx después de 1848[40].

[39] Ch. Fourier, *The Utopian Vision of Charles Fourier: Selected Texts,* cit., «Introduction», pp. 33-34.

[40] El ataque a los utópicos comenzó con el *Manifiesto comunista* de 1848.

Resulta interesante ver cómo estos argumentos han revivido en los últimos años, especialmente desde la publicación del trabajo de Michael Piore y Charles Sable, *The Second Industrial Divide*. La obra sostiene que en 1848 se perdió una espléndida oportunidad de organizar el trabajo de acuerdo con principios radicalmente diferentes, en empresas pequeñas bajo el control de los trabajadores. Solamente a partir de la década de 1970 reaparece esa oportunidad con las nuevas tecnologías que permiten una especialización flexible, autogestión a pequeña escala y la dispersión de la producción a nuevos distritos industriales (tales como «la tercera Italia»). Para los autores, la forma organizativa que se perdió en 1848 corresponde esencialmente a la propuesta por Proudhon (dejando aparte su misoginia), más que a las propuestas de Fourier, Cabet, Louis Blanc, Saint-Simon o los comunistas. La competencia era beneficiosa y no había nada inherentemente maléfico en la propiedad del capital y en la dependencia de las instituciones de crédito, una vez demostrado que se podían organizar sobre criterios «mutualistas». Si estas ideas hubieran prosperado a mediados del siglo XIX, nos hubiéramos ahorrado los desastres que surgieron del sistema industrial organizado a gran escala por el capital (frecuentemente monopolista) y las miserias del sistema industrial comunista.

Por supuesto, éste ha sido un razonamiento controvertido, tanto en la actualidad como históricamente. Piore y Sable dejaban de lado el problema de que lo que podía ser atractivo para la actividad laboral en lo que se refiere a una especialización flexible, podría también proporcionar abundantes oportunidades de formas incontroladas y descentralizadas de subcontratación y a una acumulación flexible para el capital. A mi modo de ver, la historia reciente del capitalismo muestra de manera innegable que estas últimas han sido las realidades que se han impuesto y, como veremos en el capítulo 8, la organización industrial del Segundo Imperio explotó de manera ávida estructuras de subcontratación a pequeña escala en vez de grandes fabricas[41]. De igual modo, también se tiene que admitir que las soluciones propuestas por Saint-Simon y Marx han resultado deficientes. La cuestión del trabajo, tal y como se debatía en Francia en la década de 1840, ponía sobre la mesa un abanico completo de temas que todavía necesitan ser abordados. Y si el movimiento antiglobalización actual nos trae ecos del mutualismo de Proudhon, del cristianismo comunitario de Leroux, de las teorías de la atracción pasional y la emancipación de Fourier, de la versión de Cabet del comunismo/comunidad y de las teorías asociacionistas de Buchez, entonces podemos sacar algunas lecciones históricas de lo que sucedió en Francia en la década de 1840, al mismo tiempo que podremos profundizar en nuestra comprensión de los temas clave asociados a estos hechos.

[41] Michel Piore y Charles Sable, *The Second Industrial Divide. Possibilities for Prosperity,* Nueva York, 1984; D. Harvey, *The Condition of Postmodernity*, cit.

La cuestión urbana: ¿modernidad antes de Haussmann?

En 1840, a los 29 años, el ingeniero y arquitecto César Daly lanzaba su *Revue Générale de l'Architecture et des Travaux Publics*, una revista que se convertiría durante los siguientes cincuenta años o más, en el vehículo central de discusión de cuestiones de arquitectura, diseño urbano y urbanización[42]. En la introducción del primer número, Daly escribía:

> Cuando uno recuerda que son los ingenieros y arquitectos los responsables de las construcciones que cobijan a los seres humanos, al ganado y a los productos de la tierra; que son ellos los que levantan miles de factorías y establecimientos industriales que albergan una actividad industrial prodigiosa; los que construyen inmensas ciudades con esplendidos monumentos, atravesadas por ríos enderezados, encajados en muros ciclópeos, cuencas talladas en la roca y muelles que acogen flotas enteras de barcos; que son ellos los que facilitan las comunicaciones entre los pueblos con la creación de carreteras y canales, los que levantan puentes sobre ríos, viaductos sobre profundos valles, los que perforan túneles en las montañas; que son ellos los que toman los excedentes de agua de los lugares bajos y húmedos para distribuirlos en tierras áridas y estériles permitiendo una inmensa expansión de las tierras agrícolas, modificando y mejorando el propio terreno; que son ellos los que, sin inmutarse ante las dificultades, tallan sobre la tierra monumentos duraderos y bien construidos que son el testimonio de la fuerza del genio y del trabajo humano; cuando se reflexiona sobre la inmensa utilidad y la absoluta necesidad de estos trabajos y los empleos que crean para miles de personas, uno acaba apreciando de forma natural la importancia de la ciencia a la que debemos estas maravillosas creaciones, y sintiendo que el más mínimo progreso en estas materias es de interés para todos los países del mundo[43].

El tono es de Saint-Simon, lo que aparentemente resulta curioso ya que Daly había estado muy influenciado por Fourier. La *Revue* fundía a menudo la tendencia saint-simoniana hacia los proyectos públicos a gran escala, con la preocupación fourierista de que debían estar articulados de acuerdo con unos principios bien razonados, «científicos» y armónicos (es decir fourieristas). Victor Considérant, el principal representante en aquel momento de la ideas de Fourier, participaba en la

[42] Richard Becherer, *Science plus Sentiment. Cesar Daly's Formula for Modern Architecture*, Ann Harbor (MI), 1984.

[43] Citado en Bernard Marrey, «Les réalisations des utopistes dans les travaux publics et l'architecture: 1840-1848», en Société d'Histoire de la Révolution de 1848 et des Révolutions du XIXème Siècle, *1848. Les utopismes sociaux,* París, 1981, p. 193.

Ilustración 25. Los nuevos sistemas de calles realizadas y propuestas en la década de 1840.

Revue, y la colaboración ocasional de Perreymond (cuya verdadera identidad se desconoce), aportó una extraordinaria serie de artículos sobre la necesidad de reorganizar el espacio interior de París.

El carácter obvio y apremiante de la cuestión urbana hizo que la mayor parte de los administradores, pensadores y escritores del periodo, directa o indirectamente, tuvieran algo que decir sobre el tema. En 1833, un prometedor Adolphe Thiers llegaba al Ministerio de Comercio y Obras Públicas para dedicar una buena cantidad de tiempo y dinero a proyectos monumentales y a la búsqueda de financiación para canales, carreteras y vías férreas. Su contribución principal, por la cual fue duramente criticado, fue gastarse grandes cantidades en un sistema de fortificaciones que protegieran la ciudad de París de las invasiones. Treinta y cinco años más tarde, en un extraño guiño del destino, tendría que atravesar esas mismas fortificaciones para aplastar a la Comuna. El conde de Rambuteau, prefecto de París en aquel momento, se dedicó a concebir y poner en práctica planes para mejorar las vías de comunicación (incluyendo la calle que todavía conserva su nombre). La devastadora epidemia de cólera de 1832 había convertido la salud e higiene urbana en un asunto de primera importancia. El arquitecto Jacques Hittorff estaba ocupado diseñando la Place de la Concorde y otros proyectos que alentaban el desplazamiento del centro de París hacia el norte y el oeste. Este desplazamiento, ampliamente impulsado por la construcción especulativa (de la clase que Balzac describe alrededor de la zona de Madeleine en *César Birotteau*), estaba creando un nuevo París al norte y oeste del superpoblado y congestionado centro. Jacques-Séraphin Lanquetin, un

ambicioso hombre de negocios que presidió el Ayuntamiento de la ciudad a finales de la década de 1830, encargó un plan fiscalmente ambicioso y de largo alcance para la revitalización de París. Todo esto nos muestra que los años que precedieron a la llegada de Haussmann a París no fueron un periodo de inactividad. Lo que Pierre Pinon llama de alguna forma inadecuadamente «los utópicos de 1840», provocó un cierto número de planes concretos para reordenar las calles de la ciudad, algunos de los cuales se llevaron a la práctica (ilustración 28)[44]. Haussmann iba a multiplicar por dos esta actividad. En primer lugar, porque estas actuaciones previas a Haussmann carecían de una visión grandiosa de la escala metropolitana incorporada a su implementación (como algo a opuesto a las meras ideas). En segundo lugar, Rambuteau era reacio a superar el presupuesto de la ciudad; la regla era mantener unas finanzas públicas conservadoras y Rambuteau estaba orgulloso de ello.

Pero no había en absoluto escasez de ideas. La mayor parte de los grandes pensadores del periodo tenían algo que decir sobre la cuestión urbana. El primer encuentro de Fourier con París, en la década de 1790, «con sus amplios bulevares, sus bonitas casas y su Palais Royal, le habían inspirado para concebir las "reglas" de un nuevo tipo de "arquitectura unitaria" que más tarde se convertiría en la base de los proyectos de su ciudad ideal». Ya en 1796 se había sentido «tan sacudido por la monotonía y fealdad de nuestras ciudades modernas», que había concebido el «modelo de un nuevo tipo de ciudad», diseñada de tal manera que «evitara la propagación de los incendios y desterrara el hedor, que en las ciudades de todos los tamaños, está literalmente en guerra con la raza humana»[45]. En 1808 ya veía claramente «los problemas de la miseria urbana y de la feroz competencia económica, como síntomas de una enfermedad social más profunda». Pero los modelos alternativos para la vida urbana que elaboró a lo largo de los años, encajaban mucho más en una sociedad agraria, con una producción y consumo internos y unas relaciones sexuales armoniosas, que en las actividades industriales y las extensas redes comerciales que surgían con la mejora de las comunicaciones en el París de la época. Benjamin sugiere que «Fourier identificaba en los pasajes el modelo arquitectónico de los falansterios», aunque, como señala Marrey, hay razones para dudar de esa identificación[46]. La mayoría de los pasajes fueron edificados antes de la década de 1830 como espacios comerciales a nivel de la calle; los espacios similares de Fourier eran residenciales, situados en la segunda planta y más bien parecen seguir el modelo de las largas galerías del Louvre y Versalles. Fourier no mencionó explícitamente los pasajes has-

[44] Pierre Pinon, *Atlas du Paris Haussmannien,* París, 1991.

[45] Ch. Fourier, *The Utopian Vision of Charles Fourier: Selected Texts,* «Introduction», cit.

[46] B. Marrey, «Les réalisations des utopistes dans les travaux publics et l'architecture: 1840-1848», cit.

ta la década de 1830. De cualquier modo, los falansterios tuvieron su influencia dentro de la historia del diseño urbano, aunque no exactamente de la manera que Fourier había pensado. Una vez modificados y despojados de muchas de sus características sociales (especialmente las referidas a relaciones sexuales y sociales) proporcionaron un prototipo arquitectónico para varios experimentos realizados por empresarios para viviendas colectivas y cooperativas, como las *cités ouvrières* que se intentaron en los primeros años del Segundo Imperio. Pero los falansterios no ofrecían un plan urbano alternativo para reestructurar el cuerpo político de la ciudad como totalidad. Los planes de Fourier estaban demasiado lastrados por la nostalgia de algún tiempo perdido, al mismo tiempo que estaban realizados a una escala demasiado pequeña, como para ofrecer una ayuda tangible en la reconstrucción de una ciudad como París.

La misma dificultad surgía con muchos otros pensadores de la época. A pesar de que Proudhon mostró ocasionalmente atisbos de un pensamiento más amplio (como demuestra su intuición de la importancia de reformar las instituciones de crédito), realmente nunca llegó a abandonar la escala de los talleres artesanos de Lyon que inspiraron gran parte de su pensamiento. Leroux (previsiblemente) y Cabet (decepcionantemente) no fueron más allá de experimentos con pequeñas comunidades. Los esfuerzos que realizó Cabet en América fueron en la práctica el mismo desastre que eran en la teoría. Los comunistas dieron algunas muestras de poder pensar más o lo grande. El código urbano de Dézamy se diferenciaba en parte del de Fourier por su énfasis en el igualitarismo radical y en los derechos colectivos a la propiedad, pero también porque proponía la organización comunal del trabajo y de la vivienda, dentro de un sistema de comunas organizadas territorialmente en fraternal comunicación y apoyo mutuo. Los ejércitos industriales «llevarían a cabo inmensos proyectos culturales, de repoblación forestal, regadío, de construcción de canales, vías férreas, de canalización de ríos y corrientes, etc.». Se prestaría una cuidadosa atención a los temas de salud e higiene, y las comunas debían estar situadas en lugares saludables[47]. Además de la división en zonas que asegurara una utilización racional de la tierra en relación con la salud y el bienestar humano, las comunas deberían regularse y administrarse de manera que proporcionaran educación, alimento y sustento igualitarios para todo el mundo. Aquí, desde luego, encontramos un cuerpo político completo a una escala bastante amplia, que incorporaba lo mejor de Cabet y Fourier combinado con los principios de Babeuf y Blanqui y las ideas administrativas de Saint-Simon. Pero lo que convertía gran parte de esto en utópico y nostálgico era un feroz apego al ideal de las pequeñas comunidades que se relacionan directamente.

[47] P. Corcoran, *Before Marx: Socialism and Communism in France, 1830-48,* cit., p. 193.

Por ello había una separación entre la realidad de la veloz transformación de la vida urbana, y muchos de estos planes utópicos, aunque hubo excepciones. Saint-Simon había apelado a los principales empresarios y científicos, así como a los técnicos e ingenieros que tenían el conocimiento práctico, para que se ocuparan de este tema y repensaran la ciudad a la escala adecuada. También insistía en que las semillas de cualquier alternativa debían encontrarse en las contradicciones del presente, y aunque los saint-simonianos dispersaron y disiparon sus energías como movimiento coherente a principios de la década de 1830, sus ideas tuvieron una amplia audiencia entre una elite de financieros, científicos, ingenieros y arquitectos (como muestra el texto de Daly). Las reformas concebidas por otros eran a una escala tan pequeña, que no podían aspirar a otra cosa que a una radicalización localizada de las relaciones sociales, de las condiciones de vida y trabajo en la ciudad. O bien se optaba por esto, o se consideraban nuevas comunidades que debían levantarse sobre espacios «vacíos», como las Américas (Cabet) o las colonias (Argelia, en aquel momento en periodo de ocupación, aparecía con frecuencia en las discusiones; Enfantin, todavía considerándose el padre del movimiento saint-simoniano, escribió en 1843 un libro detallado para la colonización de Argelia basándose en las ideas de Saint-Simon).

Las grandes excepciones fueron los fourieristas Considérant y Perreymond, que, en la práctica, dejaron atrás las ideas de Fourier sobre la armonía y la pasión para unirse al pensamiento de Saint-Simon. Ambos consideraban las vías férreas, tal y como se estaban construyendo, destructivas para los intereses humanos y un agente fundamental en la degradación de la relación del hombre con la naturaleza. No se oponían a la mejora de las comunicaciones, pero manifestaban que se realizaba de manera irracional, que provocaba una creciente centralización del poder y del capital entre la elite financiera de las grandes ciudades, que estimulaba la industria y el desarrollo urbano en vez de lo verdaderamente importante que era la agricultura, y que la inclinación por «la línea recta» se imponía sobre una relación sensualmente más satisfactoria con la naturaleza. Propusieron la nacionalización de la red de ferrocarriles y su construcción sin recurrir al capital privado, acorde con los principios de la armonía racional, es decir de Fourier. El gobierno se mostró receptivo y elaboró una carta nacional para la construcción de vías férreas, pero las centraba sobre París y tenía una cláusula que permitía la explotación privada. Llamativamente, Benjamin menciona las objeciones de Considérant con cierta extensión, pero ignora sus sugerencias positivas[48].

De igual modo, Considérant y Perreymond presentaron extensos alegatos en favor de la cuidadosa mejora de los problemas de París, y lo hicieron de manera sufi-

[48] W. Benjamin, *The Arcades Project,* cit., p. 635.

cientemente práctica y creíble como para evitar la acusación de utopismo vacuo. El estudio más sistemático en torno a esta cuestión lo proporciona Perreymond en una serie de artículos, que comienzan en 1842, titulados *Estudios sobre la ciudad de París*[49]. El caos, desorden y congestión que acosaba al centro de la ciudad, la falta de relaciones armónicas entre las partes y el desplazamiento de la actividad hacia el norte y oeste eran el principal punto de preocupación. Perreymond elaboró un diagnóstico cuidadoso y empíricamente fundamentado de la situación, para a continuación apelar a los principios científicos de Fourier en busca de la solución. Sostenía que la ciudad debía volver a su centro tradicional para después relacionarse hacia el exterior con sus zonas de expansión de manera coherente y armoniosa. Esto suponía una reestructuración radical de las comunicaciones internas de la ciudad (incluyendo una mejora del acceso al ferrocarril y la construcción de bulevares), pero tan importante como eso era una reconstrucción completa del centro de la ciudad. Propuso que el ramal izquierdo del Sena fuera cubierto desde Austerliz al Pont-Neuf, y el espacio obtenido utilizado para reunir actividades comerciales, industriales, administrativas, religiosas y culturales dentro de un centro de la ciudad rejuvenecido, que también incluía la liquidación total de las propiedades en la Ile de la Cité.

Perreymond proporcionaba descripciones de ingeniería y cálculos financieros para demostrar que su proyecto era factible; había estudiado los aspectos financieros y criticaba el conservadurismo presupuestario de Rambuteau. Se trataba de un plan tan osado y ambicioso como cualquiera de los que Haussmann concebiría más tarde y, considerado junto a sus propuestas sobre el ferrocarril, remite, de hecho, al papel y estructura del espacio metropolitano de París en relación con el espacio nacional. Tenía un tono moderno prácticamente en todos los aspectos, pero la gran diferencia entre Haussmann y Perreymond, es que éste evitaba apelar a la circulación de capital y a la especulación privada con el suelo y la propiedad. Insistía en que las intervenciones del Estado deberían trabajar en beneficio de todos en vez de hacerlo para una privilegiada elite de financieros. Probablemente ésta fue la verdadera razón por la cual este grandioso pero práctico proyecto nunca llegó a discutirse con seriedad.

[49] La figura de Perreymond ha sido redescubierta en los últimos años (junto a las de Meynadier, Lanquentin y por supuesto César Daly). Entre las últimas fuentes están B. Marrey, «Les realisations des utopistes dans les travaux publics et l'architecture: 1840-1848», Société d'Histoire de la Révolution de 1848 et des Révolutions du XIXéme Siècle, 1848, *Les utopismes sociaux,* cit.; Nicholas Papayanis, «L'emergence de l'urbanisme moderne a Paris», y Fréderic Moret, «Penser la ville en fourieriste: les projets pour Paris de Perreymond», ambos artículos en K. Bowie (ed.), *La modernité avant Haussmann,* París, 2001; Marcel Roncayalo, *Lectures de ville. Formes et temps,* Marsella, 2002; J. Des Cars y P. Pinon, *Paris-Haussmann. Le pari d'Haussmann,* cit. También hay una breve reseña de su pensamiento en C. Boyer, *The City of Collective Memory: Its Historical Imagery and Architectural Entertainments,* cit.

En 1843, Hippolyte Meynadier publicaba *Paris pittoresque et monumentale*, donde también hacía propuestas similares de largo alcance. Como Perreymond, Meynadier insistía en la revitalización del centro de la ciudad, despejando el terreno y desarrollando un sistema de calles mucho más racional integrado con el ferrocarril. Como señala Marchand, sus detallados proyectos de nuevos bulevares se anticipaban en muchas maneras a las propuestas de Haussmann (especialmente en lo que se refiere a su defensa de la línea recta)[50]. También consideraba prioritaria la liquidación y sustitución de las viviendas insalubres, especialmente en el casco viejo. Meynadier se preocupaba mucho por los temas de salud e higiene y apostó mucho a favor de la idea de un sistema de parques que rivalizara con el de Londres. Por otra parte, si el acceso al poder rejuvenecedor de la naturaleza no fuera posible dentro de la ciudad, con unos accesos adecuados, las afueras y el campo podían proporcionar una alternativa de descanso. Las fantasías bucólicas de Balzac podían materializarse en la forma de una pequeña casa en el campo. En muchos aspectos, en la década de 1850 Haussmann llevó a la práctica muchas cosas que Meynadier había propuesto anteriormente.

Considérant, Perreymond, Meynadier e incluso Lanquentin elaboraron proyectos prácticos más que ideales utópicos, a pesar de que su pensamiento iba animado por las ideas de Saint-Simon y Fourier. Con el fermento de esta clase de ideas, es con lo que debemos contrastar la actuación de Haussmann. Su obra no empezó desde cero y tenía una inmensa deuda con estas formas pioneras de pensamiento (con seguridad fue lector de la *Revue* de Daly). Para él, el problema venía de que estas ideas surgían de presunciones políticas y sueños utópicos que de muchas maneras eran un anatema para el bonapartismo. De aquí el mito de la ruptura radical que él mismo se encargó de propagar. El hecho de que gran parte de lo que hizo estuviera presente de forma embrionaria en las décadas de 1830 y 1840 no disminuye el que la modernidad, como se exponía en la introducción, entrase en una fase específica después de 1848 y que Haussmann contribuyese enormemente a la forma en que se articuló.

¿Qué se perdió en 1848?

El mundo no se puso al derecho en 1848. La revolución socialista había fracasado y, después del golpe de Estado de diciembre de 1851, muchos de los que habían estado implicados en ella se vieron apartados, exiliados o simplemente represaliados. La contrarrevolución que había comenzado después de 1848 tuvo el efecto de

[50] Bernard Marchand, *Paris. Histoire d'une ville,* París, 1993.

volver del revés muchas de las esperanzas y deseos que se habían manifestado y tomó las riendas del amplio abanico de posibilidades que de manera excesiva se habían articulado en las décadas de 1830 y 1840. En junio de 1848, el choque que se produjo en los bulevares fue el de dos concepciones radicalmente diferentes de la modernidad. La primera era rigurosamente burguesa, estaba fundada sobre los pilares de la propiedad privada y buscaba en el mercado las libertades de expresión y de acción, así como la clase de libertad e igualdad que acompaña al poder del dinero. Su portavoz más brillante fue Adolphe Thiers que se hubiera encontrado muy a gusto con una monarquía constitucional si el monarca no hubiera perdido los papeles. Thiers, que en la década de 1830 había llegado a ser ministro, en febrero de 1848 estaba deseando intervenir para salvar la monarquía. Se convirtió en el faro del así llamado «Partido del Orden» que surgió en la Asamblea Nacional después de las elecciones de abril de 1848, y buscaba con avidez dirigir la política nacional hacia la protección de los privilegios y derechos de la burguesía.

La segunda concepción de la modernidad, mucho menos coherente que la anterior, estaba concebida sobre la base de la república social, capaz de proteger a la población en su conjunto y de hacer frente a las condiciones de empobrecimiento y degradación en las que vivía la mayoría del pueblo francés, tanto en el campo como en las pujantes ciudades. Era ambivalente respecto a la propiedad privada y frecuentemente confusa sobre lo que podía entenderse por igualdad, libertad y comunidad, pero tenía una profunda fe en la idea de que las formas asociadas de trabajo y actividad comunal proporcionarían una base alternativa para formas más convenientes de relaciones sociales y de criterios de reparto. Este movimiento hablaba con muchas voces: Louis Blanc, Lamartine, Blanqui, Proudhon, Jeanne Deroin, Cabet, Considérant, Leroux, y a menudo apuntaba en múltiples direcciones. Pero contaba con suficiente fuerza como para constituir una seria amenaza para la versión burguesa, que al mismo tiempo se veía acosada por la amenaza de la derecha más tradicional, con una amplia base en las provincias, y que mostraba una alarma profunda ante cualquier clase de modernidad. Esta búsqueda de la república social se hizo pedazos en las barricadas de junio, de la misma manera que las esperanzas de la burguesía quedaron en suspenso con el golpe de Estado de diciembre de 1851. El Segundo Imperio buscaba una tercera clase de modernidad, una que mezclaba el autoritarismo con un precario respeto por la propiedad privada y el mercado, jalonado por periódicos intentos de cultivar una base populista.

La debacle de 1848 tuvo toda clase de consecuencias. Si se reprimía la concepción de una república social, ¿cómo podía sostenerse esa poderosa asociación entre la ciudad y la república como cuerpo político? ¿Cómo podía representarse a la ciudad una vez que se negaba su *status* como ser viviente y cuerpo político? El resultado fue una crisis de representación. La Revolución de 1848 fue, por ello, el factor

decisivo que separó radicalmente las diferentes maneras de representar a la ciudad. Esto explica, no solamente las diferencias entre Haussmann y sus predecesores, Berger y Rambuteau, sino también las diferencias que se pueden observar en la manera de representar a la ciudad en las obras de Balzac y Flaubert[51].

Balzac escribía a la manera impresionista, con grandes trazos, produciendo una psicogeografía visionaria de un mundo urbano en perpetuo flujo. En este mundo, el *flâneur* tenía la posibilidad de alcanzar el conocimiento absoluto y podía aspirar a dominar la ciudad y sus secretos. Flaubert utilizaba un bisturí analítico, diseccionando cosas, frase tras frase, para producir una estética positivista en la que la ciudad se presenta como una obra de arte estática. Reducida a un objeto estético, la ciudad pierde los significados sociales, políticos y personales que Balzac transmitía tan adecuadamente. El *flâneur,* en el mundo de Flaubert, representa la anomia y la alienación, en vez del descubrimiento. Frédéric en *La educación sentimental*, es un *flâneur* que vaga por la ciudad sin tener claro ni dónde está, ni el significado de lo que hace. «Frédéric nunca percibe [la ciudad] con claridad», la «línea entre realidad y ensoñación» permanece siempre borrosa[52].

Recordemos, por ejemplo, cómo reúne Balzac los ambientes, incluyendo los más mínimos detalles del mobiliario, con las personalidades de la gente que los habita (como sucede con la vívida descripción del tocador de Paquita en *La muchacha de los ojos de oro*, o como se presenta al personaje de Madame Vauquer en *Papá Goriot*). Flaubert recoge la idea: en *La educación sentimental*, la primera vez que Frédéric ve a Madame Arnoux, de la que se enamora locamente, la deja preguntándose: «¿Cuál era su nombre, su casa, su vida, su pasado? Suspiró por conocer el mobiliario de su cuarto [...]». Pero aunque Flaubert ofrece descripciones reales de mobiliario, habitaciones e incluso barrios enteros, de manera tan cuidadosa y detallada como lo podría hacer Balzac, cualquier relación con sus ocupantes humanos es totalmente casual. Veamos el siguiente pasaje:

> Finalmente entró en una especie de gabinete que estaba irregularmente iluminado por ventanas con vidrieras. La madera sobre las puertas había sido tallada con formas de trébol; detrás de una balaustrada, tres colchones de color púrpura formaban un diván donde descansaba la boquilla de un narguile de platino. Sobre la repisa de la chimenea en lugar de un espejo, había una pirámide de pequeños estantes soportando una completa colección de curiosidades: viejos relojes de plata, vasos de Bohemia, broches de joyas, botones de jade, esmaltes, figuras de porcelana china y una pequeña virgen bizanti-

[51] P. Ferguson, *Paris as Revolution. Writing the 19th Century City,* cit. Ferguson recoge con claridad los contrastes entre Balzac y Baudelaire.

[52] *Ibid.,* p. 95.

na con una túnica de plata dorada. Todo esto se fundía en una penumbra dorada con el azulado color de la alfombra, el brillo de la madreperla de los taburetes y el tinte claro de la pared revestida de cuero marrón. En las esquinas de la habitación, colocados sobre pedestales, había vasos de bronce con ramos de flores cuyos aromas flotaban con pesadez en el aire.

Rosanette apareció vestida con una chaqueta de satén rosa, pantalones de cachemira blancos, un collar de piastras y un bonete rojo con un ramillete de jazmines enroscado alrededor[53].

No resulta extraño que Frédéric (como el lector), «diese un salto de sorpresa» ante la incongruencia de todo ello. La diferencia entre esta descripción y el tratamiento que da Balzac al gabinete de Paquita en *La muchacha de los ojos de oro*, es llamativa. Ferguson concluye que,

> en última instancia, París, al igual que Mme. Arnoux, no es tanto inconquistable como evanescente. Flaubert se toma tanto cuidado en unir ambos aspectos porque Frédéric los contempla bajo la misma luz. Todo lo relacionado con París «le remite a ella» y su convicción de que «cualquier intento de hacerla su amante sería en vano» se aplica igualmente a su percepción de París. También la ciudad es una esfinge cuyo enigma nunca resuelve. Sus intentos poco entusiastas de conquistar a ambas, la mujer y la ciudad, sucumben ante la inercia provocada por el ensueño. No es por accidente por lo que aquí, y en todas partes, Flaubert toma el modelo de Balzac solamente para darle la vuelta. Ambos escritores asocian París con una mujer y al *flâneur* con el deseo masculino. Pero la coincidencia de tropos solamente resalta las diferencias entre los mundos. La metáfora que para Balzac implica posesión, la utiliza Flaubert precisamente para lo contrario. En *La educación sentimental* el deseo siempre se sueña, nunca se consuma[54].

De manera equivocada o no, Balzac y otros muchos de sus contemporáneos (como los pensadores utópicos y los teóricos que postulaban una adecuada reconstrucción de la ciudad) creían que podían poseer la ciudad y hacerla propia, y en ese proceso rehacerse ellos mismos o incluso rehacer el orden social. Pero después de 1848, fueron Haussmann y los empresarios los que poseyeron y rehicieron la ciudad de acuerdo con sus propios intereses y objetivos, dejando a la población con una sensación de pérdida y desposesión. Ésta es una circunstancia que Flaubert acepta pasivamente y por ello no hay una definición unitaria de la ciudad como totalidad, menos aun como «ser viviente» o «cuerpo político». Flaubert reduce la ciudad a un

[53] G. Flaubert, *Sentimental Education,* cit., pp. 18, 257.

[54] P. Ferguson, *Paris as revolution. Writing the 19th Century City,* cit., p. 99.

escenario, que con independencia de lo maravillosamente construido o lo sublimemente decorado que esté, funciona como un telón de fondo de la acción humana que se desarrolla en ella y sobre ella. La ciudad se convierte en un objeto muerto (como sucede en gran medida en los planes de Haussmann). *La educación sentimental*, publicada en 1869 después de que Haussmann ha hecho su tarea, está plagada de descripciones elaboradas (y bastante brillantes) de los objetos inanimados que forman la ciudad. La ciudad consigue que la percibamos como un trabajo de arte independiente, admirable y criticable como tal, pero pierde por completo su carácter de «ser viviente» o de «cuerpo político».

Podríamos concluir que en 1848 fue la idea de la ciudad como cuerpo político la que se hizo pedazos, para quedar enterrada en el Segundo Imperio dentro del mundo comercial del espectáculo y del valor de mercado. Probablemente, ésta es la idea que quería trasmitir T. J. Clark, aunque no es del todo correcto deducir que la idea de la ciudad como cuerpo político se perdió por completo tras el advenimiento del Imperio y la labor de Haussmann. Luis Napoleón evocaba «los dos cuerpos del emperador» en sus aspectos masculino y paternal, opuestos a la forma femenina. El cuerpo político del Imperio funcionaba como una ideología cautivadora, y fue en ese marco en el que algunos principios e influencias de Saint-Simon llegaron a representar un papel, aunque fuera en formas expurgadas (Enfantin incluso abría su obra *La science de l'homme*, publicada en 1858, con una carta abierta de elogio hacia Louis Napoleón). La historia del Segundo Imperio puede leerse como un intento de reconstituir un cierto sentido de cuerpo político alrededor del poder imperial, en presencia de las fuerzas de acumulación del capital, que Clark considera correctamente antagonistas con semejante forma política. La liberalización económica, que empezó en 1860 con el primer tratado de libre comercio con Gran Bretaña, firmado por el antiguo saint-simoniano Michel Chevalier, fue minando gradualmente el poder imperial. El Imperio fue derribado, tanto por el capital como por el republicanismo (gran parte del cual se centraba en los derechos de la propiedad y de la libertad de empresa) e incluso por la oposición de los trabajadores. De cualquier forma, lo que se perdió claramente en 1848 fue cualquier idea del cuerpo político como Estado protector, como se representaba la iconografía de Daumier.

El fermento del debate también se perdió. El periodo 1830-1848 en Francia fue increíblemente rico en ideas alternativas; el momento en que tanto el socialismo como el comunismo empezaron a formarse en el terreno intelectual y político. Había una perturbación general de las formas de pensamiento. Se abrieron todo tipo de diferentes visiones y de posibilidades especulativas. Algunas de sus sugerencias más descabelladas y estrambóticas tienen todas las características de la ciencia ficción y de los escritos realmente utópicos, pero en gran parte de ellas también había una marcada tendencia práctica, que produjo una plétora de movimientos políticos

y no pocos planes factibles (algunos de los cuales llegaron a ver la luz). Estaba claro que algo había que hacer con las condiciones de vida de las clases trabajadoras, la degradada situación de los pobres, la insalubridad y el caos de las ciudades y la empobrecida vida a la que una sociedad rígidamente clasista obligaba a las masas, incluyendo al campesinado. Como sucede con cualquier estructura excesivamente rígida, las presiones que crecían en su interior finalmente tenían que producir su ruptura, y eso sucedió con la Revolución de 1848. Cómo se recompuso todo ello en una estructura igualmente rígida como la del Imperio, donde los pensadores creativos estaban desterrados y en la que el pensamiento alternativo estaba reprimido es otra historia. El Imperio floreció durante un tiempo, pero gradualmente se fue debilitando frente al poder del capital.

Finalmente también acabaría estallando con la guerra y la violencia revolucionaria de 1870-1871. Pero, para entonces, en París habían cambiado muchas cosas a medida que una forma distintiva de modernidad capitalista había dominado y dado forma de manera muy específica a la ciudad. Las cuestiones pendientes sobre representatividad, sobre las que tanto se discutió antes de 1848, quedaron supeditadas después de 1851 a un extraordinario programa de transformaciones materiales. Pero si, como Marx creía, lo que separa al peor de los arquitectos de la mejor de las abejas es que el arquitecto levanta una estructura en su imaginación antes de hacerla real sobre el terreno, entonces los ejercicios de la imaginación que se realizaron entre 1830 y 1848 prepararon el camino para gran parte de lo que vino a continuación. Aun cuando aquellos que llevaron a cabo el trabajo práctico buscaran disponerlo todo para negar muchas de las fuentes de su propia inspiración.

Parte segunda
Materializaciones: París, 1848-1870

III Prólogo

París es un autentico océano. Echa la sonda y nunca llegarás al fondo. ¡Estúdialo, descríbelo! Por muy escrupuloso que sea tu estudio y tu descripción, por muy numerosos y persistentes que sean los exploradores de este mar, siempre quedarán lugares vírgenes, cuevas sin descubrir, flores, perlas, monstruos. Siempre habrá algo extraordinario que el buceador literario se habrá perdido.

Balzac

Si todas las cosas fueran lo que parecen ser, no habría necesidad de ciencia.

Marx

Desde un punto de vista social, económico y político, París en 1850 era una ciudad rebosante de problemas y posibilidades. Algunos la veían como una ciudad enferma, arruinada por las tormentas políticas, desgarrada por las luchas de clase, hundiéndose bajo el peso de su propia decadencia, de la corrupción, el crimen y el cólera. Otros la veían como una ciudad llena de oportunidades para sus ambiciones privadas o para el progreso social; si se encontraran las claves adecuadas que resolvieran el misterio de sus posibilidades, se podría transformar el conjunto de la civilización occidental. Después de todo, la población de la ciudad había crecido rápidamente, de 786.000 en 1831 a más de 1.000.000 en 1846 (cuadro 1). La industria había experimentado un considerable crecimiento e incluso la ciudad había realzado su tradicional papel como el centro de comunicaciones, finanzas, comercio, cultura y, por supuesto, de la Administración del Estado. Con un pasado tan dinámico, ¿cómo no iba a tener un futuro dinámico?

Ilustración 26. Gustave Doré (1860) utiliza toda su capacidad alegórica para evocar la transformación radical de París. Arriba, Haussmann estudia con detalle el mapa de la ciudad, mientras las carretas se llevan las viejas estructuras medievales entre la alegría de los trabajadores.

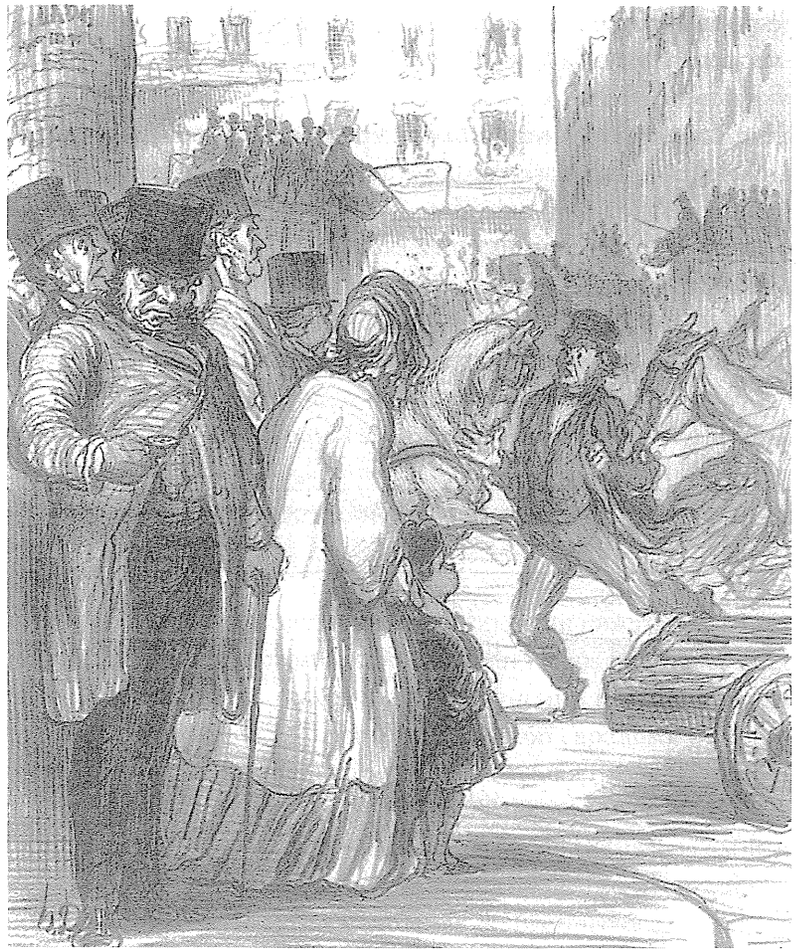


Ilustración 27. Nouveau Paris *de Daumier (1862) recoge muchas facetas de los cambios que trajo Haussmann. La leyenda dice: «Qué felicidad para la gente con prisas el que se hayan ampliado los medios de comunicación». El burgués estudia su reloj, la mujer y el niño dudan, el tráfico es intenso.*

Pero en 1850 la ciudad parecía estar atrapada entre dos camisas de fuerza, que se reforzaban mutuamente. En primer lugar, se encontraba presa de las secuelas de la mayor y más profunda crisis del capital que se había producido nunca. La ciudad había visto muchas crisis económicas antes, normalmente desencadenadas por alguna guerra o calamidad, pero ésta era diferente. No resultaba fácil atribuirla solamente a Dios o a la naturaleza. Es cierto que, en 1846-1847, las cosechas malogradas habían llevado la miseria al campo y provocado una marea de población angustiada, en busca de empleo o asistencia sobre las ciudades. Sin embargo, en 1848 el capitalismo había madurado hasta tal punto, que incluso el más ciego de los apologistas burgueses podía ver que las condiciones financieras, la especulación te-

meraria (especialmente en relación con el ferrocarril) y la sobreproducción, tenían algo que ver con la tragedia humana que se había desencadenado en Gran Bretaña en 1847 y que rápidamente se extendió a todo lo que en aquel entonces era el mundo capitalista. La mayor parte de Europa experimentó de manera simultánea la misma crisis, haciendo difícil basar su interpretación exclusivamente en el fracaso de políticas nacionales de una u otra clase. Se trataba de una auténtica crisis de acumulación capitalista, en la que enormes excedentes de capital y trabajo permanecían uno al lado del otro, sin ninguna manera aparente de poder establecer una unión provechosa. En 1848 la reforma o la superación revolucionaria del capitalismo era algo que saltaba con crudeza a la vista de todo el mundo.

Cuadro 1. Población de París, 1831-1876

Año	*Viejo París*	*Barrios anexionados en 1860*	*París después de 1860*	*% de aumento*
1831	785.866	75.574	861.436	
1836	899.313	103.320	1.002.633	16,39
1841	936.261	124.564	1.059.825	5,70
1846	1.053.897	173.083	1.226.980	15,77
1851	1.053.261	223.802	1.277.064	4,08
1856	1.174.346	364.257	1.538.613	20,48
1861			1.696.141	10,24
1866			1.825.274	7,61
1872			1.851.792	1,45
1876			1.988.800	7,45

Fuente: L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle*, París, 1950.

El que París fuera a la cabeza y tomara el sendero revolucionario no fue enteramente fortuito. Y era algo más que la afamada tradición revolucionaria, que llevaba a los ciudadanos de París a ofrecer lecturas políticas ante el menor signo de dificultades económicas, la que hizo que la gente tomara las calles, levantara barricadas y proclamara sus derechos como los derechos del hombre[1]. La segunda camisa de fuerza que aprisionaba a la ciudad era una auténtica estructura de prácticas e infraestructuras sociales del siglo XVIII que seguían dominando la industria, las finanzas, el

[1] P. Ferguson (*Paris as Revolution. Writing the 19th Century City,* cit.) convierte la tradición revolucionaria en el centro de su relato.

comercio, el gobierno y las relaciones laborales; por no hablar del marco esencialmente medieval de infraestructuras físicas donde estas actividades y prácticas estaban confinadas. A pesar de todas las palabras sobre renovación urbana y de los ocasionales intentos de abordarla que se produjeron durante la Monarquía de Julio, París se encontraba abrumado. Como señala Louis Chevalier:

> En estos años, París miraba a su alrededor y era incapaz de reconocerse a sí misma. Otra ciudad más grande se había desbordado dentro del inalterado marco de calles, mansiones, casas y pasajes; amontonando personas sobre personas y negocios sobre negocios, llenando cada rincón y cada esquina, transformando las más antiguas de las moradas de la nobleza y de la alta burguesía en talleres y pensiones, levantando fábricas y almacenes en jardines y patios donde los carruajes habían estado envejeciendo silenciosamente, atestando las repentinamente encogidas calles y los superpoblados cementerios góticos, resucitando y sobrecargando las olvidadas alcantarillas, arrojando basura y hedor en los campos adyacentes[2].

Aunque no había nada de singular en la consiguiente miseria humana, degradación, enfermedades, crimen y prostitución que eran rasgos habituales del capitalismo industrial de la época, esta envejecida infraestructura urbana era incompatible con la cada vez más sofisticada y eficiente organización capitalista de la producción y del consumo que surgía, no solamente en Gran Bretaña (principal rival comercial de Francia), sino también en Bélgica, Alemania, Austria e incluso en algunas otras regiones francesas. Aunque después de la Revolución de 1830 París había mejorado su posición dentro de la división internacional del trabajo, no había sido como consecuencia de la transformación de los sistemas de producción, sino de la gradual adaptación de viejos métodos. La base de su dinamismo industrial había estado en la creciente fragmentación y división social del trabajo, respaldada por las especiales características de su producción y el volumen de su mercado interno. Incluso el comercio, mucho más importante para su salud económica que la producción industrial, estaba encajonado en calles congestionadas, obstaculizado por cuotas y barreras de todas clases, al mismo tiempo que resultaba crónicamente ineficaz en su manera de manejar y distribuir las mercancías. La falta de eficacia para hacer frente a los nuevos y exigentes requerimientos de la acumulación de capital, llevó a la ciudad a una agonía más severa y prolongada durante la crisis de 1847-1848, y el camino para su recuperación, lleno de toda clase de obstáculos específicos, se veía agravado por una evolución política y cultural que no aportaba otra cosa que duda, confusión y miedo.

[2] Louis Chevalier, *Laboring Classes and Dangerous Classes* [1958], Princeton (NJ), 1973, p. 45.

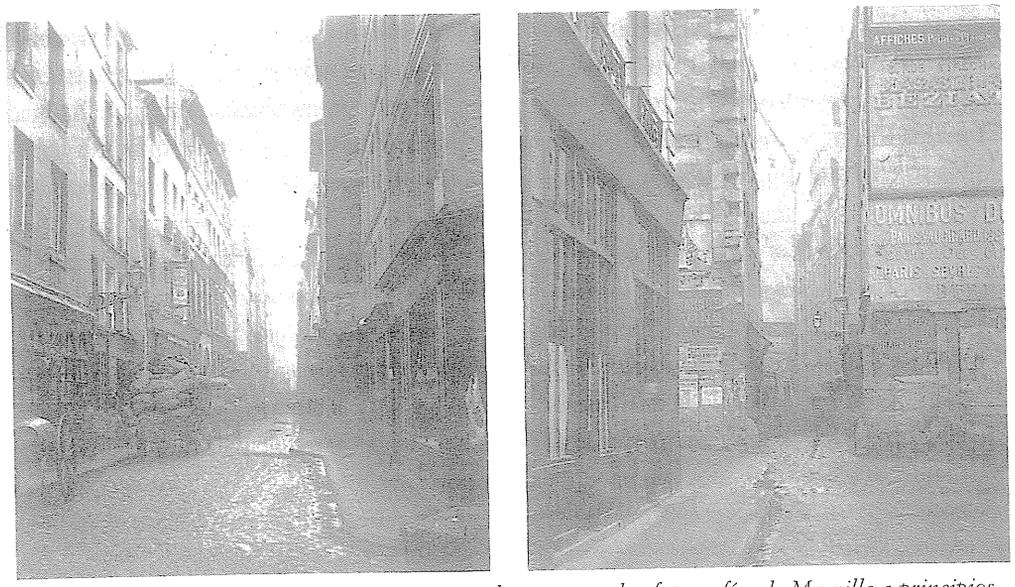


Ilustración 28. Las calles del viejo París recogidas en estas dos fotografías de Marville a principios de la década de 1850 eran estrechas e inhóspitas para la circulación; insalubres, con las aguas residuales constantemente discurriendo por ellas y flanqueadas frecuentemente por edificios ruinosos. En la foto de la derecha se puede observar publicidad del transporte en carruajes y ferrocarril, que promete otro mundo de relaciones espaciales en oposición al que se encuentra incrustado en el viejo París.

Los diferentes segmentos de la sociedad veían la crisis de maneras muy diferentes. Para los trabajadores artesanos, que contaban con una tradición corporativista, el problema básico estaba en la pérdida de la cualificación del trabajo, de la independencia, la dignidad y el respeto así como en la fragmentación de tareas y la inseguridad crónica del empleo que imponía el control capitalista de la producción y distribución. La Revolución de febrero les permitió introducir en la agenda política la cuestión del trabajo y del derecho al trabajo, y afirmar su derecho a ser tratados con dignidad y respeto como miembros con los mismos derechos del cuerpo político. Como hemos visto, para ellos, la república social era tan importante como la república política. En ese aspecto tenían una gran variedad de aliados burgueses, desde los pequeños propietarios y comerciantes que se sentían igualmente amenazados por los nuevos sistemas de producción y distribución, a los radicales desclasados (periodistas, artistas y escritores así como acérrimos revolucionarios jacobinos como Blanqui), o los poetas y escritores románticos (como Lamartine, Victor Hugo y George Sand), que creían en la nobleza del trabajo dentro de los confines relativamente seguros de una tradición artesanal idealizada. Aunque los románticos se vieron rápidamente desengañados cuando se encontraron en las barricadas con la realidad de los trabajadores, los movimientos sociales de la década de 1840 se en-

trecruzaban con la conciencia de los trabajadores artesanales para generar, como hemos visto en el capítulo 2, una gran cantidad de expectativas de cómo debía funcionar una república social protectora.

Este sentimiento socialista alarmaba claramente a la burguesía. El miedo a los «rojos» agravaba su confusión sobre cómo representar, explicar y reaccionar ante una crisis, tanto política como económica, que exigía una actuación que la remediara. Algunos veían la raíz del problema en el carácter arcaico de las estructuras y prácticas del gobierno y de las finanzas, y buscaban modernizar el Estado, liberar los flujos de capital y dar un mayor impulso a la economía. En París, los elementos progresistas llevaban mucho tiempo pidiendo la enérgica intervención del Estado para racionalizar y renovar unas infraestructuras en claro hundimiento. Pero sus esfuerzos se veían frustrados por otras facciones de la burguesía, sepultados tanto por un conservadurismo fiscal que producía una parálisis total en tiempos de grave depresión económica, como por los derechos tradicionales de la propiedad inmobiliaria (en gran parte absentista y rural), que parecían ofrecer una esperanza de salvación personal en medio de la ruina nacional. Muchos terratenientes huyeron de la ciudad en 1848, llevándose con ellos su capacidad adquisitiva y contribuyendo a que la industria parisina, el comercio y el propio mercado inmobiliario se hundieran aún más profundamente en el lodazal de la depresión.

La turbia sucesión de acontecimientos que llevaron en diciembre de 1848, «al cretino» de Luis Napoleón Bonaparte al poder (el calificativo no es de Marx, sino del burgués impecable que era Adolphe Thiers), primero como presidente de la República (elegido por sufragio universal) y cuatro años más tarde como emperador, no nos tiene que entretener excesivamente, habida cuenta de los abundantes y brillantes trabajos que hay sobre ello, empezando por supuesto por *La lucha de clases en Francia, 1848-1850* y *El dieciocho brumario* de Marx[3]. Basta con señalar que la cuestión del trabajo y de una respuesta socialista a la crisis desaparecieron de la agenda política inmediata, en medio de la feroz represión que se desató en junio de 1848, cuando los trabajadores tomaron las calles de la ciudad en protesta por el cierre de las Empresas Nacionales (la respuesta de la Segunda República a la exigencia del derecho al trabajo). Pero a pesar de ello, las elecciones posteriores seguían indicando que el sentimiento socialista democrático estaba vivo y gozaba de buena salud; no solamente se manifestaba en París y Lyon, donde resultaba previsible, sino también en algunas áreas rurales, recordando al país que tanto las raíces de las tradiciones revolucionarias como de las reaccionarias, se encontraban en gran parte en el

[3] K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*; *Class Struggle in France, 1848-1850,* cit.; M. Agulhon, *The Republican Experiment, 1848-1852,* cit.; Jean Dautry, *1848 et la IIme République,* París, 1977.

campo. A la vista de esta amenaza, en diciembre de 1848 la burguesía de manera generalizada dio la bienvenida a la elección del hasta entonces exiliado pero populista Luis Napoleón como presidente de la República, para a continuación rendirse con facilidad al golpe de Estado de diciembre de 1851 y a la proclamación del Imperio en diciembre de 1852.

La otra amenaza para el orden social provenía de la destrucción y devaluación del patrimonio que acompañaban a una crisis económica generalizada. Atrapada por las luchas internas, no había una sola facción de la burguesía que tuviera la autoridad o legitimidad necesaria para imponer su voluntad. La situación llega a un punto en el que Luis Napoleón aparece como un compromiso, que cada una de las facciones piensa que va a poder controlar. Se le coloca en una situación en la que puede aprovecharse de la voluntad popular, de la fragmentación política y de las lealtades tradicionales hacia la leyenda napoleónica (especialmente del ejército), para consolidar un poder totalmente personal. Ello le permite enfrentarse a la complejidad de los problemas de la reforma y de la modernización, del control del movimiento obrero y de sus pretensiones, de la reanimación de la economía y de cómo salir del profundo malestar económico, político y cultural en el que languidecía Francia entre 1848 y 1851.

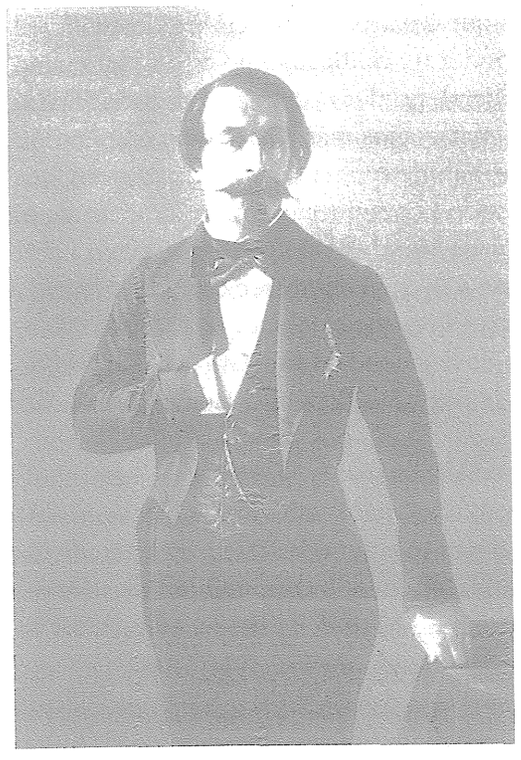


Ilustración 29. Retrato fotográfico de Luis Napoleón Bonaparte realizado por Riffaut, Mayer y Saint-Victor.

Los dieciocho años que duró el Segundo Imperio no se pueden calificar de «cretinos» o «absurdos», como habían pronosticado Thiers y Marx desde extremos opuestos. Fueron un experimento terriblemente serio en forma de un socialismo nacional, un Estado autoritario con poderes policíacos y una base populista. Al igual que otros experimentos de la misma índole, su colapso se produjo en medio de las discordias y de la guerra, pero su actuación estuvo marcada por la imposición de una enérgica disciplina laboral y la desaparición de las restricciones que limitaban la circulación del capital. Sin embargo, en aquel momento no era evidente (como tampoco lo es para nosotros), cuales serían las nuevas prácticas sociales, los marcos y estructuras institucionales o las inversiones sociales que darían resultado. Por ello, el Segundo Imperio fue una fase de pugna para adaptarse a un capitalismo floreciente y exigente, en la que los diferentes intereses políticos y económicos buscaban sacar una u otra ventaja, o defendían una u otra solución, solamente para encontrarse con demasiada frecuencia atrapados en las consecuencias, no deseadas, de sus propios actos.

Es en este contexto, donde el emperador y sus consejeros buscan liberar París (su vida, cultura y economía) de las limitaciones que mantienen a la ciudad anclada en un pasado lejano. Mientras algunas de estas necesidades inmediatas estaban claras (la reforma del acceso al mercado central de Les Halles, la eliminación de las zonas hiperdegradadas alrededor del centro, o la mejora de la circulación del tráfico entre las estaciones de ferrocarril y con el centro de la ciudad), había otra multitud de temas generales que eran mucho más problemáticos. Por enumerar algunos, estaban los problemas de fines y medios; cuál era el papel adecuado del Estado en relación con los intereses privados y la circulación del capital, su grado de intervención en los mercados de trabajo, en la actividad industrial y comercial y en relación con la vivienda y el bienestar social. Pero, por encima de todo, estaba el problema político de cómo volver a levantar la economía de la ciudad sin desatar la firme resistencia de una alta burguesía todavía poderosa; sin alimentar la inseguridad de las clases medias, siempre amenazadas por la marginalización a pesar de su implantación aparentemente sólida; y sin empujar a los trabajadores a una revuelta declarada. Desde este punto de vista y en última instancia, el emperador aparece prisionero de unas fuerzas de clase a las que en un principio parece tratar con despreocupación y desdén. El que fuera capaz de llegar tan lejos y hacer tantas cosas demuestra el tremendo trastorno generado al calor de 1848, un trastorno que afectó, no solamente a la economía y a la política, sino también a las formas tradicionales de representar el mundo y de actuar sobre esas representaciones. También en este terreno, la vida de París en el periodo 1848-1851 estaba en completa agitación, una agitación que afectaba a la pintura (el periodo en que se produce la incomprendida ruptura de Courbet dentro del mundo del arte), a la literatura, las ciencias y a la administración, a las

relaciones industriales, comerciales y laborales. Solamente después de que todo el tumulto se hubiera apaciguado, pudo empezar la verdadera resistencia contra el autoritarismo del Imperio.

En 1870, París había cambiado fundamentalmente respecto a su estado en 1850; los cambios habían sido de largo alcance y estaban profundamente enraizados, aunque no lo suficiente como para evitar ese otro gran acontecimiento de la historia de la ciudad: el levantamiento que dio origen a la Comuna de París en 1871. Pero aunque había un lazo común entre las revoluciones de 1848 y 1871, también había mucho que las separaba. Los dieciocho años del Imperio habían calado tan profundamente en la conciencia de los parisinos, como la labor de Haussmann había abierto y reconstruido el tejido físico de la ciudad.

En junio de 1853, siete meses después de la proclamación del Imperio, Haussmann recibía en sus manos el destino de la ciudad, una decisión que tenía un significado indudable[4]. Haussmann, como hemos visto anteriormente, construyó un relato mítico de la importancia de ese cambio e impulsó la percepción de una ruptura total con el pasado, presentándose de manera inocente como un mero instrumento de la voluntad del emperador. Puede que semejante ruptura no se produjera, pero ciertamente se llegó a un punto de inflexión. Haussmann era un personaje mucho más maquiavélico de lo que muestra en sus *Mémoires*. Era ambicioso, estaba fascinado por el poder, tenía sus propias y apasionadas convicciones (incluyendo unas ideas muy particulares del servicio público), y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para alcanzar sus metas. Obtuvo de Luis Napoleón un poder personal extraordinariamente grande y estaba dispuesto a utilizarlo al máximo. Era una persona extraordinariamente activa y con capacidad de organización, tenía una gran preocupación por los detalles, estaba dispuesto a despreciar las opiniones contrarias y saltarse a la autoridad (incluso la del propio emperador), a moverse en los limites de la legalidad, a manejar los recursos financieros en la forma que ahora llamamos «contabilidad creativa», a saltarse sin miramientos las opiniones de los demás y a no realizar ninguna concesión a la democracia. Todas estas cualidades ya las había demostrado con anterioridad, y con seguridad fueron las que le hicieron tan atractivo a los ojos de Louis Napoleón, frente a los planteamientos prespuestariamente conservadores y sometidos a las consideraciones de la democracia de su antecesor Jean Jacques Berger. Haussmann se dio cuenta de que contaba con

[4] Hay diversas biografías de Haussmann, además de sus *Mémoires* (que resultan poco fiables). Las más completas (y por ello las más pesadas) son las de J. Des Cars, *Paris-Haussmann. Le pari d'Haussmann,* cit. y M. Carmona, *Haussmann*, cit.; Gerard N. Lameyre (*Haussmann, préfet de Paris,* París, 1958), resulta más fácil de leer. Un vívido relato reciente en inglés se encuentra en W. Weeks, *The Man Who Made Paris. The Illustrated Biography of Georges-Eugene Haussmann,* cit.

el respaldo total del emperador, lo que fue cierto por lo menos hasta principios de la década de 1860. Sus primeras medidas fueron marginar al consejo municipal, que tanto había limitado al prudente Berger, e ignorar a la comisión de planificación. Más tarde afirmó haberlo hecho con el consentimiento del emperador, lo cual también resulta totalmente falso. En resumen, Haussmann era un bonapartista autoritario y sobrevivió y prosperó mientras el bonapartismo se mantuvo intacto. Pero a partir de 1860, a medida que éste se fue debilitando para dar paso al liberalismo, su posición también se fue desgastando para acabar siendo sacrificado en enero de 1870, cuando Emile Ollivier, un demócrata liberal, se convirtió en primer ministro.

Lo que resulta tan fascinante de Haussmann es que mientras entendía perfectamente la gravedad del problema macroeconómico al que se enfrentaba, en el contexto de la crisis específica de la ciudad como economía urbana, su respuesta incluye una amplia y a menudo obsesiva atención por los detalles. Controlaba de cerca el diseño del mobiliario urbano, de las farolas de gas, los kioscos y los urinarios públicos *(vespasiennes)*. Estaba obsesionado por los detalles de alineación. El puente de Sully sobre el Sena lo realizó de manera que situara el Partenón en línea directa con la columna de la Bastilla, y mediante una extraordinaria obra de ingeniería trasladó la columna de la Victoria para centrarla en la nueva plaza de Châtelet. Más llamativa todavía resulta su insistencia para que el arquitecto Jean Paul Bailly desplazara la cúpula del Tribunal de Comercio de manera que quedara a la vista de los peatones que se movieran por el recientemente construido bulevar de Sebastopol. Se creaba una asimetría a pequeña escala para producir una simetría a una escala urbana mayor.

En el momento en que Haussmann se ve cesado, los procesos de transformación urbana que había puesto en marcha habían alcanzado tal impulso que resultaban imposibles de detener. La haussmannización, representada, por ejemplo, por la conclusión de la avenida de la Ópera, continuó muchos años después de su cese. Esta continuidad vino en parte por el equipo de leales y talentosos administradores y tecnócratas de que se había rodeado: Jean Charles Alphand, autor del diseño de las zonas verdes; Eugène Belgrano, responsable del nuevo sistema de abastecimiento de agua y alcantarillado; Victor Baltard, encargado de rehacer el mercado de Les Halles; los arquitectos Jacques Hittorff y Gabriel Davioud para las grandes obras monumentales y fuentes. Todos ellos tenían talento y fuertes personalidades y después de los iniciales (y en algunos casos permanentes) conflictos con Haussmann, acabaron por darse cuenta de que, con su respaldo personal, ellos también podían dar rienda suelta a su talento, de la misma manera que Haussmann daba rienda suelta al suyo con el respaldo del emperador. Los frutos de la colaboración de estos hombres todavía se pueden ver en la actualidad: el parque de Square du Temple

pertenece a Alphand, el ayuntamiento del tercer *arrondissement* lo realizó Hittorff, y el mercado cubierto junto a él, es obra de Baltard. El valor de estos trabajos quedó tan rápidamente comprobado, la reputación de arquitectos y administradores tan bien establecida, la lógica del proyecto urbano tan enraizada y el concepto global alcanzó tal aceptación, que París se desarrolló durante los siguientes treinta años o más, en gran medida sobre las líneas que había definido Haussmann.

Para entonces también se había definido una nueva escala de acción y de pensamiento que resultaba difícil de invertir. La transformación de Les Halles resulta la mejor representación de ese cambio; no solamente se trataba de una cuestión de la escala individual de los edificios o del estilo arquitectónico, sino de «un nuevo concepto de urbanismo comercial» que significaba la transformación de un barrio entero de la ciudad para dedicarlo a una actividad única. La consecuencia fue producir una nueva textura del conjunto de la ciudad. Pero entonces, como señala David Van Zanten, es cuando Haussmann parece que se extravía: «A principios de la década de 1860, cuando los proyectos iniciales de 1853 estaban acabados o bien encaminados, algo sucedió. Se cambió la escala, se perdieron los objetivos, la coordinación falló, al mismo tiempo que se emprendían nuevos proyectos que eran inflexiones, elaboraciones y extensiones del proyecto original [...] que parecían factibles por el éxito obtenido en la primera década de los trabajos, pero que ahora quedaron fuera de control y condujeron a la crisis financiera de 1867-1869 y a la

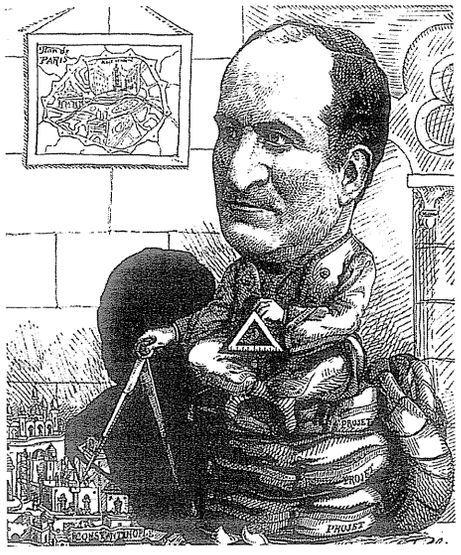


Ilustración 30. Retrato de Haussmann por Petit y una caricatura en la que se le representa como «el Atila de la línea recta», armado con el compás y el cartabón dominando el plano de París.

destitución de Haussmann»[5]. Haussmann pudo aspirar a un control total, y durante un tiempo lo obtuvo, pero no pudo mantenerlo.

¿Cómo se puede contar la historia de esta completa transformación de París en el Segundo Imperio? Podría ser suficiente una narración simple y directa del cambio histórico-geográfico y, de hecho, hay varios relatos excelentes que así lo hacen[6]. Pero ¿cómo vamos a construir semejante narración sin un entendimiento adecuado del funcionamiento y de las relaciones internas de la economía urbana, la política, la sociedad y la cultura? ¿Cómo se puede conservar una visión global de París mientras se reconoce, como el propio Haussmann hacía, la importancia de los detalles? Diseccionando la totalidad en sus componentes, se corre el riesgo de perder la pista a las complejas relaciones que los entrelazan. Sin embargo, no podemos entender la totalidad sin comprender los detalles, sin darnos cuenta de cómo funcionan los componentes y los fragmentos. Yo tomaré un camino intermedio para tratar de entender la transformación histórico-geográfica de la ciudad en términos de un conjunto de temas que se entrecruzan y entrelazan, ninguno de los cuales puede entenderse adecuadamente sin los demás. El problema está en presentar las interrelaciones sin caer en una tediosa repetición. Aquí tengo que pedir un esfuerzo al lector para intentar mantener la perspectiva de los temas dentro de una totalidad de interrelaciones, que constituye la fuerza propulsora de la transformación social en un lugar y tiempo determinados.

Los temas se reúnen en capítulos con determinados títulos. Empiezo con las relaciones espaciales, en parte porque creo que es importante poner la cuestión de la materialidad de las mismas y de sus consecuencias sociales en el primer plano del análisis, aunque solamente sea porque con frecuencia se ve relegado a una posición secundaria. Tampoco pretendo con esto colocarlo en una posición privilegiada dentro del conjunto, pero si el orden de los argumentos supone algún privilegio (lo que sucede invariablemente), ¿por qué no concedérselo a las relaciones espaciales, aunque sólo sea por cambiar? Los tres siguientes capítulos –capital financiero, renta e intereses de la propiedad y el Estado– se vinculan como parte de una teoría de la distribución del producto social en intereses, rentas e impuestos. Situar las consideraciones sobre la distribución antes que las de la producción puede parecer un poco

[5] David Van Zanten, *Building Paris. Architectural Institutions and the Transformation of the French Capital, 1830-1870,* Cambridge, 1994, pp. 199-223.

[6] Hay varios relatos excelentes sobre la transformación del París del Segundo Imperio, tales como los de Luis Girard, *La politique des travaux publics sous le Second Empire,* París, 1952; *Nouvelle histoire de Paris. La deuxième République et le Second Empire,* París, 1981; y J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit.; en inglés, el clásico relato de David Pinkney (*Napoleon III and the Rebuilding of Paris,* Princeton, 1958) se ha visto bastante complementado por Jardine (1995). B. Marchand (*Paris. Histoire d'une ville,* cit.) sitúa las obras de Haussmann en una perspectiva a largo plazo de manera muy perspicaz.

Ilustración 31. La ciudad de París, representada como una mujer de aspecto arrogante, bellamente vestida, rechaza desagradecidamente a Haussmann en 1870 a pesar de los magníficos regalos que éste le ha hecho.

extraño, pero, como señalaba Marx, «inicialmente la distribución determina la producción», lo que tiene una gran importancia para poder entender cómo funciona el capitalismo. En este caso, el posicionamiento procede, en gran parte, del hecho de que las nuevas relaciones espaciales (tanto internas como externas), se crearon a partir de una coalición del Estado, el capital financiero y los intereses de la propiedad de la tierra, y que cada uno de ellos tuvo que sufrir un doloroso ajuste para poder hacer lo que había que hacer en el camino de la transformación urbana. El Estado es, por supuesto, algo más que una faceta de la distribución (aunque sin los impuestos no llegaría muy lejos), así que otros aspectos de su actuación, legitimidad y autoridad, se tratan tanto aquí como en otros capítulos posteriores cuando resulta conveniente.

A continuación, se examina la producción y los procesos productivos. Los cambios en la técnica, organización y localización venían unidos al cambio de las relaciones espaciales (el ascenso de una nueva división internacional del trabajo y la reorganización interior de París), así como al crédito, el coste de los alquileres y las políticas del Estado, mostrando de esta manera cómo la distribución y la producción se entrelazan dentro de un contexto urbano. Pero los productores también necesitan al trabajo como primer factor de la producción, lo que nos lleva a considerar el mercado de trabajo en París en sus múltiples facetas: crecimiento de la población, inmigración, determinación del índice salarial, movilización de un ejército industrial de reserva, niveles de cualificación y actitudes hacia el trabajo y su organización.

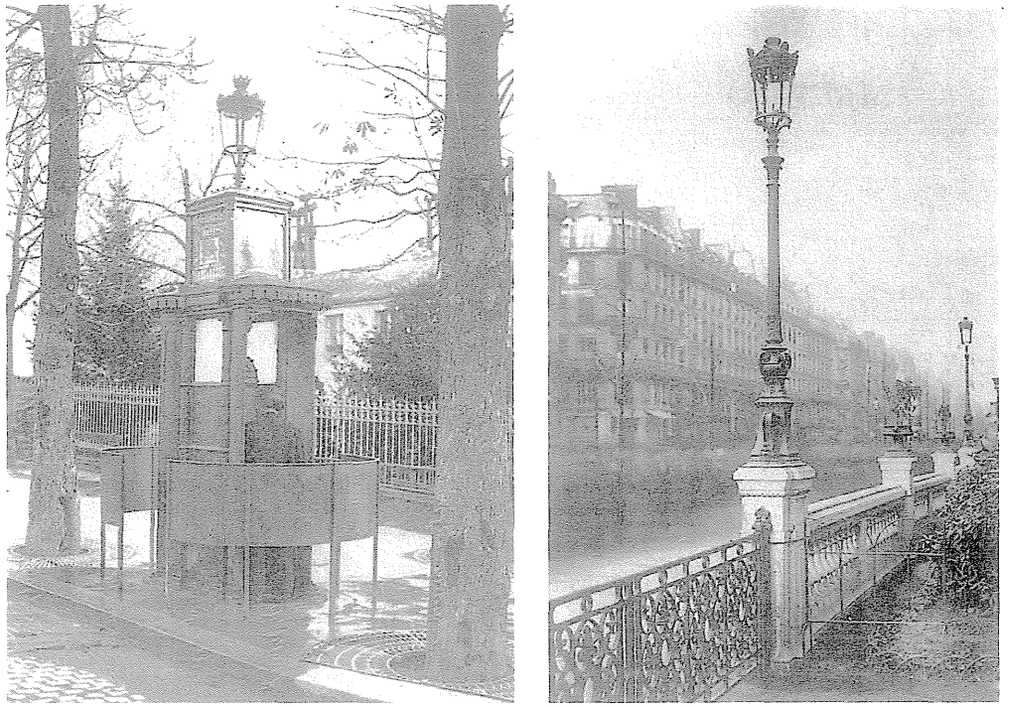


Ilustración 32. La atención que Haussmann prestaba a los detalles es extraordinaria. Aquí, a la izquierda, se observa cómo combina la nueva iluminación de gas con un vespasienne *(un urinario para caballeros). La foto de la derecha recoge la mezcla de los detalles de la calle, las farolas de gas, su pasión por la línea recta y la uniformidad del estilo de edificación, en este caso el bulevar de Sebastopol. Los cientos de fotos que Marville realizó en ese periodo son una maravillosa fuente de información detallada.*

La participación de la mujer en la fuerza de trabajo era importante y controvertida. En la medida que ocupaba una posición puente entre el mercado laboral y la reproducción de la fuerza de trabajo, su posición de conjunto en la sociedad parisina merece una consideración aparte. Esto proporciona un contexto sociológico para reflexionar sobre la reproducción de la fuerza de trabajo en sus aspectos a largo plazo. Este proceso se produjo esencialmente fuera de París; durante las décadas de 1850 y 1860, son las provincias las que alimentan con emigrantes al mercado de trabajo. Esto nos lleva a considerar como se reproducían las relaciones de clase y como quedaban sujetas al control social dentro de París mediante estructuras de consumo y espectáculo. Desde esta perspectiva resulta más fácil reflexionar sobre el reforzamiento mutuo de las realidades y de las concepciones de comunidad y clase en una sociedad donde ambas estaban atravesando una transformación radical.

Aunque a menudo las ciudades han sido consideradas como construcciones artificiales, levantadas basándose en las necesidades, deseos, capacidades y poderes del hombre, resulta imposible ignorar su implantación en una ecología y en un

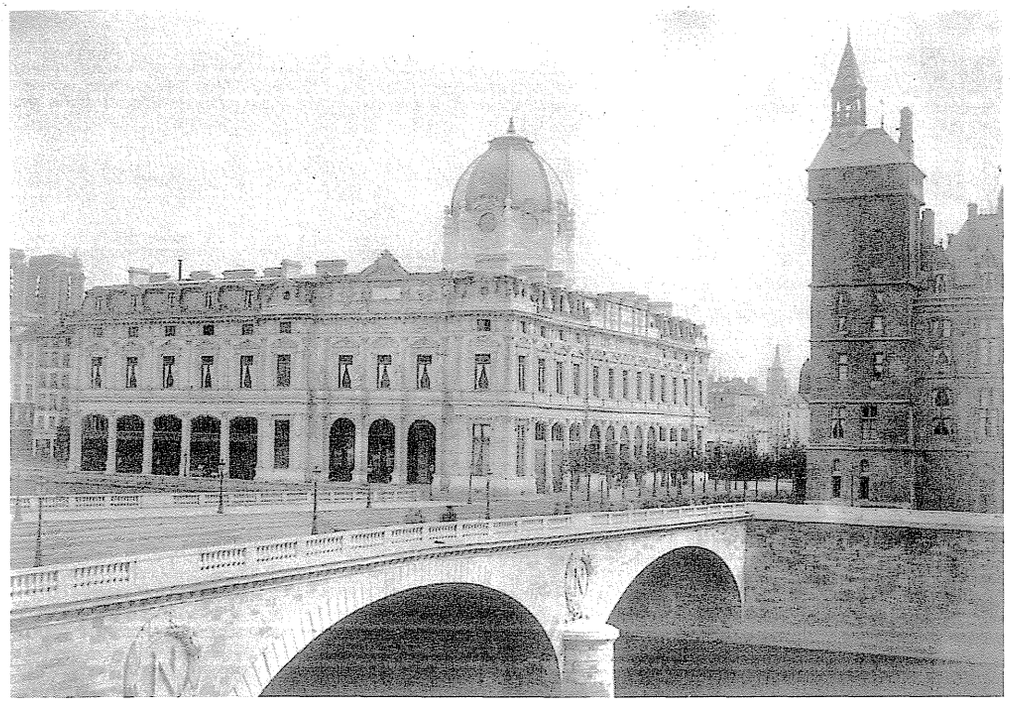


Ilustración 33. La pasión de Haussmann por la alineación le hizo insistir para que Bailly cambiara su diseño del nuevo Tribunal de Comercio. La cúpula se desplazó a un lado del edificio para crear un efecto de simetría con la torre de la Conciergerie vista desde el bulevar de Sebastopol. La simetría del edificio se sacrificaba por la simetría de la ciudad en conjunto. La foto pertenece a Marville.

«medio natural» en el que se plantean claramente las cuestiones de metabolismo y de la «adecuada» relación con la naturaleza. Las epidemias de cólera de 1832 y 1849, por ejemplo, resaltaron drásticamente el problema de la salud y la higiene urbana. Estos temas se abordaron claramente durante el Segundo Imperio. Las cuestiones de ciencia y sentimiento, de retórica y representación se plantean, a continuación, para intentar descubrir lo que la gente sabía, cómo lo sabía, y como aplicaron sus ideas al trabajo social, político y económico. Aquí busco reconstruir ideologías y estados de conciencia por lo menos desde que comenzaron a articularse y se pueden recuperar para tomarlos en consideración en la actualidad. Esto nos coloca en una posición más favorable para entender lo que llamo las «geopolíticas de una geografía histórica urbana». Por lo tanto, planteo una espiral de temas que, empezando por las relaciones espaciales, se mueve a través de la distribución (crédito, renta, impuestos); la producción y los mercados de trabajo; la reproducción (de la fuerza de trabajo, de las relaciones de clase y comunidad) y la formación de la conciencia, para establecer el espacio en movimiento como una verdadera geografía histórica de una ciudad viva.

IV La organización de las relaciones espaciales

Cuanta más producción viene a descansar sobre el valor de cambio, por lo tanto, en el propio cambio, más importante se vuelven para el coste de circulación las condiciones físicas de éste; los medios de comunicaciones y transporte [...] Mientras el capital debe, por un lado, esforzarse para echar abajo cualquier barrera espacial [...] y conquistar el mundo entero para su mercado, por el otro se esfuerza para aniquilar este espacio con el tiempo.

Marx

La integración del espacio nacional de Francia se encontraba desde hacía mucho tiempo entre las cuestiones pendientes. Pero en 1850, «la implantación de las estructuras y los métodos de un capitalismo moderno a gran escala volvió imperativa la conquista y organización racional del espacio y su adaptación a las nuevas necesidades»[1]. Como hemos visto en el capítulo 2, la reforma del espacio interior de París fue un tema que se había debatido esporádicamente y sobre el que se había actuado parcialmente durante la Monarquía de Julio. En 1850, esta reforma se había vuelto inexcusable y Luis Napoleón estaba dispuesto a hablar y a actuar. En diciembre de ese año, ya había manifestado directamente la necesidad de realizar todos los esfuerzos para embellecer la ciudad y mejorar las condiciones de vida de sus habitantes. «Abriremos nuevas calles y abriremos muchos barrios populares que carecen de luz y aire, de manera que el sol pueda penetrar en todos los rincones de la ciudad, de la misma manera que la luz de la verdad ilumina nuestros corazones». El 9 de oc-

[1] P. Leon, «La conquête de l'espace nationale», F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire économique et sociale de la France,* París, 1976, p. 241; Hugh Clout, *Themes in the Historical Geography of France,* Londres, 1977.

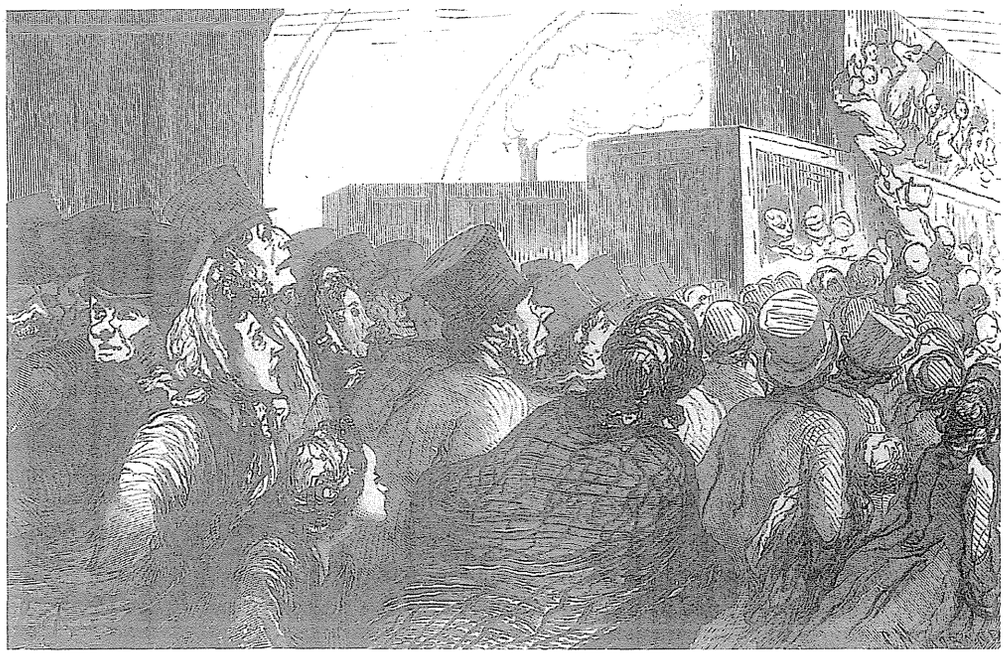


Ilustración 34. Daumier recoge sensaciones. Los ferrocarriles contribuyeron a la sensación de caos y confusión en la ciudad, al mismo tiempo que integraban los alrededores de París en la red urbana. Controlar el tiempo lo era todo.

tubre de 1852 firmaba la declaración que proclamaba un Imperio dedicado a pacíficos trabajos. «Tenemos que limpiar inmensos campos sin cultivar, carreteras que abrir, puertos que excavar, ríos que hacer navegables, canales por acabar y una red de ferrocarril que completar»[2]. Los ecos de la doctrina de Saint-Simon eran evidentes. El 23 de junio de 1853, Haussmann tomó posesión como prefecto del departamento del Sena, con el encargo de rehacer la ciudad de acuerdo a un plan establecido.

Cuadro 2. Transporte interior por tipo y volumen, 1852-1869

	Mercancías (miles de km/toneladas)					*Pasajeros (miles de pasajeros/km)*		
Año	*Carretera*	*Canales y vías navegables*	*Transporte marítimo*	*Ferrocarril*	*Total*	*Carretera*	*Ferrocarril*	*Total*
1852	2,6	1,7	1,3	0,6	6,2	1,36	0,99	2,35
1869	2,8	2,1	0,8	6,2	11,8	1,46	4,10	5,56

Fuente: A. Plessis, *De la fête imperiale au Mur des Fédérés, 1852-1871*, París, 1973, p. 116.

Se producía una gran concentración del poder en el preciso momento en que había un naciente sistema político y social ansioso por afrontar la tarea, y convertir en realidad unas esperanzas y visiones que venían de lejos. Los excedentes de capital y mano de obra, tan descaradamente evidentes en 1848, iban a ser absorbidos mediante un programa de inversiones masivas a largo plazo en el entorno ya existente, que se centraba en la mejora de las relaciones espaciales. Un año después de la proclamación del Imperio, más de mil personas trabajaban en las obras de la zona de las Tullerías, incontables miles encontraban trabajo en la construcción de la red de ferrocarriles, y las minas y fundiciones, en lamentable estado hasta 1851, hacían carreras para poder satisfacer una demanda creciente. Lo que quizá era la primera gran crisis del capitalismo, fue aparentemente superada mediante la aplicación a largo plazo de los excedentes de trabajo y capital, a la reorganización del sistema de transporte y comunicaciones.

Los logros parecían ser notables y sus efectos aún más. La red ferroviaria pasó de unos cuantos tramos desperdigados (exactamente 1.931 kilómetros) en 1850, a una complicada telaraña de 17.400 kilómetros en 1870 (lustración 35). El volumen del

[2] L. Girard, *La politique des travaux publics sous le Second Empire,* cit., p. 111.

tráfico aumentó dos veces más rápido que la producción industrial, al mismo tiempo que ésta se trasladaba hacia el ferrocarril y se alejaba de otros medios de transporte. A pesar de que las carreteras imperiales languidecían, las que alimentaban el transporte por ferrocarril se utilizaban y mejoraban cada vez más. El sistema de telégrafos pasó de la nada en 1856 a 23.000 kilómetros diez años después, cuando ya su utilización excedía del ámbito gubernamental. «La mayor gloria de Napoleón III», escribió Baudelaire, «habrá sido demostrar que cualquiera puede gobernar una gran nación en cuanto tenga el control del telégrafo y la prensa»[3]. Pero el telégrafo también facilitaba la coordinación de los mercados y de las decisiones financieras. Los precios de las mercancías en París, Lyon, Marsella y Burdeos, se podían conocer al momento, y poco después la misma información se podía tener en Londres, Berlín, Madrid y Viena. Solamente en lo que respecta a los puertos y al comercio marítimo no cumplió el emperador sus promesas, pero esto fue compensado de sobra por el aumento de las ganancias del capital francés en el extranjero. Aproximadamente la tercera parte del capital disponible se dirigió a abrir nuevos espacios en otras tierras[4]. Las redes del ferrocarril y de telégrafos de financiación francesa extendieron sus tentáculos en las penínsulas ibérica e italiana, por toda Europa central hasta Rusia y el imperio otomano. La financiación francesa construyo el canal de Suez, abierto en 1869. El sistema de transportes y comunicaciones, que iba a ser la base de un nuevo mercado mundial y de una nueva división internacional del trabajo, se estableció en líneas generales entre 1850 y 1870.

Que todo esto hubiera ocurrido igualmente con independencia del régimen político establecido es algo que se puede discutir. Al fin y al cabo, todo mundo capitalista avanzado atravesaba una época de inversiones masivas en transportes y comunicaciones y, la actuación francesa, después de la explosión inicial posterior a 1852, apenas avanzaba al mismo ritmo, y en un algunos casos se quedaba lejos de la inversión que realizaban otras grandes potencias. En contadas ocasiones, como el Canal de Suez, los franceses podían reivindicar de manera razonable que su liderazgo y ayuda material fueron esenciales para la terminación de algún proyecto. También existe un acuerdo general en que la especial mezcla de reformas financieras y políticas gubernamentales, en gran medida derivadas de las orientaciones saint-simonianas del emperador y de algunos de sus consejeros más próximos (con el duque de Persigny, ministro de Finanzas, a la cabeza), tuvieron mucho que ver con la espectacular explosión de actividad posterior a 1852. Pronto se hizo patente que semejante proceso de absorción de excedentes de capital y de mano de obra tenía sus límites. El problema estaba en que, para el capitalismo, un empleo «productivo» ha significado siempre un empleo rentable. En 1855, se finalizaban los tramos más ventajosos y lucrativos de la red del ferrocarril y en 1856 la primera red de carreteras; el Estado tenía que buscar maneras cada vez más sofisticadas para mantener el ritmo de trabajo. A mediados de la década de 1860, todo el proceso se enfrentaba a las realidades de la financiación capitalista. No puede olvidarse que no se trataba de un proyecto emprendido simplemente por orden de un emperador poderoso y sus consejeros (incluyendo a Haussmann), sino organizado por y para la asociación de capitales. Como tal se encontraba sometido a la poderosa pero contradictoria lógica de la realización de beneficios a través de la acumulación de capital.

[3] Ch. Baudelaire, *Intimate Journals,* cit., p. 73.

[4] Alain Plessis, *De la fête impériale au Mur des Fédérés, 1852-1871,* París, 1973, p. 110.

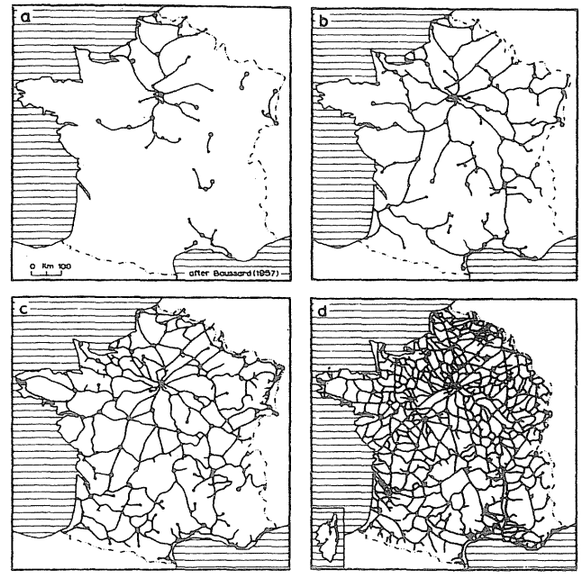


Ilustración 35. Los cambios en la red ferroviaria francesa: (a) 1850, (b) 1860, (c) 1870, (d) 1890.

Por ejemplo, la decisión de situar a París en el centro de la nueva red ferroviaria, claramente tomada por razones políticas y estratégicas, estaba en perfecta consonancia con el hecho de que París se había convertido en el principal mercado y en el principal centro industrial de la nación. La aglomeración de actividades arrastró de forma natural nuevas inversiones en transporte y nuevas formas de actividad económica hacia la ciudad, porque allí era donde las conexiones ferroviarias eran más rentables. La consecuencia fue la apertura de la industria y del comercio parisino a la competencia interregional e internacional; pero, en contrapartida, la ciudad obtuvo un acceso más fácil al mercado de las exportaciones. La posición de la industria y del comercio de París cambió notablemente repecto a una división internacional del trabajo que también se hallaba en proceso de cambio. El coste de ensamblaje de materias primas en París sufrió un descenso (el precio del carbón en París cayó

mientras que, en Pas-de-Calais, el precio en origen aumentaba); el resultado fue que muchos de los *inputs* sobre los que se basaba la industria parisina se volvieron proporcionalmente más baratos. El incremento de la regularidad, volumen y velocidad del flujo de bienes hacia la industria y hacia los mercados de la ciudad redujo el tiempo de rotación del capital y abrió la posibilidad de grandes operaciones tanto de producción como de distribución.

La revolución que se produce en la venta al por menor, con la aparición de los grandes almacenes, y el cambio de las relaciones de poder entre comerciantes y productores fue en parte resultado de las nuevas relaciones espaciales[5]. El mercado de los productos alimenticios de la ciudad se vio liberado de una estrecha y azarosa dependencia de proveedores locales, y recurría cada vez más a proveedores de provincias y del extranjero, provocando «una auténtica revolución en el consumo»[6]. En 1870, la gran mayoría de las huertas y corrales, que una vez habían florecido en la ciudad, habían desaparecido[7]. La burguesía podía buscar las verduras frescas de Argelia y de las provincias, y los pobres podían suplementar su dieta con patatas del oeste y nabos del este. Pero no solamente eran las mercancías las que se movían. Se produjo un aluvión del turismo procedente de todo el mundo que suponía una demanda añadida. Los compradores llegaban desde los suburbios y el mercado de trabajo de la ciudad desplegó sus tentáculos hasta las regiones más remotas, para poder satisfacer una creciente demanda de mano de obra.

La transformación de las relaciones espaciales exteriores aumentó la presión de la ofensiva para racionalizar el interior de la ciudad. Las proezas de Haussmann se convirtieron en una de las grandes leyendas de la planificación urbana moderna[8]. Respaldado por el emperador y armado con los medios para absorber los excedentes de capital y de trabajo dentro de un vasto programa de obras públicas, ideó un plan coherente para reorganizar el marco espacial de la vida social y económica de la capital. Las inversiones se dirigieron, no solamente a una nueva red de calles, sino también al alcantarillado, los parques, los monumentos y los

[5] Michael Miller, *The Bon Marché: Bourgeois Culture and the Department Store, 1869-1920,* Londres, 1981, p. 37.

[6] Esta revolución en los hábitos de consumo se desarrolló de acuerdo con los ingresos y las posiciones y aspiraciones sociales, como claramente percibían estudiosos de la época como Victor Fournel, *Ce qu'on voit dans les rues de Paris,* París, 1858; *Paris nouveau et Paris future,* París, 1865.

[7] Jacques Retel, *Eléments pour une histoire du peuple de Paris au 19eme siècle,* París, 1977.

[8] Sigfried Giedion, *Space, Time, Architecture,* Cambridge (MA), 1941; Robert Moses («What Happened to Haussmann», *Architectural Forum* 77 [1941]) escribió al comienzo de su carrera un cuidadoso análisis de las contribuciones, métodos y carencias de Haussmann para reproducir muchas de sus ideas en Nueva York durante las décadas de 1950 y 1960; R. A. Caro, *The Power Broker. Robert Moses and the Fall of New York,* Nueva York, Random House, 1975.

espacios simbólicos, los colegios, las iglesias y los edificios de la Administración, la vivienda, los hoteles, los locales comerciales y todos los demás aspectos de la ciudad.

La concepción del espacio urbano que desarrolló Haussmann era indudablemente nueva. En vez de una «colección de planes parciales de vías públicas considerados sin lazos ni conexiones», Haussmann buscaba «un plan general que, a pesar de todo, estuviera suficientemente detallado para poder coordinar adecuadamente las diferentes circunstancias particulares»[9]. Se consideró y se actuó sobre el espacio urbano como una totalidad en la que los diferentes barrios de la ciudad y las diferentes funciones se ponían en relación unas con otros para formar una unidad de funcionamiento. Esta persistente preocupación por la totalidad del espacio urbano condujo al encarnizado empeño de Haussmann en incluir (sin contar con un respaldado inequívoco del emperador) los suburbios dentro de la región metropolitana, para evitar que un desarrollo sin reglas amenazara la evolución racional del orden espacial. Finalmente, en 1860, acabó por conseguirlo. En este espacio nuevo y más amplio creó una forma de administración territorial, que por supuesto él encabezaba, sofisticada y jerárquica, a través de la cual la compleja totalidad de París podía controlarse mejor mediante una descentralización y delegación de poder y responsabilidad en los veinte *arrondissements*. En cada uno de ellos levantó un *mairie* (ayuntamiento) que simbolizara ante la plebe la presencia de la Administración. Y luchó desde el principio, aunque finalmente no consiguiera el triunfo, para contrarrestar la falta de compromiso y la mentalidad pueblerina de los intereses locales e individuales mediante una legislación y una retórica basadas en el interés público de una evolución racional y ordenada de las relaciones espaciales en la ciudad.

La pasión de Haussmann por la exacta coordinación espacial quedó simbolizada por la triangulación que produjo el primer mapa topográfico y catastral dotado de exactitud de la ciudad en 1853. También está claro que fue Haussmann, y no el emperador, el que impuso la lógica de la línea recta, el que insistía en la simetría, el que veía la lógica del todo, y el que estableció el tono de la escala y del estilo, así como los detalles del diseño espacial. Pero fue la amplitud de la escala y el alcance del plan y del concepto los que le aseguraron a Haussmann un lugar entre las figuras fundadoras de la planificación urbana moderna. «No hagáis planes pequeños», diría muchos años después Daniel Burnham, y realmente eso fue lo que Haussmann hizo.

Pero al margen de otras cosas que tanto él como el emperador pudieran tener en la cabeza (la creación de una capital occidental que rivalizara con la Roma imperial

[9] George Eugéne Haussmann, *Mémoires du Baron Haussmann,* París, 1890-1893, 2 vols., p. 34.

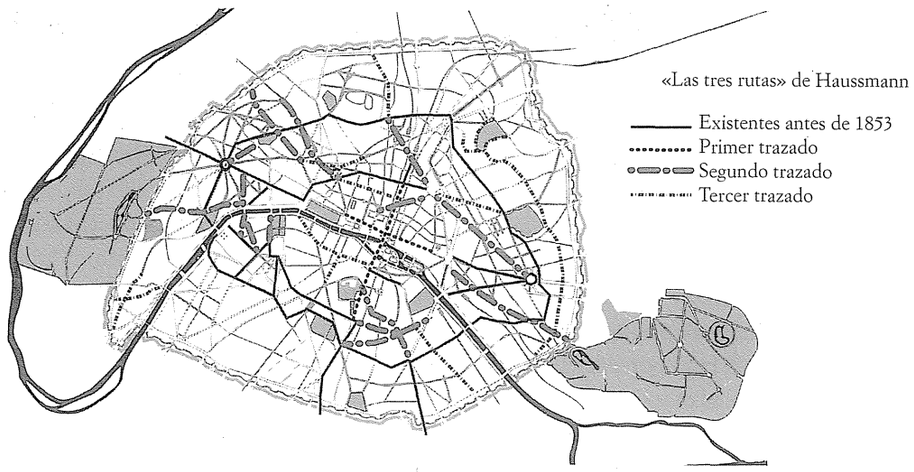


Ilustración 36. Los nuevos bulevares de Haussmann en las diferentes fases de construcción.

y festejara una nueva forma de Imperio; la expulsión del centro de la ciudad de «las clases peligrosas», de la infravivienda y de la industria), una de las consecuencias más claras de sus esfuerzos fue mejorar la capacidad de circulación de personas y mercancías dentro de los límites de la ciudad. Los flujos entre las nuevas estaciones de trenes, entre el centro y la periferia, entre la Margen Izquierda y la Margen Derecha, los flujos de entrada y salida de los mercados centrales como Les Halles, de ida y vuelta de los lugares de recreo (el Bois de Boulogne por el día, los grandes bulevares por la noche) se vieron facilitados por la construcción de unos 150 kilómetros de espaciosos bulevares que redujeron de manera notable el coste, el tiempo y las habituales molestias que implicaba el desplazamiento. En unión de los hermanos Pereire, Haussmann se las arregló para consolidar, mediante su fusión, a todas las compañías de transporte en un monopolio privado (la Compagnie des Ómnibus de Paris), permitiendo que el número de pasajeros pasara de 36 millones en 1855, a 110 millones en 1860. El nuevo sistema de calles tenía la ventaja añadida de que rodeaba hábilmente algunos de los tradicionales enclaves de los fermentos revolucionarios, lo que permitiría la libre circulación de la fuerza pública si llegara el caso. También contribuía a la renovación del aire en vecindarios insalubres, mientras que la luz gratuita del sol durante el día y la del nuevo alumbrado nocturno de gas, subrayaba la transición hacia una nueva forma de urbanismo más extrovertida, en la que la vida pública del bulevar se volvía un escaparate de lo que era la ciudad. Y en un extraordinario alarde de ingeniería, una maravilla en aquel momento, la circulación del agua de consumo y de las aguas residuales sufrió una transformación revolucionaria.

Fue una obra despiadada que llevó tiempo, dinero, destreza y el increíble empuje y habilidad administrativa de Haussmann para realizarla. Nadie puede dudar del compromiso apasionado y duradero de Haussmann con la mejora de los medios de transporte. En 1832, en su primer destino como subprefecto del remoto pueblo de Nerac, se había saltado la autoridad del prefecto y había recurrido a una financiación creativa, de dudosa legalidad, para dejar el pueblo, cinco años después, con varios kilómetros de calles pavimentadas, nuevos puentes y una adecuada y amplia carretera que lo unía a la ciudad más cercana.

De todas formas, la espectacular transformación del espacio interior de París no se debe exclusivamente a Haussmann. El desplazamiento del tráfico desde el eje principal que formaba el Sena hacia las estaciones ferroviarias ya se había debatido ampliamente durante la Monarquía de Julio (ilustración 25), y fue menos una consecuencia que un punto clave del propio trabajo. Haussmann reconoció inmediatamente que «se trataba de una necesidad de primer orden» situar las estaciones de ferrocarril, los principales puntos de entrada a la ciudad, «en relación directa con el corazón de la ciudad por medio de amplias vías»[10]. El trazado del ferrocarril del Petit Ceinture, que rodeaba París y que dio tanto dinamismo al crecimiento de las afueras, también debe poco a Haussmann. Y como veremos, los cambios que se produjeron en el funcionamiento de los mercados del suelo y de la propiedad, en el establecimiento de industrias y en los procesos de trabajo, en los sistemas de compra y distribución, en la distribución de la población y en la formación de familias, fueron cambios a los que Haussmann se tuvo que adaptar más que liderar. La remodelación del espacio interior de París fue la respuesta a procesos que ya estaban en marcha. Pero también se convirtió en un marco espacial alrededor del cual esos mismos procesos (de desarrollo industrial y comercial, de inversión en vivienda y segregación residencial, etc.), podían agruparse y desarrollar sus propias trayectorias, definiendo así la nueva geografía histórica de la evolución de la ciudad.

Hay que reconocer que Haussmann entendió bien los límites de su papel. A pesar de sus poderes autoritarios y de sus frecuentes delirios de grandeza, también se dio cuenta de que para poder transformar la ciudad había que liberar algo más que el flujo de personas y mercancías de sus limitaciones medievales. La fuerza a la que tuvo que recurrir fue la misma que finalmente le acabó dominando a él: la circulación del capital. Pero esto también fue una condición obligada que ya estaba presente desde el mismo momento en que nació el Imperio; y para que éste pudiera sobrevivir era completamente necesario absorber los excedentes de capital y de trabajo. Hacerlo mediante las obras públicas que transformaron de tal manera la ciudad, implicaba la circulación libre del capital a través de la construcción de una configuración es-

[10] L. Girard, *La politique des travaux publics sous le Second Empire,* cit., p. 118.

pacial concreta del entorno existente. Libre de sus ataduras feudales, el capital reorganizó el espacio interior de París de acuerdo con principios que eran inequívocamente suyos. Haussmann quería hacer de París una capital moderna digna de Francia, si no de la civilización occidental. Sin embargo, la realidad es que su papel fue ayudar simplemente a convertirla en una ciudad en la que la circulación del capital se volvió el auténtico poder imperial.

Las nuevas relaciones espaciales tuvieron grandes consecuencias sobre la economía, la política y la cultura de la ciudad, y los efectos sobre sus habitantes fueron innumerables. Resultó como si súbitamente se vieran sumergidos en un desconcertante mundo de vértigo y de compresión de las relaciones espaciales. El Segundo Imperio experimentó un feroz proceso de compresión del espacio-tiempo, y sus efectos contradictorios, especialmente respecto al espacio y al lugar, resultaron evidentes en todas partes. Por ejemplo, la orientación de las nuevas inversiones en transporte reiteraba la tendencia a centralizar en París la Administración, las finanzas, la economía y la propia población. Replanteó el espinoso problema del equilibrio adecuado entre la centralización geográfica y la descentralización del poder político dentro de la nación, y lo hizo de tal manera que convirtió el papel de lo común, en la construcción de la identidad política y ciudadana, en un tema habitual de debate[11]. Muchos consideraban la centralización como una virtud. «París está centralizado en sí mismo», proclamaba orgullosamente el emperador; «es la cabeza y el corazón de Francia», señalaba Haussmann[12]. Pero esto era un desafío a la viabilidad y al significado de las comunidades locales, incluso dentro del mismo París; los intereses políticos parecían tener cada vez menos fronteras geográficas y ser menos definidas, mientras que las identidades políticas basadas en el territorio cada vez tenían que ser más afirmadas en vez de conformarse con ser meramente vividas.

La escala no fue un problema exclusivo de Haussmann, los financieros y la burguesía. El nuevo internacionalismo del movimiento obrero no casaba demasiado con aquella lucha y reivindicación de la autonomía local, que tanto había animado a los trabajadores durante la década de 1840 y que más tarde daría a la Comuna de París (con su empeño absoluto en el derecho al autogobierno local), gran parte de su coloración política específica. La próxima unificación del mundo por medio de la monetización y del intercambio de mercancías también se celebró en las Exposiciones Universales realizadas en París en 1855 y 1867. Ambos acontecimientos no se enfocaron solamente hacia el progreso tecnológico, sino también hacia un nuevo mundo

[11] Luis Greenberg, *Sisters of Liberty: Marseille, Lyon, Paris and the Relation to a Centralized State, 1868-1871,* Cambridge (MA), 1971; Sudhir Hazareesingh, *From Subject to Citizen. The Second Empire and the Emergence of Modern French Democracy,* Princeton (NJ), 1998.

[12] G. E. Haussmann, *Mémoires du Baron Haussmann,* cit., vol. 2, p. 202.

de interconexiones espaciales facilitadas por las modernas redes de comunicaciones y materializado por el intercambio de mercancías. En la *Guía de París de 1867*, escrita especialmente para la Exposición Universal de aquel año, Victor Hugo elaboraba un panegírico bastante simplista dedicado a una Europa unificada (del tipo que Saint-Simon había planteado en 1820), libre de fronteras nacionales y exponente de una cultura común, en el mismo momento en que las tensiones geopolíticas estaban en auge, tres años antes de que la Guerra Franco-Prusiana sacudiera la unidad europea y pusiera fin al Imperio. La fantasmagoría de una cultura capitalista mundial y de sus relaciones espaciales que se presentaba en la Exposición, le impidieron ver el significado y la fuerza de las lealtades y de las identificaciones con el lugar.

Y, como sucede tan a menudo con las mejoras en el transporte y las comunicaciones, el resultado no fue tanto un alivio de la congestión sino recrearla a otra escala y velocidad. La multiplicación por tres del número de pasajeros de los transportes colectivos de la ciudad que se produjo entre 1855 y 1860 es un ejemplo bastante claro. Muchas de las caricaturas que realizó Daumier en respuesta a las nuevas formas de transporte, subrayan los apuros y las prisas que se producen en los trenes, las estaciones y a lo largo de los bulevares; la intensa presión de la multitud y el cambio del equilibrio entre la intimidad y la presencia pública (ilustraciones 19, 34, 37 y 38). La segregación social de los trenes, y entre «arriba o dentro» en los

Ilustración 37. El aumento del tráfico de ómnibus por los bulevares no disminuyó la aglomeración y los inconvenientes de viajar por la ciudad, por lo menos viendo este dibujo de . Daumier de 1856.

ómnibus, permitía cierta separación, pero al margen de la clase de compartimento en que se viajara, resultaba difícil mantener algún tipo de privacidad o intimidad en unos vagones atestados. El ferrocarril revolucionó, no solamente la materialidad de las relaciones espaciales, sino también las relaciones sociales, las intimidades y las sensibilidades[13]. La incorporación del extrarradio y de las remotas zonas rurales a la vorágine de la vida parisina también significaba que no quedaba ningún lugar para escapar del proceso de urbanización, mientras que la compulsión de las clases medias y acaudaladas por buscar el placer y el ocio en una naturaleza, ahora más accesible, pronto se convertiría en uno de los grandes temas de la pintura impresionista.

La rapidez también ensanchó los espacios dentro de los que las personas, las mercancías y las ideas se podían mover, y volvió imperativo el repensar y rehacer el proceso urbano a una escala diferente. Haussmann y sus ayudantes tuvieron que adaptarse a este proceso y no hay duda de que fueron a la cabeza, pero no fueron ellos los únicos en tener que hacerlo. Financieros, intereses comerciales y empresarios también tuvieron que adaptar su pensamiento y encontrar los medios de organización para trabajar a mayores escalas geográficas. El interés de Haussmann por incluir las afueras en el conjunto de la administración urbana, resulta un ejemplo de este cambio de escala. Urbanistas como Perreymond y Meynadier habían sido pioneros en esta línea de pensamiento desde la década de 1840, y simultáneamente se las habían arreglado para adaptar una tradición de racionalización del espacio urbano, que se remontaba por lo menos a Voltaire y Diderot, al caótico, progresivo y constante crecimiento urbano de París. Recordemos que Balzac también se había puesto a considerar la ciudad como un conjunto, y en el famoso final de *Papá Goriot*, muestra a Rastignac contemplando la ciudad desde las alturas del cementerio de Père Lachaise, preparado para apropiarse de ella. Aunque su proyecto es un proyecto de ascenso personal.

Muchos años después, Zola vuelve a tomar la escena de Balzac en *La jauría*. Saccard, el gran especulador del Segundo Imperio, cena una tarde con Angèle en los altos de la colina de Montmartre. Mirando el panorama de París e imaginando que «llueven monedas de veinte francos», alegremente observa como «más de un barrio de la ciudad será fundido y el oro se pegará a los dedos de todos aquellos que calienten y agiten la mezcla». Angèle permanece mirando «con un vago terror, la figura de este pequeño hombre plantado sobre el yaciente gigante a sus pies, que agita el puño mientras irónicamente frunce los labios». Saccard describe cómo la ciudad se ha visto cortada en cuatro por la Grand Croisée, y se abrirá aún más «con los tajos de los peones» y la segunda y tercera red de comunicaciones; «sus venas serán

[13] Wolfgang Schivelbusch, *The Railway Journey. The Industrialization of Time and Space in the Nineteenth Century,* Berkeley (CA), 1977.

Ilustración 38. Los viajes por ferrocarril tenían dramáticas implicaciones por la manera en que la gente podía experimentar los espacios públicos del viaje. Era especialmente difícil preservar algún tipo de intimidad, y muchas de las caricaturas de Daumier se referían al problema. Un primer intento de proteger a las clases superiores del contacto con el populacho, construyendo compartimentos independientes, fue rápidamente abandonado cuando se produjo el asesinato de un viajero en uno de ellos. En esta viñeta de 1864 Daumier alaba las ventajas de viajar en tercera clase, porque, aunque a uno le podían asfixiar, en cambio nunca le asesinaban.

abiertas dando alimento a cien mil peones y albañiles». Saccard, «con su nerviosa y seca mano dando cortes en el aire» y Angèle «temblando ligeramente a la vista de ese cuchillo viviente, esos dedos de hierro que sin misericordia cortaban la interminable masa de oscuros tejados [...] La pequeñez de la mano, planeando sin piedad sobre una presa gigantesca, acababa por resultar inquietante; y mientras sin esfuerzo rasgaba en dos las entrañas de la enorme ciudad, parecía adquirir el extraño reflejo del acero en el azul del crepúsculo»[14]. De esta manera, Zola recrea la destrucción creativa de París vista desde lo alto y a escala de la ciudad como totalidad. Pero ahora es el especulador el que agarra esta totalidad, con la ambición de trocearla y alimentarse de sus entrañas.

La remodelación de las relaciones espaciales y las transformaciones de la escala espacial que se produjeron, fueron momentos activos en vez de pasivos del proceso urbano. La organización real del espacio mediante el transporte y las comunicaciones es un hecho material de primera magnitud al que todos los análisis históricos y geográficos deben enfrentarse. La revolución que provocó el Segundo Imperio en las relaciones espaciales, tanto en París como más allá, puede haber tenido sus raíces en fases anteriores, pero no hay ninguna duda de que se produjo un salto cualitativo entre el ritmo del cambio, la escala espacial y la extensión geográfica después de 1852, en comparación con el que había prevalecido hasta entonces. Cómo se realizó esta revolución está todavía por explorar.

[14] É. Zola, *The Kill,* Nueva York, 1954, pp. 76-79.

V Dinero, crédito y finanzas

El sistema crediticio acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y el establecimiento de un mercado mundial

Marx

La mañana del 2 de diciembre de 1851, Emile Pereire corría a casa de James Rothschild para asegurar al banquero postrado en la cama que el golpe de Estado se había producido sin ninguna pega. La historia de su posterior ruptura y de la impresionante lucha que mantuvieron hasta la caída de los hermanos Pereire, un año antes de que Rothschild muriera en 1868, es una de las batallas legendarias de las altas finanzas. Le sirvió mucho después a Zola como argumento de su novela *El dinero*[1]. Detrás de esa confrontación se encontraban dos concepciones bien diferentes del papel del dinero y de las finanzas en el desarrollo económico. La *haute banque* de los Rothschild era un negocio familiar, privado y confidencial, que trabajaba sin publicidad con opulentos amigos, y profundamente conservador en su aproximación al dinero; un conservadurismo que se manifestaba en su consideración del oro como la auténtica forma monetaria, la verdadera medida del valor. Esa relación les había dado resultado. Permanecían, como se quejaba una publicación obrera en 1848, «fuertes frente a las jóvenes repúblicas» y eran «un poder independiente de las viejas dinastías». «Usted es algo más que un hombre de Estado, usted es el símbolo del crédito». Los Pereire, por su parte, formados en las ideas de Saint-Simon desde principios de la década de 1830, trataban de cambiar el significado de ese

[1] Jean Autin, *Les frères Pereire,* París, 1984; Jean Bouvier, *Les Rothschild,* París, 1967; É. Zola, *Money,* Stroud, 1991.

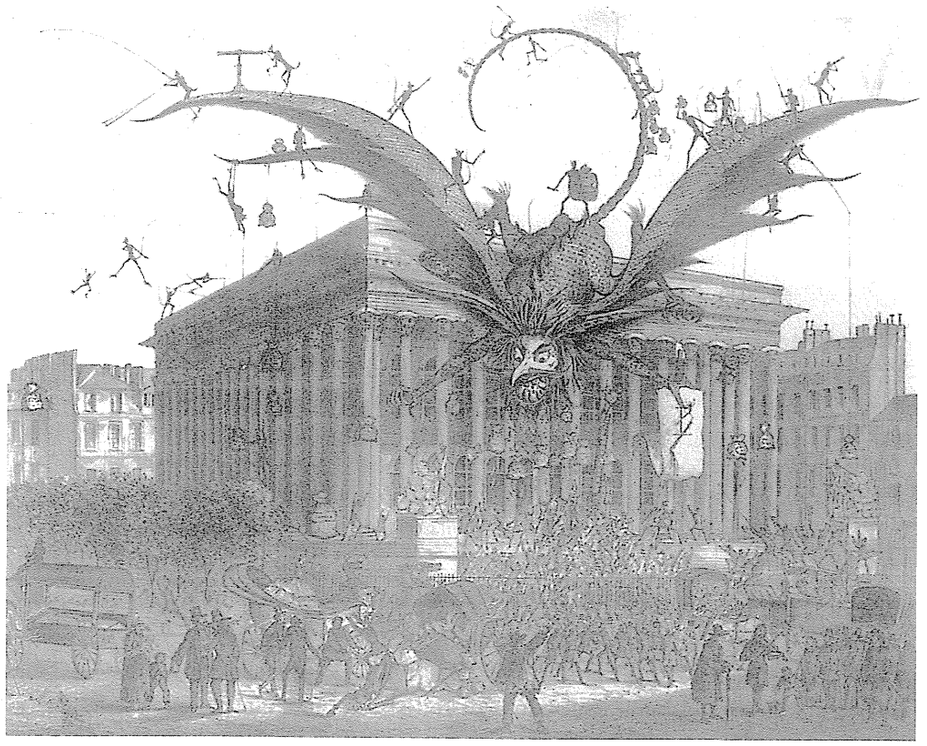


Ilustración 39. Dumas decía que la Bolsa de valores era «el dinero de otra gente», y Chargot representaba la Bolsa como una guarida de vampiros.

símbolo. Desde tiempo atrás habían considerado el sistema crediticio como el nervio central del desarrollo económico y del cambio social. En medio de un discurso confuso buscaban democratizar los ahorros movilizándolos en una elaborada jerarquía de instituciones de crédito, capaces de afrontar proyectos a largo plazo. La «asociación del capital» era su lema, y la especulación grandiosa y descarada sobre el desarrollo futuro, su práctica. El conflicto entre los Rothschild y los Pereire fue, en un análisis final, una versión personalizada de una profunda tensión dentro del capitalismo entre la superestructura financiera y su base monetaria[2]. Y si en 1867, aquellos que controlaban la moneda extranjera, como Rothschild, lograron derribar el imperio del crédito de los Pereire, en el fondo, como veremos en breve, no iban a obtener más que una pírrica victoria.

En 1851, el problema era absorber los excedentes de capital y trabajo. La burguesía parisina reconocía de manera general las raíces económicas de la crisis que

[2] D. Harvey, *The Limits to Capital,* cit.

acababan de atravesar, pero estaba profundamente dividida en cuanto a qué hacer con ella[3]. El gobierno tomó el camino de Saint-Simon y buscaba una mezcla de intervenciones gubernamentales directas, de creación de crédito y de reforma de las estructuras financieras, que facilitara la conversión de los excedentes de capital y trabajo en nuevas infraestructuras materiales, como base del renacimiento económico. Se trataba de una política de inflación contenida y expansión estimulada (un cierto tipo de keynesianismo primitivo) engrasada por la fuerte corriente de oro procedente de California y Australia. Los *haute banques* y sus clientes estaban profundamente recelosos. Rothschild escribió al emperador condenando con energía las nuevas iniciativas. El gobierno, desconfiando de las simpatías orleanistas de los banqueros, se volvió hacia administradores como Persigny, los hermanos Pereire y Haussmann, que compartían la idea de que el crédito universal era el camino hacia el progreso económico y la reconciliación social. Con ello, se abandonó lo que Marx llamaba el «catolicismo» de la base monetaria, que había convertido el sistema financiero en «el papado de la producción», y abrazaron lo que Marx llamó «el protestantismo de la fe y el crédito»[4]. La imaginería religiosa que se utiliza tiene en cualquier caso un significado más que casual. Hasta bien entrada la década de 1840, la Iglesia Católica equiparaba formalmente el interés con la usura y pretendía prohibirlo. Para muchos católicos devotos, la inmoralidad del nuevo sistema financiero era un asunto grave. El hecho de que Rothschild y los hermanos Pereire fueran judíos y Haussmann protestante, a sus ojos no mejoraba las cosas. Como confirma jocosamente la viñeta de Gavarni, muchos de ellos identificaban el capitalismo con la prostitución. La condena moral del Imperio, que reapareció con tanta fuerza después de su colapso, llegaba a menudo a considerar irregulares y pecaminosas sus transacciones financieras. Resultaba evidente que, para crear un nuevo sistema financiero, había que superar barreras políticas, técnicas y filosóficas, pero también morales.

La historia de la reforma financiera bajo el Segundo Imperio es complicada en sus detalles[5], pero el Crédit Mobilier que fundaron los hermanos Pereire estaba sin duda en el centro de la controversia. La compañía, fundada inicialmente para volver a poner en marcha la construcción de vías férreas y sus industrias auxiliares, era un banco inversor que mantenía participaciones en compañías y les ayudaba a reunir la financiación necesaria para proyectos a largo plazo. También podía vender deuda al

[3] André-Jean Tudesq, «La crise de 1847, vue par les milieux d'affaires parisiens», *Etudes de la Société d'Histoire de la Révolution de 1848* 19 (1956), pp. 4-36.

[4] K. Marx, *Capital,* cit., vol. 3, p. 592; *Grundisse,* cit., p. 156.

[5] Pierre Dupont-Ferrier, *Le marché financier de Paris sous le Second Empire,* París, 1925; Maurice Levy-Leboyer, «Le crédit et la monnaie. L'évolution institutionelle», en F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire Économique et Sociale de la France,* París, 1976.

Ilustración 40. Muchos católicos conservadores consideraban el cargo de intereses equivalente a la prostitución. En esta viñeta de Gavarni, una joven graciosamente vestida intenta atraer a un cliente reluctante a una oficina de inversión (una casa de mala reputación), prometiéndole que será buena y generosa con él, ¡que le dará un buen porcentaje de ganancias sobre cualquier cosa que invierta!

público en general, con un interés garantizado por los ingresos de las compañías que controlaba. Con ello actuaba como un intermediario entre innumerables pequeños ahorradores que hasta entonces no tenían semejantes oportunidades de inversión (los hermanos Pereire hicieron grandes esfuerzos por la «democratización» del crédito) y un amplio abanico de empresas industriales. Llegaron incluso a pensar en convertir el banco en una sociedad de cartera universal que pondría toda la actividad económica, incluyendo la del gobierno, bajo el mismo control. Hubo muchos, incluidos a los que estaban en el gobierno, que desconfiaban de lo que apuntaba hacia una evolución planeada de lo que ahora conocemos como «capitalismo monopolista de Estado». Y, a pesar de que los hermanos Pereire finalmente caerían víctimas de la creciente oposición conservadora y de su propia especulación desenfrenada (un destino que Rothschild había vaticinado en su carta al emperador, y que había contribuido a cumplir), sus adversarios se vieron obligados a adoptar los nuevos métodos. Rothschild devolvió el golpe asumiendo la misma forma de organización ya en 1856, y al final del Segundo Imperio habían surgido una multitud de nuevos intermediarios financieros (como el Crédit Lyonnais, fundado en 1863), que dominarían la vida financiera francesa hasta la actualidad.

Para los hermanos Pereire, el Crédit Mobilier no podía ser efectivo sin una amplia variedad de otras instituciones integradas o subordinadas a él. El Banco de Francia, una institución privada pero regulada por el Estado, se fue apropiando del papel de banco central nacional. Aunque, presupuestariamente hablando, resultaba

demasiado conservador para el gusto de los Pereire, se tomó muy en serio las tareas de preservar el valor del dinero, incluso al precio de restringir el crédito y elevar el tipo de descuento hasta niveles que los Pereire consideraban dañinos para el crecimiento económico[6]. El Banco de Francia se convirtió en el mayor centro financiero de oposición a las ideas de los Pereire, con una actividad casi exclusivamente centrada en los efectos comerciales y letras de cambio a corto plazo. El 10 de diciembre de 1852, poco después de la creación del Crédit Mobilier, los hermanos Pereire integraron una nueva institución, el Crédit Foncier, dirigida a racionalizar y ordenar los mercados del suelo e hipotecario y que fue un importante aliado de sus proyectos. Otras organizaciones como el Comptoir d'Escompte (fundado en 1848) y el Crédit Industriel et Comercial (en 1859) se ocupaban de créditos especiales. Dentro de su propio imperio, y con la bendición del gobierno, los hermanos Pereire crearon un amplio abanico de instituciones jerárquicamente ordenadas, como la Compagnie Immobilièr, que se centraba en la financiación del desarrollo inmobiliario. En su momento de mayor esplendor, el Crédit Mobilier integraba dentro de una organización extraordinariamente poderosa a veinte empresas localizadas en Francia y a catorce en el extranjero.

Los efectos de todo esto en la transformación de París fueron enormes. De hecho, sin una reorganización de las finanzas, esa transformación simplemente no hubiera podido realizarse al ritmo que se hizo. No fue solamente que la ciudad tuviera que endeudarse (un tema del que me ocuparé más adelante), sino que los proyectos de Haussmann dependían de la existencia de empresas que tuvieran la capacidad financiera de desarrollar, construir, poseer y administrar los espacios que él abría. Por ello, los hermanos Pereire se convirtieron «en muchos aspectos y en muchos lugares en el brazo secular del prefecto»[7]. La Compagnie Immobilièr de París surgió en 1858 de la organización que los Pereire habían creado en 1854 para llevar a cabo el primero de los grandes proyectos de Haussmann: la terminación de la Rue de Rivoli y del Hotel du Louvre. El funcionamiento del nuevo sistema queda bien explicado con lo que sucedió en este primer proyecto. La decisión de reunir el capital y construir a lo largo de la Rue de Rivoli el hotel y los espacios comerciales se realizó como una maniobra especulativa con vistas a la Exposición Universal planeada para 1855. El plan original de un pasaje con tiendas individuales no tuvo éxito, y los Pereire aceptaron una propuesta para convertir el espacio comercial entero en un gran centro comercial, una empresa nueva e igualmente especulativa. El centro se abrió en 1855, pero tuvo una mala administración y resultó un fracaso financiero; los Pe-

[6] J. Autin, *Les frères Pereire,* cit.; A. Plessis, *La Banque de France et ses deux cents actionnaires sous le Second Empire,* París, 1982.

[7] J. Autin, *Les frères Pereire,* cit., p. 186.

reire tuvieron que reorganizar y recapitalizar la empresa, y hubo que esperar hasta 1861 para que finalmente produjera beneficios[8]. Mientras tanto, los Pereire pusieron el capital que permitiera al centro pagar la deuda adquirida en su construcción. Si en algún momento anterior a 1861, alguien hubiera cuestionado la contabilidad creativa que se utilizaba (o incluso se hubiera negado a invertir más dinero), los Pereire se hubieran encontrado con graves dificultades financieras. Pero se las arreglaron para eludir el corto plazo y alcanzaron el éxito a largo plazo.

La compañía continuó construyendo a lo largo de los Campos Elíseos, del bulevar Malesherbes, y en los alrededores de la Ópera y del parque Monceau. Cada vez más, se apoyaba en las operaciones especulativas como fuente de beneficios; en 1856-1857 obtuvo tres cuartas partes de sus ingresos de los alquileres de viviendas y plantas industriales, y solamente un cuarto de la compraventa de suelo y propiedades inmobiliarias. En 1864, la proporción era exactamente la contraria[9]. La compañía podía aumentar con facilidad su capital vía el Crédit Mobilier (que poseía la mitad de sus acciones) y reforzar sus beneficios mediante operaciones de endeudamiento basadas en su estrecha relación con el Crédit Foncier (recibiendo prestamos de la segunda por valor de la mitad de su capital, a un interés del 5,75 por 100 para un proyecto que ofrecía un 8,7 por 100 y obteniendo un beneficio del 11,83 por 100, según explicaba Pereire a unos atónitos accionistas). La compañía fue desplazándose hacia la financiación de proyectos a corto plazo, lo que la hizo vulnerable a los cambios del tipo de interés dictados por el Banco de Francia (que explica la impaciencia de los Pereire con las políticas de esa institución y su obsesión con el crédito barato). También contrataba las obras de edificación con empresas financiadas por el Credit Mobilier, provocando una considerable concentración y aumento del empleo en el sector de la construcción (cuadro 4), al mismo tiempo que vendía o alquilaba los edificios a empresas de gestión o grupos comerciales en los que Credit Mobilier tenía un claro interés.

Los hermanos Pereire fueron unos maestros en la creación de sistemas financieros verticalmente integrados que podían ponerse en funcionamiento para construir vías de ferrocarril, todo tipo de empresas de transporte, industriales o comerciales, y para dirigir inversiones masivas hacia el entorno ya construido. «Quiero escribir mis ideas sobre el propio paisaje», escribía Emile Pereire, y, desde luego, él y su hermano así lo hicieron. Pero no estuvieron solos. Incluso Rothschild acabó por convertir sus propiedades alrededor de su Gare du Nord en una rentable empresa inmobiliaria, y muchos constructores, contratistas, arquitectos o propietarios intentaron obtener beneficios por el mismo camino. Y aunque, como veremos más

[8] M. Miller, *The Bon Marché. Bourgeois Culture and the Department Store, 1869-1920,* cit., p. 28.
[9] Michel Lescure, *Les sociétés inmobilières en France au XIXème siècle,* París, 1980, p. 19.

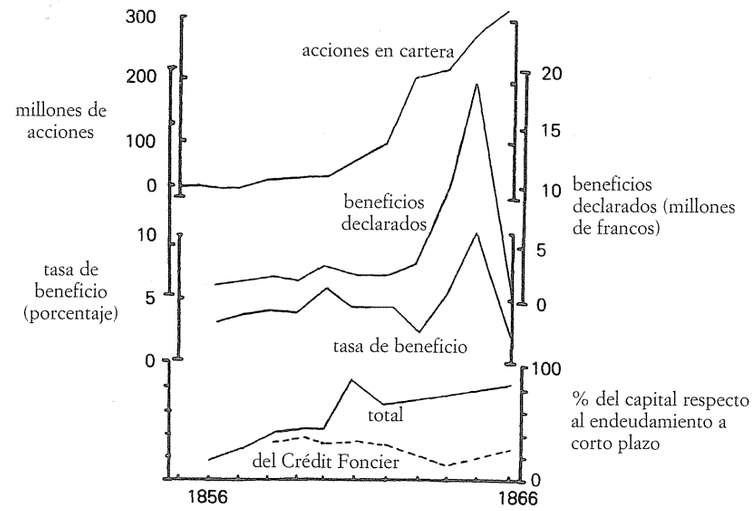


Ilustración 41. Las operaciones de la Compagnie Immobilière entre 1856 y 1866 (según Lescure, 1980) distinguiendo entre número total de acciones (que crecen rápidamente después de 1866, justo antes de la caída de 1867), los beneficios declarados y los índices de beneficio (que descendieron después de 1865), y la dependencia creciente sobre los préstamos a corto plazo después de 1860.

adelante, este no fue el único sistema de desarrollo del suelo en París, fue el principal medio para articular la haussmannización de la ciudad.

Sin embargo, esto era solamente la punta de un verdadero iceberg que afectaba a la economía y a la vida de París. «Los negocios son el dinero de otra gente», bramaba Alejandro Dumas el joven. El dinero, las finanzas y la especulación se convirtieron en la gran obsesión de la burguesía parisina, y la Bolsa se convirtió en un centro de corrupción y de especulación que se tragó las fortunas de muchos terratenientes. Su nefasta influencia sobre la vida diaria fue inmortalizada posteriormente por Zola en *La jauría* y *El dinero*, en la figura de Saccard (vagamente basada en los Pereire), que en la primera de las novelas se presenta como el gran especulador dedicado a la transformación de París, y en la segunda aparece como el financiero que hace planes de inversión en Oriente, donde:

> Los campos se desbrozarán, se construirán carreteras y canales, del suelo crecerán nuevas ciudades; la vida volverá como vuelve a un cuerpo enfermo cuando estimulamos el sistema inyectando sangre nueva en venas exhaustas. ¡Sí! El dinero obrará estos milagros [...] Tienes que entender que la especulación, el juego, es el mecanismo central, el corazón mismo de una enorme aventura como la nuestra. Sí, atrae a la sangre, la toma en pequeños arroyos de cualquier fuente, la recoge, la devuelve en todas las direcciones formando ríos y establece una enorme circulación de dinero, que es la verdadera vida de las

grandes empresas [...] La especulación, al ser el primer incentivo que tenemos que vivir, se convierte en el deseo eterno que nos lanza a la vida y a la lucha. Sin ella, querida amiga, no habría negocios de ningún tipo [...] Sucede lo mismo que con el amor. En el amor, como en la especulación, hay mucha suciedad; también en el amor la gente no piensa más que en su propia gratificación; sin embargo sin amor no habría vida y el mundo llegaría a un final[10].

La jauría evoca el mismo proceso exactamente pero esta vez referido a la propia ciudad. Saccard, habiendo comprendido «el gran proyecto de la transformación de París», se dispone a sacar partido del conocimiento interior que ha adquirido (incluso «había sido consultado, en el despacho del prefecto, sobre el famoso plan de París en el que "una mano augusta" había trazado con tinta roja el esquema del segundo cinturón»). Después de haber «leído el futuro en el Hôtel de Ville», sabiendo perfectamente «lo que se puede robar comprando y vendiendo casas y terrenos» y estando «al día en todas las estafas clásicas»,

sabía cómo vender por un millón de francos lo que había costado quinientos mil; cómo adquirir el derecho a saquear la tesorería del Estado mientras sonríe y cierra los ojos; sabía como cuando abres un bulevar a través de la barriga de un barrio viejo, amañar casas de seis pisos entre el aplauso unánime de tus víctimas. Y en aquellos días todavía grises, cuando el cáncer de la especulación todavía se estaba incubando, lo que le convertía en un extraordinario jugador era que veía, más allá que sus propios jefes, el futuro de piedra y yeso que estaba reservado para París[11].

La figura del gran especulador no solamente se encarga de modelar París y su forma urbana, sino que también aspira a disponer del mundo entero. Y la herramienta es la asociación de los capitales. El que Zola se encontrara tan cómodo evocando la doctrina de Saint-Simon en su forma más desmedida, unos setenta años después de su formulación inicial, dice mucho de la persistencia en Francia durante todo el siglo, de esa forma de pensamiento. La receta «el dinero en ayuda de la ciencia produce progreso» que invocaba Zola resonaba en todos los niveles. Evidentemente, no podía haber ninguna modernidad si no se reunía el capital especulativo que la llevara a cabo. La clave estaba en encontrar la manera de convertir los pequeños arroyos de capital, en una circulación masiva que sacara adelante proyectos a la escala adecuada. Esto era precisamente lo que los hermanos Pereire pretendían hacer y lo que los cambios institucionales en las finanzas pretendían facilitar.

[10] É. Zola, *Money,* cit., p. 117-118.
[11] É. Zola, *Germinal,* Harmondsworth, 1954, p. 76.

Sin embargo, fue la democratización del dinero, por un lado, la que hizo posible la gran centralización del poder financiero por otro. Las seis familias más ricas tenían 158 de los 920 sillones de los consejos de dirección de las compañías registradas en París a mediados de la década de 1860, los hermanos Pereire tenían 44 y la familia Rothschild 32[12]. Crecieron las críticas contra el inmenso poder del nuevo «feudalismo financiero» y llegaron al público en obras populares como las de Duchêne[13]. Al mismo tiempo, este poder se hacía sentir tanto a nivel internacional (los detractores de los Pereire afirmaban que éstos habían amenazado con sustituir el oro por una nueva moneda internacional bajo su control), como en todas las esferas de la organización urbana. Los hermanos Pereire fusionaron las compañías de gas en un monopolio regulado, llevando la iluminación a las calles y a la industria de gran parte de París; fundaron (también por fusión), la Compagnie des Ómnibus de Paris; financiaron el primer centro comercial (el Louvre) y trataron de monopolizar el puerto y el comercio de reexportación[14].

La reorganización del sistema crediticio tuvo efectos de largo alcance sobre el comercio y la industria de la ciudad, sobre el proceso productivo y las formas de consumo. Después de todo, todo el mundo dependía del crédito y la única cuestión era quien lo iba a hacer accesible, a quién y en qué términos. Los trabajadores acosados por el empleo estacional vivían de él, los pequeños empresarios y los tenderos lo necesitaban para hacer frente a la estacionalidad de la demanda, y la cadena era interminable. El endeudamiento era un problema crónico en todas las clases y en todos los escenarios de la actividad. Pero el sistema crediticio de la década de 1840 era arbitrario y caprichoso además de inseguro, ya que solamente la tierra y la propiedad daban una auténtica seguridad. En 1848, hubo propuestas para reformarlo. Los artesanos, los pequeños empresarios y los trabajadores cualificados buscaban algún tipo de sistema crediticio mutualista bajo un control local y democrático. El experimento de Proudhon con el Banco del Pueblo, ofreciendo crédito sin interés bajo el lema «mercaderes del dinero, vuestro reino ha acabado», se desplomó con su arresto en 1849[15]. Pero la idea nunca murió. Cuando los trabajadores empezaron a organizarse en la década de 1860, la cuestión de los créditos mutualistas era uno de sus objetivos. Su Crédit au Travail, que empezó a funcionar en 1863, se fue a pique en 1868, totalmente insolvente, con «préstamos a cuarenta y ocho cooperativas de las cuales dieciocho estaban en la bancarrota y solamente nueve podían afrontar

[12] A. Plessis, *La Banque de France et ses deux cents actionnaires sous le Second Empire,* cit., p. 81.
[13] Georges Duchene, *L'empire industriel,* París, 1869.
[14] J. Autin, *Les frères Pereire,* cit.
[15] E. Hyams, *Pierre-Joseph Proudhon. His Revolutionary Life, Mind and Works,* cit., pp. 154-171; K. Vincent, *Pierre-Joseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism,* cit.

los pagos»[16]. Se echó la culpa a la indiferencia por parte del gobierno y, sorprendentemente, por parte de los propios cooperativistas. Las cooperativas de consumo se encontraron con problemas similares, muchas familias preferían la relación antagónica y el impago a los tenderos locales, a la carga económica de la cooperativa, a la vista del desempleo periódico y la pérdida de los ingresos reales. La casa de empeños del Mont-de-Piété continuó siendo el último recurso de la gran mayoría del pueblo parisino. El sueño del crédito libre aparecía cada vez más lejano. Como decía un miembro de la Comisión de Trabajadores de 1867, «suponía la inversión del conjunto del sistema de propiedad privada sobre el que vivían comerciantes, terratenientes, gobiernos, etc.»[17].

El sistema crediticio acabó racionalizándose, ampliándose y democratizandose mediante la asociación del capital, pero fue a expensas de una especulación a menudo incontrolada y de la creciente absorción de todo el ahorro dentro de un sistema jerárquicamente organizado, que dejaba a los más desfvorecidos incluso más vulnerables frente a la arbitrariedad y al capricho de aquellos que tenían algún poder monetario. Aun así, fue necesaria una revolución en el sistema crediticio para poder realizar la revolución en las relaciones espaciales. Dentro de París, ese proceso dependía sin embargo, de una integración más estrecha del capital financiero y de la propiedad inmobiliaria. El modo en que se produjo esta integración es lo que vamos a considerar ahora.

[16] Maxwell Kelso, «The French Labor Movement during the Last Years of the Second Empire», en D. McKay (ed.), *Essays in the History of Modern Europe,* Nueva York, 1936, p. 102.

[17] *Rapports des délégations ouvrières* [1867], 1969, vol. I, p. 126.

VI La renta inmobiliaria y los intereses inmobiliarios

La renta del suelo, y no la casa, es el objetivo real de la especulación inmobiliaria en las ciudades de crecimiento rápido.

Marx

Entre 1848 y 1852, el mercado inmobiliario de París atravesó la depresión más severa y prolongada del siglo. En algunos barrios burgueses donde la crisis golpeó con más fuerza, el porcentaje de ocupación se limitaba a una sexta parte, los alquileres cayeron a la mitad y los precios de venta de los inmuebles (si es que éstas eran posibles) se vieron seriamente reducidos[1]. El Segundo Imperio le dio la vuelta a todo esto. Demostró ser la edad de oro de la propiedad inmobiliaria en París, dentro de un siglo caracterizado por índices relativamente elevados de rentabilidad y revalorización. Pero también fue un momento en que el significado y orientación social de la propiedad en la ciudad cambió radicalmente. La propiedad se veía cada vez más considerada como un simple activo financiero, una forma de capital ficticio cuyo valor de cambio, integrado en la circulación general del capital, dominaba por completo al valor de uso. Como el mismo Zola reconocía, había un mundo de diferencia entre la especulación masiva de Saccard y los pequeños pasatiempos que describía Balzac en *La prima Bette*, o incluso en la explotación más sistemática de *César Birotteau* y *Papá Goriot*.

[1] Adeline Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle,* París, 1965, pp. 23-35. Este trabajo, en general, resulta una fuente fundamental sobre los intereses de la propiedad en París durante este periodo. Anthony Sutcliffe (*The Autumn of Central Paris,* Londres, 1970) también proporciona una valiosa ayuda.

Ilustración 42. Daumier criticaba con frecuencia a propietarios y a los intereses inmobiliarios. Aquí los propietarios se conjuran para elevar los alquileres el próximo día de cobro.

Ilustración 43. Vautour representa popularmente al personaje del propietario avaricioso. Daumier (1852) le presenta extasiado por las demoliciones porque por cada casa demolida puede elevar sus alquileres en 200 francos.

La especulación en el mercado inmobiliario parisino tenía, por supuesto, una historia larga y no demasiado digna. Cuando François Guizot, primer ministro de Luis Felipe, lanzó su famosa invitación «enrichissez-vous», la burguesía parisina respondió con una locura especulativa que duró hasta bien entrada la década de 1840. Fue durante este periodo cuando se esbozó la idea de construir edificios de apartamentos con fines especulativos, actividad que se consolidaría durante el Segundo Imperio presentándose como la manera de solucionar la elevada densidad de la vida urbana. La burguesía tomó este camino, en parte porque la propiedad era una de las pocas formas seguras de inversión a la que podía acceder. Era rentable simplemente porque la oferta de vivienda iba muy a la zaga del crecimiento de la población y la burguesía podía explotar esa escasez. El personaje de monsieur Vautour, el propietario explotador, se convirtió en el blanco del oprobio popular durante la década de 1840 y, en 1848, en la principal repre-

Ilustración 44. Las fotografías de Marville dan muestra de la insalubridad y del estado destartalado de muchas de las viviendas de la ciudad a principios de la década de 1850.

sentación de esa explotación. El número de viviendas en la ciudad aumentó de 26.801 en 1817 a 30.770 en 1851, mientras la población pasó de 713.966 a 1.053.897 habitantes. La tasa de rentabilidad de la vivienda para trabajadores estaba en la década de 1820 en el 7 por 100, y probablemente se mantuvo tiempo en ese nivel, a costa de suprimir el mantenimiento y aceptar la masificación de unos barrios insalubres, tan gráficamente descritos en las novelas de Eugène Sue y en *La prima Bette* de Balzac. En los barrios burgueses, la tasa se acercaba al 5 por 100 (pocas veces menos), habida cuenta de que los inquilinos eran más escasos y más exigentes[2]. Sin embargo, estas cifras se podían comparar muy favorablemente con el 3 por 100 que producía la deuda del Estado.

Gracias a los meticulosos estudios de Daumard, podemos discernir las líneas maestras de los cambios que se produjeron a continuación. Aunque en París todos los segmentos de la burguesía consideraran la propiedad como un medio de acumular riqueza, durante la década de 1840, la propiedad estaba en sus dos terceras partes en manos de los pequeños comerciantes y artesanos, mientras que el resto lo estaba en las de los profesionales liberales y de los intereses comerciales. En 1880, el modelo había cambiado por completo. Los pequeños comerciantes y artesanos habían caído hasta el 13,6 por 100, las profesiones liberales hasta el 8,1 y todos ellos se veían suplantados por una clase de gente que se identificaba a sí misma simplemente como propietarios y que dominaba el 53,9 del mercado. Solamente los intereses comerciales (especialmente cuando se reunían en forma de «compañías», mantuvieron su posición (cuadro 3). Los pequeños comerciantes solamente pudieron retener una posición significativa en la periferia, controlando en 1870 una cuarta parte de las ventas, pero cayendo al 18,1 por 100 en 1880. El comercio, las compañías y las profesiones liberales tenían una parte desproporcionada de la propiedad en el centro de la ciudad, aunque de ningún modo podían compararse a los propietarios. Los escalones inferiores de las clases medias y la pequeña burguesía quedaron excluidos de la titularidad de la propiedad, especialmente en lugares céntricos, y sustituidos por una alta burguesía de propietarios y de intereses comerciales. Este cambio estaba en consonancia con los importantes desplazamientos de las estructuras comerciales, financieras e industriales, que produjeron la subordinación de artesanos, pequeños productores y comerciantes a la hegemonía del gran comercio y de las finanzas. También hay evidencias de que todos los grupos sociales estaban cada vez más dispuestos a lanzarse a la compra y venta de propiedades como actividad especulativa.

[2] A. Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle*, cit., p. 137.

Cuadro 3. El papel de la propiedad en la riqueza personal, 1840-1880

	% de las fortunas parisinas en forma de propiedad, 1847			*% de la propiedad en manos de grupos sociales*			
				1840	*1880*		
Categoría socioeconómica	*en París*	*fuera de París*	*Total*	*%*	*Total %*	*Centro %*	*Periferia %*
Propietarios[1]	39,8	21,3	61,1	8,9	53,9	49,1	59,3
Comerciantes[2]							
en activo	16,0	5,3	21,3	14,2	14,5	17,7	11,0
retirados	23,5	20,5	43,7				
Empresas					3,5	5,9	0,9
Pequeños comerciantes[3]							
en activo	18,0	7,0	25,0	48,8	13,6	9,6	18,1
retirados	38,8	2.2	41,0				
Funcionarios	13,0	33,4	46,4	4,3	2,2	3,1	0,7
Empleados del Estado	10,7	16,5	27,2	4,0	0,6	1,0	0,2
Empleos diversos	14,0	10,2	24,2	2,3	2,7	2,8	2,6
Profesiones liberales[4]	37,5	7,3	44,8	17,2	8,1	10,1	6,0
Varios[5]	8,70	0,9	9,6	0,3	0,8	0,5	1,1
Trabajadores en su domicilio	15,8	2,3	18,1				
Trabajadores a jornal	15,6	1,6	17,2				
Trabajo doméstico	2,8	5,3	8,1				
Total	27,4	17,3	44,7				

Fuentes: Adeline Daumard, *Maisons de Paris et proprietaires parisiens au XIXème siècle,* París, 1965, pp. 237, 241, y *Les fortunes francaises au XIXème siècle,* París, 1973, p. 216.

[1] Incluyendo aquellos que se definían así.
[2] Incluidos empresarios, mayoristas y comerciantes.
[3] Incluidos artesanos.
[4] Médicos, abogados, profesores, etcétera.
[5] Probablemente incluya aquí a los trabajadores en su domicilio, jornaleros y trabajadores domésticos.

La propiedad empezó y permaneció altamente dispersa. En 1846 Daumard calcula que el propietario medio controlaba solamente dos propiedades y, aunque alguna podía ser individualmente grande, la mayoría no lo eran. Entre los distintos barrios había y continuó habiendo variaciones considerables y, si en 1850 tenía que representarse con algún modelo, Gaillard sugiere que los grandes intere-

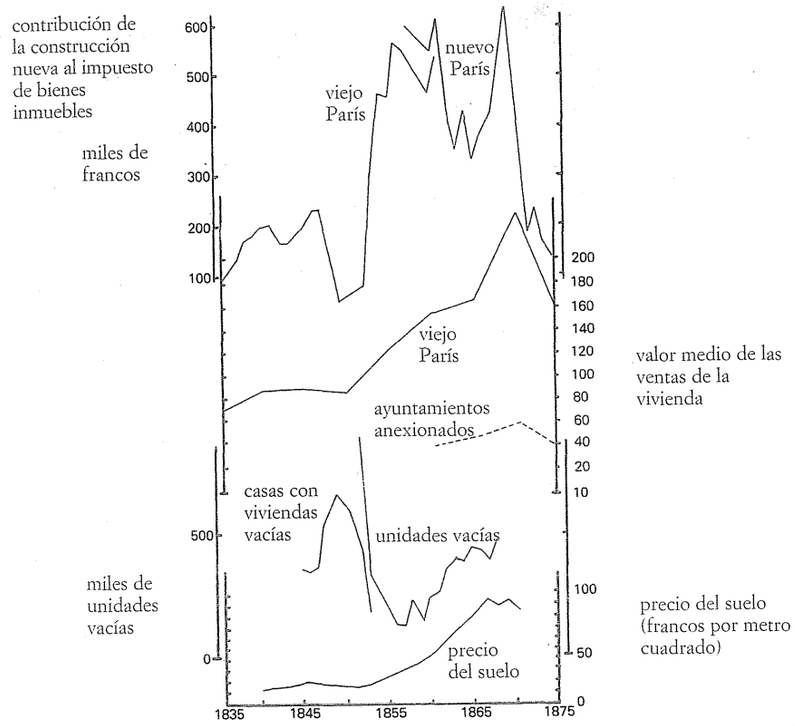


Ilustración 45. El movimiento de los precios del mercado inmobiliario en París, diferenciando la contribución de la construcción nueva al impuesto sobre bienes inmuebles (nótese el increíble salto a partir de 1855 y el colapso posterior a 1866), el incremento constante del precio de la vivienda después de 1848 hasta 1866 (a pesar los valores mucho más bajos en los municipios anexos), y la vertiginosa caída del índice de ocupación y la subida de los precios del terreno después de 1852 (según A. Daumard, 1965; J. Gaillard, 1977).

ses de la propiedad «progresista» se encontraban en la margen derecha más que en la izquierda, y en el centro más que en la periferia[3]. La tendencia hacia la concentración de la propiedad, que Daumard detecta en algunas zonas centrales de la ribera derecha, era simplemente la consolidación de un modelo que era evidente con anterioridad a 1850. Evidentemente, la manera previa en que se produjo la apropiación del espacio de la ciudad tuvo un papel clave en la posterior reorganización de ese espacio. La forma y el estilo de la propiedad en la margen izquierda (aristócratas mezclados con artesanos y pequeños comerciantes) la mantuvo profundamente reacia a los trabajos de Haussmann, con un resultado que todavía se puede percibir. Los intereses comerciales a gran escala que se reu-

[3] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870*, cit., pp. 85-120.

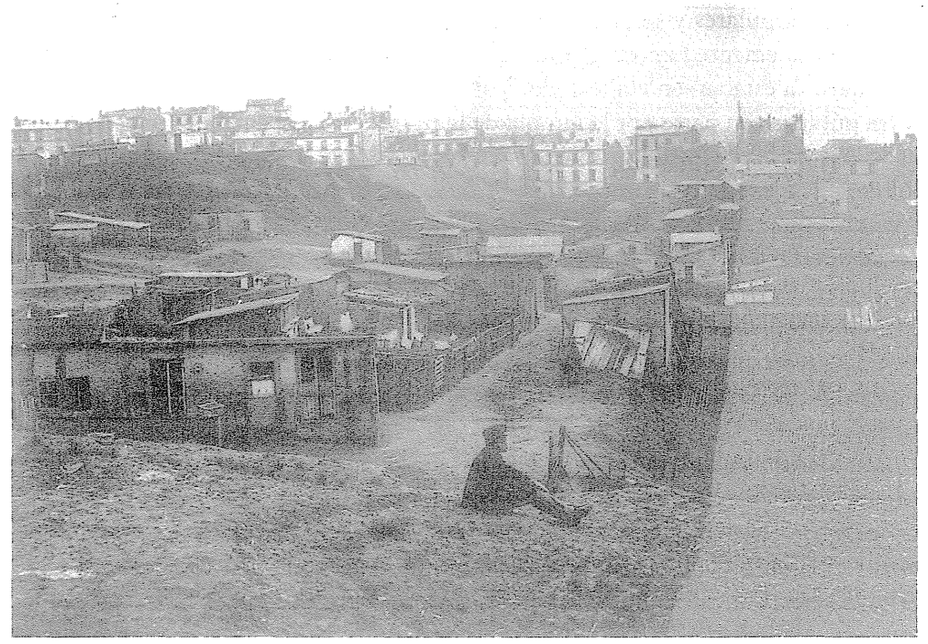


Ilustración 46. Esta fotografía de Marville, probablemente de mediados de la década de 1850, recoge las condiciones de vida en los numerosos barrios de chabolas que surgieron en la periferia y en los espacios libres a medida que se llevaban a cabo las demoliciones en el centro.

nían en el centro de la margen derecha no solamente estaban más dispuestos al cambio, sino que de manera activa lo habían promovido y planeado ya desde la Monarquía de Julio.

En París, bajo la Monarquía de Julio, los intereses ligados a la propiedad urbana constituían una fuerza política muy poderosa y estaban considerados orleanistas desde el punto de vista político. Sus actitudes sociales y su poder dejaron en 1850 una marca indeleble sobre el paisaje de la ciudad. Realizaron pocas mejoras, excepto aquellas dictadas por sus ganancias personales, sus caprichos o la búsqueda del ascenso social. El capital que invertían se consideraba principalmente como una inversión segura o, en el caso de los pequeños comerciantes, un valor de uso, más que como circulación productiva del capital mediante la construcción del entorno. La construcción especulativa, en oposición a la construcción por encargo, todavía estaba bastante limitada, era desordenada y se producía a pequeña escala y principalmente en la periferia (lo que supuso en aquel momento la expansión urbana hacia el noroeste, alrededor y más allá de los nuevos barrios de Chaussée d'Antin). Pero resultó insuficiente para satisfacer las ne-

cesidades populares y se complementó con la formación de barrios de chabolas como el tristemente famoso Petite Pologne. Las viviendas disponibles eran caras y la mayoría estaban en mal estado; los propietarios tendían a resistirse a las mejoras públicas, en parte por la miopía de la perspectiva espacial que acostumbra a asociarse con la pequeña propiedad, en parte porque la desigual distribución de los beneficios entre propietarios dispersos iba en contra de un consenso fácil para realizar cambios y, por último, por el miedo mortal que tenían a la elevación de los impuestos y a la disminución de los ingresos. El que la estructura física de París se estuviera deteriorando en relación con unas necesidades crecientes era algo que estaba suficientemente claro. Pero poca cosa se había hecho por remediarlo, en gran medida por las actitudes y el poder político de los propietarios. Para poder modernizar la ciudad, ésta era la primera cosa que había que cambiar por completo.

Las circunstancias que rodearon la llegada de Haussmann a París eran favorables en varios aspectos. El emperador no se encontraba demasiado comprometido con una clase abiertamente orleanista, que además, en ese momento, estaba políticamente a la defensiva. Por otra parte, en el movimiento obrero de 1848 afloraron los años de odio acumulado hacia propietarios codiciosos e incompetentes, popularmente caracterizados como el monsieur Vautour, e incluso después de los acontecimientos de junio y del claro triunfo del «partido del orden» en 1849, todavía se hacía notar demasiado, especialmente en París, un socialismo democrático en profundo antagonismo con arrendadores inmobiliarios y propietarios, que ocasionalmente aireaba el eslogan de Proudhon «la propiedad es robo». A esta situación había que añadir la depresión crónica en la que se encontraba el mercado inmobiliario de la ciudad. La situación de debilidad en la que se encontraba, hacía que los intereses de la propiedad estuvieran dispuestos a aceptar cualquier cosa que garantizase la perpetuación de sus derechos y la reactivación del mercado.

El Imperio actuó en los dos frentes. Suprimió a la izquierda sin ningún miramiento y preparó la base para una recuperación espectacular del mercado inmobiliario parisino. En 1855, el índice de viviendas desocupadas había caído al nivel más bajo de todos los tiempos, los precios de la propiedad estaban creciendo rápidamente y Louis Lazare, que tenía entre sus manos una gran cantidad de información, se quejaba de tasas de rentabilidad del 12 por 100 o mayores. Daumard recopiló con cuidado los datos de la construcción de viviendas en los nuevos bulevares situados en zonas escogidas del centro de la ciudad, que muestran tasas de rentabilidad muy sólidas durante todo el periodo del Segundo Imperio[4].

[4] A. Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle,* cit., p. 228.

Tasa de rentabilidad (%)	>5	5-5,9	6-6,9	7-7,9	8-8,9	9<
Número de casos (%)	4,6	6,8	32,7	36,7	13,8	5,2

Hay pocas razones para suponer que las tasas de rentabilidad de la vivienda vieja fueran mucho más bajas. Los propietarios estaban en condiciones de dictar las condiciones a los inquilinos, y la propiedad inmobiliaria en París se convirtió en una inversión segura y de gran rendimiento, resguardada de las fluctuaciones que caracterizaban al mercado bursátil.

Se sentaron las bases materiales para un acercamiento entre el Imperio y los propietarios parisinos[5]. Después de haberlos ignorado en un principio, el Imperio empezó a considerarlos, cada vez más, una base de apoyo en una capital donde el sentimiento opositor dominaba ya en 1857. Aun así, sus relaciones con Haussman fueron frecuentemente problemáticas y, en el mejor de los casos, ambivalentes, lo cual contribuye a explicar por qué su apoyo al Imperio fue menos entusiasta de lo que cabía esperar. Para empezar, el concepto de espacio urbano que tenía Haussmann era radicalmente diferente del de la típica miopía de unos propietarios desperdigados. Aunque estaba totalmente a favor de la propiedad privada en general, Haussmann no se mostró solícito con los derechos de propiedad de nadie en particular. Estaba preparado para pasar sin miramientos por encima de cualquier obstáculo concreto, y eso provocó el resentimiento. Además, era difícil que tantos propietarios dispersos obtuvieran beneficios similares. Gaillard señala que cuando se acercaba el final del Imperio, había muchas quejas de propietarios que sentían que se habían quedado al margen del gran festín especulativo que había acompañado a las obras públicas[6]. Haussmann también tuvo que enfrentarse al conservadurismo presupuestario de los propietarios, que les llevaba a no invertir productivamente en la transformación del espacio urbano, o a no aprobar la actuación pública que se emprendía con tales propósitos. Si había que transformar a la ciudad, había que movilizar al capital, no solamente para comprar y vender, sino también para demoler, reconstruir y gestionar a largo plazo el espacio urbano, de acuerdo con principios colectivos que eran totalmente ajenos al derecho de propiedad que defendían los propietarios tradicionales.

Lo que Haussmann fomentaba, en resumen, es la forma capitalista de propiedad privada del suelo, y al hacerlo chocaba de cabeza con actitudes y prácticas más tradicionales y profundamente enraizadas. Sin embargo, se anticipó adecuadamente a la resistencia que iba encontrar y marginó a los dos principales canales de influencia

[5] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 136.
[6] *Ibid.,* pp. 110-112.

Ilustración 47. Las demoliciones afectaron a todo el mundo. En esta ilustración de Daumier de 1852, un obrero le dice a una pareja de burgueses que espabilen y se levanten, porque son los siguientes en la lista de la piqueta.

que tenían los propietarios sobre la toma de decisiones: la comisión de planificación quedó de hecho reducida al mínimo, y el consejo municipal, nombrado por designación, fue asimilado con facilidad. Aun así encontró prudente acallar los miedos de los propietarios a la subida de impuestos, concibiendo métodos creativos de financiación de la deuda que se basaran en la expansión de la base imponible más que en el aumento del tipo impositivo. También llegó armado de grandes poderes para expropiar «por razones de interés público» y de condena de la «insalubridad», que procedían de la legislación social de la Segunda República, y estaba preparado para utilizarlos de manera que sus mentores difícilmente pudieron imaginar. En cualquier caso, con unos propietarios desmoralizados, Haussmann golpeó fuerte y deprisa en el centro del problema sin apenas oposición.

Los propietarios posteriormente organizaron un contraataque victorioso por medio de dos elementos que controlaban: el poder judicial y el Consejo de Estado. En 1858, recuperaron el derecho a rentabilizar en su propio beneficio los aumentos del valor de la propiedad, que Haussmann había retenido con grandes beneficios para la ciudad. Obtuvieron en los tribunales compensaciones cada vez más elevadas

por las expropiaciones de terrenos y, por medio de un laberinto de decretos y de decisiones judiciales, a principios de la década de 1860, se las arreglaron para cambiar las tornas en contra de Haussmann. Más tarde, Haussmann afirmaría que el origen de los problemas presupuestarios, que acosaban a la ciudad en la década de 1860, estaba en «esta victoria del individualismo sobre los intereses públicos» y en los costes crecientes de las compensaciones, unido a la pérdida de ingresos como consecuencia de las decisiones judiciales. Los datos de Daumard muestran que, realmente, los propietarios recibieron compensaciones por encima del valor del mercado después de 1858[7]. Este es el comedero donde Zola alimenta a Saccard en *La jauría*. Si los propietarios consolidaron su relación con el Imperio, en parte lo hicieron a expensas de Haussmann, y aunque sería un tanto discutible decir que tuvieron una responsabilidad directa en su caída, muchos de ellos estaban suficientemente descontentos como para no protestar cuando cayó.

Hubo procesos más profundos que intervinieron y que merecen un examen más detallado. Representan conflictos que surgieron, no solamente cuando chocaron prácticas capitalistas puras y parciales respecto al uso de la propiedad, sino también cuando las tensiones inherentes a la forma capitalista de racionalidad llegaron a la superficie. Haussmann se lanzó a dominar estas tensiones y, el que acabara dominado por ellas, no menoscaba una genialidad que procedía de de la claridad con que vio que, para poder transformar y modernizar la ciudad, había que movilizar nuevas prácticas en la propiedad.

La circulacion del capital en el entorno existente

La movilización del flujo de capital para transformar el entorno existente de París durante el Segundo Imperio fue espectacular. «El capital corría como el aire en una aspiradora» escribió Maurice Halbwachs, pero se trataba principalmente de una cierta clase de capital, el de los capitalistas asociados movilizados con el nuevo sistema financiero[8]. La estrategia de Haussmann tenía dos frentes. El primero era que si no podía encontrar empresas que tuvieran el interés o los recursos necesarios para encargarse de los proyectos masivos que tenía en la cabeza, utilizaba el poder del Estado para obtener la financiación y afrontar lo peor del trabajo. La ciudad podía

[7] D. Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris,* cit., pp. 185-187; A. Sutcliffe, *The Autumn of Central Paris,* cit., pp. 40-41; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 27-30; G. E. Haussmann, *Mémoires du Baron Haussmann,* cit., vol. 2, pp. 310, 371; A. Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle,* cit., p. 215.

[8] M. Halbwachs, *La population et les traces des voies a paris depuis un siècle,* París, 1928.

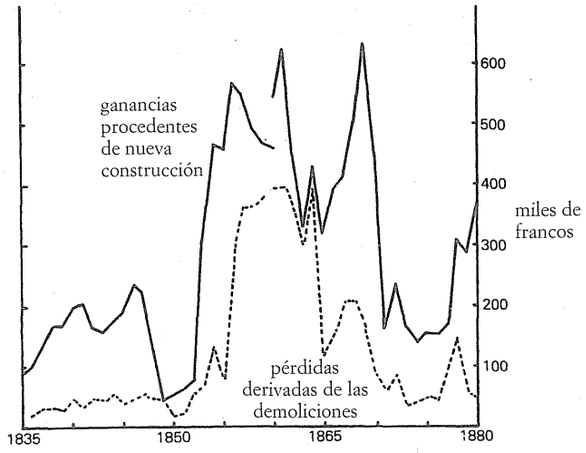


Ilustración 48. Incrementos en los impuestos sobre la propiedad de la vivienda nueva (línea continua) en relación a las pérdidas ocasionadas por las demoliciones (línea de puntos) en París durante 1835-1880. (Recogido en Daumard, Maisons de Paris et proprietaires parisiens au XIXéme siécle, *cit.).*

recobrar el valor añadido derivado de sus propias inversiones convirtiéndose así, como se quejaban muchas voces críticas, en el mayor especulador de todos. Los propietarios se quedaban horrorizados al ver cómo beneficios, que consideraban que legítimamente les pertenecían, iban a parar a las arcas municipales. Y, sobre esa base, desencadenaron su victorioso contraataque legal de 1858.

Pero el segundo frente de su estrategia, y su preferido, era finalmente más poderoso y convincente. Se trataba de «dejar a la especulación, estimulada por la competencia» la tarea de «reconocer las necesidades reales de la gente y satisfacerlas»[9]. Con este fin, forjó una alianza entre la ciudad y un círculo de intereses financieros e inmobiliarios (constructores, promotores, arquitectos, etc.) reunidos bajo el paraguas protector del capital «asociado» o «financiero». La idea que tenía en la cabeza era una forma bien organizada de competencia monopolista en la que la ciudad subvencionaba los trabajos más con la cesión de terrenos que con dinero. Como señalaba Zola, «se especulaba con las nuevas calles de la misma manera que se especula con las mercancías y las acciones»[10]. El propio suelo y los edificios sobre él se convirtieron en una forma ficticia de capital, aunque para obtener beneficios las empresas tenían que ser lo suficientemente grandes como para orquestar sus propias externalidades (como por ejemplo, comprando terrenos próximos a localizaciones de inmuebles de alta calidad que aumentaban rápidamente de valor), y poder esperar, algunas veces varios años, a que este aumento se materializara.

[9] Geneviève Massa-Guille, *Histoire des Emprunts de la Ville de Paris, 1814-1875,* París, 1973; A. Sutcliffe, *The Autumn of Central Paris,* cit., p. 117.

[10] É. Zola, *The kill,* cit., p. 108.

Este proceso de renovación puso grandes concesiones en las manos de unos cuantos capitalistas que tenían acceso privilegiado al Estado y a los fondos del recientemente creado Crédit Foncier, y detrás de los cuales había una falange de financieros que, como los hermanos Pereire, tenían otro montón de intereses en empresas de seguros, de construcción y de gestión de edificios. Se trataba de capital financiero o asociado, aplicado al desarrollo del terreno, una innovación que nacía de la especial estructura del Imperio y que se oponía a formas tradicionales de posesión y utilización de la tierra. Pero la propia naturaleza de sus operaciones hacía que los financieros se limitasen a satisfacer la demanda de vivienda y de establecimientos comerciales de las clases adineradas o del comercio a gran escala. La gran actividad que desplegaron en el centro y el oeste de la ciudad hizo que desempeñarán un papel determinante en la formación de los barrios predominantemente burgueses que jalonaron los nuevos bulevares de Haussmann. Pero su impacto duradero sobre la propiedad del terreno (en oposición a la compraventa a corto plazo, que como hemos visto en el caso de los Pereire, cada vez dominaba más sus operaciones) fue relativamente pequeño: en 1880 las empresas poseían menos del 6 por 100 de las propiedades en el centro de la ciudad (véase cuadro 3). Sin embargo, este fue el sistema que despertó la envidia, el miedo y la cólera de los propietarios convencionales y, aunque algunos propietarios privados, pequeños constructores, arquitec-

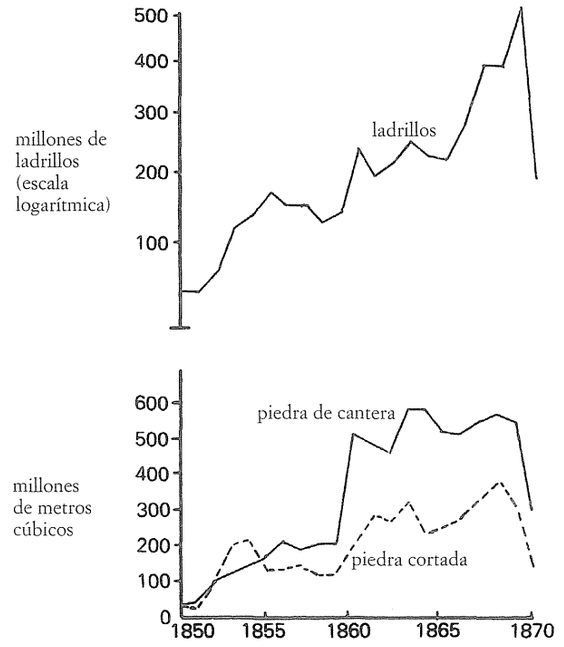


Ilustración 49. Volumen de los materiales de construcción que llegan a París entre 1850-1870. Hay que señalar que, mientras que el volumen de la piedra de cantera y la piedra cortada sufre un descenso a partir de 1860, el volumen de ladrillo, asociado a una construcción especulativa de menor calidad, continuó su crecimiento más allá de la década de 1860.

tos y gente por el estilo participaron de alguna manera en la renovación de la ciudad, cada vez encontraron más dificultades para poder hacerlo[11].

La creación de viviendas dirigidas hacia las rentas medias y bajas quedó totalmente fuera de este modelo y surgió un sistema radicalmente diferente de desarrollo del suelo y de la vivienda a través de pequeños propietarios, «relativamente empobrecidos». Aunque «tardíamente alentados por las expropiaciones y modestamente regados por los fondos de Crédit Foncier» todavía tuvieron, sin embargo, grandes oportunidades de especular con la construcción de viviendas, especialmente en las periferias del norte y del este, que formaba una auténtica frontera donde los precios bajos del suelo permitían incluso a pequeños ahorradores (abogados, comerciantes, tenderos, artesanos e incluso algunos trabajadores), convertir los procesos de crecimiento demográfico y de aumento de la demanda de vivienda de las rentas más bajas, en pequeñas ganancias personales. En el transcurso del Segundo Imperio algunos de ellos realizaron negocios muy provechosos, principalmente en los *arrondissements* de la periferia, al margen del modelo de desarrollo del terreno que se producía en el centro. Sin duda, se vieron estimulados por el ejemplo que ofrecía la renovación del centro de la ciudad para acumular capital a través de su propio modelo de inversión en el medio urbano. La respuesta mayoritariamente favorable que dieron en 1860 a la anexión de los suburbios descansaba sobre la esperanza, vana como luego se demostró, de que su incorporación a la ciudad aumentaría el valor de los terrenos y les proporcionarían los jugosos beneficios de la expropiación y del acceso privilegiado al crédito. La sensación de haber sido engañados cuando estos beneficios no se materializaron les llevó a convertirse, hacia finales de la década de 1860, en crecientes críticos de la política de Haussmann[12].

De cualquier forma, se produjo un aumento significativo en la construcción de viviendas, que después de una fase inicial en la que las demoliciones superaban a las nuevas edificaciones, supuso que en la década de 1860 se produjera un sustancial aumento de las viviendas disponibles que, por primera vez en el siglo, superaba al aumento de la población: mientras la construcción crecía un 27 por 100, el crecimiento de la población se quedaba en el 11 por 100. Pero dentro de estos datos globales también había diferencias significativas. Como señala Gaillard, París estaba dividido en dos modelos de construcción y desarrollo, «cada uno de los cuales con su propio territorio geográfico, su propia clientela y sus propios ritmos». La construcción a pequeña escala, basada principalmente en el ladrillo, de

[11] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 121-127; A. Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle,* cit., p. 267.

[12] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 104-115, 127-144; G. Lameyre, *Haussmann, préfet de Paris,* cit., p. 152.

viviendas para rentas bajas en la periferia (Belleville, Batignoles y zonas similares) comenzó en la década de 1850 y explotó durante la siguiente bajo la presión conjunta de la formación de familias consecuencia de la ola de emigración y del desplazamiento de población procedente del centro de la ciudad[13]. El volumen de ladrillos que entró en la ciudad (un índice adecuado de esta actividad) continuó creciendo hasta 1870. La actividad especulativa de esta clase se dirigía a las amplias masas de población y obtenía sus beneficios de las rentas bajas de los trabajadores. Por contraste, el flujo de piedra que adornaba las fachadas de los nuevos bulevares de Haussmann, fluctuaba más estrechamente relacionado con el número de expropiaciones y con la situación del crédito. Después de un aumento inicial que dura hasta 1854, la competencia para obtener financiación (mayoritariamente procedente de la construcción de vías férreas) y el aumento de los tipos de interés contuvieron el crecimiento hasta 1859, mientras que los problemas financieros de 1864 y de 1867-1868 condujeron a rápidas contracciones de este tipo de construcción[14].

También hay que señalar cómo el ritmo global de crecimiento de este sector disminuyó en la década de 1860, a medida que la demanda de viviendas para rentas elevadas alcanzó un punto de saturación. El grueso del mercado de la vivienda parisino, orientado hacia las necesidades de las clases trabajadoras, se desarrolló de una manera completamente diferente a los planteamientos que tenía Haussmann sobre la reforma urbana. El glamur alrededor de estos planteamientos ha llevado a un énfasis excesivo sobre ellos, aunque hay que prestarles especial atención en la medida de que representan un cambio radical e innovador de las formas tradicionales de desarrollo del terreno. Lo que de cualquier forma es interesante es la manera en que la creciente libertad de circulación del capital en la producción de entornos se volcó sobre y hacia los pequeños promotores urbanos de la periferia. Desde este punto de vista, la integración que realizó Haussmann de los barrios de las afueras dentro del marco urbano tuvo un papel fundamental, tanto espacial como administrativo, que facilitó el crecimiento de modelos desarrollo del terreno que en los periodos anteriores habían languidecido. Y que frente a este sistema, la clase trabajadora parecía no tener una respuesta efectiva. Los tímidos y escasos intentos de realizar esfuerzos cooperativos fracasaron estrepitosamente. En este sentido, las divergencias dentro del proceso de desarrollo de la ciudad, se mantenían unidas por un mismo apuntalamiento: la circulación del capital.

[13] L. Girard, *Nouvelle histoire de Paris. La Deuxième République et le Second Empire,* cit., p. 186; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 82.

[14] A. Sutcliffe, *The Autumn of Central Paris,* cit., p. 118.

La renta y la asignación del uso del suelo

Los pequeños y grandes promotores tenían en común su búsqueda creciente de los beneficios en el aumento del valor del suelo y la propiedad, antes que en la inversión en alquileres como fuente fija de ingresos. La separación entre el promotor y el propietario final tuvo un impacto importante sobre el nivel y el modelo de los alquileres y sobre los precios de la propiedad, lo cual, a su vez, produjo una racionalidad diferente en la utilización de la suelo dentro de la ciudad. Aquí nos encontramos con otra de las grandes transformaciones que se produjeron en funcionamiento durante el Segundo Imperio: los alquileres y los precios del suelo y de los inmuebles se adaptaron aceleradamente para destinar aquel a diferentes usos de acuerdo con una lógica claramente capitalista.

Durante el Segundo Imperio, el valor del suelo y de los inmuebles de París creció más del doble (ilustración 43). Los detalles son difíciles de reconstruir y muestran un modelo geográfico y un ritmo de cambio temporal de una elevada complejidad que desafía una descripción sencilla[15]. El precio del suelo en las calles interiores podía ser la mitad del que se alcanzaba a lo largo de los nuevos bulevares y podía variar enormemente de un barrio a otro. Y, precisamente, esa oscilación tan acusada de los valores del suelo es la que permitió a los grandes empresarios operar de manera tan satisfactoria; el nuevo sistema de avenidas proporcionaba unas oportunidades maravillosas de obtener terrenos con revalorizaciones muy rápidas. Los hermanos Pereire, por ejemplo, pagaron 430 francos por metro cuadrado en la mitad del bulevar de Malesherbes, para poder abrir camino hacia terrenos que habían comprado alrededor del parque Monceau, a un kilómetro de distancia, por los que habían pagado 50 francos el metro cuadrado, y continuar un poco más lejos hasta terrenos que anteriormente les habían costado 10 francos el metro cuadrado. En cuanto la renovación tuvo lugar, los precios del suelo se dispararon. El terreno a lo largo del bulevar de Sebastopol pasó de 25 francos el metro cuadrado en 1850 a 1.000 francos por metro cuadrado en 1857, y en dos años, el valor del terreno se multiplicó por diez en algunas zonas de la Margen Izquierda después de la Exposición de 1867[16]. Con semejantes oscilaciones geográficas y semejantes cambios temporales, no es extraño que la especulación en el mercado inmobiliario parisino fue-

[15] L. Girard, *Nouvelle histoire de Paris. La Deuxième République et le Second Empire,* cit., pp. 173-175; A. Sutcliffe, *The Autumn of Central Paris,* cit., p. 158; A. Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle,* cit.

[16] J. Autin, *Les frères Pereire,* cit., p. 186; Gerard Lameyre, *Haussmann, préfet de Paris,* cit., pp. 140-142; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 92; M. Halbwachs, *Les expropriations et le prix de terrain, 1860-1900,* cit.

ra un buen negocio. Pero a medida que actuaba la especulación, el elaborado modelo de altibajos locales que en un momento dado caracterizó los precios de la propiedad en París empezó a homogeneizarse, dando paso a un mapa de precios más sistematizado. De esta manera, la sistematización de las relaciones espaciales que venía implícita en el nuevo sistema de avenidas produjo una organización más sistemática del valor del suelo y de su uso. Aquellos usos que no podían hacer frente a los precios fueron gradualmente expulsados y reemplazados por otros que sí podían.

Como se podía esperar, el modelo que surgía mostraba una marcada gradación del centro hacia la periferia (donde en 1870 todavía se podían encontrar terrenos con unos precios entre 15 y 30 francos por metro cuadrado) y una enorme diferencia entre el oeste burgués y el este trabajador, separados por un centro comercial con unas rentas elevadas que diferenciaba una margen derecha dinámica de una margen izquierda más aletargada. Dentro de esta nueva estructura del valor del terreno, continuaban existiendo algunos altibajos importantes, pero ahora tendían a representar diferencias de uso. Por ejemplo, los precios del suelo bajaban de los 1.000 francos por metro cuadrado alrededor de Les Halles a 600 francos en la Rue Saint-Denis y en los barrios marcadamente trabajadores seguían descendiendo hasta que se situaron entre los 150 y 250 francos por metro cuadrado. También se producían las diferencias, habituales en los modelos actuales, entre los sitios clave en las intersecciones clave, a lo largo de los nuevos bulevares o dentro de los florecientes complejos comerciales, y los valores más bajos de las calles traseras y de las zonas residenciales.

Esta asignación de los usos del suelo en función de la renta que generaban, un proceso empujado por la especulación inmobiliaria, se vuelve más evidente incluso cuando consideramos los cambios geográficos y temporales del valor de la propiedad. El alcance de la explosión inmobiliaria se manifiesta con el aumento del valor de este tipo de propiedad inmobiliaria en la ciudad de París, que pasa de 2,5 millardos en 1852 a 6 millardos en 1870, con un aumento del valor de las propiedades ya existentes que alcanza los 1,5 millardos de francos. El precio medio de venta de las casas en el viejo París se triplica durante el mismo periodo (ilustración 45). De nuevo hay variaciones demasiado complicadas que tener en cuenta, pero también podemos detectar algunos procesos generales actuando detrás del aumento generalizado y que aumentan la segregación geográfica del valor y la renta de las propiedades inmobiliarias.

Haussmann lo consideraba todo una cuestión de oferta y demanda, sosteniendo que el precio de los alquileres de la vivienda hubiera crecido todavía más deprisa, si él no hubiera facilitado el acceso al desarrollo de nuevos terrenos en la periferia. Sus críticos replicaban que las demoliciones restringían la oferta y que la renovación de

la ciudad producía la ola de inmigración que estimulaba la demanda. Aunque ambas posiciones tienen algo de ciertas, el asunto era algo más complicado. Para empezar, el aumento de la eficacia de la industria de la construcción producía un descenso de los costes, al mismo tiempo que también se registraba, como señalábamos anteriormente, un fuerte excedente de viviendas en relación a la población, especialmente durante la década de 1860. El aumento del valor del suelo, aunque era una fuente vital de ganancias para empresarios y constructores, no era por sí solo suficiente para producir el crecimiento de las rentas y del valor de las propiedades. Una explicación más convincente la encontramos en la exposición que realiza Gaillard sobre el aburguesamiento de gran parte del mercado parisino de la vivienda[17].

Las políticas de Haussmann y el acceso privilegiado al crédito favorecían la construcción de viviendas de precios elevados. La caída de los costes de construcción, unida a una arquitectura interior que economizaba la utilización del espacio, situó este tipo de vivienda al alcance del segmento de las clases medias cuyos ingresos estaban aumentando. El valor del *stock* de vivienda de París aumentó en la misma proporción. También hay evidencias de una sobreproducción de viviendas para las rentas altas en relación incluso con el aumento de la demanda real. Para los hermanos Pereire, por ejemplo, resultó difícil vender todas sus propiedades en el Boulevard Malesherbes en la década de 1860, en lo que era un anticipo del desastre que se avecinaba. Pero, una vez que se pone en marcha la lógica de esta clase de «máquina de crecimiento», resulta difícil de detener. Y una parte de esa lógica está en buscar protección, tanto para los valores de la propiedad creada, como de su clientela mediante el aumento de la segregación espacial.

El Segundo Imperio fue testigo, por consiguiente, no sólo del progresivo aburguesamiento del renovado centro de la ciudad, sino también de la rápida creación en el oeste de barrios exclusivamente burgueses. Esto contrasta con ese sistema «relativamente empobrecido» de oferta de vivienda para las clases bajas, que carecía de los privilegios asociados a la construcción de alto valor. La caída de los costes quedó más que compensada por el aumento de los precios del terreno, habida cuenta de que era difícil para las familias obreras, amontonadas en una única habitación, el economizar más el espacio. Además, como veremos más adelante, en la década de 1860 la formación de familias consecuencia de la ola de emigrantes mayoritariamente solteros de la década anterior, cambió la naturaleza de la demanda. Las demoliciones y el aburguesamiento del centro restringían la formación de una oferta destinada a las rentas inferiores y envió esa demanda a otros espacios (como las pensiones de la margen izquierda que, en consecuencia, registraron un aumento de sus precios) o a nuevas zonas de edificación en la periferia. Y aunque hubo una considerable explosión de la edificación en la periferia, hay pocas evidencias de sobreproducción. El aumento del valor de la propiedad en el sector del mercado de la vivienda dirigido a las clases trabajadoras se explica mejor por la naturaleza del proceso especulativo y por el aumento de la proporción de los ingresos que la mayoría de los trabajadores se veían obligados a dedicar a la vivienda. También se producía un aumento de la segregación espacial, pero esta vez por omisión, ya que resultaba difícil atraer a propietarios o inquilinos burgueses a unas zonas donde el proceso de desarrollo del terreno estaba cada vez más orientado hacia la especulación con las viviendas de rentas bajas. La separación entre el este y el oeste (que se concretaba en un valor medio de la propiedad en el oeste, superior a cualquier barrio del este) consolidó este sistema dual y clasista de oferta de vivienda.

[17] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit.

El proceso especulativo también acentuaba la competencia entre diferentes tipos de usuarios. Los usos financieros y comerciales elevaron las rentas entre la Bolsa y el Chaussée d'Antin, hasta el punto que excluyeron cualquier otra utilización, trasmitiendo un fuerte dinamismo al noroeste del centro que no se encontraba en ninguna otra parte. El desarrollo de la margen izquierda, que carecía de semejante centro comercial y que, además, absorbía un número desproporcionado de instituciones educativas y religiosas, tuvo, por ello, una dinámica diferente. Aunque los alquileres subieron bajo la presión de la demanda de los trabajadores desplazados del centro y de la creciente población estudiantil (en 1860, una habitación amueblada cerca del Odéon costaba 500 francos anuales, y en 1864 había aumentado hasta los 800), el ritmo de la renovación fue pausado y la especulación restringida por las características específicas de la estructura de la propiedad y la ausencia de una competencia fuerte por el uso del suelo por parte del sector financiero, el comercio o la industria[18]. La industria, por su parte, también tenía que enfrentarse al cambiante panorama de los valores de la propiedad, manteniéndose cerca del centro solamente al precio de una reorganización drástica de sus procesos productivos o aprovechando las ventajas de acceso que permitieran rentabilizar el pago de unas rentas elevadas. Las empresas estrechamente relacionadas con los mercados centrales de la ciudad tendían, por ello, a reunirse en el noreste, en medio de barrios de trabajadores artesanos donde las rentas, aunque más altas que en la periferia, eran mucho más bajas que en el noroeste comercial y financiero, o en el oeste donde la burguesía tenía su zona residencial. En los demás casos, la industria se vio obligada a buscar suelo más barato en la periferia o lugares especiales como los puntos claves de la red de comunicaciones, en los que resultaba rentable pagar una renta suplementaria.

El auge del nuevo sistema crediticio provoca una reorganización de los mercados del suelo y de la propiedad inmobiliaria sobre unas bases puramente capitalis-

[18] A. Sutcliffe, *The Autumn of Central Paris,* cit.; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 85-100.

tas (con algunos centros de resistencia tradicionalista como los de la margen izquierda) que tuvo importantes consecuencias. La organización del espacio interior de París se vio unida a la competencia de precios entre diferentes usuarios por el control del espacio. Los usos industriales, comerciales, gubernamentales y residenciales competían unos con otros, como lo hacían los diferentes tipos de industrias y las viviendas de diferentes calidades. Que París estuviera más segregada espacialmente en 1870 que en 1850 era algo que se podía esperar habida cuenta de la manera en la que se desencadenaron los flujos de capital que reestructuraron el entorno construido existente y su configuración espacial. La nueva característica de la competencia por el uso del suelo por medio de la especulación obligó a todo tipo de adaptaciones entre los usuarios. Gran parte de la población trabajadora se vio dispersada en la periferia (con mayores desplazamientos hasta el trabajo) o se precipitaron hacia espacios abarrotados con rentas elevadas cercanos al centro. De la misma forma, la industria se enfrentó con la alternativa de cambiar su proceso productivo o desplazarse a las afueras.

La absorción de los excedentes de capital y trabajo mediante la reconstrucción de París tuvo toda clase de consecuencias negativas, tales como el aumento de los desplazamientos y de la segregación, el alejamiento de los lugares de trabajo, la subida de los alquileres y la masificación, que muchos consideraron en su momento como totalmente patológicas. Donde los contemporáneos como Louis Lazare se equivocaron fue en atribuir esas consecuencias patológicas al malvado genio de Haussmann. A este respecto, los críticos estaban cayendo en esa tradicional práctica francesa (que de ninguna manera ha desaparecido) de atribuir algunas o todas las señales patológicas a políticas y políticos deficientes de un Estado supuestamente todopoderoso. Hasta qué punto era todopoderoso ese Estado en general, y hasta qué punto era todopoderoso Haussmann en concreto, requiere, por lo tanto, un análisis cuidadoso.

VII El Estado

> Pero el interés material de la burguesía francesa está precisamente entretejido del modo más íntimo con la conservación de esta extensa y ramificada maquinaria del Estado.
>
> Marx

El Estado francés, a mediados de siglo, se encontraba a la búsqueda de una modernización de sus estructuras y prácticas que encajaran con las necesidades contemporáneas. Esto era tan cierto en París como en el resto de la nación. Luis Napoleón llegó al poder tras el naufragio de los trabajadores y de la burguesía radicalizada en su intento de definir esas necesidades desde su propio punto de vista. Llegó como el único candidato que parecía capaz de imponer el orden sobre los «rojos» y arrasó hasta alcanzar la victoria y convertirse en presidente de la República. Más tarde se presentó como la única persona capaz de mantener ese orden y recibió un apoyo masivo para proclamar el Imperio. Sin embargo, necesitaba desesperadamente una alianza de clase estable que le apoyara, en vez de aparecer como la menos mala de todas las soluciones, así como de un modelo político que garantizase un control y una administración efectivos. El modelo con el que empezó, y que gradualmente se vio obligado a abandonar en la década de 1860, era un autoritarismo jerárquicamente organizado pero con una base popular. La imagen a la que recurría era la de un gran ejército nacional encabezado por un líder popular, en el que cada persona tendría su propio lugar en un proyecto de desarrollo nacional, que redundaría en beneficio de todos. La enérgica disciplina impuesta desde arriba por la jerarquía del mérito tenía que corresponderse con las expresiones de la voluntad popular desde abajo. La tarea de la Administración era ordenar y controlar.

Ilustración 50. Desde el principio, el problema de Luis Napoleón fue mantener la base popular de su mandato. Las célebres caricaturas de Daumier le presentaban como un oportunista llamado Ratapoil; en ésta lo encontramos en 1851, antes del golpe de Estado, tratando de seducir a una reacia Francia representada, como era habitual, por la figura femenina de la Libertad. Ella replica a sus insinuaciones diciendo que su pasión es demasiado repentina para ser creíble.

Resulta tentador interpretar los giros personales y políticos del Segundo Imperio como las vacilaciones arbitrarias de un soñador oportunista, rodeado de consejeros corruptos y codiciosos. Yo sigo a Gramsci y Zeldin, quienes desde extremos opuestos del espectro político, consideran el Imperio como una transición importante en el gobierno y la política francesa que, a pesar de sus todas sus indecisiones, ayudó a llevar las instituciones de la nación a una mayor concordancia con las necesidades modernas y las contradicciones del capitalismo[1]. A continuación, me centraré en cómo tuvo lugar esta transición política en París y que consecuencias tuvo para la geografía histórica de la ciudad.

[1] Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks,* Londres, 1971, pp. 212-223; Theodore Zeldin, *The Political System of Napoleon III,* Londres, 1958; y *Emile Ollivier and the Liberal Empire of Napoleon III,* Oxford, 1963. Una representación más favorable de Luis Napoleón puede encontrarse en D. Baguley (*Napoleon III and His Regime,* cit.) y M. Carmona (*Haussman,* cit.), que parecen formar parte de una tendencia revisionista que valora mucho más sus contribuciones de lo que se hacía anteriormente.

La intervencion del Estado en la circulacion del capital

La idea de los «gastos productivos del Estado» procede de la doctrina de Saint-Simon, con la cual el emperador y algunos de sus consejeros clave, empezando por Persigny e incluyendo a Haussmann, se identificaban vagamente. El razonamiento consistía en que el gasto financiado por la deuda no exige impuestos adicionales ni es una carga añadida al tesoro público, con tal de que el gasto sea «productivo» y promueva el crecimiento de la actividad económica que, con una tipo impositivo estable, aumenta los ingresos del gobierno lo suficiente como para hacer frente a los costes de los intereses y de la amortización. Las obras públicas financiadas por el Estado, del tipo que el emperador quería que Haussmann llevara a la práctica, podían, por lo menos en principio, ayudar a absorber los excedentes de capital y de trabajo y, si generaban crecimiento económico, asegurar un pleno empleo perpetuo sin ningún coste extra para el contribuyente.

La principal base imponible sobre la cual podía apoyarse Haussmann era el *octroi*, un impuesto sobre las mercancías que entraban en París. Haussmann estaba dispuesto a subvencionar y financiar el déficit de cualquier cantidad invertida en la ciudad, siempre que se demostrara que aumentaba los ingresos de este impuesto. Por ejemplo, estaba dispuesto prácticamente a regalar terrenos a los promotores, pero imponiendo una regulación muy estricta del estilo y de los materiales de construcción y siempre que se produjera un aumento de los ingresos recaudatorios procedentes de los materiales de construcción que entraban en la ciudad. De aquí deriva, casualmente, la fuerte tendencia de Haussmann hacia las viviendas caras para los ricos.

La historia de las resbaladizas finanzas de Haussmann ya está suficientemente contada en todas partes como para que merezca repetirla con detalle[2]. En 1870, sus trabajos habían costado alrededor de 2,5 millardos de francos, de los cuales la mitad estaban financiados con el superávit presupuestario, los subsidios estatales y la reventa de terrenos. En 1855 obtuvo 60 millones mediante una suscripción pública directa (una innovación), y en 1860 realizó otra suscripción de 130 millones que tuvo que esperar hasta 1862 para materializarse, cuando los hermanos Pereire suscribieron la quinta parte mediante Crédit Mobilier. El préstamo de 270 millones de francos autorizado tras un duro debate en 1865 se hizo efectivo gracias a la activa ayuda de Crédit Mobilier. Haussmann necesitaba otros 600 millones, y las perspectivas de obtener otro crédito eran muy pobres. Por ello, empezó a explotar el Fondo de Obras Públicas, considerándolo una deuda flotante, independiente del pre-

[2] D. Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris,* cit.; G. Massa-Guille, *Histoire des emprunts de la ville de Paris, 1814-1875,* cit.; A. Sutcliffe, *The Autumn of Central Paris,* cit.

supuesto de la ciudad, diseñado para amortiguar los ingresos y gastos ocasionados por las obras públicas que necesitaban mucho tiempo para acabarse. Los costes de construcción los pagaba normalmente el constructor, que cobraba de la ciudad, después de que el proyecto finalizase, en ocho pagos anuales como máximo que incluían los intereses. Como el constructor tenía que adelantar el capital, era realmente un préstamo a corto plazo a la ciudad. En 1863, algunos de los constructores se encontraron con dificultades financieras y exigieron el pago inmediato de proyectos parcialmente finalizados. La ciudad se dirigió al Crédit Foncier que, ante la insistencia del emperador, prestó el dinero a los constructores con la garantía de una letra de la ciudad sobre los constructores, haciendo constar la fecha acordada de finalización del proyecto y el calendario de pagos. Realmente Haussmann tomaba dinero prestado del Crédit Foncier por medio de los constructores. Y todo podía permanecer oculto en el Fondo de Obras Públicas, que no estaba abierto al examen público. En 1868, Haussmann había obtenido cerca de medio millardo de francos por este procedimiento.

La asociación de Haussmann con los hermanos Pereire y el Crédit Mobilier hace que no resulte sorprendente el que sus fechorías fueran sacadas a la luz en 1865 por Leon Say, un economista de creencias liberales (léase de libre mercado) y *protégé* de los Rothschild. Esto proporcionó grandes argumentos a los opositores del Imperio. *Les comptes fantastiques d'Haussmann*, donde Jules Ferry no sólo exponía, sino que magnificaba todo el proceso, obtuvo gran resonancia en la prensa de 1868. Una burguesía presupuestariamente conservadora, falta de imaginación, y políticamente motivada, desempeñó sin duda un papel clave en la dimisión de Haussmann. Pero había un problema más profundo derivado de la implicación del Estado en la circulación del capital. Entre 1853 y 1870, «la deuda de la ciudad había pasado de 163 a

Ilustración 51. Cuando las demoliciones se pusieron en marcha, los obreros de la construcción se encontraban en todas partes. En esta viñeta Daumier presenta a dos de ellos especulando sobre las razones que han llevado a salvar la torre de St. Jacques, en aquel momento un monumento aislado de la ciudad. «Será porque haría falta una ascensión en globo para demolerla.»

2.500 millones de francos, y en 1870 los gastos de la deuda suponían el 44,14 por 100 de su presupuesto». Las finanzas de la ciudad se volvieron por ello increíblemente vulnerables a todos los choques, tribulaciones e incertidumbres que acompañan a la circulación de capital que devenga intereses. Lejos de controlar el futuro de París y quedándose sólo para estabilizar la economía, Haussmann «se vio dominado por la máquina que él y su imperial dueño habían creado». Anthony Sutcliffe concluye que tuvo suerte de que asuntos de carácter nacional le obligaran a abandonar el poder, porque una estructura financiera municipal que ya no daba más de sí, «no hubiera sobrevivido a las repercusiones de la depresión internacional de la década de 1870»[3].

Aquí, como en otros momentos y lugares (Nueva York en la década de 1970), un aparato de Estado que se lanza a resolver los graves problemas de sobreacumulación mediante la financiación del déficit generado por sus propios gastos caerá finalmente víctima de las resbaladizas contradicciones encarnadas por la circulación de capital-dinero que devenga intereses. Realmente, en cierto sentido, el destino de Haussmann es idéntico al de los Pereire. Por lo menos en este aspecto, el emperador y sus consejeros modernizaron el Estado dentro de las contradicciones generales de la financiación capitalista contemporánea. Colocaron el Estado a merced de los mercados financieros y pagaron su precio, como muchos lo han hecho desde entonces.

La gestión de la fuerza de trabajo

«Preferiría enfrentarme a un ejército hostil de 200.000 soldados que a la amenaza de una insurrección basada en el desempleo» decía el emperador[4]. En la medida en que la Revolución de 1848 había sido hecha y desecha en París, la cuestión del pleno empleo en la capital era un tema apremiante. El acelerado ritmo de las obras públicas resolvió parcialmente este problema. «Ya no eran las bandas de insurgentes las que recorrían las calles, sino las cuadrillas de albañiles, carpinteros y otros trabajadores camino al trabajo; si el empedrado se levantaba, no era para construir barricadas, sino para abrir el camino a tuberías de gas y de agua; las casas no sufrían la amenaza del fuego o de los incendiarios, sino de las suculentas indemnizaciones que acompañaban a la expropiación»[5]. Para mediados de la década de 1860, más de

[3] Jules Ferry, *Comptes fantastiques d'Haussmann,* París, 1868, es el texto clave. Véase también A. Sutcliffe, *The Autumn of Central Paris,* cit., p. 42.

[4] A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870,* París, s. f., p. 45.

[5] D. Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris,* cit., p. 178; las implicaciones de la financiación de la deuda se estudian en D. Harvey, *The Limits to Capital,* cit.

la quinta parte de la población trabajadora de la ciudad estaba empleada en la construcción. Este extraordinario logro tenía dos puntos vulnerables. El primero, como Nassau Senior señaló, «la posibilidad de una interrupción de una semana en el sector de la construcción aterrorizaba al gobierno». El segundo era el aparentemente inacabable carrusel de gastos productivos que colocaba una carga de deuda tan enorme sobre los futuros trabajadores, que condenaba a gran parte de la población al crecimiento económico perpetuo y obligaba a mantener el ritmo de los trabajos a perpetuidad. Cuando las obras públicas quedaron atrás, como sucedió a partir de 1868, tanto por razones políticas como económicas, la caída de los ingresos fiscales y el desempleo en el sector de la construcción se convirtieron en cuestiones muy importantes. La idea de que esto provocara una radicalización de los trabajadores –que contrariamente a la opinión de la burguesía no estaban tan en contra de Haussmann como generalmente se pensaba, dado que él era su principal fuente de empleo y ellos lo sabían– viene sugerida por del desproporcionado número de obreros de la construcción que participaron en la Comuna[6].

El Estado tenía algunas otras teclas que tocar para estimular el empleo. El esplendor imperial exigía que el ejército tuviera nuevos uniformes y que la corte tuviera unos códigos de vestuario formalmente establecidos; estar a la moda se convirtió en algo obligatorio para mantener el *status* y la reputación por toda la ciudad. Desde 1852 hasta finales de la década, el estímulo al sector textil fue inmenso, aunque, evidentemente, no se podía absorber todos los excedentes de trabajo con medidas de esta clase. Había grandes reservas de mano de obra que desde toda Francia inundaban la ciudad, especialmente durante la década de 1850 que, en parte, se debía a las oportunidades de trabajo creadas por las obras públicas. Así que, aunque los índices de indigencia (un indicador aproximado del excedente de trabajo) cayeron desde 1 por cada 16,1 habitantes en 1853 a 1 por cada 18,4 en 1862, el número absoluto de indigentes no descendió en ningún momento, mientras que el propio índice volvió a crecer de nuevo en 1869 situándose en 1 por cada 16,9 habitantes[7].

La política de Haussmann hacia este gran ejército industrial de reserva sufrió una evolución interesante. Las tradiciones del siglo XVIII referentes a la caridad de la ciudad como un derecho, de su deber de alimentar a los pobres, incluyendo a los que llegaban de las provincias, fueron abandonadas poco a poco y Haussmann las fue sustituyendo por una política neomalthusiana más moderna. Desde luego, teniendo en cuenta las presiones que sufría el presupuesto municipal, la magnitud del problema asistencial, y los cambios de las formas de financiación, probablemente no tuvo otra elección. Sostenía que, para la ciudad, la mejor manera de cumplir sus

[6] Jacques Rougerie, *Procès des communards,* París, 1965, pp. 129-134.
[7] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 224-230.

obligaciones era proporcionar trabajo, no asistencia, y que si se buscaba la creación de empleo, parecía razonable reducir la obligación de proporcionar aquélla. Sugería que, si se proporcionaba trabajo pero continuaba existiendo la pobreza, la culpa era de los propios pobres que consecuentemente perdían su derecho a la protección del Estado. Éste es un razonamiento que continúa siéndonos bastante familiar; la reforma del sistema de asistencia tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña en la década de 1990 estuvo basada en él. El aparato del Estado en París concebía sus responsabilidades hacia los pobres, los enfermos y los ancianos de una manera muy diferente en 1870 a cómo lo hacía en 1848. Este cambio de la actitud de la Administración respecto a la asistencia, la atención médica, la escolarización y temas similares contribuyó, según Gaillard, a una sensación de pérdida de derechos y de sentido de comunidad que se encontraba en la raíz de los levantamientos sociales que se produjeron entre 1868 y 1871. No es sorprendente que estas políticas neomalthusianas provocaran semejante respuesta popular. Ciertamente, la Comuna buscaba restablecer esos derechos, e incluso Haussmann, buscando reforzar el apoyo a un régimen enfermo, se encontró a sí mismo teniendo que prestar cada vez más atención a las cuestiones de asistencia, a medida que el desempleo aumentaba y el Imperio luchaba por cumplir su propia propaganda de que proporcionaba asistencia como una red de seguridad, desde la cuna hasta la tumba.

Haussmann adoptó principios similares respecto al precio de los alimentos. Cuando los precios aumentaban excesivamente, la protesta social provocaba normalmente un apresurado subsidio estatal. Pero Haussmann creía en el libre mercado, por lo menos aplicado a las clases medias y trabajadoras. Si las fluctuaciones de los precios, producto de la variación de las cosechas, causaban dificultades, entonces buscaba la respuesta en un fondo rotatorio, al que contribuían los panaderos o carniceros cuando los precios de origen eran bajos y de donde cobraban cuando los precios eran altos. El efecto sobre el presupuesto de la ciudad era insignificante, y se alcanzaba la estabilidad. Con ello, Haussmann avanzó los planes de estabilización del precio de las mercancías que fueron habituales en la década de 1930. Pero prefería alcanzar esa estabilidad sin recurrir a ellos, y abandonó ese tipo de planes cuando a partir de 1860 el libre mercado se situaba en el centro de la política gubernamental, y la supresión de las barreras espaciales y la capacidad de realizar importaciones de fuentes diversas eliminaron la dependencia de la oferta de alimentos respecto al resultado de las cosechas del país. Esto, unido a la mejora de la distribución dentro de la ciudad, trajo una mayor seguridad a la oferta de alimentos para ésta.

Aunque no se establecieron simples principios orientativos en la Administración de la tremendamente complicada maquinaria del bienestar social de la ciudad, los instintos de Haussmann le llevaron por dos direcciones bastante modernas, que a

primera vista parecían inconsistentes con el autoritarismo centralista del Imperio. La primera era privatizar siempre que pudiera las instituciones sociales (como en el caso de la educación, donde concebía el papel del Estado limitado a la escolarización de indigentes). La segunda era una descentralización controlada para enfatizar la responsabilidad y las iniciativas locales. La distribución de la carga del bienestar social entre las provincias y la descentralización de las responsabilidades de atención sanitaria, educación y asistencia a los pobres entre los *arrondissements* encajaba en un esquema que, sin abandonar de ningún modo la estructura jerárquica, unía las expectativas de servicio a la capacidad local para pagarlas. Los *arrondissements* desplazaron así a la ciudad como el centro institucional donde aquellos que necesitaban servicios de asistencia social tenían que ir para obtenerlos.

Vigilancia y control

El Segundo Imperio era un Estado autoritario y policíaco, y su tendencia a vigilar y controlar se extendía a lo largo y a lo ancho. Además de la acción directa de la policía, de los informadores, de los espías y del acoso legal, las autoridades del Imperio pretendían controlar los flujos de información, realizando extraordinarios esfuerzos de propaganda, y utilizando el poder y los favores políticos para captar y controlar tanto a amigos como a enemigos[8]. El sistema funcionaba bien en la Francia rural, pero era más difícil de imponer en las ciudades. París planteaba serios problemas, en parte por su tradición revolucionaria y, en parte, por su tamaño y sus cualidades laberínticas. Mientras Haussmann y el prefecto de policía, que con frecuencia estaban en desacuerdo sobre cuestiones jurisdiccionales, eran los piñones principales de este mecanismo de vigilancia y control, también se encontraban implicados varios departamentos del gobierno como Interior y Justicia, y las leyes se elaboraban desde esa perspectiva. Con la Segunda República, se había vuelto a imponer la censura de prensa; «todos los periódicos republicanos están prohibidos», señalaba irónicamente Bayle St. John, «y solamente están permitidos los que representan a facciones orleanistas, legitimistas o bonapartistas»[9]. Las leyes del Imperio referidas a la prensa simplemente reafirmaban las que el «partido del orden» republicano había impuesto anteriormente. Incluso los músicos y artistas callejeros, considerados por las autoridades como propagadores de canciones y de contenidos socialistas y subversivos, tenían que tener licencia y sus canciones selladas y aprobadas

[8] David Kulstein, *Napoléon III and the Working Class,* San Jose (CA), 1969; T. Zeldin, *The Political System of Napoléon III,* cit.

[9] Bayle St. John, *Purple Tints of Paris,* Nueva York, p. 25.

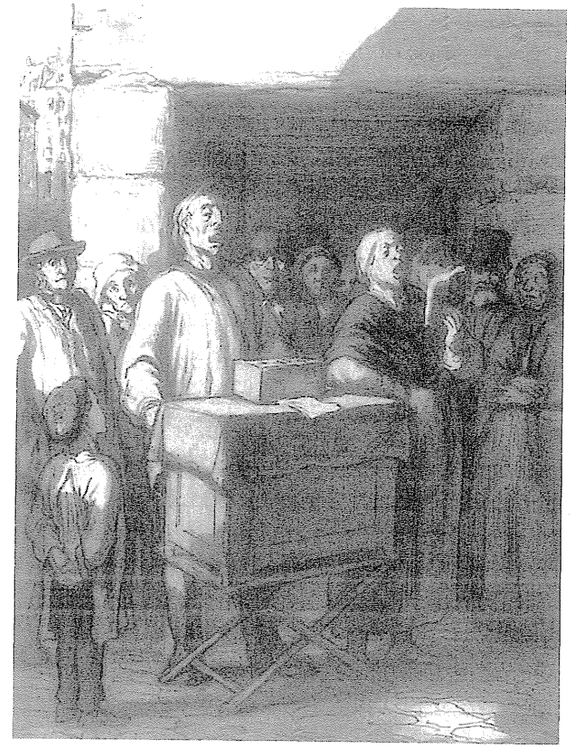


Ilustración 52. Los artistas callejeros eran un elemento crucial de la vida de las calles de París, pero controlarlos y evitar cualquier pronunciamiento político se demostró muy difícil. El retrato de la actuación de los músicos callejeros es uno de los mejores momentos de Daumier.

oficialmente por el prefecto, según una ley de 1853. El contenido político de la cultura popular fue acosado en las calles, como les pasó a muchos de los propios artistas. Pero la frecuencia con que muchos contemporáneos, como Fournel, tropezaban con estos personajes y la frecuencia con que Daumier, entre otros, los representaba, sugiere que las autoridades nunca llegaron a aplastar por completo este aspecto de la cultura popular[10].

La policía (a la que los trabajadores siempre se referían como los espías) estaba más dedicada a recoger información y rellenar informes al menor atisbo de oposición política, que a controlar la actividad criminal. Aunque se las arreglaron para infundir un temor considerable, no parece que fueran muy eficaces en su trabajo, a pesar de la gran reorganización administrativa de 1854. El miedo procedía de la am-

[10] T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France, 1848-1851,* cit., p. 121; Adrian Rifkin, «Cultural Movements and the Paris Commune», *Art History* 2 (1979). Los relatos de V. Fournel (*Ce qu'on voit dans les rues de Paris,* cit.; *Paris nouveau et Paris future,* cit.) proporcionan valiosos detalles sobre la vida en la calle.

plia red de potenciales informadores. «La policía está organizada en los talleres de la misma forma que lo está en las ciudades», escribía Proudhon: «se acabó la sinceridad entre los trabajadores, se acabó la comunicación. Las paredes tienen oídos»[11]. Las pensiones se mantenían bajo una estrecha vigilancia, las fichas de los huéspedes y las entradas y salidas, se inspeccionaban regularmente y los porteros eran captados a menudo para la red de informadores. Cuando el emperador acabó, en 1852, con el derecho de asociación, coalición y reunión, junto con el derecho de huelga, lo remplazó con un sistema de *conseils de prud'hommes* (consejos de trabajadores y patronos para resolver los conflictos dentro de un sector), y asociaciones mutualistas benéficas para los trabajadores. Para evitar que ambas se convirtieran en semilleros de ideas socialistas, el emperador nombraba delegados administrativos, normalmente con el consejo del prefecto de policía, que suministraban informes con regularidad. Cuando en 1868, finalmente, se aprobó el derecho a realizar reuniones públicas, se estableció un sistema de control parecido; se nombraron «asesores» con poderes para controlar y disolver reuniones excesivamente «políticas», que estaban obligados a realizar extensos informes sobre ellas. El sistema de propaganda estaba igualmente estudiado[12]. La difusión controlada de noticias e informaciones a través de una prensa oficial y semioficial, todo tipo de declaraciones y actuaciones administrativas (de muchas de las cuales el prefecto era responsable) buscaban convencer a las clases populares de los méritos de los que se encontraban arriba, especialmente del emperador y de la emperatriz. Era como si las obras de caridad, y el patrocinio de galas, exposiciones y fiestas fueran a hacer olvidar la pérdida de la libertad individual.

Semejante sistema tenía sus límites. Resulta difícil mantener la vigilancia y el control en una economía donde se da rienda suelta a la circulación de capital, donde la competencia y el progreso tecnológico corren paralelos, desencadenando toda clase de adaptaciones y movimientos culturales. El avance de las comunicaciones por toda Europa convirtió a Bruselas en un gran centro de publicaciones críticas, cuya entrada en Francia se demostró difícil si no imposible de detener. Los dilemas de la censura de prensa ilustraban el problema. La prensa parisina aumentó su tirada desde los 150.000 ejemplares en 1852 a más de un millón en 1870[13]. Los nuevos periódicos y revistas, aunque estaban dominadas por completo por los nuevos intereses monetarios, tenían una diversidad suficiente como para crear controversias que

[11] Howard Payne, *The Police State of Louis Napoléon Bonaparte,* Seattle, 1966; A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870,* cit., p. 174.

[12] A. Dalotel, A. Faure y J. C. Freirmuth, *Aux origines de la Commune. Le movement des réunions publiques à Paris, 1868-1870,* París, 1980; D. Kulstein, *Napoléon III and the Working Class,* cit.

[13] Roger Bellet, *Presse et Journalisme sous le Second Empire,* París, 1967.

no podían evitar referirse a la política gubernamental. Cuando Leon Say atacaba las finanzas de Haussmann en nombre de la prudencia presupuestaria, estaba erosionando la propia autoridad del emperador. Los republicanos como Jules Ferry podían de manera oportunista hacer lo mismo. Y la censura no se podía confinar fácilmente a la política, también se ocupaba de la moral pública. La mayor parte de las canciones rechazadas por las autoridades eran canciones subidas de tono más que políticas[14], y el Gobierno se metió en toda clase de líos la persecución a Baudelaire, Flaubert y otros por indecencia pública. El resultado fue erosionar la alianza de clases que debería haber sido la base real del poder del emperador. En resumen, el sistema político estaba mal adaptado en este aspecto al floreciente capitalismo. Como insiste Theodore Zeldin, habida cuenta de que el Imperio estaba fundado sobre una vía capitalista hacia el progreso social, el desplazamiento hacia un Imperio liberal estaba presente desde el primer momento[15].

Las mismas dificultades surgieron con los intentos de controlar a las clases populares. La propaganda para resaltar las virtudes del emperador tenía que descansar sobre algo más que su caridad. La fórmula «pan y fiestas» funcionó bien en cuanto a las fiestas, en las que las clases trabajadoras realmente se extasiaban, pero no lo hizo igual de bien en cuanto al pan se refiere. La caída de los salarios reales de la década de 1860 levantó un clamor de burlas respecto al progreso social y convirtieron las fiestas en penosas extravagancias montadas a costa de los trabajadores. Pero entonces, ¿cómo podía sobrevivir el emperador a su propia retórica de que no era un simple instrumento de la burguesía? Su táctica fue intentar atraer a los trabajadores de París concediéndoles en 1864 el derecho de huelga y en 1868 el de reunión y asociación. Incluso llegó a promover formas de acción colectivas. Así lo publicaba la rama francesa de la Asociación Internacional de Trabajadores hablando de una visita de trabajadores, patrocinada por el Gobierno, a la Exposición Universal de Londres en 1862 (provocando la lógica sospecha de que era un mero instrumento del Imperio). Y aunque la cultura popular había quedado adormecida, en un estado de aparente somnolencia por años de represión, cuando llegó la apertura de 1868 salió rápidamente a la superficie una corriente subterránea de retórica política[16].

La transformación urbana también tenía efectos ambivalentes sobre la capacidad de vigilar y controlar. Muchas de las calles estrechas llenas de guaridas y cuchi-

[14] A. Rifkin, «Cultural Movements and the Paris Commune», cit.

[15] T. Zeldin, *The Political System of Napoléon III,* cit.; *Emile Ollivier and the Liberal Empire of Napoleon III,* cit.

[16] Anthime Corbon, *La secret du peuple de Paris,* París, 1863, p. 93; Georges Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* París, 1946; A. Rifkin, «Cultural Movements and the Paris Commune», cit., pp. 210-220; J. Rancière y P. Vauday, «Going to the Expo. The Worker, His Wife and Machines», en A. Rifkin y R. Thomas (eds.), *Voices of the People,* cit.

triles, donde fácilmente se montaban barricadas, desaparecieron para ser sustituidas por bulevares mucho más fáciles de controlar. Pero una población desarraigada y desplazada del centro, aumentada por la marea de emigrantes, se arremolinaba en nuevas zonas como Belleville y Gobelins, que convirtieron en su dominio exclusivo. Los trabajadores se volvieron una menor amenaza organizada, pero resultaban más difíciles de controlar. Las tácticas y la geografía de la lucha de clases sufrieron, por eso, un cambio radical.

Dando forma a los espacios de reproducción social

«En el espacio del poder, el poder no aparece como tal; se esconde bajo la organización del espacio»[17]. Haussmann entendió claramente que su poder para dar forma al espacio era también un poder para influir sobre los procesos de reproducción de la sociedad.

Su deseo evidente de librar a la ciudad de su base industrial y de su clase obrera, para así transformarla, presumiblemente, en un bastión no revolucionario del orden burgués, era una tarea demasiado ardua para completarla en una generación (de hecho no se terminó hasta los últimos años del siglo XX). Sin embargo, sí acosó a la industria pesada, a la industria sucia e incluso a la industria ligera hasta el punto de que, en 1870, la desindustrialización de la mayor parte del centro de la ciudad era un hecho consumado. Gran parte de la clase obrera se vio obligada a seguir el mismo camino, pero no hasta el punto que él deseaba (ilustración 53). El centro de la ciudad se entregó a representaciones monumentales del poder y de la administración imperial, a las finanzas y al comercio y a los crecientes servicios que surgían alrededor de un sector turístico en ascenso. Los nuevos bulevares no solamente proporcionaban la oportunidad de un control militar, sino que (iluminados por la luz del gas y adecuadamente patrullados) también permitían la libre circulación de la burguesía dentro de los barrios comerciales y de diversión. Quedaba asegurada la transición hacia una forma «extrovertida» de urbanismo, con todas sus consecuencias sociales y culturales (no se trataba únicamente de que el consumo creciese, lo que realmente sucedía, sino de que sus características visibles se volvieron más ostensibles para todos). La creciente segregación residencial no sólo protegía a la burguesía de peligros reales o imaginarios procedentes de clases criminales y peligrosas, sino que también modelaba cada vez más la ciudad en espacios relativamente seguros de reproducción de las diferentes clases sociales. Con estos fines, Haussmann mostró una notable habili-

[17] Henri Lefebvre, *La production de l'espace,* París, 1974, p. 370.

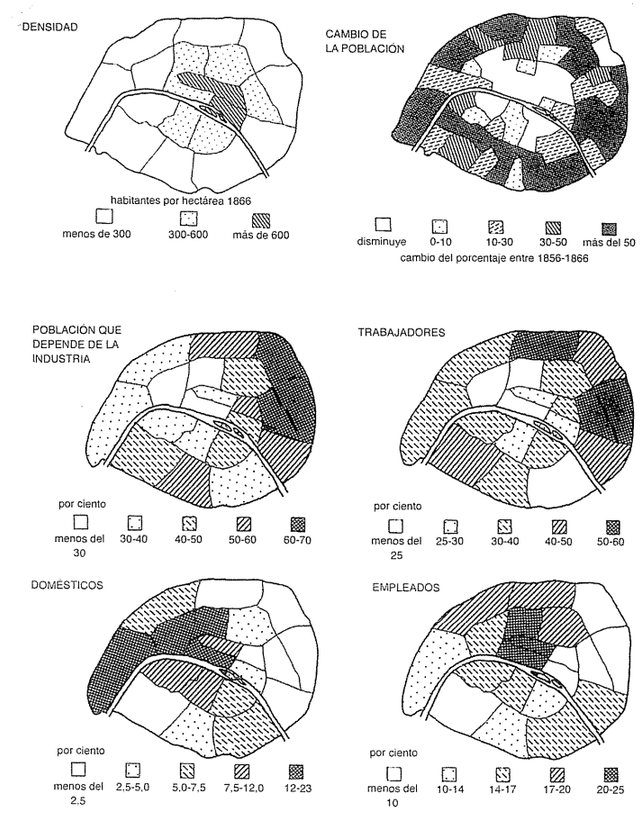


Ilustración 53. Densidad de población en 1866 y cambios de población en París entre 1856 y 1866 (según L. Girard, 1981; E. Canfora-Argondona y R. H. Guerrand, 1976), y distribución de la población dependiente de la industria, trabajadores, empleados y servicio doméstico en París por arrondissements *en 1872. (Recogido en L. Chevalier,* La formation de la population parisienne au XIXème siècle, *cit.)*

dad para orquestar diversos procesos sociales, utilizando sus poderes de planificación y de regulación, para llegar a dominar ese reguero de efectos sobre los barrios (en los que una inversión aquí, aumenta el valor de otra inversión allá), y remodelar la geografía de la ciudad.

Los resultados no fueron siempre los que Haussmann había pretendido, en parte porque los procesos colectivos que buscaba orquestar tomaron direcciones bien diferentes (como sucedió con la producción industrial, como veremos más adelante). Pero, desde un principio, su proyecto también era político y automáticamente desencadenó proyectos políticos contrarios, no solamente en la clase obrera, sino también entre diferentes facciones de la burguesía. Por ello, Michel Chevalier, el economista favorito del emperador, se mostraba contrario a la desaparición de la in-

dustria, porque eso socavaría el empleo estable y amenazaría la paz social. Hasta que Haussmann cerró la publicación, Louis Lazare utilizaba la influyente *Revue Municipale* no solo para deplorar la especulación de los Pereire, sino también para fustigar los trabajos de Haussmann por la manera en que acentuaban las divisiones sociales y geográficas entre «el viejo París, el del lujo», y «el nuevo París, el de la pobreza», lo cual constitía una clara provocación, en su opinión, a la revuelta social. Después de eso, escribió libros denunciando las consecuencias sociales de los trabajos de Haussmann, pero para cuando fueron publicados, Haussmann ya se había ido. Haussmann y el emperador tuvieron que buscar una coalición de intereses en medio de esos gritos de guerra[18].

La búsqueda de una alianza de clase

El deber de cualquier prefecto era cultivar y consolidar el apoyo político al gobierno en el poder. Pero Napoleón III no tenía el respaldo de ningún partido político, ni una alianza de clase natural a la que poder recurrir, por lo que tenía que buscar una base social más profunda que el simple nombre familiar y el apoyo del ejército[19]. Haussmann tenía que ayudar a formar esa alianza de clase dentro de una ciudad políticamente hostil, para proporcionar así una mayor base al poder imperial y, por extensión, al suyo propio.

El drama de su caída tiende a ocultar los éxitos que obtuvo en este terreno, en las condiciones del desplazamiento de las configuraciones de clase (modeladas por un crecimiento urbano rápido y por la acumulación de capital), y en medio de una tensa modernización que despertaba un «descontento ciego, envidias implacables y animosidades políticas». Sin embargo, como cerebro de una increíble «máquina del crecimiento», tenía toda clase de obsequios que distribuir, alrededor de los cuales se podían congregar toda clase de intereses. El problema, por supuesto, era que cuando el río baja sin agua, los intereses se van a beber a otra parte. Además, como señalaba frecuentemente Marx, la burguesía está «siempre inclinada a sacrificar su propio interés general por algún que otro motivo particular», un juicio con el que Haussmann coincide, quejándose en sus *Memoires* de «la prevalencia del concepto de lo privado sobre el interés público». En ausencia de un partido político poderoso, o de cualquier otro medio de cultivar las expresiones de apoyo de alguna alianza de clase dominante, Haussmann siempre permaneció vulnerable a la traición súbita

[18] Luis Lazare, *Les quartiers pauvres de Paris,* París, 1869; *Les quartiers pauvres de Paris. Le XXème Arrondissement,* París, 1870.

[19] Aquí empieza Marx su análisis en *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte,* cit.

de estrechos intereses materiales[20]. Su resbaladiza financiación, desde este punto de vista, tiene que considerarse como un movimiento desesperado para mantener el río con agua y así conservar el poder.

Su relación con la clase de los propietarios siempre fue difícil, ya que tenía una visión más amplia de la estructura espacial que la que definían los estrechos derechos privados de la propiedad. La clase de los propietarios se encontraba fragmentada en moderna y feudal, grandes y pequeños, centrales y periféricos. Pero Gaillard probablemente tenga razón al percibir «el progresivo fortalecimiento en París de la alianza entre el Imperio y los dueños de la propiedad»[21]. Sin embargo, esto tenía que ver más con la transición del significado de la propiedad que con cualquier concesión importante por parte del gobierno. En cualquier caso, los propietarios inmobiliarios de todo tipo son los más propensos a traicionar los intereses de clase a cambio de una estrecha ganancia privada. La alianza de Haussmann con los Pereire fue, mientras duró, extremadamente fuerte, pero aquí también, la financiación del capital se encontraba en transición. A finales de la década de 1860, la caída de los Pereire y la creciente ascendencia del conservadurismo presupuestario en los círculos financieros, socavaron lo que anteriormente había sido un sólido pilar donde podía apoyarse. Hay que recordar que fue un protegido de Rothschild el que primero atacó los métodos financieros de Haussmann. Al mismo tiempo, la relación de Haussmann con los intereses industriales fueron de mal en peor, así que, para a finales del Imperio, éstos estaban claramente en su contra. Con ello, recogió los frutos de lo que él mismo había sembrado en su lucha para librar a la ciudad de la industria. Los intereses comerciales, aunque habían resultado muy favorecidos por su actuación, eran esencialmente pragmáticos, tomando lo que podían pero sin devolver un apoyo entusiasta. Su relación con los trabajadores resulta más interesante. El voto claramente republicano de éstos en 1857 les valió su eterna cólera y menosprecio[22]. Raras veces hizo intentos de cultivar una base populista. Sin embargo, resulta sorprendente que en los conflictivos años de 1868-1870, los trabajadores realizaran poca agitación en su contra y su dimisión fuese recibida con consternación y manifestaciones en el sector de la construcción. Como gran repartidor de trabajo, se había ganado evidentemente la lealtad de, por lo menos, una parte de la clase trabajadora. Y si había problemas con los alquileres elevados, los trabajadores tenían claro que eran los propietarios y no Haussmann los que se embolsaban el dinero.

Había fuentes más profundas de descontento que hicieron particularmente difícil mantener una alianza de clase estable dentro de la ciudad. La propia transforma-

[20] G. E. Haussmann, *Mémoires du Baron Haussmann,* cit., vol. 2, p. 371.

[21] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 136.

[22] G. E. Haussmann, *Mémoires du Baron Haussmann,* cit., vol. 2, p. 200.

ción desencadenó, tanto entre aristócratas como entre trabajadores, una amplia nostalgia y pesar por el fallecimiento del «viejo París», y contribuyó a esa extendida sensación de pérdida de comunidad sobre la que Gaillard insiste tanto[23]. Las viejas formas y estructuras estaban trastornadas; Haussmann lo sabía y creó instituciones para reunir, catalogar y registrar lo que se estaba perdiendo. Creó la Bibliothèque Historique de la Ville de París, y Marville fue contratado para registrar los cambios del paisaje urbano. Pero no surgió nada claro que remplazase lo que se había perdido, y aquí el fracaso para establecer una forma electa de gobierno municipal, seguramente, hizo daño. Haussmann categóricamente se negó a ver París como una comunidad en el sentido ordinario, tratándola, por el contrario, como una capital dentro de la cual toda clase de intereses e individuos, diferentes, cambiantes y «nómadas» llegaban y se iban; de manera que descartaba la formación de cualquier sentido de comunidad sólido o permanente. Por eso era vital que París fuera administrado por y para la nación, y con este fin promovió y defendió la Ley Orgánica de 1855, que ponía todos los poderes reales de la Administración en manos de un prefecto designado en vez de representantes elegidos. Haussmann pudo tener razón en cuanto a las características transitorias de la comunidad parisina, pero la negación de la soberanía popular para la ciudad era un tema explosivo que empujó a muchos trabajadores y burgueses a apoyar la Comuna[24]. Desde este punto de vista, su fracaso para mantener una alianza de clase permanente tiene menos que ver con lo que hizo que con cómo lo hizo. Pero el estilo autoritario de su Administración lo debía todo, en primer lugar, a las circunstancias que dieron lugar al golpe de Estado. Por ello, era lógico que no pudiera sobrevivir a la transición hacia un Imperio liberal.

La destacada figura de Haussmann domina el aparato del Estado en París durante todo el Segundo Imperio. Decir que simplemente aguantó la tormenta de las fuerzas sociales, desatadas por la rápida acumulación de capital, no es de ninguna manera disminuir su figura, porque aguantó la tormenta con una maestría consumada y orquestó su turbulento poder con notable habilidad y visión durante dieciséis años. De cualquier forma, fue una tormenta que él no había creado ni llegó a domesticar, una profunda turbulencia en la evolución de la economía, la política y la cultura de Francia, que finalmente le arrojó a los perros con la misma falta de misericordia con que él había arrojado el París medieval a los *demolisseurs*. En el proceso, la ciudad adquirió un aura de modernidad capitalista tanto en su infraestructura física como administrativa, que ha durado hasta hoy en día.

[23] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 331-332.
[24] G. E. Haussmann, *Mémoires du Baron Haussmann,* cit., vol. 2, pp. 197-202.

VIII Trabajo abstracto y trabajo concreto

Además de los operarios de las fábricas, de los trabajadores industriales y artesanales, a quienes concentra en grandes masas en un lugar y da ordenes directamente, el capital también pone en funcionamiento por medio de hilos invisibles otro ejército: el de los trabajadores del empleo doméstico.

Marx

La fuerza y el poder colectivo de los trabajadores se habían demostrado indispensables para el derrocamiento de la Monarquía de Julio, y su lamentable situación dio origen, durante la década de 1840, a innumerables propuestas y movimientos de reforma social e industrial, que mantuvieron la cuestión del trabajo en el centro de las preocupaciones de los trabajadores parisinos en 1848. No resulta fácil determinar el papel exacto que representaron los trabajadores cualificados procedentes de la tradición artesana que, de acuerdo con Claude Corbon eran una clase superior que representaba un 40 por 100 de la fuerza de trabajo a mitad del Imperio[1]. Según el análisis habitual los relatos estos trabajadores confiaban en sus habilidades, pero estaban desmoralizados por la inseguridad crónica; se mostraban convencidos del ideal de la nobleza del trabajo, pero constantemente angustiados por su práctica; y creyendo que el trabajo era la fuente de toda la riqueza, buscaban una nueva clase de orden industrial que atenuara la inseguridad, aliviara su relativa penuria y evitara las tendencias crecientes hacia la pérdida de cualificación en el trabajo y su creciente explotación. Rancière, sin embargo, arroja dudas sobre el poder y el carácter de esta tradición artesana[2]. Señala que la evidencia, basada principal-

[1] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit.; W. H. Sewell, *Work and Révolution in France,* cit.
[2] J. Rancière, *The Nights of Labor. The Workers' Dream in Nineteenth Century France,* cit.

mente en los textos de poetas y autores de la clase trabajadora que aparecían en *L'Atelier*, indica realmente los peligros de romantizar y homogeneizar a los artesanos como los portadores de la conciencia personal revolucionaria del proletariado. Los escritos y cartas de estos trabajadores, que Rancière estudia detalladamente, buscaban aliviar el trabajo y se mostraban poco ilusionados por la nobleza de un trabajo agotador. Buscaban el respeto de sus patronos, no la revolución. Querían ser tratados como iguales y como seres humanos, en vez de peones de alquiler. Querían soluciones inmediatas y ayudas personales a sus problemas individuales. Mostraban poco interés por la idea de Blanqui de una dictadura del proletariado y se aproximaban más a las ideas de Saint-Simon como fuente de empleo y apoyo financiero, que como fuente fecunda de ideas de reforma social.

Pero, aunque la narración de Rancière supone un correctivo al romanticismo revolucionario presente algunas veces en historiadores de inspiración marxista, no está del todo claro que recoja los sentimientos de aquellos trabajadores que de hecho lucharon en las barricadas, participaron en las deliberaciones de la Comisión Luxemburgo y que, de manera activa, apoyaron los esfuerzos de Cabet, Considérant, Proudhon y de los socialistas/comunistas de la época. Sin duda, la mayoría de los trabajadores parecían buscar alguna forma de asociación, autogestión o cooperativismo antes que un control centralizado del Estado. Pero la obstinación de la burguesía en general, y de los patronos en particular, a menudo les llevó a situaciones (como les sucedió a Cabet, Considérant, Leroux y otros más) donde no tenían otra opción que tomar una postura más revolucionaria. Aunque resulta evidente que había un considerable grado de confusión y de fluctuaciones respecto tanto a los objetivos como a los medios (especialmente sobre el recurso a la violencia), no hay duda de que la mayoría de los trabajadores artesanos aspiraban en 1848 a la creación de una República social que apoyara sus esfuerzos para reorganizar el trabajo y reformar las relaciones sociales de producción de modo que se estableciera un marco que asegurase su propio avance social durante las décadas siguientes.

Ilustración 54. El trabajador *de Daumier recoge algo de la confianza en sí mismos y de la posición subordinada de los trabajadores parisinos, de quienes el empresario Polulot considera que tienen una opinión muy elevada de sí.*

La evolución de la industria de París durante el Segundo Imperio tomó un camino muy especial. A mediados del siglo, la ciudad era, con diferencia, el centro industrial más importante y diversificado de la nación. Y, a pesar de su llamativa imagen como gran centro de consumo conspicuo, de hecho permanecía siendo una ciudad de la clase trabajadora fuertemente dependiente del crecimiento de la producción. En 1866, por ejemplo, el 58 por 100 de una población de 1,8 millones de personas dependía de la industria, mientras que solamente el 13 por 100 lo hacía del comercio[3]. Además, su organización y estructura industrial tenía algunos rasgos muy especiales (cuadros 4, 5 y 6). En 1847, más de la mitad de las empresas industriales tenían uno o dos empleados, solamente el 11 por 100 tenían más de diez, y no más de 425 alcanzaban el título de «grandes empresas», con más de 500 empleados. En muchos casos, resultaba difícil distinguir entre trabajadores y propietarios y Scott muestra como el censo de 1847-1848, de manera deliberada, confunde las categorías por razones políticas[4]. Por otra parte, los trabajadores artesanos habían desarrollado formas jerárquicas de mando que proporcionaban poca base, dentro de las pequeñas empresas, para que se produjeran fuertes antagonismos de clase. Esta circunstancia se mantuvo durante todo el Segundo Imperio y condujo a todo un sector del movimiento obrero, especialmente influenciada por Proudhon, a desaprobar las huelgas mientras impulsaba el asociacionismo y dirigía su oposición hacia financieros, monopolistas, propietarios inmobiliarios y hacia el Estado autoritario, más que hacia la propiedad privada y la titularidad del capital. También resultaba muy difícil distinguir el comercio de la manufactura porque, a menudo, el taller de la parte trasera estaba unido a la tienda de la fachada.

[3] L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* París, 1950, p. 75.

[4] J. W. Scott, *Gender and the Politics of History,* cit., capítulo 6; W. H. Sewell, *Work and Révolution in France,* cit.

Cuadro 4. Estructura del empleo en París, 1847 y 1860

Sector	1847 (viejo París) Empresas	Trabajadores	Trabajadores por empresa	1860 (nuevo París) Empresas	Trabajadores	Trabajadores por empresa
Textil y vestido	38.305	162.710	4,2	49.875	145.260	2,9
Muebles	7.499	42.843	5,7	10.638	46.375	4,4
Metal e Ingeniería	7.459	55.543	7,4	9.742	68.629	7,0
Artes gráficas	2.691	19.132	7,1	3.018	21.600	7,2
Alimentación	2.551	7.551	3,0	2.255	12.767	0,5,7
Construcción	2.012	25.898	12,9	2.676	50.079	18,7
Instrumentos de precisión	1.569	5.509	3,5	2.120	7.808	3,7
Química	1.534	9.988	6,5	2.712	14.335	5,3
Material de transporte	530	6.456	12,2	638	7.642	12,0

Fuente: M. Daumas y P. Payen, *Evolution de la geographie industrielle de Paris et sa proche banlieue au XIXème siècle,* París, 1976.

Cuadro 5. Dependencia económica de la población de París, 1866

Sector	Propietarios	Empleados y obreros	Familiares	Total	%
Textil y vestido	26.633	182.466	103.964	313.063	25,3
Construcción	5.673	79.827	71.747	157.247	12,7
Artes y gráficas *	11.897	73.519	60.449	145.865	11,8
Metal	4.994	42.659	50.053	98.906	8,0
Madera y mueble	5.282	27.882	33.093	66.257	5,3
Transporte	9.728	35.022	48.938	93.688	7,6
Comercio	51.017	78.009	101.818	240.840	18,6
Varias **	10.794	50.789	58.435	120.018	9,7
Sin clasificar	2.073	4.608	5.417	12.098	1,0
Total	128.091	575.981	533.914	1.237.987	100,0

Fuente: Rougerie (1971), 10. *N.B.* La población total de París en 1866 estaba en 1.825.274, véase el cuadro 1.
* Incluye impresión, «artículos de París», instrumentos de precisión y trabajos con metales preciosos
** Incluye cuero, cerámicas y química

Cuadro 6. Volumen de negocio de la industria parisina, 1847-1848 y 1860 (millones de francos)

Industria	1847-1848	1860
Alimentos y bebidas	226,9	1.087,9
Vestido	241,0	454,5
«Artículos de París»	128,7	334,7
Construcción	145,4	315,3
Muebles	137,1	200,0
Química y cerámica	74,6	193,6
Metales preciosos	134,8	183,4
Metales pesados	103,6	163,9
Hilos y tejidos	105,8	120,0
Cuero y piel	41,8	100,9
Imprenta	51,2	94,2
Material de transporte	52,4	93,9

Fuente: J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 376.

Estas condiciones variaban algo de industria en industria, así como con la localización. Además del sector de la alimentación, donde la diferencia entre industria y comercio era particularmente difícil de establecer, los sectores dominantes eran el del textil y del vestido, junto al del mobiliario y la metalistería, entrecruzados por todo tipo de «artículos de París» que habían dado y seguirían haciéndolo, tan justa fama a la ciudad. La mayor parte de los sectores clásicos del desarrollo industrial capitalista estaban ausentes en la capital; e incluso el textil, que había alcanzado gran importancia, se encontraba en 1847 mayoritariamente disperso por las provincias, dejando en la ciudad la rama de la confección. Claramente, la mayor parte de la industria de la ciudad estaba orientada a abastecer su propio mercado; solamente en el sector del metal y de la ingeniería se podían encontrar algunos rasgos de una forma «moderna» de estructura industrial capitalista.

Esta gran empresa económica no resultaba fácil de transformar. Sin embargo, sufrió una significativa evolución en términos de mezcla de procesos industriales, de tecnología, de organización y de localización. Después de la depresión de 1848-1850, se levantó con un entusiasmo sorprendente que contagia primero a la industria ligera y que, a partir, de 1853 se extiende a los sectores de la construcción, la ingeniería pesada, la metalurgia y la confección. Durante la década de 1860, el ritmo del crecimiento se ralentizó, especialmente en las industrias de gran tamaño, y se volvió más selectivo según el sector y la localización.

Las *Enquêtes* de 1847-1848, 1860 y 1872, aunque viciadas, permiten una reconstrucción de la pauta general de la evolución industrial[5]. La *Enquête* de 1860 recoge 101.000 empresas que dan empleo a 416.000 trabajadores, con un incremento del 11 por 100 respecto a 1847, y donde la mayor parte de la ganancia neta se debe a la anexión de las afueras, ya que los datos referidos al viejo París, indican una pérdida de 19.000 trabajadores. El número de empresas aumentó un 30 por 100, mostrando una sorprendente expansión de las pequeñas empresas. Las que empleaban a dos trabajadores como máximo, había pasado del 50 por 100 en 1847-1848 hasta el 62 por 100, y las que tenían más de diez trabajadores había bajado del 11 al 7 por 100. Este aumento de la fragmentación se podía observar en muchos sectores y era particularmente notable en el viejo París. En el sector de la confección, por ejemplo, el número de empresas aumentó un 10 por 100, mientras que los trabajadores empleados descendieron un 20 por 100. Las cifras referidas a la industria química eran incluso más llamativas, 45 por 100 de nuevas empresas y 5 por 100 menos de trabajadores. La construcción de maquinaria, la industria de mayor tamaño en 1847-1848, con una media de 63 empleados se había fragmentado, bajando la media en 1860 hasta 24 trabajadores por empresa.

La interpretación exacta que se puede hacer de esto resulta controvertida. En apariencia, todo señala hacia el vigoroso crecimiento de muchas pequeñas empresas y hacia una creciente fragmentación de la estructura industrial; un proceso que continuó más allá del final del Imperio. Además, este crecimiento y fragmentación de las pequeñas empresas podía observarse tanto en el centro como en la periferia de la ciudad. Por otra parte, el número de grandes empresas permaneció invariable desde 1860 hasta 1872, pero el fuerte crecimiento absoluto que experimentaron entre 1847-1848 y 1860 fue acompañado de su traslado a la periferia. Incluso aquí, el desplazamiento no fue uniforme. Las artes gráficas mantuvieron su principal localización en la margen izquierda, mientras que el sector del metal sólo se alejó hasta las periferias del norte y el este. Sin embargo, las actividades de las grandes empresas químicas se trasladaron mucho más lejos.

El caso de la industria química es interesante porque recoge gran parte de la complejidad que se producía en este periodo en la industria de París. Por una parte, las empresas grandes, a menudo contaminantes, buscaron, o se vieron obligadas a buscar, los emplazamientos periféricos en lugares favorables dentro de la red de transportes, donde el terreno era relativamente barato. Por otra, la innovación productiva

[5] Maurice Daumas y Jacques Payen, *Evolution de la geographie industrielle de Paris et sa proche banlieue au XIXème Siècle,* París, 1976; L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit.; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit.; J. Retel, *Eléments pour une histoire du peuple de Paris au 19ème siècle,* cit.; J. W. Scott, *Gender and the Politics of History,* cit.

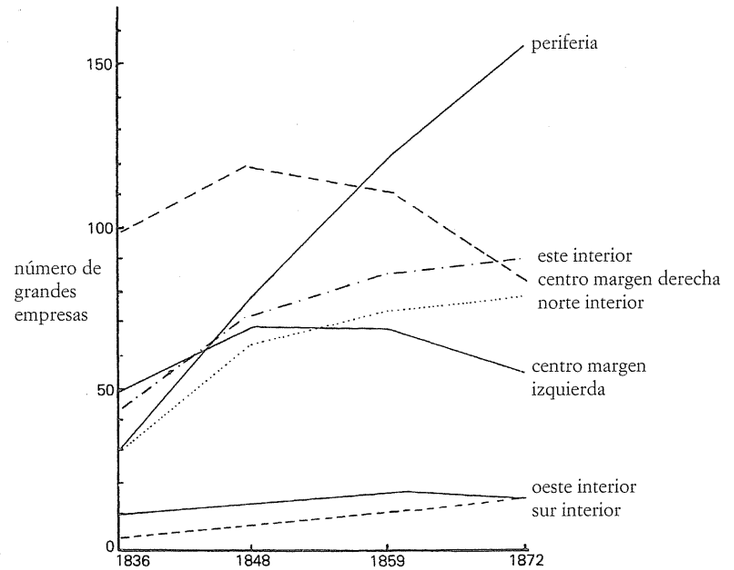


Ilustración 55. Número de grandes empresas en París, en diferentes sectores, de acuerdo con las inspecciones de 1836, 1848, 1859 y 1872. (Recogido en M. Daumas y P. Payen, Evolution de la geographie industrielle de Paris et sa proche banlieue au XIXème siècle, *cit.)*

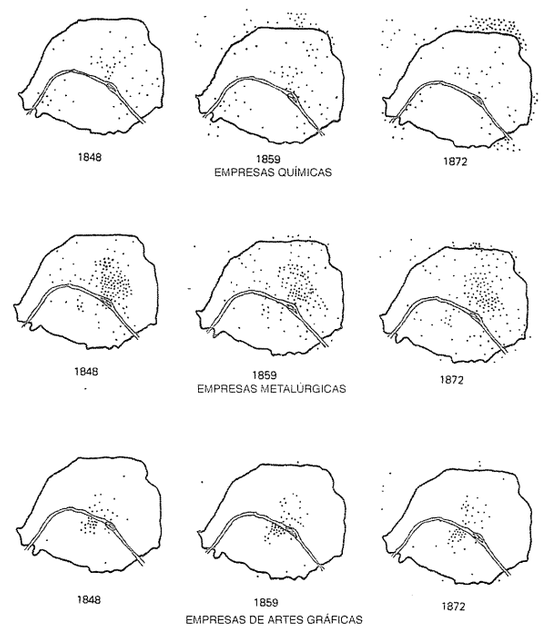


Ilustración 56. Localización de las grandes empresas químicas, del metal y de impresión, de acuerdo con las Enquêtes *de 1848, 1859 y 1872. (Recogido en J. Retel,* Eléments pour une histoire du peuple de Paris au 19eme siécle, *cit.)*

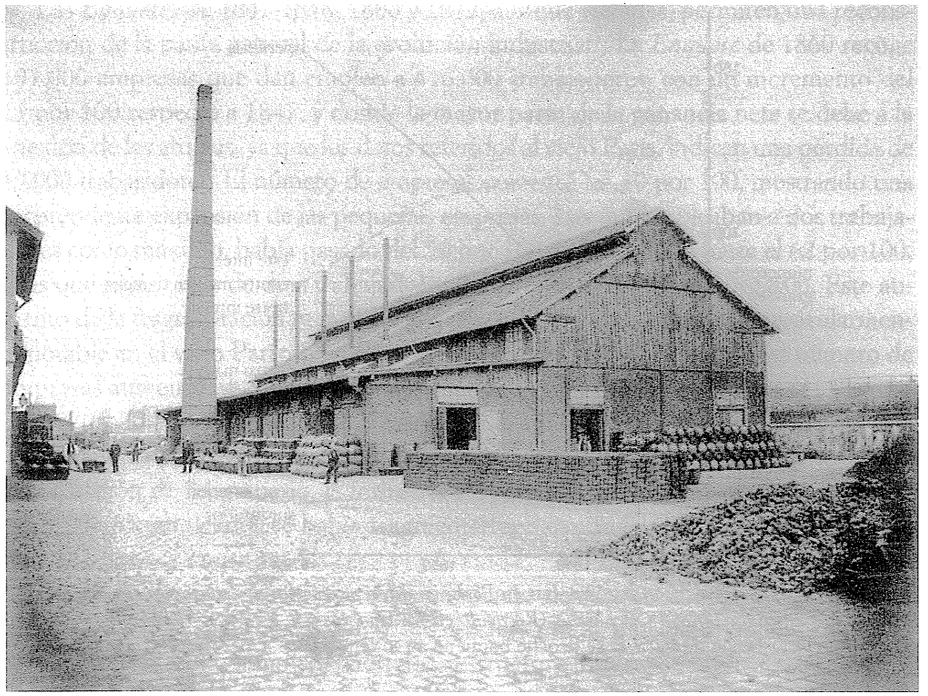


Ilustración 57. Las grandes fábricas, como esta empresa química, empezaron a surgir en la década de 1860 en localizaciones del extrarradio como La Villette.

suponía la proliferación de pequeñas empresas dedicadas a productos especializados como porcelanas, farmacéuticas, joyería auxiliar, flores artificiales, mientras que otras industrias, principalmente las que entraban en la categoría de «artículos de París», generaban demandas especializadas de pequeñas cantidades de pinturas, tintes y productos similares que se podían satisfacer mejor con una producción a pequeña escala. Dentro de muchas industrias, había un movimiento dual similar, que supuso el crecimiento de algunas empresas grandes en el extrarradio y un incremento de la fragmentación y especialización de la actividad económica en torno al centro.

Este desarrollo altamente especializado tenía mucho que ver con el mantenimiento de las cualificaciones superiores de un pequeño grupo de trabajadores «superiores». La fragmentación y vuelta a un trabajo a domicilio a destajo también se puede ver como una concesión a la fuerte predilección de los trabajadores artesanos por conservar su autonomía, independencia y control nominal sobre su proceso de producción. Sin embargo, hubo una gran transformación de las relaciones sociales que las crudas estadísticas esconden. Gaillard sostiene convincentemente que hubo una división al por menor cada vez más sofisticada del trabajo especializado, en la que los

productos de individuos, pequeñas empresas, trabajadores en su domicilio y trabajadores a destajo fueron integrados dentro de un sistema de producción altamente eficaz. Muchas pequeñas empresas no eran más que unidades subcontratadas por organizaciones más grandes y por ello funcionaban más como sistemas laborales contratados, dependientes de productores capitalistas o comerciantes que les controlaban a distancia[6]. Recibiendo el trabajo que hacía el operario en su casa, el capitalista se ahorraba costes añadidos como locales y energía. Aún más, manteniendo estas unidades en competencia constante por el trabajo, los patronos podían forzar el descenso de los costes laborales y maximizar sus propios beneficios. Los trabajadores, aunque nominalmente independientes, se hallaban sometidos a una subordinación y a adoptar modelos de autoexplotación, que podían ser tan salvajes y degradantes como cualquiera de los que se producían en el funcionamiento de una fábrica.

En este contexto, se produjo la firme implantación de un odiado y opresor sistema de capataces, supervisores, subcontratistas y demás intermediarios, que habían sido prohibidos por la legislación de 1848 y vueltos a legalizar a partir de 1852. Por ello, aunque los trabajadores artesanos continuaron siendo importantes, su posición sufrió una notable degradación. La extrema división del trabajo ayudó a alcanzar una calidad y perfección técnica sin igual, pero no supuso ni mayores salarios ni mayor libertad para el trabajador. Por el contrario, significó la gradual inclusión de antiguos artesanos y trabajadores independientes bajo la dominación formal de una organización industrial y comercial estrechamente controlada. En consecuencia, incluso Poulot, que se pasó mucho tiempo criticando los hábitos perezosos y la terquedad de sus trabajadores de cara a la autoridad, acabó por admitir que

> París es una ciudad donde la gente trabaja más duro que en ninguna otra parte del mundo [...] Cuando los trabajadores llegan a París desde las provincias no siempre se quedan, porque hace falta reventarse mucho para ganarse la vida [...] En París hay algunos sectores que funcionan a destajo, donde después de veinte años, el trabajador queda lisiado e inservible, eso si todavía sigue vivo[7].

De cualquier forma, detrás de esta evolución general se encuentran una variedad de fuerzas que merecen un análisis más profundo. La reducción de las barreras espaciales abrió el amplio y valioso mercado parisino a la competencia de las provin-

[6] Alain Cottereau, «Etude préalable», en D. Poulot, *Le sublime,* París, 1980; L. Girard, *Nouvelle histoire de Paris. La Deuxième République et le Second Empire,* cit., pp. 215-216; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 390; G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., pp. 252-269.

[7] A. Cottereau, «Dennis Poulot's *Le Sublime. A Preliminary Study*», en A. Rifkin y R. Thomas (eds.), *Voices of the People,* cit., p. 121.

cias y del extranjero, proceso que se vio reforzado con el giro hacia el libre comercio de 1860. Pero también permitió el acceso de la industria parisina a materias primas geográficamente dispersas y a suministros de alimentos, que le permitieron tanto dar de comer a sus trabajadores como satisfacer su demanda de productos intermedios a un coste menor. Dada la poderosa base industrial del mercado parisino, esto significaba que París podía competir fácilmente con las provincias y con el extranjero de la misma forma que sufría su competencia.

La ciudad, de hecho, aumentó su participación en el creciente comercio de exportación francés, desde el 11 por 100 en 1848 hasta el 16 por 100 a principios de la década de 1860[8]. Como se podía esperar, los bienes de lujo en los que París se había especializado, estaban bien representados dentro este enorme aumento de las exportaciones. Pero más de la mitad de las locomotoras y del material ferroviario producido en París siguió al capital francés al extranjero, e incluso algunas empresas de alimentación, como el refino del azúcar, encontraron un hueco en los mercados de provincias. Los intereses industriales de la ciudad, a diferencia de algunos de sus homólogos en provincias, no se oponían de modo alguno al libre comercio, ya que la manufactura parisina era, evidentemente, capaz de dominar, en algunas ramas de la producción, los mercados provinciales e internacionales.

Pero su ventajosa posición en relación a esta nueva división internacional del trabajo acarreaba algunas penalizaciones. La industria parisina estaba cada vez más expuesta a las peculiaridades de los mercados exteriores. La expansión general del comercio mundial en el periodo fue una explosión enorme, pero los empresarios tenían que ser capaces de adaptarse rápidamente a los caprichos de los gustos extranjeros, a la súbita imposición de barreras arancelarias, al alza de la manufactura de otros países (que tenían la fea costumbre de copiar los diseños franceses y venderlos a un precio más bajo aunque con menor calidad) y a las interrupciones de la guerra. La Guerra civil americana tuvo efectos especialmente funestos, ya que Estados Unidos era un gran mercado para sus exportaciones. La industria parisina también necesitaba adaptarse a las peculiares exigencias del comercio exterior. El crecimiento del comercio con Estados Unidos, por ejemplo, aumentó los problemas de desempleo estacional. La llegada en otoño de algodón en bruto de Estados Unidos llenaba los bolsillos de los estadounidenses, que lo gastaban lo más rápidamente posible, para poder tener sus productos de vuelta en Estados Unidos en la primavera. Tres meses de intensa actividad podían ir seguidos de nueve de «temporada muerta». La *Enquête* de 1860 mostraba que más de un tercio de las empresas de la ciudad tenían una temporada muerta y, de ellas, más de las dos terceras partes producían «artículos de París»; más de la mitad de las empresas de muebles, confección y joyería sufrían una temporada muerta que duraba

[8] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 380-391.

Ilustración 58. La confección de alfombras en Les Gobelins era una industria artesanal de alta calidad, que sobrevivió durante el Segundo Imperio y se benefició de un mejor acceso a los mercados exteriores. Dibujo de Doré.

entre cuatro y seis meses[9]. Los problemas que esto representaba para la organización de la producción y de los mercados de trabajo los analizaremos más adelante.

La competencia del extranjero y de las provincias, no solamente desafiaba a la industria parisina en esos mercados, sino que también miraba con avidez el creciente y enorme mercado de consumo y de productos intermedios que representaba París. La competencia del exterior se volvió cada vez más feroz en la década de 1860. Al principio, el desafío procedía de la producción masiva de bienes, donde los menores costes laborales y el acceso más fácil a las materias primas de los productores de provincias y del extranjero les proporcionaba una ventaja que la caída del coste de los portes hacía más evidente. La producción de calzado se dispersó por las provincias, trasladándose a Pas-de-Calais, l'Oise y lugares similares. Este desafío amenaza-

[9] L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit., p. 96; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 443.

ba incluso a la producción de bienes de lujo. El proceso exacto por el cual sucedía esto puede ilustrarse mejor examinando las nuevas relaciones que surgían en París entre la industria y el comercio.

La industria en relación a las finanzas y al comercio

El poder relativo de los intereses industriales, financieros y comerciales cambió notablemente en París durante el Segundo Imperio. Aunque algunas grandes empresas permanecieron inmunes, la masa de industrias a pequeña escala se vio cada vez más sometida a la disciplina externa impuesta por financieros y comerciantes. Estos últimos se convirtieron, de hecho, en los agentes que aseguraban la transformación de necesidades abstractas en trabajo concreto.

El establecimiento de un nuevo sistema crediticio favoreció de muchas maneras diferentes la creación de empresas de producción y servicios a gran escala. La financiación directa de la producción dentro de fábricas, utilizando formas modernas de tecnología y de organización industrial se volvió factible. El camino lo abrieron los Pereire, pero rápidamente les siguieron una amplia gama de instituciones financieras. Las consecuencias indirectas fueron igual de profundas. El cambio de escala de las obras públicas y la construcción, tanto en el país como en el exterior y la formación de un mercado de masas para muchos productos (que se manifestaba en el auge de los grandes almacenes, en sí mismos hijos del sistema de crédito) favorecía a la industria a gran escala. La absorción de los pequeños ahorros por las nuevas estructuras del crédito tendía también a secar las pequeñas fuentes de crédito locales y familiares a las que solía recurrir la pequeña industria, sin poner nada en su lugar. El efecto neto fue redistribuir la disponibilidad del crédito, dejándolo cada vez más lejos del alcance de los pequeños productores y artesanos.

Por ello, el nuevo sistema crediticio no fue bien recibido por la mayoría de los empresarios, que veían en los financieros, con razón en el caso de los Pereire, unos instrumentos de control y de fusión. Las relaciones de clase entre los fabricantes y los dueños del dinero eran típicamente de desconfianza. La caída de los Pereire probablemente tuvo tanto que ver con el poder de los intereses comerciales y empresariales dentro del Banco de Francia, como con su cacareado antagonismo personal con Rothschild. Las largas polémicas desatadas a finales del Segundo Imperio contra el excesivo poder monopolista de los financieros se ganaron el aplauso de artesanos y pequeños empresarios, y explican, en parte, la creciente oposición burguesa a las políticas económicas del Imperio[10].

[10] G. Duchêne, *L'Empire Industriel,* París, 1869.

Ilustración 59. Ya en 1843, Daumier se reía de la organización de los almacenes de ropa y textiles. El dependiente está explicando el complicado camino que debe recorrer el cliente para llegar a su destino en la parte de la tienda donde están los gorros de algodón.

Sin embargo, los pequeños fabricantes y artesanos, que frecuentemente tenían que hacer frente a largas temporadas muertas y a todo tipo de compromisos de pago, tenían una desesperada necesidad de créditos a corto plazo. El Banco de Francia proporcionaba mecanismos de descuento de letras, pero servían a muy pocos clientes[11], y solamente al final del periodo surgieron otras instituciones financieras que empezaron a llenar esta laguna. Hasta entonces, lo que existía era un sistema financiero informal y paralelo, basado en lazos de parentesco o en créditos a pequeña escala entre compradores y vendedores; un sistema que llegó incluso a los niveles inferiores de la clase trabajadora, que necesitaba hacer la compra a tiempo para poder sobrevivir. Y, por medio de ese sistema, una nueva clase de comerciantes que se estaba consolidando, llegó a ejercer un creciente control sobre la organización y el crecimiento de la industria parisina.

Está claro que el comercio siempre había tenido un lugar especial en la economía de la ciudad, pero, a mediados del siglo, las distinciones entre fabricación y comercialización resultaban tan confusas, que la expresión de un interés comercial específico se limitaba a algunos tipos de actividades especializadas, como por ejemplo el vino. El comercio era mayoritariamente el siervo de la industria. El Segundo Imperio estuvo marcado por una creciente separación entre producción y distribución, y una inversión de las relaciones de poder hasta el punto de que gran parte de

[11] A. Plessis, *La Banque de France et ses deux cents actionnaires sous le Second Empire,* cit.

la industria de la ciudad se vio cada vez más obligada a bailar al son que dictaba el comercio[12]. Esta transformación, en general, fue más bien gradual que traumática; los propietarios simplemente preferían mantener la tienda y traspasar el taller, sin por ello renunciar a la relación directa con los productores. Se convirtieron, en general, en el centro de una red de subcontratación, de producción sobre pedidos o a destajo y de trabajo a domicilio. En este sentido, esta clase de comerciantes autónomos se convirtió en el agente del sometimiento de los artesanos y del trabajo artesanal a los dictados del capital comercial. Como dice Alain Cottereau, «algunas veces varios cientos de trabajadores seudoartesanos y dos docenas de pequeños talleres no eran otra cosa que las antenas finales de grandes intereses del sector del vestido, cada uno de los cuales empleaba a varios miles de trabajadores, manejados por comerciantes, fabricantes o grandes almacenes». Además, estos nuevos «nodos de organización capitalista [...] estaban constantemente redistribuyendo el trabajo, reorganizando sus operaciones para poder trasladar el mayor número posible de ellas a las manos de una fuerza de trabajo sin ninguna cualificación: peones, mujeres, niños y ancianos»[13].

El notable grado de fragmentación de tareas y de especialización de la industria parisina fue el origen de gran parte de su poder competitivo y la causa de su buena reputación, tanto en los mercados locales como en los internacionales. El Segundo Imperio asistió al creciente refinamiento de esta forma de organización. La producción de flores artificiales, que en 1848 se encontraba ligada a la especialización de cada taller en una clase de flor, a finales del Segundo Imperio quedaba organizada en un sistema de talleres, cada uno de los cuales producía una parte de diferentes tipos de flores. Maxime du Camp se quejaba de «la infinita división del trabajo» que exigía la coordinación de nueve técnicas diferentes para producir un simple cuchillo[14]. Que semejante sistema pudiera funcionar se debía por completo a la eficaz organización de los empresarios, que proporcionaban las materias primas, organizaban la división de la producción entre numerosos talleres desperdigados, o el trabajo a destajo en el domicilio, supervisaban la calidad del producto, el ritmo de producción y una vez montado, colocaban el producto final en mercados bien definidos.

Sin embargo, los mismos agentes que reorganizaron la industria parisina para protegerse de la competencia exterior, también trajeron la competencia de las provincias y del extranjero al corazón de París. Sometidos a la presión de la competencia para maximizar beneficios los comerciantes de la ciudad, no dudaron en buscar toda clase de diferentes fuentes de suministros, tanto en provincias como incluso del extranjero, ampliando su red de dominio y de trabajo exterior fuera de París a cualquier parte donde encontraran menores costes, especialmente de mano de obra. Así estimularon la competencia del exterior al mismo tiempo que se organizaron para combatirla, y en algunos casos organizaron activamente la dispersión de algunas etapas de la producción entre las provincias. Los comerciantes de provincias y del extranjero que solían tener una presencia en la ciudad ocasional o de temporada, tendieron a establecerse de manera permanente y, haciendo uso de sus contactos provinciales e internacionales, organizaron un flujo de bienes cada vez más competitivo, hacia el mercado de la ciudad. Se pueden encontrar ejemplos de esta separación entre producción y comercialización en la industria de guantes y sombreros, donde la producción se traslada a las provincias mientras que el diseño y la comercialización permanecen en París[15].

Hubo otras evoluciones de la comercialización que tuvieron un fuerte impacto sobre varios aspectos de la industria de París. El auge de los grandes almacenes supuso la formación de mercados masivos de ropa confeccionada. La demanda se dirigió hacia todo lo que podía producirse en masa de manera rentable, independientemente de su uso, valor o cualidades. El mercado de masas no significaba necesariamente producción en masa, pero implicaba la organización de pequeños talleres en diferentes ramas de la producción, recurriendo preferiblemente a la subcontratación. Las quejas de los trabajadores referentes a la pérdida de responsabilidad respecto a la calidad del producto y la pérdida de las técnicas profesionales de la tradición artesana tenían mucho que ver con el espectacular crecimiento de esta clase de comercio; los grandes almacenes como Bon Marché (fundados en 1852 y que en 1869 facturaban 7 millones de francos), el Louvre (1855) y Printemps (1865) se convirtieron en las piezas centrales del comercio de París[16].

En la década de 1860, un sistema de crédito jerárquicamente estructurado se estaba convirtiendo progresivamente en el nervio central del desarrollo industrial, pero todavía no había llegado hasta la pequeña empresa. Los comerciantes, bien asistidos cuando era necesario tanto por el nuevo como por el viejo sistema, se lanzaron a convertirse en la fuerza organizativa de gran parte de la pequeña industria. La creciente autonomía de esta clase mercantil durante el Segundo Imperio se manifestaba en la formación en el centro de barrios esencialmente comerciales; alrededor de Chausée d'Antin en el noroeste, en menor grado alrededor de Mail et Sentier

[12] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 286.

[13] K. Marx, *Capital,* cit., vol. 1, p. 342; A. Cottereau, «Dennis Poulot's *Le Sublime. A Preliminary Study*», cit., pp. 146-148.

[14] Máxime Du Camp, *Paris. Ses organes, ses fonctions et sa vie dans la seconde moitié du XIXème siècle,* París, 1875, vol. 6, p. 235.

[15] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 378, 446.

[16] M. Miller, *The Bon Marché. Bourgeois Culture and the Department Store, 1869-1920,* cit.

y en el noreste, donde la Rue Paradis, entonces como ahora, era el próspero centro de productos de cristal y cerámica. Desde aquí se organizó la producción local, provincial e internacional para el mercado parisino y de exportación. Estos barrios también ofrecían oportunidades de empleo en tipos especiales de trabajo de oficina, que dejaron una huella en la división del espacio social de la ciudad (ilustración 53). En ellos surgieron tradiciones especiales respecto a la política, la educación, la religión, que llevaron a los comerciantes a una escasa participación tanto en la formación como en la represión de la Comuna.

La creciente autonomía de la clase de los comerciantes y el crecimiento del nuevo poder financiero tejió una compleja red de control alrededor de gran parte de la industria de la ciudad, al mismo tiempo que la preocupación de los comerciantes por el beneficio y su ámbito geográfico de operaciones, les condujo a una reestructuración de la industria de la ciudad para afrontar los requisitos de una nueva división internacional del trabajo. Los pequeños fabricantes, en otros tiempos artesanos y trabajadores independientes orgullosos de sus oficios, se vieron cada vez más aprisionados por una red de deudas y obligaciones, de pedidos específicos y de suministros controlados; se vieron reducidos a la posición de jornaleros dentro de un sistema general de producción cuya evolución parecía escapar a su control. Dentro de un sistema como ése, los procesos de pérdida de cualificación y de dominación, que se habían hecho evidentes antes de 1848, pudieron continuar actuando a través del sistema de producción. Que los trabajadores reconocían la naturaleza del problema es obvio. La Comisión de Trabajadores de 1867 debatió el problema a fondo y colocó la cuestión del crédito social y de la libertad de trabajo en el primer plano de su programa social. Pero, para entonces, habían pasado cerca de veinte años durante los cuales la asociación del capital se había impuesto a la noble visión de la asociación del trabajo.

La industria, el Estado y la propiedad privada

Como hemos visto, Haussmann no tenía ningún reparo en expulsar del centro de la ciudad a las industrias nocivas o indeseables (como la del tinte y algunas químicas) mediante el cierre directo o utilizando las leyes contra la insalubridad[17]. Pero también trató por toda clase de medios indirectos (impuestos, anexión de los barrios de las afueras, orientación de los servicios de la ciudad), de librar ese centro de la mayoría de las actividades industriales, exceptuando las de artículos de lujo y «artículos de París». Sus políticas antiindustriales procedían no sólo del deseo de crear una «capital imperial» a medida de toda la civilización Occidental, sino de su preocupación por deshacerse del poder político de la clase obrera eliminando sus oportunidades de empleo. En esto sólo logró una victoria parcial[18]. Aunque en 1870 la desindustrialización del centro urbano se convirtió en un hecho consumado, las mejoras de las comunicaciones y de las infraestructuras urbanas (gas, agua, alcantarillado) hicieron de París una localización muy atractiva. De alguna manera, Haussmann contrarrestaba con una mano lo que quería hacer con la otra. Pero su fracaso en atender las necesidades de la industria y su patente favoritismo hacia el desarrollo residencial (por ejemplo, con el diseño de la tercera red de carreteras) le valieron la creciente oposición de los intereses industriales, que, en cualquier caso, habían sido lo suficientemente poderosos para frustrar algunos de los planes de recolocación del emperador. En la medida que en la década de 1860 surgía la competencia de las provincias y del exterior, al mismo tiempo que su campaña contra la industria se intensificaba, Haussmann se vio responsabilizado de las dificultades de la industria de la ciudad, provocando una activa oposición hacia el Imperio.

El alquiler era uno de los costes importantes a los que tenía que hacer frente la industria de la ciudad. El rápido aumento de los alquileres en los nuevos barrios financieros y comerciales (Bourse, Chausée d'Antin), y en los barrios residenciales de alto nivel del oeste y noroeste, obligó al traslado de la industria existente, y actuó en la periferia del oeste como una barrera para la instalación de nuevas industrias. El incremento de los alquileres en el centro supuso la expulsión de la industria hacia las afueras o la obligó a apiñarse y a intensificar la utilización del espacio en lugares que tuvieran alguna ventaja particular. La metalistería, por ejemplo, se alejó relativamente poco hacia el noreste, donde encontró buenas comunicaciones y acceso a un mayor suministro de mano de obra (ilustración 56). Las zonas cercanas al centro con alquileres más elevados también se convirtieron en localizaciones atractivas (Haussmann las comparaba con los viñedos del Monte Vesubio, que aumentaban su fertilidad cuanto más cerca estaban de la cima). Esto era especialmente cierto para aquellas industrias en las que el acceso inmediato al mercado de consumo de bienes de lujo (o las que suministraban a esos mercados) era de vital importancia. Los atractivos de una localización céntrica aumentaban con la centralización del comercio en los grandes almacenes, con los hoteles que atendían a un creciente sector turístico y con el mercado central de Les Halles, que atraía a todo tipo de gente.

Las obras públicas y las inversiones urbanas crearon un mercado adicional con una demanda aparentemente inacabable (incluyendo muebles de lujo y decoración), gran parte de la cual se concentraba cerca del centro. Muchas industrias te-

[17] M. Daumas y J. Payen, *Evolution de la geographie industrielle de Paris et sa proche banlieue au XIXème siècle,* cit., p. 147.

[18] *Ibid.,* p. 135; T. Zeldin, *The Political System of Napoléon III,* cit., p. 76.

Ilustración 60. Esta foto de Marville, de mediados de la década de 1860, muestra las industrias de tintes establecidas a lo largo del contaminado río Bièvre. Éste era el tipo de industrias sucias que Haussmann quería expulsar de las zonas centrales de la ciudad.

nían fuertes incentivos para aferrarse a localizaciones centrales: como sucedía con los productos farmacéuticas, los artículos de perfumería, las pinturas, la metalistería (especialmente ornamental), las alfombras y la ebanistería, así como con la confección de moda y artículos de París. Pero los elevados alquileres había que pagarlos. Y aquí es donde tenía mucho sentido la creciente adaptación al trabajo a domicilio, pagado por unidad; los trabajadores cargaban entonces con el coste de los elevados alquileres, trabajando en casa en barrios superpoblados, o con el coste de la inaccesibilidad al centro. Los comerciantes podían ahorrar los costes de alquileres, mientras se aseguraban de que la producción quedaba organizada en una configuración, que fluyera de manera satisfactoria en los lugares donde se producía una demanda elevada. Los talleres independientes que quedaron fueron atrapados por esta reducción de costes que, o bien les obligó a caer en brazos de los comerciantes, o les empujó a reorganizar su división interna del trabajo y poder para reducir los costes laborales. La subida de los alquileres en el centro de la ciudad actuó como un contundente gravamen sobre la industria y los trabajadores, y con ello desempeñó un papel clave en la reestructuración industrial de París bajo el Segundo Imperio.

Productividad, eficiencia y tecnología

Existe un mito generalizado, del que los historiadores nos están empezando a desengañar ahora, de que las grandes industrias expulsan a las pequeñas por la eficiencia superior que alcanzan mediante las economías de escala[19]. La persistencia durante el Segundo Imperio de la pequeña industria en París aparentemente refuta el mito, porque si los pequeños talleres sobrevivieron fue precisamente por la superioridad de su productividad y de su eficiencia. Sin embargo, resulta peligroso llevar este argumento demasiado lejos. Las industrias en las que se podían alcanzar fácilmente economías de escala (como las textiles y, más tarde, en algunos aspectos de la industria del vestido) se dispersaron por las provincias, y la ingeniería a gran escala se vio desplazada a las afueras o más allá. La industria a pequeña escala, que fue dejada atrás y que mostraba un crecimiento tan vigoroso, alcanzó economías de escala, no a través de la fusión de empresas, sino mediante la creación de lazos interindustriales y la aglomeración de innumerables tareas especializadas. No era el tamaño de la empresa lo que importaba, sino la concentración geográfica de innumerables productores bajo el poder organizativo de comerciantes y otros empresarios. Y, de hecho, dentro de la región de París, las economías de escala totales que alcanzó esta clase de industria, fueron las que sentaron la base de su competitividad dentro de la nueva división internacional del trabajo.

Hay otro mito, más difícil de desmontar, que sugiere que la pequeña industria y la producción artesanal es menos innovadora cuando se enfrenta a nuevos productos o a nuevos procesos productivos. En su momento, Corbon negó esto decididamente, señalando un interés muy vivo de los trabajadores «superiores» y artesanos, en las nuevas líneas de productos, las nuevas técnicas y las nuevas aplicaciones de la ciencia, aunque continuaba señalando que tendían a admirar la aplicación de cualquier novedad en cualquier sitio menos en su propio oficio[20]. Sin embargo, las innovaciones de productos (especialmente en el sector de los bienes de lujo) podían proporcionar demasiados beneficios como para que los pequeños propietarios pudieran dejar pasar esas oportunidades; y las nuevas tecnologías proliferaron con rapidez. Incluso los talleres organizaron formas colectivas para utilizar máquinas de vapor, aunque de poca potencia. La industria del vestido adoptó la máquina de coser, el trabajo del cuero utilizaba cuchillas mecánicas, los ebanistas utilizaban sierras mecánicas, y los fabricantes de «artículos de París» se vieron auténticamente poseí-

[19] Theodore Hershberg, *Philadelphia. Work, Space, Family, and the Group Experience in the Nineteenth Century,* Nueva York, 1981. Hershberg estudia en profundidad este punto a través de un detallado análisis de los datos sobre Filadelfia en el siglo XIX.

[20] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit.

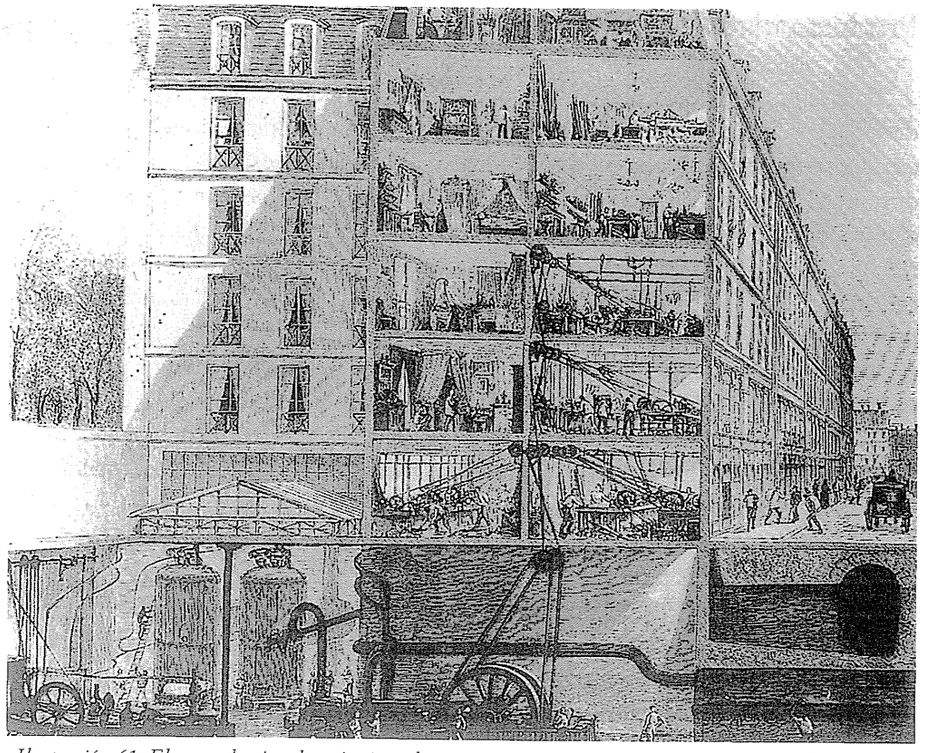


Ilustración 61. El uso colectivo de máquinas de vapor se convirtió en una característica de la industria de París durante este periodo. Este diseño de 1872 muestra cómo el sistema trabaja con una máquina de vapor en el sótano que distribuye la energía a los pisos superiores, lo que permite que el edificio sea ocupado por diferentes actividades.

dos por una fiebre innovadora cuando estas innovaciones llegaron a la industria del tinte, a los colorantes, las preparaciones especiales o la joyería auxiliar. También hubo grandes innovaciones en la edificación y la construcción, como los elevadores mecánicos.

El panorama que se forma es de una animada innovación y una rápida adopción de nuevos procesos de trabajo. Según la Comisión de Trabajadores de 1867 y los escritos de trabajadores como Varlin, las objeciones de los trabajadores artesanos no se dirigían hacia las nuevas técnicas, sino a la manera en que se les imponían, como parte de un proceso de estandarización del producto, de pérdida de cualificaciones y de reducción salarial[21]. Aquí también, la creciente integración de una división del

[21] Maurice Foulon, *Eugène Varlin,* Clermont-Ferrand, 1934; Philippe Lejeune, *Eugene Varlin. Pratique militante et écrits d'un ouvrier communard,* París, 1977.

trabajo pormenorizada y especializada bajo la dirección de comerciantes y empresarios proporcionó características especiales a la transformación del proceso de trabajo. El evidente vigor tecnológico de la pequeña industria en París no era necesariamente la clase de vigor que los trabajadores podían apreciar. Y en esto tenían una buena razón: Poulot (un empresario con fama de renovador) admitía que el desarrollo de las innovaciones tenía tres objetivos clave que eran el aumento de la precisión, la aceleración de la producción y «la disminución de libre voluntad de los trabajadores»[22].

En este aspecto, las memorias de Xavier-Edouard Lejeune resultan muy instructivas[23]. Criado en el campo con sus abuelos, en 1855 a la edad de diez años se reúne en París con su madre soltera (aparentemente víctima de un romance traicionado con el hijo de algún burgués señalado). Se la encuentra dando trabajo a seis u ocho mujeres en la confección de abrigos de calidad para señora, con las conexiones adecuadas con algunas tiendas de distribución al por menor. Aquel año fue el punto álgido de la explosión del sector del vestido, a medida que el gasto que hace el Estado y el auge de la moda en la corte imperial se apoderaron de todo París. Su madre vive en un espacio amplio y céntrico, tiene doncella e invita a parientes y amigos a su casa. Seis años después, empleaba a una sola mujer y se había visto obligada a moverse sucesivamente hacia alojamientos cada vez más pequeños con alquileres cada vez más bajos. Dejó de recibir visitas y prescindió de la doncella. Xavier-Edouard hacía las labores de la casa y la compra un rato antes de ir al trabajo por «razones de economía», en una tienda al por menor donde recibía alojamiento y comida así como un pequeño salario. El problema para su madre fue la llegada de la máquina de coser y la feroz competencia del mercado en condiciones de poca actividad de la demanda. Poco a poco fue cayendo en la pobreza. El relato deja de mencionarla a partir de 1868; investigaciones posteriores mostraron que en 1872 todavía se mantenía en actividad, pero en 1874 ya se encontraba totalmente empobrecida; se la declara loca y queda recluida hasta su muerte en 1891. Creo que para muchos pequeños propietarios, el relato en líneas generales resultaba bastante conocido.

La experiencia del trabajo

¿En qué consistía trabajar en la industria de París durante el Segundo Imperio? Resulta difícil construir un cuadro representativo de semejante diversidad de experiencias laborales. Abundan las historias y algunas se repiten insistentemente,

[22] A. Cottereau, «Dennis Poulot's *Le Sublime. A Preliminary Study*», cit., p. 130.
[23] Michel Lejeune y Philippe Lejeune, *Calicot. Xavier-Edouard Lejeune,* París, 1984.

probablemente porque recogen la esencia de lo que era la experiencia laboral para muchos.

En 1865, un emigrante recién llegado de Lorena alquila, con su mujer y sus dos niños, dos minúsculas habitaciones en Belleville, en la periferia de París. Sale de casa a las cinco de la mañana con una corteza de pan y recorre andando seis kilómetros hasta el centro, donde trabaja catorce horas diarias en una fábrica de botones. Después de pagar el alquiler, su salario se queda en 1 franco diario; un kilo de pan cuesta 0,37 francos, así que se trae a casa trabajo a destajo para su mujer, que trabaja largas horas en casa por prácticamente nada. «Vivir para un trabajador es no morir», era el dicho de la época[24].

Descripciones de esta clase las utilizaba Zola en *La taberna*, con resultados tan dramáticos (al parecer estudió con cuidado el texto de Poulot preparando la novela). Coupeau y Gervaise visitan a Lorilleux y a su mujer en el diminuto, desordenado y agobiantemente caluroso taller adosado a su alojamiento. La pareja trabaja con alambre de oro para hacer cadenas. «Hay cadena de eslabón pequeño, cadena gruesa, igualada y entrelazada», explica Coupeau, pero Lorilleux (que calcula que ha tejido ocho mil metros desde los doce años y que espera algún día «pasar de París a Versalles») hace solamente cadena de columna. «Los patronos suministran el oro en rollos de alambre con la aleación adecuada, y los trabajadores empiezan por pasarlo por los orificios de la plancha para dejarlo del calibre necesario, teniendo cuidado de calentarlo cinco o seis veces durante la operación para evitar que se rompa». Este trabajo, aunque requiere mucha fuerza lo realiza la mujer, ya que también exige un pulso firme y Lorilleux tiene violentos accesos de tos. Aunque todavía son relativamente jóvenes, ambos parecen estar a punto de romperse por el exhaustivo y exigente régimen de trabajo. Lorilleux muestra cómo se dobla, corta y suelda el alambre en eslabones pequeños, una operación «realizada con una regularidad absoluta, eslabón tras eslabón, con tanta rapidez que la cadena va aumentando gradualmente de longitud ante los ojos de Gervaise, sin que le dé tiempo a ver cómo lo hace».

La ironía de la producción de semejantes componentes de artículos de lujo, en condiciones tan deprimentes y miserables, no le pasó desapercibida a Zola. Este sistema solamente se pudo imponer a través de la estrecha supervisión de los organizadores de la producción. No es de extrañar que los trabajadores de la delegación de orfebres que asistieron a la Exposición de 1867 (por otro lado, muy moderados), se quejaran en su informe del «insaciable capitalismo» que les dejaba indefensos e incapaces de protestar contra el «evidente y destructivo mal» que se produce en «los grandes centros industriales, donde el capital acumulado, disfrutando de absoluta libertad, se convierte en una clase de opresión legalizada, regulando el trabajo y fragmentándolo para crear más empleos especializados»[25]. Resulta interesante ver que esto está escrito el mismo año de la publicación en Leipzig del primer volumen de *El capital* de Marx.

[24] Clément Lepidis y Emmanuel Jacomin, *Belleville,* París, 1975, p. 230.

Gervaise encuentra más tarde un proceso de producción de un tipo muy diferente cuando visita, después de un espantoso viaje a través del área industrial del noreste de París, a Goujet el metalista. La zona, según todos los relatos, se había convertido en un área industrial increíblemente impresionante. Lejeune, en sus memorias del periodo, la describe así:

> Había fábricas y establecimientos industriales en los rincones lejanos de patios y callejones, había talleres desde la planta baja hasta los pisos más altos de las casas y una increíble densidad de trabajadores que daban una atmósfera animada y ruidosa al barrio.

Gouget, en el relato de Zola, muestra cómo Gervaise hace pernos hexagonales a partir de metal candente, sacando cuidadosamente trescientos remaches de veinte milímetros al día, utilizando un martillo de cinco libras. Pero el oficio está en peligro porque el patrón está instalando una fábrica nueva:

> El motor de vapor estaba en una esquina oculto por un muro bajo de ladrillo [...] Levantó la voz para darle explicaciones y después pasó a donde estaban las máquinas; cizallas mecánicas que devoraban barras de hierro arrancando un trozo con cada mordisco y dejándolos detrás de uno en uno; las máquinas altas y complicadas que hacían pernos y tornillos forjaban las cabezas con un solo movimiento de su potente tornillo; las desbastadoras con el volante de hierro fundido que batía el aire con cada pieza que repasaba; las taladradoras, manejadas por mujeres, que horadaban los tornillos y las tuercas, con las ruedas trabajando rítmicamente, relucientes con la grasa que tenían [...] La máquina forjaba pernos de cuarenta milímetros con el tranquilo aplomo de un gigante [...] En doce horas, esta maldita máquina podía hacer cientos de kilos de pernos. Goujet no se quejaba, pero, en ciertos momentos, con gusto hubiera destrozado todo ese amasijo de hierro, furioso, al ver como los brazos de la máquina eran más fuertes que los suyos. Le disgustaba, a pesar de que se daba cuenta de que la carne no podía luchar contra el hierro. Sin duda llegará el día en que las máquinas matarán al obrero; ahora sus salarios habían bajado de doce a nueve francos y se decía que seguirían bajando. No había nada gracioso en estas grandes fábricas que cortaban tornillos y pernos como si fueran salchichas [...] Se volvió a Gervaise que permanecía cerca de

[25] A. Cottereau, «Dennis Poulot's *Le sublime. A Preliminary Study*», cit., p. 144.

él y dijo con una sonrisa triste «puede que con el tiempo contribuyan a la felicidad de todo el mundo»[26].

Así eran las fuerzas abstractas del capitalismo aplicadas a la experiencia concreta del trabajo bajo el Segundo Imperio.

[26] M. Lejeune y P. Lejeune, *Calicot. Xavier-Edouard Lejeune,* cit., pp. 102-103; É. Zola, *L'assommoir,* Hardmondsworth, 1970, pp. 176-177.

IX La compra y la venta de la fuerza de trabajo

> [El capital] puede surgir a la vida solamente cuando el propietario de los medios de producción y de subsistencia se encuentra en el mercado con trabajadores desocupados vendiendo su fuerza de trabajo. Y esta misma condición histórica contiene una historia del mundo.
>
> Marx

El crecimiento de la industria y el comercio, unido a la expansión de la construcción en París, ejerció una presión enorme sobre los mercados de trabajo durante el Segundo Imperio. ¿De dónde procedía la oferta? ¿Cómo y en qué condiciones estaban los trabajadores dispuestos para ceder a otros el derecho sobre su fuerza de trabajo? ¿Cómo afectó la cantidad y la calidad de la fuerza de trabajo que se ofrecía en París, a la forma y a la distribución geográfica de la actividad económica?

En 1848, París tenía un enorme excedente de fuerza de trabajo. A aquellos que habían sido despedidos de sus empleos por el colapso de la industria y del comercio de la ciudad, se añadió una marea de trabajadores de provincias buscando la tradicional protección de París en tiempos de dificultades. Entre marzo y junio de 1848, el número de trabajadores enrolados en los Talleres Nacionales pasó de 14.000 a 117.000[1]. La represión posterior llevó a muchos de ellos a huir de la ciudad, pero el desempleo siguió siendo un problema clave tanto en la ciudad como en la nación. En París, los excedentes de mano de obra fueron absorbidos parcialmente durante

[1] Donald McKay, *The National Workshops. A Study in the French Revolution of 1848,* Cambridge (MA), 1933.

la recuperación de 1849-1850, pero fue el espectacular aumento de la actividad económica a partir de 1852, lo que transformó hasta 1860 una situación de excedente de mano de obra con salarios en descenso en una de escasez de mano de obra con índices salariales nominales en aumento, aunque éstos se vieran largamente compensados por la inflación[2]. La respuesta a esta escasez fue una ola masiva de emigrantes sobre la ciudad durante la década de 1850, seguida de la creciente absorción de ese otro segmento del ejército industrial de reserva que son las mujeres, y del estancamiento de los salarios nominales durante la década de 1860. De este modo se cubrieron holgadamente las necesidades cuantitativas de la industria y del comercio de la ciudad.

La calidad de la fuerza de trabajo resulta más difícil de examinar. Para entonces, París había perdido la mayor parte de sus auténticos artesanos, trabajadores que controlaban su propio proceso de producción y que trabajaban para el mercado de manera independiente. Para Cottereau no representaban más del 5 por 100 de la población económicamente activa en 1847. Pero también había pocos operadores de maquinaria. La masa de la fuerza laboral se distribuía entre trabajadores artesanos, que conocían por completo todos los aspectos de su oficio (normalmente después de haber trabajado como aprendices), trabajadores cualificados cuyas cualificaciones se limitaban a tareas especializadas dentro de la división del proceso productivo y trabajadores sin ninguna cualificación, frecuentemente trabajadores itinerantes, que oscilaban entre las clases indigentes y los criminales, comúnmente consideradas «clases peligrosas» o «lumpenproletariado». Los trabajadores con educación básica también podían encontrar trabajo administrativo creado por las revoluciones de la banca y del comercio así como por el auge del turismo[3].

Durante el medio siglo anterior, los trabajadores artesanos habían desarrollado métodos de control informal sobre los mercados de trabajo[4]. Tenían formas ocultas de organización corporativista y eran capaces de negociar de manera colectiva con los propietarios sobre tarifas de trabajo, condiciones y duración del empleo. Los mercados de trabajo estaban frecuentemente centralizados y bajo control colectivo; los patronos contrataban, desde un punto de reunión central o desde un lugar concreto, donde los trabajadores podían intercambiar información y ejercer la máxima

[2] J. Rougerie, *Procés des communards,* cit.; «Les sections françaises de l'Association Internationale de Travailleurs», Colloques Internationales du CNRS, París, 1968.

[3] Michael Hanagan, *The Logic of Solidarity,* Urbana, 1980; «Urbanization, Worker Settlement Patterns, and Social Protest in Nineteenth Century France», en J. Merriman (ed.), *French Cities in the Nineteenth Century,* Londres, 1982; A. Cottereau, «Dennis Poulot's *Le sublime. A Preliminary Study*», cit., p. 70.

[4] W. Sewell, *Work and Révolution in France,* cit.

Ilustración 62. El sector de la construcción atrajo oleadas de emigrantes a la ciudad, algunos de los cuales procedían de regiones muy concretas. Aquí Daumier señala que es más fácil encontrar a gente de Limoges en algún bulevar de París a las seis de la tarde, que en la propia ciudad de Limoges, la capital de esa provincia.

presión, por un lado, sobre los patronos y, por otro, sobre los demás trabajadores para que éstos respetasen las normas colectivas. Este poder no garantizaba el trabajo estable o seguro. Los altibajos del sector se manifestaban más en situaciones de desempleo periódicas, estacionales u ocasionalmente prolongadas (estas últimas originando normalmente la protesta política y el descontento social), que como variaciones de los índices salariales. Este sistema de control tenía la ventaja añadida de facilitar la integración de los artesanos emigrantes en el mercado de trabajo urbano (una reliquia del *tour de France* con el que el sistema de *compagnonnage* había organizado los movimientos migratorios de las provincias durante por lo menos dos siglos).

Resulta difícil hacer una estimación exacta de la proporción de trabajadores que se movían en mercados de este tipo, pero era claramente considerable. Y fueron ellos, los trabajadores artesanos, los que con su ejemplo y liderazgo polí-

tico marcaron innegablemente la pauta en el mercado de trabajo de París en la década de 1840, y los que se encontraban en el corazón del movimiento obrero en 1848. Eran el grupo contra el que la asociación de capitales tenía que librar la batalla.

El Segundo Imperio asistió a la pérdida del control de los trabajadores artesanos sobre los mercados de trabajo[5]. También asistió a la redefinición de cualificaciones, de la clase que Marx describe tan acertadamente en *El capital*, a medida que la producción evoluciona desde el aumento de la división parcial y social del trabajo hasta la maquinaria y la producción en fábricas. En algunas industrias, los conocimientos artesanales fueron eliminados y sustituidos por conocimientos especializados dentro de la división industrial del trabajo. En otras, los operarios de las máquinas reemplazaron a los artesanos. Algunas de las especializaciones que surgieron de la transformación del proceso del trabajo eran monopolizables, pero otras eran relativamente fáciles de reproducir. Aquí también la tendencia iba hacia la pérdida de cualificaciones y la utilización de conocimientos fácilmente reproducibles, dentro de sistemas de producción en masa de menor calidad (tanto en fábricas como en talleres integrados). La frontera entre cualificados y sin cualificar se volvió más difusa, al mismo tiempo que, dados los cambios en las técnicas y en la organización, resultaba más fácil introducir en los talleres a emigrantes sin cualificar o a mujeres. Los controles tradicionales del mercado de trabajo también tendían a desplomarse, a medida que el mercado explotaba en tamaño y se dispersaba en el espacio. Los lugares que centralizaban la contratación, que todavía aparecen en la *Enquête* de 1847-1848, habían desaparecido prácticamente en 1870[6]. La mayoría de las opiniones están de acuerdo en que la competencia individualista en el mercado de trabajo de 1870 se había vuelto mucho más dominante de lo que había sido en 1848.

A pesar de todo, estos trabajadores continuaron ejerciendo una influencia y poder extraordinarios. De acuerdo con las vívidas descripciones que realiza Denis Poulot de la vida y costumbres de los talleres industriales de París en la década de 1870, seguían mostrándose seguros de sí mismos hasta resultar arrogantes: eran obstinados, escandalosos y rematadamente independientes hasta llegar a la indisciplina (cuadro 9). Se resistían a la autoridad del capitalista con una irónica intensidad que caracterizaba lo que Poulot, desde la perspectiva del patrón, llamaba peyorativamente la «sublimación». Sufrían de la incurable creencia que Eugene Varlin, uno de los suyos, expresaba así: «la mayoría de los trabajadores no tienen nada que aprender de propietarios que no están capacitados para su profesión y que son simples explotadores»[7]. Continuaron ejerciendo presión colectiva sobre el mercado de trabajo, en gran parte permaneciendo en sus barrios tradicionales (incluso haciendo frente a la renovación urbana y a la subida de los alquileres). Las industrias que necesitaban sus conocimientos tenían que ir a buscarles, lo que explica en parte la persistencia de la industria cerca del centro y hacia el noreste. Realmente, una parte del modelo global de innovaciones y desplazamientos, que se producen en la localización de la industria de la ciudad durante el Segundo Imperio, debe interpretarse como una respuesta al poder de estos trabajadores, que solamente podía ser sorteado con la pérdida de cualificaciones y la organización industrial. Y, por supuesto, este grupo proporcionaba gran parte del liderazgo político del movimiento obrero. Buena parte del explosivo poder político de la Comuna procedía de los barrios obreros.

Resulta muy notable que semejante poder e influencia pudiera seguir existiendo después de la intensa represión del movimiento obrero que se produce a partir de 1852. Después de verse despojados de los derechos de asociación, organización, sindicación, reunión y del derecho de huelga, también tuvieron que afrontar una batería de leyes que se ocupaban de asuntos tales como la *livret* (una especie de cartilla que supuestamente tenía que tener cada trabajador); de las disputas judiciales (en caso de conflictos de opinión entre el trabajador y el patrono, la ley establecía que debía prevalecer la del patrono), así como de la participación de los trabajadores en los *conseils de prud'hommes* (consejos sectoriales), en los que siempre estaban en minoría. También se enfrentaban a un sistema de vigilancia que estaba totalmente dispuesto a llamar conspiración al menor asomo de discusión informal o declarada. Sin embargo, los trabajadores estaban bastante habituados a esta clase de represión y sabían perfectamente bien cómo organizarse encubiertamente bajo ella. Su recurso a la ironía y a las burlas poco respetuosas, su sofisticado repertorio de muestras de resistencia se convirtieron en armas indispensables de la lucha de clases. Esto era, en esencia, lo que significaba la «sublimación», algo que enfurecía por completo a patronos como Poulot, que consideraban imprescindible erradicarla para alcanzar el progreso industrial. Pero los trabajadores de París tenían otro poder. Sus habilidades y conocimientos resultaban indispensables para gran parte de la industria; la

[5] L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit.; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit.; Cottereau, «Dennis Poulot's *Le sublime. A Preliminary Study*», cit.; J. Rancière, *The Nights of Labor. The Workers' Dream in Nineteenth Century France,* cit. Los tres autores coinciden en la dirección básica de esta tendencia.

[6] J. Retel, *Eléments pour une histoire du peuple de Paris au 19ème siècle,* cit., pp. 199-207.

[7] El relato de Denis Poulot (*Le sublime,* París, 1980) resulta fascinante, y las evidencias de Varlin proceden de la Comisión de Trabajadores de 1867, *Rapport des délégations ouvrières,* 1869, vol. 1, p. 99.

legislación sobre la *livret* fue en gran medida letra muerta entre los trabajadores artesanales[8].

Al final, su poder se vio minado más por las modificaciones experimentadas por del proceso productivo, que por cualquier aumento de la represión política. A medida que las condiciones del trabajo abstracto cambiaban, el trabajo concreto que ofrecían los trabajadores artesanales se volvió menos importante. Pero los trabajadores todavía tenían abundantes oportunidades para valerse de su poder en nuevas configuraciones. En la medida en que la frontera entre el propietario y el trabajador era a menudo muy porosa, era posible la movilidad ascendente por matrimonio o sucesión directa, aunque menos que en épocas anteriores. La organización jerárquica de su propio sistema de producción también les ofrecía la posibilidad de convertirse ellos mismos en supervisores, capataces y subcontratistas dentro de la división industrial y social del trabajo. Y sus capacitaciones, educación y adaptabilidad les permitían colonizar los nuevos sectores que iban apareciendo y monopolizar nuevas cualificaciones. Al hacerlo así, perdieron su *status* de trabajadores artesanos y se convirtieron en el centro de una «aristocracia del trabajo» que sería la base del sindicalismo socialista a partir de 1871. La evidencia de que esta transición estaba ya en marcha se observa claramente en la evolución de la sección francesa de la Internacional a partir de 1864, que pasó de manifestar una ideología cooperativista que procedía de la tradición artesana a la conciencia sindical revolucionaria de un proletariado industrial.

El modelo de técnicas de trabajo y de oficios atravesó una revolución estructural importante entre 1848 y 1870. Nacieron nuevos oficios (por ejemplo electricista), mientras otros desaparecían (las obras públicas de Haussmann provocaron, por ejemplo, la desaparición de los porteadores de agua). Las técnicas mecanizadas llegaron tanto a las fábricas como a los talleres; la máquina de coser revolucionó el sector del vestido, con efectos particularmente negativos como hemos visto y remplazó a viejos oficios artesanales. En la década de 1860, dependientes de comercio, empleados bancarios, encargados, empleados de hotel y burócratas también se hicieron más evidentes, al mismo tiempo que el trabajo de oficina crecía en bancos, en el turismo y en la Administración. Aquí se encuentran las semillas de una pequeña burguesía ascendente que pronto iba a nivelar el declive de la riqueza y poder de los pequeños tenderos. Esta corriente fue la que incorporó a emigrantes de provincias y mujeres, y la que transformó a los trabajadores artesanos, para crear estructuras radicalmente nuevas dentro del mercado de trabajo.

[8] A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870,* cit.; W. Sewell, *Work and Révolution in France,* cit.; M. Hanagan, «Urbanization, Worker Settlement Patterns, and Social Protest in Nineteenth Century France», cit.; G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit.

Cuadro 7. Ingresos anuales y medias salariales diarias por sector. París, 1847-1871

	Cálculos de Duveau, 1860			*Índices medios diarios*		
Sector	*Salario anual*	*Media diaria*	*Temporadas muertas (meses)*	*1847*	*1860*	*1871*
Hombres						
Mecánicos	1.500	5,00-6,50	3	4,50	4,50	5,00
Carpinteros	1.350	5,50-6,00	4	5,00	5,00	6,00
Albañiles	1.150	4,50-5,50	4	4,00	5,00	5,00
Sombrereros	1.150	4,00-5,00	3	4,00	5,00	6,50
Joyeros				4,00	5,00	6,00
Trabajadores del bronce				4,50	5,00	7,00
Cerrajeros	1.050	4,00-5,00	4	4,00	4,50	4,50
Impresores				4,00	5,00	5,00
Sastres				3,50	4,50	5,00
Carpintería de la construcción	1.000	4,00-5,00	4	3,50	4,00	5,00
Pintores	980	4,50-5,00	5	3,50	4,50	6,00
Zapatero	950	3,00-3,50	$2^{1/5}$	3,00	3,00	3,50
Panaderos	900	4,00-5,00	irregular	4,25	5,00	6,60
Trabajadores de cuadrilla	850	2,00-2,50				
Ebanistas	700	3,00-4,00	4	3,50	4,50	5,00
Trabajadores a jornada				2,50	3,00	3,25
Trabajadores de la construcción				2,75	3,00	4,00
Mujeres						
Lavandera	685	2,00-2,25				
Moda	640	2,25-3,50				
Confección de flores	420	1,50-2,25	3-6			
Mecánicas	387	1,50-2,25				
Modistas	340	1,00-2,25				

Fuentes: G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., pp. 320-328 (cols. 1-3); y pp. 286-287. Rougerie «Remarques sur l'Histoire des Salaires à Paris au Dix-neuvième siècle», cit., cuadros 4 y 6 (cols. 4-6). Jules Simon (*L'ouvrière,* París, 1861) proporciona las temporadas muertas para el empleo de la mujer.

Todas las fuentes coinciden en que los índices salariales crecieron alrededor de un 20 por 100 o más durante el Segundo Imperio y que estos incrementos se extendían ampliamente entre las diferentes actividades (cuadro 7), incluyendo aquéllas dominadas por las mujeres. Los índices salariales, que permanecieron bastante uniformes, más al principio que al final del Imperio, son más fáciles de presentar en cuadros que los ingresos de los trabajadores, debido a la inestabilidad del empleo y a la famosa temporada muerta. Duveau recurre a numerosas monografías contemporáneas para tener una estimación aproximada de las temporadas muertas y de los ingresos anuales de los trabajadores. Estos últimos oscilaban entre 700 y 1.500 francos para los hombres y entre 345 y 685 para las mujeres, dependiendo de la ocupación. En la medida que estas cifras se refieren a la situación que se producía cuando el Imperio llevaba recorrido la mitad de su camino, probablemente subestimen los ingresos anuales hacia finales del periodo[9].

El movimiento de los salarios reales es bien diferente. El aumento del coste de la vida compensó en la práctica el crecimiento de los salarios nominales. Si se utiliza como medida el coste de las necesidades de los trabajadores, entonces el aumento de los salarios nominales compensaría el del coste de la vida. Este segundo cálculo resulta particularmente engañoso, porque el Segundo Imperio también asistió a revoluciones en el consumo que afectaron tanto a la burguesía como a los trabajadores[10]. Fuera como fuese, todas las fuentes están de acuerdo en que durante el Segundo Imperio los precios subieron afectando fundamentalmente al nivel de vida de los trabajadores. Thomas[11] ofrece las siguientes estimaciones de los costes de vida anuales (en francos) para una familia de cuatro miembros.

Años	Vivienda	Alimentación, calefacción, etc.	Total
1852-1853	121	931	1.052
1854-1862	170	1.052	1.222
1864-1873	220	1.075	1.295

Estos costes, encabezados por las subidas de los alquileres que era una fuente inagotable de quejas, aumentaron en un 20 por 100. Cuando los comparamos con las estimaciones de los ingresos anuales que hace Duveau (cuadro 7), vemos que solamente los mecánicos y los carpinteros ganaban lo suficiente para mantener a una familia de cuatro miembros. Todos los demás grupos necesitaban una fuente de ingresos extras, los de la mujer, para atender a las necesidades básicas de la familia. Esta situación estaba lo suficientemente generalizada como para provocar su extensa exposición y preocupación en la Comisión de Trabajadores de 1867. Los presupuestos que se presentaron allí, excluyendo los más extravagantes, calculaban las necesidades anuales entre 1.670 y 2.000 francos para una familia de cuatro miembros. Sin embargo, ese mismo año, un carpintero que hubiera trabajado 337 días al año (lo que no resultaba habitual), hubiera ganado 1.470. Para los solteros, que en algunas circunstancias podían satisfacer sus necesidades básicas con 700 francos más o menos, no resultaba recomendable casarse a no ser que la mujer trabajara. Las mujeres, directamente no podían sobrevivir ellas solas con los salarios que percibían. Esta disparidad tuvo grandes efectos sociales sobre la vida de la clase obrera.

De cualquier forma, se produjeron algunos cambios de ritmo y de modelo en el cuadro general del movimiento de los salarios nominales y reales. Duveau, por ejemplo, señala una polarización creciente dentro de la clase trabajadora entre un grupo pequeño pero creciente de trabajadores privilegiados cuyos ingresos mantenían el ritmo con el coste de la vida (y que quizá incluso podían aspirar a la propiedad inmobiliaria) y la creciente masa de trabajadores de la categoría «desdichada» que directamente no podían hacer que las cuentas cuadraran por muy duro que trabajaran. Semejante tendencia resulta difícil de comprobar, pero los estudios contemporáneos, ciertamente, dan la impresión de que por lo menos algunos trabajadores ganaban lo suficiente como para poder acumular algunos pequeños ahorros, escoger libremente el no trabajar los lunes o gastar dinero con generosidad en los cabarés[12].

La dificultad para que las cuentas cuadraran dependía, en todo caso, de la economía y antes de 1857 la situación parecía muy difícil para que lo hicieran; las malas cosechas y los efectos inflacionistas de la financiación del déficit, por un lado, y las entradas de oro de California y Australia, por otro, se combinaron para producir fuertes subidas de los precios en una situación de estancamiento de los salarios. Las condiciones mejoraron rápidamente a partir de entonces, cuando la escasez de mano de obra obligó a que subieran éstos y la mejora del transporte produjo la bajada de los precios. El tosco equilibrio entre los movimientos de los salarios y los cambios del coste de la vida, que parece haberse mantenido a principios de la década de 1860, se vino abajo después de 1866, cuando las dificultades financieras, el colapso del Crédit Mobilier, y el cese de las obras públicas, unido a la fiera competencia el exterior se combinaron para volver extremadamente dura la vida para gran parte de la clase obrera. Este panorama general (confirmado por J. Rougerie, 1968a; G. Duveau, 1946; y A. Thomas, s.f.), contenía, sin ninguna duda, innumerables ma-

[9] J. Rougerie, «Remarques sur l'histoire des salaires á Paris au dix-neuvième siécle», *Le mouvement sociale* 63 (1968), pp. 71-108; G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit.

[10] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 245-246.

[11] A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870,* cit., p. 179.

[12] D. Poulot, *Le sublime,* cit.

tices en función de la ocupación, el sexo o la localización. Algunas de las fuerzas que daban forma a estos matices merecen una atención más profunda.

La fragmentacion temporal y espacial en el mercado de trabajo

En París, como en todas partes, la lucha por controlar la jornada de trabajo fue una auténtica batalla. La legislación de marzo de 1848, que reducía la jornada de trabajo a diez horas, había sido modificada en septiembre ampliándola hasta doce, y después acribillada de excepciones que hacían que en este tema el trabajador no tuviera prácticamente ninguna protección. Duveau establece la jornada media durante la mayor parte del Segundo Imperio en once horas, pero señala grandes variaciones entre los trabajadores artesanos (que con frecuencia todavía se tomaban libre el «lunes sagrado») y los que hacían jornadas de catorce horas en algunos talleres pequeños[13]. Pero el mayor de todos los problemas era la inseguridad del empleo, que durante el Segundo Imperio fue notoria. La temporada muerta en algunos sectores era tan larga que incluso trabajadores artesanos, que durante una parte del año producían bienes de alta calidad a cambio de salarios altos, se veían obligados a suplementar sus ingresos incorporándose a la producción en masa, con salarios bajos el resto del año. Además, existía un conducto fluido para esta conversión de trabajadores artesanos durante una parte del año en simples trabajadores cualificados durante el resto. Por lo tanto, resulta muy difícil traducir las medias estándar referidas a una ocupación a los ingresos percibidos por un trabajador. Aunque el problema de la temporada muerta tendía a disminuir en conjunto, muchos observadores de la época señalaron su aumento en algunos sectores como un problema importante en los últimos años del Imperio[14]. La inestabilidad del empleo en algunos oficios pudo volver más atractivo el empleo regular en las fábricas, incluso percibiendo salarios inferiores y teniendo menos control sobre el proceso de producción. Ciertamente, uno de los atractivos de París para posibles empresarios fue la disponibilidad de una fuerza laboral cualificada de bajo coste durante la temporada muerta.

El mercado de trabajo parisino también se fragmentó más geográficamente. El crecimiento y dispersión de la población, de la vivienda y del empleo iba acompañado por una separación creciente entre el trabajo y la residencia. Bernard Lazare, un observador contemporáneo de particular interés, habla mucho del aumento del tiempo de desplazamiento hasta el lugar de trabajo (en su mayor parte caminando

[13] G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., 236-248.

[14] L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit., p. 96; A. Fribourg, *Le paupérisms parisien,* París, 1872.

largas distancias) como una carga creciente sobre los trabajadores, especialmente sobre los emigrantes recién llegados que se veían obligados a instalarse en la periferia. Un trabajador de nombre Tartaret se quejaba en su testimonio a la Comisión de Trabajadores de 1867 de que muchos trabajadores tenían que caminar tres horas para ir y volver del trabajo[15]. Surgieron las cuestiones de los sistemas baratos de transporte orientados hacia las necesidades de los trabajadores, o la reducción de las jornadas para compensar el aumento del tiempo de desplazamiento. Los trabajadores artesanos que se aferraban a localizaciones céntricas tenían menos quejas sobre este tema y, en vez de ello, centraban su cólera en los elevados precios de los alquileres. La creciente dispersión y fragmentación del mercado de trabajo tuvo consecuencias variadas. Otro contemporáneo como Cochin lamentaba que la aparición de nuevos centros de empleo, cada uno con su propia tradición, estilo y conexiones, convirtiera París en una ciudad de habitantes, no de ciudadanos. Realmente, las diferencias salariales entre una parte y otra de la ciudad (especialmente entre el centro y las afueras), se acentuaron. Pero la fragmentación geográfica también incrementó la percepción de la separación entre trabajadores y propietarios, que con frecuencia habían estado viviendo bajo el mismo tejado; aceleró la ruptura del sistema de aprendices; y volvieron más difíciles de mantener los controles informales del mercado de trabajo. Aunque algunos sectores, como los carpinteros, mantuvieron intactas sus tradiciones corporativistas hasta después de la Comuna, otros asistieron a la acentuada erosión de su fuerza colectiva a causa de la dispersión y fragmentación geográfica.

Desde luego, el mercado de trabajo parisino nunca había estado totalmente centralizado, y los trabajadores franceses tenían una bien ganada reputación individualista, como refleja tan certeramente la «sublimación» de la que hablaba Poulot; pero hacía falta algo más que la tradición corporativa para enfrentarse a los nuevos modelos geográficos y al creciente individualismo. Ese «algo más» está en el desplazamiento de la sección parisina de la Internacional desde el cooperativismo hacia un sindicalismo revolucionario.

Inmigración

El rápido aumento de población desde 1,3 millones en 1851 a cerca de 2 en vísperas del asedio de París de 1870 (cuadro 1) estaba alimentado por una masiva in-

[15] L. Lazare, *Les quartiers pauvres de Paris,* cit.; *Les quartiers pauvres de Paris. Le XXème Arrondissement,* cit.; Augustin Cochin, *Paris. Sa population, son industries,* París, 1864, p. 83; G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., p. 363; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 417.

migración de 400.000 ó 450.000 personas[16]. Gran parte de la reserva laboral de la ciudad procedía de las provincias. Su desplazamiento venía originado por las deprimentes condiciones del medio rural en la década de 1850, provocadas en parte por las cambiantes relaciones espaciales que destruyeron algunas industrias rurales, derrumbaron la autosuficiencia local y pusieron en marcha una lenta modernización del proceso agrícola en Francia[17]. Cuando esta situación se encontró con la tremenda explosión de oportunidades de empleo que producen las obras públicas y la renovación de la industria de París, resulta fácil entender cuál es el impulso fundamental que se encuentra detrás de esta inmigración. El mercado de trabajo parisino había estado muchos años extendiendo sus tentáculos en las provincias, principalmente hacia el norte, pero, en algunos casos especiales, como las célebres migraciones de los canteros de Creuse y Limousin, esos tentáculos habían llegado hasta las profundidades de la Francia rural. Pero la llegada del ferrocarril llevó más lejos el centro de reclutamiento, dándole un mayor ámbito y coherencia geográfica. Además, la diversidad y el tamaño del mercado de trabajo parisino lo convertía en un destino atractivo sin importar las diferencias de las medias salariales; cuando en la década de 1860, las condiciones rurales mejoraron y los salarios en París se estancaron, la inmigración continuó, aunque a un ritmo más lento que la gran inundación de la década de 1850.

La integración de los emigrantes en el mercado laboral fue un asunto complejo[18]. Para empezar, había poca relación entre las cualificaciones que estos tenían y los trabajos que realizaban en París. Muchos carecían de cualificación alguna, por lo menos para los trabajos que ofrecía la ciudad, y tenían que buscar su propia manera de encontrar empleo. La constante escasez de trabajo cualificado proporcionaba un incentivo hacia el cambio técnico y organizativo de la industria, incluso frente a la gran ola inmigratoria que llegaba a la ciudad. Y los emigrantes demostraron en su mayoría eficacia para adaptarse a los nuevos trabajos que surgían. No cabe duda de que hubo ciertas excepciones. Las tradicionales migraciones estacionales de los trabajadores cualificados de la construcción se volvieron cada vez más permanentes, con las casas de huéspedes de los canteros y albañiles funcionando como lugares de contactos de empleo y puntos de recepción de nuevos emigrantes. Los procedentes

[16] L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit.; D. Pinkney, «Migrations to Paris during the Second Empire», *Journal of Modern History* 25 (1953), p. 152.

[17] Roger Price, *The Modernization of Rural France,* Londres, 1983; Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France 1870-1914,* Stanford, 1976 ; ejemplos concretos se encuentran en las memorias de Martin Nadaud, *Mémoires de Léonard, Ancien Garçon Macon,* Bourganeuf, 1895.

[18] L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit., p. 233; D. Pinkney, «Migrations to Paris during the Second Empire», cit.; *Napoléon III and the Rebuilding of Paris,* cit., pp. 157-161; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 405; J. Rougerie, *Procès des communards*, cit.

de algunas regiones concretas (como Auvergne, o los alemanes que se instalaban en Faubourg Saint-Antoine) también tenían vías privilegiadas de integración. En algunos casos, las industrias de la ciudad que sufrían escasez de trabajo cualificado contrataban directamente, por ejemplo en Alsacia, a trabajadores de la madera y del metal. Pero, a excepción de los oficios de la construcción, donde las obras públicas provocaban una gran demanda de mano de obra que los situaba en primera línea de la ola de inmigración, parece que los inmigrantes no tenían las conocimientos necesarios para mantener las formas tradicionales de trabajo, pero estaban dispuestos a adquirir los nuevos conocimientos requeridos por los nuevos procesos de producción.

Esta afluencia masiva de inmigrantes mayoritariamente sin cualificar, pero con una gran capacidad de adaptación, creó todo tipo de oportunidades para la industria de la ciudad. Había muchos trabajos penosos que realizar, como por ejemplo los que empleaban carbonato de plomo, que tenían una reconocida fama de ser trampas mortales que los trabajadores tenían que evitar en las calles, y el crecimiento de la producción en masa creó muchos trabajos semicualificados que los nuevos emigrantes podían realizar con un entrenamiento relativamente sencillo. Habida cuenta de que la mayoría de estos inmigrantes encontraban vivienda en la periferia, para algunas industrias nuevas aumentó el atractivo de las localizaciones en el extrarradio. La masa de inmigrantes sin cualificar sufrió un proceso de socialización para adaptarse a las formas del capitalismo industrial muy diferente al que habían sufrido los trabajadores artesanos. Así surgió una formidable división social dentro del mercado de trabajo, que tuvo notables consecuencias políticas y que se hizo evidente en la baja participación de los trabajadores del extrarradio en los acontecimientos de la Comuna.

El empleo de la mujer

El empleo de la mujer, la otra gran reserva de mano de obra, atravesó algunos giros peculiares después de 1848. La mujer representaba en 1847-1848, el 41,2 por 100 de la fuerza de trabajo, sin incluir el trabajo doméstico; en 1860 el porcentaje bajó al 31 por 100 y volvió a subir al 41,3 en 1872[19]. El declive de la participación en la década de 1850 es, en parte, una aberración estadística, ya que incluye las industrias que se habían creado en el los barrios anexionados en 1860, y que estaban más orientadas hacia el empleo masculino. A pesar de eso, todavía se producía un

[19] G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., pp. 284-295; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 406-411.

declive relativo real, explicado por el fuerte predominio de hombres en la ola inmigratoria que cayó sobre París en la década de 1850 y por la desindustrialización y despoblación del centro de la ciudad que había sido el bastión principal del empleo de la mujer. El aumento de los salarios de los hombres también puede haber disminuido los incentivos para que las mujeres casadas se implicaran en lo que en cualquier caso era un trabajo escasamente remunerado; los salarios medios de la mujer eran inferiores a la mitad de los que percibían los hombres por trabajos equiparables. Las mujeres jóvenes solteras procedentes de las propiedades campestres de la nobleza probablemente entraron en el servicio doméstico, lo que suponía que la mayor parte de ellas acabaron en la zona oeste no industrial de la ciudad. La división este-oeste del París de la clase obrera tomo con ello la forma demográfica de un este mayoritariamente masculino y un oeste mayoritariamente femenino.

La inversión general de la participación de la mujer, a partir de 1860, también tenía razones convincentes. La creciente presión competitiva que sufría la industria, especialmente sobre los costes laborales, convertía la contratación de mujeres con salarios inferiores no sólo en algo atractivo, sino en una necesidad para algunos sectores. Y frente al declive de la inmigración, esa gran fuerza de trabajo cautiva que se había dispersado por la periferia durante la década de 1850 tuvo que ser mirada con avidez por muchos patronos. Las medias salariales de la mujer, bajas de por sí, eran las dos terceras partes en la periferia que en el centro. Su incorporación al mercado, no solamente producía una presión a la baja de los salarios, sino que podía utilizarse en algunos sectores contra el poder de los trabajadores artesanos. La utilización de la mujer para romper una de las primeras grandes huelgas (ilegales) que se produjeron en los talleres de artes gráficas en 1862, causó una gran impresión tanto en los patronos como en los trabajadores[20]. Y aunque los hombres, en parte como consecuencia de ello, arremetían contra el trabajo de la mujer, se vieron cada vez más obligados a reconocer en la década de 1860 que el trabajo del hombre era insuficiente para mantener a una familia. En la medida que los inmigrantes de la década de 1850 formaron familias en la década siguiente, el empleo de la mujer se convirtió cada vez más en una auténtica necesidad económica.

Desde luego, dentro de estas tendencias generales hubo innumerables matices, dependiendo de los cambios tecnológicos, organizativos y de nuevos productos, que crearon nuevas ocupaciones (especialmente el trabajo con máquinas al que se refiere Zola), al mismo tiempo que hicieron desaparecer otras. También surgió un considerable debate sobre la posición y educación de la mujer, así como sobre la organización de su trabajo[21]. Por una parte, los conventos de la ciudad se convirtieron en centros de trabajo de la mujer rígidamente organizado, poco remunerado y altamente competitivo, un hecho que, por otra parte, creó un considerable resentimiento entre los hombres y alimentó los sentimientos anticlericales que aparecerían con la Comuna. A finales de la década de 1860 pequeños grupos de feministas socialistas trataron de revivir los experimentos de 1848, con cooperativas de mujeres de producción y consumo, antes de convertirse en una gran fuerza organizativa durante la Comuna[22]. Esto nos lleva a cuestiones más amplias sobre la posición de la mujer que, por derecho propio, merecen una consideración específica.

[20] G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., p. 327; A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870,* cit., p. 200.

[21] J. Simon, *L'ouvrière*, París, 1861; Paul Leroy-Beaulieu, *De l'état moral et intellectual des populations ouvrières et son influence sur le taux de salariés,* París, 1868.

[22] Henriette Vanier, *La mode et ses métiers,* París, 1960, p. 109; Alain Dalotel, *Paule Minck, communarde et féministe,* París, 1981.

X La condición de la mujer

El cambio en un periodo histórico siempre puede establecerse por el progreso de la mujer hacia la libertad.

Marx

«El peor destino para una mujer es vivir sola» escribía Michelet en *La femme* (1859). Cita el desproporcionado número de mujeres cuyos cuerpos nadie reclamaba de los hospitales públicos, como truculenta base para sus tesis del inevitable destino de la mujer que vivía fuera de la protección de la familia[1]. Utilizaba este doloroso dato de la vida del Segundo Imperio como base para un juicio moral. Pero también expresaba un miedo dominante en los círculos burgueses: el de la mujer insumisa e independiente. Para la burguesía, la expresión *femmes isolées* señalaba «el dominio de la pobreza, un mundo de turbulenta sexualidad, independencia subversiva y peligrosa insubordinación [...] En su asociación con la prostitución, estas mujeres llevaban la "lepra moral" que hacía de las grandes ciudades "permanentes focos de infección"; permitían la expresión o directamente expresaban las "tumultuosas pasiones" que, en tiempos de agitación política, como los de la Revolución de 1848, amenazaban con derribar el orden social por completo»[2]. Así, como veremos más adelante, se construyó una poderosa conexión entre género, sexualidad y revolución.

Legalmente consideradas como menores por el Código napoleónico, era difícil aunque no imposible, que una mujer se abriera su propio camino en la vida, sin al-

[1] Jules Michelet, *La femme,* París, 1981, p. 65; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 222-224; J. W. Scott, *Gender and the Politics of History,* cit., p. 147.

[2] Edith Thomas, *The Women Incendiaries,* Nueva York, 1966.

guna clase de protección de un padre, marido, familiar, amante, proxeneta, de instituciones como colegios y escuelas o de un patrono. Que semejante «protección» estaba expuesta a toda clase de abusos –sociales, económicos o sexuales– resultaba evidente, aunque hubiera muchos hombres que asumían con seriedad sus responsabilidades como padres, mientras las mujeres encontraban innumerables maneras individuales, y algunas veces colectivas, de labrarse posiciones especiales dentro de la coacción generalizada que las rodeaba.

Veamos, en primer lugar, la posibilidad de una razonable independencia económica por medio de un empleo retribuido. Los salarios de la mujer (cuadro 7) eran en su mayoría insuficientes para cubrir ni siquiera las necesidades básicas. El estudio de Simon sobre 1861 muestra a una mujer que trabaja doce horas diarias en su casa, con la temporada muerta más reducida de todas, que haciendo un cálculo generoso, gana 500 francos anuales. Después de deducir los gastos básicos de vivien-

Ilustración 63. La musa de la brasserie, *de Daumier, no solamente parece haber inspirado el famoso cuadro de Manet* La camarera del Folies Bergères, *sino que también muestra uno de los papeles que cada vez más interpretaban las mujeres en la* fête impériale. *En los bares y en los departamentos de los almacenes, el papel manifiesto de la sexualidad en relación a la mercantilización se convirtió en una práctica habitual en estos años.*

da y vestido, le quedan 59 céntimos diarios para comida, lo suficiente para el pan y la leche. Con esto, se supone que se mantiene saludable y capaz de trabajar a pleno rendimiento. El empleo en talleres, en los servicios o en la venta al por menor (por ejemplo la venta callejera y la preparación de comidas), ofrecían las mismas pocas posibilidades[3]. Aquellos sectores en los que la mujer era mayoritaria, como las 70.000 lavanderas que había en París en 1870, estaban igualmente mal pagados.

Una modista, costurera o encuadernadora cualificada podía, ocasionalmente, alcanzar la independencia económica[4]. Se podían encontrar desperdigadas mujeres independientes, mayoritariamente solteras, que llevaban sus propios negocios, especialmente entre las modistas, costureras y lavanderas; pero sus medios de vida eran precarios porque tenían poco acceso al capital o al crédito cuando las cosas se ponían difíciles. El continuo desplazamiento de la ropa hecha de encargo a favor de las prendas confeccionadas que se producía en el sector, también parece que disminuyó una de las pocas áreas donde las empresarias independientes podían competir con éxito. Al mismo tiempo, los nuevos departamentos de los grandes almacenes que suministraban las prendas confeccionadas ofrecían una nueva clase de oportunidades para mujeres atractivas y bien dispuestas, que iban estrechamente acompañadas de sistemas paternalistas de control. Estas oportunidades aumentaron en 1869, después de la huelga de los trabajadores del comercio, que condujo a los patronos a apoyarse más decididamente sobre el trabajo más «dócil» de la mujer.

El empleo doméstico, que representaba con diferencia la ocupación más importante de la mujer en la ciudad (111.496 mujeres en 1861), tenía características especiales. Proporcionaba una comida adecuada, un alojamiento problemático y condiciones de trabajo menos intensas; pero la jornada era larga, con frecuencia alcanzaba las quince o dieciocho horas siete días a la semana, y las condiciones de vida estaban estrictamente reguladas. Las empleadas domésticas, como todas las mujeres, estaban legalmente consideradas menores y sujetas a una estrecha supervisión. Aunque pudieran frecuentemente cambiar de empleo, nunca podían escapar a la condición de sometimiento virtual a los deseos de sus patronos; lo que en algunas ocasiones significaba el sometimiento a los deseos sexuales. Abundan las historias de personal doméstico al que se le solicitaba hacerse cargo de las necesidades sexuales de los hijos para evitar que buscaran su satisfacción en condiciones menos controladas. El embarazo no deseado era causa de despido fulminante, lo que significaba aborto o

---

[3] *Ibid.,* capítulo 1; J. Simon, *L'ouvrière,* cit.

[4] J. W. Scott, *Gender and the Politics of History,* cit.; M. Miller, *The Bon Marché. Bourgeois Culture and the Department Store, 1869-1920,* cit.; Theresa McBride, *The Domestic Revolution,* Nueva York, 1976; «A Woman's World. Department Stores and the Evolution of Women's Employment, 1870-1920», *French Historical Studies* 10 (1977-1978), pp. 664-683; M. Lejeune y P. Lejeune, *Calicot. Xavier-Edouard Lejeune,* cit.

prostitución. Las domésticas «caídas» representaban la mayor parte de las prostitutas y la mayor parte de los nacimientos sin legitimar y probablemente formaban la mayoría de los cuerpos sin reclamar de los que hablaba Michelet. Sin embargo, dadas las circunstancias y si se podían evitar los peligros, la posición de las domésticas no carecía de atractivos. Los salarios, aunque bajos, podían irse acumulando; representaban el grupo más grande entre los pequeños ahorradores, y podían alcanzar una cierta clase de capacitación o incluso de educación. El personal doméstico con una fidelidad demostrada podía incluso esperar algún tipo de pensión o recompensa cuando llegaba a la vejez. La concentración de estas oportunidades de empleo en los barrios burgueses más seguros del oeste de la ciudad, convertía el servicio doméstico en un camino razonablemente protegido de aprendizaje social de los peligros de la vida urbana, para las mujeres jóvenes procedentes del campo. Mientras resultaba difícil casarse y más aún tener hijos conservando el trabajo, una joven y prudente empleada doméstica que pusiera algo de dote y hubiera aprendido las tareas del funcionamiento de una casa no era una mala apuesta matrimonial para el tendero o el artesano. Por ello, la mayor parte de estas mujeres eran jóvenes; el 40 por 100 tenía menos de veinticinco años.

Las mujeres con educación podían aspirar a ser gobernantas, damas de compañía o profesoras de escuela, de nuevo con poca libertad de acción y con remuneraciones generalmente bajas como muestran las cuatro mil maestras que ganaban menos de 400 francos anuales[5]. Solamente las mujeres con medios independientes (las que se habían casado bajo el sistema de *le regime dotal* retenían ciertos derechos y protección de la propiedad aportada como dote al matrimonio), podían evitar las bases económicas de dominación social de instituciones y costumbres en una sociedad gobernada por el hombre[6]. El convertirse en una viuda bien dotada era un privilegio con el que muchas pudieron soñar pero que pocas alcanzaron. Las mujeres casadas que se separaban, como George Sand, podían recuperar el control sobre sus propiedades solamente después de una larga lucha legal, que normalmente descansaba en la extorsión que realizaba un marido que legalmente podía encarcelar a su mujer durante tres años, si ésta le dejaba sin su consentimiento.

Entonces, ¿qué podía hacer una mujer soltera, que vivía de pan y un poco de leche y trabajaba doce horas diarias? Los comentaristas burgueses están de acuerdo en que había dos opciones: complementar sus ingresos mediante la prostitución o establecer una relación, formal o informal, con algún hombre. En París, la prostitución estaba extremadamente extendida; durante la década de 1850 había treinta y cuatro mil mujeres supuestamente involucradas en esta actividad, tratadas con la hi-

[5] E. Thomas, *The Women Incendiaries,* cit.; Louise Michel, *The Red Virgin,* Alabama, 1981.

[6] F. Green, *A Comparative View of French and British Civilization, 1850-1870,* Londres, 1965, p. 95.

Ilustración 64. Las representaciones de Gustave Doré del Café Concert y de un pasillo de la Ópera, uno de los lugares preferidos para hacerse con una amante, recogen espacios donde el papel de la mujer se define por su posicionamiento sexual.

pocresía habitual de la burguesía[7]. En los establecimientos regularizados, burdeles y establecimientos autorizados, la actividad y la salud de las prostitutas podía ser controlada por las autoridades. El mayor problema era el gran número de mujeres que trabajaban por cuenta propia y que no estaban registradas (a principios de la década de 1850 había cuatro mil prostitutas registradas en toda la ciudad). La expresión *femmes isolées* se aplicaba, como señala Scout, tanto a las prostitutas que no estaban registradas como a las mujeres que trabajaban por su cuenta como modistas o costureras, sugiriendo así una relación entre ambas.

La prostitución se producía a la sombra de una amplia gama de actividades, desde los salones de baile de las clases bajas a la ópera y el teatro de las clases altas, y se materializó en la profesión de «amante». Para la mujer, las tentaciones eran enormes, aunque había pocas probabilidades de convertir un cruce de miradas en participaciones de la fortuna de un banquero (como sucedía con la Nana de Zola). Además, en los niveles más altos había demasiada competencia, ya que los lugares de más categoría de la vida burguesa y cortesana estaban bien ocupados. (¿Es cierto que el marqués de Hertford llegó a pagar un millón de francos por una noche con la condesa de Castiglione, aquella belleza que llegó a ser amante de Napoleón III?) Pero en una gran ciudad como París, donde se podía conservar con facilidad un cierto anonimato, toda clase de relaciones eran posibles, ninguna de ellas sin sus peligros. Por ejemplo, era tradicional que los numerosos estudiantes de provincias tomaran alguna amante, creando la curiosa profesión de *grisette*. St. John, un atento observador inglés de la vida estudiantil, sin llegar a aprobar semejante condición, acababa expresando una cierta admiración por estas mujeres. Se preocupaban fielmente y con cuidado de sus estudiantes, incluso manejaban su presupuesto a cambio de escapar de un trabajo feo y mal pagado. Como le sucedía a la desventurada Fantine en *Los miserables* de Victor Hugo: aunque pudieran quedarse totalmente en la estacada cuando los estudiantes volvían a su vida en provincias, y aunque el matrimonio estaba totalmente fuera de lugar, algunas veces recibían ayuda para los niños y quizá alguna clase de liquidación por su fidelidad. Muchas de las propietarias independientes que pudieron establecer una tienda lo hicieron por estos medios.

Algunos lamentaron la gradual desaparición de las *grisettes* a favor de las *lorettes*[8]. El nombre venía del barrio de Notre Dame de Lorette (donde parece que se concentraban), y se trataba de mujeres de mundo que utilizaban sus poderes de seducción a

[7] T. Zeldin, *Emile Ollivier and the Liberal Empire of Napoleon III,* cit., p. 307; Alain Corbin, *Les filles de noce. Misère sexuélle et prostitution aux 19ème et 20ème siècles,* París, 1978; J. Harsin, *Policing Prostitution in Nineteenth Century Paris,* Princeton (NJ), 1985.

[8] B. St. John, *Purple Tints of Paris,* Nueva York, 1854, pp. 233-308; M. Lejeune y P. Lejeune, *Calicot. Xavier-Edouard Lejeune,* cit.

cambio de ganancias a corto plazo (comidas, entretenimientos, regalos o dinero). Lejeune, en los recuerdos sobre su vida como mozo del departamento de ventas de un almacén en la década de 1850, proporciona un ejemplo de cómo trabajaban. Requerido en el último minuto para sustituir a un vendedor de más edad, tomó las mercancías que había que vender para llevarlas a la casa del posible cliente. Allí le da la bienvenida una mujer vestida con un sugerente salto de cama. Obviamente sorprendida, la mujer le explica que ahora no tiene dinero y le sugiere que deje las mercancías para que se lo pueda pensar y que el otro vendedor pase a recoger el dinero. Lejeune agarró los paquetes y dejó la casa a toda velocidad. Este papel de *lorette*, señalaba St. John, era tal vez una respuesta adecuada a un sistema legal que parecía haberse creado únicamente para la «protección del placer de los hombres». Habida cuenta de la ostentación que se hacía de las amantes (entre las clases media era una manifestación de riqueza el ser capaz de mantener a una), y las innumerables intersecciones entre la burguesía y las mujeres de vida alegre en los cafés y bulevares, en los teatros y la ópera, las posibilidades y tentaciones eran infinitas. Haussmann, por ejemplo, tuvo una relación prolongada y nada encubierta con una actriz de la ópera que prosperó bajo su protección.

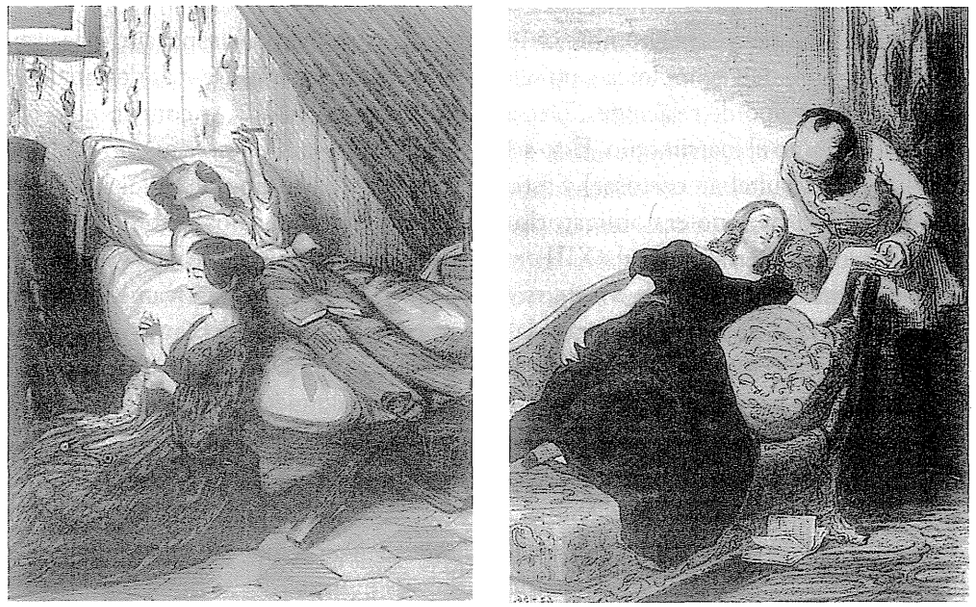


Ilustración 65. La ocupación de grisette *o* lorette *fueron motivos favoritos de Gavarni. A la izquierda, el estudiante del que se está ocupando su* grisette *dice que, cuando sea ministro de Justicia, evitará que las mujeres impidan a los estudiantes estudiar, a lo que ella responde que entonces él se encontraría privado de conversación. A la derecha, la* lorette *replica a la observación del galán que la visita de que está tan guapa como siempre y que, por supuesto, ése es su lugar en la vida.*

Sin embargo, la mayor parte de la prostitución procedía de la desesperación y de la simple necesidad de comer; se encontraba más cerca del deambular por los bulevares de Gervaise en *La taberna* Zola, que de la espectacular ascensión y caída de Nana en la novela del mismo nombre. La prostitución era, esencialmente, tan simple, extensa y horrorosa como la pobreza que la alimentaba. Solamente alguna *madame* tenía suficiente talento como para convertirlo en un negocio razonable; en 1870 el 15 por 100 de los burdeles eran propiedad de mujeres, pero, incluso así, resultaba difícil arrinconar a los proxenetas[9]. No obstante, para una mujer que viviera por sus medios con un presupuesto que alcanzaba solamente para leche y pan, la oferta para salir una tarde o de alguna joya barata era algo más que una pequeña tentación. Y, para una mujer casada con familia, en una situación más que desesperada, la prostitución era muy a menudo la única opción. El empresario Poulot incluso se mostraba preocupado de que las mujeres de la clase obrera, incluyendo las casadas, estuvieran tomando las calles con una actitud de venganza y lucha de clases.

Comparado con esto, cualquier clase de relación razonablemente segura con un hombre con medios tenía que parecer una verdadera emancipación económica. «Para poder tener suficiente con lo que vivir, la mujer toma un amante y cínicamente lo admite», decía Paule Minck[10]. El problema venía de que la mujer tenía necesidad económica respecto al hombre, mientras que, para éste, una esposa e hijos eran una responsabilidad económica a no ser que la mujer trabajara. De esta desigualdad surgieron todo tipo de relaciones. Entre la clase obrera de París, el concubinato era tan común como el matrimonio. Esto se debía en parte a que el matrimonio era caro (las licencias resultaban costosas) y estaba rodeado de todo tipo de requisitos legales (el permiso paterno era obligatorio hasta los veinticinco años). Anteriormente a 1860 muchos se casaron en el «XIII *arrondissement*», un chiste que venía del hecho de que solamente había doce *arrondissements* en la ciudad. Los relativamente pocos matrimonios que se celebraban entre las clases trabajadoras, se debían tanto a razones religiosas y económicas como a los compromisos familiares que a menudo les devolvían a sus provincias de origen. El concubinato algunas veces significaba relaciones temporales, pero muchas eran relaciones relativamente duraderas, matrimonios en todo menos en el nombre. El problema era que la mujer se metía en una relación sin tener ningún poder económico, y carecía de poder legal para abandonarla con el mínimo beneficio, lo que la dejaba expuesta a todo tipo de explotación por parte de los varones dominantes. Siempre que sus ingresos extras fueran indispensables, o se las arrojaba a los talleres, donde el acoso y la violencia sexual eran muy

[9] J. Harsin, *Policing Prostitution in Nineteenth Century Paris,* cit.; D. Poulot, *Le sublime,* cit.
[10] A. Dalotel, *Paule Minck, communarde et féministe,* cit., p. 134.

frecuentes[11], o se aprovechaba su fuerza de trabajo como asistentas y ayudantas de los hombres que trabajaban en la casa (como describe Zola el trabajo de joyería en *L'Assommoir*). Podían recibir alojamiento y protección, pero a continuación se las podía poner a trabajar; su trabajo resultaba más barato que el de un aprendiz que realizara la misma tarea y si se quedaban embarazadas se las podía abandonar. Así mismo se esperaba que se ocuparan también de la casa, aunque las cargas del trabajo a menudo las impedía una participación real como esposas y madres.

Ésta era la objeción principal tanto de hombres como de mujeres a las terribles condiciones y cargas del trabajo, en muchos sectores de la industria de la ciudad durante el Segundo Imperio. Los delegados de los sastres en la Exposición Universal de Londres en 1862 se quejaban, por ejemplo, de que el sistema de trabajo en casa al que cada vez se veían más obligados a someterse, no ayudaba, como proclamaban los teóricos burgueses, a modelar una vida familiar más gratificante. Trabajar dieciséis o dieciocho horas diarias, ayudados por unas mujeres que trabajaban sin remuneración, no dejaba tiempo para las funciones domésticas. «Mientras la mujer descansa, el marido hace su trabajo y prepara las tareas de ella; cuando acaba o termina sucumbiendo al cansancio, la mujer se levanta y el marido ocupa su lugar [...] ¿Como puede una mujer en estas deplorables circunstancias educar y criar a sus hijos decentemente?»[12]. Todavía peor, a medida que sus compañeros masculinos quedaban exhaustos, enfermos y destrozados (frecuentemente a una edad temprana) por las salvajes condiciones de trabajo de los talleres, la mujeres tenían que asumir cada vez más su mantenimiento y el del resto de la familia, sin tener siquiera un salario de miseria. Ser la viuda de un trabajador a una edad temprana probablemente era la peor de las situaciones en las que se podía encontrar una mujer.

La mujer no tenía ningún recurso efectivo si se veía abandonaba por otra mujer, o por la compañía del cabaré o la taberna. El encarcelamiento por la ruptura de las relaciones era un problema grave, que llevaba a la mayoría de las oradoras de las reuniones públicas de 1868 a enfatizar sobre el derecho al divorcio y a la unión libre[13]. Pero no está nada claro que semejante despliegue de formas legales tuviera algún significado para las mujeres de la clase obrera, cuya vida diaria no era otra cosa que la simple lucha por la existencia. Sin embargo, había muchas relaciones afectivas entre hombres y mujeres dentro y fuera del matrimonio, y frecuentemente en medio de las circunstancias económicas más adversas. En la Comisión de Trabajadores de 1867, la mayoría de los hombres hablaban calurosamente de los valores de la vida familiar, y las pocas feministas socialistas que, durante el Segundo Imperio, sobrevivieron al vi-

[11] J. W. Scott, *Gender and the Politics of History,* cit., p. 101; A. Cottereau, «Étude Préalable».
[12] J. Rancière y P. Vauday, «Going to the Expo. The Worker, His Wife and Machines», cit.
[13] A. Dalotel, *Paule Minck, communarde et feministe,* cit., p. 134.

goroso movimiento que había alcanzado su cumbre en 1848, igualmente unían el derecho a recibir la misma remuneración, con el reconocimiento de la importancia de la familia en la vida social (y del papel especial de la mujer como madre). Poulot observó entre sus trabajadores tantas relaciones de apoyo mutuo, como relaciones casuales y matrimonios fracasados. Se quejaba de que la mujer podía acabar jugando al juego de la «sublimación», tan bien como los hombres y de que a menudo establecían una fuerte asociación contra sus patronos. Las investigaciones sociales de Le Play mostraban que la mujer a menudo controlaba el presupuesto familiar, incluso fijando el dinero para el almuerzo de su pareja. Esta práctica, que los patronos buscaban reforzar proporcionando hojas de pago que llevar a casa, condujo a Poulot a describir a la «buena esposa» como la que sabía economizar y manejar los gastos de la casa, al

Ilustración 66. La buena esposa y la familia burguesa, como las representa Daumier, alcanzan una cierta serenidad y una calma paternalista que también puede encontrarse en muchas pinturas impresionistas.

mismo tiempo que alentaba la sobriedad y los hábitos trabajadores de su marido. Los patronos buscaban una alianza con las esposas en su lucha para controlar a sus trabajadores, lo que también explica su interés en la educación de la mujer. Pero esta estrategia apenas funcionó, y la solidaridad entre marido y mujer frente a la explotación de los patronos parece que estaba bastante generalizada[14].

La «buena esposa» tenía un importante número de papeles en el ideal del pensamiento burgués. Las crecientes limitaciones al acceso de la mujer a la vida pública, la separación entre la casa y el lugar de trabajo, y el creciente desorden y caos de la vida urbana revolucionaron el papel de las mujeres de la burguesía en el París del siglo XIX[15]. Las mujeres burguesas no solamente se convirtieron en las administradoras y gobernantas de la casa, un papel evitado por sus antepasadas aristócratas, sino que también tomaron el papel de creadoras del orden, especialmente de un orden espacial y temporal en el interior del hogar que se volvió cada vez más su competencia exclusiva. Dirigían a los criados, llevaban las cuentas e imponían una estricta disciplina en la organización interior de la casa. La disciplina era, simultáneamente, una expresión de racionalidad capitalista y una cierta clase de respuesta controlada y estructurada al desorden y a la pasión incontrolada que reinaba en las calles y que incluso se manifestaba en los lugares de mercado. Este espacio exterior de excesiva estimulación y pasión estaba supuestamente fuera de su alcance. «Una mujer de orden era una mujer contenida; contenida en un corsé, contenida en una casa». Ésta era, como Michelet la retrata, la supuesta guardiana de una clase diferente de intimidad y comprensión dentro de la casa, diferente a la que mostraba en el mercado[16].

Éste era el escenario donde fijaron su atención las dos pintoras impresionistas más sobresalientes, Berthe Morisot y Mary Cassat. Pero sería un error concluir que el mismo reflejaba la condición general de la mujer como algo diferente a un pequeño grupo de mujeres que parecía estar dedicadas a promover los ideales del hogar y la maternidad como Michelet o Jules Simon. Griselda Pollock exagera cuando afirma que el arte de Morisot y Cassat reflejaba el hecho de que «para ellas una variedad de lugares estaban cerrados, mientras permanecían abiertos para sus colegas masculinos que se podían mover libremente entre hombres y mujeres dentro del mundo público socialmente fluido de las calles, de los espectáculos populares y de las relaciones sexuales, comerciales o sin compromiso». El hecho de que, según la opinión burguesa,

---

[14] A. Cottereau, «Étude Préalable», cit., pp. 25-27; Frédéric Le Play, *Ouvriers de deux mondes,* ed. resumida, París, 1983, p. 9; *Les ouvriers européens,* París, 1878, pp. 5, 427-430.

[15] E. Hellerstein, «French Women and the Orderly Household», *Western Society for French History* 3(1976), pp. 378-389; T. McBride, *The Domestic Revolution,* cit., pp. 21-22.

[16] J. Michelet, *La femme,* cit.

no debieran estar en esos sitios, y de que eso lo reflejaron en su arte es algo innegable. El que esos espacios les estuvieran cerrados realmente es otra cuestión[17].

Daumier trasmite una sensación completamente diferente de la variedad de papeles de la mujer en diferentes posiciones de clase dentro de los espacios públicos y en la sociedad de París. Algunas mujeres de la burguesía trataron de permanecer cerca del mundo del trabajo y del poder, incluso jugando en la bolsa (aunque no podían operar por cuenta propia, se movían por los pasillos exteriores con agentes que compraban en su nombre). Como compradoras y consumidoras, así como con su exhibición de la moda, desempeñaron un papel clave, como veremos más adelante, en la cultura del consumo y en la presentación y exposición pública de la mercancía como espectáculo. Los salones del Segundo Imperio tenían tanta fama o más que sus predecesores como centros de intriga política, financiera y cultural. Pero se supone que ese no debía ser el camino «de la buena esposa burguesa», que, como Olivia Haussmann, simplemente dirigía con eficacia las labores de la casa. Fue en este espacio interior donde surgió una cierta clase de «feminismo doméstico», un centro considerable de poder para la mujer. Quizá fue esto lo que las pintoras impresionistas estaban buscando recoger e incluso celebrar.

Dentro del hogar, la mujer adquirió un papel extremadamente importante como educadora, a pesar de los influyentes alegatos de Proudhon a favor de la autoridad del padre en la educación de los hijos. Como consecuencia, la educación de la mujer se convirtió en el centro de intensa preocupación y debate público. La Iglesia consideraba su control prácticamente exclusivo de la educación de las jóvenes, esencial para perpetuar su influencia moral; mientras que los reformistas burgueses como Jules Simon y Victor Duruy pensaban que el progreso social dependía en gran parte de una educación más liberal y esmerada de las mujeres de todas las clases sociales. El respeto que se otorgaba a la madre era realmente extraordinario. Le Play recoge, por ejemplo, que el respeto a la madre era un elemento clave en el ritual corporativo de los carpinteros. Y como muestran Baudelaire y Flaubert, la *mère terrible* se encuentra escondida en el trasfondo de gran parte de las obras de poesía y ficción del periodo. Si nos guiamos por los variados manuales de la época, también parece que el papel de compañera sexual era algo a tener en cuenta; la incidencia de dolorosos trastornos ginecológicos era tan grande (quizá llegando a afectar al 80 por 100 de las mujeres parisinas), que constituía una seria barrera para una vida sexual regular[18]. Las enfermedades venéreas también se cobraban su peaje de vida y dolor.

[17] Griselda Pollock, *Vision and Difference. Femininity, Feminism and the Histories of Art,* Londres, 1988, p. 62. Wilson (1992) hace una valiosa crítica a Pollock.

[18] F. Le Play, *Ouvriers de deux mondes,* cit., p. 9; T. Zeldin, *Emile Ollivier and the Liberal Empire of Napoleon III,* cit., vol. 1, pp. 293-303.

Estos papeles parece que alcanzaron incluso a las vidas de los estratos más bajos de la clase trabajadora, aunque por supuesto con muchas modificaciones[19]. Las esposas de las clases trabajadoras, o sus equivalentes, tenían que ocuparse, no sólo del cuidado de la casa, sino de complementar los ingresos familiares como costureras, trabajadoras a domicilio, vendiendo alimentos al por menor, lavando ropa o actuando como asistentas del hombre en el taller o la tienda. Los trabajadores en mejor situación podían aspirar a colocar a sus esposas en alguna negocio de ultramarinos, de venta de vino, lavanderías o similares. Pero, a pesar de ello, algunas mujeres parecían tener un considerable control sobre el manejo de la casa y de las cuentas, sobre la educación, el cuidado de la salud e incluso la limitación de la familia.

En esos papeles parece que eran compañeras fiables y a menudo muy valoradas. Muchas propuestas feministas de reforma seguían a Flora Tristan al considerar la familia como la institución central para construir una vida digna, pero reconocían que una vida familiar plena era imposible bajo las relaciones sociales y las condiciones económicas del capitalismo. También se reconocía en general que el *status* de la mujer trabajadora, «las proletarias del proletariado» como decía la célebre frase de Tristan, significaba que las tensiones entre géneros y clases, entre feminismo y socialismo, sólo estaban relativamente apagadas en aquellos años. La Unión de Mujeres iba a desempeñar un papel importante en la Comuna de París.

El tema de la limitación de la familia trae el espinoso problema del aborto. Las empleadas domésticas, las doncellas y las actrices tenían motivos poderosos para poner fin a embarazos no deseados. Lo mismo les sucedía a las mujeres de la clase trabajadora, cuya contribución a la economía familiar estaba en juego y que, a menudo, contaban con la aprobación tácita de los hombres, que veían «poco sentido alimentar a su propia competencia». El índice de natalidad de la ciudad era extremadamente bajo comparado con el nacional. Los observadores posteriores consideraron que en la década de 1850, el aborto era ya un negocio a gran escala y el conocimiento generalizado de toda clase de métodos para inducirlo (algunos folclóricos y otros más enérgicos e incluso peligrosos), existentes en las décadas siguientes tenía con seguridad sus raíces en épocas anteriores[20]. Pero, aquí también, las mujeres parecen haber ejercido un cierto grado de control sobre sus propios cuerpos, lo que

[19] Leonard Berlanstein, «Growing Up as Workers in Nineteenth-Century Paris: The Case of Orphans of the Prince Imperial», *French Historical Studies* 11 (1979-1980), pp. 551-576; F. Le Play, *Ouvriers de deux mondes,* cit., pp. 149, 274; A. Cottereau, «Étude Préalable», cit., defiende enérgicamente una relación sin dificultades entre el socialismo y el feminismo, incluso teniendo en cuenta las exclusiones de Proudhon. J. Rancière y P. Vauday («Going to the Expo. The Worker, His Wife and Machines», cit.) sugieren otra cosa.

[20] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit., p. 65; Angus McLaren, «Abortion in France: Women and the Regulation of Family Size», *French Historical Studies* 10 (1977-1978), pp. 461-485.

encaja con la tesis de un feminismo doméstico en vez de un feminismo abiertamente público y político.

Las estructuras familiares convencionales, legalmente santificadas o no, sobrevivieron y otorgaron a la mujer todas las posibilidades y limitaciones inherentes a semejante situación. Dentro de la burguesía, muchos matrimonios eran puras operaciones mercantiles, un hábito que se extendió a tenderos y *petits commerçants* con resultados especialmente despiadados. Pero los vínculos entre la clase trabajadora parecen haber sido más solidarios de lo que hacía creer la opinión burguesa (como la de Zola). Poulot se quejaba de que sus muchos intentos para atraerse a las mujeres de los trabajadores habían fracasado. Las noches de los sábados, las tabernas estaban habitualmente abarrotadas de familias enteras celebrando cualquier victoria que hubiera habido durante la semana sobre los patronos. La mayor parte de las mujeres que participaron en la defensa de la ciudad durante el asedio prusiano y más tarde en la Comuna, lejos de ser las encolerizadas furias salvajes como las describía la burguesía con tanta frecuencia, eran simplemente solidarias con sus hombres de maneras muy tradicionales. Por otra parte, en los centros y asociaciones de mujeres que se creaban, era evidente una política feminista alternativa orientada, no solamente al derecho al divorcio y al trabajo, sino también a establecer una base económica para la emancipación de la mujer a través de la organización colectiva de la producción y del consumo. La masa de mujeres involucradas en la Comuna estaba formada por costureras, modistas, repasadoras, cortadoras, limpiadoras, desbastadoras, y productoras de flores artificiales (el servicio doméstico apenas participó), que tenían una amplia experiencia (la mayor parte de ellas había cumplido los cuarenta) de las bases económicas de su propia dominación y que, como los hombres, veían la políticas colectivistas y cooperativistas como su respuesta[21].

Pero si hay algún tema especial que sobresale durante el Segundo Imperio, es el del creciente aumento del control de la mujer sobre el espacio interior de la casa, junto a su creciente mercantilización en la vida pública. Solamente hay que leer a Balzac para darse cuenta de que esto no era algo totalmente nuevo, como tampoco lo era la especulación financiera o del suelo. Pero, al igual que en esos otros casos, el Segundo Imperio asistió a un salto cuantitativo en los diferentes planos de la práctica. Tanto la monetización como la mercantilización de las relaciones sexuales y personales en todas las clases sociales, y el aumento de la importancia de la mujer dentro de la economía familiar y del mercado de trabajo, presagiaban un mar de cambios en el papel de la mujer en la sociedad. Pero se trataba de un mar bloqueado por las tradicionales estructuras legales de dominación y organización económica del hombre. Sin embargo, con el aumento de la monetización de las relaciones sociales, se empezó a desplegar una guerra de guerrillas; una guerra en la que las empleadas domésticas aprendían como utilizar e incluso estafar a sus empleadores, las prostitutas a sisar a sus clientes, las *lorettes* a sustituir a las *grisettes*, las mujeres o compañeras a controlar más de cerca la circulación de los ingresos, las mujeres trabajadoras a asumir el desafío de nuevas formas de trabajo en las fábricas y de nuevos roles de servicio, y a explorar formas alternativas de organización que pudieran formar una base económica para su futura emancipación. Fue como si la mujer aprendiera que, si era una mercancía apreciada, con un valor monetario, entonces podían utilizar la democracia del dinero como herramienta para su propia liberación, tanto como consumidora como productora.

[21] D. Poulot, *Le sublime,* cit.; E. Thomas, *Rossell (1844-1871),* París, 1967; C. Moses, *French Feminism in the Nineteenth Century,* cit.

XI La reproducción de la fuerza de trabajo

El capital variable es, por ello, solamente una forma histórica concreta de manifestarse el fondo de trabajo que requiere el trabajador para mantenerse él y su familia, y que, cualquiera que sea el sistema de producción social, él mismo debe producir y reproducir.

Marx

La reproducción de la fuerza de trabajo, que tanto entonces como ahora es una responsabilidad que recae seriamente sobre la mujer, tiene dos aspectos. El primero es la cuestión de la comida, reposo, abrigo y tranquilidad necesaria para devolver al trabajador suficientemente renovado para que pueda trabajar al día siguiente. Después, vienen las necesidades a largo plazo, que acompañan a la siguiente generación de trabajadores y que suponen concebir, criar y educar a los hijos.

Sin embargo, parece estar claro que la media de recursos accesibles para la masa de trabajadores varones era apenas suficiente para cubrir las necesidades diarias y completamente insuficiente para las necesidades a largo plazo que acompañan a la de crianza de los hijos. Este juicio general, que con seguridad necesita muchas matizaciones, resulta coherente con muchos de los hechos básicos de la demografía parisina durante el Segundo Imperio. En 1866, por ejemplo, solamente un tercio de la población total podía proclamar París como su lugar de nacimiento. Incluso en la década de 1860, una vez que había pasado el momento álgido de la inmigración, el crecimiento natural de la población era de nueve mil personas al año, comparado con una inmigración anual de dieciocho mil personas[1]. La reproducción a largo pla-

[1] L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit., p. 50; K. Marx, *Capital,* cit., vol. I, p. 269.

Ilustración 67. La sopa, *de Daumier, representa las relaciones de reproducción familiar dentro de la clase trabajadora. En contraste con la serenidad de la familia burguesa (ilustración 66), la mujer hambrienta se toma una sopa apresuradamente mientras da de mamar a un niño; una imagen completamente diferente a la que el mismo Daumier representa en* La República *(ilustración 23).*

zo de la fuerza de trabajo parece haber sido mayormente un asunto de las provincias. París encontraba su fuente de trabajo, como señaló Marx, «en la constante absorción de elementos primitivos, físicamente incorruptos procedentes del campo». Sin embargo, los lazos con las provincias no se limitaban a los derivados de la inmigración. A menudo se enviaba a los niños a provincias donde se criaban, e incluso la clase obrera se embarcó en esa práctica tan francesa de dejar a los niños con nodrizas rurales aunque, dados los altos índices de mortalidad, esa práctica estaba más cerca de un infanticidio organizado que de la reproducción de la fuerza de trabajo[2]. En 1850 París estaba lleno de solteros, que representaban el 60 por 100 de los varones entre 21 y 36 años. Los matrimonios, si se llegaban a celebrar, se producían relativamente tarde –en 1853 a una edad media de 29,5 para los varones que subió a los 32 en 1861– y la media de hijos por hogar se mantuvo en el 2,40 (el 3,23 en provincias), con una media de ilegítimos del 28 por 100 (el 8 por 100 en el resto del

[2] Fanny Fay-Sallois, *Les nourrices à Paris au XIXème siècle,* París, 1980; L. Chevalier, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* cit., pp. 46-52; L. Girard, *Nouvelle histoire de Paris. La Deuxième République et le Second Empire,* cit., p. 136; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 225.

país). Además, el crecimiento natural de la población se debía casi por completo a su estructura joven, que en sí misma era una consecuencia de la inmigración.

Hacia el final del Segundo Imperio el panorama demográfico fue cambiando. En la década de 1860 se reanimó la formación de hogares en el extrarradio, dejando en el centro una estructura de población soltera y de más edad. La pobreza crónica de las barriadas del centro, que afectaba principalmente a nuevos inmigrantes y ancianos, se correspondía con la suburbanización de la pobreza familiar que afectaba a los jóvenes (ilustración 69). El cambio de la estructura de edad, desencadenado en la década de 1850 por la gran inmigración de gente joven mayoritariamente soltera, se fue extendiendo barrio por barrio, por toda la demografía de la ciudad. En la burguesía despuntaba lentamente la idea de que aquellos que se aprovechaban tan alegremente de esta fuerza de trabajo, tenían alguna clase de responsabilidad o de propio interés en su reproducción. Incluso aquéllos como el emperador, que vieron que la falta de consideración hacia esta situación por parte de la burguesía había tenido algo que ver con los sucesos de 1848, eran incapaces de definir una base, y menos aún un consenso, para una intervención. Sin embargo, los reformadores burgueses estaban muy preocupados por esta cuestión. Se mostraron fecundos en sus ideas aunque comedidos en su aplicación y sus investigaciones y polémicas proporcionaron mucha información y sugerencias que después del trauma de la Comuna se convirtieron en la base de la reforma social de la Tercera República. Sin embargo, sus esfuerzos en materia de vivienda, alimentación, educación, atención sanitaria y asistencia social se vieron frustrados por la configuración de las fuerzas de clase existente. Cómo y por qué sucedió así, merece una cuidadosa reconstrucción.

Vivienda

El sistema de provisión de vivienda sufrió una transformación radical con el Segundo Imperio. La vivienda de la burguesía estaba en buena parte en poder del nuevo sistema de financiación, promoción del suelo y construcción, con el consiguiente aumento de la segregación residencial dentro de la ciudad. En los terrenos libres de la periferia surgió un sistema paralelo de edificación especulativa de poca monta para cubrir la demanda de la clase obrera. Pero, aunque el sistema de provisión de vivienda cambió, los ingresos de los trabajadores permanecieron relativamente bajos, creando un límite bastante estricto sobre las viviendas a las que podían acceder. En 1868 una familia afortunada, con empleo estable y dos personas trabajando, quizá pudiera reunir 2.000 francos anuales y hacer frente a un alquiler aanual de 350. ¿Cuántas viviendas y de qué calidad se podían obtener por 350 francos? In-

cluso en las mejores condiciones, la respuesta era que pocas; en las peores, donde el suelo y la construcción eran caros y los propietarios reclamaban agresivamente una rentabilidad del 8 por 100 o más, las condiciones de la vivienda eran poco menos que espantosas.

El rápido aumento de los alquileres supuso una carga creciente sobre la población trabajadora. En 1855, Leon Say registraba por toda la ciudad subidas del 20 al 30 por 100, de manera que no se podía encontrar una habitación individual por menos de 150 francos anuales. Para Corbon, los alquileres que pagaban los trabajadores en 1862 eran un 70 por 100 más elevados que en 1848, y Thomas registra un aumento del coste de la vivienda del 50 por 100 en cada una de las décadas del Imperio. Las series estadísticas que reúne Flaus para todo el periodo rebajan las cifras hasta dejarlas entre el 50 y el 62 por 100, con los alquileres inferiores a 100 francos aumentando solamente un 19,5 por 100. Pero había pocos alquileres inferiores a 100 francos a tener en cuenta; el alquiler de una habitación individual para indigentes registrados costaba en 1866 entre 100 y 200 francos. Un informe sobre los alquileres pagados por unas cuarenta mil familias indigentes situaba la media de 1856 en 113 francos, aumentando en 1866 a 141; incluso después de que la anexión de los barrios periféricos hubiera incluido en la muestra la vivienda más barata del extrarradio. Existe un consenso generalizado en cuanto a que las subidas de los alquileres dejaron atrás los ingresos nominales de los trabajadores, especialmente durante la década de 1860[3]. Los aumentos coincidían con el alza de los valores inmobiliarios y afectaban a todas las clases sociales. El segmento de la burguesía que vivía de ingresos fijos, o de rentas estancadas procedentes de propiedades rurales que no les permitían pagar más de 700 francos, se enfrentó a tiempos especialmente duros en los que afrontaron muchas dificultades y recolocaciones forzadas. Pero mientras que para el más de medio millón de personas en la ciudad que vivían de su trabajo, el aumento de los alquileres era un gran problema, para aquellos que participaron de las ganancias económicas del Segundo Imperio, era una historia completamente diferente.

Los trabajadores se adaptaban de diferentes maneras a esta situación pero en muchas partes se puede comprobar que pasaron a tener que gastar en vivienda una parte cada vez mayor de su presupuesto. En 1860, podía llegar hasta la séptima parte, comparado con la décima de épocas anteriores; en 1870 las cifras pudieron llegar

[3] Roger Guerrand, *Les origines du logement social en France,* París, 1966, p. 85; A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit., p. 181; A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870,* cit., p. 179; Lucien Flaus, «Les fluctuations de la Construction d'Habitations Urbaines», *Journal de la Société de Statistique de Paris* (mayo-junio, 1949); J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 129-131; G. Lameyre, *Haussmann, Préfet de Paris,* cit., p. 174.

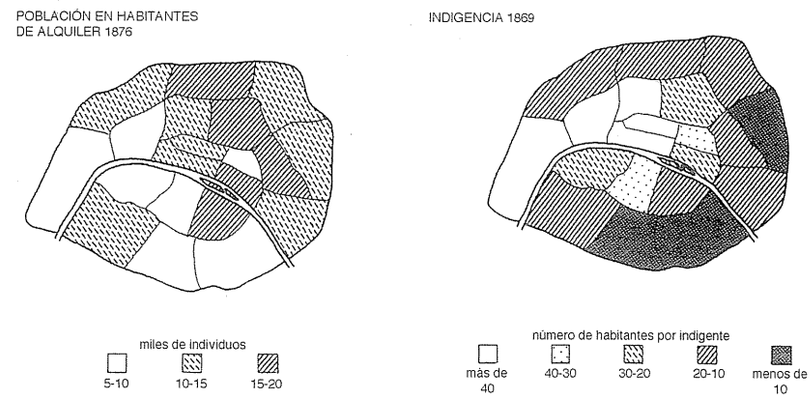


Ilustración 68. Población total que vive en habitaciones alquiladas en 1876, y los índices de pobreza en París en 1869 (Recogido en J. Gaillard, Paris, la ville, 1852-1870, *cit.).*

hasta el 30 por 100[4]. También podían intentar ahorrar en espacio. Para una familia confinada en una habitación (la situación de dos tercios de los indigentes registrados en 1866), reducir el espacio era difícil pero no imposible, y entre las familias más pobres estaba lejos de ser algo inusual. Los solteros lo tenían más fácil, y encontraban muchos alojamientos que tenían realmente el aspecto de barracas, con muchas camas baratas por habitación. Otra posibilidad era buscar un acomodo más barato en la periferia, lo que suponía, con frecuencia, un alquiler inferior a cambio de recorrer a pie mayores distancias al trabajo. Pero las presiones eran tales que los alquileres de la vivienda especulativa en la periferia, aunque más bajos en términos absolutos, en términos relativos no lo eran tanto, especialmente dada la fuerte tendencia de los constructores y propietarios de estos terrenos para aprovechar la explosión del mercado inmobiliario de la ciudad y realizar beneficios a expensas de los trabajadores. El último recurso era poblar alguno de los innumerables barrios de chabolas que iban surgiendo, algunas veces de forma temporal, en los espacios vacíos de la periferia o incluso más cercanos al centro.

La penuria de los ingresos de los trabajadores en relación a los alquileres dejó su sello indeleble sobre la situación de la vivienda en la ciudad. Esta situación, en parte, es la que le sirve a Engels para dar forma a su famoso razonamiento de que la única manera que tiene la burguesía de resolver el problema de la vivienda es llevándolo de un lado a otro. No hay mejor ejemplo de esa tesis que París bajo Haussmann. Los miembros de la Comisión de la Salud se quejaban de los barrios tempo-

[4] D. Poulot, *Le sublime,* cit., p. 146; Armand Audiganne, *Les populations ouvrières et les industries de la France dans le mouvement social du XIXème siècle,* París, 1854, vol. II, p. 379.

rales de chabolas que surgían pegados a los nuevos terrenos en construcción del centro de la ciudad, en condiciones horribles que todo el mundo procuraba ignorar[5]. La proliferación y la masificación de las pensiones cercanas al centro, la construcción de viviendas sin ventilación, apretujadas y sin mantenimiento que, casi al instante, se convirtieron en infraviviendas y las famosas «adiciones», que en algunos casos transformaron los patios interiores ocultos tras las espléndidas fachadas de Haussmann en rentables infraviviendas para la clase obrera, eran una evidencia directa de que los ingresos de los trabajadores eran insuficientes para abordar una vivienda digna. Lejos de eliminar la infravivienda de la ciudad, los trabajos de Haussmann aceleraron el proceso de formación de infraviviendas, incluso en el centro, en la medida que producían una subida general de los alquileres en medio del estancamiento de los ingresos. En un simple recorrido desde el centro de la ciudad hasta las fortificaciones, Louis Lazare contó nada menos que 269 callejones, patios, casas de viviendas y barrios de chabolas levantados sin ningún control municipal de lo que sucedía allí. Aunque gran parte de la vivienda para familias sin recursos se encontraba en el semicírculo periférico alrededor del este de la ciudad, con grandes concentraciones en el sureste y noreste, había una intensa masificación de trabajadores solteros en las casas de huéspedes cercanas al centro y había focos de infravivienda incluso en los intersticios de los barrios predominantemente burgueses del oeste.

Una situación tan deprimente no podía dejar de tener consecuencias sociales. Probablemente acentuó lo que ya era una fuerte barrera a la formación de familias, y tanto Jules Simon como Poulot atribuyeron, lo que ellos llamaban la inestabilidad y promiscuidad de la vida de la clase obrera, a los elevados alquileres y a una vivienda inadecuada (soslayando Poulot el hecho de que quizá los bajos salarios que pagaba a sus trabajadores tenían algo que ver con todo eso). También había una evidencia considerable de la relación entre las viviendas inadecuadas e insalubres con las persistentes, aunque en descenso, epidemias de cólera y tifus. La pura falta de espacio también obligaba a hacer gran parte de la vida social en las calles, una tendencia exacerbada por la ausencia generalizada de instalaciones para cocinar. Esto obligaba a comer y beber en cafés y cabarés, que en consecuencia se convirtieron en centros colectivos de agitación y concienciación política.

Resulta sorprendente que se hiciera tan poco en el camino de una reforma tangible, a pesar de la profunda preocupación y nerviosismo de los reformistas burgueses ante semejante situación y a pesar del reconocimiento, por parte del emperador, de que ganarse el apoyo de la clase obrera por medio de la «extinción de la indigen-

[5] Frederic Engels, *The Housing Question,* Nueva York, 1935; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 209; *Commission des Longements Insalubres de Paris,* 1866; L. Lazare, *Les quartiers pauvres de Paris,* cit.; D. Poulot, *Le sublime,* cit., p. 146.

Ilustración 69. Daumier muestra a los propietarios en la tarea de echar a los elementos indeseados, como niños y animales de compañía, que se ven obligados a pasar la noche en la calle.

cia» (como él mismo escribía en 1844) era importante para su mandato. Las leyes sobre la insalubridad, aprobadas durante la Segunda República en respuesta a las demandas del reformismo católico, las utilizó Haussmann para sus propios fines o bien se convirtieron en letra muerta; en dieciocho años fueron inspeccionadas menos del 18 por 100 de las viviendas existentes[6]. El plan de construir un conjunto de *cités ouvrières* (proyectos de viviendas para trabajadores que sacaban algunas ideas de los falansterios de Fourier) se puso en marcha en 1849 con Luis Napoleón aportando algunos de sus fondos, pero rápidamente se interrumpió en vista de la virulenta oposición de los conservadores, que vieron en ellas semilleros de conciencia socialista y crisol de revoluciones. De cualquier forma, los trabajadores las consideraban más como prisiones en las que las puertas se cerraban a las diez de la noche, mientras en su interior la vida estaba estrictamente reglamentada. Las propuestas de viviendas individualizadas, más aceptables para la derecha conservadora y la izquierda proudhonista, generó muchos diseños, incluso hubo un concurso en la Ex-

[6] R.-H. Guerrand, *Les origines du logement social en France,* cit., pp. 105, 199.

posición de París de 1867, pero pocas actuaciones. La propuesta de subvencionar la vivienda para las rentas más bajas sólo alcanzó a 73 unidades en 1870, y la única cooperativa (a la que el emperador de nuevo subvencionó generosamente) no había construido más que 41 viviendas en la misma fecha.

A pesar del evidente interés del emperador, que había financiado personalmente iniciativas colectivas e individuales, que había inspirado artículos y programas gubernamentales, y que fue responsable de la traducción de obras inglesas sobre el tema, el fracaso de la actuación fue, en parte, consecuencia de una confusión de las ideologías. Fourier, con su modelo colectivista, y Proudhon, que alzó su voz con energía a favor de la propiedad de la vivienda individual para los trabajadores, dividieron a la izquierda. La influencia de Proudhon era tan fuerte que, incluso durante la Comuna, cuando el resentimiento contra los propietarios estaba en su cenit, no se planteó ningún desafío a la titularidad de la propiedad. Con un consenso tan amplio, que abarcaba desde Le Play en la derecha católica a Proudhon en la izquierda socialista, la única opción real era hacerse cargo del problema de la vivienda dentro del marco de la propiedad privada. Pero el acceso de los trabajadores a la propiedad solamente era posible contando con la subvención gubernamental. Y, en ese punto, el gobierno se enfrentaba, por un lado, a los poderosos intereses de clase de los propietarios inmobiliarios, a quienes cada vez necesitaba más como base de su poder político y, por otro, a un compromiso general con la libertad del mercado, que para gente como Haussmann constituía un principio de actuación básico. Poderosas fuerzas de clase agravaron la confusión ideológica para obstaculizar cualquier actuación sobre el problema, más allá de la demolición de infraviviendas que organizó Haussmann. Solamente después de la Comuna, cuando los reformadores vieron que las penosas infraviviendas y patios interiores eran mejores semilleros de acción revolucionaria de lo que podría haber sido cualquier *cité ouvrière*, empezó a hacerse efectiva la reforma de la vivienda.

Nutrición

La «revolución del consumo», facilitada por el descenso de los costes de transporte de productos agrícolas, por las economías de escala y por la mejora del sistema de distribución en París, no dejó por completo a los trabajadores al margen, aunque también significara un aumento de la «estratificación de la dieta y del sabor» en todas las clases sociales[7]. El pan, la carne y el vino formaban la base de la

[7] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., pp. 233-267; G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., pp. 328-343.

dieta característica de la clase trabajadora (bien diferente a la de provincias), y cada vez se complementaba más con vegetales frescos y productos de consumo diario. Por supuesto, la carne raras veces se consumía sola, pero se incorporaba a sopas y guisos, que eran el corazón de la comida principal. La mejora de la diversidad y calidad de la oferta hizo que las pautas alimenticias mejoraran, al mismo tiempo que el coste de la vida aumentaba. La ciudad seguía siendo vulnerable a las cosechas perdidas, como sucedió en 1868-1869, cuando hubo una vuelta a la difícil etapa de precios elevados de 1853-1855. También se hizo evidente que la limitación de los ingresos de los trabajadores hacía difícil que la gran masa de la población, en oposición a la burguesía, se beneficiara de esta base de alimentación más diversificada.

El sistema de distribución de los alimentos tenía algunas características importantes. Gran parte de la población se alojaba en pensiones, y muchos hogares carecían de instalaciones para cocinar en la vivienda (el 63 por 100 de los indigentes sólo tenían una chimenea donde preparar la comida), lo que obligaba a una elaboración y consumo en calles, pequeños restaurantes y cafés. La periodicidad de los ingresos de los trabajadores (especialmente durante la temporada muerta) significaba que mucha comida se compraba a crédito. Los productos entraban normalmente en grandes cantidades en los mercados centrales (Les Halles), en los mataderos (La Vilette) o en los almacenes de vino (Bercy), y llegaban al público a través de un sistema de detallistas, vendedores callejeros y otros intermediarios, que también descansaba sobre el crédito. Esto abrió muchas posibilidades para una actividad empresarial a pequeña escala, a menudo organizada por las mujeres, aunque aquí como en otros aspectos de la vida, el control final fuera del hombre.

Este intrincado sistema de intermediación tenía consecuencias sociales interesantes y los trabajadores lo veían de manera ambivalente. Por un lado, proporcionaba muchas oportunidades para un empleo extra, especialmente de la mujer, e incluso una oportunidad de ascenso social al mundo pequeño burgués de los tenderos. Por otro, los intermediarios cuando decidían ampliar o no el crédito, tomaban lo que a menudo estaba cerca de ser decisiones de vida o muerte, y con frecuencia se les consideraba pequeños explotadores. Para soslayar esto, el movimiento obrero empezó a construir un importante movimiento de cooperativas de consumo en la década de 1860, y muchas de ellas tuvieron un considerable éxito. Natalie Lemel se unió al infatigable Eugene Varlin para fundar *La Marmite*, una cooperativa de alimentación a la que se podían apuntar los trabajadores por 50 francos anuales, con derecho a comidas más baratas y diariamente preparadas a precios mucho más bajos que en restaurantes. En 1870 había tres sucursales con una actividad muy importante[8]. Lemel y Varlin tenían un doble objetivo: no solamente buscaban atender

[8] M. Foulon, *Eugène Varlin,* cit., pp. 56-67.

a las necesidades de aquellos que no tenían sitio donde cocinar, sino que también las consideraban centros de organización política y acción colectiva.

Con ello, confirmaban simplemente los temores que despuntaban en los reformadores burgueses: la gran masa de la población, privada de instalaciones y comodidades necesarias para una vida familiar estable, estaba siendo expulsada a las calles y a lugares donde, con demasiada facilidad, podía caer presa de agitaciones políticas y de ideologías de acción colectiva. Para Polulot, era evidente que los cabarés, cafés y tabernas proporcionaban las bases para la elaboración de una mordaz crítica del orden social y de planes para reorganizarlo. A medida que la agitación política aumentaba a partir de 1867, se hizo totalmente evidente que eran el crisol donde se formaba y articulaba la conciencia y cultura de la clase obrera. El énfasis que republicanos burgueses como Jules Simon ponían en las virtudes de una vida familiar estable, en una casa decente con adecuadas instalaciones para cocinar, era en parte una respuesta a los peligros que acechaban cuando la comida, la bebida y la política se convertían en parte de la cultura colectiva de la clase trabajadora.

Educación

Los reformadores sociales de la Segunda República habían concebido un sistema estatal de educación primaria, libre, secular y obligatoria para ambos sexos. Lo que obtuvieron, después de la victoria del «partido del orden», fue la Ley Falloux de 1850 que promovía un sistema dual de educación, uno religioso y otro estatal, en el que la enseñanza estaba supervisada por funcionarios locales y en el que el poder tradicional de la universidad se veía compensado por el de la iglesia y de los funcionarios elegidos y designados. Hay un acuerdo general en que la ley trajo pocos beneficios y muchos problemas, y en unión de unos míseros presupuestos para educación, contribuyó al deprimente balance de los logros educativos del Segundo Imperio[9].

Gran parte de los problemas procedían de que la política educativa se encontraba a merced de las relaciones Iglesia-Estado. El emperador, ansioso por conseguir el apoyo católico para su causa, no solamente respaldó la Ley Falloux, sino que se mostró reacio a socavar su espíritu hasta 1863, cuando sus discrepancias con el papa sobre su política italiana le llevaron a nombrar a Victor Duruy, un librepensador liberal y reformista, como ministro de Educación. Duruy luchó sin muchas posibilidades y con un éxito limitado para dar mayor dinamismo al sector estatal y dis-

[9] Robert Anderson, «The Conflict in Education», en T. Zeldin (ed.), *Conflicts in French Society*, Londres, 1970; y *Education in France, 1848-1870*, Oxford, 1975.

minuir el poder de la Iglesia. Sus aproximaciones a la educación primaria libre y obligatoria y a la educación estatal de las jóvenes se encontraron con frecuencia viciadas por las interferencias legislativas y los exiguos presupuestos educativos. Pero también había otros conflictos. Al margen de los interminables debates filosóficos y teológicos (por ejemplo religión contra materialismo), dentro de la burguesía no había un consenso claro sobre los objetivos de la educación. Algunos la consideraban un medio de control social que debería inculcar respeto por la autoridad, la familia y los valores religiosos tradicionales; un antídoto total contra la ideología socialista, que algunos profesores habían sido lo suficientemente imprudentes para promover en los vertiginosos días de 1848. Incluso los republicanos, tradicionalmente anticlericales, estaban contentos de ver una fuerte dosis de religión dentro de la educación, si contribuía a proteger los valores burgueses; lo que explica el apoyo que muchos de ellos dieron a la Ley Falloux. El problema estaba en que los valores religiosos promovidos por la Iglesia eran en su mayor parte de un trasfondo extraordinariamente conservador. Todavía en la década de 1830, la Iglesia predicaba en contra del interés y del crédito, y en la de 1850 no estaba demasiado «enamorada» de la ciencia materialista. Su retraso en esas materias explica, en parte, el violento anticlericalismo de muchos estudiantes, especialmente los de medicina, que se convirtieron en el centro del movimiento revolucionario blanquista[10].

Otros, sin embargo, consideraban la educación como una manera de llevar el espíritu de los tiempos modernos a la gran masa de la población, inculcando las ideas de la libre investigación científica, de la ciencia materialista y de una racionalidad apropiada a un mundo de progreso científico y sufragio universal. El problema era cómo conseguirlo. Algunos, como Proudhon, estaban totalmente en contra del control estatal de la educación (que debía permanecer bajo el control paterno), mientras otros temían que, sin un control centralizado del Estado, no habría nada que detuviera la difusión de la propaganda subversiva. Duruy luchó por una educación progresista y responsable, y simultáneamente recibió el apoyo y los vituperios de ambas partes. En medio de semejante confusión no resulta sorprendente que el balance neto fuera de escaso progreso tanto de la oferta educativa como de su contenido. A pesar de ello, el debate en la década de 1860 sobre el papel de la educación iba a tener una influencia duradera en la vida política francesa[11]. El bienestar social, la educación y la vivienda reflejaban los esfuerzos de republicanos y católicos progresistas por definir una filosofía y una práctica que diera a la educación de las ma-

[10] Patrick Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition. The Blanquist in French Politics, 1864-1893*, Berkeley (CA), 1981.

[11] Katherine Auspitz, *The Radical Bourgeoisie. The Ligue de l'Enseignement and the Origins of the Third Republic*, Londres, 1982.

sas un nuevo significado dentro de la sociedad burguesa. El debate era vital, incluso aunque los éxitos anteriores a 1870 fueran mínimos.

El hecho de que París obtuviera su fuerza de trabajo de las cuatro esquinas del país, hizo que el fracaso general para mejorar la educación tuviera un impacto importante sobre la calidad de la fuerza de trabajo que se podía obtener. Desde luego, el descenso general del analfabetismo en toda Francia era una ayuda, pero en 1872 todavía existía un 20 por 100 de analfabetismo entre la población parisina, e incluso muchos de los que sabían leer y escribir solamente alcanzaban los niveles más rudimentarios, dejándoles con unas capacidades mínimas cuando se encontraban con cualquier clase de actividad que exigiese una educación básica. Había poco en el sistema educativo de París que compensara el deprimente panorama nacional. El gobierno inicialmente se puso del lado de los que veían la educación como un simple medio de control. Los colegios religiosos y los estatales se desarrollaron por igual uno al lado del otro[12], mientras los presupuestos educativos de Haussmann eran extremadamente mezquinos en comparación con el espléndido gasto en obras públicas. Dejó a las escuelas religiosas y privadas la atención de las necesidades de los nuevos inmigrantes y de las nuevas comunidades suburbanas que surgían, e hizo todo lo que pudo para limitar la escolarización gratuita a los hijos de los indigentes, de manera que el pago para asistir a los colegios estatales era algo que se exigía normalmente. El sueldo de los maestros, alrededor de 1.500 francos anuales, apenas servía para que una persona soltera llegara a fin de mes, y era ciertamente insuficiente para formar una familia. Por razones puramente presupuestarias, Haussmann (y bastantes contribuyentes) preferían dejar la escolarización dentro del sector privado, especialmente dentro de las instituciones religiosas donde el sueldo de los maestros era todavía más bajo; alrededor de 800 francos anuales.

Este panorama empezó a cambiar solamente a partir de 1868, cuando Duruy finalmente logró establecer los principios de la educación pública y Octave Greard se puso a reformar la asignación de fondos para la educación en París. Pero, para entonces, la estrategia privatizadora y de *laissez-faire* de Haussmann había creado un mapa característico de la oferta educativa en la ciudad. Los suburbios anexionados formaban lo que solamente puede describirse como un páramo educativo, con pocas e inadecuadas escuelas públicas y una inversión privada o religiosa muy débil, habida cuenta de que era un área donde no había unos padres que pudieran permitirse esos gastos. El abandono de Haussmann de la escolarización en estas zonas se pone de manifiesto con el hecho de que entre 1860 y 1864 se gastaron solamente 4 millones de francos en nuevas escuelas, comparado con los 48 millones en nuevos *mairies*, 69 millones en carreteras nuevas y 5,5 millones en nuevas iglesias. El índice

[12] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 281.

de escolarización era más bajo y el del analfabetismo más elevado que la media de la ciudad. Aquí se encontraban los espacios de reproducción social de una clase trabajadora empobrecida y educativamente marginada, esas «andrajosas escuelas» en las que se congregaban «niños de todas las edades que no tenían nada en común excepto su [...] grado de ignorancia». En los barrios burgueses del oeste, el sistema de Haussmann funcionó. Los pobres utilizaban gratuitamente las escuelas públicas, completamente separadas de las escuelas religiosas o privadas que prefería la burguesía. En algunos de los barrios del centro, habitados por artesanos, pequeños burgueses y comerciantes, la escuela pública se consideraba una vía natural para educar a los niños en habilidades técnicas y prácticas que resultaban difíciles de impartir en los colegios religiosos. De esta manera, el aumento de la segregación social del espacio de la ciudad se reflejó en el mapa de la oferta educativa[13].

La calidad de este sistema educativo también variaba enormemente. Aunque había escuelas católicas progresistas y la Iglesia puso en París especial énfasis en sus esfuerzos educativos, el sector estatal normalmente estaba más avanzado en cuanto a la ciencia y demás temas modernos. Aunque, en cualquier caso, los consejos de supervisión puestos en marcha en 1850 hacían posible la estrecha vigilancia de los profesores y el mantenimiento del conjunto del sistema educativo inclinado hacia el control y el adoctrinamiento religioso, más que hacia la ilustración materialista. Sin embargo, la intolerancia y el apego a valores tradicionales de la escuela católica la volvió menos popular entre la burguesía liberal, gran parte de la cual se volvió hacia los colegios protestantes. La educación de las jóvenes estuvo casi por completo en manos de la Iglesia, hasta las reformas de Duruy a finales de la década de 1860. No deja de ser interesante que la cuestión del equilibrio adecuado entre enseñanzas morales y capacitación profesional se volviera más explícita a medida que el tema del papel de la mujer empezaba a destacar.

Los fracasos del sistema educativo formal para proporcionar una fuerza de trabajo provista de los conocimientos técnicos modernos no hubieran sido tan importantes si no hubieran ido acompañados por el desplome de otros modos de aprendizaje más tradicionales. El sistema de aprendices, que ya en 1848 se encontraba en serias dificultades, entró en una crisis generalizada con el Segundo Imperio[14]. En algunos sectores, dadas las presiones de la competencia y la fragmentación de las tareas, la figura del aprendiz degeneró simplemente en trabajo infantil barato. La dispersión geográfica del mercado de trabajo y la creciente separación entre el centro de trabajo y el lugar de residencia crearon una tensión añadida a un sistema que

[13] L. Girard, *Nouvelle histoire de Paris. La Deuxième République et le Second Empire,* cit., pp. 288-289; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 270.

[14] *Ibid.,* pp. 416-423.

siempre había estado dispuesto a abusar, a no ser que hubiera una estrecha vigilancia y control por parte de todas las partes implicadas. El sistema parece que siguió funcionando razonablemente bien solamente en unos pocos sectores como la joyería. Además, algunos de los centros de provincias que tradicionalmente habían abastecido al mercado parisino de alguna clase de mano de obra cualificada, fueron desapareciendo a medida que las inmigraciones de temporada dieron paso a un asentamiento permanente. Todo esto hace que, tanto entre los patronos como entre los trabajadores, surja la demanda de un sistema educativo que pudiera reemplazar el sistema de aprendices, mediante una enseñanza profesional y técnica en las instituciones educativas. Las pocas instituciones privadas que se formaron en la década de 1860 obtuvieron algunos éxitos, mostrando el camino para la reforma educativa que siguió a la Comuna, pero los que se beneficiaron principalmente fueron los hijos de la pequeña burguesía y de los trabajadores más privilegiados, que podían permitirse el empleo de tiempo y dinero para atenderles. La misma limitación afectaba a los cursos populares de educación para adultos que se crearon en algunas zonas centrales de la ciudad en la década de 1860.

Los rudimentos de la educación de la clase obrera, entonces como ahora, se impartían en el hogar, donde de acuerdo con la mayoría de los observadores burgueses y a pesar de los mandamientos de Proudhon, la mujer tenía el papel principal. El gran interés de Jules Simon en la educación de la mujer procedía, en parte, de lo que él consideraba como la necesidad de mejorar la calidad (tanto moral como técnica) de la educación que las mujeres podían impartir. La educación de los niños también tropezaba con el problema de que «cuanto más ganan, menos aprenden», un problema vital para los hogares cercanos al umbral de subsistencia que se veían obligados a recurrir al trabajo infantil para poder sobrevivir. Gran parte del sector más inculto de la clase obrera se mostró hostil frente a la educación obligatoria y al sistema de aprendices por esa simple razón. Entre los artesanos existía una actitud diferente, dado que ellos veneraban el sistema de aprendices y lamentaban su degeneración. De ellos procedieron las voces más airadas que reclamaban una educación libre, obligatoria y orientada profesionalmente, y estaban dispuestos a ocuparse de ello. En París no faltaban librepensadores disidentes y estudiantes inquietos, como los blanquistas, que ofrecían educación por razones políticas o más a menudo a cambio de pequeñas sumas de dinero. Varlin, por ejemplo, se instruyó por su cuenta y aprendió los principios de la economía moral y política de un profesor particular[15]. Los miembros más espabilados de la burguesía, como Poulot, se daban cuenta de que esa tendencia encerraba una seria amenaza: los artesanos autodidactas, con su libre pensamiento, su espíritu crítico (su «sublimación»), podían conducir a la masa de trabajadores incultos a una revuelta política. Pero no eran solamente ellos; los estudiantes librepensadores, que formaban el corazón del movimiento revolucionario blanquista y que se unían a la Internacional o a la prensa radical popular, adoptaron papeles igualmente radicalizados, como lo demuestra palmariamente el hecho de que más de un trabajador sin educación se viera empujado a participar en numerosos de actos públicos a partir de 1868. Y, después de todo, era precisamente en el páramo cultural de la periferia donde la anarquista Louise Michel empezaba su extraordinaria y turbulenta carrera como maestra. Desde este punto de vista, la burguesía tenía que recoger la cosecha de su propio fracaso en el campo de la reforma y de la inversión educativa: una lección que se le quedaría grabada después de la Comuna, cuando la educación se convirtió en la piedra angular de su esfuerzo para estabilizar la Tercer República.

[15] M. Foulon, *Eugène Varlin,* cit., pp. 20-26; A. Dalotel, A. Faure y J. C. Freirmuth, *Aux origines de la Commune: Le Movement des Réunions Publiques à Paris, 1868-1870,* París, 1980; L. Michel, *The memoirs of Louise Michel, the Red Virgin* [1886], University of Alabama, 1981.

La vigilancia de la familia

Lo que sucedía en el corazón de la familia, legalmente constituida o no, queda en su mayor parte envuelto en el misterio. Igualmente, se puede discutir hasta qué punto las relaciones familiares eran efectivas para integrar a los inmigrantes en la vida y cultura de París, y para proporcionar alguna clase de apoyo social. Las biografías y autobiografías ocasionales (como las de Nadaud, Varlin, Louise Michel y Edouard Moreau) señalan la enorme importancia de la familia (o de la unión libre) y del parentesco dentro de las redes sociales de la vida en París. No sólo para gente políticamente activa, sino también para artesanos, profesionales pequeños burgueses o pequeños comerciantes, cuya situación social, como hemos visto, era completamente diferente de la masa de inmigrantes sin educación. Muchos de estos últimos encontraban sus consortes en su provincia de origen, y presumiblemente importaron a la ciudad tantos sistemas familiares y tantas relaciones de parentesco como las que existían en la Francia rural[16]. Para la primera generación de estos emigrantes, el crisol parisino probablemente tenía poco significado y, formando colonias específicas de Bretaña, Creuse, Auvergne o Alsacia, podían incluso mantener sus culturas provinciales dentro del marco general de la vida de la ciudad. Sin embargo, hay muchos indicios que muestran que se disolvieron demasiado rápidamente en la alienación y en la anomia de una cultura urbana a

[16] G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit.; F. Le Play, *Ouvriers de deux mondes,* cit.

Ilustración 70. La mayor parte de las representaciones que Daumier realiza de la familia son cualquier cosa menos idílicas, como se puede ver en este desastroso episodio. Tiene un marcado contraste con la idealizada serenidad que frecuentemente caracteriza a las mujeres impresionistas de la época, como Cassatt y Morisot.

gran escala. Los cuerpos sin reclamar de los hospitales, el elevado índice de niños detenidos por vagabundos, los orfanatos y el abandono, todo señalaba hacia el desmoronamiento de los sistemas tradicionales de seguridad establecidos sobre la organización familiar y el parentesco, lo cual era producto de la inseguridad del empleo, de las lamentables condiciones de vida y de todas las demás patologías y tentaciones (la bebida o la prostitución) de la vida en París.

Dentro de los sistemas familiares y de parentesco que sobrevivieron, parece que las mujeres mayores adquirieron un cierto prestigio, basado en su capacidad como madres, enfermeras y educadoras, como administradoras de la reproducción de la fuerza de trabajo dentro del hogar. Éste era un papel que muchos hombres valoraban claramente, que los reformistas burgueses alentaban como el pilar de la estabilidad social, y que la Iglesia buscaba colonizar mediante la educación de las niñas como proveedoras de los valores religiosos y morales. Semejante papel era doblemente importante; uno de los valores clave que se suponía que las mujeres debían inculcar era el respeto por la autoridad del padre dentro de la casa, y de la Iglesia y del Estado fuera de ella. Que semejante ideología era hegemónica viene sugerido por el hecho de que lo más lejos a lo que llegaron las feministas más radicales fue a pedir el mutuo respeto dentro de la unión libre. Porque, como hemos visto anteriormente, era prácticamente imposible para una mujer sobrevivir económica y socialmente, al margen de una relación con un hombre.

Incluso aunque las mujeres pudieran controlar el cierre del monedero, demasiadas veces había demasiado poco dentro del mismo para una adecuada reproducción de la fuerza de trabajo. La temporada muerta producía terribles tensiones sobre los ingresos, y las fechas de pago de los alquileres, habitualmente con un adelanto de entre tres y seis meses, creaban las mismas tensiones sobre los gastos. Resultaba difícil que las familias permanecieran unidas juntas con semejantes condiciones materiales sin alguna otra forma de apoyo. Aumentó el número de los que tenían ahorros en las *caisses d'epargne* (establecidas en 1818 y consolidadas en 1837 para promover el ahorro de los trabajadores), pero el depósito medio cayó alrededor de los 250 francos más o menos en 1870, suficientes para un apuro pero poco más. El otro recurso, mandar fuera a los niños con los parientes, probablemente tenía las mismas limitaciones en la medida en que la mayoría de los parientes se encontraban en la misma situación financiera[17]. Donde el sistema de parentesco era probablemente más eficaz era en encontrar ocasiones de empleo para los que lo necesitaban. Al margen de esto, la familia se veía obligada a buscar la ayuda estatal o la caridad.

París había sido tradicionalmente la capital de la asistencia social en Francia, con una tradición de caridad religiosa y estatal que se consideraba un derecho que todos los indigentes podían reclamar. Durante la Segunda República, esta tradición había sufrido el ataque de republicanos conservadores siendo desmantelada con firmeza por Haussmann, cuyas posiciones neomalthusianas en este tema ya hemos señalado anteriormente. Se trataba de reducir la carga presupuestaria y obligar a que la asistencia entrara en el marco de las responsabilidades familiares: una estrategia que (entonces como ahora) hubiera tenido más sentido si las familias tuvieran los recursos financieros para afrontar la carga. Pero tal y como estaban la cosas, por un lado los hospitales y la atención médica no podía reemplazarse tan fácilmente y, por otro, el problema de la pobreza era tal que mantener la ayuda a los indigentes era una partida muy importante del presupuesto de la ciudad.

La estrategia de Haussmann de descentralización y delegación de las responsabilidades de provisión de asistencia simplemente acompañó a la rápida suburbanización de la familia y de la pobreza infantil. Frente a eso, la única estrategia que quedaba era buscar la formación de sociedades mutualistas y de otras formas de ayuda mutua dentro de la clase trabajadora. El gobierno dio algunos pasos para fomentar semejantes organizaciones, pero temía que se pudieran convertir en centros secretos de movilización política, lo que, por otra parte, sucedió realmente. Su considerable crecimiento y el intento de vigilancia y control por el gobierno es un capí-

[17] F. Fay-Sallois, *Les nourrices à Paris au XIXème siècle,* cit.; Jacques Donzelot, *La police des familles,* Paris, 1977.

tulo interesante de la lucha por los derechos políticos y por la seguridad económica. Para las mujeres resultó difícil entrar en semejantes sociedades y no podían acceder de manera independiente a sus beneficios, una limitación que socavaba, en parte, el objetivo fundamental de ayudar a la familia. Pero la insistencia del gobierno en mantenerlas bajo una estricta vigilancia y control, limitó de manera importante su desarrollo. Aquí, como en el sistema de vigilancia que acompañaba a la asistencia a los indigentes, el Estado autoritario estaba bajando crudamente por un camino que iba hacia la función de vigilancia de la familia, un camino que iba a ser recorrido con mucha más sofisticación por las siguientes generaciones de reformadores burgueses.

XII Consumismo, espectáculo y ocio

Las relaciones que conectan el trabajo de un individuo con el del resto aparecen, no como relaciones sociales directas entre individuos en el trabajo, sino como lo que realmente son: relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas.

Marx

Al principio, el espectáculo del Imperio tenía un carácter puramente político centrado en el populismo de la leyenda napoleónica y la representación del poder imperial. El proyecto para que París asumiera el manto de la Roma imperial y se convirtiera en la cabeza y corazón de la civilización europea era parte del encargo que había recibido Haussmann. Las ceremonias de la corte, los matrimonios imperiales, los entierros, las visitas de dignatarios extranjeros, los desfiles militares (preferiblemente encabezados por el emperador a caballo, después de alguna empresa victoriosa como la vuelta de Italia en 1859), todo ello proporcionaba ocasiones para movilizar un espectáculo de apoyo al poder imperial. El traslado de Haussmann a París vino, en parte, del éxito que tuvo su espectacular orquestación de la entrada de Luis Napoleón en Burdeos en otoño de 1852, poco antes de que proclamara el Imperio. Haussmann era un maestro organizando ceremonias de este tipo, y transformó el Hotel de Ville en un espectáculo permanente con bailes y galas en todas las ocasiones. La apertura de los bulevares de Sebastopol (1858), Malesherbes (1861) y Prince Eugéne (1862), y las inauguraciones de monumentos (la fuente de Saint Michel en 1860), fueron acontecimientos cuidadosamente organizados y engalanados. Todos ellos se convirtieron en espectaculares celebraciones en las que un público entregado podía aplaudir la magnificencia, la elegancia y el poder del Imperio. El apoyo popular hacia el emperador también se movilizaba con galas, fiestas y bailes;

incluso las mujeres de Les Halles, conocidas por sus ideas republicanas, organizaron un gran baile público para celebrar el advenimiento del Imperio en 1852. El 15 de agosto fue declarado día de la *fête imperial*.

El carácter permanente de los monumentos que acompañaron a la reconstrucción del tejido urbano y el diseño de espacios y perspectivas para centrarlos en símbolos significativos del poder imperial, servían para respaldar la legitimidad del nuevo régimen. El drama de las obras públicas y la exuberancia de la nueva arquitectura enfatizaban la intencionalidad y el carácter festivo de la atmósfera con la que el régimen imperial quería envolverse. Las Exposiciones Universales de 1855 y 1867 contribuyeron a la gloria del Imperio. Sin embargo, como señala David Van Zanten, a partir de 1862 hubo un rápido descenso de la teatralidad, a medida que, gradualmente, el poder imperial cedía su papel como fuerza conductora de la reconstrucción de París al poder del capital y del comercio. A partir de entonces, Haussmann fue perdiendo paulatinamente el dominio del proceso urbano. En medio de la Exposición Universal de 1867 y en vísperas de la *fête imperial* del 15 de agosto, el arquitecto Charles Garnier tuvo que organizar el descubrimiento de la recién terminada fachada del nuevo edificio de la ópera, sin ninguna ayuda o participación pública[1].

Ilustración 71. Ya en 1849, Daumier recogía la idea de que el espectáculo podía ser bueno para las clases populares después de una jornada dura de trabajo.

El espectáculo, incluso el de la propia ciudad, ha sido siempre fundamental en la vida urbana y sus aspectos políticos han jugado durante mucho tiempo un papel importante en la elaboración de la legitimidad y en el control social. Durante la Monarquía de Julio no hubo falta de espectáculo, pero gran parte de él escapaba al control social de la autoridad. Las excursiones de los domingos llevaban a los trabajadores fuera de los límites de la ciudad, a los bares y salones de baile de lugares como Belleville, y finalizaban con un desvergonzado y desenfrenado regreso por la tarde al centro de la ciudad. Existía el temor de que espectáculos de este tipo pudieran desembocar fácilmente en la revuelta y la revolución. En la década de 1840 esto era especialmente cierto durante el Carnaval, la semana anterior a Cuaresma, caracterizada como «la última exuberante juerga de un teatro de excesos preindustrial, que iba en contra de las ideologías nacientes en la metrópolis urbana». «La mezcla promiscua y los cambios de papeles», el travestismo y la pérdida temporal de las distinciones de clase, eran una amenaza para el orden social. El Carnaval «se burlaba con demasiada grosería de las cuidadosas tonalidades existentes entre el espectáculo y la amenaza urbana, que se apoderaba de toda la ciudad. Al hacer más explícitos y más explícitamente falsos los gestos, miradas y apariencias; al mezclarlas desordenadamente, como si el brebaje no tuviera ningún veneno, mostraba el vacío que se encontraba detrás del Boulevard des Italiens o del Chausée d'Antin». Las autoridades y aquellos burgueses que no se veían atrapados por el frenesí, estaban atemorizados y horrorizados[2]. La carnavalesca y macabra manera en que los cuerpos de los que habían caído bajo los disparos en el Boulevard des Capucines, aquella tarde de febrero de 1848, habían desfilado por la ciudad como una incitación a la revolución, procedía de estas tradiciones. Los espectáculos socialmente controlados del Segundo Imperio buscaban reemplazar esas tradiciones, con el propósito de transformar a personajes activos en espectadores pasivos. El Carnaval de

---

[1] D. van Zanten, *Building Paris. Architectural Institutions and the Transformation of the French Capital, 1830-1870,* Cambridge, 1994, p. 211. Matthew Truesdell, *Spectacular Politics. Louis-Napoléon Bonaparte and the Fête Impériale, 1849-70,* Oxford, 1977; Truesdell dedica todo un libro al tema del espectáculo. Richard Sennett, *The Fall of Public Man. The Social Psychology of Capitalism,* Nueva York, 1978; la obra de Sennett es, con mucho, la más interesante porque acompaña un entendimiento de la teatralidad y del espectáculo dentro de un marco más amplio de la evolución de la ciudad capitalista en aquellos años. T. J. Clark, *The Painting of Modern Life: Paris in the Art of Manet and His Followers,* cit. Clark utiliza las conexiones entre mercantilización y espectáculo para captar hasta la sensibilidad desplegada por el movimiento impresionista de la década de 1860.

[2] N. Green, *The Spectacle of Nature. Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-Century France,* Manchester, 1990, pp. 77-80; J. Rancière, «Good Times or Pleasure at the Barriers», cit.

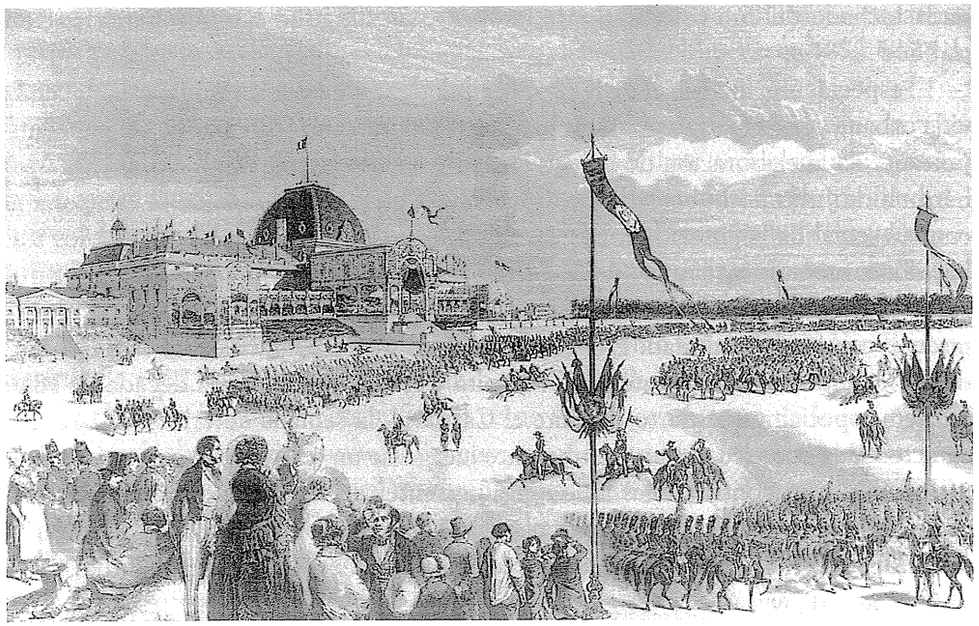


Ilustración 72. Los desfiles militares desempeñaron un papel fundamental en la construcción del espectáculo imperial. Éste, en mayo de 1852, precedió a la proclamación formal del Imperio.

Belleville entró en decadencia durante el Segundo Imperio por una mezcla de marginación, represión activa y cambios administrativos como los que trajeron su incorporación a la ciudad en la anexión de 1860. La problemática imagen del «descenso de Belleville» permaneció de cualquier forma, y cuando finalmente resucitó a finales de la década de 1860, fue con la clara intención de terminar con el Imperio y hacer la revolución.

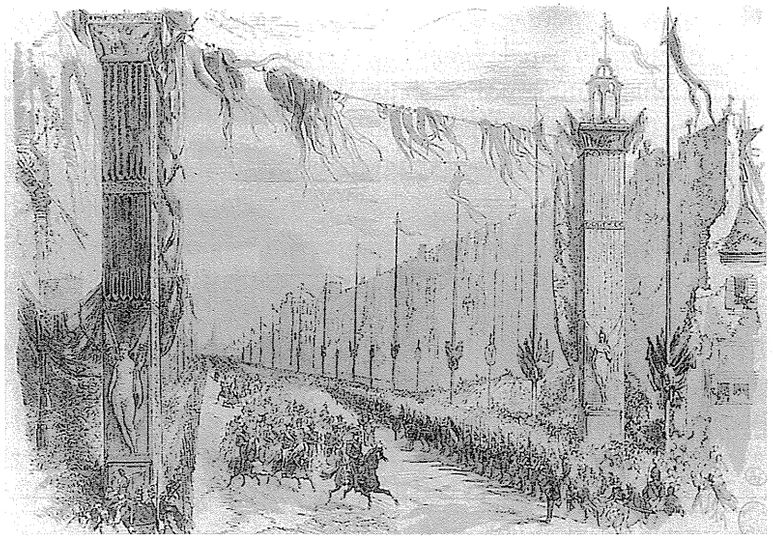
Pero el espectáculo del Segundo Imperio iba mucho más allá de la pompa imperial. Para empezar, buscaba directamente celebrar el nacimiento de lo moderno, como se podía comprobar con las Exposiciones Universales. Como señala Benjamin, eran «lugares de peregrinación para el fetichismo de la mercancía», ocasiones en las que «la fantasmagoría de la cultura capitalista alcanzaba su despliegue más radiante»[3]. Pero también eran celebraciones de tecnologías modernas. En muchos aspectos, el espectáculo imperial encajaba nítidamente con la mercantilización y el mayor poder de la circulación del capital sobre la vida diaria. Los nuevos bulevares, además de generar empleo, facilitaban la circulación de mercancías, dinero y de gente. Las Exposiciones atrajeron a multitudes procedentes de provincias y del extranjero, estimulando el consumo. Y todos esos espectáculos requerían técnicas, trabajo, mercancías, y dinero. El estímulo para la economía fue, por lo tanto, considerable.

[3] W. Benjamin, *Charles Baudelaire. A Lyric Poet in the Era of High Capitalism,* Londres, 1973, pp. 165-167.

Haussmann trabajó simultáneamente a todos estos niveles. Los nuevos bulevares crearon sus propias formas de espectáculo, con el ajetreo y el bullicio de carros y transportes públicos moviéndose sobre nuevas superficies pavimentadas, que, para algunos radicales, estaban hechas así para evitar que con los adoquines se pudieran levantar barricadas. La llegada de los nuevos almacenes y cafés, que se derramaban por las aceras de los nuevos bulevares, hicieron más porosa la frontera entre el espacio público y el privado. La proliferación de cabarés, circos, salas de conciertos, teatros y lugares de representación de operetas populares produjo un frenesí de entretenimiento popular. La frivolidad cultural del Segundo Imperio estaba fuertemente asociada a las populares parodias que, en forma de operetas, hacía Offenbach de la ópera italiana. La transformación de parques como el Bois de Boulogne, Monceau e incluso de plazas como la del Temple en espacios sociales y recreativos, igualmente ayudó a acentuar una forma extrovertida de urbanización que realzaba la exhibición pública de la opulencia privada. La sociabilidad de las masas lanzadas a los bulevares estaba ahora tan controlada por los imperativos del comercio como por el poder de la policía.

El creciente poder de la mercancía misma como espectáculo no se manifestaba en ningún sitio mejor que en los nuevos grandes almacenes. El Bon Marché, abierto en 1852, fue el pionero, seguido a continuación por el Louvre, abierto en 1855 pero del que ya se habían hecho proyectos en la década de 1840. Estos almacenes, caracterizados por una oferta tan elevada, necesitaban una amplia clientela que provenía de todos los rincones de la ciudad y que encontraba facilitado su movimiento por los nuevos bulevares. Los escaparates estaban organizados como señuelos para pararse y mirar. Las mercancías visiblemente apiladas dentro de estos lugares se convirtieron en un espectáculo por derecho propio y las puertas abiertas a la calle animaban a que el público entrara sin tener la obligación de comprar nada. Un ejército de empleados y vendedores, especialmente jóvenes atractivos de ambos sexos, vigilaban en el interior el comportamiento de la gente al mismo tiempo que trataban de satisfacer los deseos de los consumidores. En todo esto, la sexualidad se hallaba implicada de modo patente. Las mujeres, por lo tanto, adquirieron un papel más importante, tanto como compradoras como vendedoras. Mouret, el personaje de la novela de Zola, *La dicha de las damas*, propietario de unos grandes almacenes como Bon Marché, explica «las técnicas de los negocios modernos» a un barón (obviamente inspirado en Haussmann), señalando que es de vital importancia

> la explotación de la mujer. Todo conducía hacia ello, la incesante renovación de las existencias, el sistema de apilamiento de los productos, los bajos precios que atraían a la gente,



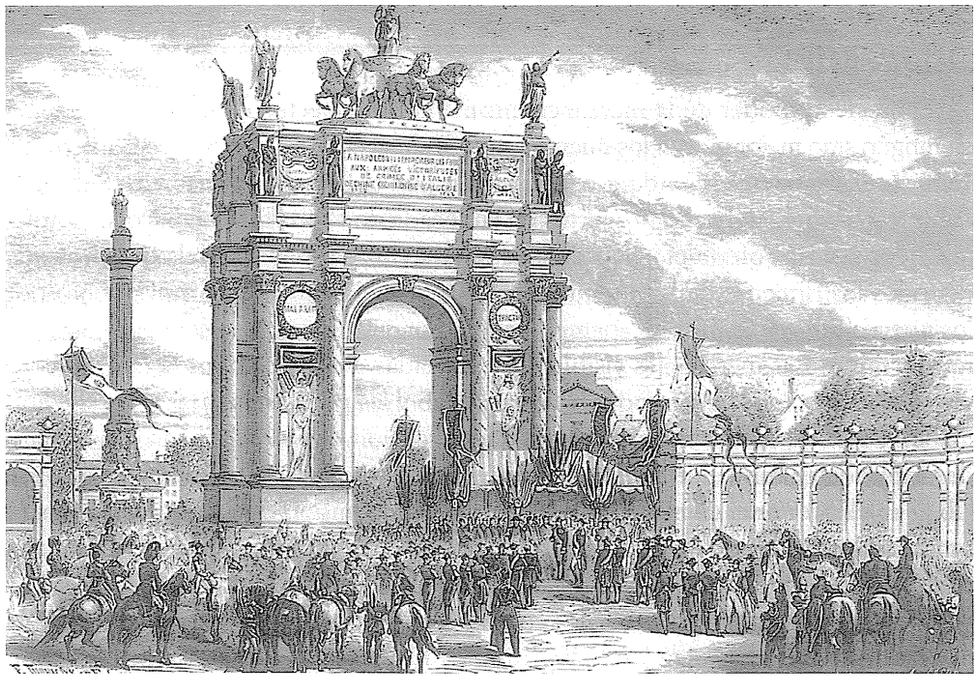


Ilustración 73. La apertura de los bulevares, recogida en estos grabados, arriba el de Sebastopol en 1858, de autor desconocido, y abajo el de Prince Eugene en 1862, realizado por Thorigny y Lix, también eran una ocasión para las exhibiciones.

Ilustración 74. Las excursiones durante el día al Bois de Boulogne y por la noche a la Ópera eran un entretenimiento para todos aquellos que se lo podían permitir. Ambos grabados son obra de Guerrard.

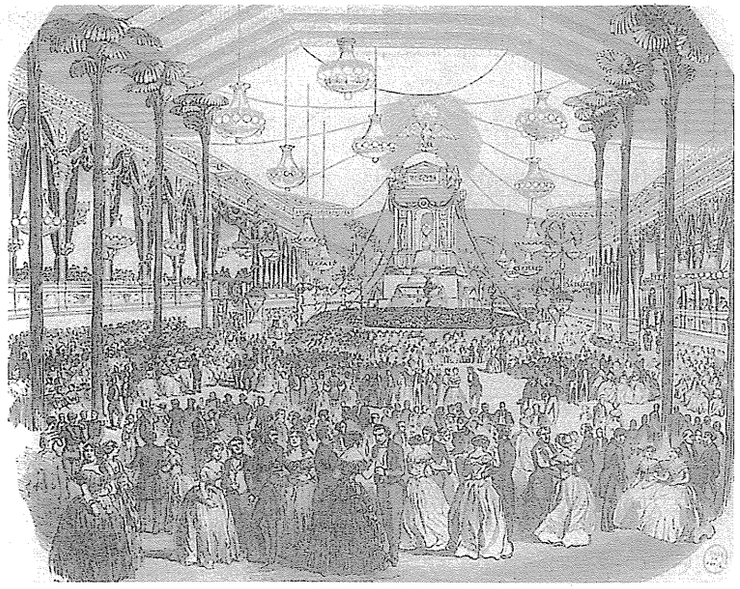


Ilustración 75. Las galas y los bailes se organizaban para celebrar acontecimientos a menudo concentrados alrededor del 15 de agosto. Incluso las mujeres de Les Halles y Les Marches, tradicionalmente republicanas, organizaron una fiesta en agosto de 1853 para celebrar la llegada del Imperio. Más tarde, los jardines de las Tullerías se convirtieron en el lugar de celebración de la fiesta del 15 de agosto y la exhibición de fuegos artificiales.

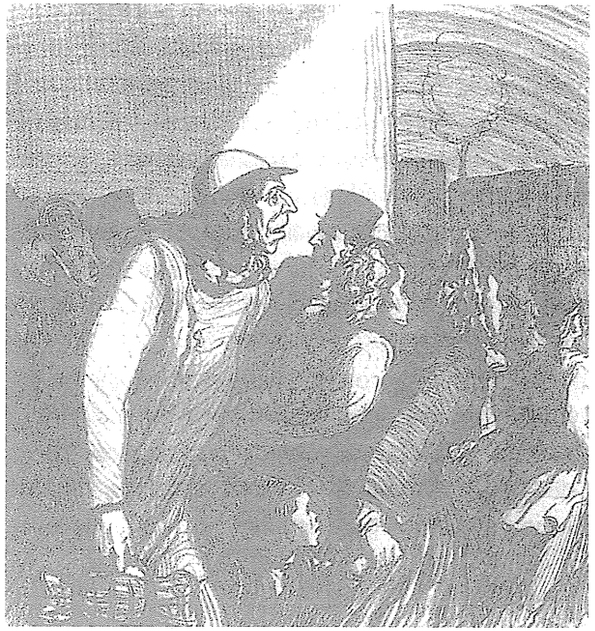


Ilustración 76. Los días de ocio en el campo se convirtieron en un rasgo de la vida en el Segundo Imperio; aquí Daumier señala la lucha por llegar hasta allí en trenes masificados. Hay un marcado contraste con la tranquilidad de las escenas habitualmente representadas por los pintores impresionistas.

los precios marcados que los confirmaban. Era la mujer por quien competían con tanta ferocidad las tiendas, era a la mujer a quien estaban continuamente tendiendo trampas con sus gangas después de deslumbrarlas con sus exhibiciones. Habían despertado un nuevo deseo en su débil carne, eran una inmensa tentación a la que ellas inevitablemente se rendían, sucumbiendo en primer lugar a comprar cosas para la casa, después cayendo seducidas por la coquetería y finalmente consumiendo por puro deseo. Multiplicando las ventas por diez, volviendo el lujo democrático, las tiendas se estaban convirtiendo en una terrible fuente de gastos, saqueando los hogares, trabajando codo con codo con las últimas extravagancias de la moda, volviéndose cada vez más caros [...] «Atrapad a las mujeres», le dijo al barón riéndose desvergonzadamente mientras hablaba, «y podréis vender el mundo»[4].

El arte de de la persuasión empezó con los escaparates, que crearon una nueva profesión y empleos bien remunerados. A Mouret se le describe como «el mejor vestidor de escaparates de París, un escaparatista revolucionario que había fundado la escuela de lo brutal y gigantesco en el arte del escaparate».

El papel de los bulevares como centros de exhibición pública, que ya había quedado establecido bajo la Monarquía de Julio, fue reafirmado y llevado mucho más

[4] É. Zola, *The Ladies Paradise* [1883], Oxford, 1995, pp. 76-77; H. Vanier, *La mode et ses metiers*, París, 1960.

lejos. Su teatralidad se unía con el mundo que actuaba en el del interior de teatros, cafés y de otros lugares de entretenimiento que surgieron a lo largo de ellos, creando espacios para la exhibición de la riqueza burguesa, del consumo ostentoso y de la moda femenina. Se convirtieron en espacios públicos donde el fetichismo de las mercancías reinaba de manera absoluta. Las nuevas comunicaciones ferroviarias también facilitaron el auge de nuevas formas de ocio. Llegaron muchos más turistas y visitantes, y las excursiones de fin de semana a la costa o al campo se volvieron extremadamente populares. Para los pintores impresionistas se volvieron un tema favorito, aunque Daumier ponía más énfasis sobre el trauma de llegar allí en los masificados «trenes del placer».

La relación simbótica entre espacios públicos y comerciales y su apropiación privada por medio del consumo se volvió decisiva. El espectáculo de las mercancías vino a dominar la división entre la esfera pública y la privada y, de manera eficaz, unificó ambas. Y aunque el papel de la mujer burguesa se veía de alguna forma realzado por esta progresión desde las tiendas de los pasajes a los grandes almacenes,

Ilustración 77. El dibujante Cham señalaba las consecuencias de reemplazar los adoquines de las calles por pavimentos de macadán. La mujer deja cuidadosamente a un lado de la calle los adoquines retirados «por si hacen falta para levantar barricadas».

todavía se las podía explotar mucho, ahora como consumidoras más que como administradoras del hogar. Para ellas se convirtió en una necesidad pasear por los bulevares, ver los escaparates, comprar y mostrar sus adquisiciones en el espacio público en vez de ponerlas a buen recaudo en casa o en el tocador. Con la llegada de los descomunales vestidos de crinolina, ellas mismas se volvieron parte de un espectáculo que se alimentaba a sí mismo y definía los espacios públicos como lugares de exhibición de las mercancías y del comercio, todo ello recubierto por un aura de deseo e intercambio sexual. Esto, evidentemente, estaba en profunda contradicción con el culto a la domesticidad burguesa, que buscaba confinar a la mujer en la casa. Para Richard Sennett, la otra consecuencia fue la despolitización:

> El orden capitalista tenía el poder de sumergir las apariencias en una problemática permanente, en un estado de «mistificación» permanente [...]. En «público», uno observaba, uno se expresaba en términos de lo que uno quería comprar, pensar o aprobar, no como resultado de una interacción continua, sino después de un periodo de pasivi-

Ilustración 78. La moda de las crinolinas ofreció a Daumier muchas oportunidades para comentarios. humorísticos.

dad, silencio y atención concentrada. En contraste, «privado» significaba un mundo donde uno podía expresarse directamente según entraba en contacto con otra persona; privado significaba un mundo donde reinaba la interacción, pero debía permanecer en secreto[5].

Sin embargo, en muchos aspectos, el mundo privado reflejaba el público incluso cuando lo invertía. Baudelaire, por ejemplo, reconocía por completo el poder del espectáculo sobre los estados interiores del pensamiento. «En determinados estados interiores casi extremos, la profundidad de la vida se muestra revelada casi por completo por el espectáculo, por muy ordinario que sea, que tenemos delante de los ojos y que se convierte en el símbolo de ella»[6].

¿Quiénes eran todos estos consumidores? El aumento de la mecanización (la máquina de coser por ejemplo), el descenso de los precios de las materias primas, la mejora de la eficacia en la producción y el consumo y una mayor explotación de la fuerza de trabajo, abarataron muchas mercancías, el vestido en especial. La base de consumidores de ciertos productos se amplió a las clases medias e incluso a los trabajadores mejor pagados o solteros. Las antiguas segregaciones continuaron, Tortoni y el Boulevard des Italiens todavía acaparaban a la alta burguesía y el Boulevard du Temple a las ansiosas clases medias, pero el consumo de masas, respaldado por la democracia del dinero, se multiplicó por todas partes al mismo tiempo que confundía algunos espacios (por ejemplo, los Campos Elíseos). La mezcla que se produjo en los espacios exteriores, en bulevares y jardines públicos (como las Tullerías) era difícil de controlar, a pesar de la evolución dentro de la ciudad de una ecología residencial más segregada. El control de los espacios públicos se volvió difícil. La frontera entre mujeres respetables y mujeres de vida fácil exigía una vigilancia más estricta y la política de la vida de la calle (los músicos itinerantes, repartidores de panfletos) era un centro de considerable actividad para la policía. De aquí surgió un cierto sentido de inseguridad y vulnerabilidad, de ansiedad burguesa e incluso de anomia que se escondía detrás de la turbulenta máscara del espectáculo y de la mercantilización en los espacios públicos.

Se puede ver cómo se expresa esta ansiedad en el poema en prosa de Baudelaire, *Los ojos de los pobres*[7]. Empieza preguntando a su amante si entiende por qué la odia tan repentinamente. Durante todo el día han estado compartiendo pensamientos y sentimientos en la más absoluta intimidad, casi como si fueran una sola persona. Y después, esa noche,

[5] R. Sennett, *The Fall of Public Man. The Social Psychology of Capitalism*, cit., pp. 145-148.
[6] Citado en Gaston Bachelard, *The Poetics of Space*, Boston, 1964, p. 192.
[7] Ch. Baudelaire, *Paris Spleen*, cit., pp. 52-53.

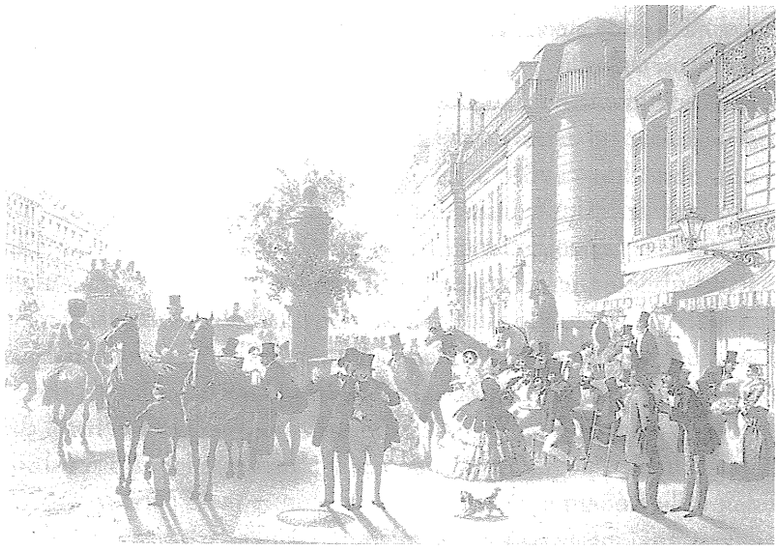


Ilustración 79. La vida en los bulevares, alrededor de los nuevos hoteles (autor anónimo) y alrededor del famoso café Tortoni (Guerrard), se convirtió en parte del urbanismo consumista que se desarrolló durante el Segundo Imperio.

querías sentarte en un nuevo café que formaba la esquina de un nuevo bulevar, todavía lleno de basura pero que ya exhibía orgulloso sus esplendores inacabados. El café era deslumbrante. Incluso el gas alumbraba con todo el ardor de un estreno e iluminaba con toda su fuerza la cegadora blancura de la pared, la superficie de los espejos, las cornisas doradas y las molduras [...] ninfas y diosas llevaban en sus cabezas montones de frutas, patés y piezas de caza [...] toda la historia y toda la mitología complaciendo a la glotonería.

Pero entonces en la calle ven a un hombre canoso de unos cuarenta años con dos niños vestidos con harapos, que se quedan mirando al café admirando su belleza. Los ojos del padre dicen: «Todo el oro de los pobres ha debido encontrar su camino hasta estas paredes» y los ojos del niño pequeño dicen «pero es una casa donde la gente como nosotros no puede entrar». El niño permanece mirando, atemorizado. Baudelaire dice:

Los compositores de canciones dicen que el placer ennoblece el alma y suaviza el corazón. En lo que a mi respecta, la canción era cierta aquella noche. No solamente me sentía tocado por esa familia de ojos, sino que incluso me encontraba un poco avergonzado de nuestros vasos y jarras, demasiado grandes para nuestra sed. Volví mis ojos para mirar a los tuyos, mi querido amor, para leer mis pensamientos en ellos y, según sumergía mis ojos en los tuyos, tan bellos y curiosamente suaves, en esos ojos verdes, hogar del Capricho y gobernados por la Luna, dijiste: «Esas gentes son insufribles, con esos ojos como platos. ¿Puedes decir al dueño que los eche?».

El poeta concluye «así puedes ver lo difícil que es entenderse, mi querido ángel, cuan inexpresable es el pensamiento, incluso entre dos personas enamoradas».

El espacio público que crean los nuevos bulevares proporciona el escenario, pero sus características las adquiere con las actividades comerciales y privadas que lo iluminan y se derraman sobre él. La frontera entre los espacios públicos y privados se describe como porosa. El poema señala la ambigüedad de la propiedad, de la estética, de las relaciones sociales y una cierta disputa sobre el control del espacio público. La amante del poeta quiere que alguien reafirme la propiedad sobre el espacio público. El café tampoco es exactamente un espacio privado: un público selecto puede entrar al mismo por razones comerciales y de consumo. La familia pobre lo ve como un espacio de exclusión, interiorizando el oro que se ha obtenido de ellos mismos. No pueden ignorarlo y se ven obligados a afrontarlo de la misma manera que los que están en el café tampoco pueden ignorarles a ellos. El poeta les ve como parte del espectáculo de la modernidad, una muestra de esas «miles de vidas sin raíces» que forman París. Él aprecia las diferencias y las mezclas. Ella quiere expulsar a los pobres, de la misma manera que Cavaignac limpiaba los bulevares de revolucionarios en junio de 1848. Ella busca la seguridad y la exclusión a través de la segregación.

El espectáculo, insiste Timothy J. Clark, «nunca es una imagen bien establecida sobre un lugar, es siempre una explicación del mundo en competición con otras, que encuentra la resistencia de diferentes y, algunas veces, tenaces formas de práctica social»[8]. Clark mantiene que la haussmannización fracasó a la hora de «articular una explicación de la anomia con la explicación de la división social, fracasó a la hora de cartografiar una forma de control respecto a la otra». Este fracaso es el que se destaca en *Los ojos de los pobres*. El control social de la mercantilización y del espectáculo («toda la historia y toda la mitología complaciendo a la glotonería») se enfrenta a los claros signos de explotación de los pobres para suscitar o bien ira («que los eche») o bien culpa («estaba un poco avergonzado de nuestros vasos y jarras, demasiado grandes para nuestra sed»). En medio del espectáculo, la sensación de ansiedad e inseguridad de los burgueses es palpable. Refleja el aumento de nuevas percepciones de las diferencias de clase, basadas en el consumo y las apariencias más que en las relaciones de producción. Las divisiones de clase se mostraban más que nunca; la máscara era más significativa que la realidad porque la vida diaria reproducía las fachadas exhibidas en el baile de disfraces o durante el Carnaval. Como escribió Goncourt, «las caras quedan eclipsadas por los vestidos, los sentimientos por los paisajes»[9].

Cómo se interpretaba todo esto en términos de identificaciones políticas dentro de la burguesía es una cuestión de conjeturas, pero las líneas generales las muestra Sennett, cuando señala que la presentación en la esfera pública de uno mismo se sustituyó por la representación y que la presentación de uno mismo estaba cada vez más reducida a una cuestión de mercantilización y espectáculo. Como resultado, la esfera pública se volvió cada vez más desconcertante. En el espectáculo, poca gente tiene un papel activo. Mientras que la persona pública era un participante porque los individuos se convirtieron en portadores del espectáculo (aunque solamente fuera como los maniquíes del escaparate), era pasiva porque lo que importaba era las mercancías que llevaba más que lo que se pudiera significar política o socialmente. Por esa misma razón, la retirada de una parte de la burguesía hacia la vida familiar quedó más acentuada, porque era allí y solamente allí donde la intimidad, la confianza y la autenticidad parecían ser posibles. Pero el precio era un secreto extremo, la soledad y un miedo constante a la exposición; por no hablar de las violentas pre-

[8] T. J. Clark, *The Painting of Modern Life: Paris in the Art of Manet and His Followers,* cit., p. 36.

[9] E. Goncourt, *Pages from the Goncourt Journal,* Londres, 1962, p. 53; R. Sennett, *The Fall of Public Man. The Social Psychology of Capitalism,* cit.

siones sobre la mujer para que se adaptara a estos nuevos requerimientos, mientras se eludía la contradicción entre su papel como portadora de valores mercantiles y su papel de guardiana de todo lo que había quedado de intimidad y cariño dentro del hogar burgués.

La masa de trabajadores, condenados en su mayoría a vivir con unos sueldos miserables y hacer frente a condiciones del empleo notoriamente inestables, tenía que vivir y consumir en algún otro lugar. Una población inmigrante predominantemente masculina buscó su sustento en los innumerables pequeños establecimientos de comidas y bebidas y sus placeres en los cafés, salones de baile, cabarés y establecimientos de bebidas. Los cafés de las clases trabajadoras sufrieron muchas regulaciones y controles durante el Segundo Imperio, se transformaron en lo que Balzac llamó «el parlamento de la gente», un lugar donde «todos los notables del barrio se reunían» y su inexorable aumento, desde 4.000 en 1851 a 42.000 en 1855, garantizaba su creciente importancia dentro la vida política y social. «El café puede haberse convertido en el espacio más estable y accesible en la existencia de muchos trabajadores». Las mujeres y las familias no quedaban excluidas de ninguna manera, en ellos se celebraron muchos matrimonios en los que los propietarios actuaban como testigos. El café o la taberna tuvieron un papel institucional, político y social en la vida de la clase trabajadora. Los trabajadores «que frecuentemente cambiaban de alojamiento, a menudo permanecían en el mismo vecindario y continuaban siendo clientes del mismo café». En resumen, el café o la taberna se convirtieron en centros en los que la solidaridad de clase se forjaba sobre la base del vecindario[10]. Para las mujeres trabajadoras las lavanderías que proliferaron a partir de 1850 también se convirtieron en centros propios de interacción social, de intimidad y solidaridad, de cotilleo y de conflictos ocasionales como los que describe tan gráficamente Zola en *La taberna*[11].

Los trabajadores varones más afortunados podían construirse una vida bien diferente. Concentrados en el centro, se apoyaban en pequeños establecimientos comerciales como centros sociales, de discusión política y de placer (a menudo en exceso, como se quejaban muchos comentaristas de la época, Poulot entre ellos). Los deslustrados espacios comerciales y privados de estas áreas arrojaban sombras sobre el espacio público, mientras que la agitada turbulencia de la vida del proletariado en la calle no hacía mucho para tranquilizar a una burguesía temerosa por la seguridad de su mundo; semejantes espacios había que temerlos y la mayor parte de los burgueses categóricamente los evitaban. Las autoridades del Segundo Imperio intentaron regularlos, pero eso sólo era posible hasta cierto punto, y la escasez de vi-

[10] W. Haine, *The World of the Paris Café,* Baltimore, 1966, pp. 37, 162-163.
[11] Jean Pierre Goubert, *The Conquest of Water,* Oxford, 1986, pp. 74-76.

vienda y las condiciones de agrupamiento, aseguraban que la calle y el café siempre estuvieran solicitados como centros de relaciones sociales en los barrios de la clase trabajadora.

El Segundo Imperio empezó concediendo una gran importancia al carácter imperial del espectáculo, pero a medida que pasaba el tiempo era cada vez más el espectáculo de las mercancías el que prevalecía. No todo el mundo apreciaba estos cambios. Ernest Renan, un erudito de cierto renombre, arremetía extensamente contra ellos y atacaba la debilidad de las mujeres frente a las sórdidas tentaciones mercantiles que las acosaban. Los hermanos Goncourt estaban igualmente horrorizados; en 1860 Edmond escribía en su diario:

> Nuestro París, el París donde nacimos, el París de las formas y conductas de 1830 y 1848, está desapareciendo. Y no está desapareciendo físicamente, sino moralmente. La vida social esta empezando a sufrir un gran cambio. En el café puedo ver mujeres, niños, maridos y esposas, familias enteras; el hogar está agonizando. La vida está amenazada con volverse pública. El club para las clases superiores, el café para las inferiores. A esto es a lo que está llegando la sociedad y la gente común. Todo ello me hace sentir como un viajero en mi tierra espiritual. Soy un extraño frente a lo que se avecina y lo que ya está aquí como, por ejemplo, esos nuevos bulevares que no tienen nada del mundo de Balzac, pero que le hacen pensar a uno en Londres o en alguna Babilonia del futuro[12].

Entonces, ¿cómo diferenciarse uno mismo en medio de esa incesante multitud de compradores que afrontan el creciente desfile de mercancías de los bulevares? El espléndido análisis de Benjamin sobre la fascinación de Baudelaire con el hombre en la multitud, con el *flâneur* y el dandy, arrastrados por la multitud, intoxicados por ella, pero sin embargo, de alguna manera al margen de ella, proporciona un interesante punto de referencia masculino[13]. La marea creciente de mercancías y de circulación del dinero no se puede contener. El anonimato de la multitud y del dinero puede ocultar toda clase de secretos personales, pero los encuentros casuales dentro de la multitud pueden ayudarnos a penetrar el fetichismo. Éstos eran los momentos que Baudelaire saboreaba, aunque no sin ansiedad. La prostituta, el trapero, el payaso empobrecido y caduco, un respetable anciano vestido con harapos, la hermosa y misteriosa mujer, todos se convierten en personajes fundamentales del drama urbano. El poeta se sobresalta con un encuentro en un parque público: «No se puede evitar quedar atrapado por el espectáculo de esta enfermiza población que

[12] H. Vanier, *La mode et ses metiers,* cit., pp. 178-180; E. Goncourt, *Pages from the Goncourt Journal,* cit., p. 53.
[13] W. Benjamin, *Charles Baudelaire. A Lyric Poet in the Era of High Capitalism,* cit.

traga polvo en las fábricas, respira en medio de partículas de algodón y deja que sus tejidos se impregnen de plomo, mercurio y todos los venenos necesarios para la producción de obras de arte»[14]. Abierto a los encuentros casuales, el poeta puede reconstruir, por lo menos para el varón burgués en busca de placer, las innumerables interrelaciones entre la mezcla de manos por las que pasa el dinero. La inseguridad era algo con lo que deleitarse, más que atemorizarse.

Pero dentro de la cultura de la gobernanza y la pacificación por medio del espectáculo se producían señales más inquietantes. Por ejemplo, cuando Luis Napoleón invitó a trabajadores de diferentes oficios a informarle colectivamente de sus impresiones sobre las nuevas y maravillosas tecnologías presentadas en la Exposición Universal de 1867, los trabajadores se mostraron poco impresionados por el espectáculo y se fijaron más en la degradación del trabajo y de los oficios, así como en la inferioridad del producto. De manera general, consideraban que era mejor formar asociaciones de trabajadores, (ese concepto mágico podía usarse de nuevo) complementadas por las nuevas tecnologías que mejoraran la eficacia y las condiciones de trabajo. Cuando alguien recordó al desafortunado Jean Baudin, el diputado socialista abatido en una de las pocas barricadas que se levantaron contra el golpe de Estado de 1851 el resultado fue una campaña para erigir un monumento mediante suscripción pública, que era parte de un movimiento más general para contrarrestar la monumentalidad imperial impuesta por Haussmann. Fue en este momento cuando se propuso, por primera vez, la idea de levantar en alguna parte una monumental estatua de la Libertad, un gesto político de implicaciones evidentes. Más problemas llegaron con la costumbre de convertir los funerales de cualquiera que hubiera tenido la más remota conexión con 1848 o con la resistencia de 1851 en espectaculares ocasiones para una ardiente retórica política junto a su tumba. Más tarde, cuando en 1869 el sobrino de Napoleón mató en una discusión a Victor Noir, un periodista republicano, el funeral fue seguido por unas 20.000 personas. Todo el orden simbólico se volvió del revés cuando el regreso del cementerio de Père Lachaise y el descenso desde Belleville se fundieron en un amenazante espectáculo que auguraba problemas para el régimen y presagiaba la revolución. La teatralidad y el espectáculo podían utilizarse por ambas partes y, a medida que el Imperio se debilitaba, el centro de gravedad del espectáculo cambió, no sólo hacia la mercantilización, sino también hacia la oposición política.

[14] *Ibid.*, p. 74.

XIII Comunidad y clase

La Comuna, por lo tanto, serviría de palanca para desarraigar los fundamentos económicos sobre los cuales descansa la existencia de las clases y, por lo tanto, del dominio de clase.

Marx

Los individuos desarrollaron lealtades más amplias que las debidas al individualismo del dinero y a la fidelidad a la familia y al parentesco. La clase y la comunidad definían dos configuraciones sociales más amplias. En los tiempos modernos hay una tendencia a considerar estas categorías mutuamente excluyentes, que originan formas antagónicas de conciencia y de acción política. Sin embargo, esto no sucedía en París, ni antes (véase el capítulo 2), ni durante el Segundo Imperio. Había una base material para que no fuera una aberración ideológica el que muchos se sintieran como en casa con la idea de que había una comunidad de clase, así como una clase de comunidad. No solamente eso, sino que muchos sentían claramente que la comunidad y la clase no sólo proporcionaban categorías e identidades compatibles, sino que su síntesis era el ideal por el que cualquier sociedad progresista debía luchar. Ésta era la idea básica del comunismo en la década de 1840, y la idea de asociación (tan básica dentro del movimiento obrero y de los ideales de Saint-Simon que subyacían a las prácticas del capital financiero), o bien ignoraba o unificaba la diferencia entre estas categorías. Sin embargo, también es cierto que las concepciones y realidades, tanto de la comunidad como de la clase, sufrieron una rápida evolución a medida que transcurría el Segundo Imperio. Las obras de Haussmann y la transformación del suelo y del mercado inmobiliario de París afectaron a las nociones tradicionales de comunidad tanto como afectaron a la estructura socioespacial; asimismo, las transformaciones de las estructuras financieras y de los procesos de trabajo no tuvieron menos impacto sobre las bases materiales de

Ilustración 80. Daumier utilizaba las diferencias de clase establecidas en los ferrocarriles para explorar la fisonomía de las clases.

las relaciones de clase. Solamente en términos de semejantes confusiones se puede apreciar por completo la extraordinaria alianza de fuerzas que produjo la Comuna de París, el mayor levantamiento comunal de clase en la historia del capitalismo.

Presentar las cosas de esta manera es, desde luego, una invitación al debate. Roger Gould rechaza la idea de que la clase tuviera algo que ver con la Comuna. Para él, se trató de una lucha por conseguir libertades municipales frente a un Estado opresivo y que, por lo tanto, tenía una inspiración puramente comunitaria. A lo largo de los años ha habido muchos intentos para «municipalizar» la tradición revolucionaria en Francia[1]. Por poner un ejemplo bien conocido, Richard Cobb cuestionaba la interpretación que hacía Albert Soboul de 1789 sobre una base de clase, y Manuel Castells, abandonando sus primeras formulaciones de inspiración marxista, interpretaba la Comuna en *The City and the Grassroots* como un movimiento social urbano. Además, existen numerosas obras, como la de Dean Ferguson, que destacan la tradición revolucionaria de la ciudad convirtiéndola en una fuerza social que en sí y por sí mis-

[1] Roger Gould, *Insurgent Identities. Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago, 1995; Richard Cobb, *A Sense of Place,* Londres, 1975; Manuel Castells, *The City and the Grassroots,* Berkeley (CA), 1983; P. Ferguson, *Paris as Revolution. Writing the 19th Century City,* cit.

ma desempeñó un papel fundamental en los cambios políticos y culturales. En contra de esto, yo sostengo que desde hacía tiempo habían existido identificaciones de clase locales, de barrio e incluso comunitarias. Aquellos marxistas que se niegan a reconocer la importancia de la comunidad en la formación de las solidaridades de clase están cometiendo un grave error. Pero del mismo modo, los que sostienen que las solidaridades comunitarias no tienen nada que ver con la clase están igualmente ciegos. Los signos de clase y de conciencia de clase son tan importantes en el espacio de vida como en el del trabajo. El posicionamiento de clase se puede expresar mediante los modos de consumo así como por las relaciones con la producción.

Clase

La reconstrucción que hace Adeline Daumard de las fortunas dejadas en testamento por los parisinos en 1847 ofrece una vívida descripción de la distribución de la riqueza por categoría socioeconómica (cuadro 8)[2]. Sobresalen cuatro grandes grupos; en primer lugar está la alta burguesía empresarial (comerciantes, banqueros, directivos, unos cuantos grandes empresarios), la aristocracia terrateniente y los altos funcionarios del Estado. Representan solamente el 5 por 100 de la población de la muestra pero acumulan el 75,8 por 100 de la riqueza heredada. Las clases inferiores, que forman la última de las cuatro categorías, representan las tres cuartas partes de la población, pero en conjunto reúnen el 0,6 por 100 de la riqueza. En medio se encuentran una clase media alta de funcionarios civiles, abogados, profesionales y altos directivos combinados con pensionados por el Estado y con los que vivían de rentas. Los tenderos, que en su momento habían sido la columna vertebral de las clases medias, estaban, como hemos señalado, descendiendo en la escala social; manteniendo el mismo porcentaje de población su participación en la riqueza había pasado del 13,7 por 100 en 1820 al 5,8 en 1847. Pero todavía estaban un peldaño por encima de la clase media baja de empleados (principalmente cuellos blancos) y trabajadores por cuenta propia (principalmente artesanos y trabajadores con oficio). La disparidad de riqueza en esta estructura de clases era enorme.

Podemos mirar esta estructura de clase de otra manera. Para empezar, lo que Marx llamaba «el viejo contraste entre ciudad y campo, la rivalidad entre capital y propiedad de la tierra» se pone muy en evidencia. La desproporcionada presencia de la aristocracia terrateniente y de los funcionarios del Estado está directamente relacionada con el papel centralizador de París en la vida nacional. La clase de los campesinos no

[2] A. Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle,* cit.; A. Daumard (ed.), *Les fortunes françaises au XIXème siècle,* París, 1963.

se muestra activamente, pero su presencia se nota en todas partes, no sólo como la reserva de fuerza de trabajo de París, sino también como la fuente de los impuestos que sostenían al gobierno y producía los ingresos no ganados que los propietarios se gastaban tan alegremente. Cuando sumamos propietarios, altos funcionarios, rentistas y pensionistas (todos ellos viviendo de ingresos al margen del trabajo), encontramos a una décima parte de la población controlando más del 70 por 100 de la riqueza. Aquí se encuentra gran parte de la enorme demanda, que la industria de la ciudad estaba tan bien situada para atender. El dominio de los «holgazanes ricos» o «clases consumidoras» tenía tremendas implicaciones para la vida, la economía y la política de la ciudad, como lo tenía el pretencioso papel de los funcionarios del Estado. Encontramos solamente a una quinta parte de la alta burguesía dedicada a actividades económicas generadoras de beneficios. Esto tuvo un efecto importante sobre el comportamiento de la burguesía, sobre sus actitudes sociales y sobre sus divisiones internas.

Cuadro 8. Riqueza heredada por categoría socioprofesional, 1847

Categoría	*Valor medio de la riqueza por defunción registrada*	*% que no dejan riqueza*	*% de defunciones registradas*	*% de la riqueza total*
Empresas (comercio, finanzas, etc.)	7.623	26,3	1,0	13,8
Propietarios de tierras e inmuebles	7.177	8,6	3,7	54,0
Altos funcionarios	7.091	13,0	0,6	8,0
Profesiones liberales y directivos	1.469	39,4	2,0	5,6
Funcionarios medios	887	16,9	1,7	3,2
Rentistas y pensionistas	709	38,2	5,7	8,3
Pequeños comerciantes	467	35,7	6,1	5,8
Empleados del Estado y privados	71	52,8	2,7	0,4
Trabajadores en domicilio	61	48,5	1,8	0,2
Clero	15	75,9	0,4	0,1
Trabajadores domésticos	13	81,6	6,9	0,2
Sin clasificar y diversos	4	79,2	29,1	0,1
Trabajadores	2	92,8	30,2	0,2
Trabajadores manuales	1	80,5	8,1	0,0
Todas las categorías	503	72,6	100,0	100,0

Nota. He combinado algunas categorías menores de diferentes cuadros, creo que sin deformar el panorama general.
Fuente: A. Daumard (ed.), *Les fortunes francaises au XIXème siècle*, cit., pp. 196-201.

Las divisiones internas dentro de la clase baja (74,3 por 100 en la muestra de 1847 confeccionada por Daumard) son más difíciles de percibir. Las diferencias entre artesanos, trabajadores cualificados y sin cualificar, trabajadores de temporada y trabajadores domésticos eran obviamente relevantes, aunque Poulot más tarde prefiriera las clasificaciones basadas en las actitudes hacia el trabajo, la cualificación y la disciplina (cuadro 9). Los observadores de la época a menudo hacían hincapié, con considerable temor, en la más polémica de las divisiones sociales: entre clases trabajadoras y clases «peligrosas». Antes de 1848 la mayor parte de la burguesía las agrupaba todas juntas[3], pero el movimiento obrero de 1848, definió una realidad diferente sin disipar por completo la confusión. Sin embargo, dejó en el aire como clasificar la heterogénea masa de vendedores callejeros, traperos y basureros, músicos callejeros y juglares, chicos de los recados y carteristas, trabajadores ocasionales en casa o en el taller. Para Haussmann, éstos eran los «verdaderos nómadas» de París, yendo de trabajo en trabajo y de infravivienda a infravivienda, despojados de cualquier sentimiento o lealtad hacia el municipio. Para Thiers, constituían la «vil multitud» que asistió al levantamiento de las barricadas y a la caída del gobierno como si fuera un puro festival de teatro. Marx no era mucho más caritativo. «El conjunto indefinido y desintegrado de masas» de «vagabundos, soldados licenciados, delincuentes habituales, esclavos escapados de galeras, estafadores, embaucadores, *lazzaroni*, carteristas, timadores, jugadores, chulos, guardas de burdel, porteros, literatos, organilleros, traperos, navajeros, buscadores de basuras, mendigos», «escoria, basura, residuos de todas clases», constituían el lumpenproletariado, un importante apoyo para el golpe de Estado de Napoleón[4].

Un observador de la época como Corbon trató de desdramatizar un poco[5]. La «clase inútil» representaba solamente una quinta parte de la clase baja, y muchos de ellos como los traperos, estaban tan empobrecidos que eran tan pasivos como «inofensivos», excepto por la exhibición de su pobreza; no estaban socializados mediante un trabajo regular, no producían ni consumían prácticamente nada y carecían de inteligencia, ambición o preocupación por los asuntos públicos. Entre ellos había un grupo «vicioso» que podía ser holgazán y obstinado, pero de nuevo había que diferenciarlo de una minoría realmente ofensiva de «clases peligrosas», de las que se hablaba tanto en las novelas de Victor Hugo, Eugène Sue y Balzac, y a la que daban tanta prominencia analistas como Thiers y Marx. Entonces como ahora, la cuestión

[3] L. Chevalier, *Laboring Classes and Dangerous Classes,* cit.; G. E. Haussmann, *Memoires du Baron Haussmann,* cit., vol. 2, p. 200.

[4] K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, cit., p. 75; *Class Struggle in France, 1848-1850,* cit., p. 47; L. Chevalier, *Laboring Classes and Dangerous Classes,* cit.

[5] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris*, cit., pp. 34-48.

de cómo definir la «marginación» o el «sector informal», y su papel económico y político era polémica y confusa. Dada la inseguridad del empleo, la frontera entre la «gente de la calle» y los trabajadores debió ser muy porosa. El gran número de mujeres atrapadas en la pobreza y obligadas a buscarse la vida en las calles también dio un fuerte componente de género a la composición real de este segmento inferior de la población y, como veremos más tarde, combinó los temores sexuales con los temores a la revolución. La gente de la calle, viviendo *de*, más que viviendo *en* la ciudad, eran de cualquier forma, una fuerza vital de la economía, la vida y la política de París.

La frontera entre estas clases bajas y los grupos socioeconómicos que se encontraban por encima también era confusa y resultaba porosa como consecuencia de la inseguridad económica y social. Victor Hugo, por ejemplo, observaba «esa capa indeterminada de la sociedad, emparedada entre las clases medias y bajas, formada por gentuza que ha subido de posición y personas cultivadas que se han hundido; que reúne las peores cualidades de los dos, careciendo tanto de la generosidad del trabajador como de la respetable honestidad del burgués»[6]. Muchos pequeños comerciantes, cuya posición de conjunto estaba en declive, se encontraban cercanos a este umbral de supervivencia. Atrapados en una maraña de deudas, se veían obligados a engañar, escatimar y redondear precios para no perder lo poco que habían conseguido construir en una vida de duro trabajo. Mientras explotaban despiadadamente a la gente a la que servían, también podían sumarse a la revolución con la esperanza de una mejora económica. Muchos propietarios de talleres estaban en la misma situación. En 1848 había pocas fábricas de gran tamaño, así que las condiciones materiales para una confrontación directa entre el capital y el trabajo no estaban suficientemente presentes. En los pequeños talleres, que dominaban la industria de París, la distinción entre trabajadores y dueños estaba generalmente mal definida, y trabajaban lo suficientemente juntos para que los lazos de simpatía y cooperación fueran con frecuencia tan fuertes como los antagonismos diarios[7]. Ambos estaban resentidos por las técnicas de producción en masa y el «articulado» sistema de la subcontratación, y se sentían tan oprimidos por el poder de las altas finanzas y del comercio como enojados y envidiosos de la holgazanería de los ricos, que a su vez, como se quejaba Poulot, miraban a aquellos que trabajaban con las manos con iguales muestras de disgusto y desdén. Y a menudo, una pequeña burguesía radicalizada, formada por pequeños patronos amenazados por los nuevos procesos de producción y el endeudamiento, era más importante para la vida política de la ciudad que cualquier clase de empresarios capitalistas.

[6] V. Hugo, *Les misérables,* Harmondsworth, 1976, p. 15.
[7] W. Sewell, *Work and Revolution in France,* cit., p. 259.

La burguesía también mostraba cierta confusión. *La bohème* era algo más que un disparatado grupo de estudiantes jóvenes, adoptando poses y empobrecidos. Realmente se componía de una variedad de disidentes burgueses, a menudo extremadamente individualistas, que pretendían ser identificados como escritores, periodistas, pintores y artistas de todas clases que frecuentemente convertían su fracaso en una virtud y se reían de la rigidez de la vida y la cultura burguesa. Los compañeros de café de Coubert a menudo guardaban más parecido con los trabajadores «sublimes» de Poulot, que con cualquier otra capa de la burguesía. A las confusiones de clase se sumaban un gran número de estudiantes (la mayor parte de origen provinciano y normalmente viviendo de una exigua asignación). Escépticos, ambiciosos, desdeñosos de las tradiciones e incluso de la cultura burguesa, ayudaron a convertir París en un «inmenso laboratorio de ideas» y el vestíbulo de planes e ideologías utópicas[8]. Relativamente empobrecidos, se vieron impulsados a mantener algún tipo de contacto con trabajadores y gente de la calle, y conocían de sobra la rapacidad de tenderos y usureros. Formaron el núcleo de muchas conspiraciones revolucionarias (por ejemplo los blanquistas) y estuvieron presentes en la Internacional y dispuestos a lanzar sus propios movimientos espontáneos de protesta a las calles de la margen izquierda. Con frecuencia se fundían con las descontentas capas de *la bohème.* Formaban un fuerte movimiento disidente dentro de la burguesía, que algunas veces englobaba a abogados y profesionales relativamente acomodados, así como a escritores y artistas de éxito.

Esta estructura de clase sufrió una cierta transformación durante el Segundo Imperio. Aunque faltan datos para poder hacer comparaciones exactas, la mayor parte de los observadores se muestra de acuerdo en que si se producía alguna variación en la desigual distribución de la riqueza era precisamente hacia una mayor desigualdad. De todas formas, se produjeron importantes cambios dentro de los segmentos de clase. Las actividades empresariales (bancos, comercio, compañías limitadas) se volvieron relativamente más importantes dentro de la alta burguesía atrayendo, no sólo a funcionarios del Estado (como Haussmann) tocados por las ideas de Saint-Simon, sino también a un segmento de los propietarios que encontraron la diversificación del mercado inmobiliario de la ciudad más productivo que unas rentas rurales relativamente estancadas. Pero si la propiedad tradicional de la tierra perdió importancia, las divisiones entre finanzas, comercio e industria adquirieron más peso, al mismo tiempo que las rivalidades entre facciones (como los Rothschild y los Pereire) asumían mayor importancia. La alta burguesía no estaba menos dividida en 1870 de lo que lo estaba en 1848, pero las divisiones se producían sobre diferentes bases.

[8] T. Zeldin, *Emile Ollivier and the Liberal Empire of Napoléon III,* cit., p. 481.

Cuadro 9. Reconstrucción abreviada de la tipología de Poulot de los trabajadores de París en 1870

	Auténticos trabajadores	*Trabajadores*	*Trabajadores mezclados*
Hábitos de trabajo y cualificaciones	Trabajadores cualificados, no están siempre tan capacitados como los «sublimes»; para poder promocionarse se muestran de acuerdo con cualquier cosa que exija el propietario. Trabajan las noches y domingos de buena gana y nunca se toman el lunes libre. Los compañeros, amigos o la familia no les apartan de sus deberes.	Menos cualificados de lo razonable pero dispuestos a trabajar noches y domingos. Nunca se toman el lunes libre. Su única motivación es la ganancia monetaria.	Son los menos cualificados e incapaces de supervisar a nadie. Simplemente siguen el camino de los demás y algunas veces se toman libres los lunes.
Alcohol y sociedad	De una «sobriedad ejemplar». Nunca se emborrachan y controlan su malhumor o su tristeza guardándoselas para ellos mismos. Buscan el consuelo en el trabajo. Rehúsan la camaradería del taller y por esa razón frecuentemente son rechazados por sus compañeros de trabajo.	Ocasionalmente acaban como una cuba, pero normalmente beben en su casa los domingos. No suelen beber con los compañeros de trabajo porque sus esposas no lo permitirían.	Se emborrachan, la mayor parte de las veces en casa, pero también con los compañeros de trabajo y los días de paga, los lunes por la mañana y en las reuniones colectivas.
Vida antes del matrimonio	Prefieren a las prostitutas profesionales antes que la seducción y se casan sin practicar el concubinato.	Se acuestan con lavanderas, criadas, etc., y así se ahorran el coste de un alquiler o de tener que vivir en los talleres. Cuando se casan abandonan a sus amantes y buscan una buena ama de casa de su región natal.	Suelen ser solteros viviendo en pensiones o se casan con una mujer de mal genio... o se pasan a la «sublimación».
Condición Económica	Son los más acomodados, tienen ahorros y participan en sociedades mutualistas de las que intentan excluir a los «sublimes». Sus esposas son a menudo porteras o pequeñas vendedoras.	Algunas veces tienen excedentes monetarios que les permiten pagar sus deudas. Sus mujeres son frecuentemente porteras o pequeñas vendedoras.	Tienen dificultades permanentes para llegar a fin de mes.
Vida familiar	Actúan como cabezas de familia y consideran a la mujer inferior por naturaleza. Ponen grandes barreras entre su familia y su vida laboral.	La mujer maneja la casa y frecuentemente controla los amigos y el comportamiento de su marido.	La mujer es una policía dura temida por su marido. Tiene el monedero bien agarrado y es la principal barrera entre el trabajador y la «sublimación».
Política	Verdaderos demócratas, están tan en contra del Imperio como del socialismo. Comparten las ideas de Proudhon sobre las «justas aspiraciones a la propiedad» y buscan la asociación del capital y el trabajo. Leen los periódicos republicanos de la oposición, apenas asisten a reuniones políticas y desaprueban los planes utópicos y la demagogia elaborada. Defienden la república y son despreciados por los socialistas.	No llegan a entender la retórica socialista y rechazan las ideas más avanzadas. Les gusta ir a las reuniones públicas, donde pueden ser convencidos por los demagogos.	Siguen las ideas de los «hijos de Dios» y leen lo que ellos les recomiendan. Con frecuencia van a las reuniones públicas y difieren por completo de las ideas de los líderes.

«Sublimes» simples	*Sublimes auténticos*	*«Hijos de Dios» y los sublimes de los sublimes*
Trabajadores cualificados, capaces de dirigir un equipo, pero que a menudo consideran un deber «huratar» al patrón. Abandonaran el trabajo antes que someterse a una disciplina, y por ello se mueven de patrón en patrón. Siempre libran los lunes y rechazan trabajar por las noches o los domingos.	Trabajadores de elite de cualificaciones excepcionales e indispensables hasta el punto de que pueden desafiar abiertamente a sus patronos sin miedo a represalias; a menudo se ganan la vida trabajando sólo tres días y medio a la semana.	Los más capacitados para dirigir equipos de producción con una gran influencia sobre los demás. Organizan la resistencia colectiva contra los patronos e imponen los ritmos de trabajo. Los sublimes de los sublimes nunca se someten a la disciplina del taller, trabajan en su casa pero son el «profeta de la resistencia» dentro de la fuerza de trabajo.
Todos los días de paga se ponen a meditar sobre el socialismo y se consideran explotados por patronos y propietarios a quienes consideran bandidos. Algunas veces van a las reuniones públicas, casi siempre con un «hijo de Dios».	Rara vez hablan de política, nunca leen o asisten a reuniones públicas, pero escuchan muy atentamente los comentarios de los «hijos de Dios».	Leen la prensa diariamente y realizan profundos comentarios sobre la política, que los demás escuchan con respeto. Sueñan con solucionar el problema social, están en contra de Proudhon, y fomentan el movimiento obrero. Están preparados para el martirio. El sublime de los sublimes es más reflexivo, «un hombre de principios» que actúa de profeta y gurú dentro del movimiento obrero. Está dispuesto a presentar batalla contra la República; son los oradores más respetados en los mítines.
Están solteros, viviendo en pensiones o amancebados. Se casan para asegurarse de tener niños que les cuiden cuando sean ancianos.	Guardan celosamente su libertad y viven solos o en uniones libres. Se casan sólo para tener niños que se ocupen de ellos en la ancianidad.	Adoptan el papel de «don Juan» hasta el final de los treinta y seducen con facilidad a las mujeres e hijas de los trabajadores de su equipo. Se casan tarde para tener niños que se ocupen de ellos cuando sean viejos, pero a menudo mantienen uniones libres. Las esposas normalmente también trabajan.
En permanentes dificultades económicas, viviendo al día. Muchas veces endeudados, hacen una virtud de no pagar sus deudas. Sus esposas suelen ser también trabajadoras.	Siempre con dificultades económicas y falta de recursos para mantener a la familia, aunque normalmente sus compañeras trabajan también.	No suelen tener grandes dificultades, pero el no pagar sus deudas con suministradores o propietarios es para ellos cuestión de principios.
Si la mujer mantiene actitudes «burguesas», se crea un gran conflicto. Si ella no trabaja tiene que recurrir a la asistencia para poder sobrevivir. Las esposas que trabajan tienden a compartir las actitudes del hombre hacia patronos y trabajo y expresan abiertamente su solidaridad.	Si la mujer no es otra sublime, hay un conflicto permanente con un montón de violentas borracheras, palizas y peleas. Si la esposa es otra sublime hay un entendimiento común en medio de muchas riñas. La mujer se «echará a la calle» y está orgullosa de mantener así a sus niños a expensas de los explotadores.	La compañera ejerce cada vez más control a medida que el hombre se hace más viejo y pierde vigor.
Por lo menos cada dos semanas pierden un día por culpa de la bebida, se emborrachan a menudo los sábados y los lunes, pero pasan el domingo con sus familias.	Auténticamente alcoholizados. Incapaces de funcionar dentro o fuera del trabajo sin el «agua de la vida».	Se emborrachan sólo los días de fiesta con amigos y familia. Les encanta beber y discutir de política, y se emborrachan más con la política que con la bebida.

Nota. Ésta es una versión abreviada de una tipología más completa de A. Rifkin y R. Thomas (eds.), *Voices of the People. The Politics and Life of «La Sociale» at the End of the Second Empire,* cit., pp. 104-111.

En la clase trabajadora hubo mutaciones similares e igual de importantes. La transformación de los procesos productivos y de la estructura industrial tuvieron sus consecuencias. La consolidación de grandes industrias en sectores como la impresión, la ingeniería e incluso el comercio (los grandes almacenes) sentaron las bases para una confrontación más directa entre el trabajo y el capital, que se manifestó en la huelga de artes gráficas de 1862 y en la de trabajadores del comercio en 1869. La reorganización y degradación del trabajo artesano también exacerbaba el sentimiento de dominación externa, tanto de los pequeños patronos como de los innumerables intermediarios que controlaban un sistema de producción altamente fragmentado. La huelga de la confección y de los trabajadores del bronce en 1867, de los curtidores y trabajadores de la madera en 1869, y la de los fundidores de hierro en Cali en 1870 mostraban la creciente confrontación entre trabajo y capital, que se producía incluso en sectores donde el trabajo contratado y la producción a pequeña escala eran la norma. La posibilidad de que los artesanos se convirtieran en pequeños patronos parece haber disminuido a medida que estos últimos se veían proletarizados u obligados a convertirse en un segmento diferenciado de los patronos, con todo lo que eso suponía.

Pero si en 1870 París tenía una clase de proletariado más convencional del que existía en 1840, las clases trabajadoras todavía estaban muy diferenciadas. «El crisol donde se fundían los trabajadores era muy sutil», señala Georges Duveau; «la ciudad creaba una unidad a partir de la vida de la clase trabajadora, pero sus tradiciones eran tan variadas como su diversidad»[9]. No se hacía nada por aliviar la situación del peso muerto de ese ejército industrial de reserva y de los subempleados que vivían cerca del umbral de subsistencia. Su número aumentaba con las inmigraciones que confluían en un sector informal masivo, cuyas perspectivas, en lo que se refiere a la provisión de asistencia, parecían cada vez más sombrías a medida que Haussmann orientaba el aparato del Estado hacia posturas neomalthusianas. De acuerdo con sus propios cálculos, había cerca de un millón de personas viviendo en o por debajo del umbral de pobreza, cifra que limitaba hasta dónde Haussmann podía llegar. Un aumento del desempleo en 1867 provocó que el emperador creara una amplia red de reparto de sopa para paliar el hambre.

La composición interna de la clase media también cambió. Mientras las profesiones liberales, los administradores y los empleados públicos participaron de los frutos del progreso económico, los rentistas y pensionistas atravesaron tiempos difíciles. El aumento en París del coste de la vida y de los alquileres erosionó algo su riqueza, a no ser que realizaran inversiones más especulativas, en cuyo caso, si el relato de Zola en *El dinero* se aproxima a la realidad, estaban tan cerca de perder sus fortunas a manos de los lobos de la bolsa, como de aumentar sus estancadas rentas rurales. Los tenderos, si se tiene en cuenta la disminución de su participación en la propiedad parisina, continuaron descendiendo hacia los segmentos más bajos de la clase media o incluso más abajo, exceptuando aquellos que encontraron en los grandes almacenes y las boutiques especializadas nuevas maneras de vender, orientadas hacia las clases altas y a la avalancha de turistas. Ésta es la clase de transición que Zola registra con insoportable detalle en *La dicha de las damas*. Al mismo tiempo, la explosión de la banca y de las finanzas creó una gran cantidad trabajos de oficina, algunos de los cuales estaban relativamente bien pagados.

[9] G. Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* cit., p. 218; D. Kulstein, *Napoléon III and the Working Class,* cit.; A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit.

La estructura de clase de París durante el Segundo Imperio estaba en plena mutación. En 1870, las particularidades de los viejos modelos de relaciones de clase (propietarios tradicionales, trabajadores con oficios y artesanos, tenderos y empleados del gobierno) todavía podían discernirse fácilmente. Pero sobre ellos se estaba estampando firmemente otro tipo de estructura de clase, una estructura en sí misma confundida entre el capitalismo monopolista de Estado, que desarrollaba gran parte de la nueva alta burguesía, y la creciente sumisión de todo el trabajo, artesano y cualificado, a las relaciones capitalistas de producción e intercambio en los extensos campos de la pequeña industria y del comercio a pequeña escala de la ciudad. La pérdida de cualificación estaba produciendo el debilitamiento del poder de los artesanos. Y el poder económico estaba cambiando dentro de estos marcos. Los financieros consolidaron su poder sobre la industria y el comercio, por lo menos en París, mientras un pequeño grupo de trabajadores comenzó a adquirir el *status* de una aristocracia obrera priviliegiada, dentro de una masa creciente de trabajo sin cualificar y de empobrecimiento. Semejantes cambios produjeron abundantes tensiones, que acabaron cristalizando en las encarnizadas luchas de clases que se libraron en París entre 1868 y 1871.

Comunidad

Entonces como ahora, los ideales y las realidades de la comunidad eran difíciles de establecer. Por lo que respecta a París, Haussmann no tenía nada que ver con esos ideales y, si la realidad era cierta, no podía verla. La población de París era simplemente un «océano flotante y agitado» formado por emigrantes, nómadas y todo tipo de buscadores de fortuna y de placeres, no sólo trabajadores, sino también estudiantes, abogados, comerciantes, etc., para quienes no era posible alcanzar ningún sentimiento comunitario de estabilidad o lealtad[10]. París era simplemente la ca-

[10] G. E. Haussmann, *Memoires du Baron Haussmann,* cit., vol. 2, p. 200.

pital nacional, «la centralización en sí misma», y tenía que ser tratada como tal. Haussmann no era el único que tenía esta visión. Desde Thiers a Rothschild, muchos miembros de la alta burguesía consideraban la ciudad solamente como «la llave geográfica de la lucha por el poder nacional», cuyas agitaciones internas y propensión hacia la revolución, descalificaban su consideración como cualquier tipo de comunidad genuina[11]. Sin embargo, muchos de los que pelearon y murieron en el sitio de París y en la Comuna lo hicieron así debido a un intenso sentimiento de lealtad hacia la ciudad. Como Coubert, defendieron su participación en la Comuna con el simple argumento de que París era su tierra natal y de que su comunidad merecía, por lo menos, el mínimo de libertad que disfrutaban otros. Por otra parte, sería difícil leer la *Guía de París de 1867*, un trabajo colectivo de 125 de los autores más prestigiosos de la ciudad, sin sucumbir a la poderosa imaginería de una ciudad a la cual muchos confesaban una lealtad apasionada y duradera. Pero la *Guía* también nos muestra cómo muchos parisinos concebían la comunidad a una escala más pequeña de vecindarios, barrios e incluso de los nuevos *arrondissements* creados solamente siete años atrás. La clase de lealtad también era importante. Durante la Comuna muchos prefirieron defender sus barrios antes que las murallas, proporcionando así a las fuerzas reaccionarias un acceso sorprendentemente fácil a la ciudad.

«Comunidad» significa diferentes cosas para diferentes personas. Resulta difícil no imponer significados y violentar las maneras en las que la gente siente y actúa. Los juicios de Haussmann, por ejemplo, estaban basados en una comparación con la imagen rural de la comunidad. Sabía demasiado bien que en París prevalecía la «comunidad del dinero», más que la estrecha red de relaciones interpersonales que caracterizaba gran parte de la vida rural. Y tenía una aversión visceral, a cualquier versión de la comunidad que evocara el ideal socialista de un cuerpo político protector. Sin embargo, mientras Haussmann negaba la posibilidad de un tipo de comunidad, se esforzaba para implantar otro, fundado sobre la gloria del Imperio y que rezumaba de símbolos de autoridad, benevolencia, poder y progreso bajo los que esperaba congregar a los «nómadas» de París. Como hemos visto, utilizó las obras públicas (especialmente su monumentalismo), las Exposiciones Universales, las grandes galas, fiestas y fuegos artificiales; la pompa y el fasto de las visitas reales y de la vida de la corte con todos los señuelos de lo que se llamó la *fête impériale*, para construir un sentido de comunidad compatible con el gobierno autoritario, el capitalismo de libre mercado y el nuevo orden internacional.

Haussmann, en síntesis, trató de vender una concepción nueva y más moderna de comunidad en la que el poder del dinero se festejaba como espectáculo y se

[11] L. Greenberg, *Sisters of Liberty. Marseille, Lyon, Paris and the Relation to a Centralized State 1868-71,* cit., p. 80. J. Rougerie, *Procès des communards,* cit., p. 75.

Ilustración 81. El dibujante Darjou responde a las palabras de Haussmann de que París no es una comunidad, sino una ciudad de nómadas, señalando que el desplazamiento que han provocado sus obras ha sido la principal causa de nomadismo.

mostraba en los grandes bulevares, en los *grands magasins*, en los cafés y las carreras y, por encima de todo, en esas espectaculares «celebraciones del fetichismo de las mercancías» que eran las Exposiciones Universales. Como insiste Jeanne Gaillard, no importa que algunos encontraran esa concepción hueca y superficial, una construcción contra la que habría que sublevarse durante la Comuna[12]. Fue un notable intento, y gran parte de la población adoptó esa concepción, no solamente durante el Segundo Imperio sino incluso después. Con su descentralización de funciones en los *arrondissements* y con el simbolismo con los que los rodeaba (los nuevos *mairies* por ejemplo), Haussmann también intentó forjar lealtades locales, aunque fuera dentro de un sistema de control jerarquizado. De nuevo, tuvo un éxito sorprendente. La lealtad hacia los nuevos *arrondissements* creció rápidamente y se ha mantenido hasta nuestros días como una fuerza poderosa. Fue vital durante la Comuna, quizá porque los *arrondissements* eran los centros de enrolamiento en la Guardia Nacional, y esta última quizá no por accidente, se convirtió en el gran agente de la democracia local directa. Las imposiciones de Haussmann desde arriba se convirtieron en los medios de expresión de una democracia con raíces desde abajo.

[12] J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit., p. 231.

Ese sentimiento de democracia directa y local tenía profundas raíces históricas. Se manifestó en las «secciones» parisinas de 1789 y en los clubes políticos de 1848, así como en la manera de organizar las manifestaciones públicas después de 1868. Había una fuerte continuidad en esta cultura política, que consideraba la comunidad local y la democracia integradas la una en la otra. Esa ideología se llevó a la esfera económica, donde las ideas de Proudhon sobre el mutualismo, la cooperación, la federación y la libre asociación tenían un alto grado de credibilidad. Pero Proudhon surgió como un pensador tan influyente precisamente porque articuló ese sentido de comunidad por medio de una organización económica que apelaba enérgicamente a la tradición de los artesanos e incluso de los pequeños propietarios. París había estado desde hacía mucho tiempo dividida en barrios diferenciados, pueblos urbanos, cada uno de los cuales tenía sus propias características de población, formas de actividad económica y estilos de vida. La bodega del barrio, como se ha recalcado frecuentemente, era una institución clave para forjar solidaridades de vecindario. Además, la inundación de inmigrantes a menudo tenía sus propias «áreas de llegada» dentro de la ciudad, basadas en el lugar de origen o en el oficio, y los «nómadas» de París parecen haber utilizado a menudo sus redes de parentesco como guía en los laberintos de la ciudad.

Existe la tesis, sostenida en diferentes versiones por escritores tan diversos como Lefebvre y Gaillard, de que las transformaciones de Haussmann, la especulación del suelo y el gobierno imperial trastornaron el sentido tradicional de comunidad y fracasaron en establecer algo sólido en su lugar. Otros sostienen que la negativa de la Administración a cualquier tipo de autogobierno, que hubiera dado expresión política al sentido de comunidad, fue la mayor espina que tenía clavada la ciudad. Desde estas perspectivas, la Comuna puede interpretarse como un intento, por medio de una alianza de clases, de recuperar el sentido de comunidad que se había perdido, de reapropiarse del espacio central de la ciudad de donde habían sido expulsados, y de reafirmar sus derechos como ciudadanos de París[13].

La tesis no es inverosímil, pero necesita considerables matizaciones para que se mantenga en pie. Por ejemplo, no está claro que la noción de comunidad hubiera sido más estable y estuviera más sólidamente implantada en 1848. Había suficientes evidencias de desorden entonces, para poder descartar fácilmente la tesis de los trastornos causados por Haussmann como una romántica reconstrucción retrospectiva. Lo que está más claro es que las realidades y las ideologías de la construcción de la comunidad sufrieron una formidable transformación durante el Segundo Imperio. Y los mismos procesos que estaban transformando las relaciones de clase, es-

[13] H. Lefebvre, *La production de l'espace,* cit.; J. Gaillard, *Paris, la ville, 1852-1870,* cit.; L. Greenberg, *Sisters of Liberty. Marseille, Lyon, Paris and the Relation to a Centralized State, 1868-1871,* cit.

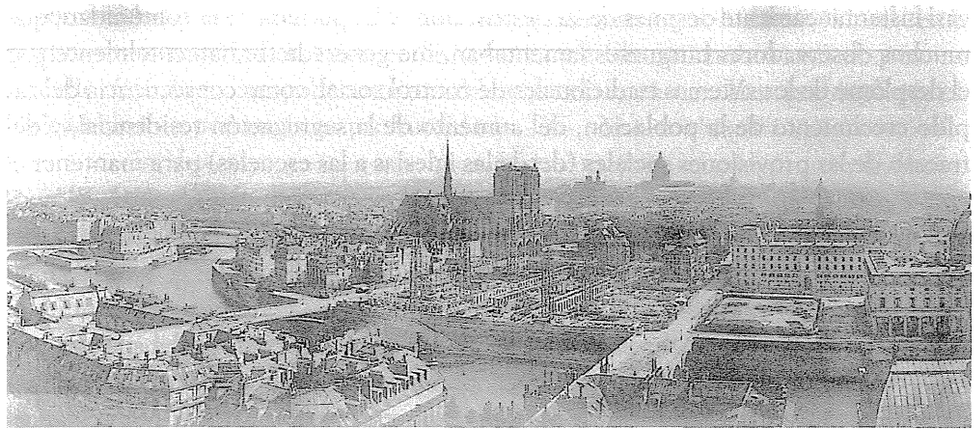


Ilustración 82. Las demoliciones en la Ile de la Cité, que se observan en esta fotografía de finales de la década de 1860, fueron de gran envergadura incluso con criterios actuales.

taban produciendo un impacto igualmente poderoso sobre la comunidad. La comunidad del dinero estaba disolviendo todos los demás vínculos de solidaridad social, especialmente entre la burguesía, un proceso del que ya se quejaba Balzac en la década de 1830.

La urbanización de Haussmann estaba concebida sobre una nueva y grandiosa escala espacial. Enlazó comunidades que anteriormente habían estado aisladas unas de otras, y ese enlace permitió a estas comunidades adoptar papeles especiales dentro de la matriz urbana. La especialización del espacio de reproducción social se volvió más significativa, como lo hizo la especialización del espacio de producción y oferta de servicios. También es cierto que los programas de Haussmann borraron algunas comunidades (Île de la Cité por ejemplo), perforó enormes agujeros en otras al tiempo que auspició el aburguesamiento, la dislocación y la renovación.

Esto provocó en todas las clases sociales, al margen de que se vieran directamente afectadas o no, mucha nostalgia por un pasado perdido. Gaspard-Félix Tournachon (un fotógrafo de la época que firmaba como Nadar), confesaba que todo aquello le hacía sentirse un extranjero en lo que debería haber sido su propio país. «Han destruido todo, incluso la memoria», se lamentaba[14]. Pero, sin embargo, por muy grande que fuera el sentimiento de pérdida o «la aflicción por un hogar perdido» que tuvieran los muchos desplazados, en la práctica la memoria colectiva no duró demasiado y la readaptación humana fue muy rápida. Kathleen Chevalier señala como los recuerdos y las imágenes de la antigua Île de la Cité fueron erradicados

[14] *Paris Guide 1867*, edición de 1983, p. 170; Michael Fried, «Grieving for a Lost Home», en L. Dhul (ed.), *The Urban Condition,* Nueva York, 1963.

casi instantáneamente después de su destrucción[15]. La pérdida de la comunidad, que muchos observadores burgueses lamentaban, fue generada fundamentalmente por el desplome de los sistemas tradicionales de control social, como consecuencia del rápido crecimiento de la población, del aumento de la segregación residencial, y del fracaso de las provisiones sociales (desde las iglesias a las escuelas) para mantener el ritmo con la rápida reorganización del espacio de reproducción social. El neomalthusianismo de Haussmann en relación a la asistencia social y su insistencia en el gobierno autoritario más que en el autogobierno contribuyó sin lugar a duda a exacerbar los peligros. Pero el problema no era que Belleville no fuera una comunidad, sino que se había convirtido en la clase de comunidad que atemorizaba a la burguesía. Una comunidad donde la policía no podía entrar ni el gobierno controlar, y donde las clases populares, con todas sus pasiones y resentimientos políticos descontrolados, tenían las de ganar. Esto es lo que realmente se encuentra detrás de las quejas del prefecto de policía en 1855[16]:

> Está comprobado que las circunstancias que llevan a los trabajadores a abandonar el centro de París han tenido un efecto deplorable sobre su comportamiento y moralidad. En los viejos tiempos, solían vivir en los pisos superiores de edificios donde las plantas inferiores estaban ocupadas por familias de negociantes y de personas adineradas. Entre los inquilinos del mismo edificio creció una especie de solidaridad; los vecinos se ayudaban los unos a los otros en pequeñas cosas. Cuando estaban enfermos o sin trabajo, los trabajadores podían encontrar una gran ayuda, mientras que, por otro lado, un cierto tipo de respeto humano penetraba con cierta regularidad en los hábitos de las clases trabajadoras. Después de haberse desplazado al norte del canal de San Martin o incluso más allá de las murallas, los trabajadores viven ahora donde no hay familias burguesas; se ven privados de su asistencia, al mismo tiempo que se han emancipado del freno que ejercía sobre ellos tener vecinos de ese tipo.

El crecimiento y la transformación de la industria, del comercio y de la finanzas; la inmigración y el desplazamiento hacia las fueras, el desplome de los controles del mercado de trabajo y del sistema de aprendices; la transformación del suelo y de los mercados inmobiliarios; la creciente segregación espacial y la especialización de los barrios (comerciales, artesanos, de reproducción de la clase trabajadora, etc.); la reorganización de la vivienda, de la provisión de asistencia social y educación; todos estos factores reunidos bajo el irresistible poder del cálculo monetario promovieron cambios vitales del significado y la experiencia de

[15] L. Chevalier, *Laboring Classes and Dangerous Classes,* cit., p. 300.
[16] Citado *ibid.,* pp. 198-199.

la comunidad. Como demostró la Comuna, cualquiera que hubiese sido el sentimiento de comunidad en 1848, en 1870 había sufrido un cambio radical, pero no por ello dejó de ser tan coherente o viable como lo era antes. Vamos a explorar estos cambios un poco más en profundidad.

La comunidad de clase y la clase de comunidad

El movimiento obrero de junio de 1848 fue aplastado por una Guardia Nacional procedente de más de trescientos centros de provincias. La burguesía que se movía dentro de la órbita comercial de París tenía la ventaja de «mejores comunicaciones en las distancias largas que la clase trabajadora, que mostraba una fuerte solidaridad local pero poca capacidad para una acción regional y, menos aún, nacional»[17]. La burguesía utilizó su extensa red espacial de contactos comerciales para mantener su poder económico y político.

Detrás de ese detalle, se encuentra un problema y una premisa de cierta importancia. ¿La «comunidad» implica una coherencia territorial? Si es así, ¿cómo se fijan las fronteras? ¿O quizá «comunidad» pueda significar simplemente una comunidad de intereses, sin especial relación con fronteras espaciales? Lo que vemos, de hecho, es una burguesía definiendo una comunidad de intereses de clase que se extienden por encima del espacio. Aquí estaba, por ejemplo, el secreto del éxito de Rothschild, con su extensa red familiar de corresponsales en las distintas capitales. Pero después de haber aprendido las lecciones de 1848, y siguiendo sus intereses de clase, la alta burguesía de las finanzas y la Administración (los Pereire, Thiers y Haussmann), cada vez más, pensaban y actuaban según ese esquema. Thiers se movilizó para reprimir la Comuna exactamente de la misma manera que se había hecho en 1848. La burguesía había descubierto que podía utilizar su mayor control del espacio para aplastar movimientos de clase, sin que importara lo intensa que fuera la solidaridad local en lugares determinados.

Los trabajadores también estaban presionados para redefinir la comunidad en términos de clase y de espacio. Su movimiento de 1848 había estado marcado por una xenofobia contra los trabajadores extranjeros, unido a una intensa simpatía hacia los pueblos oprimidos de cualquier parte, como demuestran los disturbios callejeros que se produjeron en París en junio de 1848 en solidaridad con Polonia. Las nuevas relaciones espaciales y la cambiante división internacional del trabajo, dio lugar a que escritores como Anthime Corbon propiciaron que la cuestión laboral ya

[17] Ted Margadant, «Proto-urban Development and Political Mobilization during the Second Republic», en J. Merriman (ed.), *French Cities in the Nineteenth Century,* Londres, 1982, p. 106.

no tenía solución a escala local y que había que buscarla desde una perspectiva europea por lo menos[18]. El problema estaba en hacer esta perspectiva internacionalista compatible con los sentimientos mutualistas y corporativistas que conformaban la tradición de la clase trabajadora. La tradición de la *compagnnonage* y del *tour de France* proporcionaba alguna base para pensar en nuevas formas de organización de los trabajadores, que pudieran controlar el espacio de una manera comparable a la burguesía. Esto se convirtió en el objetivo de la recién nacida Asociación Internacional de Trabajadores y el resultado que produjo fue crear un enorme e incontrolable pánico dentro de las filas de la burguesía; la Internacional se proponía definir una comunidad de clase «que se extendiera lo largo de todas las provincias, centros industriales y Estados» y así equilibrar el poder que la burguesía había encontrado tan efectivo en 1848[19].

En la práctica, la burguesía temblaba sin que hubiera una buena razón para ello. La relativa debilidad de las conexiones de la Internacional, unida al poderoso residuo de un mutualismo altamente localizado, se hizo muy evidente en la Guerra de 1870 y en la Comuna. La creación en 1869 de la Federación de Cámaras Sindicales Obreras en toda la ciudad, una organización que aglutinaba bajo la dirección de Varlin a unos sindicatos recién legalizados, ayudó a construir una perspectiva obrera sobre cuestiones del trabajo a escala de la ciudad, coherente con la urbanización que realizaba Haussmann. Esta clase de organización sintetizaba las poderosas tradiciones del mutualismo localizado y de la democracia directa, en una estrategia de lucha de clases sobre los procesos de trabajo y las condiciones del empleo, que abarcaba toda la ciudad y se convertiría en parte de la volátil mezcla que dio a la Comuna gran parte de su fuerza.

El cambio de la escala de urbanización y la reducción de las barreras espaciales modificaron el espacio sobre el que se definía la comunidad. Pero esa modificación también fue una respuesta a nuevas configuraciones y luchas de clase, en las que los participantes aprendieron que el control sobre el espacio y las redes espaciales era una fuente de poder social. En este punto, las evoluciones de la clase y la comunidad se cruzaron para crear nuevas y fascinantes posibilidades y configuraciones.

Las nuevas comunidades de clase encontraban su reflejo en las formas de los nuevos tipos de comunidad. El espacio social de París había estado siempre segregado. El brillo y opulencia del centro siempre había contrastado con el lúgubre empobrecimiento de las afueras; el oeste mayoritariamente burgués, con el este de la clase trabajadora; la margen derecha progresista, con la margen izquierda tradicio-

[18] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit., p. 102.

[19] L. Reybaud, «Les agitations ouvrières et l'Association Internationale», *Revue des Deux Mondes* 81 (1869), pp. 871-902.

nalista, aunque llena de conflictividad estudiantil[20]. Dentro de este modelo general había habido una considerable mezcla espacial. Deprimentes zonas hiperdegradadas entremezcladas con opulentos edificios urbanos; los negocios de los trabajadores con oficios y artesanos mezclados con residencias aristocráticas en la margen izquierda y en Marais; y, aunque disminuyendo, la famosa segregación vertical: los burgueses ricos en el segundo piso encima de la boutique y los trabajadores en el desván. Todo ello suponía cierto contacto social entre las clases. Patronos y empleados de la industria y del comercio también habían vivido tradicionalmente cerca los unos de los otros, especialmente dentro del centro de la ciudad, y este modelo continuó a pesar de los esfuerzos desindustrializadores de Haussmann.

Aunque no sería cierto decir que la segregación espacial de la ciudad fue obra de Haussmann, sus trabajos, en el contexto de un mercado del suelo e inmobiliario que había cambiado, unido al efecto de la renta para clasificar el uso del suelo, produjeron un alto grado de segregación espacial, gran parte del cual estaba basado en distinciones de clase. La eliminación de las zonas degradadas y la especulación de la construcción consolidaron los barrios burgueses en el oeste, mientras el sistema específico de promoción del suelo en las periferias del norte y del este produjo áreas de viviendas para rentas bajas, desprovistas de cualquier mezcla con las clases más altas. En Belleville, La Villette y Montmartre, esto produjo una amplia zona de viviendas comunes a trabajadores de distintas ocupaciones, que iban a desempeñar un papel crucial en la agitación que desembocó en la Comuna. La competencia por la utilización del suelo también consolidó los barrios de negocios y financieros, y las actividades industriales y comerciales también tendieron a un agrupamiento espacial más estrecho en áreas selectas del centro: impresión en la margen izquierda, trabajo del metal en el noreste, cuero y pieles alrededor de Arts et Métiers, las prendas confeccionadas a lo largo de los grandes bulevares. Cada tipo de empleo que caracterizaba a un barrio a menudo daba la forma social de los barrios residenciales que lo rodeaban: las concentraciones de cuellos blancos al norte del centro de negocios, los artesanos en el centro-noreste, los impresores y encuadernadores (un grupo muy militante), en la margen izquierda. Las zonas y sus excepciones, los centros y las periferias, e incluso la composición detallada de los barrios, estaban mucho más claramente definidas desde el punto de vista ocupacional o de clase de lo que lo habían estado en 1848.

Aunque esto tenía mucho que ver con la escala espacial del proceso que había desencadenado Haussmann, también era un reflejo de transformaciones fundamentales del proceso del trabajo, de la estructura industrial y de un modelo emergente de relaciones de clase, en la que el oficio y la ocupación estaban teniendo en con-

[20] Edward Copping, *Aspects of Paris,* Londres, 1858, p. 5.

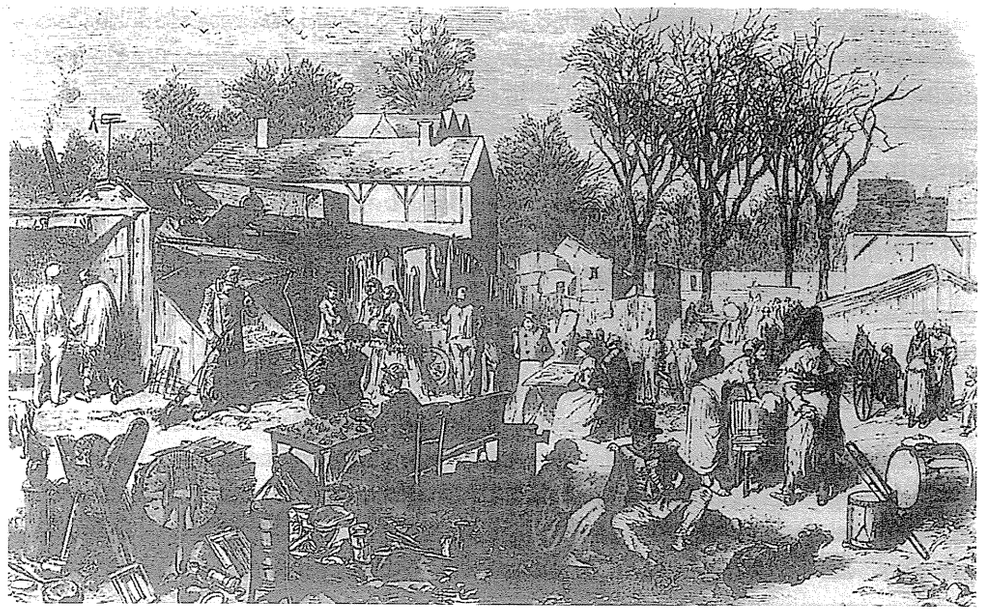


Ilustración 83. Para cubrir sus necesidades, los trabajadores tenían que buscar la vivienda en la periferia, donde a menudo era de naturaleza temporal, o la más sólida de los patios interiores del centro, donde la masificación era crónica.

junto un papel menos significativo. La consolidación del poder comercial y financiero, la creciente prosperidad de ciertos segmentos de la alta y media burguesía, la creciente separación entre trabajadores y patronos y el aumento de la especialización en la división del trabajo que permitía la pérdida de cualificación, quedaron inscritos en la producción de nuevas comunidades de clase. El enamarañamiento de la Margen Izquierda resultaba tan confuso como siempre, pero los viejos modelos todavía podían discernirse, si bien ahora estaban recubiertos de una estructuración más intensa y definitiva de los espacios de reproducción social. La organización espacial y el sentido de comunidad que acompañaba a esta estructuración fueron atrapados en los procesos de reproducción de configuraciones de clase. Como concluye perspicazmente Richard Sennett, «durante el Segundo Imperio, el localismo y las clases más bajas se fusionaron», no porque los trabajadores quisieran necesariamente que sucediese así, sino porque las fuerzas sociales les impusieron semejante fusión[21].

Cómo funcionaba exactamente la comunidad de clase está perfectamente explicado por la desilusionada descripción que hace Poulot de la «sublimación» entre los trabajadores parisinos. Como empresario importante que era, le enfurecía la insubordinación en los centros de trabajo y las actitudes antiautoritarias y de oposición de clase. Consideraba que los fracasos de formación de la familia eran una parte importante del problema, y de ahí sus intentos para captar a la mujer y promover formas «respetables» de vida familiar. Las tabernas de los barrios eran un problema; allí se reunían los trabajadores, incluso familias enteras para airear quejas que no se podían escuchar en las opresivas condiciones de los talleres o en la soledad del trabajo subcontratado en casa. El hecho de que la clientela de las tabernas fuera principalmente gente del barrio y no de un oficio concreto[22] permitía tener una perspectiva de la condición de la clase trabajadora en general, más que de la condición del trabajo dentro de un sector concreto. También había tensiones dentro y alrededor de lo que la taberna significaba, como señala Sennett: «cuando el café se convertía en un lugar de discurso entre trabajadores, amenazaba el orden social; cuando se convertía en un lugar en el que el alcoholismo destruía el discurso, mantenía el orden social». Fue por esta razón que socialistas como Varlin apoyaran comedores cooperativos como *La Marmite*, que fueran espacios para la articulación de ideas socialistas. Por otra parte, lo que Poulot reconocía, y que a menudo ha resultado ser cierto, es que las solidaridades y las identificaciones de clase son mucho más fuertes cuando están respaldadas o desencadenadas por la organización comunitaria (el

[21] R. Sennett, *The Fall of Public Man. The Social Psychology of Capitalism,* cit., p. 137

[22] D. Poulot, *Le sublime,* cit.; W. Haine, *The World of the Paris Café,* cit.; R. Sennett, *The Fall of Public Man. The Social Psychology of Capitalism,* cit., p. 215.

caso de las comunidades de mineros resulta paradigmático en este aspecto). Las identificaciones de clase se forjan tanto en la comunidad como en los centros de trabajo. La frustración de Poulot surgía porque él podía ejercer algún tipo de control sobre el centro de trabajo, pero no sobre el espacio de la comunidad.

Roger Gould se muestra en desacuerdo con esta perspectiva: «la reedificación del centro de París, la dispersión geográfica de los trabajadores en un cierto número de sectores industriales y la significativa expansión de la población en los nuevos *arrondissements* de la periferia [...] crearon las condiciones para una modalidad de protesta social en la que la identidad colectiva de comunidad estaba totalmente divorciada de las identidades basadas en el trabajo y su escurridizo pariente, la clase»[23]. Gould afirma haber llegado a esta conclusión exclusivamente sobre la base de una evidencia empírica «neutral», y clama contra aquéllos de nosotros que supuestamente imponemos una interpretación de clase sobre hechos evidentes.

Gould tiene razón cuando insiste en que los nuevos espacios periféricos como Belleville, que tuvieron un papel tan importante en la Comuna, estaban menos definidos por oficios; pero está bastante equivocado al asumir una falta de relación con «su escurridiza pariente, la clase». La evidencia que aduce es que Belleville no incrementó significativamente su concentración de clase entre 1848 y 1872; según su propio relato, simplemente permaneció estable en un asombroso 80 por 100, en una población que había aumentado enormemente en 1872. Poulot sería uno de los que, sin duda, apreciaría la insistencia de Gould sobre la importancia de las redes e instituciones vecinales en la creación de solidaridades sociales, pero se hubiera quedado asombrado de oír que esto no tenía nada que ver con la clase. La principal evidencia que presenta Gould a favor de las solidaridades interclasistas es la composición de los testigos de las bodas de los trabajadores: en una gran proporción, los testigos de los trabajadores son propietarios y empleadores. De aquí concluye que las redes sociales de los vecindarios no tenían una base de clase. Gould ignora tranquilamente el hecho de que el concubinato era la norma y el matrimonio la excepción; precisamente por esa razón Poulot creó en 1881 una sociedad para promover el matrimonio dentro de la clase trabajadora. La mayor parte de los trabajadores no se casaban porque era demasiado caro y complicado. Los que lo hicieron, estaban sin duda buscando alguna movilidad social ascendente así como respetabilidad, y por ello preferirían con diferencia testigos «respetables» como doctores, abogados o personas notables.

Como hemos señalado repetidamente, la distinción entre trabajadores y pequeños propietarios era porosa, y no constituía la principal división de clase. Banqueros

[23] R. Gould, *Insurgent Identities. Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune,* cit.

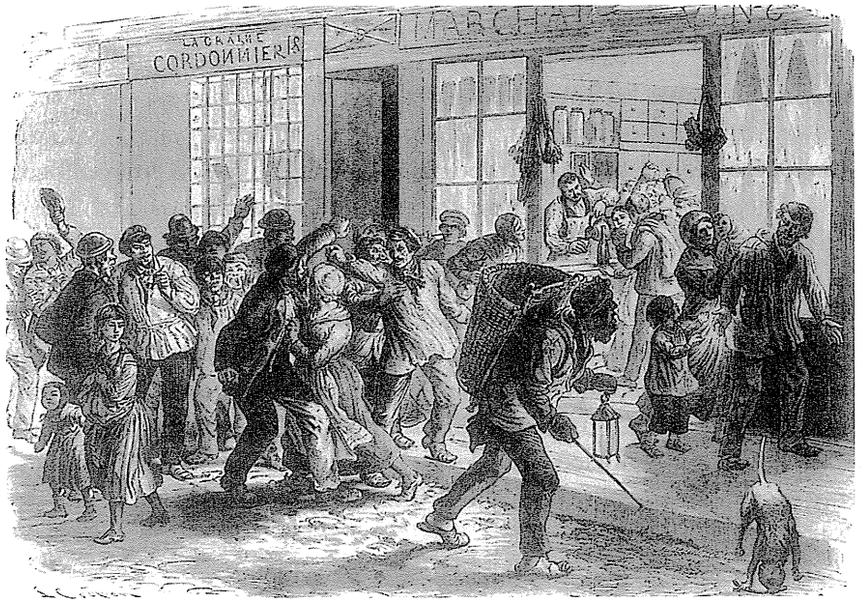


Ilustración 84. La vida de la clase trabajadora en la calle, alrededor de Les Halles (dibujo de Le Couteux), y la vida nocturna en las tabernas (dibujo de Crepon) estaban muy lejos de la respetabilidad burguesa. Las mujeres y los niños parecen totalmente integrados en el grabado de la taberna.

y financieros, propietarios inmobiliarios, comerciantes capitalistas, grandes industriales y el conjunto de la opresiva red de subcontratistas conformaban los auténticos enemigos de los trabajadores. Y dudo mucho que en los datos de Gould aparezca alguno de ellos como testigo de boda. El que los testigos fueran parte de la red social local es innegable, pero el significado que se da a ese hecho es otra cuestión. De acuerdo con Scott Haine, los propietarios de las tabernas y los cafés frecuentemente actuaban de testigos de sus clientes, pero esto no es una evidencia de la falta de solidaridad de clase precisamente, porque esos establecimientos eran a menudo, centros de articulación de la conciencia de clase[24]. Gould, sin embargo, tiene toda la razón al señalar el tema de las libertades municipales como una exigencia crucial, tanto antes como durante la Comuna. Pero hay una clara evidencia en ambos lados, burgueses y trabajadores, de que esto se conceptualizaba como una demanda de clase, si bien es cierto que se solapaba (algunas veces con dificultad) con las formas más radicales de republicanismo político burgués.

Contrariamente a la opinión no fundamentada de Gould de que «no hay evidencia» de que el contenido socialista de las reuniones públicas estuviera produciendo algún resultado, tenemos la confiada afirmación de Varlin, hecha en 1869, de que ocho meses de discusión pública mostraban que «el sistema comunista es cada vez más popular entre gente que trabaja hasta la muerte en talleres y cuyo único salario es la lucha contra el hambre» y los reflexivos artículos de prensa de Jean Millière de 1870 sobre las posibilidades y peligros de «la comuna social» como solución a los problemas de la clase trabajadora[25]. Como hemos visto, ya desde la década de 1830 o incluso antes, se impugnaba el control del cuerpo político desde criterios de clase y la asociación entre «comunismo» y «comuna» estaba resurgiendo activamente. El que la demanda de autogobierno municipal fuera tan notable en una ciudad donde la clase trabajadora constituía una clara mayoría, es difícil de interpretar como una falta de intereses de clase. Por otro lado, si la Comuna hablaba solamente de libertad municipal, ¿por qué la burguesía republicana (que por lo general había favorecido esa libertad) huyó tan rápidamente de la ciudad? Y ¿por qué los monárquicos (que llevaban tiempo pidiendo descentralización política), proporcionaron el núcleo del liderazgo militar que se enfrentó tan despiadadamente a los *communards*, a los «rojos», en la sangrienta semana del mes de mayo de 1871?

---

[24] A. Cottereau, «Dennis Poulot's *Le Sublime. A Preliminary Study*», cit. p. 155; Philippe Berthier, *La vie quotidienne dans* La Comédie Humaine *de Balzac,* París, 1998; W. Haine, *The World of the Paris Café,* cit.

[25] A. Rifkin y R. Thomas (eds.), *Voices of the People. The Politics and Life of «La Sociale» at the End of the Second Empire,* cit.

Resulta curioso que gran parte de la evidencia que esgrime Gould sobre la notable proximidad espacial en las relaciones (de clase) sociales, y de la importancia de las instituciones vecinales y de los nuevos *arrondissements* como emplazamientos de solidaridad social es perfectamente coherente con el relato que ofrezco aquí. La Comuna fue, por supuesto, un tipo de acontecimiento muy diferente a 1848, y en parte se debió a la reorganización radical de los espacios de vida que habían producido los trabajos de Haussmann, junto a las transformaciones radicales de los procesos productivos, de la organización de la acumulación de capital y del despliegue de los poderes del Estado. La comunidad de clase y la clase de comunidad se volvieron cada vez más, rasgos destacados de la vida y la política del Segundo Imperio, y sin una estrecha mezcla de estos elementos la Comuna no hubiera tomado la forma que tomó.

XIV Relaciones naturales

Que la vida física y espiritual del hombre está enlazada con la naturaleza significa, simplemente, que la naturaleza se enlaza consigo misma, porque el hombre es parte de la naturaleza.

Marx

Haussmann no dejó de corresponder a las añoranzas bucólicas del utopismo de Balzac. Tampoco pasó por alto conferir a la legitimidad los atributos medievales, góticos y cristianos que estaban en el origen del Estado francés. Viollet-le-Duc (arquitecto y genial restaurador de catedrales góticas) engalanó por dos veces Notre Dame: la primera, a toda prisa, para celebrar la proclamación del Imperio y la segunda, a propuesta de Haussmann, para celebrar la boda de Luis Napoleón. Haussmann también respondió a la importancia que se concedía a la salud y la higiene, a la revitalización del cuerpo y la mente humana a través del acceso a los poderes curativos «puros» de la naturaleza, que estaba detrás de una serie de propuestas de los «higienistas» de la década de 1830. Y actuó de acuerdo con las propuestas, expuestas más explícitamente por Hippolyte Meynadier en 1843, en favor de parques y espacios abiertos, que funcionaran como los «pulmones» de la ciudad. Se ocupó personalmente de estos temas e invitó a sus talentosos consejeros (especialmente Jean Alphand y Eugène Belgrand) a que propusieran soluciones. El Bois de Boulogne, que durante la Monarquía de Julio no era más que un «penoso desierto», fue objeto del particular interés por la revitalización de Luis Napoleón; Vincennes; Luxembourg; el espectacular parque de Buttes Chaumont, creado a partir de un basurero; el Parc Monceau, e incluso lugares más pequeños como Square du Temple, fueron creados desde cero o bien totalmente rehechos, la mayor parte bajo la orientación creativa de Alphand, para traer a la ciudad cierto concepto de naturaleza.

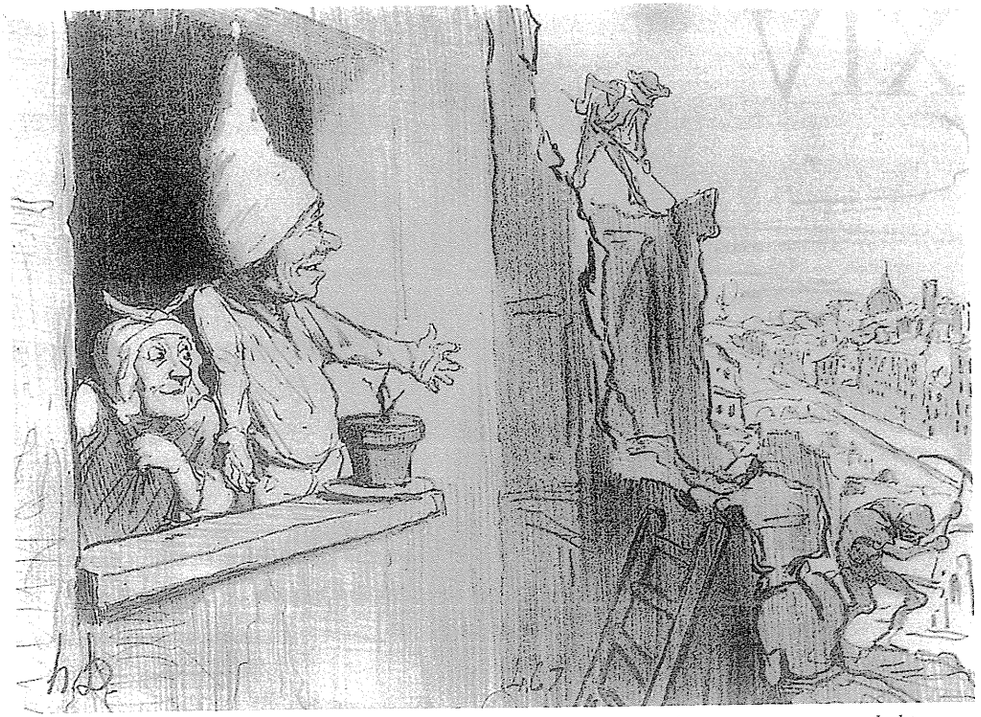


Ilustración 85. La apertura de los vecindarios a la luz del sol y al aire fresco permite a estos habitantes preguntarse si la planta será una rosa o un clavel (Daumier).

En este sentido, se recurrió aquí a un concepto construido de naturaleza que fue creado de acuerdo con criterios muy específicos. Grutas y cascadas, lagos y lugares rústicos para cenar, paseos relajantes y enramadas: todos fueron ensamblados habilidosamente dentro de estos espacios de la ciudad, enfatizando las visiones bucólicas y arcádicas; diseños góticos y concepciones románticas del poder reconstituyente de un acceso a una inmaculada, no amenazadora y, por ello, domesticada, pero todavía purificadora naturaleza[1]. Estas estrategias servían a distintos propósitos. Trajeron «el espectáculo de la naturaleza» dentro de la ciudad y, con ello, contribuyeron al brillo del régimen imperial. También querían captar al romanticismo politizado de la década de 1840 y transformarlo en una relación con la naturaleza pasiva y más contemplativa, dentro de los espacios abiertos de la ciudad.

Gran parte de todo esto apelaba a una tradición cultural específica, común para trabajadores y burgueses, que se remontaba, por lo menos, hasta la Restauración.

[1] Jordan (1995) se ocupa en detalle de estos aspectos de las obras de Haussmann.

Pero no se trataba de un desarrollo cultural autónomo que no tuviera relación con los caminos por los que se desarrollaba el capitalismo[2]. Durante la Monarquía de Julio, la mercantilización de la naturaleza (y de su acceso) y la creciente influencia del capital financiero y del crédito tenían mucho que ver con la urbanización. Las preocupaciones sobre las consecuencias de la masificación, de la insalubridad y el carácter precario del empleo de una fuerza de trabajo cada vez más empobrecida (todo ello producto de lo que Marx llamó el periodo «manufacturero» del desarrollo capitalista, que normalmente precedía a la maquinaria y la industria moderna) habían traído al primer plano la cuestión de la relación con la naturaleza durante y después de la Restauración. El romanticismo (del tipo de Lamartine y Georges Sand) y el utopismo bucólico (Balzac) eran, en parte, una respuesta y un rechazo a esta degradación de la vida urbana. Los fourieristas hacían especial hincapié en restaurar la relación con la naturaleza y lo convirtieron en un principio central de sus proyectos utópicos. En un plano más práctico, los higienistas de la Monarquía de Julio (Villermé, Frègier y Parent-Duchatalet) presentaban más y más pruebas de las lamentables condiciones de vida a las que se veía reducida gran parte de la población urbana, tanto en París como en provincias. Mientras buscaban remedios en la higiene y en las medidas de salud pública (especialmente contra el azote del cólera), sus informes alimentaban sentimientos que iban desde el disgusto fourierista por los fracasos de la civilización, hasta la añoranza romántica de una vuelta a una relación más saludable con la naturaleza. Las condiciones que dieron origen a semejantes sentimientos estaban totalmente relacionadas con el creciente ritmo del desarrollo capitalista.

Haussmann, como era su hábito, alteró la escala de la respuesta a estas cuestiones, y con ello cambió los objetivos:

> En 1850 había 19 hectáreas de parques municipales. Cuando fue apartado de su puesto, veinte años después, había 1.822 hectáreas. Creó dieciocho plazas en la ciudad y otras siete en las zonas anexionadas, y prácticamente dobló el número de árboles flanqueando avenidas y bulevares, colocando en algunos de los más grandes una doble hilera a cada lado, al mismo tiempo que repoblaba todo el suelo público [...] El reverdecer de París fue para Haussmann un acto político[3].

[2] N. Green, *The Spectacle of Nature. Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-Century France*, cit.

[3] Donal Reid, *Paris Sewers and Sewermen: Realities and Representations*, Cambridge (MA), 1991; J.-P. Goubert, *The Conquest of Water*, cit.; Matthew Gandy, «The Paris Sewers and the Rationalitation of Urban Space», *Transactions, Institute of British Geographers* 24 (1999), pp. 23-44; Jordan, David P., *The life and labors of baron Haussmann*, Chicago, 1995.

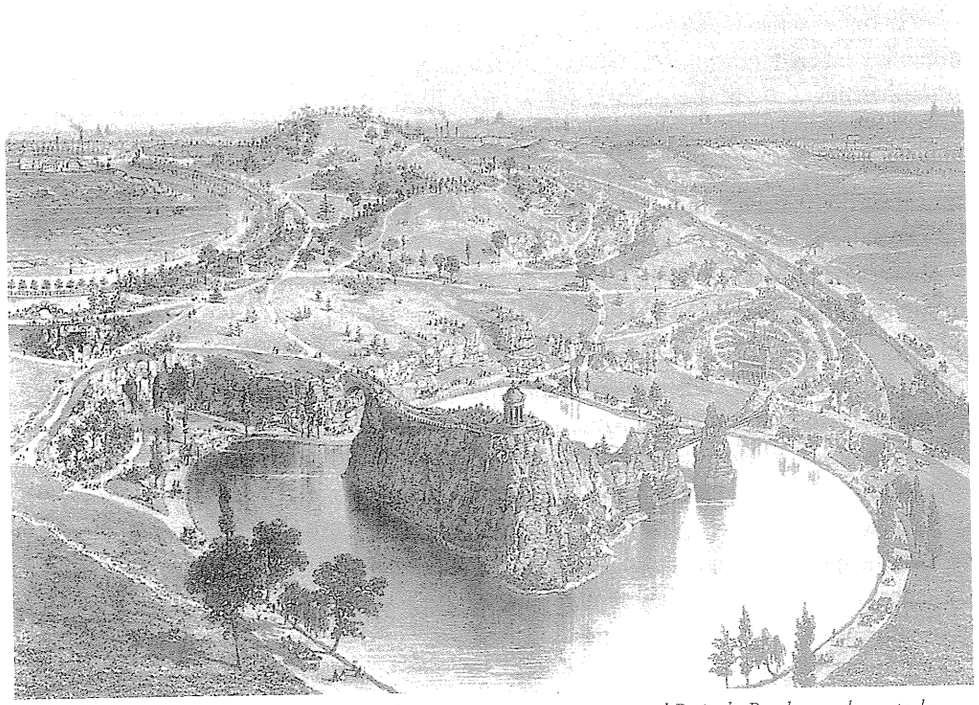


Ilustración 86. La transformación del «penoso desierto» que era el Bois de Boulogne durante la Monarquía de Julio en el bucólico lugar que recoge la fotografía de Marville, con los innumerables detalles góticos que la acompañaron, fue uno de los mayores logros de Alphand, junto a la extraordinaria transformación del viejo basurero de la ciudad para hacer el espectacular parque de Buttes Chaumont (dibujo de Charpentier y Benoist).

Ilustración 87. El nuevo diseño de la Square du Temple, que de manera conveniente borra todo recuerdo popular del lugar donde el rey y su familia estuvieron encarcelados varios meses antes de su ejecución en 1793, trajo la vegetación y el ruido del agua al mismo corazón de a ciudad. Realmente combinaba el parque que creó Alphand, un mairie *de Hittorf y un mercado cubierto de Baltard, en una nueva orquestación de espacio urbano alrededor del ocio, la Administración y el mercado.*

Los castaños con sus flores de primavera y sus ramas caídas se extendían por todas partes. Si Alphand proporcionó el genio para el diseño general, especialmente del Bois de Boulogne, los horticultores que trajo de Burdeos y Barillet-Deschamps, proporcionaron innumerables detalles románticos para aquellos que se aventuraban en los parques y plazas de la ciudad.

Respecto al suministro de agua y a las aguas residuales, Haussmann no tuvo otra elección. En 1850 resultaba evidente que París se encontraba muy lejos del nivel de las ciudades británicas y americanas, e incluso de algunas europeas como Berlín. Las vergonzosas condiciones que describe Fannie Trollope durante su visita en 1835 apenas habían cambiado en 1848. «Pero por muy graves y diversos que sean los males que conlleva la escasez de agua en los dormitorios y cocinas de París», «hay otra carencia todavía mayor y de consecuencias infinitamente peores. El gran defecto de todas las ciudades de Francia es la falta de sumideros y alcantarillas, y re-

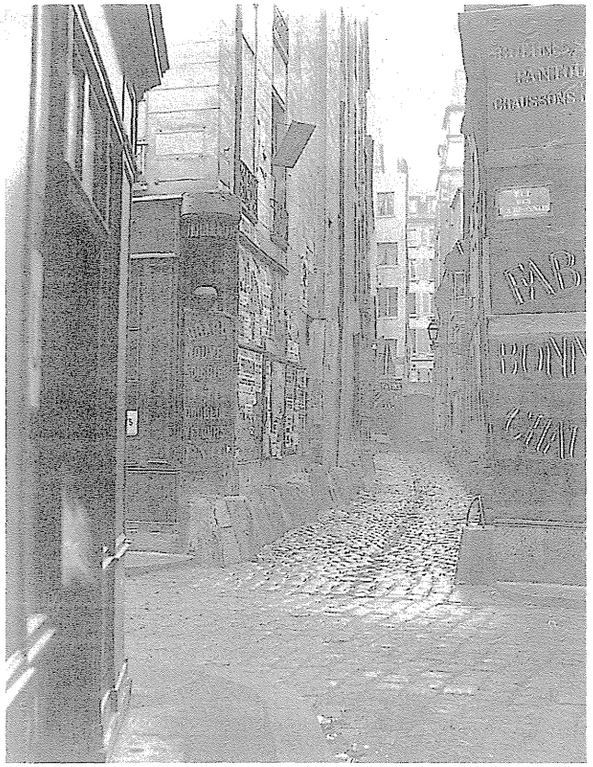


Ilustración 88. Muchas de las fotos de Marville del viejo París parecen estar tomadas poco después de que hubiera llovido; inevitablemente aparecen regueros en las calles. Pero en su mayor parte estos regueros son aguas residuales. Hizo falta mucho trabajo para remediar esta situación de insalubridad.

sulta un defecto tremendo»[4]. Muchas de las fotos callejeras de Marville de la década de 1850 parecen mostrar que acabara de llover, pero los regueros visibles en las calles son muestras de aguas residuales, no de lluvia. El primer estallido de cólera en 1848-1849 y el siguiente de 1855 incrementaron la importancia de lo que estaba en juego, porque, aunque las causas todavía no eran conocidas, se aceptaba de manera general que tenían mucho que ver con las condiciones de insalubridad.

La historia de la remodelación del subsuelo de París que realizó Haussmann ha sido considerada de manera general como dramática, espectacular e incluso heroica[5]. El suministro de agua mejoró realmente. En 1850 París tenía un suministro diario de algo más de 102 millones de litros, que suponiendo que se repartiera por igual (cosa que no sucedía), suponía una media de 98 litros por habitante. En 1870 esta cifra llegó hasta los 189 litros, todavía lejos de Londres, aunque las obras en realización la aumentarían en breve hasta los 242 litros por habitante. En lo que se re-

[4] Fannie Trollope, citada en D. Reid, *Paris Sewers and Sewermen: Realities and Representations,* cit., p. 38.

[5] D. Pinkney, *Napoléon III and the Rebuilding of Paris,* cit., pp. 125-126.

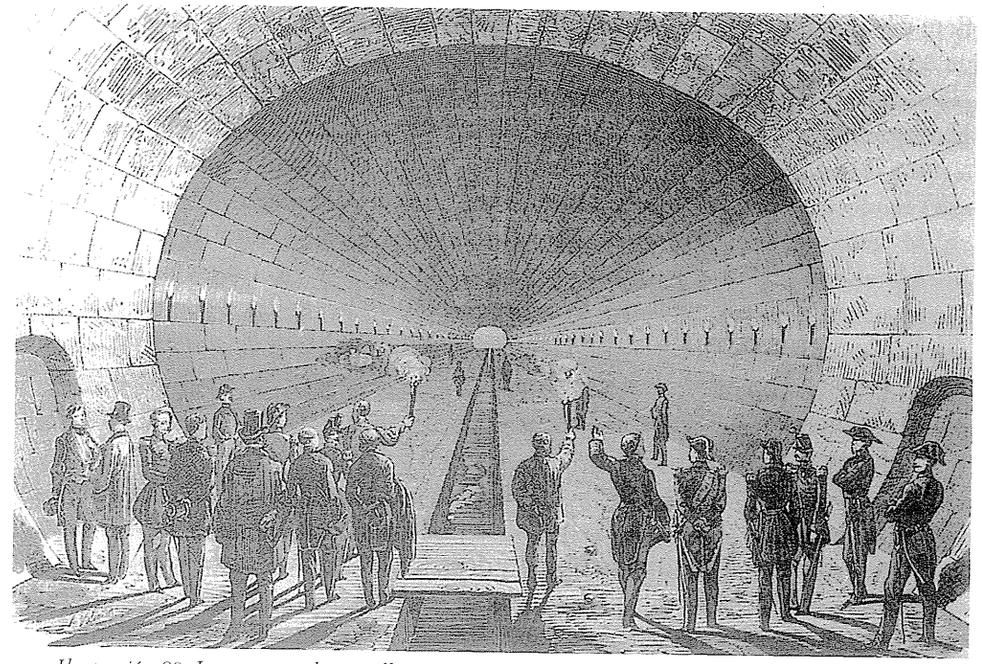
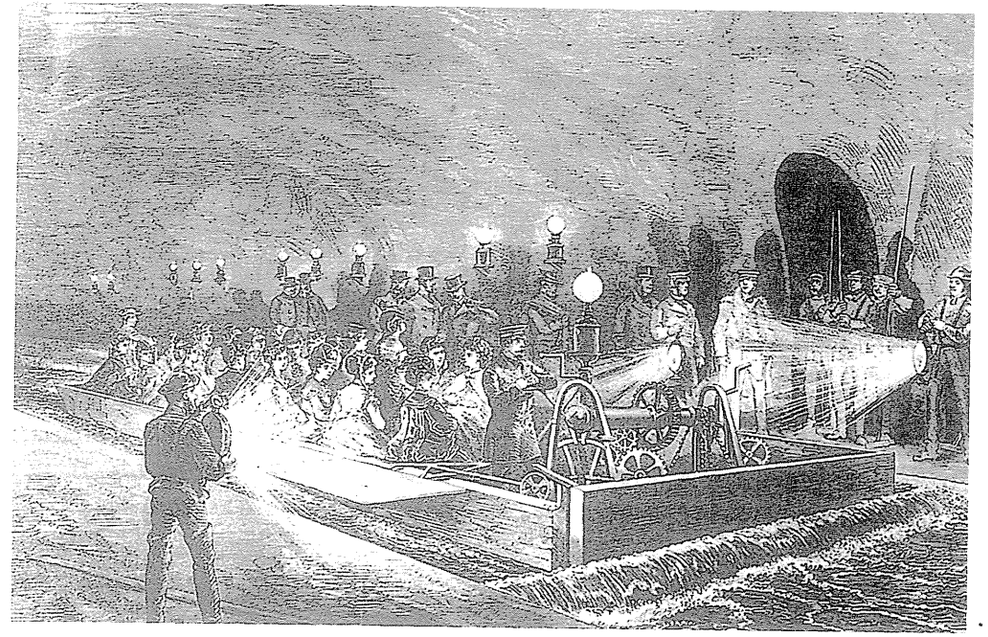


Ilustración 89. Las nuevas alcantarillas eran amplias y lo suficientemente espaciosas para que la burguesía y las visitas reales hicieran recorridos por ellas. En parte, estos recorridos fueron pensados para que los burgueses vieran que no había fuerzas siniestras, como las que Victor Hugo describía en Los miserables, *acechando en el subsuelo (ilustración superior de Valentin, inferior de Pelcoq).*



fiere a la distribución, Haussmann tuvo menos éxito. En 1870 la mitad de las casas no tenían agua corriente, y el sistema de distribución a los establecimientos comerciales todavía estaba insuficientemente establecido. Belgrand, con el apoyo de Haussmann, también decidió separar el suministro de agua potable de la destinada a otros usos, como fuentes, limpieza de las calles y usos industriales. Al principio, esto ayudó a reducir los costes de suministro de agua potable. En la región de París, la lucha por encontrar y alcanzar suministros adecuados de agua potable de buena calidad fue larga y estuvo obstaculizada por muchas dificultades técnicas. Haussmann salió victorioso. Como correspondía, los acueductos que trajeron agua pura de los alejados manantiales de Dhuis y Vanne, podían compararse con los de la Roma imperial, y contribuir a su manera a la propagación de ese aura. Y llegaron con suficiente fuerza como para permitir que toda la ciudad recibiera el suministro por flujo gravitacional.

El aumento de los flujos de agua suponía prestar más atención al tratamiento de las aguas residuales. En 1850, la calle era la principal alcantarilla. En 1852, antes de que llegara Haussmann, la prefectura había ordenado que «se instalaran conexiones a las alcantarillas en todos los edificios nuevos y en los edificios ya construidos cuyas calles estuvieran siendo totalmente renovadas». Pero, para que esto fuera efectivo, era necesario que todas las calles de París tuvieran alcantarillado. La actuación de Haussmann fue la habitual. «Mientras la longitud de las calles se dobló durante el Segundo Imperio, desde 424 a 850 kilómetros, el sistema de alcantarillas creció más de cinco veces, desde 143 a 773 kilómetros»[6]. Y lo que fue más importante, la capacidad de las alcantarillas que se construyeron era suficiente para que las casas pudieran reacondicionar las cañerías y otras infraestructuras subterráneas e instalar los tendidos eléctricos más tarde. El subsuelo de París se convirtió en un espectáculo a tener en cuenta. Se organizaron recorridos para visitas de dignatarios y de una burguesía en aquel momento temerosa de todo lo que se encontraba en el subsuelo, incluyendo las pequeñas especies que acechaban allí (la famosa descripción de las alcantarillas de París que hacía Victor Hugo en *Los miserables* contribuyó a esa idea). En un informe bastante conocido de Haussmann para el Consejo Municipal, decía:

> Estas galerías subterráneas serían los órganos de la metrópolis y funcionarían como los del cuerpo humano, sin ver nunca la luz del día. Por ellas circularía el agua pura y fresca, la luz y el calor, como los distintos fluidos cuyo movimiento y reabastecimiento sostienen la propia vida. Estos líquidos trabajarían sin ser vistos y mantendrían la salud pública sin perturbar la suave marcha de la ciudad ni estropear su belleza exterior[7].

[6] Reid (1991), p. 30; D. Pinkney, *Napoléon III and the Rebuilding of Paris,* cit., p. 132.

[7] Citado en M. Gandy, «The Paris Sewers and the Rationalitation of Urban Space», cit., p. 24.

Gandy interpreta esto como una vuelta del razonamiento a concepciones premodernas (de la naturaleza viva en vez de muerta) y se dispone a mostrar cómo «las dinámicas circulatorias del intercambio económico iban a inundar el orden urbano de concepciones orgánicas, e instituir una nueva serie de relaciones entre la naturaleza y la sociedad urbana»[8]. Para Gandy, esto no se realizó con Haussmann, sino que tuvo que esperar hasta finales del siglo XIX. Esta claro que el lenguaje de Haussmann puede ser parte de un discurso, procedente de la larga tradición del razonamiento biológico y de metáforas orgánicas que envolvía el trabajo de los higienistas en la Monarquía de Julio, pero también podría ser que, en un momento en el que el lenguaje de la ingeniería mecánica todavía no estaba establecido como el lenguaje técnico moderno, se viera lanzado a la metáfora de la circulación y del metabolismo de una manera puramente práctica; muchos de los ecologistas contemporáneos han revivido el concepto de metabolismo como parte fundamental de la idea de un desarrollo urbano sostenible. Las cuidadosas investigaciones científicas e informes de Belgrand, y los memorandos de Haussmann para persuadir a un Consejo Municipal escéptico y siempre precavido, están claramente desprovistos de semejante retórica y analizan los asuntos de manera mecánica. De cualquier forma, hacen hincapié en la idea de circulación y esa metáfora realizaba un trabajo doble. Por una parte, podía enfatizar las funciones purificadoras de la libre circulación del aire, de la luz, del agua y de los residuos controlados en la construcción de un medioambiente urbano saludable. Por otra, evocaba una conexión con la libre circulación de dinero, gente y mercancías por toda la ciudad, como si estas fueran también funciones completamente naturales. La circulación del capital podía entonces resultar «natural» y la remodelación de la metrópolis, de sus bulevares, parques, plazas y monumentos, podía interpretarse de acuerdo con el modelo natural.

[8] *Ibid.,* p. 24.

XV Ciencia y sentimiento, modernidad y tradición

Sobre las diferentes formas de propiedad, sobre la condición social de la existencia, se eleva una completa superestructura de sentimientos característicos y peculiarmente formados, ilusiones, modos de pensamiento y visiones de la vida.

Marx

Tratar de escudriñar el interior de la conciencia es un ejercicio arriesgado. Sin embargo, algo hay que decir de las esperanzas y sueños, de los miedos e imaginaciones que llevan a la gente a actuar. Pero ¿cómo reconstruir los pensamientos y sentimientos de los parisinos de hace más de un siglo? Realmente, hay una amplia literatura tanto popular como erudita, que complementada por caricaturas, pinturas, escultura, arquitectura, ingeniería, etc., nos muestra cómo sentían, pensaban y actuaban, por lo menos, algunos. Sin embargo, muchos otros no dejaron huellas tan tangibles. La masa de la población permanece callada y se necesita un cuidadoso estudio del lenguaje, palabras, gestos, canciones, teatro y publicaciones de masas *(La Science pour Tous*, *Le Roger Bontemps*, *La Semaine des Enfants)* para obtener una sensación fragmentada del pensamiento y la cultura popular[1].

El Segundo Imperio tenía reputación de ser una época de positivismo. No obstante, para las concepciones modernas era una clase de positivismo curioso, acuciado por la duda, la ambigüedad y la tensión. Los pensadores estaban «intentando de diferentes maneras y en diferentes medidas reconciliar aspiraciones y convicciones que [eran] incompatibles»[2]. Lo que era cierto para la intelectualidad,

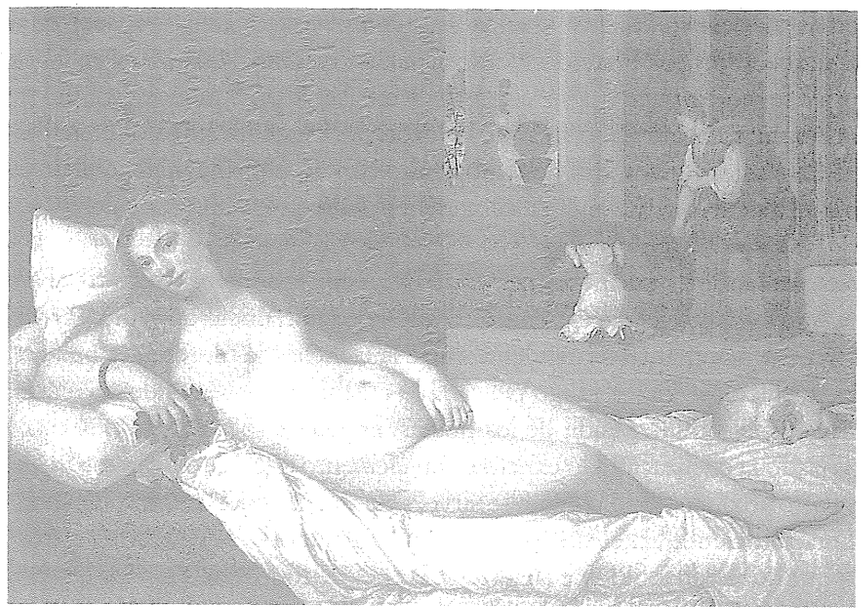
[1] A. Rifkin, «Cultural movements and the Paris commune», cit.

[2] Donald Charlton, *Positivist Thought in France During the Second Empire, 1852-1870,* Oxford, 1959, p. 2.

para los artistas y para los académicos, también era profundamente cierto para muchos trabajadores, que aunque estuvieran apasionadamente interesados en el progreso, frecuentemente se resistían a sus aplicaciones en el proceso de producción. Claude Corbon señalaba: «el trabajador que lee y escribe, tiene el espíritu del poeta que tiene grandes aspiraciones materiales y espirituales, pero este devoto del progreso se vuelve de hecho un reaccionario, retrógrado y oscurantista, cuando el progreso llega a su propio trabajo»[3]. Desde luego, para los artesanos, su arte era su ciencia, y su degradación no era un signo de progreso, como se quejaban incesantemente líderes como Varlin. Como París era el hogar del fermento intelectual, no solamente para la elite intelectual, sino también para los «intelectuales orgánicos» de la clase trabajadora, experimentó estas tensiones y ambigüedades con una fuerza redoblada. También había innumerables intersecciones donde el significado de la creciente sumisión del trabajador al poder del dinero se reflejaba en la prostitución del talento de escritores y artistas a los dictados del mercado. Aquí se encontraba la unidad de experiencia que puso a *la bohème* en el lado de los trabajadores durante la revolución.

Muchos se vieron sacudidos por las virtudes de la ciencia. Los alcances de la medicina tenían una importancia especial. Los estudiantes de medicina, no solamente estaban en la vanguardia de los movimientos políticos y científicos de la década de 1860, sino que la imagen de la fría disección de algo tan personal como el cuerpo humano, se volvió un paradigma de lo que trataba la ciencia. Y si el cuerpo humano podía diseccionarse, entonces ¿por qué no hacer lo mismo con el cuerpo político? La ciencia no era tanto un método, como una actitud determinada para luchar por la desmistificación de las cosas, para penetrar y diseccionar su esencia interior. Semejante actitud incluso se encontraba en el movimiento hacia «el arte por el arte». No solamente los científicos, sino también los escritores, los poetas, los economistas, los artistas, historiadores y los filósofos podían aspirar a la ciencia. «Estaba libre de la moralidad convencional y de cualquier motivo didáctico; era "pura" en el mismo sentido que querían que lo fuera su arte, [y] su objetividad e imparcialidad iba pareja con su determinación de evitar el sentimentalismo y de mostrar abiertamente el sentimiento personal». Como Sainte-Beuve escribió alabando *Madame Bovary*, la ambición de todo escritor era manejar la pluma como otros manejan el bisturí. Hijo de un médico, Flaubert estuvo toda su vida fascinado por la disección de cadáveres. «Resulta extraña la manera en la que me atraen los estudios médicos», escribía, pero «esa es la dirección de donde sopla el viento intelectual en nuestros días». Maxime du Camp, uno de sus amigos más cercanos durante sus primeros años, posteriormente escribió una «disección anatómica» del «cuerpo» de París en

[3] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris*, cit., p. 83.



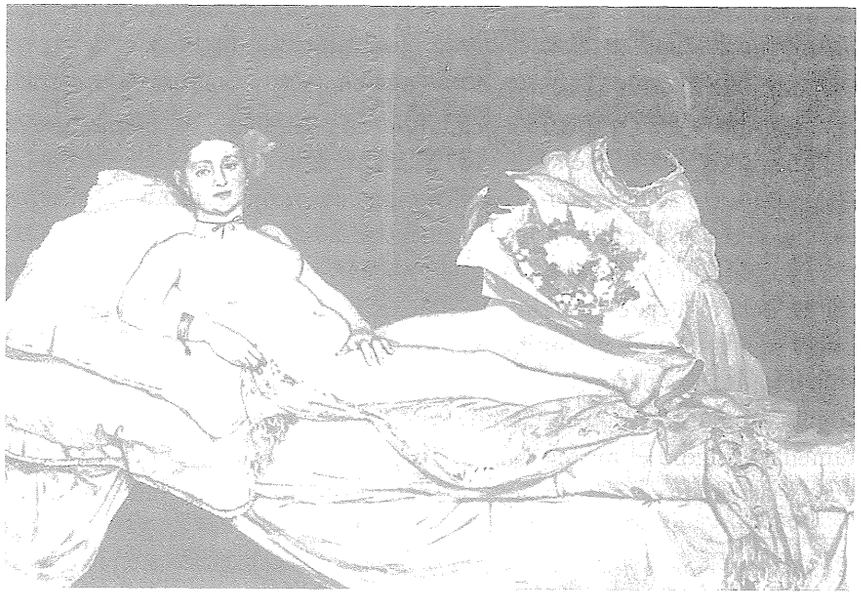


Ilustración 90. La manera en que la modernidad se hacía eco de la tradición se encuentra bellamente reflejada con la Olympia *de Manet, que claramente utiliza como modelo la* Venus de Urbino *de Tiziano. Pero el obediente perro se cambia por un incontrolable gato, símbolo del poder de los masones entre las clases altas. La criada pertenece mucho más a este mundo y su poder es más ambiguo; el desnudo, más que el de una cortesana, parece el de una simple prostituta, como muchos críticos de la época se quejaron.*

un estudio de seis volúmenes; y en sus *Mémoires* prácticamente diseccionaba del mismo modo al propio Flaubert (como señalaba Edmond Goncourt en su revista). Delacroix se vio empujado a señalar que la ciencia «como demostraba un hombre como Chopin, es el arte en sí mismo, la razón pura embellecida por el genio». Muchos artistas se vieron a sí mismos trabajando con un espíritu análogo al de científicos como Pasteur, que entonces estaba penetrando en los misterios de la fermentación[4].

Otros, notando el ensanchamiento de la brecha, intentaron cerrarla. Para Baudelaire, «no está muy lejano el tiempo en que se comprenderá que cualquier literatura que rehúse marchar fraternalmente entre la ciencia y la filosofía, es una literatura homicida, suicida». Victor Hugo pensaba lo mismo: «es a través de la ciencia como realizaremos la sublime visión de los poetas: la belleza social [...] En el estado que ha alcanzado la civilización, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido y el sentimiento artístico no solamente se sirve, sino que también se complementa con la aproximación científica; el sueño debe saber calcular»[5]. Trabajadores como Varlin seguro que hubieran estado de acuerdo, después de todo, esas eran las motivaciones que les habían llevado a buscar la educación. Jules Michelet era incluso más programático. Buscaba «la poesía de la verdad, la pureza en sí misma [que] penetra lo real para encontrar su esencia [...] y así rompe la estúpida barrera que separa la literatura del albedrío de la de la ciencia»[6].

Las confusiones y las ambigüedades surgieron porque pocos estaban preparados para separar la ciencia del sentimiento. Mientras una postura científica ayudaba a que los pensadores se liberaran de las trampas del romanticismo, del utopismo y, por encima de todas, del misticismo recibido de la religión, no les dispensaba de tener en cuenta las direcciones del progreso social y la relación con la tradición. «Un poco de ciencia te aleja de la religión; mucha, te acerca», decía Flaubert. Saint-Simon había señalado antes el camino, insistiendo que su nueva ciencia de la sociedad no podía ir a ninguna parte sin el poder de una cristiandad renovada, que guiara su determinación moral. Auguste Comte (que había colaborado con Saint-Simon en sus comienzos) siguió el mismo camino. El sintetizador de un positivismo teórico, abstracto y sistemático de la década de 1830, evolucionó hacia una veta del pensa-

[4] D. Charlton, *Positivist Thought in France During the Second Empire, 1852-1870,* cit., p. 2; G. Flaubert, *Letters, 1857-1880,* cit., p. 25; M. Du Camp, *Paris. Ses organes, ses fonctiom et sa vie dans la seconde moitie du XIXème siècle,* cit.; E. Goncourt, *Pages from the Goncourt Journal,* cit., p. 275; Eugene Delacroix, *The Journal of Eugene Delacroix,* ed. de H. Wellington, Nueva York, 1980, p. 96.

[5] Baudelaire está citado en Klein, «Some Notes on Baudelaire and Revolution», cit., p. 86; V. Hugo, *Les misérables,* cit., p. 1.047.

[6] M. Foulon, *Eugène Varlin,* cit.; J. Michelet, *La femme,* cit., p. 350; G. Flaubert, *Bouvard and Pecuchet,* Harmondsworth, 1976, p. 325.

miento más humanista en la década siguiente. A partir de 1849 y hasta su muerte en 1857, desde su casa cercana a la Place Sorbona escribió un folleto tras otro dedicados a la fundación de iglesias positivistas de la humanidad.

Aquellos que estaban más preocupados por la construcción de una ciencia de la sociedad no querían separar el hecho del valor. Antes de 1848, la ciencia social había quedado dividida entre los grandes sintetizadores como Comte, Saint-Simon y Fourier, cuyas abstracciones y especulaciones podían ser fuente de inspiración, y los empiristas, que, como los higienistas de la década de 1840, se limitaban a emotivas descripciones malthusianas sobre las espantosas patologías y privaciones a las que se veían expuestos los pobres y las depravaciones a las que tendían las clases peligrosas. Ninguna de las dos tendencias produjo una ciencia social incisiva. Fue Proudhon quien puso de relieve en el contexto francés las conexiones existentes entre capitalismo, miseria y crimen, mientras que correspondió a *El capital* de Marx (el primero de cuyos volúmenes apareció en Alemania en 1867) hacer esas conexiones todavía más explícitas. Los estudiantes de medicina, que posteriormente formaron el núcelo del movimiento blanquista, también utilizaron con grandes resultados sus escalpelos materialistas para diseccionar la sociedad y sus males. Pero también se podían observar otras tendencias menos prometedoras. Durante la década de 1850, Le Play combinaba el positivismo con el empirismo para construir una nueva ciencia social que apoyara la causa católica. Sus extensos estudios estuvieron dedicados a proteger el concepto cristiano de familia como base del orden social. Tampoco los economistas liberales se quedaban atrás en perfilar su ciencia social «objetiva» con fines políticos[7].

Estas corrientes entrelazadas y confusas son difíciles de entender sin hacer referencia a la compleja evolución de las relaciones y alianzas de clase que produjeron en 1848 la República conservadora y el Imperio. Como hemos visto, en la Revolución de 1848, los demócratas progresistas se unieron en las barricadas a un abigarrado surtido de la *bohème* (Courbet y Baudelaire, por ejemplo), románticos (Lamartine y George Sand), socialista utópicos (Cabet y Blanc) y jacobinos (Blanqui y Delescluze), así como a un igualmente abigarrado surtido de trabajadores, estudiantes, gente de la calle y representantes de «las clases peligrosas». La represión de junio echó por tierra esta alianza en todos los aspectos. Cualquiera que hubiera sido su papel real, el poderoso sello ideológico que los románticos y socialistas utópicos colocaron sobre la retórica de 1848, quedó totalmente desacreditado por la represión de junio. «Los poetas no pueden vencer», bromeaba Flaubert. Proudhon encontraba la demagogia de las barricadas sin interés y utópica, totalmente carente de

[7] L. Chevalier, *Laboring Classes and Dangerous Classes,* cit., p. 269; J. W. Scott, *Gender and the Politics of History,* cit.; F. Le Play, *Les ouvriers européens,* 6 vols., París, 1878.

sentido práctico. Sin embargo, el romanticismo y el utopismo habían sido la primera línea de defensa contra la subordinación de todos los modos de pensamiento a la religión. Había que encontrar otros medios de defensa y de protesta:

> Hablando en general, el positivismo había desplazado al utopismo; la creencia mística en las virtudes de la gente y las esperanzas de una regeneración espiritual dieron paso a un pesimismo más cauteloso sobre el género humano. Los hombres empezaron a mirar el mundo de una manera diferente, porque las espléndidas ilusiones se habían hecho añicos delante de sus ojos, y su propio estilo de hablar y de escribir había cambiado[8].

Aquí se encuentra el significado del repentino salto que da Coubert hacia el realismo en el arte (un realismo al que muchos llamaban «socialista»); del abrazo intenso e inflexible de Baudelaire a una modernidad a la que la violencia de 1848 había dado una dimensión mucho más trágica; y de la inicial confusión que muestra Proudhon frente a los planes utópicos y que luego se transformaría en un rechazo frontal. Coubert, Baudelaire y Proudhon pudieron hacer e hicieron causa común[9]. Su desilusión con el romanticismo y el utopismo fue típica de la respuesta social a los acontecimientos de 1848, que buscaba en el realismo y la ciencia aplicada los medios de liberar sentimientos humanos. Tal vez siguieron siendo unos románticos en el fondo de su corazón, pero eran románticos armados con bisturíes, dispuestos a resguardarse del autoritarismo de la religión y del Imperio con el escudo del positivismo y la ciencia imparcial. La burguesía respetable sacó una conclusión similar, aunque por razones completamente diferentes. Había que organizar escuelas profesionales para entrenar a trabajadores competentes, capataces y encargados de fábricas «para los combates de la producción» en vez de producir «bachilleres sin empleo amargados por su impotencia, nacidos solicitantes de cualquier empleo público, molestando al Estado con sus pretensiones»[10].

Parecería lógico que el Imperio, con sus preocupaciones por el progreso social e industrial, hubiera dado la bienvenida a este giro hacia el realismo y la ciencia, que lo hubiera alentado y atraído a sus filas. Aparentemente así lo hizo, con la promoción de Exposiciones Universales dedicadas a la alabanza de las nuevas tecnologías; con el establecimiento de comisiones de trabajadores que examinaran los frutos y aplicaciones del cambio tecnológico y con actuaciones similares. Sin embargo, el

[8] William Fortescue, *Alphonse de Lamartine. A Political Biography,* Londres, 1983; T. Zeldin, *Ollivier and the Liberal Empire of Napoléon III,* cit., p. 39.

[9] T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France, 1848-1851*, cit.; *Image of the People. Gustave Courbet and the 1848 Revolution,* cit.; James Rubin, *Realism and Social Vision in Courbet and Proudhon,* Princeton (NJ), 1980.

[10] Robert Gildea, *Education in Provincial France, 1800-1914,* Oxford, 1983, p. 321.

Segundo Imperio no hizo nada para invertir lo que la mayoría de los observadores consideraban que era un serio declive de la ciencia en Francia, agravándolo incluso hasta 1864; ésta había alcanzado su cenit a principios del siglo XIX para acabar en una relativa mediocridad a finales del mismo[11]. La falta de apoyo a la investigación obligó a Pasteur a dedicar mucho tiempo a buscar financiación, mientras que las políticas gubernamentales (que negaban a los estudiantes la libertad de expresión sobre cuestiones políticas, por ejemplo) a menudo provocaban semejante agitación en las universidades que las protestas estudiantiles muchas veces saltaban a la calle o se traducían en conspiraciones clandestinas como las de los blanquistas. Ciencia y positivismo, libre pensamiento y materialismo, se convirtieron en formas de protesta. El misticismo de la religión, la censura del autoritarismo y la frivolidad de la cultura del Segundo Imperio fueron los principales blancos de estas protestas.

Las contradicciones de la política imperial también hay que entenderlas en términos de la temblorosa alianza de clases sobre la que descansaba el poder de Luis Napoleón. Realmente su genialidad y su desgracia estuvieron en que buscara la implantación de la modernidad en nombre de la tradición; que usara el autoritarismo del Imperio para enarbolar las libertades y licencias de la acumulación privada del capital. Podía ocupar semejante lugar en la historia precisamente porque la inestabilidad de las relaciones de clase en 1848 le dio la oportunidad de cohesionar el descontento y el miedo de todas las clases alrededor de una leyenda que prometía estabilidad, seguridad y, quizá, gloria nacional. Sin embargo, sabía que tenía que avanzar más lejos. «Marchad a la cabeza de las ideas del siglo», escribía, «y esas ideas te seguirán y apoyarán. Marchad detrás y te arrastrarán. Marchad detrás y te derribarán»[12]. Sin embargo, el problema era que necesitaba el apoyo de la Iglesia católica que tenía una base reaccionaria, inculta y estaba dirigida por un papa que rechazaba por completo la reconciliación con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna. Sin duda, hubo católicos progresistas, poco apreciados por Roma, que, como Montalembert, apoyaron el golpe de Estado para después lamentar su alianza con el Imperio lo que les valió la persecución pública. Pero el efecto neto, por lo menos hasta la ruptura de esa alianza en la década de 1860, fue dejar gran parte de la educación en manos de aquellos que la consideraban únicamente un medio de control y propagación de los valores tradicionales en vez de una fuente de progreso social. Eso, combinado con la censura, transformó el movimiento librepensador de las universidades en una gran crítica hacia el Imperio.

[11] R. Fox y G. Weisz, *The Organization of Science and Technology in France, 1808-1914,* Londres, 1983.

[12] Citado en T. Zeldin, *The Political System of Napoléon III,* cit., p. 101; F. Green, *A Comparative View of French and British Civilization, 1850-1870*, cit., capítulo 3.

El Imperio también era vulnerable porque se sentaba a caballo de la ruptura entre tradición y modernidad. Buscaba el progreso social y tecnológico, y por ello tenía que enfrentarse en el terreno de las ideas y de la acción al poder de clase y a concepciones tradicionales: la religión, la monarquía autoritaria y el orgullo artesanal. También estaba fundado sobre una leyenda, pero esa leyenda no podía resistir un examen detallado. En ella había dos principales puntos turbios: la manera en la que había surgido el Primer Imperio de la Primera República y el colapso final que sufrió. Los censores buscaban imponer un silencio tácito sobre semejantes cuestiones, con la prohibición de las obras y representaciones populares que hacían referencia a ellas (incluso alguna obra de Alejandro Dumas sufrió esa censura). Victor Hugo, tronando desde la seguridad del exilio contra la iniquidad de Napoleón «*le petit*», abrió el fuego. En *Los miserables* introdujo una brillante pero, desde el punto de vista de la trama, gratuita descripción de la derrota de Waterloo, al hilo de la cual colaba su opinión de que la victoria de Napoleón I en Waterloo «hubiera sido contraria a la marcha del siglo XIX» y que hubiera resultado «fatal para la civilización» tener «un mundo tan grande en las manos de un hombre solo», y que «un gran hombre tenía que desaparecer para que un gran siglo pudiera nacer». *Les miserables*, aunque se publicó en Bruselas, en 1862 estaba en París «en manos de todos», y el mensaje de Victor Hugo seguramente no pasó desapercibido para sus lectores[13].

Esta clase de explotación de la tradición no era nueva. El forcejeo de historiadores y escritores como Michelet, Thiers y Lamartine en torno al significado de la Revolución francesa, había tenido un papel importante en la política de la década de 1840. Los republicanos utilizaron la historia y la tradición después de 1851 para hacer observaciones políticas; estaban tan preocupados por inventarse la tradición como por representar una cierta versión de ella. Esto no es una acusación de distorsión, sino de lectura de los registros históricos de tal manera que movilizaran la tradición hacia un propósito político concreto. Era como si el peso muerto de la tradición fuera tal que el progreso social tenía que depender de su evocación, aunque, como señalaba Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, no fuera sino «como una pesadilla en el cerebro de los vivos»[14]. En este aspecto, artistas, poetas, novelistas e historiadores hicieron causa común. Como ejemplo, muchos de los cuadros de Manet, realizados durante en el periodo del Segundo Imperio, retratan la vida moderna a través de la recreación de temas clásicos: en 1863 realizó la controvertida *Olympia* tomando como modelo la *Venus de Urbino* de Tiziano. Como sugiere Michael Fried, se hacía eco de los escritos políticos y republicanos de Michelet en 1846-1848, al mismo tiempo que contestaba a la petición de Baudelaire de un arte que representara el heroísmo de la vida moderna[15].

[13] A. Rifkin, «Cultural Movements and the Paris Commune», cit.; V. Hugo, *Les misérables,* cit.; Igor Tchernoff, *Le Parti Républicain,* París, 1906, p. 517.

[14] K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte,* cit., p. 15.

La experiencia de los artesanos no fue diferente. Su resistencia había obligado a gran parte de la industria de la ciudad a realizar todo tipo de adaptaciones, habían defendido su trabajo y su estilo de vida con intensidad, y para hacerlo habían utilizado tácticas corporativas. Cuando el emperador les invitó a que vieran las virtudes del progreso tecnológico y a que plasmaran sus reacciones ante la Exposición Universal de 1867, respondieron con una defensa de las tradiciones artesanales[16]. Sin embargo, su poder se estaba erosionando, engullido por la competencia y el cambio tecnológico que producía la nueva división internacional del trabajo. Esto representaba enormes problemas para los «intelectuales orgánicos» del movimiento obrero, así como para los socialistas revolucionarios que buscaban un camino de futuro, pero que tenían que buscarlo sobre una base encarnizadamente defendida de tradiciones ideológicas profundamente arraigadas (que para los blanquistas surgían de la Revolución francesa). La masa de trabajadores inmigrantes, a menudo sin cualificar, aferrados a unas tradiciones rurales degradadas y con unas perspectivas pueblerinas no ayudaba a clarificar la cuestión. Sin embargo, el golpe de Estado también había descubierto bolsas significativas de conciencia y resistencia rural, de donde fueron reimportados unos sentimientos revolucionarios que, hasta entonces, París se había mostrado orgulloso de exportar a un espacio rural que supuestamente le respaldaba. Como veíamos en el capítulo 1, que el campo fuera en sí mismo un lugar de relación y protesta de clase y, por ello, un terreno abonado para las políticas de clase, era un hecho que la mayoría de los parisinos prefería negar.

El problema radicaba, no obstante, en que las nuevas circunstancias materiales y las nuevas relaciones de clase en París, requerían una línea de análisis y de acción política de la que no había ninguna tradición. La Internacional, que surgió enraizada en tradiciones mutualistas y corporativistas, tenía que inventar una tradición nueva para afrontar las luchas de clases de 1868-1871. Ese esfuerzo produjo una visión con más perspectivas y un barniz modernista que alcanzó algunos aspectos de lo que sucedió en la Comuna. Tristemente tuvo más éxito después del martirio de muchos de sus miembros en 1871. La conciencia está tan enraizada en el pasado y en sus interpretaciones como en el presente.

La modernidad que creó Haussmann estaba profundamente arraigada en la tradición. La «destrucción creativa» que exigían demoliciones y reconstrucciones

[15] M. Fried, «Grieving for a Lost Home», cit.; Ch. Baudelaire, *Selected Writings on Art and Artists,* cit.

[16] J. Rancière y P. Vauday, «Going to the Expo: The Worker, His Wife and Machines», cit.

tenía sus precedentes en el espíritu revolucionario y, aunque Haussmann nunca lo evocaría, la destrucción creativa de las barricadas en 1848 ayudó a pavimentar su camino. Al mismo tiempo, muchos admiraron su voluntad para actuar con decisión. Edmond About escribía en la *Guía de París de 1867:* «como los grandes destructores del siglo XVIII que hicieron tabla rasa del espíritu humano, yo aplaudo y admiro esta destrucción creativa». Sin embargo, Haussmann no estaba al margen de la lucha entre modernidad y tradición, entre ciencia y sentimiento. Posteriormente alabado o condenado como el apóstol de la modernidad en la planificación urbana, pudo hacer lo que hizo, en parte, por sus profundas reivindicaciones de la tradición. En sus *Mémoires*, Haussmann decía: «si Voltaire pudiera disfrutar del espectáculo de París en la actualidad, que superaría todos sus deseos, no entendería por qué los parisinos, sus hijos, los herederos de su fino espíritu, lo han atacado, criticado y encadenado». Apela directamente a la tradición racionalista de la Ilustración y, más en concreto, a los deseos expresados por escritores tan diversos como Voltaire, Diderot, Rosseau y Saint-Simon e incluso por socialistas como Louis Blanc y Fourier, para imponer la racionalidad y el orden sobre la caótica anarquía de una ciudad contumaz. Anthony Vidler sugiere que la haussmannización de París llevó «a su lógica más extrema las técnicas del análisis racionalista y los instrumentos formales del antiguo régimen, tal y como fueron remodeladas por el Primer Imperio y sus instituciones»[17]. Sospecho que estas raíces en la tradición fueron en parte, las que proporcionaron a las obras de Haussmann la aceptación que tuvieron. Además de Edmond About, muchos autores de la influyente *Guía de París de 1867* (realizada para resaltar la Exposición Universal de ese mismo años) alabaron las obras de Haussmann en esos mismos términos.

Pero a París también se la había considerado una ciudad enferma. Por ello, Haussmann podía aparecer también en el papel de cirujano:

> Después de una patología prolongada, de la larga agonía del paciente, la actuación radical de la cirugía iba a liberar de una vez por todas el cuerpo de París de su enfermedad, de su cáncer y de sus epidemias. «Abrir» y «perforar» fueron adjetivos utilizados para describir las operaciones; donde el terreno estuviera especialmente obstruido, se producía un «destripamiento» que recompusiera las arterias y restableciera los flujos. Los médicos, los cirujanos y los propios críticos, repetían las metáforas una y otra vez, grabando firmemente en las conciencias sus analogías con la planificación urbana, de tal manera que, para entonces, la metáfora y la naturaleza científica de la acción, quedaban fundidas y confundidas[18].

[17] *Paris Guide 1867,* edición de 1983, p. 33; G. E. Haussmann, *Memoires du Baron Haussmann,* cit., vol. II, p. 533; Anthony Vidler, «The Scenes of the Street. Transformations in Ideal and Reality, 1750-1871», en S. Anderson (ed.), *On Streets,* Cambridge (MA), 1978, p. 84.

Las metáforas de «la ciencia de la higiene» y de «la cirugía» eran poderosas y convincentes. La estrategia de representación de Haussmann cuando se refería a las funciones metabólicas de la ciudad (la circulación del aire, del agua, de los desechos) iba a otorgar a la ciudad el papel de cuerpo viviente cuyas funciones vitales debían ser cuidadas. El Bois de Boulogne y Vincennes se consideraban afectuosamente los grandes pulmones de la ciudad. Todo esto no es obstáculo para que en general Haussmann percibiera la ciudad desapasionadamente, como un artefacto que podía ser entendido y manipulado de acuerdo con principios y técnicas científicas y mecánicas. Las torres que sirvieron para la triangulación de París simbolizaban una nueva perspectiva espacial de la ciudad como conjunto, como lo hizo la relación de Haussmann con la geometría de la línea recta y la exactitud con la que estableció la nivelación de los flujos del agua potable y la residual. Los trabajos de ingeniería que se pusieron en marcha fueron exactos, brillantes y exigentes; «el sueño» de Voltaire y Diderot había «aprendido a calcular» como había dicho Victor Hugo, o como prefiere Michel Carmona, el soñador (Luis Napoleón) encontró a alguien (Haussmann) que sabía calcular. Pero, como hemos visto, Haussmann también intentó complacer al sentimiento incluso de construirlo, y de aquí viene el elaborado mobiliario urbano, bancos, farolas de gas, kioscos; los monumentos y las fuentes (como la de la plaza de Saint-Michel); la plantación de árboles a lo largo de los bulevares y la construcción de grutas góticas en los parques. Buscaba reintroducir la fantasía en los detalles de un gran diseño que proclamara los ideales gemelos de la racionalidad de la Ilustración y de la autoridad imperial.

Pero si el cuerpo de la ciudad estaba siendo radicalmente reelaborado, ¿qué pasaba con su alma? Las respuestas a esta pregunta eran ruidosas y polémicas. Baudelaire, por ejemplo, que conocía demasiado bien el «placer natural de la destrucción», no podía protestar ni protestó contra la transformación de París. Su célebre frase «¡Ay!, la cara de una ciudad cambia más deprisa que el corazón de un mortal» se dirigía más hacia la incapacidad para ponerse de acuerdo con el presente, que a oponerse a los cambios que estaban ocurriendo. Para los que estaban preocupados por la higiene y, en especial, por el cólera (causó estragos en 1848-1849 y reapareció con menor virulencia en 1853-1855 y 1865), la reelaboración podía ser bienvenida como una forma de purificación tanto del cuerpo como del alma. Pero también había muchos que expresaban una condena visceral. París estaba agonizando bajo el bisturí del cirujano,

[18] A. Vidler, «The Scenes of the Street. Transformations in Ideal and Reality, 1750-1871», cit., p. 91.

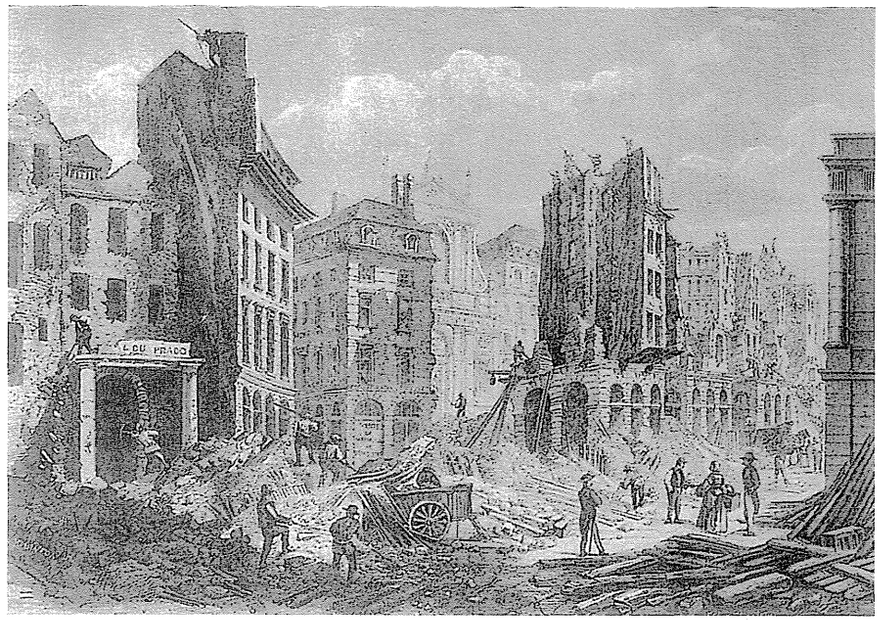
se estaba convirtiendo en Babilonia o, lo que era peor, americanizándose o pareciéndose a Londres. Su verdadera esencia y su alma estaban siendo destrozadas no sólo por los cambios físicos, sino también por la decadencia moral de la *fête impériale*.

Las lamentaciones que se oían por todas partes iban mayoritariamente unidas a la nostalgia. La destrucción del viejo París y la evisceración de todos los recuerdos se citaban con frecuencia. Zola inserta una elocuente escena en *La jauría*. Un antiguo trabajador, miembro de una comisión que calcula la compensación por las expropiaciones, visita un barrio donde había vivido cuando era joven. La emoción le inunda cuando ve, en un edificio en demolición, el papel de la pared de su vieja habitación y la taza donde «metió trescientos francos moneda tras moneda». Éste fue un tema al que recurrió Daumier más de una vez. En el otro bando, Saccard «parecía embelesado con este paseo por la devastación [...] Seguía los cortes con los placeres secretos de la autoría, como si él mismo hubiera lanzado los primeros golpes de la piqueta con sus dedos de hierro. Brincaba sobre los charcos, reflejando que tres millones estaban esperándole debajo de un montón de escombros, al final de esta corriente de fango grasiento». En ningún otro lugar se evoca mejor la descarada alegría de la destrucción, que en esta novela de la haussmannización en toda su crudeza[19].

Pero la nostalgia puede ser una poderosa arma política. El escritor monárquico Louis Veuillot la utilizó con grandes resultados en su influyente *Les odeurs de Paris*. Contemplando la destrucción de la casa donde había nacido su padre, escribe: «Me han expulsado; otro ha venido a establecerse aquí y mi casa ha sido arrasada; un sórdido pavimento cubre todo. Una ciudad sin pasado, llena de espíritus sin recuerdos, de corazones sin lágrimas ¡de almas sin amor! Una ciudad de multitudes sin raíces, montones movibles de escombros humanos. Puedes crecer, incluso convertirte en la capital del mundo, pero nunca tendrás ciudadanos». Jules Ferry (1868), en su estudio sobre la contabilidad creativa de Haussmann, vertió copiosas lágrimas (un poco oportunistas o directamente de cocodrilo) por el «viejo París, el París de Voltaire, Diderot y de Desmoulins, el París de 1830 y 1848», cuando se enfrentaba a «las magníficas pero intolerables nuevas residencias, las crecientes multitudes, la intolerable vulgaridad, el atroz materialismo que estamos dejando a nuestros descendientes»[20]. Haussmann, seguramente, tuvo este pasaje presente cuando defendió que sus trabajos estaban precisamente en la tradición de Voltaire y Diderot. En uno de los últimos trabajos de Proudhon, publicado en 1865, considera la ciudad destruida físicamente por la fuerza y la locura, pero insistía en que su espíritu no había quedado dañado, que el París de lo viejo, convertido en cenizas bajo el nuevo, donde la

[19] É. Zola, *The Kill*, cit.

[20] Louis Veuillot, *Les odeurs de Paris*, París, 1867, p. ix; J. Ferry, *Comptes Fantastiques d'Haussmann*, cit.



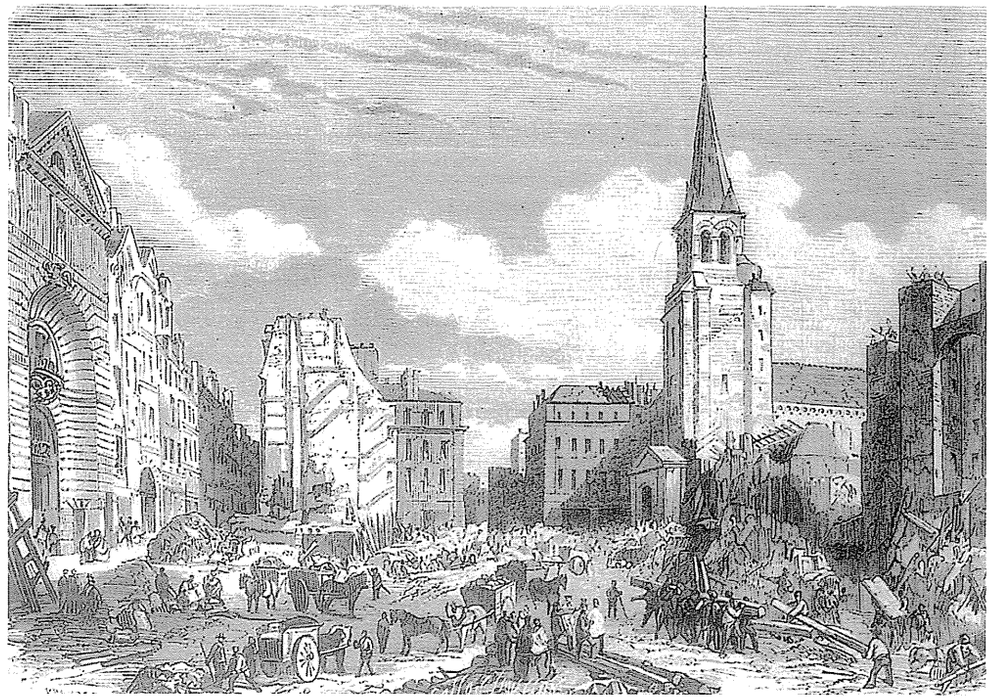


Ilustración 91. El espectáculo de la demolición se reflejó frecuentemente en las litografías de la época. Arriba, el Boulevard de Sebastopol, de Linton y Thorigny, y abajo, la Rue de Rennes, de Cosson, Smeeton y Provost.

Ilustración 92. En estas dos viñetas, Daumier aborda el tema de la nostalgia por lo que se ha perdido al hilo de los cambios que trajo Haussmann. En la primera, el hombre se muestra sorprendido al encontrar su casa demolida y comenta que parece como si hubiera perdido también a su mujer. En la segunda, el hombre se queja de la insensibilidad de los trabajadores de Limoges, que no respetan los recuerdos, mientras echan abajo la habitación donde pasó su luna de miel.

población autóctona se había vuelto invisible por la marea de forasteros y cosmopolitas, resurgiría del pasado como un fantasma y levantaría la causa de la libertad. Para Fournel, así como para muchos otros, el problema era la monotonía, la homogeneidad y el aburrimiento impuesto por el compromiso geométrico de Haussmann con la línea recta. Se quejaban de que París pronto no sería otra cosa que un gigantesco *phalanstère*, en el que todo estaría igualado y aplanado al mismo nivel. El París de la multiplicidad y la diversidad estaba siendo sustituido por una ciudad única. En París sólo existía una calle, la Rue de Rivoli, y se la estaba reproduciendo por todas partes, decía Fournel; lo que quizá explica la críptica respuesta de Victor Hugo cuando se le pregunta en su exilio si echa de menos a la ciudad: «París es una idea, y por lo demás, es la Rue de Rivoli, y yo siempre he detestado la Rue de Rivoli»[21].

Desde luego, no está claro qué parte correspondía a un auténtico sentimiento de pérdida y qué parte a un simple movimiento táctico, de monárquicos o republicanos, para invocar alguna época dorada pasada con la que atacar al poder imperial; sospecho que Ferry entra en este segundo apartado. Pero las obras de Haussmann eran solamente uno de los aspectos. La desaparición de viejos oficios, la ascensión de nuevas estructuras de empleo y propiedad, la aparición de las instituciones de crédito, el dominio de la especulación, el significado de la compresión del espacio y del tiempo, las transformaciones en la vida pública y el espectáculo público, el bur-

[21] E. Goncourt, *Pages from the Goncourt Journal,* cit., p. 61.

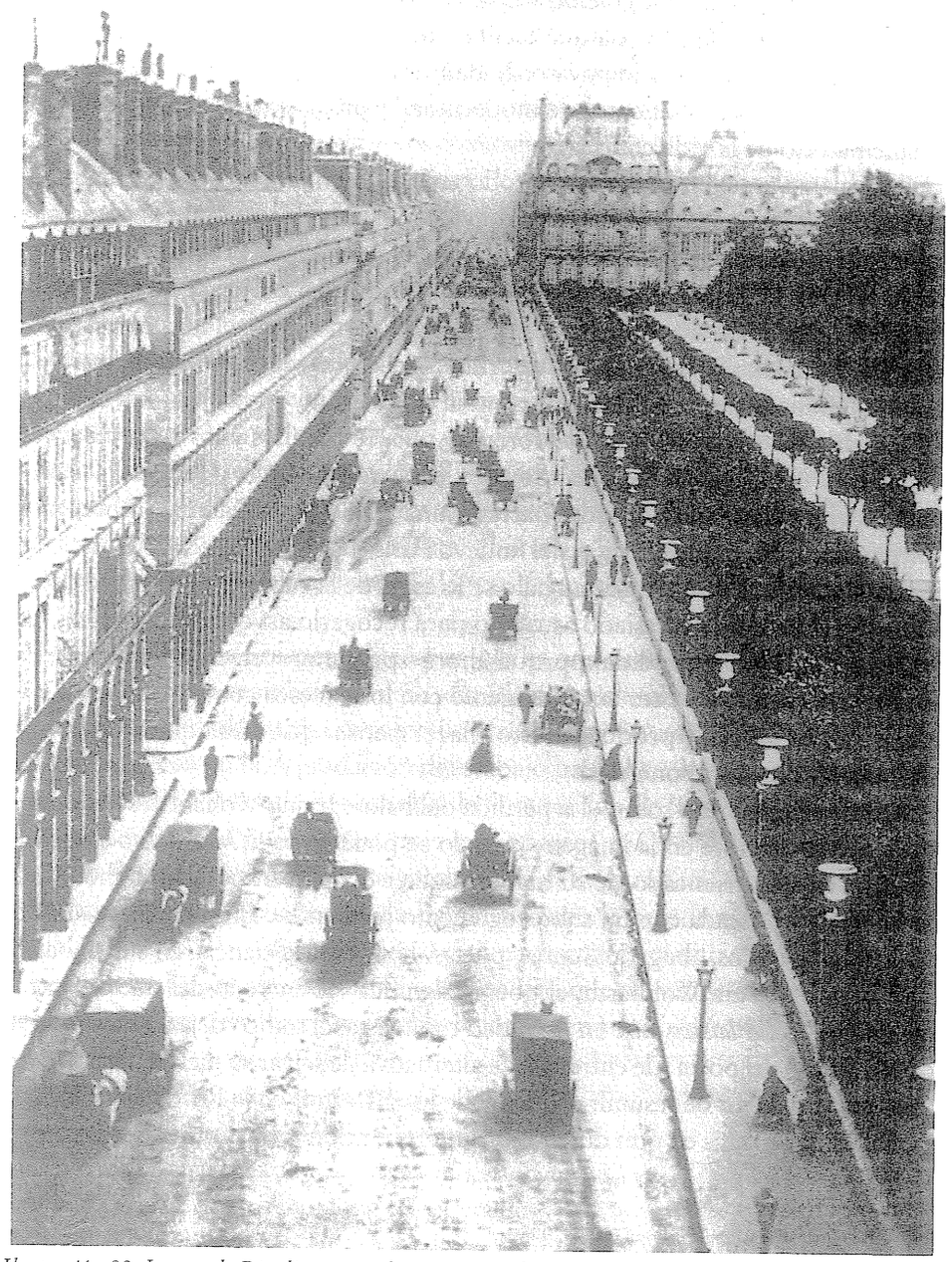


Ilustración 93. La rue de Rivoli, con su alineación rectilínea, se veía con frecuencia como muestra de todo lo que Haussman quería. Por ello, Victor Hugo señalaba desde su exilio que París todavía era una gran idea, pero que todo parecía haberse convertido físicamente en algo como la rue de Rivoli, y «yo. detesto la Rue Rivoli».

do consumismo (del que se lamentaba Goncourt en su revista), la inestabilidad de los barrios a causa de la inmigración y la suburbanización; todo originaba un refunfuñante sentimiento de pérdida que fácilmente podía estallar en ira. Aquellos que perdían el paso, como el viejo payaso de Baudelaire, era poco probable que se sintieran consolados por los cuentos de modernidad y progreso y su carácter necesario y emancipatorio de la vida cotidiana.

El problema era cómo interpretar todo esto. Evidentemente, algo se había perdido, pero ¿qué era exactamente? y ¿debería ser el centro de tantas lamentaciones? Desde esta perspectiva se puede leer el poema en prosa de Baudelaire, «La pérdida del halo»[22]. En él, se habla del inesperado encuentro, en un lugar de mala reputación, de un poeta con un amigo (que según Goncourt, recoge el encuentro real entre Baudelaire y St. Beuve, cuando el primero sale y el segundo va a entrar en un burdel. St. Beuve, se anima tanto que cambia de opinión y se van juntos a beber). El poema habla de cómo el poeta, aterrorizado por los caballos y los vehículos, cruza rápidamente el bulevar, «chapoteando entre el barro, en medio de una furia caótica, con la muerte galopando por todas partes» (una tensión que Daumier representaba gráficamente en su interpretación del «nuevo París») (ilustración 27). Más adelante, un movimiento brusco hace que su halo se le caiga de la cabeza en «el fango del macadán». Se encuentra demasiado asustado para recogerlo así que lo abandona, pero ve que se alegra de la pérdida, porque ahora «puede moverse de incógnito, caer todo lo bajo que quiera y ser tan indulgente con los excesos como cualquier mortal ordinario». Además, le produce cierto placer pensar que «cualquier mal poeta» pueda encontrárselo y ponérselo.

Mucho se ha hablado sobre «La pérdida del halo». Irving Wohlfarth señala «la sacudida de reconocerse en la imagen» cuando se pone junto al *Manifiesto comunista*. «La burguesía ha arrancado de su halo cualquier ocupación que hasta ahora había sido honrada y buscada con un sobrecogimiento reverente». El capitalismo «ha convertido a los médicos, abogados, curas, poetas, hombres de ciencia, en sus trabajadores asalariados». Para Wohlfarth, el poema significa «el empeño del poeta contra la ciega guillotina del *laissez faire* en la ciudad capitalista; el tráfico deja en desuso el tradicional disfraz del poeta y le enfrenta a la alternativa de salvar su piel o su halo». ¿Hay alguna manera mejor de resumir el dilema de los artesanos en la Revolución de 1848? Marshall Berman lleva en otra dirección la interpretación[23]. Se centra en el tráfico:

[22] Ch. Baudelaire, *Paris Spleen,* cit., p. 94.

[23] M. Berman, *All That Is Solid Melts into Air,* Nueva York, 1982, pp. 155-164; Irving Wohlfarth, «Perte d'auréole. The Emergence of the Dandy», *Modern Language Notes* LXXXV, 4 (mayo de 1970), en I. Wohlfarth, *The Limits of Narrative. Essays on Baudelaire, Flaubert, Rimbaud and Mallarmé*, Cambridge, 1986.

> El arquetipo del hombre moderno, como lo encontramos aquí, es un peatón arrojado a la vorágine del tráfico en una ciudad moderna; un hombre solitario en pugna con una aglomeración de gente y de energía, pesada, veloz y mortífera. El creciente tráfico de la calle y del bulevar no conoce límites temporales ni espaciales, se derrama por todos los espacios urbanos, impone su ritmo sobre el tiempo de todos, transforma todo el conjunto del contexto moderno en un «caos en movimiento» [...] Esto convierte al bulevar en un símbolo perfecto de las contradicciones interiores del capitalismo: la racionalidad de cada unidad capitalista conduce a una racionalidad anárquica de todo el sistema social que engloba todas esas unidades.

Sin embargo, aquellos que están deseando arrojarse a esa vorágine y perder su halo adquieren una nueva clase de poder y de libertad. Como dice Berman, Baudelaire «quiere obras de arte que nazcan en medio del tráfico, que se alimenten de su anárquica energía [...] de manera que «La pérdida del halo» se convierte en la declaración de algo que se ha ganado». Solamente un mal poeta intentará recoger y ponerse el halo de la tradición. Detrás de esa experiencia, Berman ve a Haussmann, ese arquetipo del empresario capitalista, el arcángel de la destrucción creativa. El poema en sí mismo es un producto de la transformación de París, al igual que la representación de Daumier.

Wohlfarth, lo ve de manera diferente. No es una casualidad que el poeta acabe en un lugar de mala reputación; en él, «Baudelaire vislumbra la creciente mercantilización de la sociedad burguesa como una fría orgía de autoprostitución». Esa imagen encuentra eco en la degradación del trabajo bajo el capitalismo de la que habla Marx, así como en sus reflexiones sobre la penetración de las relaciones monetarias en la vida social: «La prostitución universal aparece como una fase necesaria en el desarrollo del carácter social del talento personal, de la capacidad, las habilidades y las actividades»[24]. La fascinación de Baudelaire con la prostituta, simultáneamente mercancía y persona y a través de la cual el dinero surge en el acto sexual, junto a la disolución de cualquier otro sentido de comunidad que no venga definido por la circulación del dinero, está hermosamente recogido en su «Crépuscule du soir»:

> A través de las lámparas que tiemblan con el viento,
> la prostitución despliega su luz y su vida en las calles.
> Como un hormiguero, en todas partes, misteriosamente
> abre sus salidas, con sus propios caminos ocultos;
> como el enemigo que mina las defensas,

[24] I. Wohlfarth, «Perte d'auréole. The emergence of the dandy», cit.; K. Marx, *Grundisse,* cit., p. 163.

como el gusano en la manzana, comiéndose lo que es de todos.
Ella recorre con firmeza el atascado corazón de la ciudad[25].

La propia ciudad se ha visto prostituida a la circulación del dinero y del capital (véase la viñeta de Gavarni, ilustración 40). O, como concluye Wohlfarth, el lugar de mala reputación es la propia ciudad, una vieja puta a quien recurre el poeta, «como el viejo lascivo busca a la vieja querida», como dice el epílogo de *Le Spleen de Paris*. Después de calificar a la ciudad de «burdel y hospital, prisión, purgatorio e infierno», Baudelaire declara: «Ciudad infame, te adoro».

La tensión que Haussmann nunca pudo resolver fue transformar París en la ciudad del capital bajo los auspicios de la autoridad imperial. Ese proyecto estaba destinado a provocar respuestas políticas y sentimentales. Haussmann entregó la ciudad a los capitalistas, especuladores y cambistas; a una orgía de autoprostitución. Entre sus críticos los hubo que sintieron que habían sido excluidos de la orgía, y los que consideraban que todo el proceso era desagradable y obsceno. Es en semejante contexto donde las imágenes que Baudelaire acuña de la ciudad como una puta adquieren su significado. El Segundo Imperio fue un momento de transición en la siempre discutida imaginería de París. La ciudad llevaba tiempo representándose como una mujer. En el capítulo primero vimos como Balzac la veía misteriosa, caprichosa y a menudo banal, pero también natural, desaliñada e impredecible, especialmente en la revolución. La imagen de Zola es muy diferente. Ahora es una mujer caída y embrutecida, «destripada y sangrante», «presa de la especulación, la víctima de la avaricia del consumo sin freno»[26]. ¿Podía hacer otra cosa esta mujer embrutecida que levantarse en revolución? Aquí, el imaginario del género y de París formaba una extraña conexión, que como veremos, presagiaba padecimientos tanto para la mujer como para la ciudad en 1871.

[25] Citado en W. Benjamin, *Charles Baudelaire. A Lyric Poet in the Era of High Capitalism*, cit., p. 57.
[26] É. Zola, *The Kill*, cit., pp. 78-79.

XVI Retórica y representación

Siempre es necesario distinguir entre la transformación material de las condiciones económicas de la producción, que puede determinarse con la precisión de la ciencia natural, y las formas legales, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en resumen, las formas ideológicas por medio de las cuales los hombres se hacen conscientes de un conflicto y lo resuelven.

Marx

¿Cómo se veían las personas, unas y otras, cómo se representaban a sí mismas ante los otros, y a los demás ante sí mismas? ¿Cómo se imaginaban los contornos de la sociedad parisina, cómo comprendían su posición social y espacial y las transformaciones radicales que se estaban produciendo? ¿Cómo se trasponían, utilizaban y modelaban estas representaciones en la retórica del discurso político? Éstas son preguntas importantes y fáciles de hacer, pero correosas de responder.

La experiencia de 1848 proporciona un punto de referencia para entender gran parte de lo que sucedió a continuación. «El orden» y «el desorden» eran palabras clave, pero detrás se encontraban algunas experiencias inolvidables. Las de Tocqueville son representativas. El 15 de mayo, cuando la Asamblea Nacional estaba en manos de las facciones políticas, «apareció un hombre en la tribuna al que nunca había visto hasta entonces, pero cuyo recuerdo siempre me ha llenado de asco y horror. Sus mejillas eran pálidas y desvanecidas, sus labios blancos; parecía enfermo, maligno, hediondo, con una palidez sucia y el aspecto moldeado de un cadáver; no se podía ver una huella de ropa blanca, solo una levita negra, vieja, tirada sobre sus flacos y escuálidos hombros; podía haber vivido en una alcantarilla y acabar de salir de ella. Me dijeron que era Blanqui». De nuevo, el 24 de junio Tocqueville se en-

cuentra en la calle a una anciana con un carro de verduras que impide el paso. Le ordena «con brusquedad que deje paso».

> En lugar de hacerlo, dejó su carro y se abalanzó sobre mí con tal furor que tuve problemas para defenderme. La horrorosa y espantosa expresión de su cara me hizo estremecerme, reflejaba la pasión demagógica y la furia de la guerra civil [...] Es como si a través de esas grandes emociones públicas se creara una atmósfera ardiente en la que los sentimientos privados bullían y hervían[1].

La burguesía temía, no sólo el colapso del orden público, sino también el horror de las emociones desatadas, de las pasiones sin riendas, de las prostitutas y mujeres libidinosas, la explosión del mal desde las alcantarillas subterráneas de la ciudad, la guarida de las clases peligrosas. El miedo al desorden era desmedido. No importaba que el «partido del orden» tomara un camino represivo tan draconiano, creando primero la República sin republicanos para luego hundirse en el Imperio como única esperanza. Sin embargo, el Imperio era cualquier cosa menos ordenado, y tenía que mantenerse en pie mediante la vigilancia activa y la represión policial. Así que ¿a quién o a qué había que culpar por el desorden? Si se les hubiera permitido expresarse, los trabajadores hubieran señalado a la anarquía capitalista del libre mercado, con sus periódicos ataques de especulación, colapso del mercado y desempleo; con su codicia desatada y su pasión por el dinero, su erosión de la seguridad del trabajo, de los oficios y de la dignidad del trabajador; su fiera disputa de la lucha de clases en nombre del bien general. Pero también culpaban a los emigrantes y forasteros, a la competencia desleal, a la burocracia sin corazón y a la indiferencia de un Estado que no les ofrecía ni dignidad ni derechos. La burguesía, por su parte, culpaba a los gobiernos irresponsables y sin objetivos, a subversivos, bohemios, mujeres pervertidas, librepensadores, socialistas, extranjeros cosmopolitas y utópicos, que a la menor provocación, incitaban a la vil multitud a la revuelta y a la revolución. Ambas partes podían unirse en su defensa del orden, pero el «orden» que tenían en la cabeza era distinto para los artesanos, que defendían sus tradiciones por medio de la asociación, que para los propietarios y banqueros, que defendían sus diferentes clases de derechos de propiedad. Un visitante inglés se sorprendía de encontrar que la «sociedad» que sus anfitriones presentaban tan amenazada, se refería exclusivamente a los círculos en los que ellos se movían[2]. Las mismas palabras

[1] Citado en T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France, 1848-1851,* cit., p. 16; y en Neil Hertz, «Medusa's Head: Male Hysteria under Political Pressure», *Representations* 4 (1983), pp. 173-174.

[2] B. St. John, *Purple Tints of Paris,* cit., p. 91.

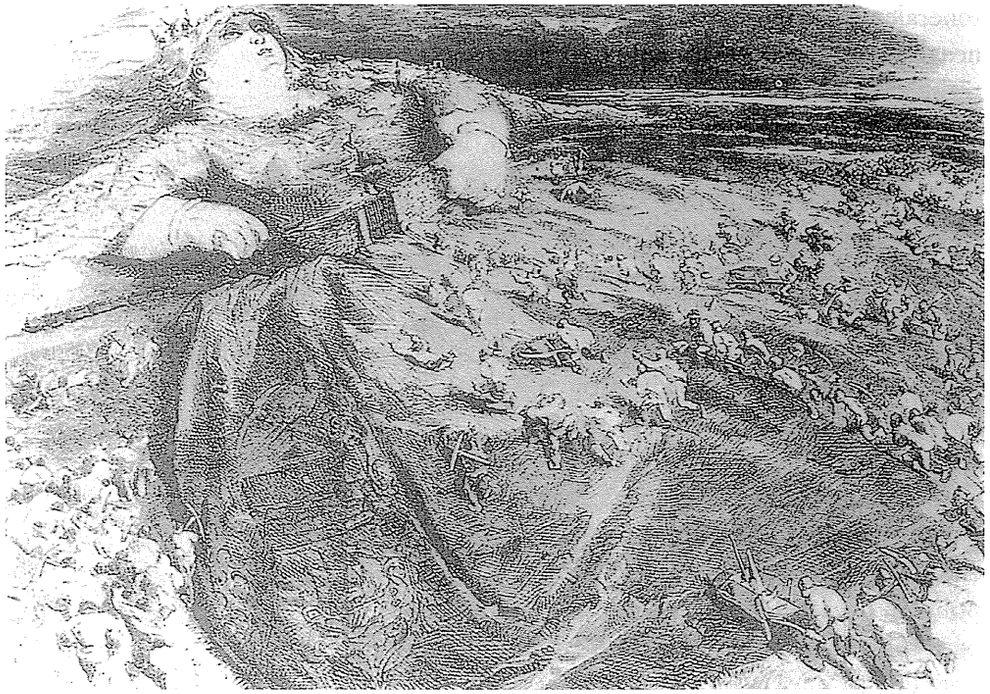


Ilustración 94. La ciudad de París, que tantas veces había sido representada como una mujer, aparece aquí inmóvil e invadida por millares de obreros de la construcción.

tenían diferentes significados; el desafío es interpretar esos significados de manera correcta.

La tarea se vuelve más difícil por la censura y la represión política. El discurso político se encontraba repleto de toda clase de significados alegóricos y escondidos, de fuerzas ocultas y sutiles insinuaciones que parecían alcanzar un amplio entendimiento. El catolicismo había dejado un legado que apreciaba el simbolismo y la alegoría y que podía utilizarse políticamente (como, de hecho, hizo la propia Iglesia, una vez que a partir de 1860 pasó a la oposición al Imperio). Las tradiciones corporativistas dentro de los trabajadores, y el movimiento masónico con todos sus rituales de iniciación proporcionaron toda clase de códigos y de lenguajes; la reinvención de la historia, especialmente la del periodo revolucionario, fue utilizada para modelar la imaginería popular. Los censores eran conscientes de semejantes problemas; rechazaban una simple canción por mencionar un bonete, porque podía interpretarse como una referencia al gorro republicano de la libertad[3]. Pero ¿qué podían hacer las autoridades cuando las críticas al Imperio convirtieron

[3] A. Rifkin, «Cultural Movements and the Paris Commune», cit.

funerales, fiestas y otros actos públicos en ocasiones para manifestaciones espontáneas? El problema no era solamente que, en veinticuatro horas, 25.000 trabajadores se enteraran del funeral de la mujer de un dirigente republicano, sino que cualquier entierro, con su tradicional discurso al pie de la tumba, se convirtiera en una manifestación política.

Los medios de comunicación y representación se multiplicaban con rapidez. La explosión de la circulación de la prensa fue acompañada de una diversificación política y la aparición de habilidosos directores que sabían cómo eludir la censura. Otros preferían la confrontación, hacer su proclama y sufrir el cierre y el fuego heroico; a finales de la década de 1860, todos los meses se abrían periódicos y revistas. Cuando un periódico influyente como *Le Rappel* estaba controlado por un crítico tan furibundo como el exiliado Victor Hugo, el gobierno se encontraba con un verdadero problema. También se produce la explosión de la literatura de cordel a medida que el apetito popular por la educación, la novela rosa y los viajes se unieron a un aparato comercial capaz de explotarlo, aunque algunos de ellos, como los panfletos sobre la historia de Francia, tenían un fuerte contenido político. En 1860, esta literatura de cordel era más popular que la prensa diaria y, peor todavía, se apoyaba mucho en las ilustraciones. Los dibujos y las viñetas –la obra de Daumier es un ejemplo entre otros muchos– eran extraordinarios vehículos para la sátira política y la polémica. Tampoco se podía olvidar con facilidad el aguerrido empuje con que Courbet en 1848-1851 intenta crear un arte del pueblo para el pueblo[4].

Las exposiciones artísticas continuaron siendo acontecimientos políticos, que atraían tanto a las clases populares como a la burguesía (que quería elevar el precio de la entrada una vez a la semana de manera que no tuviera que codearse con una chusma de sudorosos y olorosos trabajadores). Aunque el gobierno pudo prohibir la representación de las obras de Victor Hugo, en cambio no pudo impedir que *Les miserables* estuviera en manos de todos prácticamente desde su publicación en Bélgica en 1862, lo que era muestra de otro problema. Los progresos de los sistemas de transporte y comunicaciones y la marea de visitantes extranjeros, (los visitantes procedentes de Inglaterra se multiplicaron por diez entre 1855 y 1863) aumentaron el flujo de noticias y crónicas del extranjero al mismo tiempo que aumentaba la capacidad de que los numerosos tratados políticos producidos en el exilio entraran clandestinamente en el país. La decisión del emperador de ofrecer una amnistía a los exiliados en 1859 descansaba no tanto sobre su magnanimidad como sobre la idea

[4] I. Tchernoff, *Le Parti Républicain*, cit., pp. 506-526; E. Copping, *Aspects of Paris*, cit., p. 80; T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France, 1848-1851*, cit.; F. Green, *A Comparative View of French and British Civilization, 1850-1870*, cit.

Ilustración 95. Las galerías que presentaban el nuevo arte estaban atestadas. Eran tan populares que la burguesía insistió en que hubiera días en los que hubiera que pagar entrada para no tener que mezclarse con el resto de la población. Como recoge el dibujo de Daumier, cuando la entrada era libre, estaban abarrotadas.

de que era más fácil tenerlos controlados en Francia que en el extranjero. Dándose cuenta de esto, Proudhon durante una temporada y Louis Blanc y Victor Hugo mientras existió el Imperio, prefirieron permanecer fuera.

Quizá sea injusto seleccionar un tema dominante dentro del remolino y la confusión de imágenes, representaciones y retóricas políticas. Sin embargo, hay algunos que sobresalen y piden una mayor explicación. En cada uno de ellos veremos manifestada la preocupación general por las tensiones entre orden y desorden y entre modernidad y tradición.

La imaginación geográfica

El despliegue de los tentáculos de la red de ferrocarriles junto a la creciente regularidad y velocidad del transporte marítimo y de las conexiones telegráficas hicieron temblar las raíces mismas de la percepción del espacio y del lugar. En 1870, la información, las mercancías, el dinero y la gente se movían por el mundo con mucha más facilidad que en 1850. El aumento de la competencia y de la dependencia dentro de la división internacional del trabajo liberó a París de limitaciones locales pero volvieron a la ciudad vulnerable frente a sucesos muy lejanos. La Guerra Civil

americana, por ejemplo, interrumpió la llegada de algodón en bruto y la salida hacia un mercado tan importante de los bienes producidos en París. La consolidación del poder colonial en el norte de África, las campañas de Italia, la Guerra de Crimea, el fracasado intento de coronar a Maximiliano como emperador de México, la construcción del Canal de Suez; todos ellos fueron acontecimientos que tuvieron una resonancia local. La cambiante oferta de mercancías en el mercado, desde alimentos básicos a lujos exóticos, daba testimonio diario de los cambios de las relaciones espaciales. Una prensa floreciente, que recibía las noticias a través del telégrafo, colocaba sobre la mesa del almuerzo información sobre todos los temas, desde la inversión extranjera, los movimientos de los precios y las oportunidades de beneficios, a las confrontaciones geopolíticas y singulares historias de costumbres lejanas. Con la fotografía, el espacio y el tiempo parecían fundirse en una simple imagen. Cualquier nueva conquista del espacio, como el establecimiento de lazos ferroviarios o la apertura del Canal de Suez, se convertían en motivo de grandes celebraciones, como las Exposiciones Universales, que ponían de relieve las nuevas conexiones geográficas y las nuevas tecnologías.

No era necesario abandonar París para sentir la conmoción de unas relaciones espaciales transformadas. Las geografías de la mente tenían que adaptarse y aprender a apreciar el mundo de variación geográfica y de «alteridad» que constituía ahora el nuevo espacio global de la actividad política y económica. Esto significaba, *inter alia*, aceptar las relaciones espaciales y sociales ocultas en el intercambio de cosas. Podemos considerar por ejemplo, la descripción que hace Flaubert de la cosmopolita variedad de objetos de la habitación de Rosanette, en *La educación sentimental.* La inundación de crónicas viajeras y de costumbres populares que se producía en los tabloides era muestra de una gran curiosidad del público[5]. Pero los viajes y la literatura de viajes pueden, con la misma facilidad, tanto confirmar los prejuicios y alimentar el miedo, como ampliar el horizonte de la mente. Por eso, ¿cómo se entendía a grandes rasgos la existencia de ese «otro» en medio de transformaciones tan rápidas? La pregunta es importante, porque, como veremos, la construcción del «otro» en unos términos generales racistas y de exclusión iba a tener un efecto desastroso tanto sobre la política interna, como sobre el imperio colonial que Francia estaba empezando a levantar más allá de los mares.

La imaginación geográfica francesa estaba desde mucho tiempo atrás cargada de grandes dosis de contextualizaciones y racismo. Montesquieu y Rousseau se habían mostrado de acuerdo en que la libertad no era un fruto de todos los climas y, por ello, no estaba al alcance de todos los pueblos. «El despotismo corresponde a los

[5] E. Copping, *Aspects of Paris,* cit.

climas cálidos, la barbarie a los frío y el buen gobierno a las regiones templadas»[6]. En 1855, Joseph Gobineau publicaba su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* en el que proclamaba la superioridad de las razas nórdicas, y en 1870 escritores como él habían convertido esas ideas en un esquema simple de interpretación en el que categorías como «salvajes», «bárbaros» y «civilizados» se superponían sobre el mapa del mundo[7]. En ocasiones se podía describir al salvaje como noble, pero desde tiempo atrás la imaginación popular había asistido al desplazamiento de los ideales de Rousseau frente a los cuentos de Fenimore Cooper (a los que a menudo se refiere Balzac), y a las descripciones del salvajismo de los pueblos que vivían en semejante estado de la naturaleza que no permitía considerarlos humanos y, por ello, no reunían las condiciones para ser merecedores de derechos y ciudadanía. Los bárbaros tenían formas de organización política suficientemente bien articuladas como para obligar a reconocerles semejantes derechos, pero sus valores y sus prácticas, especialmente cuando no eran cristianos, les convertía en antagonistas de la civilización.

Este esquema de interpretación se podía aplicar tanto sobre el mundo como sobre la propia ciudad de París. La burguesía describía habitualmente a los trabajadores que vivían en las «fronteras» de Belleville como salvajes. Los críticos de Haussmann en ocasiones le acusaron de provocar ese resultado con su política de segregación social. «Una ciudad cuyos barrios estuviesen divididos entre los bendecidos por la fortuna, la riqueza y la elegancia y los que acogen a una población condenada a trabajar por su existencia, semejante ciudad no sería una ciudad cristiana, sería una ciudad de bárbaros»[8]. Si los trabajadores eran «salvajes», una «vil multitud», simples criminales y «clases peligrosas» como le gustaba describirlos a la burguesía, entonces 1848 había mostrado a las claras la clase de peligro que representaban y la clase de salvajismo del que eran capaces. Victor Hugo calificaba con orgullo a los trabajadores, «los salvajes de la civilización», pero, a pesar de ello, el sentido general de esta asociación, tanto en 1848 como en 1871, era que las fuerzas de la «civilización» y del «orden» tenían el derecho moral a abatir a los revolucionarios como los perros y salvajes que se suponía que eran. Esta representación del «otro», de la clase trabajadora, en términos tan racistas explica por qué la lucha de clases pudo adquirir tanta ferocidad y violencia. No era raro que aristócratas y monárqui-

[6] Citado en Clarence Glacken, *Traces on the Rhodian Shore,* Berkeley (CA), 1967, p. 592; Joseph-Arthur Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines,* París, 1853-1855; Michael Biddiss, *Father of Racist Ideology. The Social and Political Thought of Count Gobineau,* Nueva York, 1970.

[7] El mito del noble salvaje se trata aparte en Ter Ellingson, *The Myth of the Noble Savage,* Berkeley (CA), 2001.

[8] Laurentie, citado en S. Hazareesingh, *From Subject to Citizen. The Second Empire and the Emergence of Modern French Democracy,* cit., p. 127.

cos justificaran su derecho a gobernar basándose en a la supuesta superioridad racial de los francos (nórdicos) sobre los campesinos y trabajadores galos (celtas)[9]. Tampoco fue una casualidad que Cavaignac, un general que había aprendido su oficio en la guerra colonial contra los «bárbaros» en Argelia, fuese el que condujera la despiadada y violenta represión de 1848.

Michelet, uno de los historiadores más influyentes de la época, consideraba la civilización como el producto de «la lucha de la razón, del espíritu, de Occidente y del varón para separarse y establecer su autoridad sobre sus orígenes en la naturaleza, la materia, Oriente y la mujer». Un imaginario racista erotizado y concebido en términos de género como éste, reforzada por pintores como Delacroix y por muchos escritores románticos, produjo lo que Edward Said llama «orientalismo»[10]. Oriente se consideraba la cuna de donde había surgido la civilización, pero también el centro de la feminidad irracional y erótica y la sede de prácticas primitivas. Ese imaginario permaneció sin cambios a pesar de la mayor facilidad para el contacto humano. Cuando Flaubert viajó por el Nilo en 1849, iba, como muchos otros antes que él, con una sola cosa en la cabeza: «encontrar otro hogar» en la voluptuosa sensualidad de la mujer oriental. Los escritos que produjo a continuación confirman esa imagen. Hitzman interpreta todo esto como «proyecciones inconscientes sobre aspectos del mundo antiguo, de ansiedades ocultas sobre la *mère terrible*»[11]. También podía ser la expresión de miedos profundos a una «sexualidad femenina castradora y destructiva» (similar a la que Victor Hugo y Tocqueville señalaron en los difíciles días de 1848 y que reapareció en 1871 alrededor de la Comuna). Resulta difícil leer a Flaubert en *Salammbo* (con sus vívidas escenas llenas de espantosa violencia catártica) junto a las cartas a su madre, sin dar cierta credibilidad a semejantes interpretaciones.

Pero sería demasiado simple dar por finalizado el análisis en este punto. Como señala Said, el Oriente representaba otras amenazas además de las licenciosas fantasías sexuales, por muy perturbadoras que fueran para la fantasía burguesa de la familia y su consiguiente culto a la domesticidad de la mujer. «Una racionalidad del tiempo, del espacio y de la identidad personal» muy europea y capitalista, se enfrentaba «a una antigüedad inimaginable, una belleza inhumana y a una distancia sin límites». Michelet y los seguidores de Saint-Simon justificaban así la penetración (la sexualidad del término era evidente) del Oriente por medio de las vías férreas, de los canales y del comercio y la dominación de un Oriente irracional en nombre de la superior racionalidad de la Ilustración. La sumisión del Este al Oeste era tan necesaria para el progreso como la sumisión de la mujer a la autoridad y control del varón. En *El dinero*, Zola mostraba a un personaje como Saccard (vagamente basado en los hermanos Pereire), que se lanzaba a transformar el Oriente de acuerdo con los hábitos e ideales comerciales y capitalistas de Occidente[12]. Flaubert, sin embargo, no tomó ese camino. Su postura crítica respecto a los valores y a la cultura burguesa le llevó a utilizar el mito de Oriente (como por otra parte hacían los ávidos lectores de los cuentos de harenes y princesas de las *Mil y una noches* que aparecían en los tabloides) para buscar al «otro» en su propia personalidad y explorar la otra cara de la cultura burguesa. Reflexionando sobre su viaje por Egipto, escribía:

> Lo que nos falta no es estilo, ni la destreza de los dedos y del arco que señala el talento. Tenemos una gran orquesta, una rica paleta, una variedad de recursos. Conocemos más trucos y artimañas de las que hemos conocido nunca. No, lo que nos falta es el principio intrínseco, el alma de la cosa, la misma idea del asunto. Tomamos notas, hacemos viajes; ¡vacío! ¡vacío! Nos convertimos en eruditos, arqueólogos, historiadores, doctores, zapateros, personas de buen gusto. ¿Qué sacamos en limpio? ¿Dónde está el corazón, el brío, la savia? ¿Desde dónde comenzar? ¿A dónde ir? ¡Sabemos mamar, con la lengua jugamos a un montón de juegos, nos acariciamos durante horas, pero la verdad, para eyacular, para engendrar niños![13].

Entonces ¿cuál podía ser «la misma idea del asunto»? «Viajar le vuelve a uno modesto», decía Flaubert. Sorprendentemente, no se apropió para sí mismo de la idea de Oriente. A través de su mito vio una neurosis típicamente occidental. En su novela *Salammbo*, con su escenario oriental, profetizó de manera dramática la virulenta furia histérica del varón que estalló en 1871 con la Comuna.

Pero semejantes modos de interpretación no eran universales. Elisée Reclus, por ejemplo, buscaba una clase de entendimiento geográfico del mundo, muy diferente del que buscaban Michelet o Flaubert. La visión utópica de Reclus hablaba de la armonía potencial, no solamente del «hombre» con la «naturaleza», sino de «todas las diferentes culturas que poblaban la tierra». «La humanidad, dividida en diferentes corrientes hasta ahora, no será otra cosa que un río único, y reunida en un único caudal, descenderemos juntos hacia el inmenso mar donde toda la vida se pierde y se renueva». Libre del psicodrama «progresista» de Michelet, este admirador de

[9] L. Chevalier, *Laboring Classes and Dangerous Classes,* cit.; B. Marchand, *Paris. Histoire d'une ville,* cit.

[10] L. Gossman, *French Society and Culture,* Englewood Cliffs (NJ), 1974; Edward Said, *Orientalism,* Nueva York, 1979.

[11] A. Hitzman, «Rome Is to Carthage as Male Is to Female: Michelet, Berlioz, Flaubert and the Myths of the Second Empire», *Western Society for French History* (1981); E. Said, *Orientalism,* cit., p. 167.

[12] J. Michelet, *La femme,* cit.; É. Zola, *Money*, cit.

[13] G. Flaubert, *Flaubert in Egypt,* ed. de F. Steegmuller, Chicago, 1979, pp. 198-199.

Proudhon, compañero de conspiraciones de Bakunin, participante en la Comuna y futuro colaborador de Kropotkin, produjo una visión geográfica que tenía todo el aroma del optimismo mutualista de los artesanos. Apoyó el proyecto de la Asociación Internacional de Trabajadores, que pretendía unir a todos los trabajadores del mundo en una lucha común. Su pensamiento geográfico, recogido en voluminosos escritos de la década de 1860, y que hasta ahora había languidecido en la oscuridad, proporciona una manera diferente de entender y de presentar al «otro», con el esplendor pleno de la dignidad personal y la armonía potencial[14]. Esta visión estaba mucho más cerca de los talleres de París, que el imperialismo racista característico de los lujosos salones del Faubourg St. Germain.

De cualquier forma, la cuestión del orientalismo ilustra un hecho general. Los mismos procesos que aumentan el conocimiento del mundo, de la misma manera producen su distorsión. Dentro de una economía espacial, en transformación a escala nacional, las imágenes de las relaciones entre ciudad y campo, entre París y provincias, se veían confundidas por los prejuicios e intereses de clase. Como señalaba Balzac, aunque había estado de moda exhibir un cierto desdén por la vida rural y provinciana en los círculos burgueses, el campo era la base segura para muchas de esas rentas no ganadas mediante el trabajo que circulaban por París. El campo también aparecía, algunas veces de manera equivocada, como un pacífico refugio de sumisión y reacción, comparado con la incoherente rebeldía de París. Allí era donde la burguesía amenazada e incluso artistas y escritores como Delacroix, Flaubert y George Sand huían cuando la situación escapaba de las manos, y fue de allí de donde se movilizó a la Guardia Nacional para que aplastara las revueltas de 1848 y 1871. La Francia de las provincias era la roca segura e invisible donde se asentaba la vida de París y de la política francesa. Las bucólicas imágenes del medio rural de las novelas de George Sand eran reconfortantes. Incluso los poetas de la clase trabajadora, muchos de ellos de provincias, a los que ella alentaba, parecían lo suficientemente ingenuos en su socialismo como para considerarlos una amenaza.

Por ello, la amplia resistencia rural al golpe de Estado de 1851 produjo una fuerte impresión; puso al descubierto las relaciones de clase, el descontento y los sentimientos revolucionarios en el campo que Coubert mostraría ese mismo año, especialmente con su obra *Entierro en Ornans*. La pintura hacía explícitas las relaciones de clase en la Francia rural y provincial y lo hacía con un intenso realismo que le valió el sobrenombre del «Proudhon de la pintura»[15]. Fue desde ese medio rural, rico en las ambigüedades de sus propias experiencias de clase, desde donde los nuevos

[14] Citado en Henriette Chardak, *Elisée Reclus, une Vie,* París, 1997; Gary Dunbar, *Elisée Reclus,* Hamden (CT), 1978, p. 52.

[15] T. J. Clark, *Image of the People. Gustave Courbet and the 1848 Revolution,* cit.

Ilustración 96. Las relaciones entre el campo y la ciudad estaban cambiando rápidamente con los nuevos medios de comunicación y a medida que Haussmann se lanzaba a anexionar grandes extensiones a la ciudad. En esta viñeta de Daumier, dos campesinos celebran el hecho de que repentinamente se han vuelto parisinos.

trabajadores se abalanzaron sobre París, llevándose con ellos, desde Limousin, Creuse y Var, desde Seine-et-Oise y Doubs, unos sentimientos revolucionarios con sus propios rasgos particulares. Muchos dirigentes del movimiento obrero de 1868-1871 tenían, como Varlin, orígenes rurales y provinciales. Sin embargo, a finales del Segundo Imperio, también se produce una curiosa inversión cuando incluso las clases populares empiezan a hacer excursiones al campo, una frontera donde la mercantilización del acceso a la naturaleza como bien de consumo, estaba volviéndose tan importante como la búsqueda de terrenos libres para un desarrollo nuevo de industrias y viviendas[16]. Dentro de este acceso a la naturaleza es donde los impresionistas realizan gran parte de su obra.

[16] N. Green, *The Spectacle of Nature. Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-Century France,* cit.

La transformación interior de París y el comienzo de la suburbanización también se entendía y percibía a través de ópticas políticas. Comentaristas posteriores han repetido las ambigüedades que se producían sin acabar de entenderlas por completo. Por un lado, Berman considera el poema de Baudelaire *Los ojos del pobre* como una imagen de cómo los bulevares de Haussmann habían roto «sin pretenderlo el mundo enclaustrado y herméticamente sellado de la pobreza tradicional urbana», convirtiendo en visible «la miseria que hasta entonces había sido un misterio». Por otro lado, muchos vieron el quid de la cuestión en la creciente segregación espacial originada por la haussmannización. Ambas posturas pueden ser ciertas. La aparición en el Segundo Imperio de una forma de urbanización colectivizada, pública y extrovertida alteró el equilibrio entre los espacios públicos y privados de la ciudad. La inversión pública se organizaba alrededor de la ganancia privada y los espacios públicos se apropiaban para el uso privado; para la burguesía los exteriores se convirtieron en interiores, mientras los cicloramas, dioramas y fotografías llevaban el exterior al interior[17]. Los bulevares iluminados por las farolas de gas, los deslumbrantes escaparates de las tiendas y los cafés abiertos a la calle, que eran una innovación del Segundo Imperio, se volvieron, como hemos visto, pasarelas que homenajeaban el poder del dinero y de las mercancías; espacios de juego para la burguesía. Cuando la amante de Baudelaire, en *Los ojos del pobre*, sugiere que el propietario eche al vagabundo y a sus niños, es el sentido de propiedad sobre el espacio público lo que resulta realmente significativo, más que un encuentro, demasiado familiar, con la pobreza (véanse anteriormente pp. 170-171).

Irónicamente, los nuevos sistemas de comunicación, bulevares, calles y transportes, junto a la iluminación, habían abierto la ciudad al escrutinio público de una manera que antes no era posible. El espacio urbano se experimentaba por ello, de una manera radicalmente diferente. Frédéric Moreau, el héroe de Flaubert en *La educación sentimental*, se mueve de lugar en lugar por París y sus afueras, recogiendo experiencias de carácter bien diferente. La sensación de espacio es igualmente diferente a la que se encuentra en Balzac. Se pueden encontrar los mismos elementos aislados, pero lo que resulta especial es la libertad con que se mueve Frédéric, tanto fuera como dentro de los espacios de la Revolución de 1848. Se desliza con la misma facilidad por el espacio como por las relaciones, según el dinero y las mercancías van cambiando de manos, y lo hace con el mismo cinismo e indiferencia. Sin embargo, hay un límite oculto en sus andanzas. De la misma manera que la concentración del dinero se produce en unas zonas antes que en otras, Frédéric no tiene

[17] M. Berman, *All That Is Solid Melts into Air*, cit., p. 153; W. Benjamin, *Charles Baudelaire. A Lyric Poet in the Era of High Capitalism*, cit.; A. Vidler, «The scenes of the street: transformations in ideal and reality, 1750-1871», cit.

ninguna razón para estar en Belleville o incluso en algunas partes del este de la ciudad, donde domina la industria artesana; él se mueve en el París burgués y sus contornos. Para Flaubert, la segregación era algo tan interiorizado que no era noticia y habría que esperar a las investigaciones etnográficas de Zola para traerlas de nuevo al corazón de la literatura.

La burguesía no disfrutaba de los encuentros con el «otro», con las clases trabajadoras y peligrosas, como demostraba la amante en *Los ojos del pobre*. También tenía otro temor: la multitud podía ocultar elementos subversivos o repentinamente volverse una turba difícil de controlar. Esos temores estaban bien justificados. Las prostitutas circulaban libremente entre la multitud de los bulevares, desafiando todos los intentos de la policía para controlarlas y expulsarlas. Y cuando Blanqui decidió pasar revista a su ejército secreto, la consigna reunió a dos mil soldados, todos desconocidos entre sí y para él, que desfilaron delante de él en los Champ de Mars, en medio de una multitud que no se enteró de nada[18]. Si la burguesía quería mantener su poder y posición de clase, tenía que controlar los espacios y las multitudes. El dilema en 1868-1871, como lo había sido en 1848, era que la burguesía tenía que abrir su espacio para alcanzar su propia revolución. Debilitada, no pudo resistir las crecientes presiones de las clases trabajadoras y de los movimientos revolucionarios. Por esta razón, la recuperación del centro de París por las clases populares, el descenso desde Belleville, adquirió un simbolismo importante. Se producía en un contexto donde los pobres y los trabajadores estaban siendo expulsados, real y simbólicamente, de los espacios estratégicos y de los propios bulevares que ahora se consideran espacios interiores de la burguesía. Cuanto más espacio se creaba, más había que dividirlo y cerrarlo mediante prácticas sociales, mediante la marginación y la exclusión racial. Zola, escribiendo en retrospectiva, presenta cerrados los mismos espacios que Flaubert ve abiertos. De esta manera, la imaginación geográfica de la burguesía buscaba imponer exclusiones socioespaciales y orden sobre los espacios que las obras de Haussmann habían abierto.

Centralización y descentralización

Las relaciones entre un Estado tradicionalmente centralizado, la sociedad civil y las libertades individuales habían sido durante mucho tiempo el eje del debate político en Francia. La monarquía y la religión habían hecho causa común alrededor de la idea de respeto a la autoridad dentro de un Estado y una sociedad civil jerárquicamente ordenados. Los jacobinos buscaban un poder fuerte y centralizado, pero

[18] M. Dommanget, *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire*, cit.

querían asentar su legitimidad en el deseo soberano de un pueblo liberado de la jerarquía en una sociedad civil. Atacaban las asociaciones obreras que restringían la libertad de trabajo con la misma vehemencia con que atacaban a la religión. El Segundo Imperio trató de tomar lo mejor de los dos mundos, utilizando el sufragio universal para legitimar al emperador, de quien surgía entonces toda la autoridad. Pero había grandes corrientes críticas con semejantes formas de centralización. St. John consideraba el sistema político «una burda forma de comunismo», y se preguntaba cómo sus compatriotas podían alabar la aplicación práctica de una doctrina que, en su expresión teórica, «les impacta con tanto horror»[19]. Por ello, los enemigos del Imperio centraron cada vez más sus ataques en su excesiva centralización, que de cualquier forma dependían del tipo de centralización del poder (económica, política o territorial) que fuera objeto de queja.

El Segundo Imperio asistió al aumento del control económico directo y de la influencia económica indirecta del Estado, gracias a la creación de poderosas instituciones para la centralización del capital. Las conexiones entre los hermanos Pereire y Haussmann eran típicas de una forma de organización cercana al capitalismo de Estado o al capitalismo financiero. Su control de la banca, el transporte, las comunicaciones, la prensa, los servicios urbanos y la especulación de la propiedad, dejaba pocas áreas de la vida económica fuera de la órbita del Estado y del capital financiero. Esto desencadenó el debate sobre la naturaleza del capitalismo y las virtudes relativas de la competencia y el monopolio. El debate enfrentaba lo que de alguna manera podría llamarse la ideología y la práctica de Saint-Simon, con las doctrinas de los economistas partidarios del libre mercado. Mientras los primeros nunca desarrollaron una teoría económica coherente, sí tenían una predisposición que, siendo al mismo tiempo pragmática y ampliamente orientada hacia las cuestiones sociales, condujo a muchos de ellos a adaptar sus ideas de diversas maneras, siempre en torno al tema general de la producción. Luis Napoleón tal vez entró en el Imperio como «Saint-Simon a caballo», según la famosa frase de Sainte-Beuve, pero lo abandonó como un liberal, partidario del libre comercio. Michel Chevalier, un seguidor en sus orígenes de Saint-Simon y que en aquél entonces era profesor de economía, negoció el acuerdo de libre comercio con Gran Bretaña en 1860 y, a partir de entonces, abrazó el liberalismo; las prácticas de los Pereire evolucionaron por caminos pragmáticos y frecuentemente interesados. Pero fue la doctrina de Saint-Simon la que dio legitimidad a la política económica del Imperio y a la centralización del capital.

Los economistas partidarios del libre mercado como Frédéric Bastiat y Jean-Baptiste Say abogaron por una mayor libertad del mercado y una mayor competen-

[19] B. St. John, *Purple Tints of Paris,* cit., p. 11.

cia, unas supuestas virtudes de las que había disfrutado la clase trabajadora en 1852. A finales de la década de 1850, mientras los derechos de la propiedad privada se reafirmaban contra el poder estatal en París y, a medida que aumentaban los temores al poder de los Pereire, la ideología del libre mercado se movilizó como parte del ataque contra la política imperial. En manos de empresarios y banqueros como Rothschild, los argumentos resultaban hipócritas e interesados. Pero durante la década de 1860 se produjo un consenso creciente, tanto entre la burguesía como en el movimiento obrero, de que había que revisar la excesiva centralización del poder económico. Aunque las soluciones que pudieran ofrecer eran muy diferentes, una poderosa alianza de clases, que incluía desde seguidores de Proudhon como Duchêne, a protegidos de Rothschild como Say, se formó en tono a la oposición a una mayor centralización del capital. La caída de los Pereire y de Haussmann, la transición al Imperio liberal, y la creciente credibilidad de los «economistas» (liberales), son muestra del creciente poder de esa alianza.

La cuestión de la descentralización política levantaba pasiones similares. El Segundo Imperio estableció una jerarquía del poder estrechamente controlada, que empezaba en el emperador y al que seguían los prefectos, subprefectos, intendentes designados y consejos locales, dirigentes designados de sociedades mutualistas, comisiones de patronos y empleados, etc. La democracia local era prácticamente inexistente. Pero fuera de París la autonomía local se veía protegida en parte por la inaccesibilidad. Los nuevos sistemas de transporte y comunicaciones, que a menudo habían sido una exigencia de las elites locales, tuvieron el irónico efecto de hacer más fácil el control del gobierno central con la consiguiente reducción de la autonomía local. El aumento de la integración espacial iba acompañado de una creciente reivindicación de algún tipo de autogobierno local. Los legitimistas, los orleanistas, los republicanos y los socialistas, todos se pusieron a enarbolar la causa de las libertades locales durante la década de 1860. Todos ellos, incluyendo a los bonapartistas, proclamaron a los cuatro vientos la importancia del municipio *(commune)* como institución política central. Pero los bonapartistas lo apoyaban como el vehículo local de la Administración central; los monárquicos lo hacían dando por supuesto que aumentaba el poder del clero y de los notables locales; los republicanos lo apoyaban como una institución central de la democracia local, gobernada por la burguesía local o por el pueblo, según fueran sus tendencias; los comunistas lo apoyaban porque era en el municipio donde se fraguaban las solidaridades políticas; y los mutualistas como Proudhon la apoyaban como la base de un gobierno federal. Los historiadores lo debatían de manera interminable, normalmente mediante la discusión de los méritos relativos del jacobino Robespierre y de los girondinos, caracterizados por una mentalidad más democrática, decantándose casi siempre hacia los últimos. A finales de 1860, «la descentralización había adquirido todas las apa-

riencias de una cruzada nacional». Ciertamente se convirtió en una pieza central del ataque contra Haussmann[20].

De cualquier forma, resulta difícil diferenciar entre los argumentos oportunistas de aquellos que estaban fuera del poder (el caso de los monárquicos es particularmente sospechoso) y las creencias profundamente asumidas de algunos como Proudhon, que buscaban la desaparición del Estado por medio de una federación de asociaciones autónomas e independientes y que, en cualquier caso, consideraban la reorganización política irrelevante en ausencia de una reorganización radical de la producción en contra de la centralización del capital. Pero al margen de la base que tuviera, la lucha por la descentralización política era suficientemente real y trajo al primer plano el tema del autogobierno en París. El hecho de que prácticamente no hubiera ninguna voz en contra de la idea del municipio *(commune)* (con «m» minúscula) iba a tener un papel fundamental en la manera en que fuerzas tan dispares se lanzaron a apoyar en 1871 la Comuna de París.

Pero aquella unanimidad planteaba otro problema. Como Haussmann insistía ¿acaso no era París la centralización en sí misma? Temerosos de la inmensa centralización del poder económico, político, administrativo y cultural en París, gran parte de la población de las provincias que apoyaba la descentralización, puso reparos cuando ésta se produjo en la forma de un (auto)gobierno en manos de una ciudad tan influyente; una ciudad que había sido proclive a inclinaciones políticas radicales o directamente «rojas». Y, dentro de la burguesía parisina, había muchos, como Thiers, que compartían esos temores. Ésta fue la clase de coalición que se comportó de manera tan incendiaria con la Comuna. Al mismo tiempo, había muchos parisinos que apoyaban la causa de la descentralización, pero que también mantenían con orgullo que París era «la cabeza, el cerebro y el corazón de Europa», un punto de vista que llevaba a un visitante inglés a manifestar irónicamente que «podía explicar por qué algunas veces, Europa hace semejantes payasadas»[21]. Así, Proudhon quería que París «se deshiciese de la corona de la capital», pero sin embargo, «que tomara la dirección como municipio libre e independiente en su cruzada a favor de una nación federada». Blanqui estaba de acuerdo en que la revolución tenía que comenzar en París, pero jacobino como era, pensaba en un París revolucionario conquistando, gobernando y llevando la

[20] S. Hazareesingh, *From Subject to Citizen. The Second Empire and the Emergence of Modern French Democracy*, cit.; L. Greenberg, *Sisters of Liberty. Marseille, Lyon, Paris and the Relation to a Centralized State, 1868-71*, cit., p. 24.

[21] G. E. Haussmann, *Memoires du Baron Haussmann*, cit., vol. II, p. 202; B. St. John, *Purple Tints of Paris*, cit., p. 14; L. Greenberg, *Sisters of Liberty. Marseille, Lyon, Paris and the Relation to a Centralized State, 1868-71,* cit.; R. Gould, *Insurgent Identities. Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune,* cit.

ilustración a las provincias retrasadas. El que blanquistas y mutualistas pelearan codo con codo para crear y defender la Comuna no fue de ninguna manera tan raro como podía parecer.

Claramente había un aspecto en el que la Comuna fue un levantamiento por las libertades municipales. Pero que se limitara exclusivamente a esas libertades, como sostiene Louis Greenberg, o que se tratara exclusivamente de un levantamiento de comunidad y de ninguna manera de clase, como insiste Gould, son planteamientos que quedan fuera de los límites de lo creíble. Es cierto que las distintas facciones veían la Comuna de diferente forma. Para los mutualistas y comunistas, era el escudo detrás del cual podían empezar a hacer un trabajo mucho más sólido de reorganización de la producción, de la distribución y del consumo, buscando la alianza con otros movimientos en otros lugares. Para los blanquistas era el primer paso en la liberación política de Francia, o quizá del mundo entero. Para los alcaldes republicanos de los *arrondissements,* era el primer paso para integrar París en un sistema republicano de gobierno y si fuera necesario, un arma defensiva contra la reacción monárquica. Para todos ellos, era más fácil definir a qué se oponía la Comuna que por qué abogaba. Y por supuesto, la paradoja era que el fuerte sentimiento de descentralización en las provincias, pudiera movilizarse con tanta facilidad para aplastar un movimiento de descentralización dentro de una ciudad donde estaba centralizado tanto poder.

Dos ciudades, dos pueblos

> Las cuatro en punto. El otro París se levanta, el París del trabajo. Las dos ciudades apenas se conocen, la que se levanta a mediodía y la que se va a la cama a las ocho. Raramente se miran a los ojos y, cuando lo hacen, con frecuencia es en los tristes y sombríos días de la revolución. Viven lejos la una de la otra, hablan una lengua diferente. No hay ningún desamor entre ellas; son dos pueblos[22].

Por muy intrincada que sea en realidad la estructura de clase y la división del espacio social, la imagen simplista de París como una ciudad dividida irrumpe una y otra vez en las representaciones de la época. Era una imagen que tenía una larga historia. Con anterioridad a 1848, el «otro París» se veía en términos de «clases peligrosas», cuya completa miseria algunas veces inspiraba pena, pero, más a menudo horror, disgusto y aversión. Términos como «salvaje» y «bárbaro» y epítetos como «animal» daban tintes racistas al imaginario burgués, justificando la violencia ase-

[22] *Paris Guide 1867,* cit., p. 30.

sina con la que la burguesía a menudo se aproximaba a los trabajadores y a los empobrecidos[23]. «La igualdad se afirmó triunfalmente», escribía Flaubert sobre 1848, «una igualdad de bestias embrutecidas, un lugar común de sangrientas atrocidades; donde el fanatismo de los ricos equilibraba el furor de los pobres, la aristocracia compartía la furia de la muchedumbre, y el gorro de dormir era tan salvaje como el gorro frigio»[24]. Aunque 1848 pudo demostrar que había diferencias entre los trabajadores y las clases peligrosas, también había prometido, y después negado, un poder político real para los trabajadores. El poder se dirigió, de manera relativamente permanente como se vio más tarde, al lado burgués de las barricadas. A partir de entonces, muchos burgueses se sintieron libres para tratar con el mismo rasero a todos los que habían estado en el otro lado. La imaginería que se había aplicado con anterioridad sobre las clases peligrosas, ahora colgaba, no solamente de las clases trabajadoras, sino también de sus defensores como Blanqui. Todo el mundo sabía dónde se habían levantado las barricadas, qué parte de la ciudad pertenecía «al otro». Una barricada se levanta como una simple línea divisoria. La experiencia de 1848 se produjo sobre representaciones polarizadas y simplificadas del espacio físico y social.

Las representaciones burguesas de lo que existía en «el otro lado» venían teñidas por la naturaleza de sus contactos. La mayor parte de la alta burguesía era inactiva económicamente (en París) o se encontraba al servicio del gobierno, y los que eran económicamente activos tendían a concentrarse en las altas finanzas. Los empresarios que realmente trataban con trabajadores (como Poulot) eran pocos y alejados entre sí y, en cualquier caso, estaban considerados inferiores. Sin embargo, París era una ciudad obrera que cada vez estaba más organizada de modo tal que los consumidores ostentosos pudieran, como señalaba Lazare, «disfrutar tranquilamente del sabor de la miel sin ser molestados por el zumbido de las abejas»[25]. El imaginario de lo que existía «en el otro lado» no se construyó sobre el contacto humano, que se limitaba a los casuales y normalmente desafortunados encuentros callejeros de la clase que describía Baudelaire en *Los ojos del pobre*. Los informes de los reformadores burgueses, sin importar su tendencia política, sobre las condiciones de la clase trabajadora en París alimentaban más que disipaban el imaginario al explayarse en exceso sobre la miseria y la degradación. Si vivían en semejantes condiciones, ¿podían ser otra cosa que animales? Esta clase de razonamiento racial no se encontraba muy lejos de la superficie en los círculos influyentes y se filtraba con facilidad en las representaciones literarias. Era un lugar común en respuesta a la

[23] L. Chevalier, *Laboring Classes and Dangerous Classes,* cit., pp. 360-361.
[24] G. Flaubert, *Sentimental Education,* cit., p. 334.
[25] L. Lazare, *Les quartiers pauvres de Paris. Le XXème Arrondissement,* cit., p. 60.

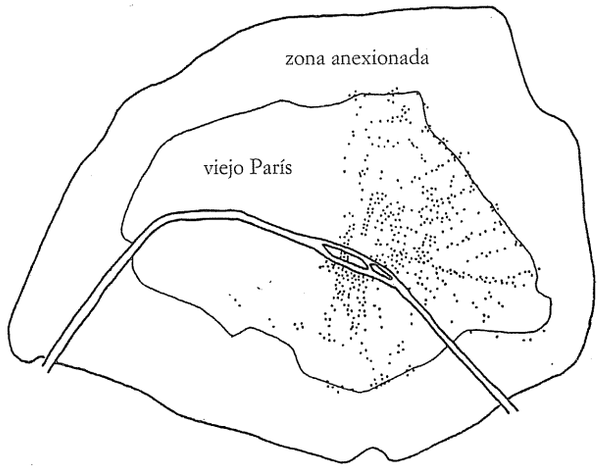


Ilustración 97. La distribución de las barricadas en París durante el levantamiento de junio de 1848 muestra lo fuerte que era la división entre el este y el oeste de la ciudad (según L. Girard, 1981).

Comuna. Como escribía Théophile Gautier, en todas las ciudades había cavernas cerradas para

> animales salvajes, bestias apestosas, venenosas, todas las recalcitrantes perversidades que la civilización ha sido incapaz de domeñar, aquellos que aman la sangre, que se divierten tanto con el incendio como con los fuegos artificiales, que se deleitan con el robo, aquéllos para quienes los ataques a la decencia pasan por gestos de amor, todos los monstruos del corazón y los tullidos del espíritu; una población de otro mundo que no está habituada a la luz del sol, atrapada anhelante en las profundidades de sombras subterráneas. Un día, cuando el domador inadvertidamente deja las llaves en la verja de este zoo, estas feroces criaturas salen y aterrorizan a la ciudad con sus gritos salvajes. Con las jaulas abiertas, las hienas de 1793 y los gorilas de la Comuna se desbordaron[26].

La venenosa violencia de tales sentimientos era muy frecuente. Resulta difícil leer revistas influyentes de la década de 1860, como la *Revue des Deux Mondes*, sin palidecer. Y la violencia conlleva una rara cualidad, como si hubiera una nostalgia interior para exorcizar el demonio, de quemar la atroz llaga sobre la sociedad, de buscar un desenlace final, una catarsis. «Solamente hay tres cosas merecedoras de respeto: el sacerdote, el guerrero y el poeta», escribió Baudelaire, «conocer, matar y crear». Flaubert confesaba que la revuelta era lo único que entendía de la política: «desprecio la tiranía moderna porque me parece estúpida, débil y sin el coraje de las convicciones». Añadía, «tengo un profundo culto por la tiranía antigua que consi-

[26] Citado en Paul Lidsky, *Les Écrivains contre la Commune,* París, 1970, p. 46.

dero que es una de las manifestaciones más magníficas del género humano»[27]. Las escenas de violencia asesina hacia los vencidos en *Salammbo* le trajeron acusaciones de sadismo. Pero esas eran exactamente las escenas que se iban a interpretar contra la Comuna, un brutal derramamiento de sangre justificado por Goncourt como una sangría blanca para exterminar a los agresivos rojos. Recordando con temor el Reino del Terror, parece como si la burguesía levantara imágenes y representaciones que justificaran el desencadenamiento de su propio terror preventivo contra el otro París.

Los revolucionarios, especialmente aquellos que procedían de las filas de los estudiantes y de *la bohème*, invertían los papeles. Los trabajadores aparecían como nobles, cualificados, independientes, inteligentes, generosos y capacitados para el mando. Su «otro París», el del oeste, estaba poblado por especuladores, lobos de la bolsa, rentistas, parásitos y vampiros que chupaban la vida a los trabajadores destruyendo su dignidad y su autoestima. Aplastada bajo el peso de los holgazanes ricos, la clase trabajadora de París tenía todo el derecho a la sublevación revolucionaria. Los blanquistas llevaron esa idea más lejos. Consideraban París como el corazón revolucionario desde donde la liberación tenía que extenderse no solamente al resto de Francia sino al resto del mundo, como había sucedido en 1789. Fue en «el otro París», más concretamente en Belleville y en el barrio de Père Lachaise, donde estuvo el origen de la revolución[28]. Aquí se trasladaron para crear su base revolucionaria muchos simpatizantes blanquistas, entre ellos el influyente Gustave Flourens (profesor de anatomía humana muerto en los primeros días de la Comuna). Finalmente, en la retórica blanquista hay más de una insinuación de esa misma clase de violenta catarsis revolucionaria, a lo que contribuía su adhesión tan explícita a los ideales de pureza revolucionaria de los herbertistas en 1793.

No todos se vieron atrapados por un imaginario tan polarizado; pero incluso aquellos que buscaban limar asperezas, a menudo acabaron reforzando los argumentos generales. Los escritores de la época como Armand Audiganne, Corbon y Poulot, que por lo menos tenían un contacto directo con los trabajadores, nos proporcionan una muestra elaborada de su carácter. Audiganne escribía:

> Los trabajadores de París son extremadamente sociables, abiertos, con grandes ideas y fuertes preocupaciones filantrópicas, que se expresan como ayuda mutua y tolerancia recíproca. Por otro lado, tienen una irresistible aprecio por la disipación y el gasto, una ardiente sed de placer y un apasionado amor por el cambio [...] Participan en sublevaciones con el mismo entusiasmo con que van de fiesta, encantados de romper la monotonía de la vida diaria sin preocuparse de las consecuencias. El culto por la igualdad y la nacionalidad es su sello característico[29].

[27] Ch. Baudelaire, *Intimate Journals,* cit., p. 67; G. Flaubert, *Letters, 1830-185,* cit., p. 49; George Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-71. From the Goncourt Journal,* Ithaca (NY), 1969.

[28] P. Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition. The Blanquist in French Politics, 1864-1893,* cit., p. 66.

La irresponsabilidad de los trabajadores era evidentemente un anatema para una burguesía radical realmente puritana de la que Poulot es un buen ejemplo. Pero muchos comentaristas que les conocían bien, como el socialista Jules Vallés, que se instaló en el París de la clase trabajadora para mostrar su solidaridad con los oprimidos, se quedaron asombrados del calor y la generosidad que encontraron allí. Una razón más para lamentar tanto la polarización de la opinión, como el peso de la opresión que caía sobre los trabajadores. Pero al argumentar a favor de aliviar ese peso, los reformadores no podían evitar reforzar esa polarización. Corbon lamentaba la perpetuación y profundización de las divisiones de clase y sostenía que, aunque los pobres no estaban resentidos por la riqueza como tal, el peligro de su propia condición, unido a la creciente opulencia de los ricos, suponía realmente una amenaza para su propia seguridad. Aun más, esa amenaza tenía una expresión geopolítica. «La transformación de París, que ha trasladado a la fuerza a la población trabajadora desde el centro hacia las afueras, ha convertido a la capital en dos ciudades; una rica y otra pobre [...] las clases desamparadas forman un inmenso cordón alrededor de los acomodados». Lazare recurría al mismo imaginario amenazador: «la pobreza inundó Belleville, mientras el río del lujo bajaba caudaloso por los nuevos barrios de París»[30]. La alta burguesía sospechaba, con buenas razones para ello, que los «rojos» se estaban sumergiendo en esa inundación de pobreza que se producía en Belleville. En la medida que ellos no podían ni querían poner un pie en semejante sitio, semejantes relatos no podían hacer otra cosa que exacerbar sus temores. Allí moraba «la escoria de la humanidad» como decían los editoriales de periódicos como *Le Figaro* y *Le Moniteur*. El periodista Francisque Sarcey decía que allí encontrabas «las mayores simas de pobreza y de odio, donde los fermentos de la envidia, la pereza y la ira bullían sin parar»[31].

[29] A. Audiganne, *Les populations ouvrières et les industries de la France dans le mouvement social du XIXème siècle,* París, 1854; *Les ouvrieres d'a present et la nouvelle économie du travail,* París, 1865; A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit.; D. Poulot, *Le sublime,* cit.

[30] Jules Vallès, *Le tableau de Paris,* París, des Éditeurs Français Réunis, 1971; A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit., p. 209; L. Lazare, *Les quartiers pauvres de Paris,* cit.; *Les quartiers pauvres de Paris. Le XXème Arrondissement,* cit.; *Le France et Paris,* cit.

[31] C. Lepidis y M. Jacomin, *Belleville,* cit., p. 285.

Comunistas, capitalistas y el sueño de la asociación

El temor que Blanqui despertaba entre la burguesía le impidió establecer una base de masas fuera de la clase trabajadora. Realmente, hubo periodos en los que parecía no tener ninguna influencia, excepto como un remoto, intransigente y encarcelado símbolo. Solamente en la década de 1860, el movimiento blanquista surgió a la luz y lo hizo principalmente entre intelectuales ateos militantes y estudiantes, atraídos por la nobleza de su vida y la pureza de su causa[32]. Durante las continuas luchas de clase de 1868-1871, los blanquistas adquirieron un respaldo importante, en parte por su constante preocupación por la educación y por su voluntad de sumergirse en los «ríos de pobreza» que recorrían el «otro París». Su falta de influencia de masas también fue, en parte, una cuestión de elección. La experiencia de 1848 y el establecimiento del Imperio mediante el sufragio universal les hizo recelosos de la democracia de masas, dentro de un contexto de ignorancia y de dominación burguesa de los medios de comunicación. Sus raíces en los modelos puros de la tradición revolucionaria francesa, representada por Babuef, Hérbert y Buonarotti, les llevó hacia una política insurreccional jacobina. En condiciones de una estrecha vigilancia policial, esto significaba la formación de células aisladas, impenetrables a la infiltración, pero también cerradas a la participación de las masas. Su objetivo era la dictadura del proletariado por medio de la insurrección violenta.

Su influencia también estaba limitada por circunstancias de la estructura de clase, que no encajaban fácilmente con el mensaje que trataban de trasmitir. Mientras la insurrección contra el aparato de Estado controlado por la alta burguesía contaba con un amplio consenso, no podían encarar la cuestión de la organización del trabajo, en una ciudad donde dominaban los pequeños talleres y los sistemas de subcontratación, y donde la línea entre el capital y el trabajo, dentro de la producción, todavía estaba algo desdibujada incluso a finales del Imperio. Los talleres de la ciudad habían sido, de hecho, fértiles semilleros (como vimos en el capítulo 2) de toda clase de ideologías socialistas y comunistas desde comienzos de la década de 1830, y todavía seguían siéndolo.

El eslogan comunista «de cada cual de acuerdo con su capacidad, y a cada cual de acuerdo con su necesidad» sonaba seductor para las masas empobrecidas, y tenía un gancho formidable entre los artesanos que hacían frente a la inseguridad del empleo y a los estragos del cambio tecnológico. Pero, como Corbon señalaba, había dos clases de comunistas. Por un lado, estaban los que pretendían imponer su sistema sobre toda la sociedad, mediante el aumento del poder de un Estado enfrentado

[32] P. Hutton, *The Cult of the Revolutionary Tradition. The Blanquist in French Politics, 1864-1893*, cit.; M. Dommanget, *Blanqui,* cit.; *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire,* cit.

a la propiedad privada. En 1848 habían intentado la formación de talleres nacionales como preludio a la propiedad estatal, garantizar el derecho al trabajo y una igualdad de la distribución. Desde este punto de vista, socialistas como Louis Blanc, Francoise Raspail y Armand Barbès, podían hacer causa común con Blanqui (si las rivalidades personales lo permitían), para intentar hacerse con el poder del Estado en los movimientos frustrados del 16 de abril y del 15 de mayo de 1848. Por el otro, los seguidores de Cabet (icáreos) y de Fourier pretendían vivir sus teorías en su propia vida diaria, esperando que su ejemplo sirviera para convencer a la gente de las virtudes de la organización colectiva y del comunismo. Después de la frustración de 1848, estos últimos optaron por la emigración o se vieron arrojados al exilio, la mayor parte hacia Estados Unidos, como única esperanza.

Proudhon sacó conclusiones muy diferentes de los sucesos de 1848. Para él, los movimientos que se sublevaron no ofrecían otra cosa que la sustitución de un régimen de opresión y dominación por otro. El problema del trabajo no se podía resolver por los canales políticos; el Estado era el enemigo sin importar quién lo controlara. Esto enfrentó a Proudhon, no solamente con blanquistas y comunistas, sino con todos aquellos que veían la república como un preludio necesario para el cambio social. Para Proudhon, la lucha para liberar a los trabajadores tenía que empezar en los lugares de trabajo, con la implantación de planes prácticos antes que proyectos utópicos. La cooperación y el mutualismo significaban un concepto nuevo de democracia obrera en el proceso productivo, y tenía que estar respaldado por los créditos, la banca, las aseguradoras mutualistas y las sociedades benéficas, por proyectos de cooperativas de viviendas y alternativas similares. La virtud de este programa estaba en que evitaba la intervención estatal y podía poner las bases para la desaparición gradual del Estado. También era importante que podía circunvalar la confrontación en los talleres y atraer a su causa a los pequeños patronos, que estaban amenazados por la competencia, los cambios en las condiciones del crédito y del marketing, etcétera.

Proudhon apoyaba la propiedad privada de la vivienda o del pequeño comercio siempre que estuviera abierta a todos; se oponía a las huelgas y a los sindicatos, y recelaba de la idea de asociación, ya que desde 1860 esa idea estaba convirtiéndose en parte de una ideología de lucha de clases. Sus ideas alcanzaron gran influencia, y en la Comisión de Trabajadores de 1867 podemos encontrar a Climent, el representante de los zapateros, desafiando y condenando a aquellos que querían utilizar las huelgas, la lucha de clases y otras formas de confrontación para hacer progresar la causa de los trabajadores[33]. El poder de la propiedad privada podía socavarse evitando la

[33] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit., p. 110; E. Hyams, *Pierre-Joseph Proudhon. His Revolutionary Life, Mind and Works,* cit.; *Procès-verbaux de la Commission Ouvrière de 1867,* París, 1867, pp. 28-33.

lucha de clases, «con unos operarios trabajando en solidaridad, avanzando juntos, aprendiendo a conocerse, viviendo en familia», levantando su propio capital y eliminando el poder de la propiedad externa sobre sus vidas.

Pero, dentro de los debates que se producían en el Segundo Imperio alrededor de la organización del trabajo, había un concepto que ejercía un poder y una fascinación especial: el concepto de asociación. Adquirió una posición central en parte por sus profundas raíces en la tradición, pero también en virtud de su ambigüedad. Durante la década de 1830, había sido un concepto central en el pensamiento de Saint-Simon, así como para los fourieristas y el socialismo obrero, que adquirió experiencia en aquellos años (capítulo 2). Al comienzo, era una idea que buscaba superar el conflicto de clase y la anarquía social, la codicia egoísta y las desigualdades engendradas por la propiedad privada del capitalismo. En manos de los seguidores de Saint-Simon, significaba la asociación de todos los capitales, grandes y pequeños, movilizados hacia unos fines productivos y sociales deseados, que el conjunto de la sociedad civil, incluyendo a los propios trabajadores, estarían abrazando dentro de la armonía del progreso social. Los Pereire fueron formados en esa ideología en la década de 1830 y la pusieron en práctica durante la década de 1850, para tratar de construir una cierta clase de capitalismo monopolista de Estado democrático. La idea de asociación tenía, por ello, una cierta legitimidad y estaba ampliamente apoyada por el gobierno. Incluso Marx, que se burlaba de que la idea de asociación de capitales, apenas podía hacer otra cosa que producir orgías de especulación: concedía que podía constituir una «forma de transición hacia un nuevo modo de producción», dotando con ello a los Pereire «de de una agradable personalidad entre el estafador y el profeta»[34].

En manos del movimiento obrero, la idea sufrió una evolución significativa. En sus primeras manifestaciones en la década de 1830, significaba asociación de productores, sociedades mutualistas y otras formas que más tarde aprobaría Proudhon. Pero la represión, seguida de los estragos provocados por el cambio tecnológico y de la explotación capitalista, convirtió más tarde la palabra «asociación» en una palabra clave de resistencia corporativa y de clase. El primer significado parece que fue el dominante en París, por lo menos hasta 1848-1851. El decreto del gobierno provisional de 1848 que garantizaba el derecho al trabajo, también garantizaba el derecho de los trabajadores a asociarse «para disfrutar de los legítimos beneficios de su trabajo». La frase es ambigua, ¿se refiere al derecho a formar sindicatos o al derecho a formar cooperativas de productores? En la práctica, conseguía el apoyo de los artesanos que, entendiendo que la riqueza se basaba en el trabajo, veían a las asociaciones libres de productores, como el medio de recoger los beneficios del suyo

[34] K. Marx, *Capital,* cit., vol. III, p. 441.

propio, al mismo tiempo que aseguraban la reorganización pacífica de la sociedad, bajo el control directo de los productores[35].

La feroz represión de todas las formas de organización obrera en 1851, de la que sólo se libraron las sociedades mutualistas benéficas y las que se encontraban bajo un estricto control imperial, enterraron semejantes esperanzas; Proudhon luchó por resucitar sus formas más voluntaristas, no las que venían amparadas por el Estado. Sin embargo, para Corbon la idea perdió continuamente terreno a partir de 1848, no como noble visión de algún futuro socialista, sino en sus aspectos prácticos. La reorganización del proceso productivo y el creciente cisma entre capital y trabajo en la industria de la ciudad provocaba la búsqueda de medios colectivos para resistir la descaulifiación del trabajo y la caída de los ingresos reales. Corbon señalaba un resurgir de los sentimientos corporativos durante la década de 1860 y la movilización de formas corporativas, que habían sido abolidas con la Revolución francesa, para defender los intereses de la clase trabajadora y para desafiar la libertad de los mercados del trabajo[36]. «Asociación», entonces, pasó a significar el derecho a formar sindicatos, a negociar colectivamente las cuestiones referentes a salarios y condiciones de trabajo. Los dos significados caminaron juntos hasta finales de la década de 1860. La libertad de asociación fue una de las demandas de todos los trabajadores en los encuentros de la Comisión de Trabajadores en 1867. Pero, o bien significaban cosas diferentes, o bien de manera consciente se buscaba pasar por alto la ambigüedad para poder rentabilizarla políticamente.

Soñando la ciudad socialista

En 1869, Tony Moilin publicó un breve tratado utópico titulado *Paris en l'an 2000*[37]. Moilin era un eminente médico, había sido asistente de Claude Bernard, y había adquirido una reputación importante por su cuidado de los pobres del primer *Arrondissement,* durante las epidemias de cólera. Durante la década de 1860 se enamoró de un futuro socialista basado en el orden y la justicia social, y en ocasiones tuvo dificultades con las autoridades a causa de sus ideas. Concebía un gobierno socialista que, para promover el bienestar de todos, daría una forma nueva a la ciudad en el año 2000. El Estado poseería toda la propiedad, eliminando la especulación y el abuso inmobiliario. La nueva forma de la ciudad se pondría en manos de

[35] W. Sewell, *Work and Revolution in France,* cit., pp. 243-276.

[36] A. Corbon, *La secret du peuple de Paris,* cit., pp. 122-141.

[37] Tony Moilin, *Paris en l'an 2000,* París, 1869; J-P. Bernard, *Les deux Paris. Les représentations de Paris dans le second moitié du XIXème siècle,* París, 2001.

arquitectos, que eliminarían los ruinosos arrabales y las estructuras faltas de higiene. Pero el proceso sería gradual y evitaría la brutalidad y la parcialidad de clase que había en las demoliciones de Haussmann. El tejido urbano finalmente sería dominado por estructuras que recordaban los *phalanstères* de Fourier, bloques cuadrados de viviendas con un espacio central de jardines y patios para las actividades sociales y comunitarias. La conexión dentro de la ciudad quedaría asegurada por pasajes en las segundas plantas enlazados mediante puentes, provistos de ascensores. Esto proporcionaba espacios de compras y de paseo y un sistema de comunicaciones resguardado para todo el conjunto de la población (ideal para el *flâneur*). Los talleres se situaban en las plantas bajas cuidando la iluminación y la ventilación, para asegurar el trabajo en las mejores condiciones ambientales.

Toda la Ile de la Cité y la Île St. Louis quedaban ocupadas por una inmensa estructura, el Palais Internationale (eco de Perreymond, véanse anteriormente pp. 111-113), en donde desembocaban los ferrocarriles aéreos y que actuaba como una estación de recepción, en la que algo parecido a una exposición universal permanente celebraba la fraternidad universal y la unidad de la humanidad. Aquí también se situaban los centros de gobierno y un templo del socialismo, que reemplazaba a Notre Dame, que era el centro de culto y ritual del nuevo orden. Había innumerables actividades cívicas a través de las cuales, todos adquirían un sentimiento de identidad con la ciudad. Una terraza en lo alto de esta estructura permitía a la gente ver todo el conjunto de la ciudad y valorar su unidad. Inmensas columnas que rodeaban el palacio soportaban una vasta cubierta, hecha posible por la nueva arquitectura de hierro y cristal.

En ese año 2000, la desigualdad de la renta se había reducido de cinco a uno y, gracias a la propiedad pública, la igualdad formaba parte de la organización del trabajo. Las reformas de la educación y del sistema de aprendices habían consolidado los hábitos sociales de la generosidad, el apoyo mutuo y la igualdad del compromiso. La propiedad privada era escasa, los alquileres modestos y los bloques de viviendas se caracterizaban por la mayor diversidad posible de gente. El servicio doméstico había quedado abolido. Muchas mujeres trabajaban de acuerdo con sus aptitudes, pero todavía no tenían derechos políticos (¿una concesión a Proudhon?); la familia todavía era la base del orden social, aunque el divorcio estaba reconocido y la prostitución prohibida. El mundo intelectual estaba marcado por vivas discusiones y debates dentro de la Academia de París, a la que las mujeres y los jóvenes podían acceder por sufragio universal. El fuerte gusto por las exhibiciones –bailes, conciertos, teatros, revistas– y por la competencia y el alcance de símbolos de distinción –el más alto, la Medalla de la República– continuaba siendo una característica importante de la vida cultural. Los grandes cafés, donde no se podía beber demasiado, eran centros de sociabilidad y conversación. Los parisinos no habían

olvidado cómo perseguir los placeres, y las artes del *flâneur* y la tumbona eran muy apreciadas. Como señalaba Benjamín desdeñosamente, Moilin no sólo se basaba en Fourier, sino que concebía la ciudad ideal esencialmente en términos de consumo y de una *fête impérial* democratizada, más que como una forma organizada de producción.

El arte del pensamiento utópico, que había quedado totalmente aplastado en 1848, se veía resucitado veinte años después. Moilin iba a desempeñar un papel muy pequeño en la Comuna de 1871; durante los tres primeros días de marzo fue alcalde en funciones de su *arrondissement*, pero el 27 de mayo fue arrestado por las fuerzas de Versalles, presentado ante una corte marcial en los jardines de Luxembourg e inmediatamente condenado a muerte. Según dijo el tribunal, no por sus acciones, sino porque «era uno de los dirigentes del partido socialista peligroso por su talento, por su carácter y su influencia sobre las masas; uno de esos hombres, en resumen, de quienes un gobierno prudente debe librarse cuando encuentra una ocasión legítima para hacerlo»[38]. Se le concedió un respiro de doce horas, para que se casara con su compañera embarazada y después fue fusilado en los jardines la mañana del 28 de mayo de 1871.

Género, sexualidad y revolución

Poco antes de la Comuna, Edmond de Goncourt anotó en su diario: «hablan de la nerviosa sobreexcitación de la mujer [...] del temor a tener que sofocar revueltas de mujeres». Después de la Comuna, ese miedo se convirtió en la leyenda de «mujeres siniestras», de «amazonas y viragos, inspirando e inflamando a los hombres con su inmodestia obscena y desvergonzada [...] los vestidos desabrochados, sus pechos prácticamente desnudos» incitando y dirigiendo el incendio de París. Contemplando los cuerpos de las mujeres sacados de casas y barricadas y sumariamente ejecutadas, Houssay escribió: «Ni una sola de esas mujeres tenía un rostro humano, solamente la imagen del vicio y del crimen. Eran cuerpos sin alma, merecedores de mil muertes incluso antes de recibir el petróleo. Solamente hay una palabra para retratarlas: horrendas»[39].

El imaginario de la bestialidad y barbarie de las mujeres en medio de la revuelta y la revolución, del papel de las «mujeres incendiarias» en la Comuna, perduraba poderosamente, incluso aunque los tribunales militares no pudieran encontrar evi-

[38] Prosper Lissagaray, *Histoire de la Commune,* París, 1976, p. 393.

[39] Citado en P. Lidsky, *Les écrivains contre la Commune,* cit., pp. 45, 115; E. Thomas, *The Women Incendiaries,* cit., p. 182.

dencias de ello, y no por falta de interés[40]. Zola, apoyándose en las descripciones de Maxime du Camp sobre la Comuna, introdujo en *Germinal* una horrorosa escena de linchamiento y castración del tendero del pueblo a manos de mujeres enfurecidas. Imágenes de este tipo eran muy frecuentes y se las pude rastrear por todo el Segundo Imperio, pero ¿a cuento de qué venían?

La conexión entre mujer, libertad y República (y por lo tanto revolución), venía gestándose desde hacía mucho tiempo (capítulo 2). El imaginario era tan poderoso que la manera en que la mujer era descrita se volvió, como hemos visto, un conflictivo foco de rivalidad iconográfica. En junio de 1848 el *London Examiner* informaba de un incidente que parece una representación del cuadro de Delacroix, *La Liberté guidant le peuple*, aunque con un final menos alegre:

> Una de las mujeres, una joven cuidadosamente vestida, levantó la bandera y saltando por encima de la barricada, se lanzó contra los guardias con un lenguaje provocativo [...] un disparó la alcanzó mortalmente. Otra mujer avanzó entonces, tomó la bandera y empezó a tirar piedras a los guardias [...] siendo también abatida.

Victor Hugo registraba el mismo incidente. Pero a ambas mujeres las llamaba «prostitutas, bellas, desmelenadas, terribles». Lanzando obscenidades, se levantaban el vestido hasta la cintura mientras gritaban: «¡cobardes! disparad si os atrevéis al vientre de una mujer». Victor Hugo añade lúgubremente «así es cómo empezó esta guerra»[41]. Como hemos visto, Tocqueville dio alas a todos los miedos de la burguesía sobre la mujer insumisa e incontrolable como agente de la revolución; y la descripción de Flaubert de la prostituta posando como la Libertad en las Tullerías en 1848, continuaba con la tradición. Al otro lado del Canal de la Mancha, Charles Dickens propagaba la misma idea (presentada por supuesto como una particularidad francesa), en su retrato de Madame Defarge y «La venganza» en *Historia de dos ciudades*.

Sucesos como los que describe Victor Hugo pusieron la alegoría en el candelero. El simbolismo no pasaba desapercibido, ¿había o no había abatido la República a la Libertad en las barricadas? A partir de entonces, la iconografía se dividió en caminos claramente separados por la distinción entre la república social y la república política. La «prudente República del orden y la reconciliación» necesitaba una representación diferente a la «impetuosa y rebelde» imagen de la República del pueblo. «Empezó a parecer como si los bandos de aquellos vestidos con ropas de trabajadores tuvieran una República con un gorro rojo y un corpiño abierto, mientras

[40] El estudio más completo es el de E. Thomas, *The Women Incendiaries*, cit.

[41] N. Hertz, «Medusa's Head. Male Hysteria under Political Pressure», cit.

que el campo de los caballeros, adecuadamente vestidos de oscuro, tuviera otra, una República representada por una dama, coronada con ramajes y cubierta por una toga de la cabeza a los pies»[42]. Después de 1848, los republicanos respetables se lanzaron a domesticar la imagen (Bartholdi presentó por primera vez sus planes sobre la Estatua de la Libertad, que actualmente se encuentra en el puerto de Nueva York, a finales de la década de 1860). Los trabajadores se aferraron a una imagen más revolucionaria. Formaron «conspiraciones marianistas» principalmente en las zonas rurales, aunque una de ellas fue desbaratada en París en 1855. La emancipación de la mujer, la nacionalización de la tierra y «de todo lo que se encuentra en ella», la garantía de una vivienda adecuada, del empleo y de la educación eran parte de su programa. Semejantes sentimientos evidentemente tardaron en morir. Cuando la mujer accedió a la Comisión de Trabajadores de 1867 como observadora, un trabajador se vio impelido a decir: «*Madame*, al veros entrar, he pensado que era la Libertad la que entraba. Cuando la mujer se siente junto a los hombres en estas reuniones, entonces comenzará el reinado de la libertad y la justicia. ¡Viva la Mujer, viva la Libertad!»[43].

Para la burguesía, la pertenencia de la mujer a la casa era una creencia fieramente mantenida, pero también la defendían socialistas y republicanos radicales como Michelet. Las notas de Proudhon para *Pornocratie* contienen «todas las ideas cruelmente reaccionarias que han podido utilizar contra la emancipación de la mujer los antifeministas más radicales»[44]. Esta pertenencia reforzada por el culto a la domesticidad (que de manera amplia acompañaba a la domesticación de la imagen de la Libertad) tenía sus bases materiales en una concepción del matrimonio como negocio, en la creciente separación entre el trabajo y el lugar de residencia y en la importancia vital de una buena administración de la economía doméstica para el éxito del burgués. También estaba muy relacionada con un sistema de propiedad y de herencia que hacían impracticables los hábitos y la moralidad de la aristocracia, excepto en condiciones de enorme riqueza. Los republicanos burgueses estaban atrapados entre el espectro del derrumbe en las disolutas formas de las clases trabajadoras y el nobleza obliga de la aristocracia. Para ellos, el control sobre la mujer se consideraba esencial para conservar la posición de clase. Y realmente, la mayor parte de las mujeres parecía haber aceptado la ecuación. Incluso George Sand proclamaba las vir-

[42] M. Agulhon, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880*, cit., p. 99.

[43] A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870*, cit., p. 164; *Procès-verbaux de la Commission Ouvrière de 1867*, cit., p. 100; S. Moon, «The Saint-Simonian Association of Working Class Women, 1830-1850», *Western Society for French History* 5 (1975), pp. 274-280; C. Moses, *French Feminism in the Nineteenth Century*, cit.

[44] E. Hyams, *Pierre-Joseph Proudhon. His Revolutionary Life, Mind and Works*, cit., p. 274.

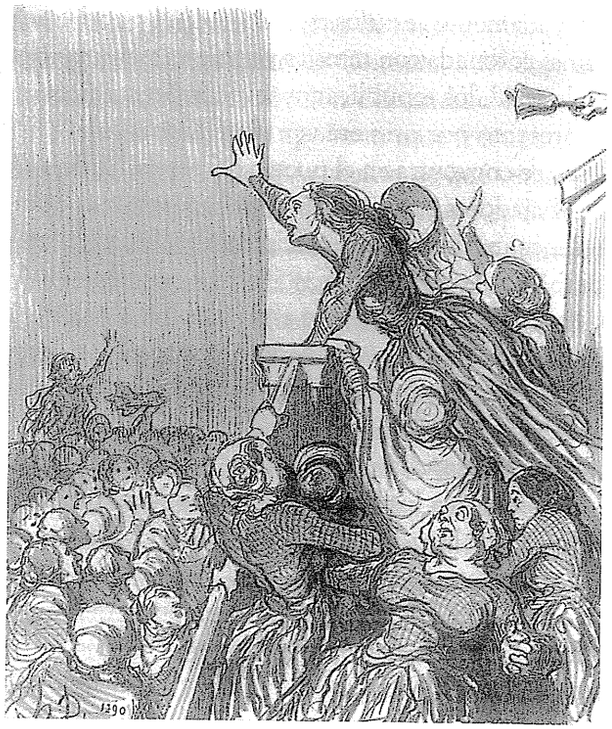


Ilustración 98. Daumier recoge los temores burgueses hacia el feminismo y las consecuencias de la incorporación de la mujer a la política en esta representación de una mujer amenazando en 1848 con asaltar la Asamblea Nacional para obtener su derecho al divorcio.

tudes de la familia en la década de 1860, y después de la Comuna se sintió libre para dirigir las pullas más virulentas contra los *communards*, aunque ella nunca se había movido de su medio rural. Aquellas mujeres que disentían como Jenny d'Hericourt no recibían mucha atención, y había pocas señales de una política feminista independiente; la cuestión del voto femenino, que provocaba un gran debate en Inglaterra, no llegó a plantearse. Solamente hacia finales del Imperio un grupo de mujeres formado por Louise Michel, Paule Minck, Andrée Leo y Elizabeth Dmitrieff, empezó a hablar de derechos de la mujer y a organizar grupos como la Union des Femmes, que desempeñaron un papel tan importante en la Comuna[45].

Es una tentación especular con el significado psicológico y social de todo esto. La imagen de la Libertad como una aterradora e incontrolable mujer, de la clase que Tocqueville se encontró, o, peor aún, una puta pública en una sociedad falocrática donde la conservación de la propiedad y la posición de clase dependía de su control, debe haber sacudido la psique del varón burgués hasta la médula. Las representaciones de la mujer que hacía Manet (en *Olympia* y *Déjeuner sur l'herbe*), parecen haber provocado la cólera del burgués, precisamente porque parecen ser prostitutas con una mirada poco sumisa[46]. Hertz sugiere los miedos a la castración (que Zola volvía tan explícitos en *Germinal*) combinados con el antagonismo de clase, como origen de «la histeria del varón en condiciones de presión política»[47]. Resulta difícil explicar de otra manera la extraordinaria violencia de la retórica masculina contra las mujeres que participaron de alguna manera en la acción revolucionaria. Más difícil aún es enfrentarse a las representaciones convencionales de los republicanos.

La femme de Michelet, publicado en 1859, fue un tratado muy influyente de un famoso historiador republicano. Cuando la Comisión de Trabajadores de 1867 dirigió su atención hacia el tema de la mujer, un tal Dr. Dupas soltó una rudimentaria versión de las ideas de Michelet. La mujer, argumentaba, no es igual al varón en fuerza física, preocupaciones intelectuales o morales y dedicación a los asuntos públicos; pero su amor y devoción como esposa y madre, superaba en mil veces cualquier cosa que los hombres fueran capaces de hacer. El varón era el representante de la civilización y la mujer era la criatura de la naturaleza. «La mujer es natural, o lo que equivale a decir abominable», gruñía Baudelaire, mientras que la *Déjeuner sur l'herbe* de Manet parece representar y parodiar al mismo tiempo la oposición de la que tanto había hablado Michelet.

La oposición entre la mujer y el hombre podía resolverse de manera creativa o destructiva. En ausencia de las riendas masculinas, el lado sucio de la naturaleza de la mujer, representado por la menstruación, podía dominar e irrumpir con una violenta histeria, que probablemente fue lo que Victor Hugo, Tocqueville y los enemigos de la Comuna pensaron que habían visto en medio de la revolución. La mujer trabajando, y fuera de la contención del hombre, continuaba Dupas, echa un borrón sobre la sociedad; esa situación desdichada expone a la sociedad a la degradación y provoca la histeria en los centros de trabajo. La única solución positiva es colocar la unión del hombre y de la mujer bajo el dominio del hombre: el hombre es el «1», la mujer el «0» y la única manera de multiplicar su valor social es poner el «1» delante del «0», de esa manera llegamos al «10». Pero era esencial que la mujer tuviera respeto y cariño. Y aquí estaba la cruz del mensaje de Michelet. La mujer tenía que encajar en el papel de madona sufriente, cuyas cargas naturales podían ser aliviadas y cuya infinita capacidad para el amor y la devoción sólo se podía liberar bajo las condiciones de un respetuoso y paternalista control del

[45] J. D'Hericourt, *La femme affranchi,* París, 1860; F. Green, *A Comparative View of French and British Civilization, 1850-1870,* cit., p. 95; E. Thomas, *The Women Incendiaries,* cit., pp. 70-87.

[46] Theodore Reff, *Manet and Modern Paris,* Washington DC, 1982; T. J. Clark, *The Painting of Modern Life. Paris in the Art of Manet and His Followers,* cit.

[47] M. Agulhon, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880,* cit., p. 185; N. Hertz, «Medusa's Head. Male Hysteria under Political Pressure», cit.

varón[48]. Creo que resulta significativo que ningún trabajador hablara en defensa de esa posición y la mayoría la condenaba con rotundidad.

Jules Simon también apareció delante de la Comisión de Trabajadores, pero tomó un rumbo totalmente diferente. Deploró el hecho de que la mujer trabajara, porque eso tendía a destruir la familia, dejaba a los niños abandonados y privaba al hombre de un ambiente hogareño estable, afectuoso y cariñoso donde pudiera reponer su cuerpo y alma. Había que encontrar alguna manera de preservar la familia. Sin embargo, Jules Simon sabía que, para la mayor parte de la clase trabajadora, el trabajo de la mujer era una necesidad; también sabía que la industria necesitaba su fuerza de trabajo. Atacó la idea de que se prohibiera a la mujer el acceso a los centros de trabajo, aduciendo que interfería con una libertad valiosísima (la del mercado) y que las mujeres necesitaban salarios. El problema era encontrar empleos respetables y bien remunerados para poder prevenir su desliz hacia el libertinaje o la prostitución. La respuesta se encontraba en que el Estado proporcionara una educación gratuita. Esto permitiría a la mujer aumentar el valor de su fuerza de trabajo como capital humano, al mismo tiempo que aumentarían sus cualidades como educadoras en el seno de la familia. Las reformas educativas a finales de la década de 1860 abrieron esta posibilidad, y aparentemente fueron bien recibidas por los trabajadores y por las feministas más militantes. Simon era suficientemente popular para obtener un voto masivo de la clase trabajadora, y sus ideas eran valoradas por las feministas militantes. Pero, como muchos trabajadores señalaron en los encuentros de la Comisión, la mejora de la educación de la mujer aumentaría el abanico de trabajos a los que podrían acceder y provocaría la caída de los salarios. Simon también tenía el apoyo de los intereses industriales, que desde su propio punto de vista encontraban sus propuestas de interés[49].

Entonces, ¿qué era lo que los trabajadores pensaban? Fribourg, un miembro de la Internacional, habló ante la Comisión de Trabajadores reflejando las ideas mayoritarias, que se hacían eco de las de Proudhon. Éste mantenía que la mujer pertenecía a la casa bajo la autoridad del hombre. Aunque había algo más que un toque de misoginia en los escritos de Proudhon, el sentimiento de los trabajadores no descansaba sobre los argumentos que exponían Michelet o Dupas. Procedía, en primera instancia, de una tradición en la que el hombre tenía el derecho moral y legal de disponer de la fuerza de trabajo de la familia. También del deseo de proteger la familia y la autoridad del varón como el gran sostén económico. Por ello, los hombres

[48] J. Michelet, *La femme,* cit.; Ch. Baudelaire, *Intimate Journals,* cit., p. 531; *Procès-verbaux de la Commission Ouvrière de 1867,* cit.

[49] J. Simon, *L'ouvriére,* cit.; véase también *Procès-verbaux de la Commission Ouvrière de 1867,* cit., pp. 213-217; J. Scott, *Gender and the Politics of History,* cit.

debían ganar más que las mujeres. Pero en el París del Segundo Imperio, este sentimiento también se alimentaba de la creciente hostilidad hacia la competencia de la fuerza de trabajo femenina, ya viniera movilizada por los conventos o directamente por los talleres. La huelga de impresores de 1862 fue, por esa razón, un suceso importante: la contratación de mujeres para romper la huelga, que cobraban un tercio menos, era exactamente lo que los trabajadores varones temían. La solución a corto plazo era elevar los salarios de los hombres para que cubrieran las necesidades de la familia y en legislar para mantener a la mujer fuera de los centros de trabajo. Los impresores pidieron al emperador que hiciera eso y, al hacerlo, no evitaron utilizar los argumentos formulados por Michelet. Señalaron la histeria que se creaba por el contacto con los talleres y argumentaban, probablemente con razón, que la naturaleza del trabajo y las sustancias tóxicas a las que se exponían las mujeres, provocaban un elevado índice de abortos y nacimientos fallidos. Estos puntos de vista estaban tan claramente asumidos, que la delegación francesa en los encuentros de Ginebra de la Internacional en 1866 obligó a introducir una resolución en la que se prohibía el acceso de la mujer a los talleres y se la confinaba a la casa.

Feministas socialistas como Paule Minck militaron en contra de semejantes actitudes dentro de la sección francesa de la Internacional. «No queremos ser tratadas ni como señoras ni como esclavas», decía en un mitin público en 1868, «sino como seres humanos, diferentes pero iguales, con el derecho a trabajar por el mismo salario y de asociarnos para nuestra propia emancipación económica». Tenía aliados varones como Varlin, quien refutó a Fribourg delante de la Comisión de Trabajadores: «el derecho al trabajo de la mujer era el único medio para su auténtica liberación», y aquellos que lo negaban «simplemente querían mantenerlas bajo el dominio de los hombres». Varlin, por lo menos, fue fiel a su palabra y recogió el derecho de la mujer a trabajar con el mismo salario en la constitución de la unión de encuadernadores[50]. Los zapateros, sin embargo, consideraron suficientemente progresista el permitir la entrada de mujeres en su asociación, solamente si las cuestiones las planteaban por escrito o a través de un miembro varón.

Las representaciones y la retórica volaban de un lado a otro en los encuentros de la Comisión sin chocar entre sí. La verdadera tragedia de todo ello estaba grabada en la vida diaria de las mujeres. Las espeluznantes secuelas de la Comuna son un ejemplo de la violencia y el horror que se desatan cuando los antagonismos de clase y de género se refuerzan mutuamente. Muchas de las mujeres arrastradas ante los tribunales militares habían actuado simplemente como enfermeras o ayudantes de cantinas, y estaban totalmente desconcertadas por la retórica y los cargos de abyec-

[50] A. Dalotel, *Paule Minck, communarde et féministe,* cit., p. 122; *Pròces-verbaux de la Commission Ouvrière de 1867,* p. 223, cit.

tos crímenes que se les achacaban. Habían vivido por la nobleza de una concepción solamente para ser juzgadas por la histérica retórica de otra.

Cuando las representaciones privadas entran en la retórica pública, se convierten en medios y motivaciones tanto para la acción colectiva como individual. Desde luego, siempre es más fácil reconstruir lo que la gente dijo; mucho más difícil adivinar como pensaron. En esta esfera, una variación individual a menudo es tan grande que cualquier declaración general debe parecer engañosa. Sin embargo, dentro de los numerosos remolinos de ideas, sobresalen temas generales que sugieren motivaciones. De cualquier forma, la última prueba debe ser la acción. Porque hay muchos pensamientos que nunca adquieren la categoría de fuerzas materiales, porque permanecen encerrados en el reino de los sueños. Los temas que hemos examinado no son de esa clase. La experiencia de la Comuna vio cómo todos ellos entraban en la vida social, a menudo con redoblada fuerza. Y hay suficiente evidencia de la ordenación de la vida diaria en el Segundo Imperio como para hacer, por lo menos, razonable deducir que el estilo de la retórica y la representación, así como el de la ciencia y el sentimiento, fueron algo más que momentos de ocio para unos pocos. De cualquier forma, lo que se debería añadir es otra categoría, la de los silencios: los silencios de esa multitud cuyas ideas no podemos seguir y los silencios estratégicos de aquellos de quienes sí podemos.

XVII La geopolítica de la transformación urbana

La humanidad [...] inevitablemente afronta tan sólo las tareas que es capaz de resolver, ya que un examen detallado mostrará siempre que el problema en sí mismo surge solamente cuando las condiciones materiales para su solución se encuentran presentes o, por lo menos, en vías de formación.

Marx

En 1852 Marx predijo que «cuando el manto imperial finalmente caiga sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón caerá desde lo alto de la Columna Vendôme»[1]. El 16 de mayo de 1871 el odiado símbolo se derrumbó delante de la masa de *communards,* temporalmente alejados de los amenazadores cañonazos con que las fuerzas de la reacción iban rodeando París. Entre la predicción y el acontecimiento hay dieciocho años de una «farsa feroz».

La ferocidad tenía orígenes dobles, algunas veces complementarios pero en último término antagónicos. El Imperio, tanto para protegerse a sí mismo como a la sociedad civil sobre la que reinaba, recurrió a una arbitrariedad del poder estatal que afectaba a todos: desde animadores callejeros acosados en los bulevares, a banqueros excluidos del lucrativo negocio de los préstamos a la ciudad. Pero el acelerado poder de circulación y de acumulación del capital también producía sus efectos, transformando los procesos de producción, la integración espacial, las relaciones del crédito, las condiciones de vida y las relaciones de clase, con la misma ferocidad con que se producía la destrucción creativa del entorno de la ciudad. En el periodo que siguió a 1848, la arbitrariedad del poder estatal parecía ser un apoyo funda-

[1] K. Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte,* cit., p. 135.

mental de la propiedad privada y del capital. Pero cuanto más degeneraba el Imperio hacia una farsa abierta, más evidente resultaba que la modernidad no podía producirse a partir de la tradición imperial; que no había y no podía haber una base de clase estable para el poder imperial y que la supuesta omnipotencia del gobierno se postraba ante la omnisciente racionalidad del mercado. El cisma entre los seguidores de Saint-Simon y los economistas liberales simbolizaba, por ello, un profundo antagonismo entre el proceso político y el proceso económico.

La estrategia de Napoleón III para mantener el poder era simple: «Satisfacer los intereses del mayor número de clases posible y atar las clases superiores al empera-

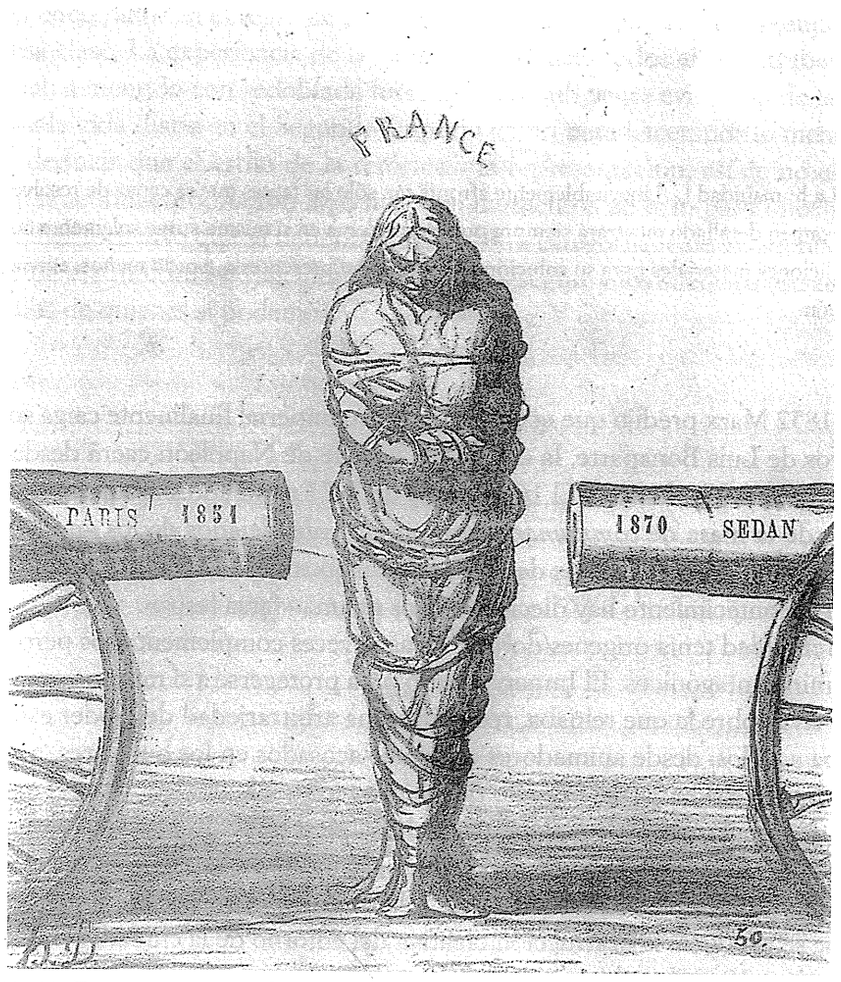


Ilustración 99. Esta representación de Daumier de la historia del Segundo Imperio nos muestra a la tradicional figura femenina de la Libertad atada de pies y manos y colocada entre los cañones del golpe de Estado de 1851 y los de la derrota del emperador en Sedan en 1870.

dor»[2]. Desafortunadamente, la fuerza explosiva de la acumulación del capital tendía a erosionar esa estrategia. La creciente brecha entre los ricos, que apoyaban al Imperio precisamente porque les ofrecía protección contra las demandas socialistas, y los pobres condujo a un antagonismo creciente entre ellos. Cualquier movimiento que realizara el emperador para atraer a uno de ellos, inevitablemente distanciaba al otro. Por si fuera poco, los trabajadores recordaban el hecho, convenientemente adornado, de que había habido una República que ellos habían ayudado a levantar y que había escuchado sus preocupaciones sociales. La demanda de libertad e igualdad en el mercado también tendía a enfatizar la ideología política republicana dentro de segmentos de la burguesía. Esta última se mostraba tan en desacuerdo con el autoritarismo del Imperio como antagónica con los planes de una república social.

La ruptura entre las concepciones políticas y sociales de la república, que se hicieron tan evidentes en 1848, continuaron teniendo un significado importante. Podía utilizarse, y, de hecho, se utilizó, para dividir y gobernar; pero no proporcionaba al poder político una base de clase segura. De cualquier forma, el Imperio se encontraba tan atrapado por la vorágine del progreso capitalista, que no podía contentar a tradicionalistas y conservadores, especialmente a los católicos, que se oponían al nuevo materialismo y a las nuevas configuraciones de clase que se estaban formando. Cuando los problemas de sobreacumulación y devaluación volvieron a surgir, el consenso que había detrás del poder imperial se volvió difícil de mantener y amenazó con evaporarse por completo. Las contradicciones del crecimiento capitalista coincidieron con inestables bandazos políticos de uno u otro extremo del espectro de las clases, o de una u otra facción de clase. Cuando en 1862, con gran disgusto de los hermanos Pereire, el emperador honró a James Rothschild con una visita a su casa de campo, y cuando ese mismo año concedió doscientos mil francos para que los trabajadores pudieran mandar los delegados que habían elegido a Londres (donde Karl Marx les esperaba impacientemente y de donde volvieron para formar la rama parisina de la Primera Internacional), algo estaba pasando. Semejantes giros, lejos de aliviar las tensiones, solamente añadían ansiedad sobre qué iba a reemplazar al Imperio si caía o cuando cayera.

Los monárquicos, aunque eran extremadamente fuertes, no ofrecían ninguna alternativa real. Divididos entre ellos, se juntaron alrededor de católicos ultraconservadores, tradicionalistas y de cualquier sentimiento reaccionario que se opusiera al progreso capitalista. Con una base fuerte en la Francia rural, su influencia en París se fue reduciendo durante el Segundo Imperio y finalmente se limitaba a las tradicionales reuniones de la aristocracia en la margen izquierda. Mientras el Imperio te-

[2] T. Zeldin, *The Political System of Napoléon III*, cit., p. 10.

Ilustración 100. El derribo de la Columna Vendôme por los communards *el 16 de mayo de 1871. En esta foto de Braquehais, el pintor Courbet podría ser la figura central del grupo del fondo; más tarde tuvo que contribuir a su reconstrucción poniendo el dinero de su propio bolsillo. La columna tenía una larga historia. La estatua imperial que había realizado Antoine Chaudet con los cañones capturados en Austria, fue retirada y fundida con la Restauración de la monarquía en 1815 y utilizada para rehacer la estatua destruida de Enrique IV en el Pont-Neuf. La figura de Napoleón, representado como César, fue reemplazada por una simple flor de lis. La Monarquía de Julio, ansiosa de unir su imagen a la de la revolución y al populismo de Napoleón, volvió a colocarlo en la cima, pero esta vez como un ciudadano-soldado con una capa de campaña. En 1863, la figura que había realizado Seurre fue reemplazada por la que hizo Dumont, que representaba a Napoleón como César, con traje de la época y llevando el símbolo romano de la victoria. Esta fue la versión derribada por los* communards.

nía sus partidarios especialmente entre los financieros, funcionarios del Estado y propietarios burgueses del oeste de París, que estaban muy contentos con las obras de Haussmann, los centros de los negocios, el comercio y los servicios profesionales y legales que se extendían por la margen derecha, se volvieron un bastión republicano, normalmente atemperado por un pragmatismo financiero oportunista, que brindaba al Imperio oportunidades de atraerles. El Café de Madrid, en el Boulevard Montmartre, era el punto de encuentro geopolítico de este tipo de republicanismo con los escritores más desclasados y bohemios atraídos por el poder de la

prensa y las comunicaciones. El republicanismo de la Margen Izquierda era de una clase bien diferente, producto de los estudiantes y los académicos. Era menos pragmático, más revolucionario y utópico, capaz de girar en todas las direcciones hacia alianzas con obreros y artesanos o hacia sus propias formas de políticas revolucionarias y conspirativas. La clase trabajadora se extendía en una amplia zona periférica desde noroeste hacia el este y hasta el sureste, con la concentración más baja en el noreste. Era sólidamente republicano, pero con grandes preocupaciones sociales y no pocos resentimientos por la traición sufrida a manos del republicanismo burgués en 1848.

La lucha que se desplegó en París durante la década de 1860 y que presagiaba la Comuna, fue de proporciones épicas. Era una lucha para dar significado político a conceptos de comunidad y de clase; para identificar las auténticas bases de las alianzas y los antagonismos de clase; para encontrar espacios políticos, económicos, organizativos y físicos en los que movilizarse y desde los que plantear reivindicaciones. En todos estos sentidos, se trataba de una lucha geopolítica para transformar la economía de París, así como su política y cultura.

La separación de los caminos del capital y del Imperio no se produjo mediante una confrontación dramática, sino por la lenta erosión de los lazos orgánicos existentes entre ellos. El contraataque de los propietarios inmobiliarios parisinos contra las condiciones de expropiación, la resistencia del Banco de Francia al crédito barato que buscaban los saint-simonianos, el creciente resentimiento de los empresarios por el acoso de Haussmann y el creciente sometimiento de pequeños propietarios inmobiliarios y minoristas al capital financiero, mostraban el aumento del desafecto de este o aquel fragmento de la burguesía. Aunque algunos, como los propietarios inmobiliarios, volvieron en parte al redil imperial, otros se fueron alejando cada vez más. Irónicamente, cuanto más éxito tenía el Imperio en reprimir a los trabajadores, más libre se sentía la oposición burguesa para expresarse. Pero cuanto más crecía la oposición, más crecía el espacio político dentro del que se podían mover los trabajadores. Por una parte, la retórica republicana de la burguesía les servía de escudo y, por otra, el crecimiento de la oposición burguesa obligaba al Imperio a tratar de ganar el favor de los trabajadores, como parte de su base populista.

La reconstrucción del partido republicano fue uno de los mayores logros del Segundo Imperio. Y como dependía de la reunión de muchas corrientes de opinión en muchas partes del país, lo que sucedió en París fue fundamental. Poderosa, pero incoherentemente implantado entre las profesiones liberales, que quizá veían a la república como un simple medio de adquirir un papel de clase más autónomo, y con fuerte apoyo potencial en las empresas, la industria y el comercio, el republicanismo burgués necesitaba una definición más marcada de la que había alcanzado en 1848. La bravucona y explosiva imagen de la feminidad en las barricadas tenía que

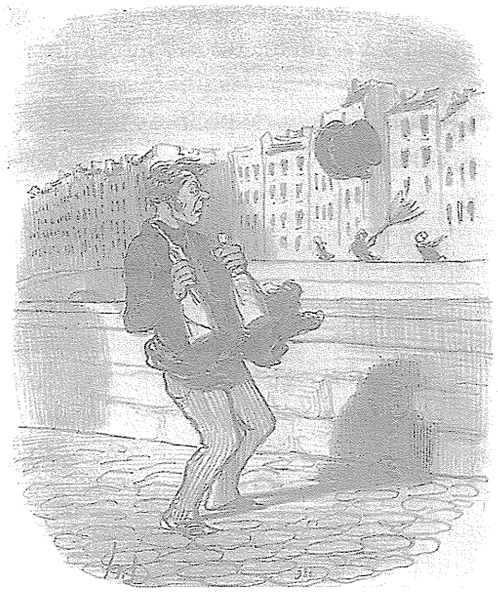


Ilustración 101. Daumier representa aquí uno de los pequeños contrasentidos a los que tiene que hacer frente el «buen burgués», en un momento en el que la burguesía estaba afrontando graves complicaciones políticas.

ser encorsetada, domesticada y vuelta completamente respetable. De alguna manera, había que afrontar y controlar el republicanismo desclasado de estudiantes, intelectuales, escritores y artistas. Pero los republicanos burgueses también necesitaban el apoyo de la clase trabajadora para poder tener éxito. Cómo obtener ese apoyo sin hacer la más mínima concesión a las concepciones sociales de la República, que típicamente amenazaban la propiedad privada, el poder del dinero, la circulación del capital e incluso el patriarcado y la familia, era el problema más acuciante del futuro partido republicano. En cuestiones de libertad política, legalidad, libertad de expresión y gobierno representativo, tanto a escala local como nacional, era posible hacer causa común. Por ello, los republicanos burgueses trataron de mantener esos temas en el centro del debate político. Los temas de la libertad de asociación, los derechos de los trabajadores y la representación eran más delicados y el debate sobre la república social tenía que quedar enterrado bajo una retórica reformista sobre cuestiones relativamente seguras, como la mejora de la educación. El republicanismo burgués tendía a volverse violento en su defensa del patriarcado y despiadado en sus actitudes hacia el socialismo. Pero los términos de la alianza con la clase trabajadora siempre tenían que estar abiertos a la negociación; al mismo tiempo que la batalla entre las concepciones sociales y políticas de la república tenían que pelearse a muerte. Así sucedió con el baño de sangre de la Comuna.

El resurgir de la actividad política de la clase trabajadora a principios de la década de 1860 descansó al principio en la reafirmación de derechos institucionales tradicionales. Las sociedades mutualistas, a pesar de la regulación imperial, se habían

convertido rápidamente en el frente legal de toda clase de organizaciones obreras encubiertas. Su subversión directa hacia formas sindicales estaba en la raíz de la mayor parte de las huelgas y provocó innumerables persecuciones en la década de 1850, pero su utilización indirecta con fines políticos era totalmente incontrolable. Aquí radica, por ejemplo, el significado de los funerales, que eran una ventaja clave que permitía a todos los miembros reunirse para escuchar los discursos a pie de tumba que frecuentemente derivaban hacia el discurso político. El Imperio estaba menos predispuesto a atacar a las sociedades mutualistas, porque cada vez las necesitaba más como instrumento de propaganda y de movilización del apoyo de la clase trabajadora. Hay bastantes evidencias que muestran que las asociaciones y coaliciones estaban toleradas en la práctica desde principios de la década de 1860[3]. Las sociedades mutualistas se convirtieron en centros de concienciación y en medios para organizar la expresión colectiva de reivindicaciones. Las formas corporativistas que se ocultaban tras de ellas se hicieron más explícitas, porque los artesanos buscaban protegerse contra los estragos del cambio tecnológico y organizativo y de la marea de inmigrantes sin cualificar. Esta utilización del marco mutualista tuvo consecuencias importantes. Ayudó a establecer un puente entre el trabajo y la vida, y preservó una unidad de organización para las cuestiones de la producción y el consumo. En el contexto de la industria de París también reforzó la búsqueda de alternativas por caminos mutualistas y cooperativistas. Tanto la conciencia como la acción política obtuvieron mucha de su fuerza de ese sentimiento de unidad.

La ola de construcción de instituciones y modernización, en la que posteriores administraciones se iban a ver envueltas, se reafirmó a partir de 1862. El emperador, amenazado por un lado por los ataques de los sectores monárquicos de las clases altas, aliados con los conservadores católicos, y, por el otro, por el resurgir del republicanismo burgués, se vio obligado a buscar el apoyo de una clase trabajadora que, de acuerdo incluso con lo que sus propios prefectos le estaban diciendo, se encontraba en una situación desesperada. Pero las iniciativas imperiales para atraer a los trabajadores al bando del progreso industrial y del Imperio no conoció una amplia respuesta entre ellos, salvo una amplia disertación de Henri Tolain, que le valió una entrevista con el emperador y el derecho a crear una comisión de trabajadores formada por los presidentes de las sociedades mutualistas, reconociendo así de facto su papel corporativista y profesional. Irónicamente, los encuentros de la comisión empezaron en el mismo momento en que se producía una de las mayores huelgas de los artesanos parisinos, la huelga de artes gráficas de 1862. Sus dirigentes fueron encarcelados por el crimen de coalición, a pesar de que la simpatía pública estaba de su lado, incluyendo las de muchos republicanos. Cuando el emperador les perdonó,

[3] A. Thomas, *Le Second Empire, 1852-1870,* cit., p. 192.

lo que hizo fue convertir las leyes contra la coalición y la asociación en temas discutibles. Lo hizo mientras regresaban los trabajadores, que él había ayudado a viajar a la fatídica reunión de Londres, contando las mejoras que se habían alcanzado en Gran Bretaña, gracias a los sindicatos, de las condiciones de trabajo y de los salarios.

Pero, curiosamente, todavía ninguna de las dos partes quería reconocer las realidades de la lucha de clases. A principios de la década de 1860, la apertura dada a las políticas de la clase trabajadora provocó al principio una oleada de sentimientos mutualistas. Las sociedades mutualistas florecieron en número y en afiliación, mientras surgían por todas partes planes de créditos mutualistas (como el Crédit au Travail), cooperativas de consumo (en 1864 se fundaban dos) y cooperativas de viviendas, contando algunas de estas iniciativas con el respaldo del propio emperador. Los estatutos de la Internacional fueron aprobados por el gobierno en 1864, al mismo tiempo que éste se atraía a Emile Ollivier (que en 1869 encabezaría la época liberal del Imperio), para reescribir la ley de asociación. La ley, diseñada para evitar la lucha de clases organizada, otorgaba el derecho de huelga pero no el de organización o asamblea. Los encuadernadores y algunos trabajadores del bronce, seguidos de los canteros, no tardaron en festejarlo con huelgas en las que pedían reducción de jornadas sin reducción de salarios. Pero, a principios de la década, el centro de atención del movimiento obrero no eran los niveles salariales sino los derechos de organización y las condiciones de trabajo. Proudhon, que en ese momento se encontraba en el cenit de su influencia, arremetía contra las huelgas y los sindicatos, al mismo tiempo que parecía estar de acuerdo con la ley Ollivier, y abogaba por una democracia obrera mutualista, acompañada de la vuelta de las mujeres a la esfera doméstica a la que pertenecían. La delegación francesa encabezada por Henri Tolain, en los encuentros de 1866 de la Internacional en Ginebra, llevaban con ellos una considerable carga del mutualismo y de proudhonismo, dando testimonio del profundo arraigo de semejantes ideas en la conciencia de los artesanos.

El movimiento obrero también experimentó sus contratiempos. Los intentos de crear una prensa obrera independiente fueron aplastados rápidamente, en parte por la oposición de los republicanos burgueses. El intento de definir un espacio político independiente también fracasó. En 1864 los artesanos, con algún apoyo republicano radical, redactaron el Manifiesto de los Sesenta, que se centraba en los derechos de los trabajadores como una cuestión política. El resultado general fue despertar el temeroso espectro de la lucha de clases y provocar la infundada pero razonable, sospecha de que el emperador estaba utilizando el movimiento obrero para frustrar las aspiraciones republicanas de la burguesía. Cuando Henri Tolain, uno de los firmantes del manifiesto y uno de los fundadores de la rama francesa de la Internacional, se presentó como candidato obrero independiente en 1863 para respaldar la particularidad de la causa obrera, fue vilipendiado por la prensa republicana y tan estrujado por la oposición de esos círculos, que obtuvo menos de quinientos votos en una elección parlamentaria que significó al ascenso al poder de los republicanos burgueses en la mayor parte de París.

La recesión de 1867-1868 significó un reajuste radical de las fuerzas de clase, así como un punto de inflexión en la militancia y retórica obrera. Lo que se conoció como «la huelga de los millonarios» supuso la acumulación masiva de excedentes de capital en las arcas del Banco de Francia; el estancamiento de las obras públicas y del segmento alto del mercado de la propiedad inmobiliaria de París; una intensa competencia internacional y el aumento del desempleo; todo ello con unos precios en fuerte ascenso. La caída de los Pereire, el nerviosismo del mercado de valores, y la creciente posibilidad de un conflicto geopolítico con Prusia, erosionaron la sensación de seguridad que el autoritarismo del Imperio había sido capaz de imponer anteriormente. El espectáculo de la Exposición Universal de 1867 desvió la atención a ciertos niveles, aunque muchos señalaron la ironía de que festejaba el fetiche de la mercancía y el consumismo, en un momento de reducción de los ingresos reales, y que había traído mercancías competitivas, y al propio rey de Prusia, al corazón mismo de París en un momento de elevada competencia y tensión política internacional.

El movimiento obrero se volvió mucho más militante y su principal foco de preocupación se centró en los salarios reales más que en los derechos de organización. Dentro de la Internacional, esto supuso el ocaso de mutualistas como Tolain y Fribourg y su sustitución por comunistas como Varlin y Malon, cuyas actitudes, dada su juventud, estaban menos afectadas por los recuerdos de 1848 y más forjadas en las realidades de los conflictos de clase de la década de 1860. En ese momento, la persecución contra la Internacional solamente servía para facilitar el proceso de transición, reemplazando a los dirigentes antiguos, dándole mayor credibilidad entre los trabajadores y obligándola a pasar a la clandestinidad, donde se encontraron con los militantes blanquistas que, por su parte, se habían volcado en la organización de la clase obrera como parte de su estrategia revolucionaria. Sin embargo, aunque Varlin, por ejemplo, se desplazó rápidamente hacia políticas más colectivistas, luchando por una estructura sindical que sirviera como agente de la acción de masas de la clase trabajadora, todavía se aferraba a ciertos principios mutualistas de organización como la base para una transición hacia el socialismo[4]. Los artesanos se sentaban a caballo de la ambigüedad entre organización de clase y mutualismo, sin que aparentemente fueran conscientes de las tensiones entre ellas.

[4] P. Lejeune, *Eugène Varlin: Pratique militante et écrits d'un ouvrier communard,* cit.; J. Rougerie, «Les Sections Françaises de l'Association Internationale de Travailleurs», cit.

El año 1867 fue testigo de importantes huelgas de los trabajadores del bronce (apoyados por primera vez por fondos internacionales), de la confección y de la construcción, orientadas fundamentalmente hacia los aumentos salariales. El mismo año, el descontento generalizado sobre los niveles de vida se desbordó en forma de manifestaciones callejeras que alcanzaron a los desorganizados trabajadores sin cualificar. Por primera vez desde 1848, los desorganizados habitantes de Belleville descendieron sobre el espacio de los artesanos en el interior de la ciudad, para expresar su descontento. Aparecieron algunas barricadas esporádicas que fueron arrasadas con rapidez por las fuerzas del orden. Por su parte, la burguesía tampoco estaba engatusada pese a las importantes concesiones que había obtenido. El regreso a un gobierno cuasi parlamentario, simbolizado por la restauración de la tribuna de oradores en la asamblea legislativa, creó un forum para las quejas; y había muchas cosas de las que quejarse. El movimiento por la libertad de expresión de principios de la década de 1860 había convertido la Margen Izquierda en un hervidero de inquietudes estudiantiles e intelectuales. Los empresarios se quejaban de Haussmann, mientras los patronos de los talleres y los pequeños comerciantes se quejaban con dureza de las condiciones del crédito y del poder de los grandes monopolios a los que el Estado había apoyado tanto. La recesión, la derrota de Austria en Sadoyá ante Prusia, por no hablar de la poco feliz aventura mexicana, conmocionaron la confianza general en un gobierno que había llegado al poder con la promesa de paz y prosperidad y que ahora no podía asegurar ni la una ni la otra. Aquellos burgueses como Thiers, que se habían sentido excluidos durante mucho tiempo del gran festín de la riqueza y el poder del Estado, se encontraban dispuestos a movilizar la agitación y la intranquilidad en su propio beneficio. Incluso los monárquicos podían encontrar causas, como la descentralización, alrededor de las que buscaban atraer el descontento popular.

Todo esto era un mero preludio de las formidables luchas de 1868-1871. Pero era un preludio importante porque planteaba la cuestión de cuál iba a ser la alianza de clase que fuera capaz de reemplazar al Imperio. ¿Podrían los monárquicos obtener suficiente apoyo de la burguesía centrista para frustrar el empuje republicano? ¿Podrían los republicanos burgueses controlar el movimiento de la clase obrera para mantener la república política fuera de las garras de los socialistas? ¿Podrían los librepensadores radicales y republicanos desclasados establecer una alianza con un movimiento obrero que vencía su sesgo artesanal y alcanzaba a englobar a los trabajadores sin cualificar, para crear así una república socialista y revolucionaria? ¿Podría el Imperio dividir, controlar y manipular a todas y cada una de estas facciones por medio de la captación y de su poder policial y de provocación? En la práctica, el Imperio se vio obligado a realizar cada vez más concesiones: relajó la censura de prensa (mayo de 1868), autorizó los mítines públicos sobre temas «no políticos»

(junio de 1868) y reconoció el derecho a formar sindicatos en 1869. Pero de ninguna manera renunció a sus poderes de provocación y represión.

Los dirigentes de la Internacional intentaron colaborar con la oposición republicana burguesa pero, a finales de 1867, fueron rápidamente arrestados. Los republicanos respetables ignoraron esa llamada para una alianza de clase. Por su parte, los trabajadores se mostraron igualmente críticos con semejantes tácticas, recordando demasiado bien la traición de la República en 1848. La segunda ola de dirigentes de la Internacional buscaba un espacio independiente desde donde poder construir la fortaleza de su propio movimiento. Varlin dirigió la sociedad mutualista de los encuadernadores y en 1869 la transformó en un sindicato vigoroso y coherente. Ayudó a fundar en 1867 un amplio sistema de cooperativas de consumo *(La Marmite),* reuniendo la comida barata, la política y el consumo de una manera más coherente que la taberna o el cabaret, de los que eran clientes la masa de trabajadores que vivían en pensiones. Defendió con energía la igualdad de derechos de la mujer en los lugares de trabajo y dentro de las organizaciones de trabajadores. Encabezó el movimiento para federar los numerosos sindicatos de París, que en 1869 podían representar a unos veinte mil trabajadores, y desempeñó un papel importante en los esfuerzos de la Internacional para unificar la acción de la clase obrera en el espacio nacional e internacional. Fue exactamente esa concepción geopolítica tan amplia de la lucha, la que aterrorizaba los «burgueses honestos». El problema para Varlin era integrar la inquieta masa de trabajadores no organizados y sin cualificar en un mo-

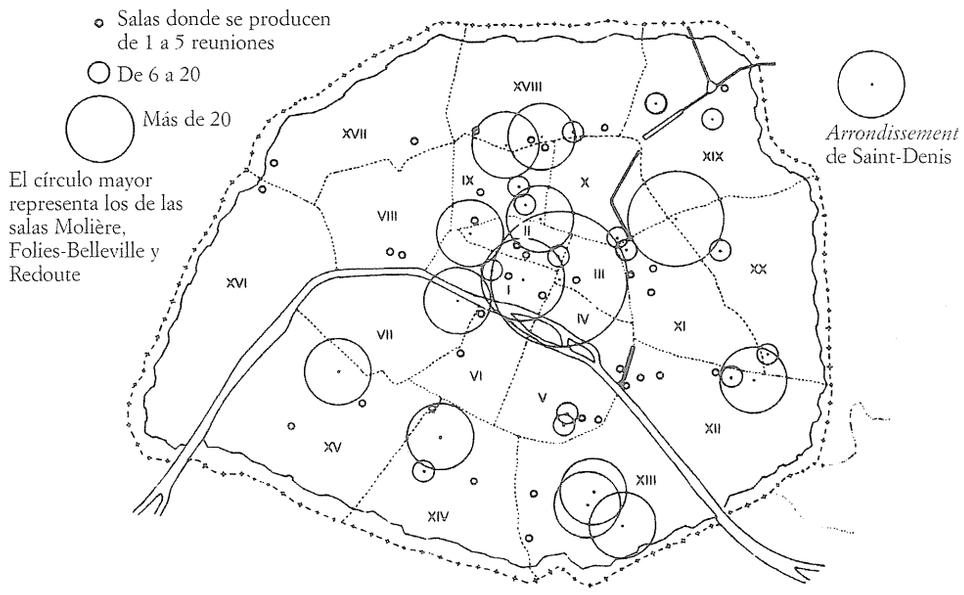


Ilustración 102. Localización y frecuencia de las reuniones públicas en París, 1868-1870.

vimiento que tenía siempre una base de artesanos. El andamiaje que él y otros habían levantado en 1870 no era de ninguna manera suficiente para acometer esa tarea; reconociendo esa debilidad, buscó alianzas tácticas con el sector radical y a menudo revolucionario de la burguesía.

Ese sector siempre había existido dentro de *la bohème* y dentro del movimiento estudiantil. Los blanquistas se habían puesto a organizar ese descontento alrededor de su propio programa. Pero la relajación de la censura de prensa mostró que la franja del desafecto era más amplia. Henri de Rochefort fundó *La Lanterne*, un periódico lleno de crítica radical y retórica revolucionaria, que le convirtió instantáneamente en el héroe de las clases populares y descontentas y le valió estancias periódicas en la cárcel y el horror de la burguesía conservadora. Dándose cuenta del poder de este movimiento, Varlin estableció una alianza táctica para asegurarse que las cuestiones sociales se integraban adecuadamente en cualquier programa radical republicano. Por su parte, los republicanos radicales tenían que borrar el recuerdo de la traición de 1848. Lo intentaron en 1868, recordando la muerte en las barricadas de 1851 del diputado republicano Jean Baudin. Propusieron una marcha masiva hasta su tumba el día de difuntos. El gobierno intentó bloquear la marcha y aquellos que consiguieron entrar en el cementerio de Montmartre tuvieron dificultades para encontrar su tumba. De aquí salió la idea de una suscripción popular. La persecución de todos los que estaban implicados en el asunto solamente sirvió para centrar más la atención sobre el «crimen» del golpe de Estado y permitir a un joven abogado, Léon Gambetta, convertirse en otro héroe de la causa radical. La resurrección simbólica de Baudin, la creación de la tradición, fue de algún modo un golpe de genialidad. Se centraba en la ilegitimidad del Imperio de manera que lograra simbolizar el papel de la burguesía en el espacio de la lucha obrera (ésta era la virtud especial del cementerio de Montmartre). Con gestos de este tipo, la burguesía radical llegó a abrazar al «otro París» en una unidad simbólica.

Los mítines públicos sobre temas «no políticos» comenzaron el 28 de junio de 1868 y se convirtieron en un acontecimiento muy importante. Se concentraban en las zonas de la ciudad donde el descontento era mayor, y por mucha vigilancia policial que se quisiera realizar no se podía evitar que se convirtieran en ocasiones para la educación de las masas y la creación de conciencia política[5]. Las condiciones geopolíticas predecían claramente a la Comuna; los mítine,s no solamente se esparcían irregularmente por el espacio parisino, sino que rápidamente se estableció una especialización de audiencias, temas y lugares. Los reformadores políticos y económicos de la burguesía, que buscaban la posibilidad de educar a las masas para su causa, fueron expulsados y frecuentemente acallados en los centros de encuentro del «otro París». Una colección de radicales, feministas, socialistas, blanquistas y otros revolucionarios dominaban lo que se convirtió en un teatro regular de muchos barrios de la ciudad. Los reformadores políticos y económicos de la burguesía fueron obligados a recluirse en la relativa seguridad de la margen izquierda y en el centro de la margen derecha, dejando el norte y noreste de la ciudad enteramente en manos de radicales, socialistas y revolucionarios. Parecía como si el «otro París» fuera un espacio exclusivo para la agitación política popular. Esa tendencia se vio reforzada por el repentino resurgir de la cultura callejera popular, de canciones y baladas revolucionarias que irrumpían de repente, desde las turbias profundidades donde habían estado durmiendo durante casi dos décadas.

Esta clase de agitación era tan inquietante para la burguesía respetable como para los partidarios del Imperio. ¿Podía el Imperio recuperar las riendas en nombre de la ley y el orden? Solamente haciendo mayores concesiones. Por ello, el año 1869 comenzó con el repudio oficial de las resbaladizas finanzas de Haussmann, ante las críticas presupuestarias conservadoras de la burguesía. La aparición de las *Comptes fantastiques d'Haussmann*, de Jules Ferry, fue un severo ataque al prefecto, que le hizo cargar con todo tipo de improperios. Los acontecimientos posteriores fueron curiosos. Por una parte, Haussmann se vio obligado a reducir la actividad de las obras públicas y retraer aún más el sector de la construcción y el industrial de París, exacerbando con ello el descontento social. Por otra, ninguno de los que le atacaban negaba la utilidad de sus obras, y muchos de ellos pedían la terminación en 1869 de esta o aquella parte de su proyecto, mientras otros, como Rothschild, simplemente estaban encantados de prestar a la ciudad tanto dinero como quisiera. Cada vez más, parecía como si Haussmann fuera un mero blanco sustitutivo del emperador y que la exclusividad de su aparente patronazgo era lo que estaba en juego.

La posterior campaña electoral de mayo de 1869 estuvo marcada por la agitación política y el intento de Ollivier de llevar al centro de París el apoyo al imperio liberal desató una revuelta. La multitud en Châtelet, antes de dispersarse, se desplazó ruidosamente hasta el Faubourg Saint-Antoine, el tradicional hogar de la revolución. Al día siguiente, una multitud de veinte mil personas se manifestaba por los barrios de los artesanos, y el posterior, quince mil personas trataban de llegar desde la Sorbona, donde se habían concentrado, hasta la Bastilla, pero encontraron el acceso bloqueado. En este momento, los bulevares de Haussmann se convirtieron en campos de batalla. Hasta entonces habían estado en manos de burgueses y paseantes, pero de repente se vieron tomados por una creciente masa de trabajadores descontentos, estudiantes, pequeños comerciantes y gente de la calle. El 12 de junio la multitud llegó hasta la Ópera y levantó la primera barricada. La respuesta de la burguesía fue intentar reafirmar sus derechos sobre el espacio de los bulevares cazando

[5] La lucha por la concienciación política se describe con detalle en A. Dalotel, A. Faure y J. C. Freirmuth, *Aux origines de la Commune. Le movement des réunions publiques à Paris,* cit.

Ilustración 103. La caída de Haussmann fue acompañada de una campaña para desacreditar su contabilidad creativa, en medio de especulaciones sobre su apropiación del tesoro público. En esta viñeta de Mailly está representado como un presidiario, el hombre que vendió París con el propósito de destruirla. De cualquier forma, hay pocas evidencias que apunten a que se beneficiara personalmente de los trabajos que puso en marcha.

a los indeseables. Incluso el emperador buscó el valor simbólico de atravesar el terreno en disputa, entre la Ópera y Port-Saint-Denis, aunque fue recibido a su paso con un silencio glacial.

Pero las multitudes de los bulevares escondían secretos. Por ejemplo, nunca estuvo claro si la agitación violenta y las «blusas blancas» eran signos de una actividad de la policía secreta o no. Realmente, suponían una muestra evidente de amenazas a la ley y al orden, que podían empujar a los respetables burgueses de nuevo bajo el manto imperial. Tampoco estaba claro hasta dónde llegaba el espíritu revolucionario de las masas. A menudo se produjo la disolución de veinte mil personas o más cuando así lo pedían republicanos respetuosos con la ley. La gran manifestación de más de cien mil personas, que se produce después de la muerte del periodista radical Victor Noir a manos del sobrino del emperador, se dispersó pacíficamente a petición de Rochefort, en vez de enfrentarse a las fuerzas del orden que cerraban su paso hacia el centro de la ciudad. Sin embargo, el día anterior Rochefort había más que insinuado que el día de la revolución estaba cerca. Los blanquistas también querían comenzar la insurrección en aquel momento, pero encontraron pocos apoyos. Los tiempos estaban muy revueltos, pero el dirigentes albergaban dudas. ¿Podía superarse y transformarse en revolución la ambigüedad y dispersión del sentimiento opositor?

Las elecciones de mayo y junio de 1869 parecieron señalar otra cosa. Solamente en Belleville se producía la elección de un simpatizante radical, Léon Gambetta, un político que podía hacer de puente, con habilidad y autenticidad, entre las opiniones de socialistas moderados y de burgueses de izquierdas. Los republicanos burgueses barrieron en todas partes, e incluso el conservador Thiers derrotaba por poco margen al candidato del Imperio en la zona oeste de la ciudad. Un año después, el plebiscito era difícil de interpretar, pero la abstención que promovía la izquierda radical no aumentó especialmente y, aunque los votos negativos prevalecieron, el Imperio siguió recibiendo un sorprendente número de votos afirmativos. Parecía que hacía falta una organización y educación más rigurosas de las clases populares, para que pudiera nacer la república social. Los socialistas centraron sus esfuerzos en esas tareas. Los mítines públicos proporcionaron una base para las organizaciones de barrio, mientras que los temas que se planteaban allí alentaban la formación de sindicatos, cooperativas de consumo, y de producción, organizaciones feministas y similares. Todas ellas formaron la infraestructura organizativa que produciría tan buen resultado en la Comuna. Su orientación política revolucionaria está fuera de dudas, aunque hubiera mucho espacio para el desacuerdo, las enemistades personales y los conflictos de barrio. Pero esta forma de oposición tenía una orientación diferente de la que se producía en las calles. Las huelgas del comercio, de las industrias del curtido y de la madera, y la creación de lazos entre sindicatos y barrios avanzaban a un ritmo diferente y tenían objetivos más definidos; al mismo tiempo eran relativamente más inmunes a la infiltración política. Aquí se encuentra la gran línea divisoria entre los socialistas, que pedían la construcción paciente de un movimiento revolucionario, y los blanquistas que buscaban una espontánea insurrección violenta.

Pero en 1870 ya estaba claro que la masa de la burguesía estaba buscando una salida legal del punto muerto en el que se encontraba el Imperio y se alejaba de cualquier coalición con los «rojos». Y utilizó su influencia y sus medios de prensa para remachar un mensaje de ley y orden, dirigido tanto a los trabajadores como a la pequeña burguesía. Sin embargo, el descontento seguía creciendo día a día, volviéndose más amenazador a medida que las condiciones de vida empeoraban y la economía se estancaba. Los conflictos en Belleville en febrero de 1870 dejaron varios muertos, muchos encarcelados y considerables daños en la propiedad, normalmente de tenderos impopulares y caseros señalados. La gran huelga de las empresas fabricantes de locomotoras en Cali señaló un grado de enfrentamiento y una organización obrera que no se había visto hasta entonces. El fermento del descontento parecía incontenible a medida que el Imperio perdía los nervios y la burguesía iba ocupando su terreno. Aunque la situación era desesperada, los dirigentes de la Internacional (a diferencia de los blanquistas), pensaban que las condiciones políticas

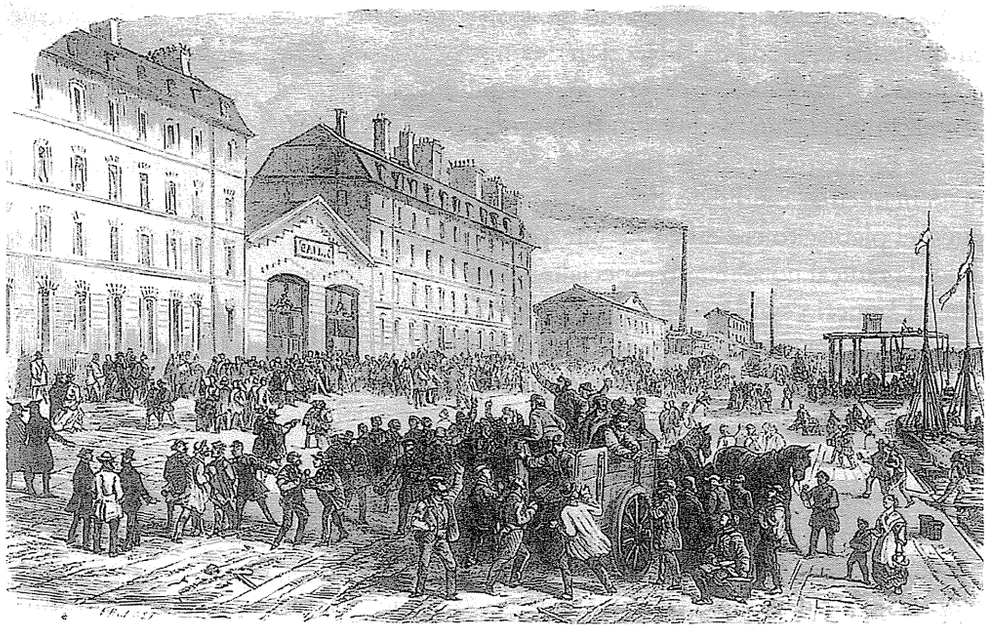


Ilustración 104. La huelga de 1870 de los trabajadores de la gran fábrica de Cail fue tan amplia y significativa que llegó a reflejarse en la prensa burguesa.

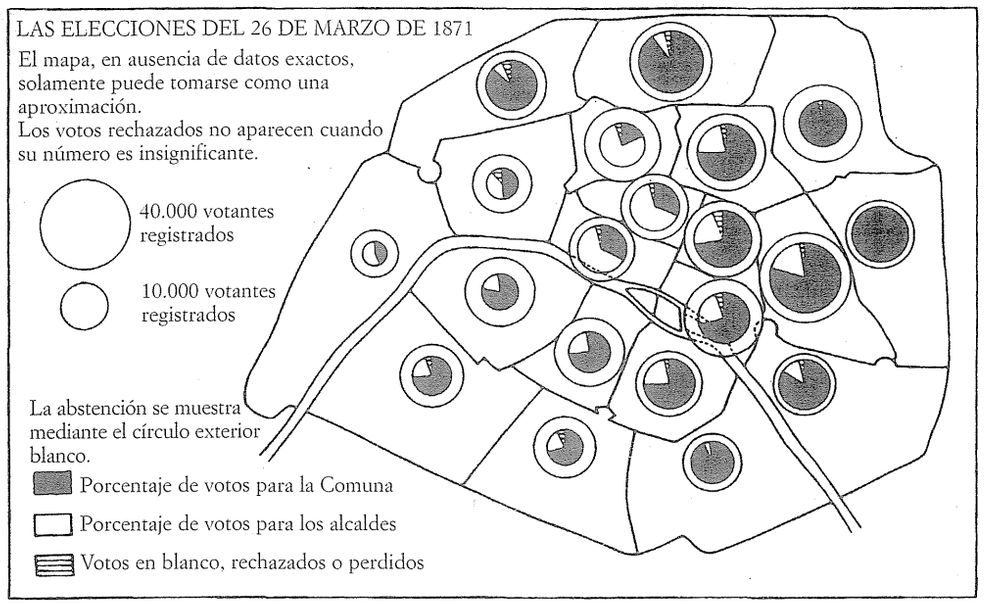
todavía no estaban maduras para la revolución social. Como demostraría la Comuna, tenían toda la razón en este sentido. Lo que resulta sorprendente es hasta dónde y con qué profundidad habían podido construir una organización revolucionaria capaz de unir elementos tan dispares en el disperso espacio de París (y de Francia). Al final, la tragedia estuvo en la conjunción de acontecimientos que les obligaron a realizar unos esfuerzos prematuros en defensa de una causa perdida. De cualquier forma, esa conjunción era menos accidental de lo que podría parecer. Todas las señales mostraban que los «honestos burgueses», dirigidos por Thiers, no solamente estaban dispuestos a terminar con el Imperio y a obtener los frutos del poder político, sino también a terminar con los «rojos» de una vez por todas y someterles a su propia «solución final». Ese fue el capítulo final de la feroz farsa que acabó la sangrienta semana de mayo de 1871 con la muerte de unos treinta mil *communards*.

Lo que sucedió exactamente en la Comuna queda fuera de nuestro alcance. Pero gran parte de ello tenía sus orígenes en los procesos y las consecuencias de la transformación de París bajo el Segundo Imperio. La organización de talleres municipales para las mujeres, la supresión del trabajo nocturno en las panaderías, la moratoria sobre alquileres y deudas, la venta de objetos del Monte de Piedad municipal son un reflejo de los temas dolorosos que durante años habían preocupado a la clase obrera de París. Las asambleas de artesanos; el fortalecimiento de los sindicatos;

el vigor de los reuniones vecinales que surgieron de los mítines públicos de 1868-1870; todo ello iba a desempeñar un papel fundamental en la defensa de los barrios. La creación de la Unión de Mujeres y el intento de reunir las organizaciones políticas activas para rebajar las tensiones entre centralización y descentralización, entre jerarquía y democracia (el Comité de los 20 *arrondissements*, el Comité Central de la Guardia Nacional, la propia Comuna); todo ello daba muestra de la vigorosa búsqueda de nuevas formas de organización creadas a partir de los lazos con lo viejo. La creación del Ministerio del Trabajo y las fuertes medidas hacia la educación primaria gratuita y no religiosa, así como a la educación profesional, dan muestra de la profunda preocupación social que suscitaban.

Pero la Comuna nunca cuestionó con seriedad la propiedad privada o el poder del dinero. Requisó únicamente los talleres y las viviendas abandonadas y se postró delante de la legitimidad del Banco de Francia, en un episodio del que Marx y Lenin tomaron buena nota. La mayoría buscaba llegar a un acuerdo aceptable, basado en principios y no en la confrontación (incluso, en la práctica, algunos blanquistas fueron en esa dirección). Pero mucha de la oposición a la Comuna ya venía dada. El cisma entre los alcaldes republicanos «moderados» de los *arrondissements* (a quienes echaron con cajas destempladas de Versalles cuando intentaron mediar) y la Comuna crecía con la tensión. La burguesía, que no se había dignado a afrontar los rigores del asedio prusiano de 1870, rápidamente enseñó sus dientes movilizando la marcha de los «Amigos del Orden» los día 21 y 22 de marzo de 1871, para a continuación convertir el oeste de París en un punto fácil para la entrada de las fuerzas de la reacción. El mapa de las pautas de voto de la Comuna era bastante previsible. La diferencia en este momento era que el poder hegemónico se encontraba ahora en un movimiento basado en los trabajadores.

La decisión de Thiers de trasladar la Asamblea Nacional desde Burdeos a Versalles, después de firmar una humillante rendición ante los prusianos, y su abandono de toda función ejecutiva en París, después de su fracaso para desarmar a la ciudad el 18 de marzo de 1871, cristalizaron las fuerzas reaccionarias del campo de una manera, que la Comuna, con sus débiles llamadas a la solidaridad de las áreas rurales y de las ciudades, no pudo igualar. Su movilización del miedo y la ignorancia rural, alimentada por una propaganda despiadada, sirvió para formar un ejército preparado para una guerra sin cuartel, al que se encomendaba la tarea de cazar a los diablos rojos dentro de una pecaminosa y atea ciudad de París. Al mismo tiempo, era una muestra de su voluntad de alcanzar una solución catártica al precio que fuera. Una vez que se perdió la posibilidad de un golpe preventivo rápido contra Versalles, había poco que la Comuna pudiera hacer excepto esperar su suerte. La tensión que ello producía sacó a la luz las divisiones y alimentó el descontento y las rivalidades interiores dentro de la precaria alianza de clase y de facciones que produjo la Comuna.



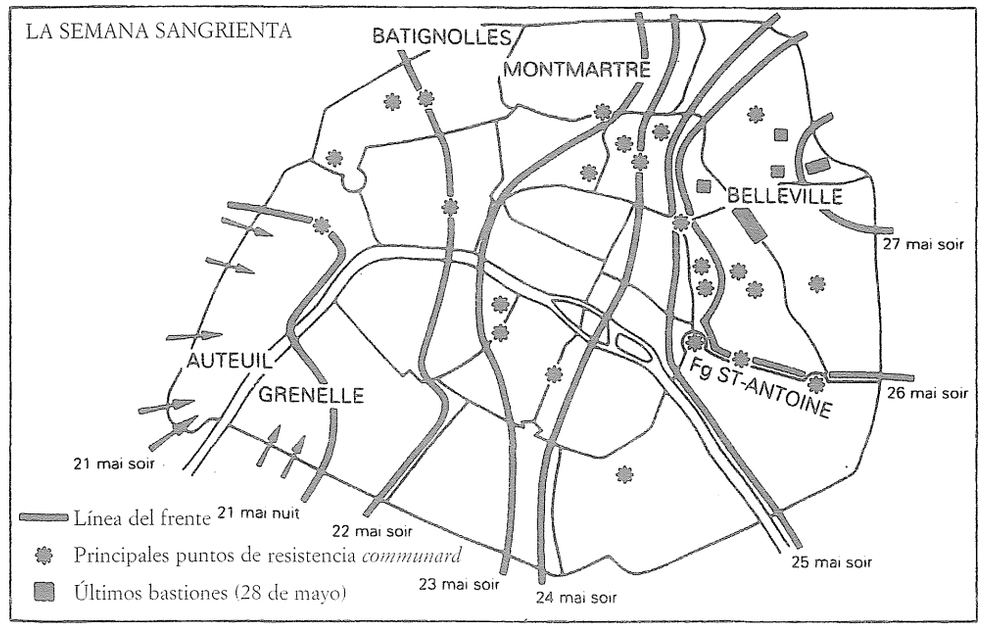


Ilustración 105. Las elecciones del 26 de marzo de 1871 y las fases de la reocupación de París durante la «semana sangrienta» de mayo del mismo año reflejan claramente el desequilibrio este-oeste en la afiliación política dentro de la ciudad. El menor número de votos en el oeste refleja el hecho de que muchos de los ciudadanos más adinerados habían huido hacia sus residencias en el campo.

Las grietas entre los radicales burgueses, cada uno armado con su propia y espléndida teoría de la revolución; entre patriotas prácticos y vendedores de sueños y retórica; entre trabajadores desconcertados por los acontecimientos y dirigentes de los sindicatos que intentaban llegar a una interpretación consistente y convincente; entre leales al barrio, a la ciudad o a la nación; entre centralizadores y descentralizadores, todo dio a la Comuna un aire de incoherencia y una práctica política plagada de los conflictos internos. Pero semejantes divisiones llevaban mucho tiempo produciéndose; sus raíces estaban profundamente enterradas en la tradición y su evolución se había vuelto confusa por el giro a la modernidad capitalista y el choque entre las políticas del Imperio y la economía del capital. Una vez más, como había escrito Marx en *El dieciocho brumario*, «la tradición de las generaciones muertas pesa como una pesadilla en el cerebro de los vivos», pero esta vez era el movimiento obrero el que interiorizaba la pesadilla. La Comuna fue un elevado precio para desacreditar el proudhonismo puro y el jacobismo puro, productos de la reconstrucción del espíritu de 1789. La tragedia fue que una modernidad alternativa, una que fuera consustancial con lo que la Comuna estaba esforzándose por alcanzar, fue asesinada en el vientre de una sociedad burguesa que nunca consideró que la república social fuera capaz de llenar sus aspiraciones.

La Comuna fue un acontecimiento único, dramático y singular, quizá el más extraordinario de este tipo en la historia urbana del capitalismo. Hizo falta una guerra, la desesperación del asedio prusiano y la humillación de la derrota para encender la chispa. Pero las materias primas de la Comuna se fueron reuniéndo con la lenta cadencia de la transformación capitalista de la geografía histórica de la ciudad. En este trabajo he intentado presentar sin adornos los complejos modos de transformación de la economía y de la organización social, de la política y de la cultura, que alteraron el semblante de París de manera ineluctable. En cada momento del recorrido, encontramos gentes como Thiers y Varlin, como Paule Minck y Jules Michelet, como Haussmann y Louis Lazare, como Luis Napoleón, Proudhon y Blanqui, como los Pereire y los Rothschild, arremolinándose con una multitud de músicos y poetas callejeros, traperos y artesanos, banqueros y prostitutas, criadas y ricos ociosos, estudiantes y *grisettes*, turistas, tenderos y panaderos, propietarios de cabarés y especuladores de la propiedad, rentistas, abogados y profesores. De alguna manera, todos estaban contenidos dentro del mismo espacio urbano, en ocasiones enfrentándose los unos a los otros en los bulevares o en las barricadas, y todos ellos luchando por sus propios caminos, para dar forma y controlar las condiciones sociales de su propia existencia geográfica e histórica. Que ellos no eligieron las condiciones geográficas e históricas es algo evidente. La Comuna se produjo a partir de una búsqueda para transformar el poder y las relaciones sociales dentro de una específica configuración de clase, constituida sobre un espacio específico de un mundo capitalista que

estaba en el pleno apogeo de una transición espectacular. Tenemos mucho que aprender del estudio de semejantes luchas. Y también hay en ellas mucho que admirar y mucho sobre lo que inspirarse.

PARTE TERCERA
Coda

XVIII La construcción de la basílica del Sacré-Coeur

Estratégicamente situada en lo alto de la colina de Montmartre, la basílica del Sacré-Coeur ocupa una posición dominante sobre París. Sus cinco cúpulas de mármol y el campanario que se encuentra junto a ellas pueden ser vistos desde cualquier barrio de la ciudad; su presencia fugaz llega hasta las densas y cavernosas calles que forman el viejo París. Sobresale, grande y espectacular, sobre las jóvenes madres que pasean a sus niños en los jardines de Luxembourg; sobre los turistas que penosamente ascienden hasta lo alto de Notre Dame o los que se dejan llevar por las escaleras mecánicas del Centre Beaubourg; sobre los viajeros que cruzan en metro el Sena en Grenelle o se derraman en la Gare du Nord; sobre los emigrantes argelinos que las tardes de los domingos pasean hasta lo alto del promontorio del Parc des Buttes Chaumont. La pueden ver con claridad los viejos que juegan a la *boule* en la Place du Colonel Fabien, en los límites con barrios obreros tradicionales de Belleville y La Villette, lugares que desempeñan un papel importante en nuestra historia.

En los fríos días de invierno, cuando el viento levanta las hojas caídas entre las envejecidas lápidas del cementerio de Père Lachaise, la basílica puede verse desde los peldaños de la tumba de Adolphe Thiers, el primer presidente de la Tercera República, y aunque ahora quede oculta por el moderno complejo de oficinas de La Défense, se ve a veinte kilómetros de distancia, desde el hotel Pavillon Henri IV en St. Germain-en-Laye, el lugar donde se produjo su fallecimiento. Un capricho de la topografía la oculta de la vista desde el famoso Mur des Fédérés, en el mismo cementerio de Père Lachaise, donde el 27 de mayo de 1871, después de una fiera lucha, los últimos combatientes de la Comuna fueron rodeados y sumariamente ejecutados. No puedes ver la basílica desde esa pared cubierta de hiedra a la sombra

de un envejecido castaño. Ese lugar de peregrinación de socialistas, trabajadores y de sus dirigentes queda oculto de ese lugar de peregrinación de los fieles católicos por la elevación donde se encuentra la adusta tumba de Adolphe Thiers.

Pocos dirán que la basílica es bella o elegante, pero la mayoría estará de acuerdo en que es llamativa e inconfundible, que su inconfundible y único estilo alcanza una grandeza altanera que exige el respeto de la ciudad que se extiende a sus pies. Los días de sol resplandece desde lejos, pero incluso en los días más sombríos, sus cúpulas parecen atrapar los menores rayos de luz y devolverlos en resplandores de mármol blanco. Iluminada por la noche, parece estar suspendida del aire, silenciosa

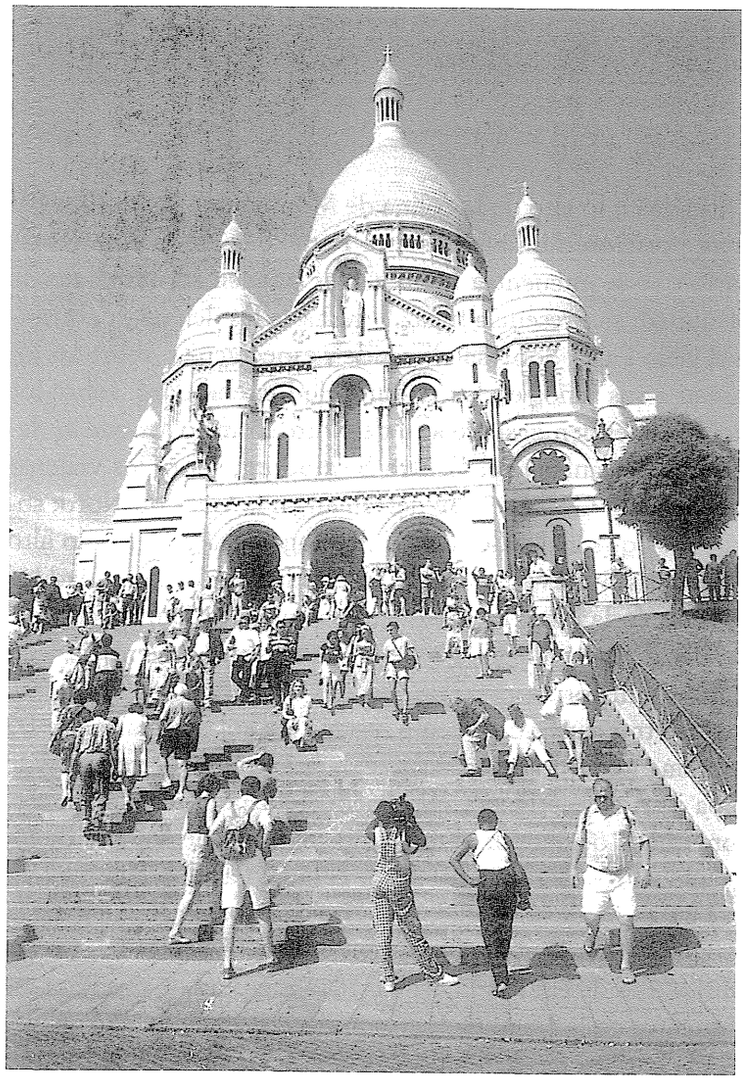


Ilustración 106. La basílica del Sacré-Coeur.

y etérea. La basílica del Sacré-Coeur proyecta una imagen de santa grandeza, de recuerdo perpetuo. Pero ¿recuerdo de que?

El visitante atraído a la basílica buscando una respuesta a esta pregunta debe ascender primero la empinada ladera de Montmartre. Aquellos que se paren para recuperar el aliento, verán cómo se extiende delante de ellos una maravilloso panorama de tejados, chimeneas, cúpulas, torres, monumentos; una vista del viejo París que no ha cambiado mucho desde aquella apagada y neblinosa mañana de octubre de 1872, cuando el arzobispo de París, ascendió esa empinada pendiente. Al alcanzar la cima, el sol milagrosamente disipó la niebla y las nubes para revelar el espléndido panorama de la ciudad que se mostraba ante él. El arzobispo permaneció maravillado por unos instantes, antes de exclamar: «es aquí, es aquí donde se encuentran los mártires; es aquí donde el Sagrado Corazón debe reinar para que pueda llamar a todos a su presencia»[1]. Entonces, ¿quiénes son los mártires a los que se honra con la grandeza de esta basílica?

El visitante que entre en ese lugar sagrado probablemente lo primero que sienta sea el golpe que produce la inmensa representación de Jesús que cubre la cúpula central. Representado con los brazos completamente extendidos, su figura lleva una imagen del Sagrado Corazón sobre su pecho. Por debajo, dos palabras sobresalen directamente del lema en latín: GALLIA POENITENS. Y, por debajo de esta severa exhortación al «arrepentimiento de Francia», se encuentra una gran urna de oro conteniendo la imagen del Sagrado corazón de Jesús ardiendo con la pasión, teñido de sangre y rodeado de espinos. Está iluminada de día y de noche, y es aquí donde vienen los peregrinos a rezar. Enfrente, en la entrada de la basílica, una estatua de tamaño real de santa Marguerite Marie Alacoque nos trae las palabras de tan piadosa persona, fechadas en 1689 en Paray-le-Monial, que nos hablan más del culto al Sagrado Corazón:

> EL PADRE ETERNO ESPERANDO REPARACIÓN POR LA AMARGURA Y LA ANGUSTIA QUE EL ADORABLE CORAZÓN DE SU DIVINO HIJO HABÍA SUFRIDO CON LAS HUMILLACIONES Y LAS OFENSAS A SU PASIÓN DESEA UN EDIFICIO DONDE LA IMAGEN DE SU DIVINO CORAZÓN PUEDA RECIBIR VENERACIÓN Y HOMENAJE.

El culto al Sagrado Corazón de Jesús, que según las sagradas escrituras había quedado al descubierto, cuando un centurión le clavó la lanza en el costado durante su agonía en la cruz, no era desconocido antes del siglo XVII. Pero Marguerite Marie, acuciada por las visiones, transformó la adoración hacia el Sagrado Corazón en un culto específico dentro de la Iglesia católica. Aunque su vida estuvo llena de juicios y sufrimiento, sus hábitos eran austeros y rigurosos; la imagen de Cristo que

[1] R. P. Jonquet, *Montmartre autrefois et aujourd'hui,* París, Dumolin, 1891, p. 54.

trasmitía su culto era cálida y bondadosa, llena de arrepentimiento y envuelta en un suave misticismo[2]. Marguerite Marie y sus discípulos se lanzaron a propagar el culto con gran fervor. Escribió a Luis XIV, por ejemplo, asegurando ser portadora de un mensaje de Cristo en el que se pedía al rey su arrepentimiento y la salvación de Francia por medio de su entrega al Sagrado Corazón, la colocación de su imagen en su estandarte y la construcción de una capilla para su glorificación. De esta carta proceden las palabras grabadas en la piedra dentro de la basílica.

El culto se difundió lentamente. No sintonizaba exactamente con el racionalismo francés del siglo XVIII, que influyó profundamente en las manifestaciones de la fe entre los católicos, y estaba en frontal oposición con la dura, rigurosa y disciplinada imagen de Jesús que proyectaban los jansenistas. Pero, a finales de siglo XVIII, tenía algunos partidarios importantes y potencialmente influyentes. Luis XVI, de forma privada, adoptó para él y su familia la devoción al sagrado corazón. A lo largo de su encarcelamiento durante la Revolución francesa, hizo la promesa de que en tres meses después de su liberación se consagraría públicamente al Sagrado Corazón para así salvar a Francia (de qué la iba a salvar no lo dijo ni hizo falta que lo hiciera). Prometió levantar una capilla para su culto. La manera en que se produjo su liberación no le permitió cumplir su promesa. Marie Antoinette tampoco pudo hacerlo. La reina elevó sus últimas oraciones al Sagrado Corazón antes de ir a su cita con la guillotina.

Estas anécdotas tienen interés porque presagian la asociación entre el culto al Sagrado Corazón y la monarquía reaccionaria del antiguo régimen, que tiene mucha importancia en nuestro relato. Los partidarios del culto se situaron en franca oposición con los principios de la Revolución francesa. A su vez, los defensores de los principios de libertad, igualdad y fraternidad, que, en cualquier caso, eran proclives a sentimientos y prácticas anticlericales, no se enamoraron demasiado de este culto. La Francia revolucionaria no era un lugar seguro para intentar propagar esas ideas. Incluso los restos y reliquias de Marguerite Marie, que ahora reposan en Paray-le-Monial, tuvieron que estar cuidadosamente escondidos durante esos años.

La restauración de la monarquía en 1815 cambió todo. Los monarcas borbones buscaban, bajo la atenta mirada de los poderes europeos, restaurar todo lo que pudiera restaurarse del antiguo orden social. El tema del arrepentimiento por los excesos revolucionarios estaba muy presente. Luis XVIII no cumplió la promesa de su hermano pero levantó, con su propio dinero, la Capilla de la Expiación, en el lugar donde su hermano y su familia habían sido enterrados con tan poca ceremonia. GALLIA POENITENS.

---

[2] Adrien Dansette, *Histoire Religieuse de la France Contemporaine,* París, 1965; Jonquet (1890).

Se fundó, sin embargo, una sociedad para la propagación del culto al Sagrado Corazón y, en 1819, se cursaron en Roma los procedimientos para iniciar la canonización de Marguerite Marie. El lazo entre la monarquía conservadora y el culto al Sagrado Corazón se fue consolidando y el culto se extendió entre los conservadores católicos. Pero todavía despertaba los recelos entre el ala liberal y progresista del catolicismo francés. Sin embargo, otro enemigo estaba asolando el país, alterando el orden social. Francia estaba sufriendo el estrés y la tensión de la industrialización capitalista que encaja y comienza con la Monarquía de Julio, y experimenta una aceleración en los primeros años del Segundo Imperio de Luis Napoleón, cuando se produce en Francia una transformación radical en ciertos sectores de su economía, en sus estructuras institucionales y en su orden social. Desde el punto de vista de los católicos conservadores, esta transformación amenazaba muchas cosas sagradas de la vida francesa, porque en su equipaje llevaba un materialismo burdo y despiadado, una cultura burguesa ostentosa y moralmente decadente y una agudización de las tensiones de clase. El culto al Sagrado Corazón acogía bajo su estandarte, no sólo a los creyentes, atraídos por temperamento o circunstancias por una imagen amable e indulgente de Cristo, no solamente a aquellos que soñaban con una restauración del orden político de antaño, sino también a aquellos que se sentían amenazados por los valores materialistas del nuevo orden social, en el que el dinero se había convertido en el Santo Grial, en el que el pontificado del capital financiero amenazaba la autoridad del papa y la persecución de la riqueza amenazaba con suplantar a Dios como primer objeto de veneración.

A esta situación general, los católicos franceses podían añadir en la década de 1860 algunas quejas más específicas. Después de considerables vacilaciones, Napoleón III finalmente se había decantado por la unificación de Italia, comprometiéndose política y militarmente con la liberación de la Italia central del poder temporal del papa. Este último no se tomo muy bien esa política y, bajo presión militar, se retiró al Vaticano, rehusando salir de allí hasta que no le fuera devuelto su poder temporal. Desde esa posición ventajosa, el papa lanzó virulentas condenas de la política francesa y de la decadencia moral que consideraba que se estaba extendiendo por el país. De esta manera intentaba conseguir el apoyo activo para su causa de los católicos franceses. El momento era idóneo, Marguerite Marie fue beatificada en 1864 por Pío IX, y el culto al Sagrado Corazón se convirtió en un clamor que congregaba todas las formas de oposición conservadora. Comenzó la época de las grandes peregrinaciones a Paray-le-Monial, al sur de Francia. Los peregrinos, muchos de los cuales llegaban en los nuevos ferrocarriles que los barones de las grandes finanzas habían ayudado a construir, venían a expresar el arrepentimiento por las transgresiones privadas y públicas. Pedían perdón por el materialismo y la decadente opu-

lencia de Francia; por las restricciones a las que se sometía al poder temporal del papa; por la desaparición de los valores tradicionales encarnados por un orden social antiguo y venerable. GALLIA POENITENS.

Justo al atravesar la puerta principal de la basílica del Sacré-Coeur, el visitante puede leer la siguiente inscripción:

> EL 16 DE JUNIO DEL AÑO DE NUESTRO SEÑOR DE 1875, BAJO EL PONTIFICADO DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO IX, EN CUMPLIMIENTO DE UNA PROMESA FORMULADA DURANTE LA GUERRA DE 1870-1871 POR ALEXANDER LEGENTIL Y HUBERT ROHAULT DE FLEURY RATIFICADA POR SU EMINENCIA GUIBERT ARZOBISPO DE PARÍS; CUMPLIENDO EL ACUERDO DE LA ASAMBLEA NACIONAL DEL 23 DE JULIO DE 1873 DE ACUERDO CON EL PROYECTO DEL ARQUITECTO ABADIE; SU EMINENCIA EL CARDENAL GUIBERT COLOCÓ SOLEMNEMENTE LA PRIMERA PIEDRA DE ESTA BASÍLICA LEVANTADA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS .

Vamos a dar cuerpo a esta condensada historia para ver qué hay detrás. En el verano de 1870, a medida que los ejércitos de Bismarck conseguían victoria tras victoria sobre los franceses, una sensación de inminente fatalidad se va extendiendo por toda Francia. Muchos interpretaron estas derrotas como un castigo justificado, desatado por la voluntad divina sobre un país errante y moralmente en decadencia. En ese contexto, la emperatriz Eugenia recibió la insistente petición para que marchara con su familia y su corte, todos vestidos de luto, desde el Palacio de las Tullerías hasta Notre Dame, para entregarse públicamente a la devoción del Sagrado Corazón. Aunque la emperatriz se mostró favorable a la petición, una vez más, era demasiado tarde. El 2 de septiembre, Napoleón era derrotado y hecho prisionero en Sedan; el 4 de septiembre se proclamaba la República en las escaleras del Ayuntamiento y se formaba un gobierno de Defensa Nacional. La emperatriz Eugenia huía de París, después de haber prudentemente hecho sus maletas y mandado sus pertenencias más valiosas a Inglaterra, como le había señalado su marido.

La derrota de Sedan acabó con el Imperio pero no con la guerra. Los ejércitos prusianos continuaron su avance y el 20 de septiembre habían rodeado la ciudad de París y comenzaba un asedio que duraría hasta el 28 de enero del siguiente año. Como muchos otros burgueses respetables, ante el avance de las tropas prusianas, Alexander Legentil había huido de la ciudad buscando refugio en las provincias. Languideciendo en Poitiers y angustiado por el destino de París, a principios de diciembre prometió que «si Dios salvaba a París y a Francia y devolvía la soberanía del pontífice, contribuiría de acuerdo con sus posibilidades a la construcción en París de un santuario dedicado al Sagrado Corazón». Buscó más adhe-

siones para esta promesa y pronto obtuvo el ardiente apoyo de Hubert Rohault de Fleury[3]. Sin embargo, los términos de la promesa de Legentil no garantizaban una acogida muy calurosa; pronto descubrió que las provincias «estaban poseídas por sentimientos llenos de odio hacia París». Semejantes sentimientos no eran raros, pero por un momento podemos detenernos a considerar sus razones.

Bajo el antiguo régimen, el aparato del Estado francés había alcanzado un carácter fuertemente centralizado que se fue consolidando con la Revolución francesa y con el Imperio. Esta centralización se convirtió más tarde en la base de la organización política francesa, y concedió a París un papel particularmente importante en relación al resto del país. Su preponderancia administrativa, económica y cultural quedaba garantizada. Pero los sucesos de 1789 también habían mostrado que los parisinos tenían el poder de hacer y deshacer gobiernos. Se mostraron expertos en la utilización de ese poder y proclives a considerarse a sí mismos unos seres privilegiados con el derecho y el deber el imponer todo lo que ellos consideraban «progresista» sobre una Francia predominantemente rural y a la que se consideraba retrasada y conservadora. La burguesía parisina, sin importar su orientación política, tendía a despreciar la estrechez de miras de la vida provinciana (aunque, a menudo dependían de las rentas que acumulaban allí para poder vivir confortablemente en la ciudad), al mismo tiempo que encontraban a los campesinos de mal gusto e incomprensibles. Desde la otra posición, París se veía como un centro de poder, dominación y oportunidades, tan odiado como envidiado. Al antagonismo que creaba la excesiva centralización del poder y de la autoridad de París, se añadían los imprecisos antagonismos rurales y de las ciudades más pequeñas hacia una ciudad mayor como centro de privilegios, de éxito material, decadencia moral, vicio e intranquilidad social. Lo que resulta especial en Francia, es la manera en que estas tensiones que surgían de «la contradicción urbano-rural», se centraron con tanta intensidad en las relaciones de París con el resto de Francia.

Bajo el Segundo Imperio, estas tensiones se agudizaron considerablemente. París experimentó una gran explosión económica y el ferrocarril convirtió la ciudad en el centro de un proceso nacional de integración espacial. La ciudad alcanzó una nueva relación con una economía global emergente. Su participación en el incremento de las exportaciones francesas aumentó dramáticamente, su población creció con rapidez, fundamentalmente debido a una inmigración masiva de trabajadores

[3] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* París, 1903-1909. Los cuatro volúmenes de la historia de la construcción de la basílica del Sacré-Coeur son una gran fuente de información. Fue impresa y circuló privadamente, y existen muy pocos ejemplares. La librería de la basílica tiene cuatro volúmenes y en la Bibliothèque Nationale existen otros cuatro. Jacques Benoist, *La Basilique de Sacré-Coeur à Montmartre,* París, 1992. Benoist presenta dos volúmenes de documentos y comentarios.

rurales. La concentración de la riqueza y del poder avanzaba a un ritmo acelerado a medida que París se convertía en el centro de las operaciones financieras, especulativas y comerciales. Con pocas excepciones, como Marsella, Lyon, Burdeos y Mullhouse, el contraste entre la riqueza y el dinamismo de París y el letargo y retraso de las provincias, se fue agudizando cada vez más. Además, el contraste entre la riqueza y la pobreza dentro de la ciudad era cada más alarmante y se manifestaba cada vez más en términos de una segregación geográfica entre los barrios ricos de la burguesía en el oeste y los barrios obreros del norte, del este y del sur. Belleville se convirtió en territorio extranjero, donde los burgueses rara vez se atrevían a aventurarse. Entre 1853 y 1870, su población aumentó en más del doble, y en la prensa burguesa se la representaba en los términos más denigrantes y temibles. Cuando, en la década de 1860, el crecimiento económico se ralentizó y el Imperio empezó a tambalearse, París se convirtió en un hervidero de intranquilidad social, vulnerable a los agitadores de cualquier tendencia. Para rematarlo, Haussmann había embellecido la ciudad con amplios bulevares, parques, jardines, y monumentos arquitectónicos de todo tipo. Lo había hecho con un coste inmenso y con unos recursos financieros harto dudosos, una hazaña que no se apreciaba demasiado desde la austera visión de las provincias. La imagen de la opulencia pública que proyectaba Haussmann se correspondía con el ostentoso consumo de la burguesía, muchos de cuyos miembros se habían hecho ricos especulando con los beneficios de la financiación estatal de la obras de Haussmann.

Por todo ello, no es de extrañar que los católicos del campo y de las pequeñas ciudades, no se sintieran muy predispuestos a rascarse el bolsillo para seguir embelleciendo París con otro monumento, al margen de lo piadoso que fuera el propósito. Pero todavía había objeciones más concretas que surgieron en respuesta a la proposición de Legentil. Los parisinos, con su habitual presunción, habían proclamado una república, mientras que las provincias y el campo estaban fuertemente impregnados de sentimientos monárquicos. Por otra parte, los que se habían quedado enfrentándose a los rigores del asedio prusiano, se estaban mostrando cada vez más belicosos e intransigentes, declarándose a favor de una lucha hasta el final, mientras que los sentimientos de la provincias mostraban una fuerte disposición a terminar el conflicto con Prusia. Los rumores y las insinuaciones sobre una nueva política materialista entre la clase trabajadora de París, salpicada con una variedad de manifestaciones de fervor revolucionario, daban la impresión de que la ciudad, en ausencia de sus ciudadanos más respetables, había caído victima de una filosofía radical e incluso socialista. Habida cuenta de que el único medio de comunicación entre una ciudad sitiada y los territorios sin ocupar eran las palomas o los globos, surgieron demasiadas oportunidades para las malas interpretaciones, que los enemigos rurales del republicanismo y los enemigos urbanos de la monarquía no dudaban en explotar.

Por ello, Legentil consideró diplomático omitir en su promesa cualquier mención específica de París. A finales de febrero de 1871, el papa apoyó la iniciativa y, con ello, el movimiento adquirió más fuerza. El 19 de marzo aparecía un escrito que establecía con cierta extensión los argumentos de la promesa; los autores reclamaban que el espíritu del trabajo tenía que ser nacional, porque el pueblo francés tenía que hacer una expiación nacional de lo que eran crímenes nacionales y confirmaban su intención de construir el monumento en París. A la objeción de que no debería embellecerse aún más la ciudad, replicaban que «aunque París quedara reducida a cenizas, todavía querríamos confesar nuestras faltas nacionales y proclamar la justicia de Dios sobre sus ruinas»[4].

La fecha y la redacción del escrito resultaron por casualidad proféticas. El 18 de marzo, los parisinos habían dado los primeros pasos irrevocables hacia el establecimiento de la Comuna. Los pecados reales o imaginarios de los *communards* iban a impactar e indignar posteriormente a la burguesía, y más ruidosamente todavía a la opinión de provincias. Gran parte de París se vio reducido a cenizas en el curso de una guerra civil de increíble ferocidad, y la idea de levantar una basílica expiatoria sobre esas cenizas se volvió más y más atrayente. Como señalaba con cierta satisfacción Rohault de Fleury, «en los meses siguientes, la imagen de París reducida a cenizas golpeó muchas veces los hogares»[5]. Repasemos un poco esa historia.

Los orígenes de la Comuna de París se encuentran en una serie de sucesos que desembocaron de forma compleja los unos en los otros. Precisamente por causa de su importancia política dentro del país, la ciudad de París había estado privada de cualquier forma de gobierno municipal representativo y había sido administrada directamente por el gobierno nacional. Durante gran parte del siglo XIX, una ciudad esencialmente republicana se veía irritada por la autoridad de monárquicos, tanto «legitimistas» borbones como «orleanistas», o por la de bonapartistas autoritarios. La demanda de una forma democrática de gobierno municipal, a la que como hemos visto, todos los partidos se referían como una «comuna», era una reivindicación antigua y tenía un amplio apoyo dentro de la ciudad.

El gobierno de Defensa Nacional, establecido el 4 de septiembre, no era ni radical ni revolucionario, pero era republicano[6]. También resultó ser tímido e inepto. Desde luego, se enfrentaba a graves dificultades, pero no son suficientes para disculpar su pobre actuación. Por ejemplo, no supo hacerse respetar por los monárquicos y vivió con el miedo continuo a los reaccionarios de la derecha. Cuando el

[4] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. I, pp. 10-13.

[5] *Ibid.*

[6] Henri Guillemin, *Les origines de la Commune,* tomo I, *Cette curieuse guerre de 70. Thiers, Trochu, Bazaine,* París, 1956.

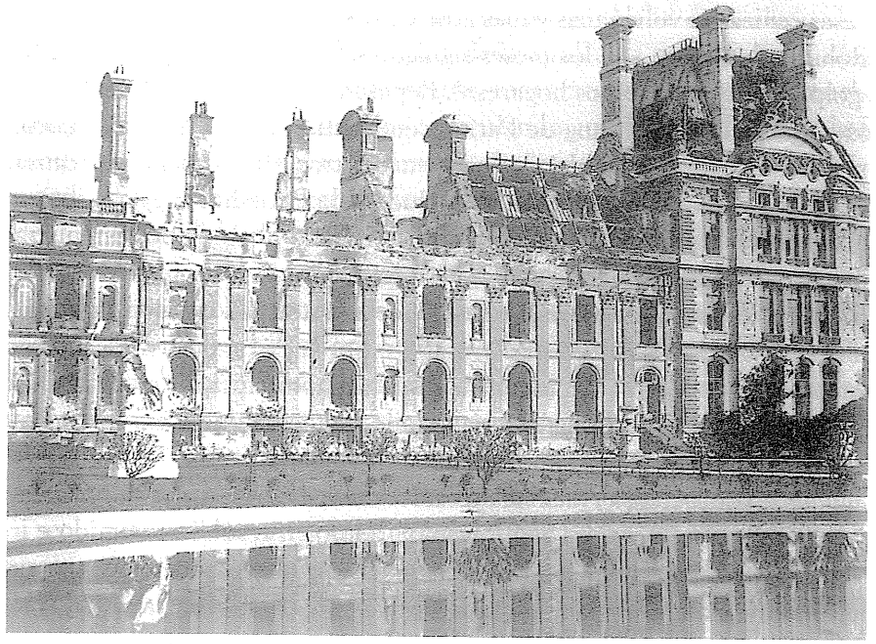


Ilustración 107. Los fuegos que devastaron París durante los días finales de la Comuna dejaron a su paso un enorme reguero de destrucción. Entre las muchas fotografías de las que se dispone, la mayor parte anónimas, encontramos una de la Rue Royale con el fuego todavía ardiendo. Muchos de los grandes edificios públicos, como el Hotel de Ville, el Ministerio de Finanzas y el Palacio de las Tullerías, se vieron reducidos a ruinas. El palacio fue finalmente demolido por la Administración republicana que llegó al poder en la década de 1880, por una parte por el coste de rehacerlo, pero también porque era un símbolo odiado del poder monárquico y napoleónico.

Ejército del Este, bajo el mando del general Bazaine, se rindió el 27 de octubre en Metz ante los prusianos, Bazaine dejó la impresión que su rendición obedecía a sus convicciones monárquicas, que le impedían luchar bajo un gobierno republicano. Algunos de sus oficiales que se resistían a la capitulación consideraron que Bazaine colocaba sus preferencias políticas por encima del honor de Francia. Este asunto persiguió durante años la política francesa. Louis Rossel, que más tarde conduciría las fuerzas armadas de la Comuna, y que fue arbitrariamente sentenciado y ejecutado por ello, fue uno de los oficiales profundamente impresionados por la evidente falta de patriotismo de Bazaine[7].

Pero las tensiones entre las distintas facciones de las clases dirigentes no eran nada en comparación con los antagonismos reales o imaginarios entre una burguesía tradicional y marcadamente obstinada y una clase obrera que estaba empezando a encontrar su lugar y a afirmarse en él. Durante la década de 1860, con razón o sin ella, la burguesía se sentía terriblemente alarmada por la aparición de la organización de la clase obrera y de los clubes políticos, por las actividades de la rama parisina de la Asociación Internacional de Trabajadores, por la efervescencia del pensamiento en el seno de la clase obrera y por el resurgir de las filosofías anarquistas y socialistas. Y la clase trabajadora, que por otro lado no estaba ni tan organizada ni tan unida como temían sus adversarios, estaba dando abundantes muestras reales de una emergente conciencia de clase.

El gobierno de Defensa Nacional no podía contener la marea de victorias prusianas o romper el asedio de París sin un amplio apoyo de la clase obrera. Y los dirigentes de la izquierda estaban deseando proporcionarlo, a pesar de su oposición inicial a la guerra del emperador. Blanqui prometió al gobierno «un apoyo absoluto y enérgico» e incluso los dirigentes de la Internacional, después de una apelación respetuosa a los trabajadores alemanes para que no participaran en una lucha fraticida, se volcaron en la defensa de París. Belleville, el centro de la agitación de la clase obrera, se unió espectacularmente a la causa nacional, todo en nombre de la república[8].

La burguesía se temía una trampa. Como señalaba un comentarista contemporáneo de sus propias filas, la burguesía se sentía atrapada entre prusianos y «rojos». «No sé cuál de estos dos males les aterroriza más; odiaban a los extranjeros, pero temían a los de Belleville mucho más»[9]. No importaba cuanto quisieran derrotar a éstos, no podían hacerlo sin los batallones de la clase obrera en la vanguardia. Como sucedería en otras ocasiones, la burguesía eligió rendirse ante los alemanes, dejando

[7] E. Thomas, *The Women Incendiaries,* cit.

[8] P. Lissagaray, *Histoire de la Commune,* cit.

[9] Jean Bruhat, J. Dautry y E. Tersen, *La Commune de 1871,* París, 1971, p. 75.

a la izquierda como la fuerza dominante de un frente patriótico. En 1871, el temor al «enemigo interior» prevalecía sobre el orgullo nacional.

El fracaso francés para romper el asedio de París se interpretó al principio como consecuencia de la superioridad prusiana y de la ineptitud militar francesa. Pero, combate tras combate, la prometida victoria se convertía en un desastre, los patriotas honestos empezaron a preguntarse si los poderes que mandaban no estarían haciendo trampas que rayarían con la delación y la traición. El gobierno cada vez estaba más considerado como el de la Deserción Nacional, una expresión que Marx utilizaría más tarde con aplastante efecto en su apasionada defensa de la Comuna[10]. El gobierno también era igualmente reluctante a responder a la demanda parisina de democracia municipal. Muchos de los burgueses respetables habían huido, parecía que las elecciones pondrían el poder en manos de la izquierda. Dada la desconfianza de la derecha monárquica, el gobierno de Defensa Nacional no podía permitirse conceder lo que se llevaba tanto tiempo solicitando, dejando siempre las cosas para más tarde.

Ya el 31 de octubre, estas variadas amenazas se conjuraron para provocar un movimiento de insurrección en París. Poco después de la ignominiosa rendición de Bazaine, corrió el rumor de que el gobierno estaba negociando los términos de un armisticio con los prusianos. La población de la ciudad tomó las calles y, mientras los temidos habitantes de Belleville descendían en masa hacia la ciudad, tomó prisioneros a varios miembros del gobierno, acordando liberarlos con el acuerdo verbal de que habría elecciones municipales y no se produciría la capitulación. Este incidente garantizaba el enfurecimiento de la derecha. Fue la causa inmediata de los «sentimientos de odio hacia París» que Legentil encontró en diciembre. El gobierno sobrevivió para pelear otro día, pero a medida que se sucedieron los acontecimientos, iba a luchar con mucha más eficacia contra Belleville que contra los prusianos.

Con todo, el asedio de París se alargaba. Al empeoramiento de la situación en la ciudad se añadía las inciertas consecuencias sobre una situación social inestable[11]. El gobierno demostró su ineptitud y su falta de sensibilidad hacia las necesidades de la población y, con ello, añadía madera a las ardientes llamas del descontento. La población se alimentaba de perros o gatos, mientras que los más privilegiados participaron de los trozos de Pollux, el joven elefante del zoológico, a cuarenta francos la libra de carne de la trompa. El precio de las ratas, «un sabor mezcla de cerdo y perdiz», oscilaba entre los sesenta céntimos y los cuatro francos por pieza. El gobierno

[10] K. Marx y V. I. Lenin, *The Civil War in France. The Paris Commune,* Nueva York, 1968; M. Cerf, *Edouard Moreau,* París, 1971.

[11] L. Lazare, *Le France et Paris,* cit.; G. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871. From the Goncourt Journal,* cit.

fue incapaz hasta enero de tomar la precaución elemental de racionar el pan: cuando ya era demasiado tarde. Los suministros disminuían y la adulteración del pan con harina de huesos se convirtió en un problema crónico, que se volvía menos agradable aún por el hecho de que los huesos eran humanos, procedentes de las tumbas que se abrían para la ocasión. Mientras que la gente común consumía así a sus antepasados sin saberlo, los lujos de la vida en el café siguieron su curso, recibiendo los suministros de acaparadores a unos precios exorbitantes. Los ricos que permanecieron allí, continuaron satisfaciendo sus placeres como era su costumbre, aunque ahora les saliera mucho más caro. En un claro desprecio de los sentimientos de los menos privilegiados, el gobierno no hizo nada para frenar la especulación o la persistencia del ostentoso consumo de los ricos.

A finales de diciembre, la oposición radical al gobierno de Defensa Nacional iba en aumento y condujo a la publicación el 7 de enero, del famoso *Affiche Rouge*. Firmado por los comités centrales de los veinte *arrondissements* de la ciudad, acusaba al gobierno de llevar al país al borde del abismo, con su indecisión, inercia y deliberada falta de actuación; sugiriendo que el gobierno no sabía cómo administrar ni cómo luchar, insistía en que la continuación de esa situación sólo podía desembocar en la capitulación ante los prusianos. Establecía un programa para una requisa ge-

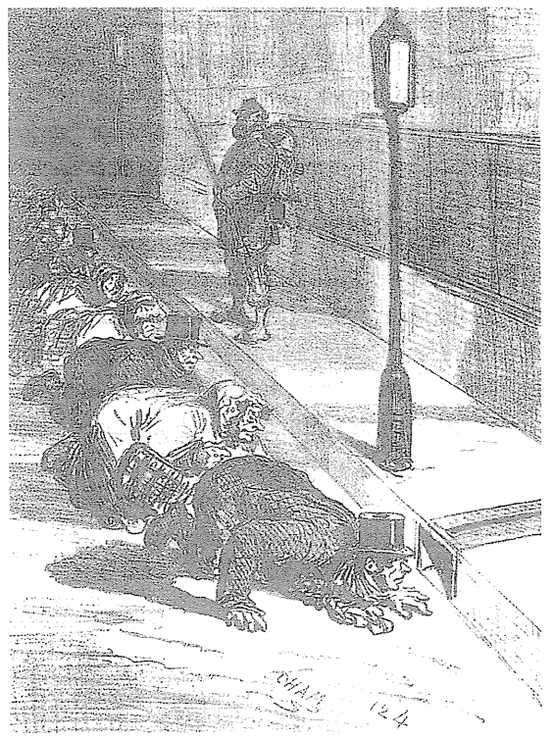


Ilustración 108. El humorista Cham se unía a un envejecido Daumier para intentar poner un poco de humor en los desolados meses de 1870, durante el sitio de París. Aquí vemos a los parisinos haciendo cola para su ración nocturna de carne de rata; Cham también advierte a sus lectores que tengan cuidado cuando se coman un ratón, porque el gato no deja de perseguirlos.

neral de recursos, racionamiento y ataques masivos. Terminaba con la célebre exhortación «¡Haced sitio para el pueblo! ¡Haced sitio para la Comuna!»[12]. El cartel fue distribuido por todo París y la llamada tuvo consecuencias. Los militares respondieron organizando una última salida en masa, que fue espectacular por la ineptitud militar y la carnicería con la que acabó. Lissagaray escribió: «todo el mundo entendió que les habían enviado al sacrificio»[13]. La evidencia de la traición y la delación resultaba clara para todos aquellos que estaban cerca de los acontecimientos. Empujó a muchos patriotas honestos de la burguesía, que colocaron el amor al país por encima de sus intereses de clase, a una alianza con el sector radical disidente y con la clase trabajadora.

A finales de enero, París aceptó, con sombría pasividad, el inevitable armisticio. Estipulaba unas elecciones nacionales a una asamblea constituyente que negociaría y ratificaría el acuerdo de paz. Especificaba que el ejército francés depondría las armas, pero permitía a la Guardia Nacional de París, que no podía ser desarmada tan fácilmente, permanecer como una fuerza de combate. Los suministros empezaron a llegar a una ciudad famélica bajo la atenta mirada de las tropas prusianas. La mayor parte de los burgueses que quedaban huyeron a sus refugios rurales, mientras la afluencia a la ciudad de soldados empobrecidos, impagados y desmoralizados se añadía a la tensión política y social existente. En las elecciones de febrero, la ciudad volvió a su cuota de republicanos radicales: Louis Blanc, Victor Hugo, Lèon Gambetta e incluso Giuseppe Garibaldi. Pero las ciudades de provincias y el campo votaron masivamente por la paz. La izquierda, sin embargo, no se mostraba favorable a la capitulación, los republicanos del gobierno de Defensa Nacional se veían seriamente comprometidos por su manejo de la guerra, los bonapartistas estaban desacreditados, y todo ello provocó que ese voto por la paz fuera a parar a los monárquicos. El París republicano se encontró acosado, en la Asamblea Nacional por una mayoría monárquica. Thiers, que entonces tenía ya 73 años, fue elegido presidente, en parte por su larga experiencia en la política y en parte porque los monárquicos no querían ser responsables de la firma de un tratado destinado a ser un acuerdo de paz innoble.

El 26 de febrero, muy cerca del aniversario de la Revolución de 1848 (para compensar), Thiers firmaba un acuerdo preliminar en el que cedía Alsacia y Lorena a Alemania. Y aún peor a los ojos de París: accedía a una ocupación simbólica de la ciudad por las tropas prusianas, que se producía el 1 de marzo y que, con facilidad, podía haber acabado en un baño de sangre, ya que muchos en la ciudad amenaza-

[12] J. Bruhat, J. Dautry y E. Tersen, *La Commune de 1871,* cit.; Stewart Edwards, *The Paris Commune,* Chicago, 1971.

[13] P. Lissagaray, *Histoire de la Commune,* cit., p. 75.

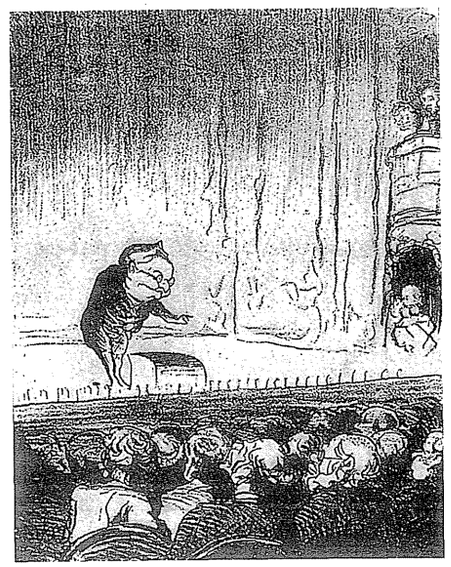


Ilustración 109. Thiers había sido un tema frecuente para Daumier ya en la década de 1840. Su repentina reaparición en 1870 en el escenario político le proporcionó otra oportunidad para los comentarios críticos. En la viñeta de la izquierda, publicada el 24 de febrero de 1871, se ve a Thiers dirigiendo en Burdeos la recientemente elegida Asamblea Nacional («sin que se vea el apuntador»). A la derecha, publicada el 21 de abril, después de que se hubiera declarado la Comuna, vemos a Thiers frenéticamente exigiendo al caballo que lleve el carro del Estado en dirección a Versalles. París, representada con la figura estatutaria de la Libertad, tiene a los caballos tirando en dirección contraria, pero la cabeza está vuelta hacia Thiers. La ruptura del Estado se pronostica con claridad.

ban con un conflicto armado. El desastre pudo evitarse gracias al poder de organización de la izquierda, que comprendió que los prusianos la destruirían, haciéndole el trabajo a Thiers y a un impreciso y nuevo grupo llamado Comité Central de la Guardia Nacional. Los prusianos desfilaron por los Campos Elíseos, observados por la multitud en un silencio sepulcral, con todos los grandes monumentos cubiertos por crespones negros. La humillación no fue fácil de olvidar y parte de las culpas recayeron sobre Thiers, que, por otra parte, manifestó su patriotismo rechazando la propuesta de Bismarck de que fueran los bancos alemanes quienes proporcionaran el crédito necesario para hacer frente a la indemnización de guerra que había pactado. Thiers reservó ese privilegio para los bancos franceses y convirtió un año de calamidades en uno de los más rentables para los caballeros de las altas finanzas francesas[14]. Estos últimos le señalaron la necesidad de enfrentarse con «esos granujas de

[14] H. Guillemin, *L'avènement de Monsieur Thiers, suivi de Réflexions sur la Commune,* París, 1971; J. Bruhat, J. Dautry y E. Tersen, *La Commune de 1871,* cit., pp. 104-105; Robert Dreyfus, *Monsieur Thiers contre l'Empire. La guerre et la Commune,* París, 1928, p. 266.

París» antes de recoger el dinero. Para esto, Thiers estaba excepcionalmente preparado. En 1834, como ministro del Interior de Luise Philippe, había sido responsable de la salvaje represión de uno de los primeros movimientos genuinamente obreros de la historia de Francia. Siempre desdeñoso de la «vil multitud», siempre había tenido un proyecto para encargarse de ella, un proyecto que ya había presentado a Luise Philippe en 1848 y que ahora, por fin, estaba en posición de llevar a la práctica: utilizar el conservadurismo del campo para aplastar el radicalismo de la ciudad.

La mañana del 18 de marzo, la población de París se despertó para encontrarse con que los restos del ejército francés habían sido enviados a París para hacerse cargo de los cañones de la ciudad, en lo que, evidentemente, era el primer paso hacia el desarme de una población que, desde el 4 de septiembre, se había apuntado de forma masiva a la Guardia Nacional. La población trabajadora de París salió de manera espontánea para reclamar la propiedad de los cañones; después de todo ¿no los habían forjado ellos con los materiales que habían recolectado durante el asedio? En la colina de Montmartre, unos cansados soldados hacían guardia sobre la poderosa batería de cañones situada allí, encontrándose de frente con una multitud cada vez más inquieta y agresiva. El general Claude Lecomte ordenó a sus tropas abrir fuego; lo hizo una, dos y tres veces. Los soldados no tuvieron valor para hacerlo, levantaron sus armas, dispararon al aire y se unieron a la multitud. La muchedumbre enfurecida hizo prisionero a Lecomte, topándose con el general Clément Thomas, conocido y odiado por su papel en las salvajes matanzas de junio de 1848, y ambos fueron conducidos hasta el jardín del número 6 de la Rue des Rosiers, donde fueron puestos contra un muro y fusilados.

Este suceso es de vital importancia; ahora los conservadores también tenían sus mártires y Thiers podía tildar de criminal y asesina a la población sublevada. La cima de la colina había sido lugar de martirio de santos cristianos tiempo atrás, y los conservadores católicos podían añadir los nombres de Lecomte y Thomas a esa lista. En los meses y años siguientes, cuando se destapó el debate sobre la construcción de la basílica, se apelaba frecuentemente a la necesidad de conmemorar a estos «mártires de ayer que murieron por defender y salvar la sociedad cristiana»[15]. La frase se utilizó en 1873 de manera oficial en los documentos de la Asamblea Nacional que apoyaban la construcción de la basílica. El 16 de junio de 1875, cuando se colocaba la primera piedra, Rohault de Fleury celebraba que la basílica se fuera a construir en un lugar que «después de haber estado santificado, parecía haber sido elegido por Satanás y donde se produjo el primer acto de aquella horrible orgía que causó tanta ruina y que dio a la Iglesia dos mártires tan gloriosos». Fleury continuaba diciendo: «Sí, aquí se levantará el sagrado corazón, en el mismo lugar donde em-

[15] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. I, pp. 88, 264.

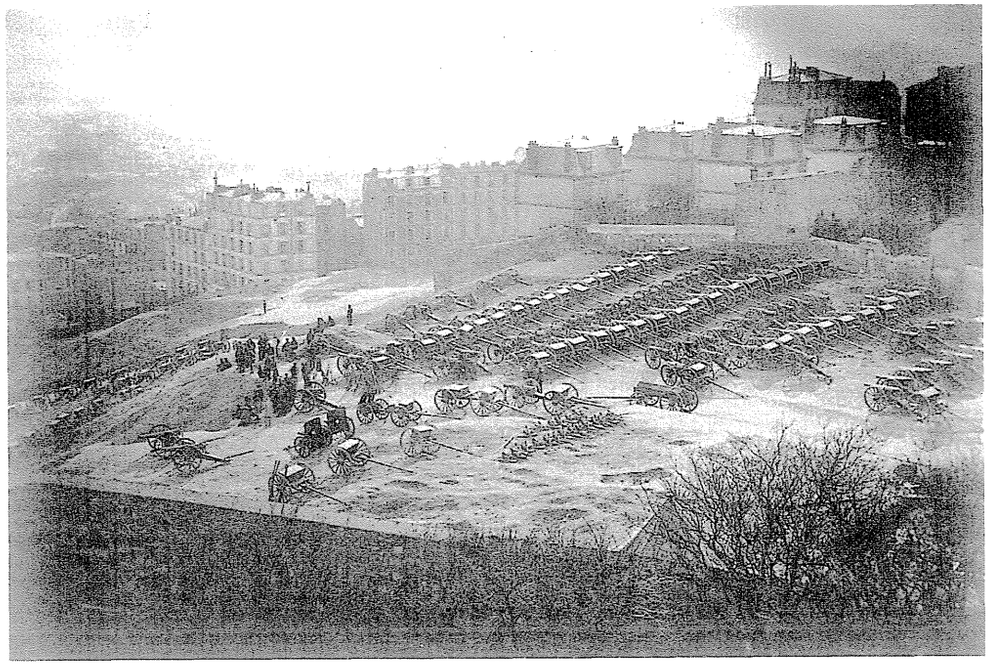


Ilustración 110. Los cañones de Montmartre, recogidos en esta notable fotografía, se construyeron principalmente en los talleres de la ciudad durante el asedio prusiano, a partir de materiales fundidos aportados por la población. Fueron el fogonazo que desencadenó la ruptura entre París y Versalles.

pezó la Comuna, donde los generales Lecomte y Thomas fueron asesinados». Se regocijó con «la multitud de buenos cristianos que ahora veneraban a Dios, que sabe muy bien cómo confundir a los malignos de espíritu, echar abajo sus proyectos y crear una cuna donde ellos pensaban cavar una tumba». Contrastaba esta multitud de fieles con una «ladera cubierta de demonios embriagados, habitada por una población que se mostraba hostil a cualquier idea religiosa y que estaba animada por encima de todo por el odio hacia la Iglesia»[16]. GALLIA POENITENS.

La respuesta de Thiers a los acontecimientos del 18 de marzo fue ordenar una retirada completa del personal militar y gubernamental de la ciudad. Desde la seguridad de Versalles, se preparó metódicamente para la invasión y el sometimiento de París. Bismarck se mostró dispuesto a permitir una recomposición del ejército francés suficiente como para abordar la tarea de derribar a los radicales, y liberó prisioneros y material con ese objetivo. Pero, en cualquier caso, mantuvo un gran número de tropas estacionadas alrededor de la ciudad. Iban a ser testigos silenciosos de los sucesos que acontecieron.

[16] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. 1, p. 264.

Abandonados a su suerte y, de alguna manera, sorprendidos por el giro de los acontecimientos, los parisinos, bajo la dirección del Comité Central de la Guardia Nacional, no solamente se hicieron cargo de todo el aparto administrativo que había quedado abandonado, poniéndolo de nuevo en funcionamiento con notable velocidad y eficacia (incluso los teatros volvieron a abrir), sino que, al mismo tiempo, fijaban elecciones para el 26 de marzo. El 28 de marzo se declaraba la Comuna una realidad política[17]. Para la gente común de París fue un día de fiesta, mientras que para la burguesía fue un día de consternación. Pero la política de la Comuna difícilmente resultaba coherente. Mientras que, por primera vez en la historia de Francia, un importante numero de trabajadores ocupaban sus puestos como representantes elegidos, la Comuna seguía dominada por los elementos radicales de la burguesía. La diversidad de corrientes políticas que la formaban, desde republicanos moderados, jacobinos, proudhonistas, socialistas de la Internacional, hasta revolucionarios blanquistas, producía un elevado faccionalismo y mucho debate contencioso sobre la elección de un camino socialista o radical. Estaba empapada por la nostalgia de lo que podía haber sido, aunque, en algunos aspectos, señalaba hacia un futuro moderno más igualitario, en el que los principios de asociación y la organización social de la administración y la producción pudieran desarrollarse por completo. Gran parte de ello, sin embargo, se quedaría en lo discutible, ya que cualquiera que fueran las pretensiones que pudieran tener los *communards* respecto a la modernidad, iban a ser aplastadas por un maremoto de conservadurismo reaccionario. Thiers atacó a principios de abril, comenzando así el segundo asedio de la ciudad. La Francia rural y de provincias estaba siendo utilizada para destruir a la clase obrera de París.

Los acontecimientos posteriores fueron desastrosos para la Comuna. Cuando las fuerzas de Versalles rompieron la defensa exterior de la ciudad, que había sido construida por Thiers durante la década de 1840, se extendieron rápidamente por las zonas burguesas del oeste de París y atajaron lenta y despiadadamente por los

[17] Existen muchos y variados relatos sobre la Comuna. He utilizado ampliamente los de J. Bruhat, J. Dautry y E. Tersen, *La Commune de 1871,* cit.; P. Lissagaray (*Histoire de la Commune,* cit.), que participó en ella; J. Rougerie, *Paris Libre,* París, 1971; Frank Jellinek, *The Paris Comune of 1871,* Londres, 1937; S. Edwards, *The Paris Commune,* cit.; M. Du Camp, *Paris. Ses organes, ses fonctiom et sa vie dans la seconde moitié du XIXème siècle,* cit. Du Camp proporciona un relato muy sesgado desde la perspectiva de la derecha, mientras P. Lidsky (*Les écrivains contre la Commune,* cit.) reúne una colección de escritos del periodo hostiles a la Comuna. Las fotografías existentes de los acontecimientos y de los momentos posteriores han despertado mucho interés en los últimos años. B. Noel (ed.), *La Commune. Paris 1871,* París, 2000. Noel reúne una colección maravillosa, igual que la de Réunion des Musées Nationaux, *La Commune photographiée,* París, 2000. El mito de las *petroleuse* ha sido investigado en detalle por E. Thomas, *The Women Incendiaries,* Nueva York, 1966. J. Rougerie (*Procès des communards,* cit.) examina detenidamente los registros de los todos los juicios a participantes para sacar alguna idea de las motivaciones.

Ilustración 111. Barricada de los communards *en la Rue d'Allemagne en marzo de 1871.*

bulevares que había creado Haussmann hasta los barrios obreros de la ciudad. Las barricadas estaban por todas partes, pero los militares estaban preparados para hacerlas saltar con los cañones y utilizar proyectiles incendiarios a fin de destruir los edificios que albergaran a fuerzas hostiles. De esta manera, empezó uno de los derramamientos de sangre más salvajes de una historia de Francia ya frecuentemente sangrienta. Las fuerzas de Versalles no dieron tregua. A los muertos en la lucha callejera, que la mayoría de los estudios no los consideró muy elevados, se añadió un increíble número de ejecuciones arbitrarias sin ningún tipo de juicio. Moilin fue ejecutado por sus utópicas ideas socialistas; un diputado republicano, crítico con la Comuna como era Millière, por primera vez en su vida lanzó un «¡Viva la Comuna!» cuando antes de ser ejecutado fue puesto de rodillas en las escaleras del Panteón mientras se le exigía que pidiera perdón por sus pecados (todo porque a un capitán del ejército no le gustaban los artículos que escribía en los periódicos). Los jardines de Luxembourg, los cuarteles de Lobau, la famosa y todavía venerada pared del cementerio de Père Lachaise, se hicieron eco del incesante sonido de los disparos con que se realizaban las ejecuciones. Entre veinte mil y treinta mil *communards* murieron de esta manera. GALLIA POENITENS, con venganza.

Ilustración 112. Unos trescientos communards *capturados al final de la «semana sangrienta» de mayo de 1871 fueron fusilados arbitrariamente en el Mur des Fédérés del cementerio de Père Lachaise, convirtiendo el muro durante décadas en un centro de peregrinación. (Pintura al agua de Alfred Darjon.)*

En medio de esta triste historia, hay un incidente que retiene nuestra atención. La mañana del 28 de mayo un exhausto Eugène Varlin era reconocido y arrestado. Varlin, un encuadernador; organizador de sindicatos y cooperativas de consumo bajo el Segundo Imperio, miembro de la Guardia Nacional, inteligente, respetado y escrupulosamente honesto; socialista declarado, miembro de la Comuna y un bravo soldado fue trasladado a la misma casa de la Rue des Rosiers donde habían

Ilustración 113. Fotografía atribuida a Disdéri de communards *abatidos por las fuerzas de Versalles. Alguien ha colocado una corona blanca en las manos de la joven de la esquina derecha. ¿Un símbolo de la libertad enterrado una vez más?*

muerto Lecomte y Thomas. La suerte de Varlin fue todavía peor. Sentenciado a muerte, fue paseado por la ladera de Montmartre donde algunos dicen que durante minutos y otros que durante horas, recibió toda clase de abusos, palizas y humillaciones por parte de una muchedumbre enloquecida. Finalmente se le apoyó contra la pared, y con la cara destrozada, y habiendo perdido un ojo, fue tiroteado dos veces. Tenía treinta y dos años. En medio de todo, sin mostrar ningún arrepentimiento, grito «¡Viva la Comuna!». Su biógrafo lo llamó «el Calvario de Eugène Varlin». La izquierda también puede tener sus mártires. Es en ese mismo lugar donde se alza la basílica del Sacré-Coeur[18].

La «semana sangrienta», como fue bautizada, también supuso un enorme destrozo de la propiedad. Los *communards* no se sentían precisamente cautivados por los privilegios de la propiedad privada y no se mostraban contrarios a destruir símbolos odiados. La Columna Vendôme, que Napoleón III había adorado, fue derribada con gran ceremonia el 16 de mayo para simbolizar el fin del gobierno autoritario. Al pintor Coubert se le exigieron más tarde responsabilidades por este acto, y fue condenado a pagar de su propio bolsillo la reconstrucción del monumento. Los *communards* también decretaron, aunque no lo llevaron a la práctica, la destrucción de la Capilla de la Expiación con la que Luis XVIII había querido imprimir sobre los parisinos su culpabilidad en la ejecución de su hermano. Y cuando Thiers mostró sus verdaderas intenciones, los *communards* se tomaron cierto placer en desmantelar, piedra tras piedra, su residencia parisina, en un gesto simbólico que Goncourt consideró que tuvo un «excelente mal efecto». Pero el incendio sistemático de París es otra cuestión completamente distinta. A los edificios que se incendiaron como consecuencia de los bombardeos, se añadieron los provocados deliberadamente por razones estratégicas por unos *communards* en retirada. De aquí surgió el mito de los «incendiarios» de la Comuna, de los que se decía que, de modo temerario, tomaron venganza haciendo arder todo lo que pudieron. El falso mito de las odiosas mujeres *petroleuse* lo puso en circulación la prensa de Versalles, y las mujeres sospechosas fueron fusiladas en el lugar. Un cronista burgués, Audéoud, recordaba con suficiencia como había denunciado por *petroleuse* a una mujer bien vestida en la *rue* Blanche, porque llevaba dos botellas rellenas de algo que nunca sabremos. Cuando la mujer apartaba a un soldado borracho que la avasallaba, éste respondió disparándola por la espalda[19].

---

[18] M. Foulon, *Eugène Varlin,* cit.

[19] Audéoud es citado en F. Jellinek, *The Paris Commune of 1871,* cit., p. 339. G. Becker, *Paris Under Siege, 1870-1871. From the Goncourt Journal,* cit., p. 28. Becker, en sus referencias al diario de Gouncourt durante la Comuna, atribuye la cita a Goncourt.

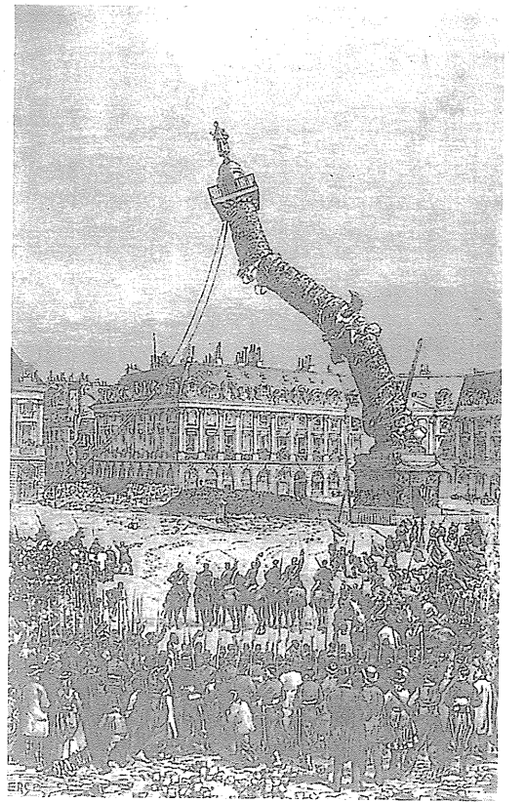


Ilustración 114. El derribo de la Columna Vendôme, representado aquí por Meaulle y Viers, despertó una gran expectación, demostrando que los edificios y monumentos tenían una simbología muy clara para los parisinos.

No importaba lo que hubiera de verdad en la historia; el mito de los incendiarios era muy fuerte. Un año después, el papa describía a los *communards* como «demonios salidos del infierno llevando los fuegos del averno a las calles de París». Las cenizas de la ciudad se convirtieron en un símbolo de los crímenes de la Comuna contra la Iglesia, e iban a abonar el terreno del que surgiría la energía necesaria para levantar la basílica del Sacré-Coeur. No sorprende que Hubert Rohault se felicitara a sí mismo de aquella feliz frase «aunque París sea reducida a cenizas». Dicha frase golpearía en el país con fuerza redoblada, porque «los incendiarios de la Comuna llegaron para aterrorizar al mundo»[20].

Los momentos posteriores a la Comuna fueron cualquier cosa menos agradables. Los cuerpos llenaban las calles y el hedor se volvió insoportable. Sirvan de ejemplo los aproximadamente 300 cuerpos arrojados sin más ceremonias al lago del parque de Buttes Chaumont, un lugar que primero fue el centro de ejecución de criminales, más tarde un basurero municipal y que finalmente Haussmann transformó

[20] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. I, p. 13.

en un precioso parque. Días después tuvieron que sacarlos a medida que subían a la superficie, horriblemente hinchados; fueron quemados en una hoguera que duró varios días. Audéoud se deleitaba con la vista de todos los cuerpos «acribillados a balazos, obscenos y descompuestos» y tomó «el hedor de esos cuerpos» como un «aroma de paz y, si las narices demasiado sensibles se rebelan, el corazón se regocija». Continuaba diciendo, «nosotros también nos hemos vuelto crueles e inmisericordes y nos resultaría un placer bañar y lavar nuestras manos en su sangre». Pero este derramamiento empezó a revolver los estómagos de muchos burgueses, que, exceptuando a los más sádicos, acabaron por gritar «¡basta!». El famoso cronista Edmond de Goncourt trataba de convencerse a sí mismo de la justicia de todo ello cuando escribió: «Fue bueno que no hubiera ni conciliación ni pacto. La solución fue brutal. La fuerza bruta. La solución ha mantenido a la gente apartada de compromisos cobardes [...] el derramamiento de sangre fue una sangría limpia; semejante purga, al destruir al sector combativo de la población, posterga la próxima revolución una generación entera. La vieja sociedad tiene veinte años de tranquilidad por delante, siempre que los poderes que existan se atrevan a llegar tan lejos como lo han hecho ahora»[21]. Esos sentimientos se correspondían exactamente con los de Thiers. Pero cuando Goncourt pasó más tarde por Belleville y vio «las caras de inquietante silencio» no pudo evitar sentir que aquí se encontraba un «barrio conquistado pero no sometido». ¿No había otra manera de purgar la amenaza de la revolución?

La experiencia de 1870-1871, junto a la confrontación con Napoleón III y el decadente «materialismo festivo» del Segundo Imperio, hundió a los católicos en una fase de amplia búsqueda interior. La mayor parte de ellos aceptaba la idea de que Francia había pecado, y esto daba pie a las manifestaciones de expiación y a un movimiento piadoso que era tanto místico, como teatral. Los católicos intransigentes y extremistas apoyaban sin vacilación el regreso a la ley y el orden junto a una solución política basada en el respeto a la autoridad. Y eran los monárquicos, que en general eran católicos intransigentes, los que enarbolaban la promesa de ley y orden. Los católicos liberales encontraban todo esto perturbador, pero no estaban en posición de movilizar sus fuerzas, ya que incluso el papa les desechaba como el «verdadero azote» de Francia. No había mucho que hacer para detener la consolidación del lazo entre monarquía y catolicismo intransigente, y esa poderosa alianza era la que iba a garantizar la construcción de la basílica del Sacré-Coeur.

El problema inmediato de los padres de la promesa era hacer llevar a la práctica ese piadoso deseo, para lo que se necesitaba un respaldo oficial. Legentil y Rohault de Fleury buscaron el apoyo del recientemente nombrado arzobispo de París. Mon-

[21] G. Becker (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871. From the Goncourt Journal,* cit., p. 312.

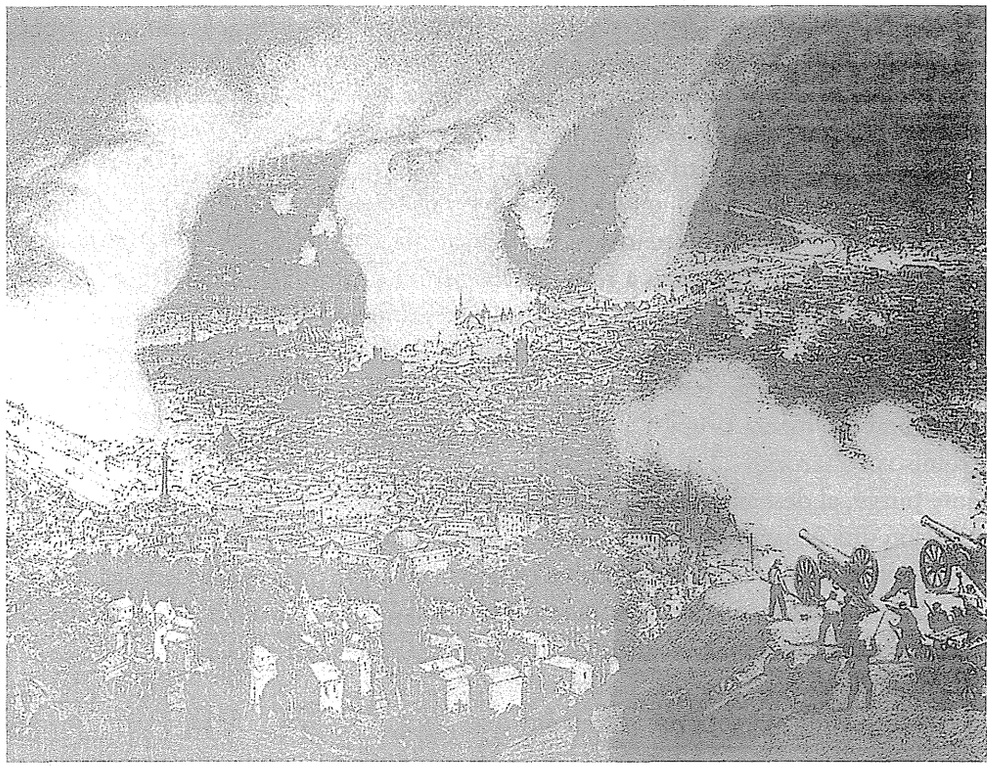


Ilustración 115. Esta panorámica, desde lo alto de Montmartre, del fuego sobre París en los días finales de la Comuna recoge algo de lo que pensaba Robault de Fleury cuando comentó lo apropiado que había sido hacer la promesa de levantar el Sacré-Coeur aunque «París fuera reducido a cenizas».

señor Guibert, un paisano de Thiers (los dos procedían de Tours), había necesitado que le convencieran para aceptar el cargo. Los tres arzobispos anteriores habían sufrido una muerte violenta: el primero durante la insurrección de 1848, el segundo a manos de un asesino en 1863 y el tercero durante la Comuna. Los *communards* habían decidido pronto tomar rehenes en respuesta a la matanza prometida por Versalles. El arzobispo fue retenido como el principal rehén a cambio del cual, los *communards* esperaban liberar a Blanqui. Thiers rechazo esa negociación, aparentemente porque había decidido que un arzobispo (que en cualquier caso era un católico liberal), muerto y elevado a mártir, era más valioso que uno vivo intercambiado por un dinámico y agresivo Blanqui. Durante la «semana sangrienta», algunos segmentos de la Comuna se tomaron toda la revancha que pudieron. El 24 de mayo, mientras las fuerzas de Versalles se abrían camino en París de la manera más sangrienta y brutal, ejecutando a cualquier sospechoso de haber desempeñado un papel activo en la Comuna, el arzobispo fue fusilado. Esa última semana, setenta y

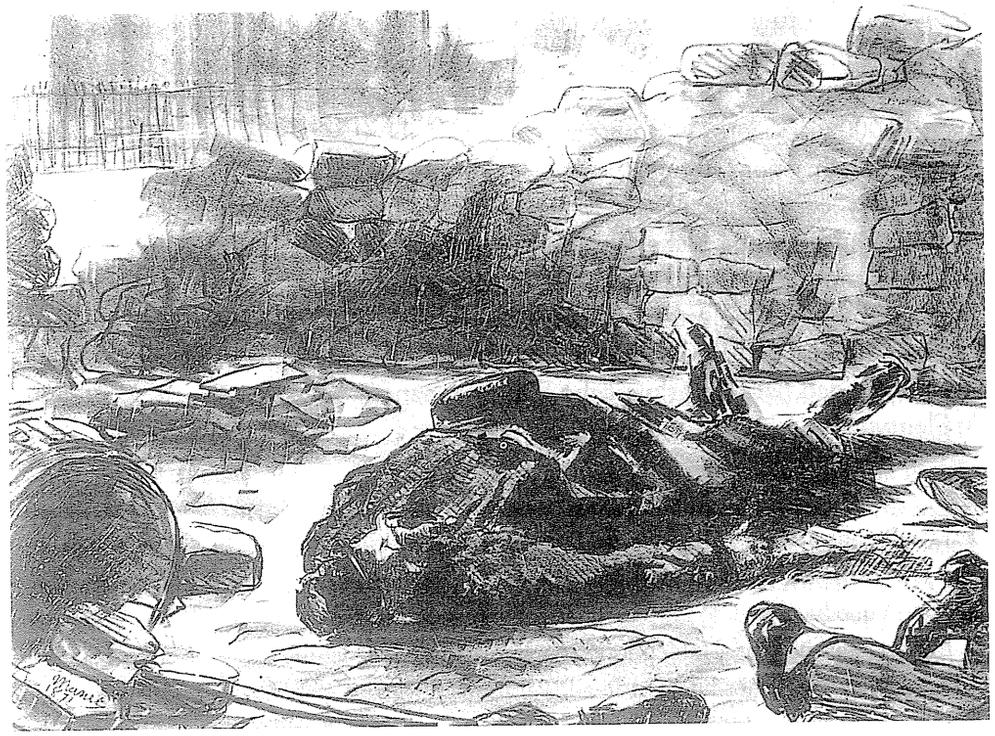


Ilustración 116. El remordimiento y la aversión ante lo que había sucedido en la Comuna se limitaban inicialmente a los republicanos de inclinaciones socialdemócratas. Manet (arriba) se sintió profundamente conmovido por los acontecimientos y realizó varias obras lamentando las muertes en las barricadas. Daumier (abajo), en uno de sus últimos dibujos, comentaba triste y dolorosamente «Cuando los trabajadores luchan entre sí».

cuatro rehenes fueron ejecutados, de los cuales veinticuatro eran sacerdotes. Ese impresionante anticlericalismo estaba tan vivo en la Comuna como lo había estado en 1789. Pero tras la masiva purga que dejó más de 20.000 *communards* muertos, cerca de 40.000 prisioneros e incontable número de huidos, Thiers podía escribir el 14 de junio a monseñor Guibert diciéndole: «los "rojos" están totalmente derrotados; no podrán recomenzar mañana sus actividades. Uno no puede meterse dos veces en cincuenta años en una lucha tan inmensa como la que ellos han perdido»[22]. Tranquilizado, monseñor Guibert se trasladó a París.

El nuevo arzobispo estaba mucho más próximo al movimiento para levantar el monumento al Sagrado Corazón. El 18 de enero de 1872, aceptó formalmente la responsabilidad para llevarlo a cabo. De esta manera escribía a Legentil y Rohault de Fleury:

> Habéis considerado los males del país desde su auténtica perspectiva [...] La conspiración contra Dios y Cristo se ha impuesto en multitud de corazones y, en castigo por una apostasía casi universal, la sociedad se ha visto sometida a todos los horrores de una guerra que ha conocido la victoria de un extranjero y de otra aún más horrible entre los hijos del mismo país. Habiéndonos vuelto con nuestra mentira rebeldes contra el Cielo, nuestra desgracia nos ha lanzado a los abismos de la anarquía. La tierra de Francia presenta la terrible imagen de un lugar donde no prevalece el orden, mientras el futuro ofrece nuevos terrores aún por llegar [...] Este templo erigido como contribución y reparación pública [...] se levantara entre nosotros como una protesta contra otros monumentos y obras de arte erigidos para la glorificación del vicio y la impiedad[23].

En julio de 1872, el papa ultraconservador Pío IX, todavía a la espera de la liberación de su cautividad en el Vaticano, apoyó formalmente la propuesta. Se desató una inmensa campaña de propaganda y el movimiento ganó empuje. A finales del año, contaba con más de un millón de francos, y todo lo que quedaba por hacer era trasladar la promesa a su representación física y material.

El primer paso era elegir un lugar. Legentil quería utilizar los cimientos del inacabado palacio de la Ópera, al que consideraba «un escandaloso monumento; extravagante, indecente y de mal gusto»[24]. El comedido proyecto inicial del edificio de la Ópera, de 1860, obra de Charles Rohault de Fleury (sin relación con Hubert), se había abandonado por la insistencia del conde Walewski, que «tenía el dudoso honor

[22] H. Guillemin, *L'avènement de Monsieur Thiers, suivi de Réflexions sur la Commune,* cit., pp. 295-296; H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. II, p. 365.

[23] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. I, p. 27.

[24] Jonquet (1890), pp. 85-87.

de ser hijo ilegítimo de Napoleón y marido de la actual favorita de Napoleón III»[25]. El proyecto que lo reemplazó y que existe en la actualidad, fue obra de Gaunier, y a los ojos de Legentil aparecía como «un monumento al vicio y a la impiedad» y no había nada más apropiado para borrar la memoria del Imperio que construir en ese lugar la basílica. Esto hubiera significado, por supuesto, derribar la fachada que se había terminado en 1867. Probablemente a Legentil le paso desapercibido que los *communards* habían derribado la Columna Vendôme con la misma idea.

De cualquier forma, a finales de octubre de 1872 el arzobispo había tomado las riendas del asunto y seleccionado los altos de Montmartre, porque solamente desde allí se podía asegurar la dominación de toda la ciudad. Como el terreno de la zona era en parte propiedad pública, si había que adquirirlo hacía falta el consentimiento o el apoyo activo del gobierno. Éste, por su parte, consideraba la posibilidad de construir una fortaleza militar en ese sitio; pero el arzobispo señaló que una fortaleza militar sería muy impopular, mientras que lo que él pretendía resultaría menos ofensivo y más seguro. Thiers y sus ministros, aparentemente convencidos de que la protección ideológica era preferible a la militar, apoyaron al arzobispo para que prosiguiera con el asunto formalmente. El 5 de marzo de 1873 el arzobispo solicitaba al gobierno la promulgación de una ley especial que declarase la construcción de la basílica como una obra de utilidad pública. Esto permitiría utilizar las leyes sobre expropiación para obtener el terreno.

Semejante ley iba en contra de un sentimiento muy antiguo a favor de la separación de la Iglesia y del Estado. Sin embargo, el sentimiento de los católicos hacia el proyecto era muy fuerte. Thiers trató de dejar pasar el tiempo, pero su indecisión pronto careció de importancia. Los monárquicos habían decidido que había llegado su hora. El 24 de mayo de 1873 sacaban a Thiers del poder y lo sustituían por el monárquico ultraconservador Marshal MacMahon que, dos años antes, había dirigido las fuerzas de Versalles en la sangrienta represión de la Comuna. Francia se sumergía una vez más en la agitación política; la restauración monárquica parecía inminente.

El gobierno de MacMahon rápidamente devolvió la ley con su informe a la Asamblea, y pasó a ser parte de su programa para establecer la autoridad del orden moral, donde los acaudalados y privilegiados (que por ello tenían un interés en la conservación de la sociedad), bajo el liderazgo del rey y en alianza con la autoridad de la Iglesia, tenían tanto el deber como el derecho de evitar que el país cayera en el abismo de la anarquía. La iglesia apoyó grandes movilizaciones como parte de la

[25] D. Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris,* cit., pp. 85-87; P. Woolf, «Symbol of the Second Empire. Cultural Politics and the Paris Opera House», en D. Cosgrove y S. Daniels (eds.), *The Iconography of Landscape,* Cambridge, 1988.

campaña para restablecer alguna clase de orden moral. La mayor de estas manifestaciones tuvo lugar el 29 de junio de 1873 en Paray-le-Monial. Treinta mil peregrinos, incluyendo a cincuenta miembros de la Asamblea Nacional, pasaron el día allí para encomendarse públicamente al Sagrado Corazón[26].

Fue en esta atmósfera en la que el grupo formado para informar sobre la ley presentó sus conclusiones el 11 de julio a la Asamblea Nacional; una cuarta parte de sus miembros se habían adherido a la promesa. El grupo manifestó que la propuesta para levantar una basílica expiatoria era, sin ninguna duda, una obra de utilidad pública. Era adecuado y correcto construir semejante monumento en los altos de Montmartre para que todos lo vieran, porque era allí donde se había derramado la sangre de los mártires, incluyendo los de los tiempos remotos. Era necesario «borrar mediante esta obra de expiación, los crímenes que han coronado nuestras penas», y Francia, «que ha sufrido tanto», debe «solicitar la protección y la gracia de Aquel que otorga, de acuerdo con Su voluntad, la derrota o la victoria»[27].

El debate continuó durante el 22 y el 23 de julio, animado en parte por las cuestiones legales y técnicas y por las implicaciones de la legislación en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Los católicos intransigentes, con total desenfreno, querían ir más lejos. Querían que la Asamblea se comprometiera ella misma con un proyecto nacional que «no era únicamente una declaración contra el levantamiento en armas de la Comuna, sino también un signo de pacificación y concordia». Esa enmienda fue rechazada, pero la ley fue aprobada por una amplia mayoría de 244 votos. La única voz que disentía en el debate procedía de un diputado republicano radical de París:

> Cuando pensáis en levantar en las dominantes alturas de París, la fuente del libre pensamiento y la revolución, un monumento católico, ¿qué hay detrás de vuestros pensamientos? Convertirlo en el triunfo de la Iglesia sobre la revolución. Sí, eso es lo que queréis extinguir, lo que llamáis la peste de la revolución. Lo que queréis revivir es la fe católica, porque estáis en guerra con el espíritu de los tiempos modernos [...] Bien, yo que conozco los sentimientos de la población de París, yo que, como ellos, estoy contaminado por la pestilencia revolucionaria, os digo que la población se mostrará más escandalizada que motivada por la ostentación de vuestra fe [...] Lejos de motivarnos, nos empujáis hacia el libre pensamiento, hacia la revolución. Cuando la gente ve estas manifestaciones de los partidarios de la monarquía, de los enemigos de la Revolución, se dirán así mismos que el catolicismo y la monarquía están unidos y, al rechazar a ésta, rechazarán aquél[28].

[26] A. Dansette, *Histoire Religieuse de la France Contemporaine,* cit., pp. 340-345.
[27] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. I, p. 88.
[28] *Ibid.*

Armados con una ley que proporcionaba poderes para la expropiación, el comité se dispuso a llevar el proyecto a buen término adquiriendo el espacio en la cima de la colina de Montmartre. Obtuvieron el dinero prometido y se pusieron a pedir más, para que la construcción fuera tan grande como la idea que había detrás. El edificio tenía que ser impresionante, consistente con la tradición cristiana aunque diferente por completo a los «monumentos del vicio y la impiedad» levantados en el transcurso del Segundo Imperio. Entre los setenta y ocho proyectos que se presentaron y se mostraron públicamente, se seleccionó el de Paul Abadie. La elección fue controvertida. Las acusaciones de favoritismo surgieron rápidamente y los católicos conservadores estaban disgustados con el «orientalismo» del proyecto. Se preguntaban si no podía ser más auténticamente francés, lo que, en aquel momento, significaba más cercano a las tradiciones góticas del siglo XIII, incluso aunque estuvieran racionalizadas por Viollet-le-Duc. Pero la grandeza de las cúpulas de Abadie, la pureza del mármol blanco, y la simplicidad sin adornos de su acabado impresionó al comité. Después de todo, ¿qué podía ser más diferente de la extravagancia del odioso palacio de la Ópera?[29]

En la primavera de 1875, todo estaba preparado para colocar la primera piedra; pero aparentemente los radicales y republicanos de la ciudad, todavía no estaban suficientemente arrepentidos. El arzobispo se quejó de que la construcción del Sacré-Coeur estaba siendo considerado un acto provocativo, un intento de enterrar los principios de 1789. Y aunque él no iba a rezar para revivir esos principios que habían muerto y estaban enterrados, esa visión de las cosas estaba dando pie a una polémica deplorable, en la que él se encontraba obligado a participar. Escribió una circular en la que expresaba su asombro ante la hostilidad que se había manifestado en contra del proyecto por parte de «los enemigos de la religión». Encontraba intolerable que la gente se atreviera a realizar una interpretación política sobre hechos derivados únicamente de la fe y la piedad. La política, aseguraba a sus lectores, «ha estado lejos, lejos de nuestras inspiraciones; el trabajo había sido inspirado, por el contrario, por la profunda convicción de que la política no tenía poder para solucionar los males del país. Las causas de estos males son morales y religiosas, y los remedios deben ser de la misma clase». Además de ello, el trabajo no podía considerarse político porque el ánimo de los políticos es dividir, «mientras que nuestra obra tiene por objetivo la unión de todos. La pacificación social es el punto final de la obra que buscamos realizar»[30].

El gobierno, ahora claramente a la defensiva, se puso extremadamente nervioso ante la perspectiva de una gran ceremonia que podría ser la ocasión para un inquie-

[29] Paul Abadie, *Paul Abadie, architecte, 1812-1884*, París, 1988, pp. 222-224.
[30] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit, vol. I, p. 244.

tante enfrentamiento. Recomendó precaución. El comité tenía que buscar la manera de colocar la primera piedra sin hacerlo demasiado provocativamente. El papa fue en su ayuda y estableció para todos los católicos un día universal dedicado al Sagrado Corazón. Detrás de ese escudo, una ceremonia más reducida se desarrolló sin incidentes. La construcción había comenzado. GALLIA POENITENS estaba tomando forma material y simbólica.

Los cuarenta años que transcurrieron entre la colocación de la primera piedra y la consagración final de la basílica en 1919 fueron a menudo problemáticos. Surgieron las dificultades técnicas derivadas de realizar una estructura tan grande en la cima de una colina que se había vuelto inestable por años de extracción de yeso. El coste de la estructura aumentó de manera espectacular y, a medida que el culto al Sagrado Corazón de alguna manera se iba enfriando, las dificultades financieras continuaban. Paul Abadie fallecía el año 1884 y sus sucesores quitaron y añadieron cosas al proyecto original, la más notable fue el aumento de la altura de la cúpula central. La controversia política continuaba. El comité a cargo del proyecto había ideado una serie de estrategias para alentar el flujo de donaciones. Las personas individuales y las familias podían comprar una piedra y el visitante de la basílica puede ver los nombres de muchas de ellas grabados sobre las piedras. Regiones y organizaciones diferentes se animaron a financiar la construcción de alguna capilla en particular. Miembros de la Asamblea Nacional, del ejército, del clero y gente por el estilo hicieron fondo común para operaciones de ese tenor; cada una de las capillas de la basílica tiene su propio significado.

Entre las capillas de la cripta, por ejemplo, está la de Jesús-Maestro, que como señalaba Rohault de Fleury recuerda que «uno de los mayores pecados de Francia fue la loca invención de una enseñanza sin Dios»[31]. Los que después de 1871 estaban en el lado perdedor de la intensa batalla por mantener el poder de la Iglesia en la educación, hacían sus contribuciones en esta capilla. A continuación, en el extremo más lejano junto al lugar donde antiguamente discurría la *rue* des Roisiers, se encuentra la capilla de Jesús-Obrero. El que trabajadores católicos quisieran contribuir con la construcción de su propia capilla fue algo muy festejado. Como dijo Legentil, mostraba el deseo de trabajadores «de protestar contra la aterradora impiedad en la que gran parte de la clase trabajadora está cayendo», así como su determinación para resistir «la impía y auténticamente infernal asociación que, prácticamente en toda Europa, les está convirtiendo en víctimas y esclavos». La referencia a la Asociación Internacional de Trabajadores es inconfundible y comprensible, porque era habitual en los círculos burgueses en aquel momento atribuir, erróneamente, la Comuna a la nefasta influencia de esa «infernal» asociación. Sin embargo, por un

[31] *Ibid.*, p. 269.

extraño guiño del destino, que a menudo da un giro irónico a la historia, la capilla de Jésus-Obrero, se encuentra prácticamente en el lugar exacto donde se produjo el «Calvario de Eugène Varlin». Por ello, la basílica, levantada en parte para conmemorar la sangre de dos recientes mártires de la derecha, sin quererlo conmemora en sus profundidades a un mártir de la izquierda.

La interpretación de Legentil de todo esto era de algún modo bastante retorcida. En los últimos momentos de la Comuna, un joven católico llamado Albert de Munn observaba consternado como los *communards* iban conducidos al matadero. Impresionado se preguntó a sí mismo «qué era lo que la sociedad, legalmente constituida, había hecho por esta gente», y concluía que los males en gran medida habían caído sobre ellos ante la indiferencia de las clases acomodadas. En la primavera de 1872 se trasladó al centro del odiado barrio de Belleville y creó el primero de sus *cerclesouvriers*[32]. Éste es el comienzo de una nueva clase de catolicismo en Francia, que buscaba, a través de la acción social, atender a las necesidades materiales y espirituales de los trabajadores. Fue a través de organizaciones de esta clase, muy distintas del catolicismo intransigente y ultramontano que campaba en el centro del movimiento en pro del Sagrado Corazón, que un pequeño goteo de contribuciones de los trabajadores comenzaron a fluir en la construcción de una basílica en la cima de Montmartre.

Las dificultades políticas crecían. Francia, finalmente armada de una constitución republicana (obligada por la intransigencia de los monárquicos), estaba en pleno proceso de una modernización facilitada por la mejora de las comunicaciones, la educación de masas, y el desarrollo industrial. El país pasó a aceptar una forma moderada de republicanismo y se desilusionó amargamente con la mirada hacia el pasado de unos monárquicos que habían dominado la Asamblea Nacional desde 1871. En París, Belleville, el barrio «conquistado pero no sometido», Montmartre y La Villette empezaron a reafirmarse más rápidamente de lo que Thiers había vaticinado. La exigencia de una amnistía para los *communards* exiliados fue intensificándose, al mismo tiempo que lo hacía el odio hacia la basílica que estaba creciendo entre ellos. La agitación en contra del proyecto aumentó.

El 3 de agosto de 1880, el tema se presentó ante el consejo municipal en forma de una propuesta: «una gigantesca estatua de la libertad se colocará en la cima de Montmartre, frente a la iglesia del Sacre-Coeur, sobre terrenos pertenecientes a la ciudad de París». Los republicanos de la época habían adoptado a Estados Unidos como el modelo de sociedad, que funcionaba perfectamente bien sin monarquías ni demás elementos feudales. Como parte de la campaña para traer a casa el ejemplo,

[32] A. Dansette, *Histoire Religieuse de la France Contemporaine,* cit., pp. 356-358; C. Lepidis y M. Jacomin, *Belleville,* cit., pp. 271-272.

así como para simbolizar su propio compromiso con los principios de la libertad, la república y la democracia, estaban entonces empezando a recaudar fondos para construir una Estatua de la Libertad, que ahora se halla instalada en el puerto de Nueva York. ¿Por qué no borrar, sostenían los autores de esta proposición, la cara del odiado Sacre-Coeur con un monumento similar?[33].

Para ellos, no importaba cuales fueran las afirmaciones en contra. La basílica simbolizaba la intolerancia y el fanatismo de la derecha; era un insulto a la civilización y antagónica con los principios de los tiempos modernos; una evocación del pasado y un estigma sobre toda Francia. Los parisinos, seguían aparentemente empeñados en demostrar la falta de arrepentimiento de su compromiso con los principios de 1789, y estaban decididos a borrar lo que ellos consideraban que era una expresión de «fanatismo católico», construyendo exactamente la clase de monumento que el arzobispo había calificado anteriormente como una «glorificación del vicio y la impiedad». El 7 de octubre, el consejo municipal había cambiado su táctica. Calificando a la basílica de «incesante provocación a la guerra civil», sus miembros solicitaron del gobierno por 63 votos a favor y 3 en contra, que «rescindiera la ley de utilidad pública de 1873» y que utilizara ese terreno, que volvería a la propiedad pública, para la construcción de un elemento de auténtico significado nacional. Soslayando claramente el problema de cómo se iba a indemnizar a aquellos que habían contribuido a la construcción de la basílica (que apenas se había levantado de sus cimientos), se trasmitió la propuesta al gobierno. En el verano de 1882, la solicitud se llevó a la Cámara de Diputados.

La defensa de la obra volvió a recaer sobre el arzobispo Guibert. Rebatió los conocidos argumentos en su contra con respuestas consabidas. Insistió en que el trabajo no estaba inspirado por la política sino por sentimientos cristianos y patrióticos. A aquellos que rechazaban el carácter expiatorio del trabajo, les replicó, sencillamente, que nadie puede considerar infalible a su propio país. Sobre lo apropiado del culto al Sagrado Corazón, consideraba que sobre eso, sólo la Iglesia tenía derecho a juzgar. A los que retrataban la basílica como una provocación a la guerra civil, les replico: «¿Acaso son las guerras y las sublevaciones el producto de los templos cristianos? ¿Son aquellos que frecuentan nuestras iglesias proclives a las provocaciones y revueltas contra la ley? ¿Encontramos a esa gente en medio de los desórdenes y la violencia que de cuando en cuando sufren nuestras calles?». Continuó señalando que Napoleón había intentado construir un templo de la paz en Montmartre, «pero somos nosotros los que al final estamos construyendo el auténtico templo de la paz»[34]. A continuación empezó a considerar los aspectos negativos

[33] Ville de Paris, *Procès-verbaux,* 3 de agosto, 7 de octubre y 2 de diciembre, 1880.

[34] H. Rohault de Fleury, *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* cit., vol. II, pp. 71-73.

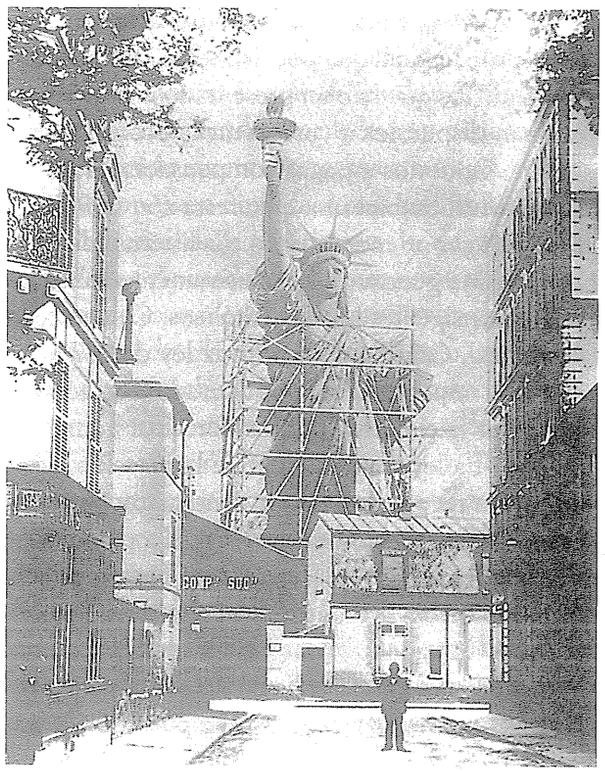


Ilustración 117. La Estatua de la Libertad, en el taller de París, antes de ser embarcada hacia Nueva York.

de detener la obra. Semejante acción heriría profundamente los sentimientos cristianos y crearía divisiones. Ignorando alegremente el precedente que había sido la ley de 1873, calificaba de mal precedente semejante medida porque las iniciativas religiosas de esa clase quedarían en función de los caprichos políticos del gobierno de turno. Y luego estaba el complejo problema de la compensación, no sólo a quienes habían contribuido, sino también por el trabajo que ya se había realizado. Por último, apeló al hecho de que el trabajo estaba dando empleo a seiscientas familias y «privar a esa parte de París de una fuente de empleo tan grande, sería realmente inhumano».

Los representantes de París en la Cámara de Diputados, que en 1882 estaba dominada por republicanos reformistas como Gambetta (de Belleville) y Clemenceau (de Montmartre), no se impresionaron por estos argumentos. El debate fue ardiente y apasionado. El gobierno se declaró completamente opuesto a la ley de 1873, pero igualmente opuesto a derogarla, ya que eso supondría tener que pagar más de doce millones de francos en indemnizaciones a la Iglesia. En un esfuerzo para apaciguar la evidente cólera de la izquierda, el ministro continuó señalando que, derogando la ley, el arzobispado se quedaría libre de la obligación de completar lo que se

estaba demostrando que era una empresa ardua, y que la Iglesia obtendría millones de francos con los que realizar obras de propaganda, que podrían ser «infinitamente más eficaces que la que estaban rechazando los que habían presentado la moción».

Los republicanos radicales no estaban dispuestos a considerar la basílica como un elefante blanco, ni tampoco estaban dispuestos a pagar compensaciones. Estaban determinados a acabar con lo que consideraban una manifestación odiosa de un clericalismo santurrón y colocar en su lugar un monumento a la libertad de pensamiento. Pusieron la responsabilidad de una guerra civil exclusivamente sobre las espaldas de los monárquicos y de sus intransigentes aliados católicos. Clemenceau se levantó para presentar la postura radical. Calificó de insulto la ley de 1873, un acto de la Asamblea Nacional que buscaba imponer el culto al Sagrado Corazón sobre Francia, porque «peleamos y seguimos haciéndolo por los derechos humanos, por haber hecho la Revolución francesa». La ley era producto de la reacción clerical, «un intento de estigmatizar a la Francia revolucionaria, de condenarnos a pedir perdón a la Iglesia por nuestra incesante lucha por prevalecer sobre ella para poder establecer los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Debemos responder a un acto político con un acto político». No hacerlo así dejaría a Francia bajo la intolerable advocación de Sagrado Corazón[35].

Con una apasionada oratoria, Clemenceau encendió la llama del sentimiento anticlerical. La Cámara de Diputados aprobó derogar la ley de 1873 por 261 votos a favor y 199 en contra. Parecía que la basílica, con unas paredes que apenas levantaban de los cimientos, amenazaba con derrumbarse. Pero una cuestión técnica acabó por salvarla. La ley había llegado demasiado tarde a la sesión, para poder cumplir todos los requerimientos formales para su promulgación. El gobierno, realmente asustado por los costes y las responsabilidades que se presentaban, se movió rápidamente para evitar su reintroducción en una Cámara que, en la siguiente sesión, se ocupaba de cuestiones de más peso y actualidad. Los republicanos de París habían obtenido una pírrica victoria parlamentaria, y un arzobispo aliviado siguió adelante con la obra.

Sin embargo, de alguna manera el asunto no se acababa y, en febrero de 1897, se volvió a presentar la propuesta. Para entonces, el republicanismo anticlerical había hecho grandes progresos, como lo había hecho el movimiento obrero con la formación de un vigoroso y creciente partido socialista. Pero la construcción también había progresado. El interior de la basílica había sido inaugurado y abierto al culto en 1891 y la cúpula central avanzaba hacia su terminación (la cruz que la corona fue formalmente bendecida en 1899). Aunque todavía se la consideraba «una provocación a la guerra civil», la idea de deshacer semejante trabajo parecía ahora demasiado tremenda. En este momento, no es otro que Albert de Munn quien defiende la basílica en nombre de un catolicismo; que para entonces había comprendido las ventajas de separar su suerte de una causa monárquica en el ocaso. La Iglesia estaba empezando a aprender una lección y el culto al Sagrado Corazón empezó a adquirir un significado nuevo en respuesta a una situación social en proceso de cambio. En 1899 un papa con ideas más reformistas dedicó el culto al ideal de la armonía entre las razas, de la justicia social y de la conciliación[36].

Pero los diputados socialistas no se impresionaron con lo que consideraban maniobras de cooptación. Aunque estaba prácticamente terminado, siguieron presionando para derribar el odiado símbolo, incluso aunque semejante acción significara indemnizar a ocho millones de subscriptores hasta la friolera de treinta millones de francos. Pero la mayoría en la Cámara de Diputados palideció ante semejante perspectiva. La moción fue rechazada por 196 votos a favor y 322 en contra. Ésta sería la última vez que el edificio fue amenazado por la actuación oficial. Con la cúpula terminada en 1899, la atención se dirigió a la construcción del campanario, que se acabaría en 1912. En la primavera de 1914 todo estaba dispuesto para la consagración que se fijó para el 17 de octubre. Pero la guerra con Alemania se interpuso. Solamente al final de ese sangriento conflicto se pudo consagrar, por fin, la basílica. Una Francia victoriosa, conducida por la intensa oratoria de Clemenceau, celebró con júbilo la consagración del monumento concebido en el transcurso de una guerra perdida contra Alemania una generación antes. GALLIA POENITENS por fin obtuvo su recompensa.

Todavía se pueden escuchar sordos ecos de esta torturada historia. En febrero de 1971, manifestantes perseguidos por la policía se refugiaron en la basílica. Firmemente atrincherados allí, hicieron un llamamiento a sus camaradas radicales para que se unieran a ellos en la ocupación de una iglesia «levantada sobre los cuerpos de los *communards* para borrar el recuerdo de esa bandera roja que hacía mucho tiempo había ondeado sobre París». El mito de los incendiarios se liberó de sus antiguas amarras y un rector presa del pánico llamaba a la policía para prevenir el incendio. Los «rojos» fueron cazados dentro de la iglesia en medio de escenas de gran brutalidad. En la conmemoración del centenario de aquellos que habían perdido la vida en la Comuna, un artista de performance, Pignon-Ernest, cubrió los escalones que conducen a ella con sudarios que representaban imágenes de los *communards* muertos en el mes de mayo. Y como colofón, en 1976 explotaba una bomba que causó graves daños a una de las cúpulas. Aquel día, se dice que en el cementerio de Père Lachaise el visitante podría haber visto una rosa roja sobre la tumba de August Blanqui.

[35] *Ibid.*, vol. I, pp. 71-76.

[36] Paul Lesourd, *Montmartre*, París, 1973, pp. 224-225.

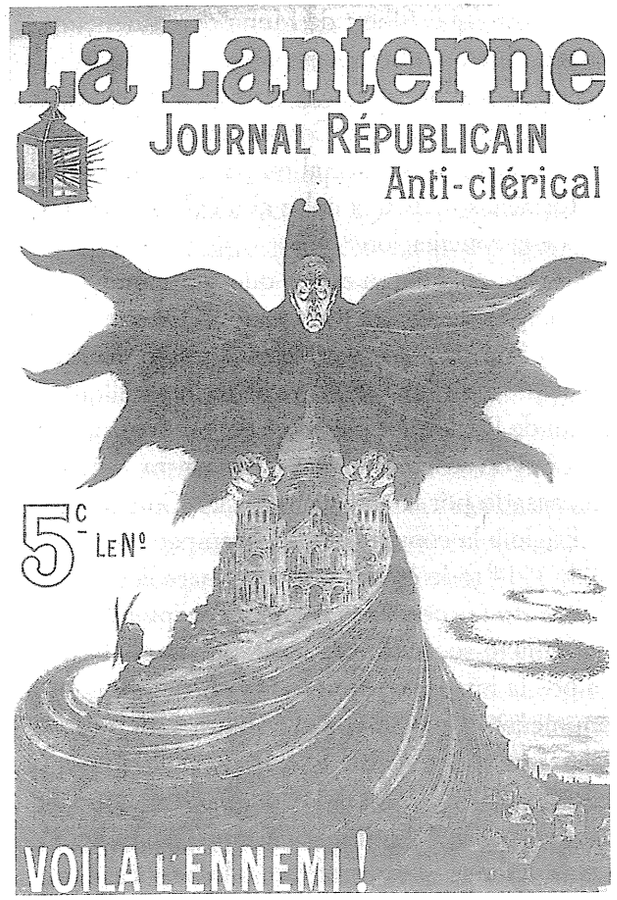


Ilustración 118. El Sacré-Coeur representado como un vampiro en la revista La Lanterne, *alrededor de 1896.*

Rohault de Fleury había querido desesperadamente «crear una cuna donde [otros] habían pensado cavar una tumba». Pero el visitante que observa esa estructura similar a un mausoleo que es el Sacré-Coeur se puede preguntar qué es lo que está enterrado aquí. ¿El espíritu de 1789? ¿Los pecados de Francia? ¿La alianza entre los católicos intransigentes y la monarquía reaccionaria? ¿La sangre de mártires como Lecomte y Climent? ¿La de Eugène Varlin y los 20.000 *communards* despiadadamente asesinados con él?

El edifico envuelve sus secretos en un silencio sepulcral. Solamente los vivos, conscientes de esta historia, que entienden los principios de aquellos que lucharon a favor y en contra del adorno de ese lugar, pueden realmente desenterrar los misterios que se encuentran sepultados aquí, y así rescatar la rica experiencia del silencio mortal de la tumba y transformarla en los ruidosos inicios de la cuna.

Bibliografía

Abadie, Paul, *Paul Abadie, Architect, 1812-1884*, París, 1988.

Agulhon, Maurice, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880*, Londres, 1981.

— *The Republican Experiment, 1848-1852*, Londres, 1983.

Allison, John, *Monsieur Thiers,* Nueva York, 1932.

Anderson, Robert, «The Conflict in Education», en T. Zeldin (ed.), *Conflicts in French Society,* Londres, 1970.

— *Education in France, 1848-1870,* Oxford, 1975.

Audiganne, Armand, *Les populations ouvrières et les industries de la France dans le mouvement social du XIXème siècle,* París, 1854.

— *Les ouvrièrs d'à présent et la nouvelle économie du travail,* París, 1865.

Auspitz, Katherine, *The Radical Bourgeoisie. The Ligue de l'Enseignement and the Origins of the Third Republic,* Londres, 1982.

Autin, Jean, *Les Frères Pereire,* París, 1984.

Back-Morss, Susan, *The Dialectics of Seeing. Walter Benjamin and Arcade Project,* Cambridge, 1991.

Bachelard, G., *The Poetics of Space,* Boston, 1964

Baguley, David, *Napoleon III and His Regime,* Baton Rouge, 2000.

Bakunin, Jack, *Pierre Leroux and the Birth of Democratic Socialism, 1797-1848,* Nueva York, 1976.

Balzac, Honoré de, *Old Goriot,* Harmondsworth, 1951 [ed. cast.: *Papá Goriot,* Madrid, Espasa-Calpe, 2003].

— *Eugenie Grandet,* Harmondsworth, 1955 [ed. cast.: *Eugenia Grandet,* Madrid, Aguilar, 2005].

— *Cousin Bette*, Harmondsworth, 1965 [ed. cast.: *La prima Bette,* Barcelona, Alba, 1998].
— *The Quest of the Absolute,* Harmondsworth, 1967
— *Cousin Pons,* Harmondsworth, 1968 [ed. cast.: *El primo Pons,* Valencia, Pre-Textos, 1999].
— *A Harlot High and Low,* Harmondsworth, 1970 [ed. cast.: *Esplendor y miseria de las cortesanas,* Barcelona, Bruguera, 1980].
— *Lost Illusions,* Harmondsworth, 1971 [ed. cast.: *Las ilusiones perdidas,* Barcelona, Mondadori, 2006].
— *History of the Thirteen,* Harmondsworth, 1974.
— *La comédie humaine,* Édition de la Pléiade, París, 1976, vol. I. [ed. cast.: *La comedia humana,* Madrid, Aguilar, 7 vols., 1987, 1988, 1989, 1990 y 1991].
— *The Wild Ass's Skin,* Harmondsworth, 1977 [ed. cast.: *La piel de zapa,* Madrid, Siruela, 2004].
— *Louis Lambert,* Harmondsworth, 1977.
— *César Birotteau,* Harmondsworth, 1994 [ed. cast.: *César Birotteau,* Barcelona, Planeta, 1982].
— *Colonel Chabert,* Nueva York, 1997a [ed. cast.: *El coronel Chabert*, Madrid, Valdemar, 1996].
— *The Physiology of Marriage,* Baltimore, 1997b [ed. cast.: *Fisiología del matrimonio,* Barcelona, Ediciones Petronio, 1973].
— *The Unknown Masterpiece,* Nueva York, 2001 [ed. cast.: *La obra maestra desconocida,* Barcelona, Círculo de Lectores, 2000].
— *The Old Maid,* Londres y Nueva York, Chesterfield Society, *The Works of Honoré de Balzac,* vol. 14 [ed. cast.: *La solterona,* Barcelona, Planeta-Agostini, 2003].
— *The Peasantry,* Londres y Nueva York, Chesterfield Society, *The Works of Honoré de Balzac,* vol. 14, s. f. [ed. cast.: *Los campesinos*, Barcelona, Planeta, 1984].
Bartier, John *et al., 1848. Les utopismes sociaux*, París, 1981.
Baudelaire, Charles, *Paris Spleen,* ed. de L. Varese, Nueva York, 1947 [ed. cast.: *El spleen de París,* Madrid, Visor Libros, 1998].
— *Selected Writings on Art and Artists,* Londres, 1981.
— *Les fleurs du mal* [1857], Boston, 1983a [ed. cast.: *Las flores del mal,* Valencia, Pre-Textos, 2002].
— *Intimate Journals,* ed. de C. Isherwood, San Francisco, 1983b.
Becherer, Richard, *Science plus Sentiment. Cesar Daly's Formula for Modern Architecture,* Ann Arbor (MI), 1984.
Becker, George (ed.), *Paris Under Siege, 1870-1871. From the Goncourt Journal,* Ithaca (NY), 1969.

Beecher, Jonathan, *Victor Considerant and the Rise and Fall of French Romantic Socialism,* Berkeley (CA), 2002.
Beecher, Jonathan y Bienvenu, Richard, «Introduction», en Ch. Fourier, *The Theory of Four movements,* Boston, 1971.
Bellet, Roger, *Presse et Journalisme sous le Second Empire,* París, 1967.
Benjamin, Walter, *Illuminations,* Nueva York, 1968.
— *Charles Baudelaire. A Lyric Poet in the Era of High Capitalism,* Londres, 1973.
— *The Arcades Project,* Cambridge (MA), 1999 [ed. cast.: *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2005].
Benoist, Jacques, *La Basilique de Sacré-Coeur a Montmartre,* París, 1992.
Berlanstein, Lenard, «Growing Up as Workers in Nineteenth-Century Paris. The Case of Orphans of the Prince Imperial», *French Historical Studies* (1979-1980).
Berman, Marshall, *All That Is Solid Melts into Air,* Nueva York, 1982 [ed. cast.: *Todo lo sólido se desvanece en el aire,* Madrid, Siglo XXI, 1991].
Bernard, J-P., *Les deux Paris. Les représentations de Paris dans le second moitié du XIXème siècle,* París, 2001.
Berthier, Philippe, *La vie quotidienne dans* La comédie humaine *de Balzac,* París, 1998.
Biddiss, Michael, *Father of Racist Ideology. The Social and Political Thought of Count Gobineau,* Nueva York, 1970.
Bouvier, Jean, *Les Rothschild,* París, 1967.
Bowie, Karen (ed.), *La modenité avant Haussmann. Formes de l'éspace urbain à Paris, 1801-1853,* París, 2001.
Boyer, Christine, *The City of Collective Memory. Its Historical Imagery and Architectural Entertainments,* Cambridge (MA), 1994.
Braudel, Fernand y Labrousse, Ernest (eds.), *Historie économique et sociale de la France,* París, 1976.
Bruhat, Jean, Dautry, Jean y Tersen, Émile, *La Commune de 1871,* París, 1971.
Canfora-Argandona, Elsie y Guerrand, Roger-Henri , *La répartition de la population: Les conditions de logement des classes ouvrières à Paris au XIX siècle,* París, 1976.
Carmona, Michel, *Haussmann,* París, 2000.
Caro, R. A., *The Power Broker. Robert Moses and the Fall of New York,* Nueva York, 1974.
Casselle, Pierre, «Commission des embellissements de Paris. Rapport à l'Empereur Napoléon III redige par le comte Henri Simeon», *Cahiers de la Rotonde* 23 (2000).
Castells, Manuel, *The City and the Grassroots,* Berkeley (CA), 1983.
Cerf, M., *Edouard Moreau,* París, 1971.
Chardak, Henriette, *Elisée Reclus. Une Vie,* París, 1997.
Charlety, Sebastien, *Histoire du saint-simonisme,* París, 1931.
Charlton, Donald, *Positivist Thought in France During the Second Empire, 1852-1870,* Oxford, 1959.

Chevalier, Louis, *La formation de la population parisienne au XIXème siècle,* París, 1950.
— *Laboring Classes and Dangerous Classes,* Princeton (NJ), 1973.
Clark, Timothy J., *The Painting of Modern Life. Paris in the Art of Manet and His Followers,* Londres, 1984.
— *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France, 1848-1851,* Londres, 1973.
— *Image of the People. Gustave Courbet and the 1848 Revolution,* Londres, 1973.
Clout, Hugh, *Themes in the Historical Geography of France,* Londres, 1977.
Cobb, Richard, *A Sense of Place,* Londres, 1975.
Cochin, Augustin, *Paris. Sa population, son industries,* París, 1964.
Commission des Logements Insalubres de Paris, *Rapport générale sur les travaux de la Commission pendant les années 1862-1865,* París, 1866.
Copping, Edward, *Aspects of Paris,* Londres, 1858.
Corbin, Alain, *Les filles de noce. Misère sexuélle et prostitution aux 19ème et 20ème siècles,* París, 1978.
Corbon, Anthime, *La secret du peuple de Paris,* París, 1863.
Corcoran, Paul, *Before Marx. Socialism and Communism in France, 1830-1848,* Londres, 1983.
Cottereau, Alain, «Étude Préalable», en D. Poulot, *Le sublime,* París, 1980.
— «Dennis Poulot's *Le Sublime. A Preliminary Study*», en A. Rifkin y R. Thomas, (eds.), *Voices of the People,* Londres, 1988.
Dalotel, Alain, *Paule Minck Communarde et Féministe,* París, 1981.
Dalotel, A., Faure, A. y Freirmuth, J. C. *Aux origines de la Communé. Le movement des reunions publiques à Paris, 1868-1870,* París, 1980.
Dansette, Adrien, *Histoire religieuse de la France contemporaine,* París, 1965.
Dargan, Joan, *Balzac and the Drama of Perspectvue,* Lexington (KE), 1985.
Daumard, Adeline, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens au XIXème siècle*, París, 1965.
— (ed.), *Les fortunes françaises au XIXème siècle,* París, 1973.
Daumas, Maurice y Payen, Jacques (eds.), *Evolution de la geographie industrielle de Paris et sa proche banlieue au XIXème siècle,* 2 vols., París, 1976.
Dautry, Jean, *1848 et la IIme République,* París, 1977.
Dechenem, Georges, *L'empire industriel,* París, 1869
Delacroix, Eugene, *The Journal of Eugene Delacroix,* ed. de H. Wellington, Nueva York, 1980.
Delattre, Simone, *Les douze heures noires. La nuit à Paris au XIXème siècle,* París, 2000.
Des Cars, Jean y Pierre Pinon (eds.), *Paris-Haussmann. Le pari d'Haussmann,* París, 1991.
De Thèzy, Marie, *Marville,* París, 1994.
D'Hericourt, Jenny, *La femme affranchi,* París, 1860.
Dommanget, Maurice, *Les idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui,* París, 1957.

— *Blanqui et l'opposition révolutionnaire à la fin du Second Empire,* París, 1969.
— *Blanqui* [1926], París, 1970.
Donzelot, Jacques, *La police des familles*, París, 1977 [ed. cast.: *La policía de las familias,* Valencia, Pre-Textos, 1998].
Dreyfus, Robert, *Monsieur Thiers contre l'Empire. La guerre et la Commune,* París, 1928.
Du Camp, Máxime, *Paris. Ses organes, ses fonctiom et sa vie dans la seconde moitié du XIXème siècle,* París, 1875.
— *Les convulsions de Paris,* París, 1878.
Duchêne, Georges, *L'empire industriel,* París, 1869.
Dunbar, Gary, *Elisée Reclus,* Hamden (CT), 1978.
Dupont-Ferrier, Pierre, *Le marché financier de Paris sous le Second Empire,* París, 1925.
Durkheim, Émile, *Socialism and Saint-Simon,* Yellow Springs (OH), 1958.
Duveau, Georges, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire,* París, 1946.
Edwards, Stewart, *The Paris Commune,* Chicago, 1971.
Ellingson, Ter, *The Myth of the Noble Savage,* Berkeley (CA), 2001.
Engels, Frederick, *The Housing Question,* Nueva York, 1935.
Farrant, Tim, «Du livre illustré à la ville-spectacle», en K. Bowie (ed.), *La modernité avant Haussmann,* París, 2001.
Fay-Sallois, Fanny, *Les nourrices à Paris au XIXème siècle,* París, 1980.
Ferguson, Priscilla, *Paris as Revolution. Writing the 19th Century City,* Berkeley (CA), 1994.
Ferry, Jules, *Comptes Fantastiques d'Haussmann,* París, 1868.
Flaubert, Gustave, *Sentimental Education*, Harmondsworth, 1964 [ed. cast.: *La educación sentimental,* Barcelona, Mondadori, 2005].
— *Bouvard and Pecuchet,* Harmondsworth, 1976 [ed. cast.: *Bouvard y Pecuchet,* Barcelona, Montesinos, 1993].
— *Flaubert in Egypt,* ed. de F. Steegmuller, Chicago, 1979.
— *Letters, 1830-1857,* ed. de F. Steegmuller, Chicago, 1979.
— *Letters, 1857-1880,* ed. de F. Steegmuller, Chicago, 1982.
Flaus, Lucien, «Les fluctuations de la construction d'habitations urbaines», *Journal de la Société de Statistique de Paris* (mayo-junio de 1949).
Fortescue, William, *Alphonse de Lamartine. A Political Biography,* Londres, 1983.
Foucault, Michel, *The Foucault Reader,* ed. de P. Rainbow, Harmondsworth, 1984.
Foulon, Maurice, *Eugène Varlin,* Clermont-Ferrand, 1934.
Fourier, Charles, *The Utopian Vision of Charles Fourier. Selected Texts,* ed. de J. Beecher y R. Bienvenu, Boston, 1971.
— *The Theory of the Four Movements,* ed. de G. S. Jones, I. Patterson, Cambridge, 1996.
Fournel, Victor, *Ce qu'on voit dans les rues de Paris,* París, 1858.

— *Paris Nouveau et Paris Future,* París, 1865.
Fox, R. y G. Weisz, *The Organization of Science and Technology in France, 1808-1914,* Londres, 1980.
Fribourg, A, *Le paupèrisms parisien,* París, 1872.
Fried, Michael, «Grieving for a Lost Home», en L. Dhul (ed.), *The Urban Condition,* Nueva York, 1969.
Frisby, David, *Fragments of Modernity. Theories of Modernity in the Work of Simmel, Kracauer and Benjamin,* Cambridge, 1985.
Gaillard, Jean, *Paris, la ville, 1852-1870,* París, 1977.
Gandy, Matthew, «The Paris Sewers and the Rationalitation of Urban Space», *Transactions, Institute of British Geographers* (1999).
Giedion, Sigfried, *Space, Time, Architecture,* Cambridge (MA), 1941 [ed. cast.: *Espacio, tiempo y arquitectura,* Madrid, Dossat, [5]1980].
Gildea, Robert, *Education in Provincial France, 1800-1914,* Oxford, 1983.
Gilloch, G., *Myth and Metropolis. Walter Benjamin and the City,* Cambridge, 1986.
Girard, Louis, *La politique des travaux publics sous le Second Empire,* París, 1952.
— *Nouvelle histoire de Paris. La Deuxième République et le Second Empire,* París, 1981,
Glacken, Clarence, *Traces on the Rodhian Shore,* Berkeley (CA), 1967.
Gobineau, Joseph-Arthur, *Essai sur l'inégalité des races humaines,* París, 1853-1855.
Goncourt, E., *Pages from the Gouncourt Journal,* Londres, 1962.
Gossez, Remi, *Les ouvriers de Paris. L'organisation, 1848-1851,* París, 1967.
Gossman, Lionel, *French Society and Culture,* Englewood Cliffs (NJ), 1974.
— «The Go-between. Jules Michelet, 1798-1874», *MLN* 89 (1974).
Goubert, Jean Pierre, *The Conquest of Water,* Oxford, 1986.
Gould, Roger, *Insurgent Identities. Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune,* Chicago, 1995.
Gramsci, Antonio, *Selections from the Prison Notebooks,* Londres, 1971.
Green, F., *A Comparative View of French and British Civilization, 1850-1870,* Londres, 1965.
Green, Nicholas, *The Spectacle of Nature. Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-Century France,* Manchester, 1990.
Greenberg, Louis, *Sisters of Liberty. Marseille, Lyon, Paris and the Relation to a Centralized State, 1868-1871,* Cambridge (MA), 1971.
Guedalla, Philip, *The Second Empire,* Nueva York, 1922.
Guerrand, Roger, *Les origines du logement social en France,* París, 1966.
Guillemin, Henri, *Les origines de la Commune*, tomo 1, *Cette curieuse guerre de 70. Thiers, Trochu, Bazaine,* París, 1956.
— *L'avènement de Monsieur Thiers, suivi de Réflexions sur la Commune,* París, 1971.
Haine, W., *The World of the Paris Café,* Baltimore, 1996.

Halbwachs, Maurice, *Les expropiations et le prix de terrain, 1860-1900*, París, 1909.
— *La population et les tracés des voies à Paris depuis un siècle,* París, 1928.
Hambourg, Maria, «Charles Marville's Old Paris», French Institute/Alliance Française, *Charles Marville. Photographs of Paris at the Time of the Second Empire on Loan from the Musée Carnavalet,* París y Nueva York, 1981.
Hanagan, Michael, *The Logic of Solidarity,* Urbana, 1980.
«Urbanization, Worker Settlement Patterns, and Social Protest in Nineteenth Century France», en J. Merriman (ed.), *French Cities in the Nineteenth Century*, Londres, 1982.
Harsin, Jill, *Policing Prostitution in Nineteenth Century Paris,* Princeton (NJ), 1985.
— *Barricades. The War of the Streets in Revolutionary Paris 1830-1848,* Nueva York, 2002.
Harvey, David, *The Limits to Capital,* Oxford, 1982 [ed. cast.: *Los límites del capital,* México DF, FCE, 1982].
— *The Condition of Postmodernity,* Oxford, 1989 [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad,* Buenos Aires, Amorrortu, 1998].
— *Justice, Nature and the Geography of Difference,* Oxford, 1996.
Haussmann, George Eugéne, *Memoires du Baron Haussmann,* París, 1890-1893.
Hazareesingh, Sudhir, *From Subject to Citizen. The Second Empire and the Emergence of Modern French Democracy,* Princenton (NJ), 1998.
Hellerstein, E., «French Women and the Orderly Household», *Western Society for French History* (1976).
Hershberg, Theodore, *Philadelphia. Work, Space, Family, and the Group Experience in the Nineteenth Century,* Nueva York, 1981.
Hertz, Neil, «Medusa's Head. Male Hysteria under Political Pressure», *Representations* (1983).
Hill, Christopher, *The World Turned Upside Down,* Harmondsworth, 1975.
Hitzman, A. «Rome Is to Carthage as Male Is to Female. Michelet, Berlioz, Flaubert and the Myths of the Second Empire», *Western Society for French History* (1981).
Hugo, Victor, *Les misérables* [1862], Harmondsworth, 1976 [ed. cast.: *Los miserables,* Barcelona, Planeta, 2001].
Hutton, Patrick, *The Cult of the Revolutionary Tradition. The Blanquist in French Politics, 1864-1893,* Berkeley (CA), 1981.
Hyams, Edward, *Pierre-Joseph Proudhon. His Revolutionary Life, Mind and Works*, Londres, 1979.
Ionescu, Ghita, *The Political Thought of Saint-Simon,* ed. de G. Ionescu, Oxford, 1976.
Jameson, Fredric, *The Political Unconscious,* Londres, 1982.
— «Fredric Jameson on *La cousine Bette*», en M. Tilby (ed.), *Balzac,* Londres, 1995.
Janis, Eugenia, «Demolition Picturesque. Photographs of Paris in 1852 and 1853 by Henri Le Secq», en P. Walch y T. Barrows (eds.), *Perspectives on Photography. Essays in Honor of Beaumont Newhall,* Alburquerque (NM), 1986.

Jellinek, Frank, *The Paris Comune of 1871,* Londres, 1937.
Johnson, Christopher, *Utopian Comunism in France. Cabet and the Icarians, 1839-1851,* Ithaca (NY), 1974.
Jonquet, R. P., *Montmartre autrefois et aujourd'hui,* París, Dumolin, 1891.
Jordan, David P., *The life and labors of baron Haussmann,* Chicago, 1995.
Kantorowicz, Ernst, *The King's Two Bodies,* Princeton (NJ), 1957.
Kelso, Maxwell, «The French Labor Movement during the Last Years of the Second Empire», D. McKay (ed.), *Essays in the History of Modern Europe,* Nueva York, 1936.
Kemple, Thomas, *Reading Marx Writing. Melodrama, the Market and the «Grundisse»,* Standford (CA), 1995.
Klein, Richard, «Some Notes on Baudelaire and Revolution», *Yale French Studies* (1967).
Kulstein, David, *Napoleon III and the Working Class,* San José (CA), 1969.
Lameyre, Gerard Noel, *Haussmann, Préfet de Paris,* París, 1958.
Lavedan, Pierre, *Histoire de l'urbanisme à Paris,* París, 1975.
Lazare, Louis, *Les Quartiers Pauvres de Paris,* París, 1869.
— *Les quartiers pauvres de Paris. Le XXème Arrondissement,* París, 1870.
— *Le France et Paris,* París, 1872.
Lefebvre, Henri. *La proclamation de la Commune,* París, 1967.
— *La production de l'espace,* París, 1974.
— *The Survival of Capitalism,* Londres, 1976.
Lejeune, Michel y Lejeune, Philippe, *Calicot. Xavier-Edouard Lejeune,* París, 1984.
Lejeune, Philippe. *Eugène Varlin. Pratique militante et écrits d'un ouvrier communard,* París, 1977.
Leon P. «La conquête de l'espace nationale», en F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire économique et sociale de la France,* París, 1976.
Lepidis, Clément y Jacomin, Emmanuel, *Belleville,* París, 1975.
Le Play, Frédéric. *Les ouvriers européens,* París, 1878.
— *Ouvriers de deux mondes* (ed. resumida), París, 1983.
Leroy-Beaulieu, Paul, *De l'état moral et intellectual des populations ouvrières et son influence sur le taux de salariés,* París, 1868.
Lescure, Michel, *Les sociétés inmobilieères en France au XIXème siècle,* París, 1980.
Lesourd, Paul, *Montmartre,* París, 1973.
Levy-Leboyer, Maurice, «Le crédit et la monnaie. L'évolution institutionelle», en F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire économique et sociale de la France,* París, 1976.
Lidsky, Paul, *Les écrivains contre la Commune,* París, 1970.
Lissagaráy, Prosper, *Histoire de la Commune,* París, 1976.
Loyer, François, «Paris, 19th Century», *The Journal of the Society of Architectural Historians* (1988).
Lynch, Kevin, *The Image of the City,* Cambridge (MA), 1964.

Marchand, Bernard, *Paris, histoire d'une ville,* París, 1993.
Marcus, Sharon, *Apartment Stories. City and Home in Nineteenth Century Paris and London,* Berkeley (CA), 1999.
Margadant, Ted, «Proto-urban Development and Political Mobilization during the Second Republic», en J. Merriman (ed.), *French Cities in the Nineteenth Century,* Londres, 1982.
Marrey, Bernard, «Les réalisations des utopistes dans les travaux publics et l'architecture, 1840-1848», Société d'Histoire de la Révolution de 1848 et des Révolutions du XIXème Siècle, *1848, Les utopismes sociaux,* París, 1981.
Marx, Karl, *Capital,* 3 vols., Nueva York, 1967 [ed. cast.: *El capital,* Madrid, Akal, 2000].
—*Theories of Surplus Value,* 3 vols., Londres, 1972 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía,* México DF, 1982].
— *Grundrisse,* Harmondsworth, 1973 [ed. cast.: *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse),* Barcelona, Crítica, 2 vols., 1978; *Obras de Marx y Engels,* edición dirigida por Manuel Sacristán, OME 21 y 22].
Marx, K. y Engels F., *Manifesto of the Communist Party,* Moscú, 1952 [ed. cast.: *Manifiesto comunista,* Madrid, Akal, 2004].
The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte, Nueva York, 1963 [ed. cast.: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte,* en Karl Marx-Friedrich Engels, *Obras escogidas,* 2 vols., Madrid, Akal, 1975].
— *Class Struggle in France, 1848-1850,* Nueva York, 1964 [ed. cast.: *Las luchas de clases en Francia 1848-1850,* en Karl Marx-Friedrich Engels, *Obras escogidas,* 2 vols., Madrid, Akal, 1975].
Marx, K. y Lenin, V. I., *The Civil War in France. The Paris Commune,* Nueva York, 1968.
Marx, Leo, *The Machine in the Garden,* Londres, 1964.
Massa-Gille, Geneviève, *Histoire des emprunts de la ville de Paris, 1814-1875,* París, 1973.
McBride, Theresa, *The Domestic Revolution,* Nueva York, 1976.
— «A Woman's World. Department Stores and the Evolution of Women's Employment, 1870-1920», *French Historical Studies* (1977-1978).
McKay, Donald, *The National Workshops. A Study in the French Revolution of 1848,* Cambridge (MA), 1933.
McLaren, Angus, «Abortion in France. Women and the Regulation of Family Size», *French Historical Studies* (1978).
Meynadier, Hippolyte, *Paris sous le point de vue pittoresque,* París, 1843.
Michel, Louise, *The Red Virgin,* Alabama, 1981.
Michelet, Jules, *The People,* Urbana (IL), 1973.
— *La femme,* París, 1981.

Miller, Michael, *The Bon Marché. Bourgeois Culture and the Department Store, 1869-1920,* Londres, 1981.
Ministère de la Culture, de la Comunication, des Grands Travaux et du Bicentenaire, *Paul Abadie, architecte 1812-1844,* París, 1988.
Moilin, Tony, *Paris en l'an 2000,* París, 1869.
Molotch, Harvey, «The City as a Growth Machine. Towards a Political Economy of Place», *American Journal of Sociology* 82 (1976).
Moncan, Patrice y Christian Mahout, *Le Paris du baron Haussmann: Paris sous le Second Empire,* París, 1991.
Moon, Joan, «The Saint-Simonian Association of Working Class Women, 1830-1850», *Western Society for French History* (1975).
Moret, Fréderic, «Penser la ville en fourieriste: les projets pour Paris de Perreymond», en K. Bowie (ed.), *La modernité avant Haussmann,* París, 2001.
Moses, Claire, *French Feminism in the Nineteenth Century,* Albany, Nueva York, 1984.
Moses, Robert, «What Happened to Haussmann», *Architectural Forum* 77 (1942).
Moss, Bernard, *The Origins ofthe French Labor Movement, 1830-1914,* Berkeley (CA), 1976.
Nadaud, Martin, *Mémoires de Léonard, Ancien Garçon Macon,* Bourganeuf, 1895.
Noel, B. (ed.), *La Commune. Paris 1871,* París, 2000.
Papayanis, Nicholas, «L'emergence de l'urbanisme moderne à Paris», en K. Bowie (ed.), *La modernité avant Haussmann*, París, 2001.
Paris Guide 1867, París, 1983.
Passeron, Roger, *Daumier,* París, 1979.
Payne, Howard, *The Police State of Louis Napoleon Bonaparte,* Seattle, Washing ton, 1966.
Pinkney, David, «Migrations to Paris during the Second Empire», *Journal of Modern History* (1953).
— *Napoleon III and the Rebuilding of Paris,* Princeton (NJ), 1958.
Pinon, Pierre, *Atlas du Paris Haussmannien,* París, 1991.
Piore, M. y Sable, C., *The Second Industrial Divide. Possibilities for Prosperity,* Nueva York, 1984.
Plessis, Alain, *De la fête impériale au Mur des Fédérés, 1852-1871,* París, 1973.
— *La Banque de France et ses deux cents actionnaires sous le Second Empire, París, 1982.*
Pollock, Griselda, *Vision and Difference. Femininity, Feminism and the Histories of Art,* Londres, 1988.
Poulet, Georges, *The Interior Distance,* Baltimore, 1959.
Poulot, Denis, *Le sublime,* París, 1980.
Prawer, S., *Karl Marx and World Literature,* Oxford, 1978.
Prendergast, Christopher, *Paris and the Nineteenth Century,* Oxford, 1992.

Price, Roger, *The Economic Modernization of France,* Londres, 1975.
— *The Modernization of Rural France,* Londres, 1983.
Procés-Verbaux de la Commission Ouvriére de 1867, París, 1867.
Rabinow, Paul, *French Modern. Norms andForms of the Social Environment,* Cambridge (MA), 1989.
Rancière, Jacques, «Good Times or Pleasure at the Barriere», en A. Rifkin y R. Thomas (eds.), *Voices of the People,* Londres, 1988.
— *The Nights of Labor. The Workers' Dream in Nineteenth Century France,* Filadelfia, 1989 [ed. orig.: *La nuit des prolétaires. Archives du rêve ouvrier,* París, 1981].
Ranciére, J. y Vauday, P., «Going to the Expo. The Worker, His Wife and Machines», en A. Rifkin y R. Thomas (eds.), *Voices of the People,* Londres, 1988.
Reff, Theodore, *Manet and Modern Paris,* Washington DC, 1982.
Retel, Jacques, *Eléments pour une histoire du peuple de Paris au 19eme siécle,* París, 1977.
Reunión des Musées Nationaux, *La Commune photographiée,* París, 2000.
Reybaud, L., «Les agitations ovriéres et l'Association Internationale», *Revue des Deux Mondes* (1869).
Rifkin, Adrian, «Cultural Movements and the Paris Commune», *Art History* 2 (1979).
Rifkin, A. y Thomas, R. (eds.), *Voices of the People. The Politics and Life of «La Sociale» at the End of the Second Empire,* Londres, 1988.
Robb, Graham, *Balzac. A Biography,* Londres, 2000.
Rohault de Fleury, H., *Historique de la Basilique du Sacré-Coeur,* París, 1903-1909.
Roncayolo, Marcel, *Lectures de ville. Formes et temps,* Marsella, 2002.
Rose, R., *Gracchus Babeuf. The First Revolutionary Communist,* Stanford (CA), 1978.
Rossi, Aldo, *The Architecture of the City,* Cambridge (MA), 1982.
Rougerie, Jacques, *Procés des communards,* París, 1965.
— «Remarques sur l'histoire des salaires á Paris au dix-neuviéme siécle», *Le Mouvement Sociale* (1968).
— «Les sections francaises de l'Association Internationale de Travailleurs», *Colloques Internationales du CNRS,* París, 1968.
— *Paris libre,* París, 1971.
Rubin, James, *Realism and Social Vision in Courbet and Proudhon,* Princeton (NJ), 1980.
Said, Edward, *Orientalism,* Nueva York, 1979.
Saint-Simon, H., conde de, *Selected Writings,* ed. de F. M. H. Markham, Oxford, 1952.
— *Selected Writings on Science, Industry and Social Organisation,* Londres, 1975.

Saisselin, Remy, *The Bourgeois and the Bibelot,* New Brunswick (NJ), 1984.
Schivelbusch, Wolfgang, *The Railway Journey. The Industrialization of Time and Space in the Nineteenth Century,* Berkeley (CA), 1977.
Schorske, Carl, *Fin-De-Siecle Vienna*, Nueva York, 1981 [ed. cast.: *Viena Fin-de-Siècle. Política y Cultura,* Barcelona, Gustavo Gili, 1981].
Scott, J. C., *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance,* New Haven, 1985.
Scott, Joan W., *Gender and the Politics of History,* Nueva York, 1988.
Sennett, Richard, *The Uses of Disorder. Personal Identity and City Life,* Nueva York, 1970.
— *The Fall of Public Man. The Social Psychology of Capitalism,* Nueva York, 1978.
Sewell, William H., *Work and Révolution in France,* Nueva York, 1980.
Simmel, Georg, «The Metrópolis and Mental Life», *On Individuality and Social Forms,* ed. de D. Levine, Chicago, 1971.
— *The Philosophy of Money,* Londres, 1978 [ed. cast.: *Filosofía del dinero,* Granada, Comares, 2003].
Simon, Jules, *L'ouvrière,* París, 1861.
Smith, W., *Napoleón III,* Londres, 1991.
Société d'Histoire de la Révolution de 1848 et des Révolutions du XIXéme siécle, *1848. Les utopismes sociaux,* París, 1981.
St. John, Bayle, *Purple Tints of Paris,* Nueva York, 1854.
Steegmuller, Francis, *Flaubert and Madame Bovary. A Double Portrait,* Nueva York, 1950.
Stierle, Karlheinz, *La Capitale des Signes. Paris et Son Discours,* París, 2001.
Sutcliffe, Anthony, *The Autumn of Central Paris,* Londres, 1970.
Taylor, K., «Introduction», en Saint-Simon, *Selected Writings on Science,* Taylor, Londres, 1975.
Tchernoff, Igor, *Le Parti Républicain,* París, 1906.
Thomas, A., *Le Second Empire, 1852-1870*, París, s. f.
Thomas, Edith, *The Women Incendiaries,* Nueva York, 1966.
— *Rossell (1844-1871),* París, 1967.
Tilly, Louise y Scott, J. A., *Women, Work, and Family,* Nueva York, 1978.
Tristan, Flora, *L'Union Ouvrière,* París, 1843.
— *The London Journal of Flora Tristan,* Londres, 1982.
Truesdell, Matthew, *Spectacular Politics. Louis-Napoleon Bonaparte and the Fête Impériale, 1849-70,* Oxford, 1997.
Tudesq, André J., «La crise de 1847, vue par les milieux d'affaires parisiens», *Etudes de la Société d'Histoire de la Révolution de 1848* (1956).
Valette, Jacques, «Utopie sociale et utopistes sociaux en France vers 1848», *Société d'Histoire de la Révolution de 1848* (1981).

Vallès, Jules, *Le tableau de Paris* [1872-1873], París, Berg International, 2007.
Van Zanten, David, *Building Paris. Architectural Institutions and the Transformation of the French Capital, 1830-1870,* Cambridge, 1994.
Vanier, Henriette, *La mode et ses metiers,* París, 1960.
Vidler, Anthony, «The Scenes of the Street. Transformations in Ideal and Reality, 1750-1871», en S. Anderson (ed.), *On Streets,* Cambridge (MA), 1978.
Ville de Paris, Conseil Municipal, *Procés Verbaux,* París, 1880.
Vincent, K., *Pierre-Joseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism,* Oxford, 1984.
Weber, E., *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France,* Stanford, 1976.
Weeks, W., *The Man Who Made Paris. The Illustrated Biography of Georges-Eugene Haussmann,* Londres, 1999.
Wilson, Elizabeth, «The Invisible Flaneur», *New Left Review* I/191 (enero-febrero de 1992).
Wohlfarth, Irving, «Perte d'auréole. The Emergence of the Dandy», *Modern Language Notes* LXXXV, 4 (mayo de 1970), en I. Wohlfarth, *The Limits of Narrative. Essays on Baudelaire, Flaubert, Rimbaud and Mallarmé,* Cambridge, 1986.
Woolf, P., «Symbol of the Second Empire. Cultural Politics and the Paris Opera House», en D. Cosgrove y S. Daniels (eds.), *The Iconography of Landscape,* Cambridge, 1988.
Zeldin, Theodore, *The Political System of Napoleon III,* Londres, 1958.
Emile Ollivier and the Liberal Empire of Napoleon III, Oxford, 1963.
Zola, Émile, *The Kill (La curée),* Nueva York, 1954 [ed. cast: *La jauría,* Madrid, Alianza, 2007].
— *Germinal* [1872], Harmondsworth, 1954 [ed. cast.: *Germinal,* Madrid, Alianza, 2005].
— *L'assommoir* [1885], Harmondsworth, 1970 [ed. cast.: *La taberna,* Madrid, Cátedra, 1986].
— *Money (L'argent)* [1891], Stroud, 1991 [ed. cast.: *El dinero,* Barcelona, Debate, 2001].
— *The Ladies Paradise (Au bonheur des dames)* [1883], Oxford, 1995 [ed. cast.: *La dicha de las damas,* Barcelona, Petronio, 1973].

Reconocimientos y fuentes de las ilustraciones

Academic Press 35
Amgueddfa ac Oriealu Cenedlaethol Cymru/National Museums & Galleries of Wales 54
Artography 6, 14, 17, 26, 42, 51, 83, 92, 94, 116 (parte inferior)
Ashmolean Museum, Oxford 2
Beth Lieberman 25, 36
Bibliothèque Nationale 13, 15, 21, 24, 27, 37, 40, 59, 63, 70, 71, 76, 77, 85, 95, 98, 99, 101
Collection d'Affiches, Alain Gesgon 118
Éditions du Seuil 105
Éditions de la Couverte 102
The Phillips Collection, Washington DC, 66
Photothèque des Musées de la Ville de Paris/Cliché Andreani 8, 43, 75A, 78, 79A, 79B, 91A; Bertheir, 9, 75B; Briant, 3, 4, 19, 32B, 33, 38, 46, 86A, 107A; Degraces, 18, 44, 84B, 114, 116; Giet, 89A, 89B; Habouzit, 11, 28A, 82, 84A, 86B, 108A; desconocido, 74A ; Joffre, 16, 29, 30, 32A, 91B, 100, 104, 107B, 110, 111, 112, 113, 115; Ladet, 10, 28B, 31, 39, 57, 69, 73A, 81, 87, 103; Lifeman, 88; Pierrain, 5, 7, 52, 60, 65A, 108B; Trocaz, 34A, 72, 73B; Toumazet, 65B, 74B
Réunion des Musées Nationaux/Art Resource, NY 1, 22, 23, 67, 90B
Scala/Art Resource, NY 90A
Trustees of the British Museum 112
The Walters Art Museum, Baltimore 80

Índice de ilustraciones

Barricada en la *rue* de la Mortellerie en junio de 1848, de Meissonier 6
El motín, de Honoré Daumier (1848) 7
Granujas de la calle en el Palacio de las Tullerías, de Daumier (1848) 9
Barricadas en Faubourg du Temple la mañana del 25 de junio de 1848 12
Demoliciones alrededor de Palais Royale, fotografía de Marville 14
Desplazamiento de la población por las demoliciones, de Daumier (1852) 16
Les Halles a comienzos de la década de 1850, litografía de Provost 17
La primera construcción de Les Halles que hizo Baltard en 1852, fotografía de Marville 17
Los «paraguas de hierro» de Baltard, en Les Halles (1855) 18
El Palais de l'Industrie (1855) 20
Pasaje de la Opéra, fotografía de Marville (1855) 20
El payaso, de Daumier 24
La nueva *rue* de Rivoli, de Daumier 34
El utopismo bucólico de la burguesía, de Daumier 38
Las realidades de la vida rural, de Daumier 43
Robert Macaire, de Daumier 48
Clases sociales en el Boulevard des Italiens y en el Boulevard du Temple, de Daumier 52
La rue des Vertus, fotografía de Marville 58
La compresión del espacio-tiempo, de Daumier 65
Burgués y proletario, de Daumier 80
Gargantúa, de Daumier 82
La Libertad guiando al pueblo, de Delacroix 82
La República, de Daumier 84

Mujeres socialistas, de Daumier 93
El nuevo sistema de calles de la década de 1840 108
El nuevo París, de Gustave Doré 122
Nouveau Paris, de Daumier 123
Las calles del viejo París, fotografías de Marville 126
Luis Napoleón Bonaparte, fotografía de Riffant, Mayer y Saint-Victor 128
Fotografía y caricatura de Haussmann 132
Haussmann rechazado por París 134
Haussmann y los acabados de las calles, fotografías de Marville 135
El Tribunal de Comercio, fotografía de Marville 136
Las prisas del ferrocarril, de Daumier 138
El crecimiento de la red de ferrocarriles en Francia 141
Mapa de los nuevos bulevares de Haussmann 144
Viajando en ómnibus, de Daumier 147
Las vicisitudes de viajar en tren, de Daumier 149
La Bolsa, de Chargot 152
Las tentaciones de la inversión, de Gavarni 154
Las operaciones de la Compagnie Inmobilière, 1856-1866 157
La conspiración de los propietarios, de Daumier 162
Monsieur Vautour, de Daumier 162
Viviendas insalubres, fotografía de Marville 163
Movimiento de los precios inmobiliarios en París 166
Chabolas en la periferia, fotografía de Marville 167
Las demoliciones y la burguesía, de Daumier 170
Incrementos de la base imponible del impuesto sobre la propiedad 172
Volumen de materiales de construcción que entran en París 173
Luis Napoleón intentando seducir a la República, de Daumier 182
Trabajos de demolición y construcción, de Daumier 184
Artistas callejeros en París, de Daumier 189
Mapas de densidad de población y distribución ocupacional 193
El trabajador, de Daumier 198
Localización de las grandes empresas 203
Localización de grandes empresas por sectores 203
Fábrica en La Villette 204
Taller de alfombras en Les Gobelins, de Doré 207
Los nuevos almacenes de ropa y textiles de la década de 1840, de Daumier 209
Talleres de tinte a lo largo del río Bièvre, fotografía de Marville 214
Sistema colectivo con máquina de vapor 216
Los obreros de la construcción de Limoges en París, de Daumier 223

La musa de la brasserie, de Daumier 238
Mujeres en la Ópera y en el Café Concert, de Doré 241
Grisettes y *lorettes,* de Gavarni 243
La buena esposa y la familia burguesa, de Daumier 246
La sopa, de Daumier 254
Mapas de habitaciones de alquiler e índices de pobreza en París 257
Los propietarios contra los niños y las mascotas, de Daumier 259
Desastres familiares, de Daumier 268
El espectáculo es bueno para todos, de Daumier 272
Desfile militar 274
Inauguración de bulevares: Sebastopol y Prince Eugène 276
Excursiones al Bois de Boulogne, visita a la Ópera y fuegos artificiales, de Guerrard 277
Bailes y galas 278
El placer del tren, de Daumier 279
Pavimentos de macadán y adoquines, de Cham 280
Vestidos de crinolina, de Daumier 281
La vida en los bulevares: el Tortoni y los grandes hoteles 283
Relaciones de clase en el ferrocarril, de Daumier 290
Los nómadas desplazados, de Darjou 301
Demoliciones en la Île de la Cité 303
Viviendas de trabajadores en el centro y en la periferia 308
La vida de los trabajadores por el día en la calle y por la noche en las tabernas 311
Aire limpio y luz del sol en la ciudad, de Daumier 316
El Bois de Boulogne en una fotografía de Marville y el nuevo parque de Buttes Chaumont 318
La Square du Temple 319
Aguas residuales en las calles, fotografía de Marville 320
El nuevo sistema de alcantarillas 321
Modernidad y tradición: *Olympia*, de Manet y *Venus de Urbino,* de Tiziano 327
El espectáculo de las demoliciones 337
Nostalgia de un París perdido, de Daumier 338
La *rue* de Rivoli 339
París asediado 345
Gentío en las exposiciones, de Daumier 347
La ciudad y el campo, de Daumier 353
Mapa de las barricadas de 1848 361
Los divorcios de 1848, de Daumier 372
La historia del Segundo Imperio, de Daumier 378

La Columna Vendôme derribada, fotografía de Braquehais 380
Las contradicciones de la burguesía, de Daumier 382
Mapa de las reuniones públicas en París en 1868-1869 387
Haussmann como presidiario 390
La huelga en las empresas del metal de Cail, de Provost 392
Las elecciones de marzo de 1871 394
La basílica del Sacré-Coeur 400
París en llamas y ruinas durante los días finales de la Comuna 408
Comiendo ratas y ratones durante el asedio, de Cham 411
Thiers y la Comuna, de Daumier 413
Los cañones de Montmartre 415
Barricada de *communards* 417
Los fusilamientos en el Mur des Fédérés, de Darjon 418
Communards muertos 418
Derribo de la Columna Vendôme, de Meaulle y Viers 420
París en llamas en los días finales de la Comuna 422
La Comuna según Manet y Daumier 423
La Estatua de la Libertad en su taller de París 431
La basílica del Sacré-Coeur representada como un vampiro 434

Índice de cuadros

Población de París, 1831-1876, 124
Transporte interior por tipo y volumen, 1852-1869, 139
El papel de la propiedad en la riqueza personal, 1840-1880, 165
Estructura del empleo en París, 1847 y 1860, 200
Dependencia económica de la población de París, 1866, 200
Volumen de negocio de la industria parisina, 1847-1848 y 1860, 201
Ingresos anuales y medias salariales diarias por sector, París, 1847-1871, 227
Riqueza heredada por categoría socio-profesional, 1847, 292
Reconstrucción abreviada de la tipología de Poulot de los trabajadores de París, 1870, 296

Índice general

Introducción. La modernidad como ruptura 5
Parte primera. Representaciones: París, 1830-1848 31
Capítulo I. Los mitos de la modernidad: el París, de Balzac 33
Capítulo II. Soñando el cuerpo político: políticas revolucionarias y planes utópicos, 1830-1848 79
Parte segunda. Materializaciones: París, 1848-1870 119
Capítulo III. Prólogo 121
Capítulo IV. La organización de las relaciones espaciales 137
Capítulo V. Dinero, crédito y finanzas 151
Capítulo VI. La renta inmobiliaria y los intereses inmobiliarios 161
Capítulo VII. El Estado 181
Capítulo VIII. Trabajo abstracto y trabajo concreto 197
Capítulo IX. La compra y la venta de la fuerza de trabajo 221
Capítulo X. La condición de la mujer 237
Capítulo XI. La reproducción de la fuerza de trabajo 253
Capítulo XII. Consumismo, espectáculo y ocio 271
Capítulo XIII. Comunidad y clase 289
Capítulo XIV. Relaciones naturales 315
Capítulo XV. Ciencia y sentimiento, modernidad y tradición 325

Capítulo XVI. Retórica y representación 343
Capítulo XVII. La geopolítica de la transformación urbana 377
Parte tercera. Coda 397
Capítulo XVIII. La construcción de la basílica del Sacré-Coeur 399
Bibliografía 435
Reconocimientos y fuentes de las ilustraciones 449
Índice de ilustraciones 451
Índice de cuadros 455